

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOLOGÍA
Departamento de Filología Inglesa II



**LA SUBVERSIÓN DE LA NACIÓN EN LA NOVELA
HISTÓRICA DE WALTER SCOTT: RELECTURA
DE “WAVERLEY, OLD MORTALITY” Y “THE
HEART OF MIDLOTHIAN” EN CLAVE
POSTMODERNA.**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Montserrat Martínez García

Bajo la dirección de la doctora

Asunción López-Varela Azcárate

Madrid, 2010

ISBN: 978-84-693-4789-8

© Montserrat Martínez García, 2009

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOLOGÍA

Departamento de Filología Inglesa II



LA SUBVERSIÓN DE LA NACIÓN EN LA NOVELA HISTÓRICA DE WALTER SCOTT:

RELECTURA DE *WAVERLEY*, *OLD MORTALITY* Y *THE HEART OF MIDLOTHIAN* EN CLAVE POSTMODERNA

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR PRESENTADA POR

Montserrat Martínez García

Bajo la dirección de la Doctora

Asunción López-Varela Azcárate

Madrid, 2009



*La subversión de la nación en la novela histórica de
Walter Scott:
Relectura de Waverley, Old Mortality y The Heart of
Midlothian en clave postmoderna.*

Montserrat Martínez García

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOLOGÍA

Tesis doctoral presentada ante el

Departamento de Filología Inglesa II

Programa de Doctorado: *Literatura de los Países de Lengua Inglesa*

Bajo la dirección de la Doctora Asunción López-Varela Azcárate

Madrid, 2009

A mis queridos padres, que son un modelo de
paciencia, perseverancia, sacrificio y sobre todo, amor.



Paciente no es el que no huye del mal, sino el que no se
deja arrastrar por su presencia a un desordenado
estado de tristeza. La paciencia preserva al hombre del
peligro de que su espíritu sea quebrantado
por la tristeza y pierda su grandeza.

Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*

Porque la esperanza hace arar al que ara;
y el que trilla lo hace con la esperanza de percibir el fruto.

San Pablo, *Primera Epístola a los Corintios*



Agradecimientos

Los inicios nunca suelen coincidir con los finales. Las expectativas y las ilusiones van cambiando porque la meta se va difuminando, los senderos se vuelven tortuosos y la brújula nos hace perder el norte. En ese estado de confusión y desaliento, nos acordamos de todas las personas que han apostado por nosotros y que antes de que cerráramos esta etapa de nuestra vida, sabían que ese paso ya estaba escrito. Ellas han sido los puntos de luz que nos han empujado a retomar el rumbo y a mantenernos firmes ante las adversidades y es a ellas, sin las que esta tesis no habría prosperado, a quienes quiero expresarles mi más profundo y sentido agradecimiento:

Gracias a la Universidad Complutense de Madrid que me concedió una beca predoctoral de investigación desde el año 2004 hasta el año 2008 que me ha permitido dedicarme íntegramente a esta investigación.

Gracias al departamento de Filología Inglesa II cuyo trato durante este periodo de tiempo ha sido tan positivo, y en el que en calidad de becaria me he sentido como uno más de los profesores.

Gracias al grupo de investigación L.E.E.T.H.I. (Literaturas españolas y europeas del texto al hipertexto) que respaldó mi ingreso en el grupo y apoyó el proyecto de investigación por el cual finalmente me fue concedida la beca. Gracias a todos sus miembros: Amelia Sanz Cabrerizo, Dolores Romero, Pilar García, Asunción López-Varela, Miriam Llamas, M^a José Calvo, Joaquín Díaz-Corralejo y María Goicoechea, por la acogida y el trato tan familiar y cariñoso que siempre he recibido entre ellos. Gracias infinitas a Amelia Sanz por su implicación en este proyecto que posteriormente fue modificado, por su comportamiento ejemplar, por su generosidad, por su confianza y por todas las oportunidades que me ha proporcionado tanto a nivel profesional como personal. Gracias igualmente a Dolores Romero y a Pilar García que han contado conmigo profesionalmente y con las que me he sentido tan bien trabajando.

Gracias enormes a M^a Luisa Vega cuyas muestras de interés, ayuda y afecto han sido y siguen siendo innumerables.

Gracias a Asunción López-Varela, mi tutora, la persona que me inició en el camino de la investigación, otorgándome su confianza, comprensión y cariño, cuyas valiosas propuestas y recomendaciones, no sólo respecto al contenido de este estudio sino relativas a mi formación académica y orientación intelectual, han prevalecido siempre.

Gracias a todas las personas cercanas que me han animado en todo momento a continuar con esta labor y que se han preocupado por que esta tesis saliera a flote. Entre ellas quiero destacar a mi amiga Laura, que tanto ánimo me ha dado en repetidas ocasiones y cuya compañía me aporta tanta alegría, y a mi amiga Ana, incondicional donde las haya, cuya generosidad, lealtad y bondad llevo grabadas muy dentro.

Gracias finalmente a mi familia, sin la que esta tesis carecería de significado. Gracias a mi hermana Tere y a mi hermano Francis, por su presencia y por todo lo compartido. Gracias a mis padres para quienes los agradecimientos se quedan cortos porque las emociones escapan a las palabras. Gracias por ser la fuerza y el motor de mi existencia, por haberme ayudado a llegar hasta aquí, gracias por estar entre las líneas de esta tesis y por haberlas escrito con tanta maestría.

Índice

❧ PRÓLOGO	1
❧ Primera parte: Condicionantes teóricos del objeto de estudio	
❧❧ CAPÍTULO I. EL NACIONALISMO ANTES DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA	
1. Introducción	34
2. Antecedentes del nacionalismo	37
3. El nacionalismo en Inglaterra desde el siglo XVI hasta finales del siglo XVIII	42
4. El nacionalismo escocés	53
❧❧ CAPÍTULO II. EL IMPACTO DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA Y DE NAPOLEÓN EN LA CONSOLIDACIÓN DEL NACIONALISMO BRITÁNICO	
1. La Revolución francesa	62
2. Balance de la situación social en Gran Bretaña antes de la Revolución francesa	74
3. La reacción de Gran Bretaña ante la Revolución francesa y ante Napoleón	78
4. La reacción ideológica de Gran Bretaña ante la Revolución francesa: La controversia revolucionaria	94
5. La consolidación del nacionalismo británico	116

☞☞ CAPÍTULO III. LA NACIÓN Y EL NACIONALISMO

1.	Introducción	123
2.	¿Qué es una nación?	124
3.	Evolución histórica del concepto de patria y de nación: Teorizaciones anteriores al siglo XX	129
4.	La influencia decisiva del nacionalismo alemán sobre el resto de los nacionalismos europeos: Herder, Fichte y Hegel	138
5.	Teorizaciones sobre la nación durante el siglo XX	147
	5.1. Los primordialistas	153
	5.2. Los modernistas	158
	5.2.1. El nacionalismo como modernización y como dicotomía	160
	5.2.2. El nacionalismo como religión	162
	5.2.3. El nacionalismo como economía	164
	5.2.4. El nacionalismo como política	167
	5.2.5. El nacionalismo como construcción lingüístico-literaria: Los orígenes culturales e intelectuales de la nación	171
	5.2.6. El nacionalismo como discurso del género, de la sexualidad y de la etnicidad	175
	5.3. La teorización de Anthony D. Smith y de Miroslav Hroch como puente entre los primordialistas y los modernistas	177

☞☞ CAPÍTULO IV. RELACIONES CRUZADAS ENTRE LA LITERATURA Y LA POLÍTICA EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA NACIÓN

I.	Primera parte: Los intelectuales como artífices de la nación	183
1.	Los intelectuales a lo largo de la historia	183
2.	Creación de una literatura y un canon nacional	205
	2.1. El canon	208
	2.2. Componentes reforzadores del canon	214
II.	Segunda parte: La literatura británica como espejo de la ideología nacional	224
III.	Tercera parte: La novela histórica como género por excelencia del nacionalismo	241

1.	La novela	244
2.	Los antecedentes inmediatos de la novela histórica: La novela jacobina y las narrativas nacionales	250
3.	Principales teorizaciones sobre la novela histórica	260
4.	El nacionalismo de la novela histórica	272

☞ Segunda parte: Praxis del objeto de estudio

☞☞ CAPÍTULO V. LA SUBVERSIÓN DE LA NACIÓN EN *WAVERLEY* (1814), *OLD MORTALITY* (1816) Y *THE HEART OF MIDLOTHIAN* (1818)

Introducción general	288
----------------------	-----

☞ Primera parte: El viaje como recurso configurador de la identidad intercultural e híbrida en *Waverley or 'Tis Sixty Years Since* (1814)

1.	Introducción	331
I.	ESTUDIO DEL CUERPO HISTÓRICO	
1.	Los planos temporales de <i>Waverley</i>	333
2.	Estudio del plano extratextual: Rasgos idiosincrásicos de la identidad nacional británica desde 1707 hasta 1837	338
2.1.	Rasgos centrales	340
2.2.	Rasgos periféricos	354
3.	El Tratado de Unión de 1707 y la enemistad entre las <i>Lowlands</i> y las <i>Highlands</i>	358
3.1.	El Tratado de Unión	359
3.2.	La enemistad entre las <i>Lowlands</i> y las <i>Highlands</i>	366
4.	La Ilustración escocesa y su interés por el progreso	370
5.	Encuentros con el Otro: antecedentes antropológicos de <i>Waverley</i>	374
6.	La Ilustración escocesa y el Romanticismo	378
7.	Encuentros con Escocia: Antecedentes literarios de <i>Waverley</i>	383

II. ESTUDIO DEL CUERPO LITERARIO

1.	Los inicios de la novela	387
2.	El viaje como recurso configurador de la identidad	392
3.	¿Quién es el Otro?	403
4.	Representación textual del Otro	411
5.	El viaje como instrumento en la configuración de la identidad intercultural e híbrida	436

☞ Segunda parte: La desarticulación de la guerra y de la identidad masculina como instrumentos en la construcción de la nación en *Old Mortality* (1816)

1.	Introducción	467
----	--------------	-----

I. ESTUDIO DEL CUERPO HISTÓRICO

1.	La Revolución francesa y el código de masculinidad nacional	472
2.	La guerra como instrumento creador de la conciencia nacional	484
3.	Análisis del plano temporal extratextual: Aspectos históricos determinantes de <i>Old Mortality</i>	491
4.	La identidad escocesa durante el siglo XVII	499
4.1.	Plano histórico intratextual: El papel de la religión en la formación de la nación	500
5.	Diferentes enfoques filosóficos sobre la guerra	508

II. ESTUDIO DEL CUERPO LITERARIO

1.	Introducción	520
2.	La guerra en <i>Old Mortality</i>	522
3.	Los espacios y la temporalidad en <i>Old Mortality</i>	547
4.	Los personajes en <i>Old Mortality</i>	551
4.1.	Ruptura de la absolutización de la realidad	552
4.1.1.	Diferentes perspectivas de un mismo personaje	553
4.1.2.	Diferentes perspectivas de un mismo hecho	558

4.2.	Desarticulación del concepto ideal de la guerra	560
5.	La estructura de <i>Old Mortality</i>	564

Tercera parte: La fractura de la identidad femenina y de la nación en *The Heart of Midlothian* (1818)

1.	Introducción	572
----	--------------	-----

I. ESTUDIO DEL CUERPO HISTÓRICO

1.	La Revolución francesa y la mujer	582
2.	Aproximación histórica a la mujer: Evolución de la ideología de las esferas	593
3.	Diferencia entre el sexo y el género	609

II. ESTUDIO DEL CUERPO LITERARIO

1.	Introducción	615
2.	La historicidad de los <i>Porteous Riots</i> de Edimburgo de 1736	617
3.	El infanticidio	620
4.	La subversión en la novela	627
4.1.	Los espacios como enclave de subversión	630
4.2.	La subversión masculina	634
4.3.	La subversión femenina: La Otra por excelencia	646
4.3.1.	La construcción de la imagen ideal de la mujer	651
4.3.2.	La familia y la nación	658
4.3.3.	Agentes femeninos de subversión	
	• Effie Deans	663
	• Margaret Murdockson	679
	• Madge Wildfire	683
4.3.4.	Las últimas subversiones: La confesión de Meg Murdockson y la carta de Ratcliffe	694

5.	El prototipo de la mujer virtuosa y sumisa: Jeanie Deans	697
6.	Mecanismos de control del Estado sobre la subversión femenina	705

❧	EPÍLOGO	721
---	---------	-----

❧	BIBLIOGRAFÍA	727
---	--------------	-----

❧	ÍNDICE DE NOMBRES	802
---	-------------------	-----



PRÓLOGO

XX

La relectura, operación opuesta a los hábitos comerciales e ideológicos de nuestra sociedad que recomienda “tirar” la historia una vez consumida [...] para que se pueda pasar a otra historia, comprar otro libro, [...] la relectura es propuesta aquí de entrada, pues sólo ella salva al texto de la repetición (los que olvidan releer se obligan a leer en todas partes la misma historia), lo multiplica en su diversidad y en su plural [...]

Roland Barthes, *S/Z*, 1970

A finales del siglo XVIII acontecieron una serie de agitaciones de naturaleza política conocidas como Revoluciones atlánticas en diferentes puntos de Europa y América: Irlanda, los Países Bajos, Francia, Polonia, las colonias españolas de América del Sur y finalmente, América del Norte fueron los escenarios de una reacción revolucionaria cuya procedencia se fundaba en la filosofía de la Ilustración, en las crisis económicas y en la estructura anacrónica de la sociedad. De todas ellas, Francia descolló como el arquetipo de revolución política, del mismo modo que Inglaterra se erigió en el epítome por excelencia de Revolución industrial. La Revolución francesa fue por lo tanto no sólo el acontecimiento que derrocó el Antiguo Régimen sino que abrió las puertas a la democracia, al nacionalismo y al socialismo en toda Europa.

Las utopías políticas y morales de la filosofía de Las Luces se materializaron en los valores propugnados por el ideario revolucionario de 1789 tales como la libertad, la igualdad, la fraternidad, en la *Declaración de los derechos del hombre* y en la Constitución de 1791. La Ilustración fue la prolongación de la singladura emprendida en el Renacimiento con su proyecto de emancipación humanista y su concepción antropocéntrica del mundo. El Siglo de las Luces, con su extrema devoción a la razón, cristalizó en la Revolución francesa en la que el legado racional continuó alcanzando su cenit y posteriormente demostrando que los preceptos ilustrados llevados al extremo no eran sino una aberración. La Revolución francesa destruyó el orden social y el sistema de principios dieciochescos sin consumir el sueño prometido. De ahí que el significado de la Revolución fuera visto con recelo, dado que la violencia y la ola de terror se convirtieron en claros indicios de que la razón era muy capaz de producir monstruos.

Como espejo de una crisis moral, económica, social, política y religiosa, la Revolución francesa hizo estallar en mil pedazos la estructura vigente y trasladó este desorden al resto de los países europeos, entre ellos Gran Bretaña, cuya sociedad se vio escindida entre el radicalismo y el conservadurismo. Tanto Francia como Inglaterra presenciaron la simultaneidad de las revoluciones políticas y socio-económicas con la emergencia de los Estados nacionales, cuyo surgimiento fue unido a la estimulación de la grandeza nacional, residente en la historia y en el pasado. La atención a la historia como disciplina, punto de arranque de la novela histórica, se hizo evidente en la crisis originada en las revoluciones. Desde esta perspectiva, las épocas de mayor turbulencia y caos social, etapas por definición conflictivas, suelen demandar una fuerte historización que responda a las preguntas de los individuos ante la incertidumbre reinante.

En este contexto desorientador, el nacionalismo se convirtió en una ideología mesiánica y la nación en la piedra angular sobre la que debía descansar la construcción del nuevo sistema político. Aun cuando dedicaremos atención a la ideología en la primera parte del capítulo cuarto, adelantamos varias definiciones de la misma dada su recurrencia a lo largo de esta introducción y de toda la investigación. Según John Plamenatz la ideología denota “a set of closely related beliefs or ideas, or even attitudes, characteristic of a group or community” (Plamenatz 1970: 15), mientras que Berger y Luckmann sostienen que “cuando una definición particular de la realidad llega a estar anexada a un interés de poder concreto, puede llamársela ideología” (Berger y Luckmann 1995: 157).

Con el encumbramiento de la nación, se propagó una visión inmovilista de ésta, sustentada sobre principios como la lengua, la religión, la geografía, la raza o la cultura, todos ellos caracterizados por la singularidad, la pureza y la unidad. Por otra parte, la nación se asoció con la idea de la autenticidad y con su carácter esencialista y fijo, que

servió para legitimar el poder de los dirigentes cuyas voces auténticas debían ser escuchadas, otorgando así, peso y valor a la identidad nacional y a sus tradiciones. Esto se tradujo inmediatamente en la construcción de una identidad hermética y estática que perseguía empobrecer y aislar ideológicamente a unas naciones de otras, fiel reflejo de la alianza entre la hegemonía política y la supremacía cultural. La misma crisis que penetró en la esfera política, irrumpió en la literatura en la que emergió la novela histórica como género literario subsanador de la crisis ideológica. La narrativa histórica se convirtió en el paradigma literario de la nación, reforzando su ideario y la imagen colectiva de la comunidad como una entidad ligada por vínculos fraternos.

Este proyecto de tesis pretende favorecer una relectura en clave postmoderna de las narrativas históricas de Walter Scott (1771-1832), específicamente de *Waverley* (1814), *Old Mortality* (1816) y *The Heart of Midlothian* (1818), para estudiar la configuración del concepto de nación y del patrón identitario propuesto y analizar si existe un desajuste o una correspondencia entre la nación histórica decimonónica y la nación literaria de Scott. Para conseguir dicho objetivo, se examinará la nación y su prototipo de identidad nacional en Gran Bretaña a lo largo de un lapso temporal muy concreto que abarca desde 1789, fecha de la Revolución francesa, matriz del nacionalismo, hasta 1832, fecha del fallecimiento de Walter Scott, fundador de la novela histórica. Sin embargo, esta delimitación temporal no evitará rastrear la identidad en momentos previos de la historia de Gran Bretaña con el fin de examinar su evolución y comprender el modo en el que Scott la representa en sus novelas.

Con este fin, acotaremos este estudio en términos académicos estableciendo una diferenciación entre los objetos de conocimiento, es decir, entre el objeto material y el objeto formal. El objeto material es aquél cuya “determinación se opera por medio del objeto formal” mientras que el objeto formal es aquél a través del cual “se alcanza el

objeto material” (Ferrater 1976: 260), esto significa que nuestro objeto material será el análisis de la identidad nacional en Scott y que nuestro objeto formal serán sus novelas históricas a través de las cuales demostraremos el objeto material.

La fuerza motora en el estudio de la nación y de la identidad nacional desde un enfoque postmoderno procede de la constatación de dos líneas de lectura en esta tríada de novelas. Los primeros acercamientos a las novelas de Scott nos han hecho percatarnos de la ambigüedad que serpentea todo el esqueleto textual; por un lado, sus novelas históricas se convirtieron en el punto de apoyo del nacionalismo que aprovechó la representación pretérita de Escocia e Inglaterra para difundir la visión de la historia como repositorio de una época dorada y de la nación como una comunidad homogénea ajena a discordias internas. Esta imagen promovida desde la esfera política armonizó con los objetivos del propio Scott que concibió su producción literaria como propaganda política en defensa de la Unión para limar las desavenencias entre Escocia e Inglaterra, hecho que facilitó su incorporación inmediata en el canon nacional. Sin embargo, tras esta tendencia nos sorprende un subtexto que contradice la ideología política y que se aparta de ella para cuestionar todos los postulados nacionalistas. Es justamente este fondo textual resbaladizo que aflora a través de los conflictos, que muestra el rechazo y el descontento hacia la sociedad pero que finalmente es reprimido con la conclusión feliz de sus novelas, el que queremos atrapar. La constatación de este doble juego nos conduce a establecer dos tipos de lectura: una superficial y otra profunda porque el lector tiene la impresión de que entre la información cristalina y la turbia se envían reflexiones, consideraciones y una comprensión más aguda, trágica y pesimista de la humanidad y de su destino, contrapuesta a la imagen decimonónica. El contrasentido inherente a sus novelas puede verse como una de las grandes hazañas de cualquier escritor que por un lado, necesita entrar en el canon y ser aceptado por el

sistema como premio al respeto y la divulgación de la ideología imperante y por otro, se vale de la seguridad de su reputación para exponer las debilidades y los fallos del núcleo social. Por eso, nuestro argumento de partida es que “más que cualquier otra forma de lenguaje la literatura sigue siendo el discurso de la *infamia*, a ella le corresponde decir lo más indecible, lo peor, lo más secreto, lo más intolerable, lo desvergonzado” (Foucault 1990: 201).

Desde nuestra perspectiva actual, detectamos que en las novelas de Scott hay un poso que demuestra la imposibilidad de la nación. A pesar de los intentos por contener esa nación, la naturaleza forzada de la propia estructura nacional se resiste a ser reducida literariamente a términos esencialistas y homogeneizadores. Buscamos por ello evidenciar esas contranarrativas de la nación “que continuamente evocan y borran sus fronteras totalizantes” y que “alteran esas maniobras ideológicas a través de las cuales ‘las comunidades imaginadas’ reciben identidades esenciales” (Bhabha 2006: 82). Debe considerarse que Scott compuso sus novelas históricas en un momento en el que el concepto de nación y de identidad escocesa había experimentado un revés como consecuencia del Tratado de Unión de 1707, y en el que la narrativa nacional había sido subsumida en la gran narrativa británica. Este Tratado fue el punto de inflexión en la desaparición de Escocia como nación y narración independiente y en el despertar de una nueva era marcada por la supremacía de Inglaterra. Desde este ángulo, Scott concibió la novela histórica como un vehículo que podía remediar la usurpación histórica de Escocia como nación, estabilizar su identidad nacional y favorecer el entendimiento con Inglaterra mediante una relación libre de rivalidades y de jerarquías. Para solventar la desarticulación nacional de Escocia y erosionar las desavenencias anglo-escocesas, Scott emprendió una ruta doble: por un lado, la regeneración literaria efectuada a través de la narrativa histórica canalizó la regeneración histórica de Escocia y su autonomía

nacional, y por otro, este mismo instrumento artístico sirvió como balanza para equilibrar los espacios de Escocia e Inglaterra, como entidades independientes pero simultáneamente unificadas. Sin embargo, el empeño por suturar la herida nacional no se consuma totalmente en sus novelas, en las que aflora consciente o inconscientemente la fractura histórica, lo cual nos permite establecer como hipótesis general la subversión de la nación en *Waverley*, *Old Mortality* y *The Heart of Midlothian*.

Antes de adentrarnos en los pormenores de este estudio, procederemos a explicar brevemente el concepto de cultura en el que se halla subsumido el de nación y que nos ayudará a desenmascarar a ésta última. La aproximación al término cultura implica fundamentalmente tres planos: primeramente, la ratificación de que la cultura, construida por aquéllos que ostentan el poder, forma nuestras creencias a través de la transmisión de paradigmas dominantes y conceptos predefinidos, considerados como indiscutibles (Anzaldúa 1987: 16), entendiendo por poder “la condensación centralizada de relaciones sociales de poder con que se inviste al Estado” (Therborn 1987: 7); en segundo lugar, la interpretación de la cultura como un fenómeno “hybrid, heterogeneous, extraordinarily differentiated, and unmonolithic” (Said 1994: XXIX). Desde la perspectiva de Edward Said, la cultura “is never just a matter of ownership, of borrowing and lending with absolute debtors and creditors, but rather of appropriations, common experiences, and interdependencies of all kinds among different cultures” (Said 1994: 261-62). La imagen de la cultura como un mosaico con bordes nítidamente fundados nunca se correspondió con la realidad singularizada por el crisol de hábitos y pensamientos culturales (Hannerz 1996: 18). En palabras de Ernest Barker, “all nations [...] are constituted of a mixture of races, due to successive waves of invasion and the cross-breeding which they have brought. In this sense the British nation is an amalgam of the different species and stocks which have wandered into our island” (Barker 1955:

3). Por último, como apunta Gill Bottomley, la cultura “in the sense of ideas, beliefs and practices that delineate particular ways of being in the world, also generates conscious and unconscious forms of resistance [...]” (Bottomley, en Yuval-Davis 1997: 41). En este sentido, las culturas han dejado de ser fenómenos homogéneos comunes a todos los miembros de la colectividad nacional para convertirse en una entidad agujereada y filtrable que recoge diversas voces, entre ellas las discordantes. No podemos concluir este apartado sin traer a colación de nuevo a Edward Said y a su reflexión de la cultura desde una óptica diferente a la expresada en *Culture and Imperialism*. Esta cita no sólo complementa la definición de Gloria Anzaldúa y de Gill Bottomley sino que condensa toda la estructura de nuestra investigación:

The official culture is that of priests, academics, and the state. It provides definitions of patriotism, loyalty, boundaries, and what I have called belonging. It is this official culture that speaks in the name of the whole, that tries to express the general will, the general ethos and idea which inclusively holds in the official past, the founding fathers and texts, the pantheon of heroes and villains, and so on, and excludes what is foreign or different or undesirable in the past. From it come the definitions of what may or may not be said, those prohibitions and proscriptions that are necessary to any culture if it is to have authority.

It is also true that in addition to the mainstream, official, or canonical culture there are dissenting or alternative unorthodox, heterodox cultures that contain many anti-authoritarian strains that compete with the official culture. These can be called the counter-culture, an ensemble of practices associated with various kinds of outsiders—the poor, the immigrants, artistic bohemians, workers, rebels, artists. From the counter-culture comes the critique of authority and attacks on what is official and orthodox. [...] No culture is understandable without some of this ever-present source of creative provocation from the unofficial to the official; to disregard this sense of restlessness within each culture, and to assume that there is complete homogeneity between culture and identity, is to miss what is vital and fecund. (Said 2003: 335)

La cita resulta de extrema importancia porque aborda una serie de temas cruciales para nuestro estudio tales como la construcción de la cultura a través de la inclusión y de la exclusión, la nación y por extensión la identidad, la oposición entre la Mismidad y la Diferencia, la autoridad y los límites de lo decible, la fisura de la cultura entre lo oficial y lo no reconocido que se margina y arrincona, la ideología y la contra-ideología, etc. Recurrimos al término autoridad para identificar todo proceso mediante el cual una cultura sanciona ciertas formas de representación y da credibilidad a otras construcciones textuales sobre un tipo determinado de sujeto, de objeto de escritura y de tipo de lector. Además, la temática de esta cita no sólo es extrapolable al análisis literario donde se indagará el juego entre la oficialidad y la contra-oficialidad sino al esqueleto de toda la investigación dónde se examinará el mismo proceso.

La reflexión de Edward Said nos permite entender que la interpretación de la tríada de novelas desde una óptica estrictamente nacionalista reduce su comprensión a la ideología imperante y la empobrece considerablemente al desentenderse de esa parcela de la cultura que se ignora por su naturaleza subversiva. Nosotros queremos indagar la faz oculta de esa cultura pero partiendo previamente del funcionamiento de la ideología y de sus redes de poder. Continuando con el legado de Edward Said, pretendemos llevar a cabo en *Waverley*, *Old Mortality* y *The Heart of Midlothian*, a *contrapuntal reading* o lectura de contrapunto, esto es, la lectura de cada texto como un proceso simultáneo de apología y de resistencia tanto del imperialismo como del nacionalismo británico, manifiesto en el doble mecanismo de la inclusión y de la exclusión (Said 1994: 78-79). Aunque nos centremos preferentemente en la mecánica de la resistencia, necesitaremos conocer qué es lo que la historicidad coetánea a Scott acepta para desentrañar aquello con lo que Scott disiente. En suma, se trata de rastrear las “traiciones” al sistema del pensamiento nacionalista.

Si bien la subversión de la nación es el objeto de estudio alrededor del cual girará toda nuestra investigación, necesitamos constatar qué aspectos de ese objeto de estudio vamos a abordar. A pesar de que estas consideraciones serán atendidas extensamente en la introducción capitular a las tres novelas junto con una revisión crítica al estado de la cuestión, esbozaremos sucintamente tales aspectos para entroncar con las hipótesis particulares, la descripción teórica del proceso de investigación y la metodología.

Dado que la nación se vertebró a través de la identidad nacional y ésta se articuló mediante una cadena de componentes tales como la lengua, la cultura, la religión, la política, la historia, la guerra o la territorialidad, trazaremos una correspondencia entre estos eslabones y cada una de las novelas en función de la relevancia temática para estudiarlos primero de modo aislado y después dibujar una línea continua que nos permita componer el cuadro final de la representación de la nación y de la identidad nacional en Scott. Hecha esta aclaración, nuestro planteamiento de análisis será muy simple, puesto que empezaremos por exponer la realidad histórica relativa a la temática concreta para ulteriormente desafiarla y mostrar sus fallos, amparándonos en la estructura literaria. Con ello lo que pretendemos es convulsionar el modelo establecido de identidad nacional y presentar una alternativa que repercuta en un concepto de nación disimilar. En consecuencia, examinaremos *Waverley* como el prototipo novelístico de la hibridación y de la amalgama cultural y lingüística, fomentada mediante el recurso literario del viaje y el encuentro con la Otredad, que posibilitan la entrada en escena del Estadialismo, disciplina anticipatoria de la Antropología, y por ende, de la desentronización de la correlación entre la barbarie y Escocia, y la civilización e Inglaterra. Aunque todos estos conceptos se expondrán en el capítulo dedicado a *Waverley*, anticipamos que nuestra investigación postula la formación

intercultural, plural, dialógica e híbrida de la identidad. La hibridación se presenta como un antídoto contra la noción esencialista de la identidad que celebra los espacios comunes de encuentro y la diversidad dialogante como un medio de enriquecimiento cultural, reaccionando frente a la visión separatista y excluyente de la cultura y de la nación como fruto de la competencia y de la lucha política. Consideramos el contacto entre culturas como un espacio de negociación y la cooperación entre las mismas como un espacio de humanización.

En *Old Mortality* nos detendremos en la construcción del aparato bélico, esto es, en la función que cumple la guerra dentro de la nación, en cómo proyecta un modelo de masculinidad ideal y en cómo forja el concepto de ciudadano patriota, dispuesto a sacrificar la vida por la supervivencia de la nación, encarnada en la madre patria como geografía pero también en la protección de las mujeres y niños. El segundo paso nos conducirá a la subversión de la guerra y a su desmitificación a través del comportamiento de los personajes y de la evolución de la trama narrativa. Finalmente, en *The Heart of Midlothian* y como complemento a la construcción del género masculino, atenderemos al análisis de la identidad femenina, al papel de la mujer como fundadora de la nación mediante su capacidad reproductora, educadora de los hijos y sustentadora de la familia, así como al hundimiento de la nación cuando la mujer se desvía de la función que se le asigna socialmente y decide tomar un rumbo radicalmente diferente a pesar de los riesgos y peligros que ello conlleva.

Como consecuencia de la Revolución francesa, tanto las mujeres como los hombres se vieron implicados en la invención de una identidad política moderna cuyo arquetipo de virtud se fundó tanto sobre la conducta como sobre dos discursos separados, uno el político, para el cual la virtud residía en la ciudadanía masculina y otro, el sexual, para el cual la virtud se localizaba en la maternidad. La idealización de

la maternidad implicaba la exclusión de las sexualidades desorientadas, reproductivamente hablando, del discurso nacional. Asimismo, se fraguó una relación directa entre los géneros y la nación, patente en la construcción de la nacionalidad con sus delimitaciones rígidas de la identidad masculina y femenina.

Dado que el nacionalismo es básicamente la ideología compartida por los miembros de una comunidad a través de la cual se identifican con la nación y expresan su lealtad nacional, este nacionalismo está formado por un tejido de relaciones masculinas y femeninas inseparables del género y de la sexualidad que se encargan de controlar el deseo sexual de la mujer y de exaltar las cualidades de los hombres. Según Tamar Mayer, tanto el género como la nación han ayudado a construir la ficción de la “innateness” o connaturalización en base a unos vínculos cuya fragilidad se evidencia en la fiereza con la cual son defendidos (Mayer 1999a: 2). A través de la aceptación y emulación de las normas establecidas relativas fundamentalmente a la unicidad cultural e ideológica, a la reproducción y al militarismo o heroicidad, los miembros de una comunidad solidifican la nación mediante un proceso interno y externo. Mientras el primer tipo de proceso fija jerarquías que privilegian social, política y culturalmente a un sexo y a un género sobre el Otro, el segundo tipo de proceso se consuma por la oposición entre naciones que sirven a su vez para reforzar la hegemonía de los valores nacionales autóctonos. Asimismo, la ideología nacionalista incidió sobre la fraternidad entre el género, el sexo y la familia, cuyo significado se esencializó mediante una galería de discursos variopintos como la biología, la ciencia, la psicología o la historia, todos ellos responsables de la construcción y de la representación oficial de estos discursos y de su propagación como entidades naturales. En suma, la familia, el sexo y el género se convirtieron en artefactos socio-culturales.

No podemos olvidar que el grueso de las teorizaciones sobre la nación y el nacionalismo, tanto de los modernistas como de los primordialistas, han dejado de lado la relación directa entre la construcción de la nación y la mujer, centrándose muchos de ellos exclusivamente en la construcción de la nación como obra de los intelectuales. Posicionándonos con Nira Yuval-Davis queremos reivindicar que también se utilizó a la mujer para reproducir biológica, cultural y simbólicamente a la nación y cómo se la apartó paradójicamente de esta construcción. Dado que el nacionalismo y la nación se han considerado parte de la esfera pública política, la marginación a la domesticidad excluyó a las mujeres de este discurso (Yuval-Davis 1997). Por otra parte, el cuerpo ha estado siempre vinculado a los mensajes de la nacionalidad y de la edificación de la nación, siendo especialmente útil para proyectar identidades históricas enraizadas en la patria. Por ello, la construcción tanto de la nación como del patriarcado se ha filtrado a través de relaciones sexuadas. Si el cuerpo del ciudadano se orientó como parte de su deber social hacia el sacrificio de la vida por la nación, el cuerpo femenino se encaminó hacia el cumplimiento de otra de las responsabilidades nacionales, esto es, la reproducción. Pero además el Imperio ayudó a establecer el criterio de la ciudadanía en función del género y así, mientras la virilidad daba acceso a los hombres a la vida pública, la feminidad descalificaba tanto a hombres como a mujeres de la participación en la política. Como sostiene Nancy Armstrong en *Desire and Domestic Fiction*, “political events cannot be understood apart from women’s history, from the history of women’s literature, or from changing representations of the household. Nor can a history of the novel be historical if it fails to take into account the history of sexuality” (Armstrong 1987a: 10).

Si bien como se ha comentado, la hipótesis general es la subversión de la nación, la hipótesis particular de cada uno de los capítulos focalizados en el análisis práctico de

cada una de las novelas es la subversión de un pilar del edificio nacionalista: así, la fractura de la cultura y de la lengua en *Waverley*; de la guerra y en estrecha vinculación con ella, de la política, la religión, la historia y la identidad masculina en *Old Mortality*; de la maternidad, de la sexualidad, de la familia, y de la identidad femenina en *The Heart of Midlothian*. Estas hipótesis particulares son el hilo conductor que va a permitirnos desmontar la identidad nacional en *Waverley*, *Old Mortality* y *The Heart of Midlothian* y como corolario lógico, la estructura de la nación, dado que ésta se sostiene a través de la identidad nacional.

El objeto de estudio gravitará por tanto no sólo en torno al examen de la construcción identitaria individual y social histórica, sino literaria a través de los personajes de las novelas históricas de Walter Scott. Buscamos con ello, demostrar que la identidad nunca es algo dado de una vez por todas, perfectamente delimitado y definido sino que es dinámica, abierta, multiétnica, multilingüe, multireligiosa, etc. Defendemos que la identidad, al igual que la nación de la que procede, es un constructo, una entidad creada y diseñada desde el campo de la política e imaginada desde el campo de la literatura, es decir, una abstracción que no se correspondió con hechos empíricos pero que aún así, pervivió en la mente colectiva como una entidad real, arraigada en la geografía, la raza, la lengua y en todos los símbolos consolidadores de la nación. Tal y como sugiere Eduardo Mendieta, “they are always constituted, constructed, invented, imagined, imposed, projected, suffered, and celebrated. Identities are never univocal, stable, or innocent. They are always an accomplishment and a ceaseless project. [...] Identities have a lot to do with images, imaginaries, and the imagination” (Mendieta 2003: 407).

Derivamos nuestra conceptualización de la identidad y por extensión, de la nación, del Estado, del género o de la cultura, como un constructo social de la

sociología del conocimiento y en particular de la teorización de Peter L. Berger y Thomas Luckmann expuesta en el clásico *La construcción social de la realidad* (1966). Para ambos sociólogos, los conceptos clave de la construcción social de la realidad y de la relatividad social, en función de la especificidad socio-cultural de los contextos, son dos: por un lado, la realidad, concebida como “una cualidad propia de los fenómenos que reconocemos como independientes de nuestra propia volición (no podemos ‘hacerlos desaparecer’)”, y por otro, el conocimiento, definido como “la certidumbre de que los fenómenos son reales y de que poseen características específicas” (Berger y Luckmann 1995: 13). Desde esta óptica ni la realidad ni el conocimiento son fijos o estables sino que varían dependiendo de las sociedades y de las normativas culturales, del mismo modo que la identidad es un producto de las disposiciones sociales y culturales más que de una naturaleza predeterminada biológicamente y que el orden social es recíprocamente un producto humano. La realidad de la vida cotidiana se aprehende a través de un *continuum* de tipificaciones que abarcan desde las interacciones y contactos familiares, amistosos e íntimos hasta “las abstracciones sumamente anónimas”, inaccesibles en los encuentros cara a cara (Berger y Luckmann 1995: 52). Esto conforma la estructura social que no sólo es un componente crucial de la realidad diaria sino “la suma total de estas tipificaciones y de las pautas recurrentes de interacción establecidas por intermedio de ellas” (Berger y Luckmann 1995: 52). Con todo, si bien la constitución del orden social como producto humano, es proteica, la apertura al mundo y la externalización humana en el ámbito social, evidente en las acciones ejecutadas sobre la sociedad, es una necesidad antropológica que empuja al hombre a fundar instituciones y formas duraderas de control social que contrarresten la inestabilidad propia del organismo humano. Por ello, la instauración de la sociedad pasa por tres fases: la externalización, fruto de la biología humana, la objetivación y la

internalización. Durante la segunda fase, las creaciones humanas se objetivizan, esto es, se convierten en objetos desgajados de la producción humana de tal manera que las instituciones son catalogadas como “facticidades históricas y objetivas” (Berger y Luckman 1995: 82), olvidándose en ocasiones que la vinculación entre el hombre, como productor social y el mundo, como producto, es una relación dialéctica, en continua y permanente renegociación. De hecho, la objetivización conduce a la reificación de la realidad social mediante la cual los fenómenos humanos se interpretan como cosas ajenas a éstos, como hechos naturales resultado de las leyes cósmicas o divinas, por lo que la organización social se vuelve “necesidad y destino” (Berger y Luckmann 1995: 119). Finalmente, la internalización apunta al proceso por el cual la sociedad se proyecta de nuevo sobre la conciencia mediante la socialización. Ahora bien, la consolidación de las instituciones requiere legitimación por lo que se vuelve necesaria la elaboración de justificaciones y explicaciones cognoscitivas y de normas que persuadan a las nuevas generaciones y que invoquen la autoridad sobre los individuos para controlar las conductas y hacerlas previsibles. Esta legitimación asegura asimismo la aceptación del conocimiento del orden social en particular por parte de sus integrantes y con ello, la interiorización de los roles sociales. Por el contrario, la desobediencia de los mismos conlleva una desviación de la realidad, una des-representación del cuerpo institucional y una catalogación en términos de depravación moral o mental. El proceso legitimador garantiza el sostenimiento de las tradiciones a través de la imposición del poder y de la erradicación de las visiones amenazadoras del mismo (Berger y Luckmann 1995).

La recurrencia del término identidad en esta investigación recorrerá dos senderos interrelacionados: por un lado, el sendero de la esencialidad y por otro, el de la contingencia. Si bien nuestra perspectiva en clave postmoderna nos conduce a

interpretar la identidad como una construcción dialógica y flexible entre el individuo y la sociedad, la completud de la investigación procede también del conocimiento de los rasgos de la identidad nacional decimonónica que perseguimos desmadejar. Por añadidura, tanto el enfoque nacionalista como el postmoderno se cierne sobre la identidad individual pero también sobre la identidad social; de este modo, no sólo haremos hincapié en la identidad local sino en la nacional así como en el proceso de transición de la una a la otra mediante la estimación de peldaños intermedios como la familia, las instituciones, la comunidad de vecinos, la región, etc.

Puesto que estamos en contra de la esencialización de la nación, intentamos localizar en estas tres novelas de Scott los aspectos perturbadores que operan desorganizando las prácticas sociales y culturales de la misma, alterando las topografías espaciales e ideológicas de lo correcto. Empero, queremos puntualizar que no discrepamos del concepto de nación en sí mismo sino del enfoque claustrofóbico y xenófobo que se difundió a raíz de la Revolución francesa y que prevaleció igualmente en los siglos previos, aunque su manifestación no fuera tan dramática como a finales del siglo XVIII. El amor hacia la patria o hacia la nación puede ser básicamente de dos tipos: o bien generoso y compasivo, o exclusivo, sordo y ciego ante las necesidades de los Otros (Viroli 1997). Del mismo modo, el particularismo sustentado sobre las instituciones, la historia, o la cultura no tiene por qué ser un concepto cerrado dado que el verdadero amor por la particularidad es la condición *sine qua non* hacia el verdadero afecto por la universalidad y el respeto a la vida, aspecto que tiende a traspasar las fronteras nacionales para tornarse en solidaridad. En este sentido, el patriotismo conducente a actitudes universalistas y cosmopolitas es laudable frente al patriotismo asociado con actitudes xenófobas y despectivas que se apoderó del panorama decimonónico.

Estamos de acuerdo con que el individuo requiere unos puntos de anclaje así como un conjunto de relaciones enclavadas en un lugar en el que desarrollar su existencia, pero como afirma Raymond Williams “the jump from that to anything like the modern nation-state is entirely artificial” (Williams 1983: 180). Es innegable que el entorno geográfico determina la personalidad y la cultura y que el sentido de pertenencia se caracteriza por las memorias compartidas entre los integrantes de una comunidad, generalmente pequeña, pero el crecimiento de semejante estructura imposibilita la conservación de los rasgos originarios que pierden parte de su significado. Resulta paradójico que una realidad local no sólo se haya transformado en una realidad ficticia sino que ésta haya tomado unos derroteros tan perjudiciales para el desarrollo de la supuesta comunidad, en cuyo beneficio se dice que se realizan todas las acciones, que resultan sin embargo, tan ventajosas para los dirigentes de la misma. Esta cuestión la ilustra a la perfección Frantz Fanon cuando manifiesta que “la conciencia nacional, en lugar de ser la cristalización global de las esperanzas más profundas de todo un pueblo y de ser el resultado más obvio e inmediato de la movilización del pueblo, termina siempre por convertirse en una cáscara vacía, en una gran decepción de lo que podría haber sido” (Fanon 2006: 63).

Constatado el objeto de estudio, los aspectos del mismo así como la hipótesis general y las particulares, éstas últimas contenidas en la segunda parte del trabajo, nos resta explicitar la metodología y finalmente la descripción de la primera parte de la investigación donde expondremos las hipótesis auxiliares. Aun cuando la originalidad de este estudio reside en el acoplamiento de un enfoque subversivo del nacionalismo como es el postmoderno, no podemos sortear la metodología histórica, cuya función en esta investigación es servir de soporte a la metodología postmoderna dado que un conocimiento adecuado de la historia no sólo es garantía de inteligibilidad histórico-

literaria sino de ruptura con la tradición modernista que precede al postmodernismo y contra la que éste se rebeló. Entendemos por historia “el conocimiento del pasado humano” o “el conocimiento *científicamente elaborado del pretérito*” (Marrou 1968: 27, 28) mediante el cual se persigue la verdad y se esquivo “toda presentación falsa o falsificada, irreal, del pasado, [...] la utopía, [...] la historia imaginaria [...] las tradiciones populares o [...] las leyendas pedagógicas” (Marrou 1968: 28).

En este marco, fuimos conscientes, por ejemplo, de que la corroboración de las hipótesis particulares de esta investigación dependía del estudio de otros puntos. Desde los cimientos de este proceso, nos percatamos de que una comprensión aguda de estas novelas únicamente podía originarse en un conocimiento lo más riguroso posible de la coyuntura histórica que rodeó su nacimiento. De ahí que la profundización en materias como el levantamiento *Highlander* de 1745, la insurrección armada de los *Covenanters* de 1679, o el motín *Porteous* de 1736, entre infinidad de puntualizaciones históricas, hayan sido imprescindibles en la elaboración de las hipótesis y en la intelección de las novelas a nivel literario e histórico intratextual, del periodo histórico contemporáneo de Scott, de la historia específica de Escocia y de sus relaciones con Inglaterra a la luz de la Unión de 1707.

Ahora bien, la postmodernidad nos descubre el modelo histórico como una estructura mítica abierta a la relectura y condicionada por leyes materiales que operan también en función de la economía capitalista (Jameson 1998). Esto sugiere dos cuestiones sobre los acontecimientos históricos: por un lado, que no son procesos regidos por tendencias únicas, desprendidas de la unicidad de un modelo abstracto e ideal, sino fenómenos retroalimentativos que se constituyen dentro de los sistemas sociales y que contribuyen a construirlos, y por otro, que su vulnerabilidad se hace patente mediante hipótesis explicativas sometidas a metodologías y reglas cambiantes,

repletas de contradicciones, yuxtaposiciones y paradojas, como tendremos ocasión de demostrar a lo largo de esta tesis (Feyerabend 1981).

Dada la problemática del modelo historicista que en ocasiones tiende a convertirse en un sistema homogéneo, nos hemos visto empujados a poner en práctica una línea de acercamiento híbrida. Así, si en determinados momentos nos serviremos del mismo para descifrar la operatividad del programa nacionalista, en otros, nos desviaremos para interrogar su naturaleza y contrastarla con fuentes divergentes. El movimiento pendular entre la metodología historicista y la postmoderna ejemplifica la pugna entre las diversas metodologías que prevalecen en una determinada comunidad científica, denominadas por Thomas Kuhn como paradigmas o patrones compartidos que legitiman las prácticas científicas, y que revelan “un conjunto de ilustraciones recurrentes y casi normalizadas de diversas teorías en sus aplicaciones conceptuales, instrumentales y de observación” (Kuhn 1995: 80).

Cuando los parámetros teóricos entran en descrédito o no son lo suficientemente valiosos para acomodarse a las nuevas dificultades surgidas y emerge una nueva teoría que augura una modificación de las reglas científicas, Kuhn plantea que se produce un periodo de inseguridad profesional que concluye en la creación de un nuevo paradigma. Esto ocurre en el caso de la historiografía y de la posición marxista-materialista que admite el condicionamiento social e histórico de las producciones humanas. Esta concepción se fundamenta en dos premisas: la primera, que las categorías y esquemas lógicos y dialécticos existen fuera e independientemente del pensamiento, como leyes universales reflejadas en la conciencia colectiva, y la segunda, que el hombre no piensa en unidad inmediata con la naturaleza sino en unidad con una sociedad históricamente determinada que constriñe su vida, sus actos y sus creencias. De esta forma, es el propio pensamiento humano el que impone un proceso historiográfico en la ordenación de los

episodios históricos al intentar comprenderlos, siendo los paradigmas creados el resultado del procesamiento de hechos en los que intervienen teorías, valores, etc. Así, ante la evidencia de que los hechos pueden generar resultados distintos en virtud de las diferencias interpretativas y de las divergencias conceptuales, podemos hablar de paradigmas rivales. Los cambios históricos y materiales afectan, por tanto, a las mutaciones de los paradigmas, testimoniando las contradicciones entre unos modelos y otros. Esto es lo que ocurre en nuestra relectura de las obras de Walter Scott en clave postmoderna. Asimismo, esta cuestión alumbra la idea de que el paradigma postmoderno no ha subsumido íntegramente al paradigma esencialista, demostrando la coexistencia de varias tradiciones paradigmáticas y el hecho de que “una revolución en el interior de una de esas tradiciones no tendrá que extenderse necesariamente a todas las demás” (Kuhn 1995: 90-91). El salto del paradigma esencialista, aún vigente, al paradigma postmoderno revela que nuestra identidad se halla siempre en proceso de construcción, sujeta a las directrices imperantes, de tal manera que es la sociedad la que fabrica la identidad y no la identidad la que permanece inalterable como un objeto ajeno al desarrollo social e histórico.

Puesto que no vemos a la nación como una entidad homogénea sino escindida por la lucha y la oposición multidireccional de las diversas colectividades que la integran, cuya ideología es opuesta a la hegemónica, suscribimos como metodología los paradigmas postmodernos que conciben la heterogeneidad de los discursos, de las prácticas sociales, de las instituciones, de la nación o del Estado, por el cual entendemos “a body of institutions which are centrally organized around the intentionality of control with a given apparatus of enforcement (juridical and repressive) at its command and basis [...] Different forms of the state will involve different relationships between the control/ coercion twin which is the residing characteristic of the state” (Anthias y

Yuval-Davis, en Yuval-Davis 1997: 14). En la misma línea de pensamiento, Thomas J. Biersteker y Cynthia Weber defienden que el Estado moderno es una entidad socialmente construida, cuya soberanía no se basa en principios atemporales sino “on the production of a normative conception that links authority, territory, population (society, nation), and recognition in a unique way and in a particular place (the state)” (Biersteker y Weber 1996: 3). De este modo, el ideal del Estado es el resultado de la lucha entre agentes poderosos y las resistencias armadas que se originan en los márgenes del poder (Biersteker y Weber 1996: 3).

A pesar de que la aplicación de la metodología postmoderna constituye un anacronismo y un solapamiento del orden cultural del siglo XXI sobre el del siglo XIX, esta relectura se halla justificada por la aparición posterior de teorías, como las postmodernas, acorde con la evolución histórica. Ante la imposibilidad de enjuiciar un texto en su justa perspectiva, especialmente desde una mentalidad con dos siglos de diferencia, no pretendemos catalogar a Walter Scott como un autor postmoderno sino simplemente explorar cómo las estructuras dominantes abren espacios para maniobrar contra sus propias imposiciones (Joseph 1999: 165) y apresar los focos de resistencia a la ideología nacionalista presentes en *Waverley*, *Old Mortality* y *The Heart of Midlothian*, propósito para el cual el enfoque postmoderno resulta extremadamente fructífero y seductor.

Las dos visiones dominantes de la identidad cultural giran en torno a la identidad esencialista y a la identidad postmoderna, ambas perspectivas encontradas que proporcionan definiciones identitarias en pugna. Este contraste lo expresó magistralmente Zygmunt Bauman con estas palabras: “[...] si el ‘problema moderno de la identidad’ era cómo construirla y mantenerla sólida y estable, el ‘problema posmoderno de la identidad’ es en lo fundamental cómo evitar la fijación y mantener

vigentes las opciones. En el caso de la identidad, como en otros, la palabra comodín de la modernidad fue ‘creación’; la palabra comodín de la posmodernidad es ‘reciclaje’” (Bauman 1996: 40). Mientras la primera postura mantiene que la identidad común a los miembros de un grupo social es estable y más o menos permanente debido a las experiencias compartidas, la segunda considera que esta visión esencialista es engañosa porque ignora los cambios históricos y las diferencias internas dentro de un grupo priorizando sólo las experiencias comunes. Los postmodernistas insisten en que las identidades se fabrican y construyen en vez de ser deducidas de la experiencia dado que ésta no es una fuente de conocimiento objetiva y por tanto, no puede ser la base de la identidad social. Proponen que la experiencia personal es más bien escurridiza y que sólo se puede interpretar en términos lingüísticos o mediante otro tipo de signos. El radicalismo cultural del postmodernismo se funda sobre la idea de que todas las identidades son constructos y por tanto contingentes y cambiables (Mohanty 2003: 392-93, 399). En suma, la mejor manera de expresar la lógica postmoderna como un movimiento filosófico es definirla por su escepticismo flagrante, por su repulsa a la autoridad, la sabiduría o las normas culturales y políticas, y por su tendencia anti-fundacional, extraída de la actitud iconoclasta de Nietzsche (Sim 2001: 3).

El postmodernismo propicia la visión del nacionalismo no como un fenómeno monolítico sino como un discurso contradictorio. Las categorías nacionalistas rígidas establecieron una identidad política inmutable para homogeneizar y naturalizar a su vez las categorías sociales, negando la movilidad de las fronteras, las diferencias internas y los conflictos de intereses. Transformaron así la heterogeneidad natural en una entidad forzada totalmente homogénea, con una esencia unificada, impermeable al cambio. Sin embargo, nosotros establecemos una diferencia entre el concepto postmodernismo como tal y la designación “en clave postmoderna” que titula nuestra investigación. A pesar de

que el postmodernismo anuncia una actitud de escepticismo ante la vida, en continua fluctuación, de que su sentido procede de su desclasificación como sistema unificado conceptualmente y esto obstaculiza su categorización y su localización en un contexto espacial y temporal definido, somos reacios a cualquier etiqueta que tienda a catalogar y a encasillar, porque eso es precisamente lo que queremos cuestionar. Por añadidura, dado que el debate sobre el postmodernismo sigue en ebullición, preferimos emplear una denominación que enfatice la transitoriedad del propio término y que no aluda en ningún momento a un movimiento cultural férreo. Esto significa que recurrimos al postmodernismo con ciertas reservas, primero porque no es nuestro propósito acoplar exhaustivamente las diversas teorías postmodernas de tal manera que la ausencia de un autor sea sinónimo de falta de rigor; segundo, porque, en la búsqueda de la objetividad, no deseamos recalcar sólo lo negativo de la ideología nacionalista para ajustar la investigación a nuestros intereses, sino aceptar los pros y los contras, y tercero, porque no podemos soslayar el principio de que “*todas las metodologías [...] tienen sus límites*” y de que “*casi ninguna teoría es consistente con los hechos*” (Feyerabend 1981: 17, 49). Al fin y al cabo, el postmodernismo es un concepto relacional, carente de sentido pleno si no se sitúa cara a cara con la rigidez de teorizaciones anteriores, como la nación y el nacionalismo o el modernismo, en reacción a los cuales brotó. Así pues, queremos dar cierto margen de libertad a esta investigación de modo que no seamos nosotros siempre quienes la guemos para que en ocasiones sea ella la que nos guíe. Tampoco queremos dar la sensación de anarquía ni de desregulación metodológica porque todo requiere un método de aproximación que cohesione la estructura interna del estudio, sino simplemente no caer en la misma trampa de la que queremos salir. Nuestro objetivo es encontrar un equilibrio entre la formulación de hipótesis que infrinjan cualquier tradición que se rige por medio de la exclusión y de reglas estrictas,

obstruyendo el progreso del conocimiento, y el enfoque metodológico de esas hipótesis para mantener en la medida de lo posible “abiertas nuestras opciones y no restringirlas de antemano” (Feyerabend 1981: 4).

No buscamos que la crítica a la absolutización se transforme en un relativismo conducente al nihilismo en el que no hallemos ni puntos de referencia ni pautas de enjuiciamiento que frustren todo intento de comprensión de la historia y de la literatura. En este contexto, nos parece que la relectura en clave postmoderna es un instrumento eficaz para disciplinar el objeto de estudio y al mismo tiempo, maniobrar fluidamente o teorizar desteorizando. En este afán por evitar el entumecimiento ideológico, retomamos el pensamiento pionero de Fredric Jameson respecto a la postmodernidad para sortear con él la sistematización de la acepción y la imposición de un “significado esquemático coherente, ya que el concepto no sólo es polémico, sino que además es internamente conflictivo y contradictorio” (Jameson 1998: 22). Según Bauman, la postmodernidad se puede concebir como la emancipación de la modernidad de la falsa conciencia y como la condición social que institucionaliza abiertamente aquellas facetas que la modernidad encubrió (Bauman 2004: 238-39). En línea semejante, la hipótesis de trabajo de Jean-François Lyotard postula que la naturaleza del saber se vio modificada con la llegada de la llamada sociedad postindustrial comenzada a finales de 1950, años que marcaron el final de la reconstrucción europea. Asimismo, el desarrollo de la economía y de la sociedad se volvió inseparable de la mercantilización del conocimiento y de la vinculación directa entre el control del conocimiento y del poder político. Para Lyotard, la condición postmoderna es propia de las sociedades más desarrolladas y designa “l’état de la culture après les transformations qui ont affecté les règles des jeux de la science, de la littérature et des arts à partir de la fin du XIXe siècle [...] En simplifiant à

l'extrême, on tient pour 'postmoderne' l'incrédulité à l'égard des métarécits" (Lyotard 1979: 7).

Desde esta óptica, la postmodernidad abrió una fisura con respecto al saber tradicional fundado sobre las narraciones, historias populares o grandes relatos que se encargaban de fijar las fronteras de lo enunciable y de lo factible mediante la exposición de los éxitos o fracasos de los héroes, que servían para legitimar las instituciones de la sociedad y explicitar la integración de los ciudadanos dentro de las mismas (Lyotard 1979). El rechazo manifiesto a los grandes relatos o teorías universales de la cultura occidental que se atribuyen una capacidad de explicación y de veracidad absoluta, no sólo constituye el eje del postmodernismo sino que pone el acento sobre la pérdida de credibilidad del sistema tradicional y sobre la autoridad bajo cualquier manifestación. Siguiendo este mismo argumento, Craig Owens concibe el postmodernismo como una crisis de representación y de autoridad en Occidente, visible en los discursos reprimidos como el feminismo (Owens 1985).

Huelga decir que esa misma fluidez que perseguimos en nuestra investigación y que detectamos en la identidad histórica y literaria, es ínsita a cualquier categoría cultural. Queremos clarificar desde el principio que la presencia de etiquetas universales como la Ilustración o el Romanticismo a lo largo de esta tesis alude desde un punto de vista formal, a etiquetas empleadas para organizar la información histórica y designar periodos históricos y movimientos culturales concretos que conduzcan inequívocamente al lector. Ahora bien, dado que con frecuencia prevalece una visión de tales categorías como una réplica de la ideología histórica dominante, caracterizada por la pretensión de absolutización de la realidad y de la pureza de las expresiones sociales, nosotros identificamos cualquier periodización no con un entramado pétreo sino con una entidad híbrida e inclusiva, en la que coexisten tendencias medulares y tendencias periféricas

que a pesar de ser reprimidas influyen el curso de los acontecimientos. Esto explicaría por qué en Scott hallamos líneas cruzadas y contrapuestas de pensamiento tales como la Ilustración con su ideal de cosmopolitismo, de nacionalismo moderado, o el Romanticismo con su programa nacionalista exaltado y su conservadurismo, entre otras. Aunque resulta espinoso nombrar sin categorizar, nuestras identificaciones defienden la naturaleza dialógica y mutable de cualquier proceso histórico desde el punto de vista del contenido. Por ende, los sistemas culturales y dentro de los mismos nociones clave como el Estado, los discursos, la novela histórica, la soberanía, la familia, la sexualidad, el género, las naciones, la identidad, etc., no están sujetos a límites definidos como las fronteras formales y conceptuales sino a la porosidad y a la interacción continua, energía que proporciona a los sistemas interferencias, movimiento y mutación sin los cuales las concepciones ideológicas y culturales no evolucionarían nunca.

Hemos optado por la metodología en clave postmoderna porque ello nos permite releer e interpretar las obras de Scott desde una óptica diferente basada en las rupturas con respecto al programa nacionalista, cuyo germen se ha inaugurado años atrás con autores postmodernos. Si bien, hemos incorporado la revisión de la crítica literaria tradicional de Walter Scott, considerada como un punto ineludible en el estudio de este autor, hemos recabado con especial esmero la crítica más rupturista que ofrece una imagen alternativa de su obra. Nuestra meta consiste en “reescribir en nuevos términos todas las cosas familiares para proponer así modificaciones, nuevas perspectivas ideales, una reorganización de los sentimientos y valores canónicos” (Jameson 1998: 14). Por otra parte, cuando nos inclinamos por la metodología postmoderna desconocíamos que ésta fuera a ser tan oportuna para el análisis de la novela histórica de Scott. Nos sorprendimos gratamente cuando descubrimos que los Estudios Escoceses se han

mostrado reacios a las teorizaciones postmodernistas, recluyéndose en la construcción del canon y de la tradición nacional. Al igual que Eleanor Bell, no es nuestra intención negar dicha tradición sino enriquecerla con otra relectura alternativa (Bell 2004: 86). Asimismo, dado que nuestra investigación no es estrictamente literaria sino multidisciplinar, necesitábamos una herramienta metodológica que anulara las barreras entre las diversas disciplinas, durante tanto tiempo escindidas, de la literatura, la historia, la antropología, la filosofía o la crítica literaria, para fusionarlas y desgajarlas de las nomenclaturas rígidas.

La utilidad de la metodología postmoderna reside no sólo en la interpretación de la identidad y de la nación como entidades fluidas en constante renegociación sino por la prioridad que concede a elementos como la frontera y la Otredad, sea la del colonizado, la de la mujer o la de la voz disonante. Éstos son precisamente los argumentos que subyacen bajo nuestras hipótesis particulares y a los que queremos dedicar el grueso de esta investigación, con particular énfasis porque la desarticulación de los mismos afecta directamente a la ideología nacional. El nacionalismo convirtió a la frontera en un objeto de culto; levantó innumerables fronteras no sólo físicas, a través de los mapas y de la geografía, sino psicológicas, morales o sexuales, por nombrar algunas, para acorazar una debilidad que únicamente podía hacerse más fuerte trazando abismos entre el Uno y el Otro. Nosotros suscribimos la idea de que los protagonistas de las tres novelas están encadenados por la transgresión de barreras y de umbrales que les posicionan en espacios intermedios y les catalogan como extraños y diferentes. En este sentido, concebimos la metodología y la relectura postmoderna como herramientas de deconstrucción ideológica. Como evidencia la cita que encabeza este prólogo, nuestra relectura pretende alumbrar que el consumo de historias diferentes conduce a la repetición de lo mismo, mientras que la relectura de lo mismo genera la diferencia

textual. Ahora bien, esta diferencia textual no es una “cualidad irreductible” que “designa la individualidad de cada texto, lo que lo nombra, lo señala, lo rubrica, lo termina; por el contrario, es una diferencia que no se detiene y se articula con el infinito de los textos, de los lenguajes, de los sistemas: una diferencia de la que cada texto es el retorno” (Barthes 1980: 1), y que lo convierte en único, sino el modo que tiene el texto de diferir de sí mismo, exclusivamente captado mediante la relectura. La diferencia no es lo que distingue la identidad entre entidades autónomas sino la diferencia interior que, como argumenta Barbara Jonson, “far from constituting the text’s unique identity, it is that which subverts the very idea of identity, infinitely deferring the possibility of adding up the sum of a text’s part or meanings and reaching a totalized, integrated whole” (Jonson 1981: 166). Explotando la teoría postmoderna queremos demostrar la imposibilidad de la totalización de todo texto y socavar el principio unitario y monádico de la nación, de la identidad y de las obras literarias que prevaleció en la época de Walter Scott y que aún hoy en día juega con ventaja.

Siguiendo la labor de Michel Foucault nos hemos centrado en la dicotomía entre la Mismidad y la Otredad en toda esta investigación así como en la operatividad de los discursos represivos, en la locura, en las prácticas coaccionantes, concretamente en *The Heart of Midlothian*, con el objetivo no de negar el pensamiento hegemónico sino de desarmar su carácter absoluto. Simultáneamente, consideramos que se puede aplicar a estas tres novelas de Scott el concepto *archivo* de Foucault, esto es,

no [...] la masa de textos que han podido ser recogidos en una época determinada, o conservados desde esta época a través de los avatares de las desapariciones, sino el conjunto de redes que, en una época dada y para una sociedad determinada, definen: 1. Los límites y las formas de la *decibilidad*; 2. Los límites y las formas de la *conservación* relativos a qué enunciados son marginados, qué enunciados destinados a entrar en la memoria de los hombres, cuáles se ponen en circulación y en qué grupos, en definitiva cuáles son censurados y reprimidos y cuáles no; 3. Los

límites y las formas de la *memoria* dentro de los discursos, es decir los enunciados válidos o no, relaciones entre los sistemas de enunciados presentes y pasados; 4. Los límites y las formas de la *reactivación*, qué discursos se conservan del pasado y cuáles de las culturas extranjeras y cómo se incorporan; 5. Los límites y las formas de la *apropiación*, qué individuos y qué grupos acceden a los discursos. (Foucault 1993: 28-29)

Si el discurso se constituye a partir de la diferencia entre lo que se podría decir y lo que realmente se dice, Scott plasma lo que se podría decir pero no se dice y lo convierte en una realidad efectiva. El estudio del contexto histórico posibilitará la delimitación en cada una de las novelas de los límites que marca Foucault mientras que el análisis del texto literario articulará lo indecible y lo marginado en términos ideológicos. Tratamos de demostrar que la cultura y la nación, como parte de ella, se caracteriza por dos fuerzas contrapuestas: la de la estabilidad y la continuidad pero también la de la resistencia y la de las contradicciones que desplazan el centro de la nación y que re-escriben desde la periferia la historia y la ficción metropolitana (Bhabha 1990: 6). Junto a Homi Bhabha, queremos “explorar formas de identidad cultural y solidaridad política que emergen de las temporalidades disyuntivas de la cultura nacional. Es una lección de historia que se aprende de los pueblos cuyas historias de marginalidad se han visto más profundamente entrelazadas en las antinomias de la ley y el orden: los colonizados y las mujeres” (Bhabha 2006: 86). Siendo la unidad nacional una utopía pero simultáneamente materia obligada en la consecución de la experiencia comunal, dicha unidad sólo se logra mediante la estigmatización moral y la represión del Otro y de todos aquéllos que se oponen al proyecto nacional (Rener y Ule 1998: 127).

Dado que la elaboración de esta investigación se ha vertebrado en torno a dos partes, la primera dedicada a los condicionamientos teóricos del objeto de estudio y la

segunda a la praxis de susodicho objeto, nos resta tender un puente entre ambas secciones para esclarecer su imbricación y evidenciar que las hipótesis particulares señaladas anteriormente, dependen a su vez de la resolución de una serie de hipótesis auxiliares. Ahora bien, antes de examinar esas hipótesis, debemos constatar que el propósito que subyace a esta primera parte es el funcionamiento, la divulgación y la implantación de la ideología nacionalista, es decir, cómo la política, sinónimo de poder llega a controlar a todos y cada uno de los compartimentos sociales, incluida la literatura, y cómo se forja una relación simbiótica entre ambos. En suma, buscamos definir tanto el ideario nacionalista como indagar en sus engranajes para realizar un diagnóstico del mismo.

Así pues, la primera parte de la investigación no sólo constituye la antesala del análisis práctico sino que incardina diversas hipótesis auxiliares a través de la subdivisión capitular. Puesto que el pilar de este objeto de estudio es la nación y la formación de la identidad nacional, los tres primeros capítulos se encargan de ahondar lo más circunstanciadamente posible en las teorías de la nación y del nacionalismo no sólo genéricamente hablando, sino aplicadas a Gran Bretaña y a Francia, por ser los focos preeminentes de tales nociones. Esto no sólo nos posibilita introducirnos en la complejidad histórica del nacionalismo condensada en torno a sus orígenes, teorizaciones y evolución en el tiempo, para sentir el latido de esta ideología, analizar la extrema relevancia de la Revolución francesa en la historia de Occidente y su influencia en la explosión del nacionalismo, sino acceder a una atalaya desde la que dilucidar posteriormente la reproducción fiel o “desleal” de la nación en la novela histórica de Scott. Con todo ello, se trata de cavar en la malla de relaciones que se entretajan entre el nacionalismo y las diversas corrientes sociales como la religión, la política, la economía o la cultura, para posteriormente y a través de una gradación descendente desde lo más

general hasta lo particular, circunscribir el estudio a la interdependencia labrada entre el campo de la política y el de la literatura. La relación cruzada entre ambas disciplinas nos conducirá al capítulo cuarto, subdividido a su vez en tres partes. Dado que nuestro planteamiento base es la visión de la nación como un constructo asociado a determinados estratos sociales en una coyuntura particular de su desarrollo, con el primer apartado buscamos escudriñar quiénes son los constructores de la nación y cómo la construyen mediante la creación de un canon y de una literatura nacional, reforzada a su vez por elementos satélites como la imprenta, la prensa, las historias literarias, la crítica literaria o el mecenazgo. Se mostrará cómo los cimientos de la conciencia nacional fueron inventados por los intelectuales no sólo a raíz de la Revolución francesa sino en siglos anteriores y el modo en que la política nacionalista ejerció su pleno poder mediante la construcción de un canon y una literatura nacional que legitimara su ideario, así como evidenciar que la nación es un concepto artificial, diseñado para validar el poder de las elites y su credo nacionalista y que la literatura nacional es un agente manipulador de la conciencia colectiva y un catalizador de la propaganda política. Los intelectuales se afanaron por crear una cultura nueva que volvió sus ojos hacia el pueblo y que se consagró a ensalzar el carácter histórico y popular de la comunidad. Estos intelectuales no sólo diseñaron la nueva ideología, el nacionalismo, sino que fueron el catalizador de la cohesión social y de la visión de la comunidad como una totalidad. Además, los intelectuales construyeron mediante los discursos los principios sustentadores del Estado, garantizando el carácter estático y diferenciador de los significados entre el Yo y el Otro, dentro y fuera o aquí y allá. Un discurso puede designar un conjunto de textos pero también las prácticas discursivas a las que están vinculadas. A su vez, los rasgos lingüísticos y conductuales de dichas prácticas

conforman un todo inseparable de las instituciones, cuya naturaleza es conclusiva y cerrada (Doty 1996: 126).

El segundo apartado está dedicado a ejemplificar la formación de esa literatura nacional en el caso concreto de la literatura británica, particularmente escocesa. Si hasta este momento hemos observado el funcionamiento de la política, se trata ahora de ver cómo la literatura es arrastrada por la ideología política y colabora voluntariamente, refrendando y aunando el programa nacionalista. Esto será una buena muestra de cómo la literatura se alía con el poder para cumplir sus fines particulares que no son sino los de la ideología imperante, o dicho de otro modo, cómo el poder controla el saber y el saber se somete al poder. Se pretende demostrar por añadidura que ninguna parcela epistemológica está herméticamente cerrada sino que existen eslabones e interacciones constantes entre todos los procesos culturales y sociales y cómo en consecuencia, la identidad en sus diferentes facetas siempre está sometida a los condicionamientos culturales.

Por último, el tercer apartado focaliza la atención sobre la novela histórica como género por antonomasia del nacionalismo y sobre la importancia de la novela como vehículo constructor y consolidador de la nación, mediante la difusión de un imaginario nacional, que colaboró en el robustecimiento de la identidad colectiva. Las, denominadas por Doris Sommer, “pretty lies” de las narrativas nacionales, fueron parte integrante de las estrategias burguesas tanto para hegemonizar la cultura incipiente y ofrecer engañosamente un lugar para cada individuo como para reprimir los conflictos regionales, económicos o sexuales que ponían en peligro la estabilidad de la nación (Sommer 1991: 29). Analizaremos cómo los escritores, integrantes de la intelectualidad, se encargaron de promulgar la identidad nacional y de filtrarla desde el centro del sistema hasta la periferia y de arriba hacia abajo, invadiendo todos los resquicios de la

sociedad con el credo nacionalista y galvanizando a las masas, sin las cuales el nacionalismo es inoperante. Sin embargo, esto no obstará la constatación de fuerzas opuestas a los parámetros dominantes así como de contradicciones subyacentes que generan focos de resistencia. Se tratará de probar la faceta subversiva de la literatura como instrumento alumbrador de las fallas del sistema ideológico decimonónico. Para ello, se sacarán a la luz los antecedentes de la novela histórica, como las novelas jacobinas y las narrativas nacionales, de las que ésta heredó el temperamento ambivalente. Entraremos así en el terreno resbaladizo de las contranarrativas, encubiertas dentro de las narrativas consideradas oficiales y canónicas, de las que Walter Scott fue uno de los máximos representantes y enlazaremos con el quinto y último capítulo de esta tesis donde se abordará la praxis de las tres novelas, más arriba explicadas. En ellas intentaremos apresar “un discurso en la encrucijada de lo que es conocido y permisible y lo que aunque conocido debe ser mantenido oculto; un discurso proferido entre líneas y como tal a la vez contra las reglas y dentro de ellas” (Bhabha 2002: 115-16).





I. PRIMERA PARTE:

CONDICIONANTES TEÓRICOS DEL OBJETO DE

ESTUDIO



CAPÍTULO PRIMERO:

EL NACIONALISMO ANTES DE LA REVOLUCIÓN

FRANCESA

XX

El nacionalismo es evidentemente, un fenómeno de alcance mundial, que afecta, tanto material como intelectualmente, el desarrollo de la civilización moderna. Tiende cada vez con mayor fuerza a influir sobre las relaciones económicas, espirituales y políticas de la Humanidad.

Está tan estrechamente relacionado con la totalidad de nuestra compleja cultura, que cualquier cambio futuro en la dirección o intensidad del mismo, se vería acompañado de una alteración en otros factores del complejo cultural.

Carlton Joseph Huntley Hayes, *El nacionalismo: una religión*, 1960

❧❧ 1. Introducción ❧❧

Si bien la Revolución francesa fue el motor que imprimió un carácter idiosincrásico totalmente novedoso y original a la nación y al nacionalismo hasta entonces desconocido, no es menos cierto que la semilla de tal movimiento ideológico se situó en siglos previos. Puesto que nos encontramos en los albores de esta investigación, queremos dejar muy clara nuestra línea argumental. Partimos de la idea de que todo acontecimiento histórico viene regido por una lógica interna y que por lo tanto no es fruto del azar. El nacionalismo, como fenómeno moderno ocurrido a finales del siglo XVIII con el estallido de la Revolución francesa, fue la consumación de una serie de tendencias y movimientos localizados en siglos anteriores. Frente a determinados autores como por ejemplo Ernest Gellner (1983) o Eric Hobsbawm (1990), cuyas teorías se abordarán a lo largo de esta tesis, que dan prioridad cronológica a la aparición del nacionalismo sobre la nación, nosotros consideramos que la nación fue la antesala del nacionalismo y éste su máxima expresión durante el siglo XVIII pero que tal sentimiento se fraguó desde el siglo XVI con la emergencia de la nación, si bien ciertos componentes de siglos previos ayudaron igualmente en su solidificación. Entroncamos así con el posicionamiento de una de las grandes autoridades del nacionalismo, Liah Greenfeld, y con su obra *Nationalism: Five Roads to Modernity* (1992) donde defiende la idea de la emergencia de la nación durante el siglo XVI tanto en Inglaterra como en Francia y de su apogeo durante finales del siglo XVIII, y con la

visión de otro teórico nacionalista, Anthony D. Smith, que respalda la modernidad de la nación pero también su gestación en los siglos previos a la Reforma y al Renacimiento¹. En este camino evolutivo de la nación hacia su culmen, estimamos en consecuencia que la nación no mostró su pleno desarrollo hasta finales del siglo XVIII en Francia, aunque en Inglaterra lo hizo a mediados del siglo XVII, siendo en siglos anteriores un fenómeno inmaduro, con contornos vagos y sin un soporte ideológico firme. Lo que definitivamente distinguió al nacionalismo inglés del siglo XVII y del siglo XVIII de otras manifestaciones previas fue la localización de la identidad nacional en el pueblo como portador de la soberanía y de la solidaridad comunal. Con el término soberanía aludimos al proceso que se inició a finales de la Edad Media consistente en la emergencia de Estados territoriales casi autónomos y en la localización de una autoridad social, política y económica concentrada en los dirigentes de dichos territorios. A su vez, la soberanía alude a un doble proceso: la soberanía como principio que regula las relaciones interestatales y las posibilidades de actuación de los Estados a nivel internacional, y la soberanía como ideal territorial evidenciada en la relación entre el territorio y el poder a nivel interno (Murphy 1996: 82, 87). Apoyamos igualmente la idea de que el nacimiento tímido de la nación durante el siglo XVI fue el resultado de los intereses políticos del momento y de que en su formación colaboraron intensamente los intelectuales. En definitiva, concebimos la nación como un constructo que fue evolucionando con los tiempos, al que se fueron incorporando nuevas etiquetas para ajustarse a las necesidades e intereses de los grupos dirigentes. Como asevera Liah Greenfeld: “[...] any identity is a set of ideas, a symbolic construct. It is a particularly powerful construct, for it defines a person’s position in his or her social world. It carries

¹ El posicionamiento de Anthony D. Smith aparece explicado en el tercer capítulo, en el apartado 4.3. La teorización de Anthony D. Smith y de Miroslav Hroch como puente entre los primordialistas y los modernistas.

within itself expectations from the person and from different classes of others in the person's surroundings, and thus orients his or her actions" (Greenfeld 1992: 20).

Por otra parte, el calificativo que acompaña a la identidad sufre siempre transformaciones en función de la ideología que prevalece de tal manera que esa identidad puede ser eminentemente religiosa, étnica o nacional como en el caso que nos ocupa. Ahora bien, la transición de una a otra identidad espeja invariablemente una crisis de identidad en la que la identidad operativa hasta ese momento entra en contradicción con el orden social por lo que se vuelve imperativo implantar una nueva identidad que solvete el descontento generalizado. En otras palabras, la degradación de la estructura social o anomia y su sustitución por una imagen del armazón social más consistente y equilibrada. Aunque la modificación de la identidad requiere la colaboración de un grupo intermediario como son los intelectuales, el origen de la transmutación puede proceder tanto del núcleo del sistema social, como aconteció en Inglaterra durante el siglo XVI o de la periferia del mismo, como fue el caso de la Francia de finales del siglo XVIII, en la que prevaleció el afán por trastocar un orden reacio al cambio. Simultáneamente, la crisis de identidad debe ir acompañada de un proceso persuasivo por el cual se convenza a toda la población del descrédito de la identidad tradicional. La persuasión no sólo requiere instrumentos que difundan una determinada información sino especialmente un público susceptible, promovido por una sensación de división en el pensamiento y en la identidad, por una serie de incompatibilidades con la situación histórica y por contradicciones con los valores o principios imperantes. En consecuencia, el primer objetivo es organizar el poder mediante la construcción de una comunidad cohesionada en la que exista una reciprocidad y complementariedad entre las partes del todo. Como sostiene Karl W. Deutsch, aquí nos encontramos con los constructores de Estados y naciones que son

simultáneamente los destructores de la diversidad y del localismo, de las influencias externas y del aislamiento de la comunidad con respecto al resto del mundo. A partir de entonces, sólo resta que la población viva según las normas de la cultura nacional impuestas a través de las escuelas, la tecnología y los sistemas de comunicación (Deutsch 1962: 78, 83-84).

Por último en esta investigación prestaremos atención exclusivamente al nacionalismo francés por su influencia desmedida en Gran Bretaña, al nacionalismo británico, y al nacionalismo inglés y escocés de modo independiente antes de su unión en un nuevo reino. Nos detendremos puntualmente en los autores nacionalistas alemanes y en la literatura alemana sólo y cuando sea estrictamente necesario para completar el cuadro del nacionalismo y ahondar en su comprensión.

2. Antecedentes del nacionalismo

Tanto la idea como la forma del nacionalismo se localizan en épocas precedentes a la era del nacionalismo moderno. De hecho, su contenido data de las sociedades hebreas y griegas, cuya esencia fue rescatada en Europa durante el Renacimiento; a pesar de los esfuerzos de los pensadores y filósofos renacentistas por implantar el patriotismo grecorromano y la secularización, estas tendencias fueron barridas por la re-teologización de la Reforma y la Contrarreforma que impidió su calado en las masas. La civilización europea moderna hundió sus raíces, a través del Cristianismo y la tradición romana, en la antigua Israel y en Grecia, en las que el sentimiento grupal propio del tribalismo se convirtió en la guía de la vida espiritual y en la conciencia que otorgó a cada miembro del grupo el conocimiento de una misión especial por oposición a otros

pueblos. La médula de la conciencia nacional, la acumulación de memorias pasadas y de expectativas futuras, arraigó por primera vez entre los judíos cuya conciencia histórica les permitió forjar un sentido de unidad y a través de ella, de historia nacional. Fue por lo tanto en la comunidad judía donde brotaron los tres rasgos definitorios del nacionalismo: la idea del pueblo elegido mediante el pacto con Dios, la conciencia de la historia nacional, y el Mesianismo nacional que se desarrolló en paralelo a un Mesianismo universal que consideraba al Judaísmo como la religión universal y a Jerusalén como el centro espiritual del mundo. A su vez esta herencia ideológica fue asimilada por Grecia que conservó un sentido muy marcado de diferenciación y jerarquía con respecto a otros pueblos. Sin embargo, la concienciación sobre la unidad racial y cultural de los griegos no estuvo ligada a pretensiones políticas ni a la activación del nacionalismo político dado que su lealtad primordial siempre se concentró en la ciudad-Estado. La base universalista sobre la que se erigieron tanto Israel como Grecia fue crucial en la constitución de la civilización occidental que reinterpretó su legado y lo hizo pervivir en el Imperio romano y en el Cristianismo. El principio del universalismo se convirtió en el sustrato cultural de la política y en el motor del Imperio romano, heredero de la idea imperial y universal de Alejandro Magno y de la civilización helénica, y abono a su vez del Cristianismo cuya religión universal paralizó cualquier atisbo de nacionalismo. Todos y cada uno de los acontecimientos de la existencia humana pasaron a interpretarse en términos exclusivamente de religiosidad y no de nacionalidad o de raza, al tiempo que la humanidad se segregó en cristianos e infieles. El pensamiento político medieval mantuvo la convicción en la unión de la humanidad y en la conservación de una comunidad, de una ley y de un gobierno universal. En este marco, el único conflicto que experimentó la Edad Media no se redujo al universalismo y al deseo de separación por parte de pueblos o grupos

individuales sino a dos formas de universalismo, el poder espiritual, el *Sacerdotium*, y el poder terrenal, el *Imperium*. Sólo a finales de la Edad Media los Estados nacionales comenzaron a tomar consistencia, fijando así los cimientos sobre los que posteriormente se levantaría el nacionalismo. Con el poder real emergió una nueva estructura de poder centralizado que derivó su modelo de su gran adversaria, la Iglesia Universal, quien como descendiente del Imperio romano fijó los límites territoriales de los futuros Estados nacionales y ayudó al arraigo de la primera forma de monarquía absoluta durante la Edad Media. A los grandes Papas se debió la creación de una organización autoritaria con una cabeza visible a la que se debía obediencia absoluta, sistema del que se apropiaron los monarcas renacentistas. La homogeneización religiosa, es decir, la correspondencia entre un territorio, una religión y una Iglesia, se estableció como la precondition de la consolidación del Estado.

La aparición durante el siglo XVI del secularismo que intentó desacreditar la autoridad eclesiástica y sustituirla por el Clasicismo, del individualismo y de la conciencia histórico-científica con miras hacia el pasado y el futuro, respaldó el primer énfasis consciente del nacionalismo cultural y preparó el terreno para el enraizamiento de la conciencia nacional. No obstante, a pesar de la desarticulación del orden universalista y de la expansión del individualismo, ni el Renacimiento ni la Reforma pueden denominarse como la edad del nacionalismo puesto que la balanza entre el antiguo universalismo y el nuevo individualismo siguió pesando a favor del primero, aunque tal universalismo unitario se fracturó en un nuevo pluralismo religioso. A finales del Renacimiento se recogieron dos tendencias en función de los países: por un lado, la religión volvió a dominar la escena política y los nuevos Estados se construyeron alrededor de los príncipes y de la religión y de un autoritarismo violento en el que se impuso la intolerancia religiosa y por otro, el poder creciente del Estado se emancipó de

la supervisión de la Iglesia y el monarca se convirtió en el eje del mismo, despolitizando la religión y poniendo término a las guerras religiosas. La propia religión modificó asimismo su carácter bajo el influjo del racionalismo, del secularismo del ámbito socio-político y del individualismo abriendo impremeditadamente la senda del nacionalismo. De hecho, el éxito del Protestantismo como religión cristiana ajena a la Iglesia Católica romana fue consecuencia de la desintegración de la autoridad de la *respublica Christiana* que permitió la emergencia posterior de las naciones y del nacionalismo.

Según Carlton J. H. Hayes, el siglo XVI estuvo regido por dos tendencias opuestas, ninguna de las cuales destacó por su nacionalismo: una fue el cosmopolitismo o universalismo “supranacional” identificado con el Cristianismo y la Iglesia católica, con el Imperio, el máximo referente político, y con el latín como lengua común de la clase culta; la otra fue el localismo “infranacional”, difundido entre los campesinos cuya lealtad se orientaba hacia su aldea, su Iglesia y su señor feudal y entre los habitantes de las ciudades cuyo apego se concentraba en torno a su ciudad, su catedral y su gremio. Sin embargo, en paralelo a estas tendencias surgió otra muy tenue pero segura a finales de la Edad Media que marcó la gestación del nacionalismo y que se caracterizó por el auge de las literaturas y lenguas vernáculas y el declive del latín, por el florecimiento de un Estado nacional monárquico, por la metamorfosis de la economía feudal en economía nacional con la consiguiente supervisión del comercio, la industria y la agricultura y finalmente, por la caída de la Cristiandad y la instauración de las Iglesias nacionales (Hayes 1966: 37-39).

En consecuencia, el siglo XVII fue un siglo de transición a lo largo del cual se consumó la lesión del universalismo, no a favor de las nacionalidades todavía inexistentes como entidades políticas deliberadas, sino a favor del poder centralizador de los Estados y de los soberanos, es decir, del Estatismo o subordinación de la Iglesia

al Estado, surgido de la desintegración del universalismo medieval. La dinastía asumió así el poder de la religión y la lealtad se condensó en la figura del rey (Kohn 1967).

Si entre 1650 y 1750 la política fue eminentemente racionalista, a finales del siglo XVIII el nacionalismo rescató el fervor emocional propio de la religión y lo fusionó con la política dando lugar a un nuevo tipo de adhesión ideológica. En este periodo transicional del Estatismo, el Estado terminó de desvincularse de la religión, alcanzó la plena secularización y encontró en los principios racionales de la razón del Estado su justificación y legitimidad. Únicamente en el siglo XVIII fue esculpida la civilización moderna.

Dos fueron las influencias decisivas en la aparición del nacionalismo moderno: por un lado, la Ilustración con la difusión del patriotismo como una noble virtud, cuyo corolario era el amor por la libertad y el aborrecimiento de la tiranía y por otro, el Pietismo con su enaltecimiento de la individualidad nacional y personal, de la emotividad, de la enseñanza popular y de los entornos naturales.

La Revolución francesa fue la primera revolución nacionalista que actuó como patrón del nacionalismo moderno en otros países europeos y dentro de la que cabe distinguir dos dimensiones, el nacionalismo como ideología surgida por las transformaciones internas de Francia, susceptible de ser exportada a otros países y el nacionalismo como reacción defensiva ante la política imperialista de Napoleón (Llobera 1996: 179).

Como argumenta Peter Burke en el ya clásico *Popular Culture in Early Modern Europe* (1978), durante el llamado *Early Modern Period*, periodo comprendido entre 1500 y 1800, se desencadenó paulatinamente el proceso de descubrimiento del pueblo, motivado por razones estéticas, intelectuales o políticas, como corolario de un conjunto

de reacciones autóctonas por recuperar la cultura tradicional. Y este pueblo, que distaba mucho de ser homogéneo, se reinterpretó como una entidad impermeable a las luchas intestinas. Es clave señalar que entre 1500 y 1800, se produjo la difusión de la conciencia política; desde la Reforma hasta la Revolución francesa, tanto los artesanos como los campesinos se involucraron en mayor grado en los asuntos de Estado, emitiendo opiniones sobre ello y adoptando una actitud crítica, no necesariamente hostil. Esta reacción fue asimismo la consecuencia lógica de los acontecimientos históricos, puesto que la mayor centralización estatal y el aumento de los ejércitos y de los impuestos revelaron la intromisión de la política en la vida cotidiana (Burke 1983).

3. El nacionalismo en Inglaterra desde el siglo XVI hasta finales del siglo XVIII

Aunque esta tesis toma como punto de partida la Revolución francesa para explicar el nacionalismo británico, lo cierto es que este enfoque sería inexacto si no contemplara asimismo los acontecimientos ocurridos en Gran Bretaña durante el siglo anterior por su relevancia en la gestación y consumación del nacionalismo. De hecho, Carlton J. H. Hayes considera que el nacionalismo moderno tuvo su origen en Inglaterra (Hayes 1966: 50-51).

La historia de Inglaterra y posteriormente de Gran Bretaña estuvo marcada por la germinación de dos tipos de nacionalismo: un nacionalismo moderado, más semejante al patriotismo que al nacionalismo propiamente dicho, que se inició durante el siglo XVI, se consumó aproximadamente con la Guerra civil inglesa (1642-1649) y con la Revolución Gloriosa en 1688-1689 y pervivió hasta 1760, momento en el que

comenzó a incubarse un segundo tipo de nacionalismo exaltado que alcanzó su cénit en 1789, justo antes del estallido de la Revolución francesa y que se prolongó gracias al influjo de ésta. Durante la Ilustración el cosmopolitismo cohabitó con el patriotismo nacional dado que ser un buen inglés, francés o alemán era equivalente a ser un buen ciudadano del mundo. Si bien durante todo este periodo este nacionalismo moderado afectó únicamente al destino de Inglaterra, a partir de la Revolución francesa involucró a toda Gran Bretaña y por tanto a la identidad británica, acentuando la tendencia progresivamente hostil del nacionalismo exaltado, especialmente a raíz del inicio de las Guerras revolucionarias y napoleónicas. Estos dos tipos de nacionalismo o fases de un mismo nacionalismo se correspondieron a su vez con dos conceptos disimilares de nación de tal manera que si el nacionalismo moderado concibió a la nación como “pueblo soberano”, el nacionalismo exaltado lo hizo como “único pueblo soberano”. El paso de un nacionalismo a otro supuso un cambio radical en la concepción de la nación y en la estimación de un mismo fenómeno que a partir de entonces designó a dos manifestaciones de identidad, conciencia y colectividad nacional profundamente divergentes, una patriótica y otra franco-xenófoba. Según Kathleen Wilson, mientras el término patriotismo o nacionalismo moderado al que hacemos referencia, en el contexto británico denotaba amor hacia el propio país, protección de la Constitución así como de las libertades que garantizaba y sacrificio por el bien público, ileso ante los intereses privados, el nacionalismo o la identidad nacional exaltada invocaba los elementos comunes basados en los límites territoriales de la nación y movilizados en la persecución de la causa colectiva, un esfuerzo por otra parte, caracterizado por la frustración y la lucha por construir Gran Bretaña (Wilson 1998b: 23).

En el fondo, la transición entre estos dos nacionalismos no fue sino la evolución de la estructura política desde la democracia hasta el nacionalismo propiamente dicho

como lo entendemos hoy en día. Originalmente, el nacionalismo emergió en Inglaterra como democracia dado que la localización de la soberanía en el pueblo junto con el reconocimiento de los principios de igualdad entre todos los ciudadanos constituyó la piedra angular de la democracia. Sin embargo, la correspondencia primigenia entre el nacionalismo y la democracia se desvaneció a medida que el nacionalismo tomó otros derroteros y sustituyó la soberanía popular por la unicidad de esa soberanía popular.

Dos son fundamentalmente las diferencias que separan el nacionalismo moderado del nacionalismo exaltado. El primero se caracteriza por ser no particularista y por ser individualista en el sentido de que la soberanía del pueblo procede de la soberanía de cada individuo y del hecho de que a cada uno de estos individuos les convierte en miembros y soberanos de la nación. En paralelo, el nacionalismo moderado procede del encumbramiento simbólico del pueblo a la categoría de elite política, sujeto a una transmutación en las condiciones estructurales, siendo éstas las fuerzas generadoras de la idea del pueblo soberano. Por el contrario, el nacionalismo exaltado establece una correlación entre la soberanía del pueblo y su unicidad y distinción con respecto a otros pueblos. El principio nacional sobre el que se sustenta es claramente colectivista dado que representa al espíritu colectivo, y autoritario dado que la uniformidad y voluntad de esta colectividad requiere un portavoz. Esto genera una desigualdad entre aquéllos capacitados para articular la voluntad colectiva y aquéllos obligados a cumplirla. Por otra parte, la unicidad de la soberanía popular no se inspira en el contexto estructural que la precede como en el nacionalismo moderado sino que la idea se importa de otros países, siendo la causa y no el efecto de las alteraciones sociales y políticas.

El nacionalismo fundado sobre la idea del pueblo soberano nos permite ver que el nacionalismo no tiene que ser obligatoriamente una manifestación de particularismo

sino una ideología política desligada de una comunidad particular y por lo tanto, no contradictoria con la humanidad. Únicamente con la Revolución francesa el nacionalismo adquirió el rasgo de particularismo dando lugar a la división del mundo en identidades separadas, exclusivistas y en conflicto. De hecho, la transición al nacionalismo conlleva la creencia en la superioridad de un pueblo y en su deseo de permanecer libre tanto del control político y de las amenazas extranjeras como de las influencias culturales foráneas.

La correlación entre el nacionalismo moderado y el exaltado fue el fiel reflejo en Inglaterra del desplazamiento del nacionalismo cultural al nacionalismo político, éste último surgido siempre en tiempos de guerra cuando el enemigo acosa a la nación y cuando es muy fácil persuadir a la población de la necesidad de expulsar a las elites gobernantes por su afinidad con el enemigo, a las que se acusa de anti-patriotismo y deslealtad. El movimiento nacionalista inglés fue en esencia cultural, sin ninguna implicación política hasta que el giro de los acontecimientos cambió completamente la naturaleza del mismo. Las guerras contra Francia, especialmente la Guerra de los siete años (1756-1763), creó el clima propicio para la consecución de la grandeza nacional mediante la expansión del comercio británico y la destrucción del poder económico y militar francés que al igual que su cultura, impregnaba toda Europa y concretamente Inglaterra, cuyos dirigentes eran francófilos.

En consecuencia, Gran Bretaña permaneció bajo el influjo de un nacionalismo moderado que se recrudeció con el estallido de la Revolución francesa y sus consecuencias. Aunque nuestro foco de estudio se centra precisamente en este nacionalismo exaltado que ha sido el que ha prevalecido desde finales del siglo XVIII, que ha influenciado la identidad británica y ha condicionado el funcionamiento de la política de la sociedad occidental, prestaremos atención brevemente al nacionalismo

inglés desde el siglo XVI para ofrecer una visión más amplia de este fenómeno y para justificar la idea de que la difusión del nacionalismo a finales del siglo XVIII en Francia fue el resultado combinado de una aportación original, específica de este país, pero también de una importación ideológica del nacionalismo inglés.

Inglaterra se convirtió en el máximo exponente del nacionalismo durante el siglo XVIII debido a que la idea moderna del concepto de nación emergió en Inglaterra, para Liah Greenfeld, la primera nación del mundo occidental en la que el proceso del nacionalismo eclosionó, de ahí que el análisis del nacionalismo inglés sea esencial en la comprensión de esta investigación.

La existencia de una identidad y de una conciencia nacional en Inglaterra unida a una organización política y a una demarcación geográfica era una realidad hacia 1600. De hecho, se puede localizar la emergencia de los sentimientos nacionales durante el primer tercio del siglo XVI a través de una actitud popular ligeramente franco-xenófoba. A principios del siglo XVII y como consecuencia de la labor unificadora de la monarquía y del Humanismo con su énfasis en la individualidad, en la racionalidad y en la dignidad del ser humano, la nación era considerada una comunidad de individuos libres e iguales en la que la realización humana se consumaba mediante la participación política. En este contexto el amor hacia la nación iba encadenado al individualismo, a la exaltación de las capacidades y de los derechos de toda la humanidad y no en exclusiva de Inglaterra. Este cambio de actitud se reflejó en una evolución del vocabulario que entre 1500 y 1650 convirtió a los términos “país”, “Commonwealth”, “Imperio” y “nación” en sinónimos de “pueblo soberano de Inglaterra”. La consolidación tímida de la conciencia nacional vino motivada por un cúmulo de factores capaces de transmutar el esqueleto social como fueron la transformación de la jerarquía social con la consiguiente facilidad para escalar socialmente, el carácter cohesionador de la

monarquía Tudor, la Reforma Protestante, el crecimiento de la alfabetización, la multiplicación de obras literarias promotoras del patriotismo y de la herencia cultural autóctona, el papel del Parlamento con su insistencia sobre el derecho de participación popular en la política, etc. De todos ellos, el símbolo por excelencia del nacionalismo inglés giró en torno a la figura del monarca y en particular de Enrique VIII responsable de la ruptura con la Iglesia de Roma, de la inauguración de los estudios sobre las antigüedades inglesas y de la primera impresión de la Biblia inglesa. En el Antiguo Testamento, los ingleses encontraron el ejemplo del pueblo elegido como luz que debía alumbrar al mundo y cumplir con el pacto divino, de ahí que se identificaran con la segunda Israel y que esta metáfora vertebrara toda la vida social y política del siglo XVI y XVII. Esta nueva concepción no sólo afectó al sentido de dignidad de las clases elevadas sino también de las masas que vieron cómo sus destinos individuales se ligaban a los de la nación. Asimismo, la idea de la nación anunciaba que la política ya no era sólo materia exclusiva de los soberanos sino una inquietud común.

A esta nueva noción de la nación como entidad colectiva contribuyó sobremanera el Protestantismo y la política represiva de María Tudor que agilizó la autopercepción religiosa de los ingleses como un pueblo único y separado del resto de los países. Debido al auge del Protestantismo y del nacionalismo, la monarquía se convirtió a su vez en una condición crucial del desarrollo del sentido nacional. Liah Greenfeld sostiene que durante el reinado de la reina Elizabeth, Inglaterra ya era una nación “because its people was symbolically elevated to the position of an elite, and this elevation created a new type of collectivity and social structure unlike any other, and a novel, at that time unique, identity” (Greenfeld 1992: 66).

Situados en este marco, la obra de Gillian Brennan, *Patriotism, Power and Print*, arroja luz sobre la construcción de la patria inglesa como una herramienta de poder para

sojuzgar y utilizar las expresiones culturales como propaganda religiosa y política durante el siglo XVI. El estudio del patriotismo inglés durante este siglo demuestra que esta ideología no sólo constituyó una parte vital en la maquinaria propagandística de la dinastía Tudor sino de las generaciones posteriores que ajustaron los acontecimientos históricos a sus circunstancias e intereses. La fascinación de la monarquía Tudor por el nacionalismo no fue casual: conscientes de que el fortalecimiento de la conciencia nacional podía amenazar seriamente a la monarquía, Enrique VIII y Elizabeth I protegieron su poder identificándose con la nación. Sin embargo, la actitud de estos monarcas hacia el patriotismo fue ambigua porque sabían que la lealtad hacia la nación era contradictoria con la lealtad hacia la monarquía. De ahí que cuando Enrique VIII rompió con la Iglesia de Roma pusiera como escudo los intereses de Inglaterra frente a las injerencias extranjeras y que apelara a la unidad frente a los peligros externos y a las amenazas de invasión, presentándose como un salvador de la patria. Por ejemplo, durante la Guerra anglo-española (1585-1604) y ante la desunión interna de Inglaterra, Elizabeth I recurrió a la propaganda patriótica para aglutinar a los diferentes sectores sociales y ganarse el respaldo de los disidentes. Como Gillian Brennan sugiere, la fraternidad entre la tríada Corona-Protestantismo-Nación y la necesidad de tanta publicidad patriótica puede ser interpretada como el reflejo de la debilidad política de la unidad nacional más que de su vitalidad. Al mismo tiempo, la política de Elizabeth I abarcó dos ámbitos decisivos para la vigorización de su poder: por un lado, convirtió al Imperio en un estímulo muy poderoso del patriotismo con su énfasis en la grandiosidad del reino de Inglaterra y con el encumbramiento del papel de cada individuo dentro de ese proyecto nacional, y por otro, se tornó en la cabeza de la esfera religiosa mediante la Segunda Acta de Supremacía (1559), al igual que su predecesor en 1534, para monopolizar la propaganda patriótica y la autoridad política (Brennan 2003).

Con un siglo de ventaja con respecto al continente, la primera expresión íntegramente nacionalista en Inglaterra brotó con la Guerra civil y con sus consecuencias: el establecimiento de la tolerancia religiosa, la dignificación del pueblo, la importancia de la opinión pública, la supremacía del Parlamento sobre la monarquía y la reafirmación del individualismo y de la libertad promovidos por la Reforma en contra del autoritarismo y la tradición aristocrática. La fundación de la Iglesia nacional anglicana, la centralización del poder en torno a la figura del monarca iniciada con la dinastía Tudor, el crecimiento de la riqueza del país gracias a la expansión colonial, los progresos científicos y el desarrollo de la teoría política o la aparición de la clase media, entre otros factores, conformaron las fuerzas desencadenantes de la Revolución puritana inglesa, que permitió al pueblo de Inglaterra verse como una comunidad elegida históricamente para cumplir el destino divino de una nueva Reforma. Los ingleses dejaron de ser el pueblo en términos peyorativos para convertirse en la nación, en el agente de la historia, llamada a realizar grandes hechos y a participar en el nuevo proyecto. Esta idea la expresó Ernest Barker en *Oliver Cromwell and the English People* cuando afirmó lo siguiente:

It is true that Cromwell and his Puritan contemporaries cherished a sort of nationalism; but the community or nation for which they cherished this feeling was a community decided not by blood but by faith. The English nation for which they were passionate was a nation by adoption and grace, after the manner of the Old Testament [...] This may be called a religious nationalism. It is a form of nationalism in which the nation is not a religion, or the object of a cult, but, on the very contrary, religion and cult are the nation, and *they* constitute the foundation of its being. It is therefore a nationalism which runs easily and naturally into internationalism. (Barker 1937: 82-83)

A pesar de que en esta Revolución encontramos el primer ejemplo del nacionalismo moderno tanto religioso como político y social, éste distó mucho del nacionalismo secularizado que se produjo a finales del siglo XVIII y que arrastró a todos los países europeos. Sin embargo, es indudable que como consecuencia de esta Revolución, Inglaterra desarrolló una conciencia nacional a la que contribuyó decisivamente el Parlamento, el Capitalismo y el Calvinismo. La Revolución puritana fue fundamentalmente un conflicto entre la Corona y la nación en su intento por reafirmar su reconocimiento político, la soberanía del pueblo como parte del mismo y por poner fin a la disociación entre los sentimientos nacionales y monárquicos de los Estuardo, enemigos declarados del Parlamento y de las aspiraciones nacionalistas de la burguesía. Tras la Guerra Civil, la nación se convirtió en el primer objeto de lealtad y se desvinculó de cualquier justificación monárquica o religiosa, siendo sustituidas por la autonomía cultural y política de la nación.

La génesis del nacionalismo en Inglaterra no se puede comprender íntegramente sin hacer alusión al cosmopolitismo arraigado en el concepto de la unidad de la humanidad, cuyo máximo exponente hacia 1750 tanto en Francia como en el resto de Europa fue Voltaire, el líder de la Ilustración europea. La cultura cosmopolita fue el sustrato del cual partió todo nacionalismo europeo.

La ideología ilustrada dirigió sus ataques contra dos tipos de apegos, los sentimientos nacionales y los sentimientos religiosos, especialmente contra el Cristianismo ya que se fomentó sin embargo la religión natural, el Deísmo. Voltaire se consagró a popularizar el desprecio por los prejuicios patrióticos que dividían a los pueblos y a fomentar la afinidad por la libertad intelectual y la tolerancia. La cuestión clave de este momento histórico no residió en la idea de que la vida fuera exactamente igual en las diversas sociedades europeas o de que las instituciones nacionales fueran

intercambiables sino en que la circulación de personas entre países permitía la extrapolación de formas de organización social, contactos personales, redes sociales internacionales, similitud de vida en la Corte y de un patrón homogéneo de principios seculares que desembocaron en una conciencia común en las capas altas de la sociedad europea, singularizada por el cosmopolitismo y el rechazo a los provincialismos. De esta manera se inauguró un diálogo continuo de influencias de todo tipo entre Francia e Inglaterra que encontró su máximo referente en la época de Luis XIV (1643-1715) durante la cual la franco-filia entre la alta clase inglesa se reforzó y se hizo patente en la importación de la moda y de la lengua francesa.

Esta clase alta europea de corte cosmopolita se correspondió con la aristocracia cuyo poder se concentró en torno a la economía, la política tanto a nivel nacional como local, y la tendencia social del clientelismo o la circulación de favores y servicios que recorría toda la estructura piramidal del Antiguo Régimen junto con el acceso restringido a la tierra, el poder, el conocimiento y otro tipo de oportunidades que convirtieron a la sociedad aristocrática en una sociedad determinada por la diferenciación. En el caso de Inglaterra, Londres se convirtió en una especie de colonia cultural de París y las clases altas fueron aleccionadas sobre la excelencia de todo lo extranjero procedente de Francia al tiempo que esta actitud repercutía en una conciencia sobre la inferioridad cultural nacional.

Hacia 1750 tanto en Inglaterra como en Francia, un sector de la población perteneciente a la burguesía comenzó a desafiar a la aristocracia y a su actitud monopolizadora, y mientras ésta reforzaba los mecanismos de la exclusión política, social o económica en Inglaterra, la franco-fobia se extendía rápidamente por las clases más bajas de la sociedad. El cosmopolitismo amplió el campo de poder y de influencias de la aristocracia, impidiendo la formación de una conciencia nacional en las capas

inferiores de la sociedad, lo que explicaría el surgimiento de un nacionalismo exaltado a partir de esta fecha y una contienda sin tregua entre la cultura cosmopolita y los localismos. De ahí que las manifestaciones de orgullo nacional, la proliferación de instituciones culturales o el auge de la literatura autóctona fueran la expresión externa del despertar de una revolución interna a gran escala, cultural, estética, política, social, económica y religiosa.

En una obra de referencia obligada en el tema del nacionalismo inglés, *The Rise of English Nationalism*, Gerald Newman defiende la idea de que la explosión del movimiento nacionalista inglés partió de las provocaciones culturales y de las humillaciones sociales que experimentaron los intelectuales (dramaturgos, poetas, novelistas, críticos, artistas), es decir, las ofensivas en contra de la nación, procedentes de la elite doméstica, cooperadora con un poder extranjero y sujeta a sus influjos culturales. La formación del nacionalismo inglés se basó en estos ataques domésticos y foráneos de las clases dirigentes, en el cuestionamiento de la honorabilidad del resto de la sociedad inglesa, en la toma de concienciación histórica de este hecho así como en la desconfianza total hacia los políticos dirigentes. Fue por lo tanto el sentido de la desintegración en todos los niveles lo que concienció sobre la necesidad de una ideología fuerte que sirviera como punto de unión, de reorientación social, que terminara con la corrupción moral de la aristocracia, la invasión cultural francesa y la decadencia nacional. Según este autor, los años comprendidos entre 1740 y 1780 fueron años críticos para el despliegue del nacionalismo inglés mediante el sentimiento anti-francés, anti-aristocrático y anti-cosmopolita. La corrupción de la aristocracia, la actividad extraparlamentaria y radical, el descontento popular y la hostilidad hacia Francia provocaron una de las mayores crisis en la historia de Inglaterra que se concentró en torno a los años 1779 y 1784 y que estuvo a punto de degenerar en otra

guerra civil. Finalmente se resolvió mediante las elecciones de 1784 que dieron la victoria a William Pitt y desterraron del panorama político a los *Whigs* hasta 1830. Las elecciones de 1784 por lo tanto fueron el clímax de la lucha inglesa por la independencia con respecto a la aristocracia cosmopolita y anti-patriótica. El triunfo de Pitt fue la culminación de las expectativas políticas de las generaciones anteriores dado que aportó estabilidad al país, solventó la crisis nacional, reformó la política, purificó las instituciones gubernamentales y dejó el camino abierto al poder moral y económico de la clase media.

Este movimiento recogió la doble dirección del nacionalismo: por un lado, las relaciones del Estado con sus ciudadanos que desembocaron intranacionalmente en un afecto hacia todos los miembros incluidos bajo esa misma nacionalidad y por otro, las relaciones entre Estados que internacionalmente se tradujeron en una desconfianza y desprecio por aquéllos que no compartían la esfera nacional. En esta identificación de los gobernantes nativos con el enemigo exterior residió una de las características basales del nacionalismo a diferencia del patriotismo. En definitiva, hacia 1789 el concepto de la identidad nacional inglesa ya había arraigado (Newman 1987; Colley 1986).

4. El nacionalismo escocés

Es indudable que los argumentos nacionalistas han sido extremadamente útiles en la reivindicación de los movimientos separatistas así como cohesionadores. La historia del Reino Unido muestra que los movimientos separatistas han sido una constante en la llamada franja celta, es decir, en Gales, Irlanda y Escocia, en la que abundaron las expresiones del nacionalismo cultural, por ejemplo durante el

Romanticismo, y del nacionalismo político, particularmente con Robert Watson y con Thomas Muir (Dinwiddy 1988: 53)².

Hacia 1066 no se puede hablar de identidad escocesa porque el reino carecía de una ley común y los diferentes pueblos que habitaban Escocia se veían como entidades separadas; con la centralización del Estado durante el Medievo, el papel unificador de la Iglesia escocesa y la amenaza constante de la invasión anglonormanda, se generó un espíritu nacional escocés (Llobera 1996: 29). La identidad escocesa se formó al igual que la identidad británica por oposición a otro país, en este caso a Inglaterra con la que estuvo en guerra declarada desde el año 1296, fecha en la que comenzaron con Eduardo I (1239-1307) las Guerras de Independencia, ésta lograda finalmente con el Tratado de Northampton en 1327. Este hecho se vio reforzado cuando en 1329 el Papa Juan XXII dictó una bula que legitimaba en el trono de Escocia a Roberto Bruce y concedía a sus sucesores el derecho a ser ungidos y coronados. Hay que puntualizar asimismo, que antes del año 1296, Escocia sufrió otras tres invasiones por parte de Inglaterra, concretamente en 1072, 1080 y 1091. Por ello, la relación entre Inglaterra y sus vecinos escoceses estuvo marcada a lo largo de los siglos por constantes luchas armadas, guerras de conquista y de liberación, en suma por una tradición de enemistad que se fue consolidando de generación en generación. A esta hostilidad contribuyó la alianza denominada *Auld Alliance*, que forjó Escocia con Francia y que perduró desde el siglo XIII hasta el siglo XVI.

Las Guerras de Independencia fueron desde el principio de la historia de Escocia un motivo de orgullo nacional que pasó a formar parte de la tradición nacional nunca

² Robert Watson fue un médico que participó en las revueltas radicales en Londres como consecuencia de la Revolución francesa y que atacó continuamente la Unión entre Escocia e Inglaterra. En 1798, huyó a Francia donde hizo un llamamiento desde un periódico francés a todos los patriotas escoceses para luchar contra Inglaterra y conseguir la independencia. Thomas Muir fue otro líder escocés radical al que se deportó por sedición.

olvidada. No obstante, la belicosidad no terminó con la independencia de Escocia dado que desde la batalla de Bannockburn en 1314 hasta la Reforma, es decir, por un periodo de 250 años, Escocia e Inglaterra mantuvieron una agresividad constante, especialmente en la zona fronteriza entre ambos países, inmortalizada en las canciones populares y baladas. Finalmente, si el año 1502 trajo consigo un tratado de paz y la primera reafirmación de la soberanía de Escocia desde 1328, en 1503 se prolongó esta paz cuando Jaime IV se casó con Margaret, hermana de Enrique VIII, uniéndose la dinastía Tudor con la dinastía Estuarda. Pero después de la muerte de Jaime IV en Flodden (1513) y de la preferencia matrimonial de Jaime V por María de Guisa en vez de María Tudor en 1539, Enrique VIII barrió con su armada la región de Lothian entre 1544-1545, quemó Edimburgo, Melrose y otras abadías, y destrozó más de doscientos pueblos. En 1546 y 1547, repitió de nuevo el mismo proceso (Coupland 1954).

Con la llegada del Protestantismo, Escocia desligó finalmente los lazos que la unían a Francia y se liberó del peso de la hegemonía francesa. Ahora bien, la desvinculación con Francia no erradicó los problemas de Escocia, particularmente desde 1603 cuando en la persona de Jaime VI se unieron las coronas de Escocia e Inglaterra y con ello, los deseos de unión política entre ambos países, finalmente consumada en 1707. Entre tanto, el apoyo a Cromwell durante la Guerra civil inglesa a cambio de la instauración del Presbiterianismo en Escocia, la traición de éste y su resolución en la batalla de Dunbar (1650), la expulsión de Jaime VII en 1688, la monarquía de Guillermo III y de la reina María concebida como una usurpación, la Unión de 1707 y los progresivos levantamientos *Highlander* apoyando la causa Estuarda durante el siglo XVIII complicaron irremediablemente el trato anglo-escocés³. Si a partir de 1688, la principal amenaza exterior de Inglaterra procedió de Francia, la interior se localizó en

³ Todas estas cuestiones históricas son explicadas detalladamente a la luz de la explicación de las novelas de *Waverley*, *Old Mortality* y *The Heart of Midlothian* en la parte práctica de esta investigación.

Escocia con el movimiento popular del Jacobitismo, producto del Tratado de Unión. Después de la supuesta civilización de las *Highlands* y como resultado de la prosperidad económica de la Unión, el siglo XVIII asistió al florecimiento de la cultura escocesa que completó el proceso de la transformación nacional (Davidson 2003).

La defensa y la conservación de la nación y del nacionalismo escocés giró durante siglos en torno a la dinastía Estuarda como pieza idiosincrásica ante la dominación inglesa a través de la Unión. Según Murray Pittock en *The Invention of Scotland*, la expulsión de los Estuardo fue paralela a la pérdida de la independencia escocesa y a la fragmentación de la identidad nacional puesto que ésta fue indisociable de un conjunto de valores míticos y sagrados representados por estos monarcas. La politización de esta mística ayudó a preservar la identidad de la nación escocesa frente a las presiones británicas por imponer sus normas. Si bien Escocia sufrió una fuerte escisión identitaria y religiosa como consecuencia de la política arbitraria y tiránica de los Estuardo, concretamente con Carlos I y Carlos II, después de la expulsión de Jaime II, parte de los escoceses, entre ellos los *Highlanders*, consideraron el respaldo de los Estuardo la mejor opción patriótica. El mito de los Estuardo se entrelazó con la restauración de la civilización celta como medida de evasión ante la relegación de Escocia a la periferia de Inglaterra; se intentó durante mucho tiempo después de la Unión retroceder al pasado para inventar una comunidad orgánica e ideal libre de conflictos gracias a la labor Estuarda. Asimismo, se creó todo un legado de tradiciones e iconografías heroicas y sagradas de los monarcas que fue consolidándose a medida que el resentimiento escocés ante la marginalización inglesa aumentó (Pittock 1991).

La interpretación de Escocia como nación ha recorrido dos caminos opuestos. Por un lado, existe disconformidad sobre el significado pleno de Escocia como nación antes de la aparición del nacionalismo de masas de finales del siglo XVIII, y por otro,

prevalece la idea de que Escocia es una de las naciones más antiguas de Europa y de que la identidad nacional no sólo se preservó gracias a la estabilidad de las fronteras sino gracias a las mencionadas Guerras de Independencia y a la Declaración de Arbroath (1320), muestras inequívocas de una identidad nacional escocesa muy temprana. A pesar de que la nación fue siempre más una aspiración política que una realidad sociológica, actuó como un recurso muy poderoso de legitimación para reivindicar la coincidencia de la esfera cultural con la política; en este sentido, los escoceses siempre se caracterizaron por un sentido muy claro de su identidad cultural y política como elemento diferenciador de los ingleses (McCrone 2001: 154, 193). En efecto, la ausencia de una homogeneidad lingüística, religiosa (Escocia nunca fue un país íntegramente protestante dado que el Catolicismo pervivió en las *Highlands*) y racial (la mezclanza de los orígenes históricos de Escocia a través de la huella sucesiva de pictos, escotos, romanos, britones, sajones, normandos o noruegos es un hecho reconocido por los propios escoceses), como criterios objetivos de la nación no impidió la cristalización de un sentido de la identidad escocesa. A ello contribuyeron los mitos fundacionales, las leyendas y las gestas de los héroes y heroínas junto con la historia que se convirtió en la base del sentimiento de cohesión y de la idiosincrasia de los valores escoceses, que se reforzaron con el Tratado de Unión de 1707. Pero salta a la vista que el estudio de Escocia como nación carente de Estado supone un desafío para cualquier aproximación al nacionalismo, de ahí que el vacío de la estructura estatal justifique el hueco teórico en gran parte de la principal literatura crítica sobre el nacionalismo (Ichijo 2004: 15-42). Ernest Gellner reconoce en *Nations and Nationalism* la idea de que algunas naciones tienen “ombligos” o lo que es lo mismo, vínculos con entidades étnicas y culturales pre-modernas. Y si bien la memoria histórica compartida de Escocia pudo actuar como un vínculo primordial, esta cuestión pierde relevancia a la

luz de la emergencia de las naciones, entre ellas Escocia, como consecuencia de los procesos de Industrialización y de la necesidad de crear artificialmente una continuidad con el pasado. Desde este ángulo, la posibilidad de Escocia como nación durante las Guerras de Independencia desaparece (Gellner 1983). Eric Hobsbawm está de acuerdo con Gellner al declarar que la nación es un producto de la modernidad y que la nación escocesa no existió como tal durante la Edad Media (Hobsbawm 1990). El autor que está en desacuerdo con ambos es Hugh Seton-Watson para quien las naciones datan de antes de la aparición y la formulación de la doctrina del nacionalismo con la Revolución francesa. Divididas en naciones antiguas y modernas, Escocia se encuentra entre una de las antiguas naciones que alcanzaron la conciencia y la identidad nacional y el nacionalismo antes de 1789 como reacción defensiva ante el entrometimiento inglés, teniendo en cuenta dos aspectos, primero que los dirigentes políticos no eran verdaderamente conscientes de estar involucrados en la formación de la nación y segundo, que estos conceptos fueron radicalmente opuestos al concepto de nación que se difundió con la modernidad, como entidad creada deliberadamente (Seton-Watson 1977)⁴.

Tom Nairn es otro de los autores que ha estudiado en *The Break-up of Britain* (1977) la situación particular del nacionalismo en Escocia. Nairn se pregunta cómo siendo Escocia un país en el que se dieron todas las condiciones para el desarrollo de un nacionalismo semejante al de Inglaterra o Francia, éste brilló por su ausencia. Es más, la inexistencia del nacionalismo político estuvo acompañada por la inexistencia de un nacionalismo cultural, concretado en la difusión de un Romanticismo inmaduro, huecos que contribuyeron a imprimir un sentido del desarraigo muy acentuado. Sin embargo, si la llama del nacionalismo no prendió en un país tan proclive a ello, fue porque las

⁴ Para una información más completa sobre la teoría de Hugh Seton-Watson, véase el apartado 4.2.4. El nacionalismo como política dentro del tercer capítulo.

fuerzas desencadenantes de la eclosión nacionalista no encontraron el respaldo adecuado. A pesar de la pérdida del Estado político en 1707, Escocia conservó una sociedad civil cuya riqueza residía en la naturaleza intacta de las instituciones legales, religiosas y culturales que permitieron durante el siglo XVIII el florecimiento cultural de la Ilustración. Además, Escocia contaba con una tradición de marcada enemistad histórica con Inglaterra que se había traducido en un patrimonio folclórico popular considerablemente vasto, repleto de narraciones heroicas nacionales de resistencia y opresión. En el análisis de Escocia, no se pueden soslayar dos tópicos que han regido el debate cultural en torno al nacionalismo: uno, referente a la rápida transmutación de la sociedad escocesa durante el siglo XVIII, que abandonó un estado de atraso hasta posicionarse en un estado de progreso máximo, y otro, relativo a la finalización de dicho auge cultural a comienzos del siglo XIX. El declive cultural pudo ser una de las consecuencias del veloz e intenso desarrollo material, del hecho de que Escocia progresó demasiado en un lapso de tiempo relativamente corto, reduciendo a la nada cualquier posibilidad de esplendor posterior. De este modo, gran parte de las estructuras quedaron ulteriormente anuladas precisamente por haber desempeñado su función con anterioridad.

A estos hechos, se sumaron otros tales como la preservación de una identidad religiosa totalmente divergente a la inglesa y a la europea y la presencia de dos requisitos ineludibles en cualquier movimiento nacionalista, a saber, una clase media dinámica y una *intelligentsia*⁵ que conformaba una de las clases intelectuales europeas más notables. Si bien toda expresión nacionalista germina en un estadio de subdesarrollo que impulsa a la *intelligentsia* a involucrar en su proyecto primero a la

⁵ Aunque explicamos la importancia de los intelectuales como artífices de la nación en la primera parte del capítulo cuarto, hemos decidido aludir a ello aquí en el caso de la intelectualidad escocesa para no fracturar el argumento de la formación del nacionalismo escocés en dos apartados.

clase media y después a las masas, la intelectualidad escocesa no siguió este patrón conductual, primero porque tal subdesarrollo no existió en Escocia debido a la expansión material y segundo, porque como consecuencia de esta coyuntura, la *intelligentsia* no se vio obligada a movilizar ni a la clase media ni al pueblo, ni a crear un nuevo tipo de comunidad, ni a fundar un programa cultural romántico que respaldara tal ideología. En este punto, la intelectualidad escocesa se desgajó del comportamiento normal de la *intelligentsia* europea y al hacerlo, se sumergió en el provincianismo. El nacionalismo como “un estado general y estructural del cuerpo político en su totalidad” (Nairn 1979: 104), afectó política y culturalmente hablando a todos los países europeos por igual, de tal manera que aquéllos incapaces de forjar su propia cultura nacionalista, cedieron sus derechos ante la cultura de otro país, en este caso de la inglesa, convirtiéndose en provincias. Si en la mayor parte de los países europeos surgió una intelectualidad, de corte moderno, romántico y populista, descontenta con el *ancien régime* y deseosa de suplantarlo a la antigua elite intelectual, en Escocia esto no se produjo porque la *intelligentsia* permaneció enclavada en una sociedad tradicional e inmovilista. La consecuencia inmediata fue no la construcción de una cultura nacional como estaba aconteciendo en Europa sino la emigración masiva de aquellos intelectuales en desacuerdo con el panorama social, fundamentalmente hacia Londres, donde sí cooperaron en la formulación de la cultura comunitaria, nacional e imperial. Simultáneamente, la burguesía no consideró tampoco necesaria una revolución dada la conformidad con su situación económica y social, ni la recuperación de la herencia cultural como baluarte reivindicativo. Las causas de este comportamiento se remontaban al Tratado de Unión que garantizó y respetó el estatus no sólo de las clases dominantes como la burguesía de los distritos reales y la aristocracia, sino de las instituciones como la Iglesia y la ley. Según Nairn, el modelo escocés fue el propio de

una sociedad civil que no se independizó de su Estado y que por tanto, no persiguió la homogeneidad característica del nacionalismo ni la socialización de las masas en una comunidad unitaria. Al contrario que en cualquier país europeo, la burguesía no sólo paralizó el nacionalismo sino que reprimió las tendencias protonacionales escocesas, anuló la conciencia política revolucionaria de la independencia, previa a 1707 y separó cualquier sentimiento popular-nacional de la acción. La fraternidad entre la sociedad civil y el Estado no fomentó la formación de una cultura nacional sino la emergencia de una cultura subnacional, específica de unas circunstancias históricas anómalas (Nairn 1979).



CAPÍTULO SEGUNDO:

EL IMPACTO DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Y DE NAPOLEÓN EN LA CONSOLIDACIÓN

DEL NACIONALISMO BRITÁNICO


~~~~~

I hated thee, fallen tyrant! I did groan  
To think that a most unambitious slave,  
Like thou, shouldst dance and revel on the grave  
Of Liberty. Thou mightst have built thy throne  
Where it had stood even now: thou didst prefer  
A frail and bloody pomp which Time has swept  
In fragments towards Oblivion. Massacre,  
For this I prayed, would on thy sleep have crept,  
Treason and Slavery, Rapine, Fear, and Lust,  
And stifled thee, their minister. I know  
Too late, since thou and France are in the dust,  
That Virtue owns a more eternal foe  
Than Force or Fraud: old Custom, legal Crime,  
And bloody Faith the foulest birth of Time.

Shelley, "Feelings of a Republican on the Fall of Bonaparte", 1816

Bonaparte was such an absolute despot that after enduring  
the tyranny of his person, we have to endure the tyranny of his  
memory. This latter tyranny is more overbearing than the former,  
for if men sometimes opposed Napoleon when he was on the throne,  
there is universal agreement that we should accept the chains which  
he throws to us now that he is dead.

Chateaubriand, *Mémoires d'Outre Tombe*, 1848

---

## ❧❧ 1. La Revolución francesa ❧❧

---

La Revolución francesa supuso la culminación del aparato filosófico-político promovido por la Ilustración<sup>1</sup>, cuya finalidad consistía en la formación de una sociedad ideal y de un estado de felicidad duradera para todos sus integrantes mediante el culto de las facultades humanas. Conocido historiográficamente como el Siglo de las Luces, el siglo XVIII convirtió a la luz de la razón en el epicentro de la sociedad europea y a sus pensadores (denominados en Inglaterra *freethinkers*, en Francia *philosophes* y en Alemania *Aufklärer*) en los artífices de un nuevo proyecto que buscaba clarificar e iluminar todos los aspectos y dimensiones de la vida humana. Iniciado en Inglaterra, se expandió hasta Francia donde adquirió mayor relevancia y desde allí pasó a Alemania manifestándose de modos diferentes. En Inglaterra las ideas ilustradas, de carácter empirista se desarrollaron en un entorno sociopolítico de libertad y tolerancia mientras que en Francia la estructura política autoritaria y la creciente tensión social motivaron los debates y controversias sobre el orden moral, el derecho político y el progreso histórico. La obra cumbre de la Ilustración francesa, la *Enciclopedia o Diccionario razonado de las ciencias, de las artes y de los oficios* (1751-1772) compuesta por

---

<sup>1</sup> En 1784, Kant definió en la *Revista mensual de Berlín* la Ilustración del siguiente modo: “Ilustración significa el abandono por parte del hombre de una minoría de edad cuyo responsable es él mismo. Esta minoría de edad significa la incapacidad para servirse de su entendimiento sin verse guiado por algún otro. Uno mismo es el culpable de dicha minoría de edad cuando su causa no reside en la falta de entendimiento, sino en la falta de resolución y valor para servirse del suyo propio sin la guía del de algún otro. *Sapere aude!* ¡Ten valor para servirse de tu propio entendimiento! Tal es el lema de la Ilustración” (Kant 2004: 83).

Diderot y D'Alembert revolucionó la cultura y el pensamiento de la época al plantear tres objetivos muy claros: difundir la cultura y el conocimiento mediante la instrucción, formar una opinión crítica y anti-dogmática, y ejercer la crítica contra los prejuicios y las tradiciones.

Según Foucault, uno de los rasgos definitorios de la filosofía moderna que comienza a finales del siglo XVIII, consiste en interrogarse sobre la propia esencia y actualidad. La Ilustración como proceso cultural consciente de sí mismo, se autodenominó *Aufklärung* y se posicionó con respecto no sólo al pasado y al futuro sino también respecto a su presente. En consecuencia, la *Aufklärung* es “un periodo que formula su propia divisa, su propia preceptiva, que dice lo que se tiene que hacer, tanto en relación a la historia general del pensamiento como en relación a su presente y a las formas de conocimiento, de saber, de ignorancia y de ilusión en las que se sabe reconocer su situación histórica” (Foucault 1985: 200-01). En efecto, los hombres ilustrados se aliaron para conseguir la madurez intelectual a través de la elaboración de un proyecto de secularización, humanismo y cosmopolitismo que les permitiera disfrutar de la libertad en sus múltiples formas, es decir, la libertad del poder arbitrario, la libertad de expresión, la libertad de comercio, la libertad creativa... en definitiva, una libertad absoluta para tomar las riendas de su propio destino (Gay 1967: 3).

En su afán por lograr esa libertad, los ilustrados recurrieron a la razón como instrumento de crítica contra los cinco pilares que hasta ese momento habían ahogado la evolución del pensamiento y de la sociedad, a saber, los prejuicios, la tradición, la autoridad externa, la superstición y la idolatría. Como defensora a ultranza del progreso intelectual, la Ilustración se vio invadida por un espíritu analítico considerado como fenómeno particularmente francés. Según Ernest Cassirer, Francia era la patria, la tierra verdadera del análisis desde que Descartes consumó la reforma filosófica. Como

resultado, desde la mitad del siglo XVIII este cartesianismo se filtró por todos los ámbitos imponiéndose en la filosofía, en la literatura, en la moral, en la política, en la teoría del Estado, en la sociedad, etc. El ataque prioritario de las Luces fue dirigido contra la religión y especialmente contra los dogmas, concebidos como la ignorancia que se camufla en verdad y que se convierte en el principal enemigo de la ciencia (Cassirer 1970: 61, 153, 177).

La Revolución francesa marcó un hito en la historia del continente europeo; por primera vez, los hombres tomaron el control de su destino y se levantaron contra el régimen establecido haciendo tambalear las estructuras de la sociedad y erigiendo este comportamiento en modelo de libertad para el resto de los países europeos sojuzgados al poder despótico de la monarquía. Según Eric Hobsbawm en *La era de la revolución (1789-1848)*, la magnitud de la Revolución francesa procedió de tres fenómenos: en primer lugar, ocurrió en el Estado más poderoso y poblado de Europa, a excepción de Rusia; en segundo lugar, fue la única revolución social de masas con un carácter eminentemente radical y en tercer lugar, de todas las revoluciones de la era contemporánea, la Revolución francesa fue la única ecuménica dado que sus ejércitos convulsionaron a toda Europa junto con su ideología revolucionaria (Hobsbawm 1991: 55). Por tanto, la Revolución francesa fue un cataclismo por medio del cual se derribó el antiguo orden social y se pusieron en movimiento fuerzas tales como la democracia, el nacionalismo y el socialismo por toda Europa. La doctrina de Rousseau de la soberanía nacional como única fuente legítima de gobierno desafió el derecho de existencia de cualquier monarquía europea al tiempo que hizo evidente la crisis moral, económica y social que amenazaba Francia (Raimond 1992: 105).

La Revolución francesa supuso una revolución en el paso del feudalismo al Capitalismo. La supresión de la propiedad feudal sobre la tierra, la liberación de los

campesinos de los derechos señoriales y de los diezmos de la Iglesia, la destrucción de los monopolios corporativos y la unificación del mercado nacional marcaron un antes y un después en la historia de Francia. La Revolución francesa se convirtió en el modelo de revolución burguesa por antonomasia dado que su desarrollo cumplió con tres condiciones objetivas: en primer lugar, la crisis orgánica del sistema feudal; en segundo lugar, la presencia del Capitalismo como solución a dicha crisis y en último lugar, la existencia de una clase capaz de transformar su influencia económica y social en influencia política (Davidson 2003: 9). La Revolución supuso la “victoire des lumières sur l’obscurantisme, de la liberté sur l’oppression, de l’égalité sur le privilège; ou encore avènement du capitalisme sur les ruines du féodalisme [...]” (Furet 1988: 42). El establecimiento del nuevo sistema económico abrió la vía a nuevas relaciones de producción tanto en el sector agrícola como en el industrial. La nueva economía reforzó el desarrollo de la lengua francesa y consecuentemente, de la conciencia nacional.

La Revolución francesa consumió la unidad indivisible de la nación. Si la monarquía capeta trazó el marco territorial y administrativo de la nación no consiguió consumir la tarea de la unidad nacional que todavía en 1789 estaba inacabada. Las secciones territoriales, la distribución feudal de la tierra, la diversidad de pesos y medidas y las aduanas interiores dificultaban la fundación de un mercado nacional. A su vez, la nación estaba fracturada socialmente por la jerarquía del Antiguo Régimen y por las desigualdades. La abolición de los estamentos permitió a los franceses la libertad e igualdad de derechos. La nación se convirtió en “a greedy institution”, es decir, en una entidad que desde un punto de vista emocional, económico o físico demandaba la exclusividad de los afectos sin competencias de otras lealtades (Landes 2001: 2). En las décadas previas a la Revolución francesa surgió una nueva noción de patria como comunidad de ciudadanos libres que desplazó la concepción sagrada de la monarquía

cuya función había sido legitimar el poder del Antiguo Régimen. El patriotismo centrado en la figura del monarca cedió el paso a la nación francesa, asociada con las necesidades e intereses del pueblo por oposición a las de la Corona. Mediante la pertenencia, los ciudadanos encontraron un sentido de identidad y un lugar reconocido dentro de la geografía de la nación.

La expresión Antiguo Régimen fue creada por los revolucionarios franceses y no por los historiadores para designar la oposición existente entre un régimen antiguo (el sistema de gobierno anterior a la Revolución francesa de 1789, la monarquía absoluta de Luis XVI) y un nuevo régimen, coincidente con el inicio de la Edad Contemporánea. Sin embargo, el contenido de la expresión pasó por dos fases opuestas entre los años 1789 y 1791. A partir de septiembre y octubre de 1789, el término comenzó a aparecer en los periódicos y en la Asamblea Nacional para designar primeramente las diferentes secciones de la administración que progresivamente habían sido desmanteladas. El Antiguo Régimen se consideraba el régimen específico de las antiguas asambleas nacionales, de los Estados Generales, es decir, del sistema de división por órdenes y estamentos. Fue entonces, cuando la Asamblea Nacional se mostró como la heredera de una tradición de quejas e inició una crítica radical del pasado como fuente de legitimación política. Fue precisamente a partir de 1789 cuando los hechos revolucionarios adquirieron un reconocimiento y una dignidad al sacar a la luz la deshonor de los propios orígenes sobre los cuales estaba tejida la historia nacional: “Comme les grandes invasions avaient constitué le mythe de la société nobiliaire, le grand récit de ses origines, 1789 est la date de naissance, l’année zéro du monde nouveau, fondé sur l’égalité” (Furet 1988: 14). En el pasado ya no residía la legitimidad política y a partir del verano de 1789, éste se convirtió en una especie de amenaza y de peligro que era necesario combatir. El Antiguo Régimen expresaba la actitud de una

nación milenaria que repentinamente rompía con el ejemplo de sus ancestros y con la cultura política que durante siglos había considerado la tradición histórica como fuente de legitimidad y paradigma de la acción política. Por ello, el pasado se definió como una prehistoria que precedía al reino de la libertad y de la razón, concretado en la Revolución. La abolición de las relaciones sociales jerárquicas por parte de los revolucionarios, designadas con el término “régimen feudal”, constituyó un acto radical sobre la estructura social que aunque apuntaba a la destrucción de los privilegios, de la desigualdad jurídica y de los impuestos vejatorios, no pretendía el derrocamiento del monarca. En un primer momento y en determinados ámbitos políticos, antiguo y nuevo régimen fueron un medio para describir los cambios radicales en curso sin cuestionar la monarquía, hasta 1791, fecha en la que el debate sobre la forma de gobierno adecuado a la nación, es decir, entre la monarquía y la república acaparó la atención de todos. Hasta el Terror, el Antiguo Régimen fue un anatema en contra de catorce siglos de poder despótico y arbitrario, durante los cuales Francia había estado gobernada por las armas, la superstición y el despotismo. Hacia 1790-1791, el Antiguo Régimen explotó otra dimensión en el discurso ideológico revolucionario, estando ahora vinculado a los problemas de la soberanía, de la separación de poderes y de la redacción de una Constitución que regulara todos los aspectos político-sociales. Al mismo tiempo, la expresión recogía la amenaza de la contrarrevolución y vehiculaba la idea del peligro interno generado por los aristócratas del Antiguo Régimen, por los prejuicios y por las costumbres pretéritas que impedían la realización del objetivo jacobino, la formación del hombre nuevo. En definitiva, Antiguo Régimen representó el pasado de dos formas: en una primera fase concilió la ruptura con las antiguas prácticas políticas con la salvaguarda de la monarquía mientras que en una segunda fase, tras las reformas del

régimen y la ejecución del rey, aludió al obscurantismo del pretérito (Venturino 1988: 11-40).

La Revolución fue la consecuencia de los desequilibrios y contradicciones que se manifestaron a finales del siglo XVIII en Europa occidental y en las colonias americanas. El descubrimiento de América y el desarrollo de las comunicaciones oceánicas a partir de finales del siglo XV impulsaron la transformación de las estructuras sociales en Europa: la burguesía se expandió y el poder económico hasta entonces monopolizado por la nobleza y el clero pasó a la burguesía, un número cada vez superior de campesinos se convirtió en propietarios de la tierra, el sistema de vasallaje entró en desuso, etc. El descubrimiento de América favoreció la entrada de ingentes cantidades de oro y plata en Europa que revolucionaron la economía mediante la subida de los precios, así como de diversas plantas, el maíz y la patata, que transformaron las condiciones materiales de vida, contribuyeron a aumentar la población y acentuaron los desequilibrios sociales. Ya a partir de 1524 se pueden localizar grandes revueltas campesinas en el sur de Alemania y en Austria. A este periodo de disturbios que duró unos ciento treinta y cinco años, le siguió en Europa central y occidental una fase de ciento diez años de paz social aunque las guerras entre Estados continuaron. El nuevo panorama social generado por el descubrimiento de América provocó que a partir de 1730, la presión demográfica aumentara, planteando problemas de creación de empleo y de repartición de riquezas, que por otra parte ya no podían solucionarse con los medios tradicionales (Godechot 1964: 13).

Los principales motivos de inquietud en Europa entre 1730 y 1770 se localizaron fundamentalmente en problemas económicos y sociales tales como un crecimiento rápido de población sin el aumento correspondiente de puestos de trabajo. Si los precios se mantuvieron bajos desde 1660 hasta 1730, a partir de esta última fecha y como



consecuencia de la llegada de oro y plata procedente de América, los precios comenzaron a subir gradualmente a partir de 1730 y hasta 1770 sin que los salarios lo hicieran en paralelo. Al desfase entre precios y salarios que disminuyó notablemente el nivel de vida, se sumaron en Francia especialmente una hilera de malas cosechas que subieron escandalosamente el precio de los alimentos, propiciando el descontento específico de la mentalidad revolucionaria. Pero a estos hechos se sumó otro particularmente importante: aproximadamente a partir de 1750, los filósofos atacaron al régimen político del feudalismo, sustentado sobre la desigualdad, las prebendas de la nobleza y el clero, y la legislación tradicional e irracional, difundiendo sus ideas mediante múltiples libros, folletos o periódicos que alcanzaron todos los rincones de Francia. El resultado fue que a partir de 1770, las exigencias reformistas acapararon la atención de toda Francia.

En consecuencia, el panorama revolucionario se originó en las colonias inglesas de América del norte hacia 1770, poderoso antecedente de las Revueltas Gordon en Londres (del 2 al 9 de junio de 1780), de la Revuelta Ginebrina de 1782 o de la Revuelta de Holanda (1783-1787); en todas ellas se hizo patente la hostilidad de los pobres contra los ricos y las exigencias de una mayor justicia social. En este sentido, la toma de la Bastilla, el motor impulsor de la Revolución francesa, no fue un acontecimiento abrupto y puntual sino un eslabón más en una cadena de sucesos violentos que se remontaban en el tiempo. En Occidente, entre 1770 y 1789, los disturbios rurales fueron comunes en América del norte, Inglaterra, Irlanda o Bélgica, y durante ese periodo de veinte años, tanto las ciudades como los campos fueron el escenario de infinidad de revueltas, entre las que la revuelta del 14 de julio no fue precisamente de las más violentas. Lo que sí hizo única a la toma de la Bastilla fueron sus consecuencias, es decir, la capitulación del rey ante el levantamiento del pueblo y la

caída, un mes después, del Antiguo Régimen, un régimen feudal vigente en Francia desde casi mil años. Por tanto, la toma de la Bastilla que evidenció que la Revolución había comenzado en Francia dos años antes y en toda Europa dos décadas atrás, se enmarcó en un horizonte de disturbios sociales de carácter eminentemente agresivo. Aún más, se puede fijar la antesala de la Revolución francesa en la Guerra de las harinas de 1775, cuyas causas fueron esencialmente económicas debido a las tres malas cosechas de 1770, 1772 y 1774 que incrementaron el precio del trigo en 1775. La libre circulación del grano, aprobada por Luis XVI mediante un edicto el 19 de diciembre de 1774, alzó el precio del grano y por este motivo, estallaron revueltas en los mercados de Ile-de-France, Brie, en el Orleanesado, Normandía, Picardía y Champagne que recibieron el nombre de Guerra de las harinas (Godechot 1974: 5-37). Asimismo, antes del 14 de julio, se desencadenaron otras revueltas en fechas como el 6, 7, 20 y 28 de mayo de 1789 en diferentes mercados de Francia como consecuencia del hambre y del precio excesivo del trigo y del pan que condujo incluso al saqueo de graneros. Y no olvidemos que el mismo 12 de julio de 1789, fecha en la que se expulsó a Necker de su cargo de ministro, se inició otro levantamiento revolucionario que enlazó con la jornada del 14 de julio. En conclusión, el 14 de julio fue el punto álgido de dos procesos paralelos: la insurrección parisina, parte de la insurrección nacional presente desde meses atrás, y la deserción de las tropas, otra vertiente de la insurrección nacional.

Tocqueville en su obra *L'Ancien Régime et la Révolution* (1858), constató claramente el objetivo de la Revolución francesa: “[...] cette révolution n’a eu pour effet que d’abolir ces institutions politiques qui, pendant plusieurs siècles, avaient régné sans partage chez la plupart des peuples européens, et que l’on désigne d’ordinaires sous le nom d’institutions féodales, pour y substituer un ordre social et politique plus uniforme et plus simple, qui avait l’égalité des conditions pour base” (Tocqueville 1988:

115). Pero no sólo se trataba de derribar un gobierno obsoleto, como continúa diciendo Tocqueville, sino que era necesario además abolir la estructura antigua de la sociedad y para ello se debía atacar a la vez a todos los poderes establecidos, arruinar todas las influencias reconocidas, suprimir las tradiciones, renovar las costumbres y vaciar el espíritu humano de todas las ideas sobre las que se había fundado hasta entonces el respeto y la obediencia. De ahí, la naturaleza anárquica de la Revolución francesa (Tocqueville 1988: 104).

A finales del siglo XVIII, el conflicto entre dos órdenes sociales, la aristocracia y la burguesía, se tornó irreconciliable. La estructura social de Francia seguía siendo aristocrática y su control sobre la tierra, casi la única riqueza, mantenía sometidos a aquéllos que necesitaban trabajarla para subsistir. Aunque el rey había mermado considerablemente el poder político de los señores y había impuesto su autoridad a nobles y clérigos, lo cierto es que todavía ocupaban la jerarquía social y pertenecían al grupo de los privilegiados, a pesar de que ellos se consideraban súbditos. La burguesía, que debía su existencia al auge del comercio y de la industria y que desde el siglo XIV asistía a los Estados Generales con el nombre de Tercer Estado, presionaba para acaparar el centro social y abandonar la periferia. Su progreso se había visto favorecido por los descubrimientos marítimos de los siglos XV y XVI así como por la conquista y explotación de los nuevos continentes, hechos que propiciaron la pujanza del comercio, la industria y las finanzas dentro de la economía nacional durante el siglo XVIII. Y es que era la burguesía la que socorría a la tesorería real en situaciones de apuro mientras que el papel social y autoritario de la nobleza y del clero decrecía a ritmo vertiginoso. Conservaban el primer puesto en la configuración legal de Francia pero el poder económico residía en la burguesía. Por otra parte, la burguesía desempeñó durante el Renacimiento un papel clave en la modificación de la concepción de la vida y de la

sociedad en Occidente con respecto a la mentalidad imperante durante la Edad Media. Si la Iglesia a lo largo del Medievo había considerado la existencia humana como un tránsito hacia la otra vida, restando importancia a los placeres, a las condiciones materiales y al progreso técnico-científico como aspectos irrelevantes para la salvación del alma, la burguesía enfatizó la felicidad terrestre y la dignidad humana así como las posibilidades infinitas presentes en el dominio de la naturaleza y en el enriquecimiento derivado de ella. En suma, la burguesía defendió un dinamismo social exento de privilegios que se apoyaba en la competencia como vehículo de progreso ilimitado. En la segunda mitad del siglo XVIII la expansión del Capitalismo, plataforma sobre la que se había levantado la burguesía, seguía frenada por el andamiaje feudal de la sociedad, por la organización tradicional de la propiedad y de la producción.

La historia de las ideas políticas en el siglo XVIII se vio jalonada por el crecimiento de la burguesía en Europa occidental. Tanto el progreso técnico y el panorama general económico en el que comenzó a aflorar la Revolución industrial, como las circunstancias favorables a todos los sectores que fomentaron los intercambios y las actividades manufactureras, el desarrollo de ciudades y puertos y el poder de los negociantes contribuyeron a precisar la rueda continua del progreso burgués: comercio, factor de riqueza; riqueza, agente de libertad; libertad, fuerza impulsora del comercio y el comercio agente favorecedor de la grandeza del Estado (Touchard 1990: 301). Aunque la burguesía ocupaba puestos sociales divergentes y no conformaba una clase homogénea, sí se hallaba unida por el lazo de la afinidad ideológica, suscitada por una filosofía burguesa, que sin embargo no era una filosofía exclusiva de la burguesía sino una doctrina de carácter universalista. Los burgueses aunaron su causa con la de la humanidad y empezaron a difundir los grandes lemas de la Ilustración: Libertad, Progreso, Hombre. De todas las revoluciones burguesas que la habían precedido (las

revoluciones de Holanda, Inglaterra y América) la Revolución francesa fue la más radical y la más violenta debido no sólo a la contumacia de la aristocracia atrincherada en la conservación de sus privilegios fiscales sino también a la terquedad de las masas populares por eliminar las desigualdades e injusticias. La reticencia aristocrática al compromiso por el cambio social y la contrarrevolución empujaron al Tercer Estado a destruir íntegramente el orden antiguo (Seboul 1982: 288-89, 305).

La problemática socio-política se vio reforzada por el cuestionamiento de la potestad monárquica desde el ámbito filosófico; el origen y la legitimidad del poder político se convirtieron en fuente continua de debates a lo largo del siglo XVIII. Dos interpretaciones entraron en conflicto, por un lado, la línea de pensamiento defensora de que el rey recibe su corona de Dios y por otro, la idea de aquéllos que apelando a la razón, a la naturaleza o a un contrato original, reconocían la fuente del poder en el pueblo, en el derecho común y en el interés general: “Il y eut sans cesse en France, pendant cette révolution , deux parties obstinés, celui du peuple, qui voulant combler de puissance ses législateurs, aimait les fers qu’il se donnait lui-même; celui du prince, qui se voulant élever au-dessus de tous, s’embarrassait moins de sa propre gloire que de sa fortune” (Saint-Just 1963: 14).

En la víspera de la Revolución, la situación de la monarquía no era nada fácil; si bien es cierto que sin la convocatoria de los Estados Generales la Revolución no habría sucedido, la realidad es que la incapacidad de Luis XVI (1754-1793) para afrontar la crisis gubernamental le arrastró irremediabilmente a ello. Contribuyó en gran parte la inexistencia de una verdadera unidad nacional; aunque el desarrollo de las comunicaciones, del comercio, de la educación y la admiración por la familia real actuaron como eslabones entre los franceses; cada ciudad y cada provincia conservaban sus privilegios y costumbres, la nobleza se veía a sí misma como una nación dentro de

la nación y existía un auténtico caos motivado por la falta de uniformización en los pesos y medidas, por la subsistencia de peajes y aduanas internas, y por las circunscripciones administrativas, judiciales, financieras y religiosas. Según Lefebvre, la crisis de la monarquía y en consecuencia la principal causa inmediata de la Revolución, tuvo su origen en la guerra americana dado que no sólo sobreexcitó los ánimos de los franceses al invocar los derechos del hombre y del ciudadano sino porque Luis XVI dejó exhaustas las finanzas al prestar su ayuda a las colonias inglesas. A pesar de que Necker costeó la guerra a base de préstamos, la paz en 1783 demostró la imposibilidad de superar el déficit con el aumento de impuestos, lo que empujó en 1786 a efectuar una reforma fiscal (Lefebvre 1982: 53). Asimismo, el Tratado de comercio con Inglaterra (1786) agravó la crisis financiera al permitir la entrada de productos industriales ingleses de mayor calidad y mejor precio que los franceses.

## **2. Balance de la situación social en Gran Bretaña antes de la Revolución francesa**

En el siglo XVIII los progresos económicos, sociales y políticos de Gran Bretaña desplazaron a Francia como punto de referencia intelectual y cultural. En efecto, los autores franceses encontraron en el país vecino y en sus instituciones liberales el arquetipo del progreso al tiempo que observaban el ocaso irremediable de la monarquía francesa en la hegemonía europea. La historia del siglo XVIII en Gran Bretaña presenció la alianza entre la monarquía y la clase emprendedora, los comerciantes, que garantizó el éxito del Capitalismo y la continuidad monárquica gracias a la labor del

Parlamento que frenó el poder absolutista del rey y al periodo revolucionario (1640-1660) que había destruido los vestigios feudales (Hauser 1988b: 193-98).

A mediados del siglo XVIII, aproximadamente la mitad de las familias que habitaban en Inglaterra vivía de la agricultura mientras que el resto de la población se entregaba a actividades manufactureras y comerciales. Poca gente residía en pueblos grandes y la única ciudad de tamaño considerable era Londres, de ahí que la Gran Bretaña de mediados de siglo fuera eminentemente un país rural. Sin embargo, se puede localizar en los veinte o treinta años previos a 1780 el germen de la revolución industrial que alcanzaría su pleno apogeo en los últimos veinte años del siglo XVIII. En efecto, ya desde 1750 se estaba iniciando en Inglaterra una transformación sutil pero muy profunda, la más radical desde el Neolítico, de los sistemas de trabajo y de la estructura de la sociedad. Se considera pues que el término Revolución industrial se utiliza para describir un periodo complejo de cambios sociales, ergonómicos y económicos que tuvieron lugar entre 1750 y 1830, cuya principal característica fue la invención y aplicación de medios para producir bienes de modo más eficiente y rentable (Watson 1992: 143). La Revolución industrial fue más que una simple expansión del comercio, más que una hilera de cambios en la tecnología industrial, más incluso que una aceleración en el crecimiento económico global del país. Constituyó una revolución en el modo de acceder a los recursos de la vida y de explotar al máximo los recursos de la naturaleza. El orden social que permitió el enraizamiento y el esplendor de la Revolución industrial fue una aristocracia asentada sobre la propiedad y el mecenazgo. En la víspera de la Revolución industrial la sociedad inglesa, como la gran parte de las sociedades preindustriales, se sustentaba sobre una estructura jerárquica y piramidal en la que la cúspide estaba ocupada por una minoría de ricos y poderosos que descendía paulatinamente en grados de opulencia hasta alcanzar una base ocupada por los

desfavorecidos. Como argumenta Eric Hobsbawm, la frase “estalló la revolución industrial” significa que “un día entre 1780 y 1790, y por primera vez en la historia humana, se liberó de sus cadenas al poder productivo de las sociedades humanas, que desde entonces se hicieron capaces de una constante, rápida y hasta el presente ilimitada multiplicación de hombres, bienes y servicios” (Hobsbawm 1991: 32).

El factor más importante, la fuerza sustentadora de la estructura social y constitutiva del *status*, era la propiedad a la que seguía muy de cerca el patrocinio, especialmente político: los nombramientos gubernamentales, las prebendas, los contratos, etc. servían para articular la rigidez del sistema social. En Gran Bretaña se dieron no sólo las condiciones materiales adecuadas y la expansión de un mercado mundial para el despertar de una Revolución industrial sino el tipo de sociedad propicia para producirla dado que una aristocracia abierta y dinámica erigida sobre la propiedad y vinculada verticalmente por el mecenazgo, era la sociedad idónea para la gestación de una Revolución industrial. A esta causa social, estrictamente imprescindible, se sumaron causas de diferente naturaleza, políticas, intelectuales, religiosas, económicas y tecnológicas que trabajaron conjuntamente en la materialización de la Revolución.

La buena dirección política de Gran Bretaña vino motivada una vez más por el papel de la aristocracia que dominaba la sociedad y el gobierno, mantenía a raya a la Corona y apostaba por el éxito económico. La monarquía continuaba siendo un referente de autoridad para las acciones gubernamentales. El rey era la cabeza del Estado pero tanto él como los ministros y políticos respetaban los valores encapsulados en la Revolución de 1689, por los que el monarca estaba por debajo de la ley y actuaba por el bien de su pueblo cuyos principios debía salvaguardar celosamente. El despliegue económico había acontecido en el siglo XVII cuando la victoria de la corriente parlamentaria sobre la Corona había abierto la vía del industrialismo. Como



consecuencia de esto, la aristocracia había creado las condiciones políticas necesarias para asegurar y fomentar la libertad personal junto con la propiedad privada, reducir las intervenciones económicas al mínimo y proteger contra la competencia extranjera. A la seguridad financiera y política, se añadió el auge de la ciencia; las relaciones interpersonales dentro de la sociedad entre diferentes niveles y entre la metrópolis y las provincias ayudaron a difundir las ideas científicas, al tiempo que los mecenas amparaban y patrocinaban las invenciones científicas y técnicas (Perkin 1969: 17-79).

Pero a pesar de este clima de bonanza social, la situación de Gran Bretaña comenzó a cambiar hacia 1773 con el proceso de emancipación de las colonias inglesas. La derrota de las tropas británicas en Saratoga (19 de septiembre y 7 de octubre de 1777), la intervención de Francia en la Guerra de la Independencia americana y el fracaso de la misión de paz enviada en el verano de 1778 para negociar con los americanos, ocasionaron un periodo prolongado de crisis política que no se resolvió hasta 1784 y tras cuatro cambios de gobierno en un periodo de 21 meses. Aunque Lord North (1732-1792) se mantuvo como Primer Ministro desde 1770 hasta 1782, la confianza en el gobierno decayó terriblemente. La enemistad progresiva con ciertas potencias europeas, Francia y España, la imposibilidad de recobrar las colonias y la dura realidad de la recuperación económica de esta guerra fueron utilizadas por el pueblo como dardos contra North y sus ministros, a los que se culpabilizó de sumergir al país en una situación desastrosa. El 20 de marzo de 1782 y como resultado de la derrota británica en Yorktown el año anterior, North abandonó su cargo dando paso a un periodo de crisis política y de incertidumbre, reforzado en 1783 cuando la posición diplomática de Gran Bretaña alcanzó su nadir y que se resolvió finalmente en la primavera de 1784 (Evans 1983: 6-89).

### **3. La reacción de Gran Bretaña ante la Revolución francesa y ante Napoleón**

La primera puntualización que debe hacerse al respecto es que la llegada de noticias relativas a la Revolución francesa desató inmediatamente una polarización de la sociedad británica, una división de opiniones y de interpretaciones sobre los acontecimientos franceses y sobre la postura que Gran Bretaña debía tomar. Si al principio, muchos británicos recibieron positivamente la Revolución francesa y sus promesas de igualdad, libertad y fraternidad, posteriormente la crueldad de los sucesos en París y particularmente el Terror de septiembre de 1793 con los ajusticiamientos masivos, convirtieron a muchos radicales en patriotas conservadores.

Con el reconocimiento por parte de Luis XVI durante el verano de 1789 de los principios del gobierno representativo, la soberanía popular, y la existencia de la Asamblea Nacional, todos los británicos, independientemente de su lealtad política vieron en la Revolución francesa la apoteosis de su propio sistema de gobierno, logrado cien años atrás con la ratificación de la *Bill of Rights*. La celebración centenaria de la Revolución Gloriosa proporcionó a Inglaterra la posibilidad de hacer balance del acontecimiento histórico y de iniciar la actividad política extraparlamentaria. La interpretación de la Revolución inglesa recorrió dos vías, la primera reconocía que las instituciones inglesas seguían fuertemente vinculadas con la tradición; la Revolución se había encargado de estrechar los lazos con los antiguos derechos ingleses que se habían conseguido a través de los siglos y por tanto dicha Revolución era una fuente de orgullo para el pueblo inglés. La segunda vía, defendida por los radicales sostenía que la Revolución había supuesto una ruptura con la tradición constitucional inglesa dado que la *Declaración de Derechos* había sido aprobada por el Parlamento, exigiendo a los

futuros reyes Guillermo y María que juraran la *Declaración de Derechos* antes de ser reconocidos como monarcas; según los radicales, estos acontecimientos significaban un antes y un después para la tradición política inglesa. Un número reducido de partidarios de esta segunda interpretación fundó la *Sociedad para la Conmemoración de la Revolución Gloriosa* que reclamaba la derogación de las leyes opuestas a la libertad religiosa y una reforma radical de los Comunes. Ya existía por lo tanto un movimiento reformista en Gran Bretaña cuando comenzaron a recibirse las primeras noticias del estallido de la Revolución francesa.

Ante el estallido de ésta, la actitud de William Pitt (1759-1806) fue positiva dado que los revolucionarios parecían compartir algunas de sus opiniones, como la defensa de la libertad y las medidas fiscales. Además, desde un punto de vista práctico, Pitt creyó que la implicación de Francia en una revolución nacional la mantendría apartada de posibles guerras contra Gran Bretaña. Pero la postura de Pitt cambió radicalmente cuando el gobierno republicano anunció en 1793 que los principios de la Revolución debían exportarse mediante la fuerza y que los tratados sobre el uso del río Scheldt debían concluir. Aparte de la amenaza que este hecho planteaba al comercio británico, esta decisión sugería que el estuario sería usado para reunir una flota e invadir el país (Lloyd 1984: 113).

La marcha de la Revolución afectó profundamente al curso de la política británica. Su coincidencia con el centenario de la Revolución Gloriosa renovó el ánimo de los pensadores radicales que exigían reformas desde 1780, de aquéllos que vieron con orgullo cómo la Revolución francesa era una copia de la Revolución inglesa, un intento por conseguir las libertades proclamadas en la Constitución inglesa y por abolir una monarquía tiránica. Desde el principio de la Revolución francesa, las reacciones inglesas se concentraron en los cambios políticos, lo que supuso una alteración del

orden político, una reagrupación de los partidos parlamentarios y un debate eterno sobre el significado y alcance de 1789. Como consecuencia, Gran Bretaña se escindió en conservadores y reformistas y en esta ocasión Escocia e Irlanda se implicaron tanto como Inglaterra; desde 1788 los habitantes de los burgos escoceses habían estado presionando para conseguir reformas en la administración de los municipios y hacia 1792, las sociedades radicales se habían extendido por toda Escocia reivindicando reformas parlamentarias.

La facción radical, simpatizante de la Revolución francesa, se hallaba subdividida en dos ramas, una moderada y otra tajantemente radical, cuya doctrina tenía como epicentro la teoría de los derechos naturales del hombre. La primera abogaba por una reforma electoral que concediera el sufragio a los pequeños propietarios y que sirviera para sortear una revolución de corte tan violento como la acontecida en Francia, en resumen, demandaba una reforma de la Constitución británica; la segunda rama suspiraba por la redacción de una nueva Constitución que diera solución a los problemas generados por la pobreza y la desigualdad. Los ataques del segundo grupo apuntaron contra la nobleza y su órgano de representación política, la Cámara de los Lores, y contra la propia monarquía. Su crítica se sustentó no sobre la argumentación histórica que había sido utilizada por la clase política británica, sino sobre la argumentación racional siguiendo el ejemplo de los revolucionarios americanos, franceses e ingleses. Como racionalistas ilustrados, los radicales tomaron como punto de arranque de su doctrina el optimismo de la Ilustración en cuanto a la perfectibilidad humana, únicamente lograda mediante las Luces y la propaganda de sus principios. Los radicales pensaron que el único medio para lograr la nueva Constitución debía pasar por el movimiento popular de las asociaciones políticas y de su presión sobre el Parlamento. Si llegado el caso, éste desatendía las peticiones populares habría que emular los

sucesos franceses y convocar una Asamblea nacional que redactara una Constitución para ser presentada al Parlamento. En octubre de 1793, una Convención británica se reunió en Edimburgo, y el gobierno, temeroso de los resultados, la disolvió por la fuerza (Prieto 2001: 69-72). Gran Bretaña se polarizó y si Londres junto con Escocia eran centros importantes de la política radical, el peligro procedió también de la incorporación de nuevas ciudades al republicanismo como Manchester, Sheffield, Belfast, Birmingham, Glasgow, Derby, Nottingham y Newcastle, todas ellas sede de reuniones periódicas radicales, sociedades de debates, y de una estrecha vinculación entre imprentas, editoriales y periódicos subversivos.

Entre noviembre de 1790 y diciembre de 1792, el apoyo popular alcanzó en Gran Bretaña cotas epidémicas alertando al gobierno sobre el estallido de una posible revolución político-social similar a la francesa. Por ello, ante el lenguaje reformista, sinónimo de insurrección y revolución, el Estado británico movilizó sus recursos para hacer frente a los efectos de la Revolución francesa en el orden interno de Gran Bretaña apelando al lenguaje del patriotismo. La elite aristocrática aprovechó el énfasis en el patriotismo como ideología estatal para controlar al pueblo y disipar la oposición popular. Como recurso gubernamental, el patriotismo funcionó a la perfección en los pueblos facilitando el gobierno de las clases dirigentes mediante el control de facciones divergentes, la unificación de las comunidades y la imposición de la autoridad (Cookson 2001: 33).

En mayo de 1792 se iniciaron los primeros pasos en contra del radicalismo extremo y se aprobó una proclamación real por la cual se sancionaban las prácticas sediciosas. La respuesta inmediata del gobierno ante tales riesgos fue la represión. Muchos liberales constataron su situación de aislamiento en una sociedad cuya desconfianza a la innovación y a la reforma se había exacerbado por el miedo a una

invasión exterior y a una revolución interior. Fuera del círculo parlamentario, el gran grueso de la sociedad británica cerraba filas en torno a la defensa del orden establecido (Philp 2004: 1-17). Durante 1792, la acelerada difusión de la *Association for the Preservation of Liberty and Property* en contra de los republicanos tuvo una excelente acogida entre los magistrados, el clero y las clases acomodadas. Fundada por John Reeves (1752-1829), la Asociación surgió como consecuencia de la aprobación de los decretos en Francia. Sus miembros se comprometieron activamente entre otras cosas a erradicar cualquier manifestación sediciosa, a perseguir a impresores y editores, a reunir información sobre los grupos radicales y a organizar propaganda contra-reformista. Un año después de su aparición, la Asociación había hecho un gran trabajo en la marginación y supresión de la ideología radical, reforzando el papel del gobierno frente al rechazo de las peticiones reformistas. Otra respuesta conservadora al extremismo radical procedió del denominado *Church and King Mobs*, durante el cual la muchedumbre partidaria de la Iglesia y del rey, es decir, del orden tradicional, atacó en julio de 1791 en la ciudad de Birmingham el local en el que se reunían los partidarios reformistas que celebraban la Toma de la Bastilla. Con la connivencia de los magistrados locales, la plebe quemó la casa y el laboratorio de Joseph Priestley (1733-1804) quien había apoyado abiertamente la Revolución francesa levantando las sospechas del gobierno británico. En la línea contrapuesta, la Revolución francesa fomentó el surgimiento de las sociedades radicales, entre las cuales destacaron *The London Corresponding Society for Reform of Parliament Representation* (1792-1799) y *The Sheffield Constitutional Society* (1791)<sup>2</sup> que defendían la violencia de la Revolución

---

<sup>2</sup> En enero de 1792 cuatro hombres incluyendo al zapatero londinense Thomas Hardy empezaron a discutir la posibilidad de formar un grupo de trabajadores para luchar por el voto. El 25 de enero se reunieron públicamente para pedir una reforma parlamentaria; sólo asistieron ocho personas pero el grupo decidió llamarse *The London Corresponding Society*. Además de pedir el voto, el grupo pretendía establecer vínculos con otros grupos reformistas en Gran Bretaña y atacar la política exterior del gobierno. Durante el verano de 1793, la Sociedad había establecido contacto con grupos reformistas

y los éxitos militares de los ejércitos revolucionarios. Pero si los triunfos de la Convención alimentaron las esperanzas de los radicales británicos, produjeron gran malestar en el gobierno de William Pitt el joven (1759-1806; Primer Ministro de Gran Bretaña entre 1783-1801 y 1804-1806) dado que suponían un peligro para la seguridad interior y exterior del país. Los oponentes de las reformas y de la Revolución francesa respaldaban la guerra; de acuerdo con el diario *The Times* (15 y 18 de diciembre de 1792) era un conflicto en defensa de la Constitución británica y en contra de los vagabundos, ateos y republicanos (Emsley 1979: 16).

Si hasta este momento los ministros británicos habían contemplado con cierta indiferencia los sucesos del continente, a finales de 1792 se percataron de que tenían imperiosamente que involucrarse en el asunto; la dinámica de la Revolución estaba provocando un choque de intereses entre las dos naciones que a su vez estaba afectando al desarrollo de la política interior. William Pitt junto con sus ministros habían decidido mantenerse al margen cuando Francia declaró la guerra a Austria en abril de 1792<sup>3</sup>, seguida de la invasión de la parte sur de los Países Bajos, pensando que el caos interno de Francia y de sus tropas sería un obstáculo importante a la hora de reducir a las tropas germanas. Pero en octubre las circunstancias habían cambiado notablemente; el rápido

---

parlamentarios en Manchester, Sheffield, Nottingham, Derby, Stockport y Tewksbury. A finales de 1793, durante una convención en Edimburgo, los líderes de la convención fueron arrestados y juzgados por sedición. A pesar de las amenazas del gobierno, la Sociedad convocó otra convención pero esta vez, Hardy y otros dos miembros fueron arrestados, enviados a la Torre de Londres y acusados de alta traición por desobedecer al rey y al parlamento. El gobierno siguió persiguiendo a los partidarios de la reforma parlamentaria y en 1794 el *Habeas Corpus* se suspendió, al tiempo que *The Seditious Meetings Act* dificultó sobremanera cualquier tipo de reunión con objetivos de reformas parlamentarias. Finalmente, en 1799, el gobierno persuadió al parlamento para que aprobara *The Corresponding Societies Act*, que declaró a la Sociedad ilegal. En cuanto a *The Sheffield Constitutional Society* fue fundada en 1791 por Joseph Gales, editor de *the Sheffield Register*, y fue la primera Sociedad política formada por artesanos.

<sup>3</sup> La declaración de guerra de Francia a Austria en 1792 dio paso a las llamadas “Guerras Revolucionarias” o “guerras de coalición” que se prolongaron hasta la firma del Tratado de Amiens en 1802. Generalmente se suelen dividir entre la Primera Coalición (1792-1797) y la Segunda Coalición (1798-1801), aunque Francia estuvo constantemente en guerra con Gran Bretaña desde 1793 hasta 1815 (con la tregua de la paz de Amiens de por medio).

progreso de la Revolución en París, el derrocamiento de la monarquía, las matanzas de septiembre, el control del gobierno revolucionario por partidos cada vez más extremistas y sanguinarios fueron considerados como amenazas para el equilibrio del poder en general y de los intereses británicos en los Países Bajos en particular, ya que en noviembre los franceses habían sometido la parte austríaca de las Netherlands. Además, la derrota inminente de las tropas inglesas ante las francesas en la zona, el decreto francés del 15 de noviembre que suprimía las autoridades existentes en las áreas ocupadas e invitaba a la sublevación popular, la voluntad francesa por excluir al Emperador de las provincias belgas y la incorporación de Saboya a Francia fueron contemplados como una provocación para el equilibrio de poderes y la ley internacional (Christie 1982: 211-14). En un acto de desafío contra todas las monarquías europeas Francia decapitó a Luis XVI en París el 21 de enero de 1793 y el 16 de octubre de ese mismo año a la reina María Antonieta.

La ejecución de Luis XVI suscitó un rechazo unánime no sólo en París y en gran parte de Francia sino en toda Europa. Potencias que hasta entonces se habían mostrado reticentes a armarse contra Francia, manifestaron abiertamente sus intenciones hostiles a gran escala. Una semana más tarde de la decapitación del rey, el gobierno francés constató que la ruptura con sus vecinos era inevitable y el 1 de febrero, anticipándose a Inglaterra, declaró la guerra a Gran Bretaña y a Holanda, y el 7 de marzo a España, animando a los republicanos a secundar la causa revolucionaria. En paralelo, una parte de Europa (Prusia, España, Italia, Holanda, Gran Bretaña y Austria) se unió contra la Revolución preparando ejércitos para guerrear contra Francia en todas sus fronteras<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> "À l'époque --juillet 1793--, il semblait que seul un miracle pût empêcher la France d'être complètement assujettie, et, même si l'on doit reconnaître les efforts inouïs du gouvernement révolutionnaire pour réorganiser ses armées défaites et appauvries, la République eût été soumise en l'espace de quelques mois si les alliés n'avaient ajouté à une pesante inaction des impairs, une mauvaise gestion, et beaucoup de bêtise. [...] Prusse, Hollande, Autriche, Espagne, Italie, Angleterre, les armées de



Fue en agosto cuando Francia respondió con la aprobación de un decreto de *levée en masse* para disponer de un ejército más numeroso que el de los monarcas absolutos, orientado a requisar el material de guerra capturado a sus enemigos. La declaración de leva en masa, tal y como apareció en *Le Moniteur* el 25 de agosto de 1793, requería que “The young men shall go to battle; the married men shall make arms and transport provisions; the women shall make tents and uniforms, and shall serve in hospital; the children shall make old clothes into bandages; the old men shall go out into the public squares to boost the soldiers’ courage and to preach the unity of the republic and the hatred of kings” (Emsley 1979: 3).

Sin embargo, la declaración de guerra no unió a las facciones encontradas en Gran Bretaña; mientras los radicales y reformistas continuaban criticando al gobierno por adoptar una actitud hostil contra Francia y por aliarse con una confederación de monarcas absolutistas, la prensa pro-gubernamental lanzaba ataques contra Francia. El 6 de febrero de 1793 *The Oracle* comentaba: “The French, as a Nation, we always knew to be insincere: the only thing which made communication with them agreeable, was the courtesy of their external manners. But as this is now effectually removed, and offensive coarseness and affected rudeness are substituted for civility. They can excite no emotions but those of disgust” (Emsley 1979: 20). Desde el principio, las Sociedades populares se opusieron a la guerra, manifestando su simpatía por Francia. Pero si el gobierno consentía el entusiasmo que Charles James Fox (1749-1806) y sus aliados experimentaban por el desarrollo de la Revolución porque pertenecían a la elite política, no toleró en cambio el fervor de las Sociedades populares que no tenían voz en el gobierno del país y que por añadidura procedían del mismo medio social que los *sans-culottes* parisinos.

---

tous ces pays avaient déjà pénétré sur le territoire français, ou occupaient ses frontières” (Madame Tussaud 2005: 187).

La participación de Gran Bretaña en esta contienda afectó al gobierno y ahogó los recursos, las finanzas y la confianza en las propias instituciones. La necesidad de hombres y de dinero para la guerra involucró a todos los órdenes sociales. Pero durante los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX no hubo ninguna experiencia, ni tan siquiera la Revolución industrial, que uniera tanto a todos los británicos como la guerra contra Francia y el Terror (Mori 1997).

La declaración de guerra de Francia a Gran Bretaña desencadenó un clima de suspicacia entre la sociedad británica; a partir de ese instante, todo apoyo a la Revolución francesa fue considerado como traición y los espías del gobierno se infiltraron en las Sociedades advirtiéndoles de que en ellas se hablaba claramente de la necesidad de armarse y entrenarse para asegurar un levantamiento. Consecuentemente, el Parlamento suspendió los derechos civiles como el *Habeas Corpus* y se inició una serie de arrestos por alta traición. A lo largo del siglo XVIII el *Habeas Corpus* se suspendió en repetidas ocasiones: durante las insurrecciones jacobitas de 1714-1715, 1722 y 1745-1746 y con respecto a la traición y la piratería en América, entre 1777 y 1783 (Emsley 1985).

El 8 de enero de 1793 se aprobó con el beneplácito real *the Alien Act*, ley que autorizaba la expulsión de extranjeros de Gran Bretaña. En agosto de 1795 se sucedieron una hilera de manifestaciones masivas a favor de las reformas radicales, por lo que en noviembre de ese mismo año y tras haberse ocasionado un disturbio anti-monárquico en la apertura del Parlamento, el gobierno introdujo los llamados *Gagging Acts*<sup>5</sup>, entre ellos *The Seditious Meeting Act* y *The Treasonable Practices Act*. Mientras

---

<sup>5</sup> El *Habeas Corpus Act* aprobado por el Parlamento en 1679 garantizaba que toda persona detenida debía ser llevada ante un juzgado para examinar la legalidad de la detención. En circunstancias de desorden social, el Parlamento podía suspender esta ley y cada vez que así ocurría entraban en vigor las *Gagging Acts* que prohibían las reuniones de más de cincuenta personas y permitían el arresto de

el primer decreto prohibía las concentraciones de más de cincuenta personas a menos que tuvieran una licencia judicial, así como una serie de medidas de censura para la prensa, el segundo amplió las leyes de traición para incluir a todos aquéllos que incitaran a la guerra, conspiraran contra el monarca y hablaran o escribieran en contra de la Constitución (Shaw 1999: 48-58). Y cuando los miembros de las sociedades empezaron a agruparse en grupos inferiores a cincuenta personas, el gobierno aprobó *The Combination Acts* de 1799 y 1800. Al mismo tiempo, el 29 de octubre de 1795 el carruaje que conducía a Jorge III a la inauguración del Parlamento fue atacado por una muchedumbre que puso en peligro la vida del monarca, por lo que Pitt promulgó dos decretos con el fin de proteger al reino: mientras el primero ilegalizaba cualquier reunión con un número superior a cincuenta individuos, que podían llegar a ser acusados de delito capital si se negaban a disolverse, el segundo decretaba como delito de sedición cualquier reunión extraparlamentaria que abogara por un cambio gubernamental (Briggs 1979: 129-83). La agresión al soberano evidenció la división profunda de la sociedad británica entre el afecto a la monarquía y el radicalismo popular. La lealtad a la monarquía actuó como la expresión clásica del nacionalismo moderno mediante el empleo de la retórica de la unidad nacional amenazada, la hostilidad hacia los extranjeros, la unión de la autoridad y de la opinión pública y el consenso sobre el desprecio hacia lo francés y hacia las reformas constitucionales (Cookson 1997: 24; 1989).

La explosión de la propaganda popular a favor de la Revolución francesa, la movilización masiva de las fuerzas armadas, la milicia, el cuerpo de voluntarios y las medidas tomadas para financiar la guerra alcanzaron a todos los ciudadanos británicos.

El gobierno buscó además la implicación popular a través de la difusión de canciones y

---

cualquier persona sospechosa de sedición; en mayo de 1793, William Pitt puso en vigor estas leyes debido al inicio de la guerra contra Francia.

baladas, desfiles patrióticos o en la defensa de puntos estratégicos. Lo que aseguró la pervivencia del gobierno en un periodo histórico de crisis doméstica e internacional tan acusada fue su capacidad para despertar mediante la participación ciudadana la unidad e identidad nacional (Philp 2001: 25).

Aunque a primera vista la política anti-revolucionaria británica pueda parecer un tanto excesiva, lo cierto es que su virulencia se comprende a la luz de los acontecimientos en Francia. Desde febrero de 1793 el país estaba en guerra con una nación que se había afanado por derribar el antiguo orden social europeo, que había prometido prestar su ayuda a aquellos pueblos deseosos de luchar contra la tiranía y que había visto en Gran Bretaña un potencial republicano considerable que podía igualmente deponer al gobierno. Durante la primavera de 1794, el gobierno denunció ante los tribunales a los autores, editores y proveedores de la literatura subversiva en un intento por restablecer el delito medieval difusamente definido de “tramar la muerte del rey” que convertía en acto de traición las publicaciones y los debates republicanos. Además la guerra con Francia no marchaba bien ya que el ejército francés había ocupado los Países Bajos, Renania y la República Holandesa (Schama 2002: 78-80). En 1797, Gran Bretaña tuvo que hacer frente también a otra nueva revuelta: el amotinamiento de la Armada Real Inglesa cuyas pretensiones sin embargo no estuvieron relacionadas con la política radical. Como una tercera parte de los soldados eran irlandeses e Irlanda se había convertido en un foco propicio para la revolución por sus ideas y sus constantes contactos con Francia, se extendió el rumor de que el amotinamiento era una conspiración, cundiendo el pánico, un pánico que había tenido un antecedente el año anterior cuando la Armada escapó por poco de la invasión dirigida por el general francés más peligroso, Louis-Lazare Hoche (1768-1797) y el republicano irlandés, Theobald Wolfe Tone (1763-1798).

Pero los elementos de desasosiego no habían desaparecido en 1795 cuando las malas cosechas y la subida de los precios generaron el descontento popular, que fue aprovechado por el reducto republicano que quedaba para empeorar la crisis interna del país. Desde mediados de 1796 hasta mediados de 1797 el panorama empeoró desfavorablemente para Gran Bretaña al anularse toda posibilidad de alcanzar un acuerdo de paz con Francia. A principios de octubre España se alió con Francia y declaró la guerra a Gran Bretaña aumentando la presión en el Mediterráneo, en Portugal y en las Indias occidentales. A principios de 1800, la amenaza de una invasión francesa transformó la actitud de los británicos convirtiéndolos en auténticos patriotas. A pesar de que entre 1692 y 1747, las fuerzas británicas marítimas derrotaron en numerosas ocasiones a las francesas, estas batallas no eliminaron el temor de que la flota francesa atacara las colonias británicas o peor aún, invadiera las islas británicas. De hecho, las invasiones se habían producido en 1715 y 1745 en defensa de la dinastía Estuarda y aunque ninguna de ellas prosperó, fueron alarmantes. En 1759, los británicos supieron que Francia estaba preparando una invasión de Escocia con las mismas miras que en 1715 y 1745; a pesar del conato de invasión, la situación terminó con la victoria de Gran Bretaña (Lloyd 1984: 81).

No obstante, la posición de Gran Bretaña seguía siendo complicada y es que a pesar de las ventajas derivadas de la guerra, el país estaba cansado de la lucha. Pero además, las emisiones moderadas de papel moneda no habían evitado el incremento del coste de la vida que sumado a las dos malas cosechas de 1799 y 1800 habían aumentado aún más el alza. Esto produjo no sólo la intensificación de la importación de productos alimenticios sino la aparición de insurrecciones que exigían la dimisión de Pitt al que se consideraba responsable de la prolongación de la guerra y de la condición económica. El temor de la burguesía a perder sus bienes sumado a otros factores como la presión

demográfica y la Unión de Irlanda con Gran Bretaña, votada el 5 de febrero de 1800 que otorgaba concesiones a los católicos, aumentó la oposición provocando finalmente que Pitt abandonara el cargo de Primer Ministro el 3 de febrero de 1801 y que fuera sustituido por el *Whig* Henry Addington (1757-1844), Primer Ministro desde 1801 hasta 1804 (Godechot 1976: 29-30). Para evitar problemas posteriores, Pitt decidió integrar a las facciones católicas y protestantes dentro de Gran Bretaña, proponiendo que Irlanda se uniera a Inglaterra, Escocia y Gales a través del Reino Unido de Gran Bretaña en 1800.

Entre 1790 y 1815, la competencia dentro de la industria textil junto con las malas cosechas y la confusión económica producida por la guerra contra Francia fomentaron el incremento de la pobreza y del malestar en toda Inglaterra, Escocia y Gales. Los disturbios por la escasez de alimentos, la destrucción de máquinas y las protestas de los hombres y mujeres trabajadores en favor de las reformas políticas se sucedieron recurrentemente a lo largo de estos años. Se recurrió al lenguaje de los géneros y de la sexualidad para promover un sistema social caracterizado por el respeto a la autoridad, a la moralidad, y a la separación de las esferas entre mujeres y hombres. Y así la domesticidad se convirtió en un instrumento para mitigar la revolución y disciplinar las necesidades de la Industrialización. Los evangélicos defendieron el orden social de las jerarquías sociales mientras que los economistas políticos justificaron la pobreza como la consecuencia de una tasa de natalidad demasiado elevada entre las clases trabajadoras. En la década de 1790 estos economistas empezaron a analizar el mecanismo de funcionamiento de la sociedad y el modo en el que la penuria podía ser

remediada, sentando el precedente para la labor de pensadores futuros (Kingsley Kent 1999: 126-50)<sup>6</sup>.

El 1 de octubre de 1801 se firmaron en Londres los preliminares de la paz y finalmente, el 25 de marzo de 1802, el Reino Unido<sup>7</sup> firmó con Francia el Tratado de Amiens<sup>8</sup>, dando fin a la guerra iniciada en 1793 y reconociendo las conquistas francesas. La firma del Tratado abrió un paréntesis de paz en el periodo 1792-1815 dado que el 13 de mayo de 1803 se reanudó la contienda entre ambos países. El autonombramiento de Emperador (18 de mayo de 1804; coronación el 2 de diciembre de 1804) por parte de Napoleón marcó la transición entre las Guerras Revolucionarias francesas y las Guerras Napoleónicas. Cuando Napoleón fue nombrado Cónsul vitalicio en 1802 y después Emperador, muchos radicales que hasta entonces se habían opuesto a la guerra con la Francia revolucionaria, secundaron ahora la causa en contra de la dictadura napoleónica. El supuesto defensor de la libertad y de la República, detractor del Antiguo Régimen se había convertido en un enemigo de la independencia nacional. Napoleón había dejado de estar en guerra con la Corona, la Iglesia o la Constitución para estarlo con el pueblo. Éste es el sentimiento que plasmó William Wordsworth (1770-1850) en su poema “Lines on the expected invasion” (1803) en el que conminaba

---

<sup>6</sup> Entre los economistas destacó Thomas Malthus (1766-1834) con su *Essay on the Principle of Population* (1798) y entre los escritores, David Hume (1711-1776) con *On the Populousness of Ancient Nations* (1752), William Hazlitt (1778-1830) con *A Reply to the Essay on Population by the Rev. T. R. Malthus* (1807), George Ensor (1769-1843) con *An Enquiry Concerning the Population of Nations containing a Refutation of Mr. Malthus's Essay on Population* (1818), o William Godwin (1756-1836) con *Of Population: Enquiry Concerning the Power of Increase in the Numbers of Mankind Being an Answer to Mr. Malthus's Essay on that Subject* (1820).

<sup>7</sup> Nótese el cambio de designación de Gran Bretaña por “el Reino Unido”: El Acta de Unión de 1800 fue el documento que formalizó la unión del Reino de Gran Bretaña con el Reino de Irlanda en un solo reino, para dar paso al Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda.

<sup>8</sup> Dicho tratado estableció los siguientes acuerdos: 1. Intercambio de prisioneros de guerra; 2. El Reino Unido devolvió la colonia de El Cabo a la República de Batavia; 3. El Reino Unido devolvió la mayor parte de las Indias Orientales Holandesas a la República de Batavia; 4. Retirada francesa y británica de Egipto y su devolución a Turquía; 5. Restitución por parte del Reino Unido de todas las conquistas francesas y sus países aliados, excepto Ceilán, Gibraltar, la Isla de Trinidad, Tobago, y Menorca fue devuelta a España; 6. Evacuación de Nápoles y los Estados Pontificios por parte de Francia; 7. Fijación de las fronteras de la Guayana francesa; 8. Devolución de la Isla de Malta, Gozo y Comino a la orden de caballería Caballeros Hospitalarios.

a realistas y monárquicos a responder a la llamada de la nación: “Come ye--whate’er your creed--O waken all,/Whate’er your temper, at your Country’s call;/Resolving (this a free-born Nation can)/To have one Soul, and perish to a man,/Or save this honoured Land from every Lord/But British reason and the British sword” (Wordsworth 2008: 191), y en “To the Men of Kent” (1803) en el que recordaba que “[...] in Britain is one breath” (Wordsworth 2008: 217) o el que anteriormente, en 1798, recogió Coleridge (1772-1834) en “Fears in Solitude” (1798), escrito en abril ante la alarma de una invasión y en “France : An Ode” (1798) en la que cantaba, “When France in wrath her giant-limbs upreared,/And with that oath, which smote air, earth, and sea,/Stamped her strong foot and said she would be free,/Bear witness for me, how I hoped and feared!” (Coleridge, en Wu 2006: 631).

Desde este ángulo, el año 1808 marcó una nueva dirección en el enfrentamiento entre Francia y Europa. Desde 1808, las fuerzas populares que combatieron contra los ejércitos franceses no lo hicieron en nombre del Antiguo Régimen sino de las nuevas ideas que habían sido curiosamente difundidas quince años atrás por estos mismos ejércitos: la idea nacional que aunque desconocida en 1799, en 1808 se convirtió en la energía propulsora de los levantamientos; las ideas de libertad e igualdad y en último lugar, las Constituciones que elaboraron la mayor parte de los países europeos. En suma, este cúmulo de elementos condensaba el principio de la lucha entre las fuerzas nacionales nacidas durante la Revolución y la propia Francia revolucionaria que ahora se había convertido en un país tirano (Godechot 1976: 106-07).

La resistencia británica a la Revolución francesa pasó por dos fases: la primera que contempló a los acontecimientos franceses como una cruzada contra el Cristianismo y la segunda que comenzó a reemplazar a la primera tras la Paz de Amiens y que procedía de la convicción de que la nueva Francia napoleónica amenazaba la existencia



del Reino Unido. Y en este sentido, fueron los constitucionalistas franceses los que se ganaron casi todo el apoyo británico. Si Barruel (1741-1820) había sido la figura dominante durante la primera fase, Mme. De Staël (1766-1817), perseguida por Napoleón, fue la figura sobresaliente durante la segunda fase. La literatura de los emigrados franceses jugó en este periodo un papel esencial en la formulación y codificación de los rasgos nacionales franceses y británicos. A ello contribuyó la publicación de una serie de memorias y colecciones de cartas relativas a la Ilustración y a la Revolución por parte de personas desilusionadas con ambos movimientos. Mme. De Staël y el historiador Lacretelle consideraban a los revolucionarios como extremistas que habían abusado y degradado las teorías de los filósofos.

#### **4. La reacción ideológica de Gran Bretaña ante la Revolución francesa: La controversia revolucionaria**

La guerra entre Gran Bretaña y Francia no sólo se batió en los campos de batalla sino también a través de la publicación de libros, panfletos y discursos. Fundamentalmente, la controversia ideológica giró en torno a tres puntos: 1. Los enfrentamientos entre radicales y partidarios realistas; 2. La conspiración de las Sociedades secretas y de las milicias locales y 3. El debate revolucionario iniciado por el Dr. Richard Price y Edmund Burke en el que se centrará estrictamente este apartado debido a su influencia determinante en la sociedad británica de finales del siglo XVIII.

De relevancia pública, el “debate revolucionario” abarcó desde la recepción de las primeras noticias sobre la Revolución en 1789 hasta diciembre de 1795 cuando el

gobierno de William Pitt decidió introducir nuevas medidas para detener el radicalismo difundido escrituraria y oralmente. El debate revolucionario estuvo representado en su totalidad no por textos aislados ni por obras de autores inconexos sino por “a single series of works which depend for their meaning upon one another, upon the historical situation which gave them birth, and upon the different kinds of readers for whom they were designed” (Butler 1984: 2). Parte de la controversia estuvo compuesta por panfletos, por libros o por contribuciones hechas a periódicos o revistas de diferente naturaleza. La emergencia de este grupo de intelectuales, en muchos de los casos vinculados por el radicalismo de sus ideas, resultó claramente amenazador en un periodo histórico en el que la opinión pública comenzaba a ejercer un peso notable. La proliferación de comentarios ideológicos de todo tipo y de carácter básicamente hostil en periódicos y libros puso en entredicho la política del gobierno de Pitt, haciendo que se sintiera incómodo y sobre todo inquieto. Dado que el apoyo social constituye un aspecto indiscutible en el afianzamiento de un gobierno, Pitt y su Administración temieron que el carácter polémico de la prensa y la presión ejercida en la sociedad les pusieran en un compromiso. Si el inicio de la Revolución había favorecido la comunicación y el diálogo entre los intelectuales londinenses sin que ello supusiera un riesgo para el orden establecido, la rápida difusión de organizaciones políticas que se nutrían de escritos radicales y que se dedicaban a adoctrinar a las masas había puesto en guardia a las instituciones. A mediados de 1792, el gobierno de Pitt comenzó a erradicar cualquier manifestación de radicalismo mediante la palabra escrita. Thomas Paine abandonó Gran Bretaña pero el 18 de diciembre de 1792 fue juzgado y condenado por su obra *The Rights of Man* (1791). Durante su sentencia, el juez declaró que el delito de Paine no radicaba en considerar su libro como una mera acumulación de palabras escritas y de ideas abstractas sino en haber entregado su contenido al pueblo

convirtiendo el escrito en una herramienta política y en haber democratizado el precio del mismo para que cualquier individuo pudiera adquirirlo. De ahí que el gobierno impidiera las publicaciones radicales dirigidas a las masas e intentara atraerse las simpatías de escritores, publicistas y editores.

La Revolución francesa afectó profundamente a la acogida e interpretación de la Ilustración francesa en Inglaterra. Según Seamus Deane, la reacción ante este fenómeno tuvo dos lecturas, una primera que analizó las relaciones intelectuales que se desarrollaron entre algunos escritores ingleses y franceses y una segunda centrada en la reacción de Gran Bretaña ante ambos hechos, totalmente condicionada por Edmund Burke y que actuó como verdadero catalizador en la definición y construcción de una conciencia nacional británica (Deane 1988: 1). La recepción tanto de la Ilustración francesa como de su vástago, la Revolución francesa, provocó la creación de un conjunto doble de imágenes y perfiles nacionales: los británicos trazaron los contornos de la identidad francesa de modo peyorativo y totalmente negativo, y a su vez, esta proyección alumbró un juego de imágenes nacionales británicas claramente enfrentadas.

El conflicto de ideas y de discursos políticos inherentes al debate revolucionario consolidó esta conciencia nacional y abarcó cuestiones fundamentales sobre la naturaleza de la sociedad, del gobierno, de la doctrina de los derechos, de la justicia social, de la relación entre los sexos y de la razón, principal instrumento sobre el cual se levantó la Revolución y se formaron las actitudes políticas y reformistas (Duff 1999: 23-34). Todas estas materias fueron tratadas en términos concretos; puesto que la hostilidad hacia Francia procedía mayoritariamente de la cualidad doctrinaria y abstracta del pensamiento francés, los intelectuales británicos elaboraron sus argumentos aplicándolos a circunstancias específicas y particulares para no caer en los mismos errores cometidos por los franceses.

Los defensores y los detractores de la Revolución francesa se aglutinaron en torno a dos bandos: el grupo de Edmund Burke que incluía a James Mackintosh, Robert Southey, Samuel Taylor Coleridge, William Wordsworth<sup>9</sup>, John Wilson Croker, y Thomas Carlyle<sup>10</sup>, entre otros, y que catalogó a la Revolución francesa como la culminación de una conspiración a gran escala dirigida por intelectuales, controladores de la prensa para aniquilar todo lo sagrado y lo tradicional. Ante semejante peligro, este grupo intentó movilizar a la sociedad británica mediante argumentos a favor de las estructuras sociopolíticas tradicionales, de carácter multisecular. Por su parte, el grupo radical dominado por Thomas Paine (*The Rights of Man*, 1791-1792; *Common Sense*, 1776), William Godwin (*Enquiry Concerning Political Justice*, 1793), Mary Wollstonecraft (*A Vindication of the Rights of Men*, 1790; *A Vindication of the Rights of Woman*, 1792), Helen Maria Williams (*Letters from France*, 1790), Shelley, y William Hazlitt abrieron los brazos a la Revolución pero reflexionaron sobre la naturaleza desmedida y hasta cierto punto desviada de la Revolución, sobre las lecciones que se

---

<sup>9</sup> Tanto Southey (1774-1843), como Coleridge (1772-1834), Wordsworth (1770-1850) y Mackintosh (1806-1864) aplaudieron el principio de la Revolución, pero los acontecimientos posteriores les hicieron cambiar de opinión. Éste último compuso *Vindiciae Gallicae* (*Defensa de Francia*, 1791) en la que defendió fervorosamente a la Revolución francesa desarticulando todos los argumentos expuestos por Burke en *Reflexiones sobre la Revolución*, a la que calificó como el manifiesto de la contra-revolución. Destacó como pensador político, por otra parte poco conocido, con sus obras *The Statesman's Manual* (1816), *Lay Sermons* (1817), *On the Constitution of the Church and the State* (1830) y varios artículos en el periódico que dirigía, *The Friend* (1809-1810).

En el libro undécimo de *The Prelude* (compuesto entre 1799-1805 pero publicado en 1850) titulado "France", Wordsworth expresa su alegría y también su pena por la Revolución francesa: "O pleasant exercise of hope and joy!/ For mighty were the auxiliars which then stood/ Upon our side, us who were strong in love!/ Bliss was it in that dawn to be alive,/ But to be young was very Heaven! O times,/ In which the meagre, stale, forbidding ways/ Of custom, law, and statute, took at once/ The attraction of a country in romance! [...]" ; "But now, become oppressors in their turn,/ Frenchmen had changed a war of self-defence/ For one of conquest, losing sight of all/ Which they had struggled for: now mounted up,/ Openly in the eye of earth and heaven,/ The scale of liberty. [...]" (Wordsworth, en Bloom y Trilling 1981: 219-20).

<sup>10</sup> John Wilson Croker (1780-1857), colaborador del periódico *Quarterly Review* (fundado en 1809 por John Murray), marcó en sus artículos el tono de rechazo hacia los franceses y en las reseñas de las novelas francesas, desacreditó la ficción francesa, es decir, a Crébillon, Laclos, Louvet, Voltaire, Rousseau, Balzac, Paul de Kock, Hugo y George Sand entre otros. También compuso *Military Events of the French Revolution of 1830* (1831). En 1817, criticó la obra de Keats *Endymion* relacionándolo con Leigh Hunt y la escuela poética Cockney. Shelley acusó a Croker por haber provocado la muerte de Keats, que estaba seriamente enfermo.

podían aprender y evitar repetir. La mayor parte de los radicales puso el énfasis en los derechos políticos y sociales del individuo, en las injusticias derivadas de la desigualdad social, en las iniquidades del código penal, en la necesidad de remediar la pobreza, en la libertad de expresión, etc. Sin embargo, los radicales se preguntaban hasta qué punto las masas ignorantes deberían participar en el gobierno y por ello, pensaban que sería preferible que el país fuera dirigido por un grupo de hombres ilustrados e instruidos. Aunque todos ellos perseguían aliviar la penuria de los pobres, ninguno fue capaz de diseñar un programa social específico. Su pronóstico se redujo a la destrucción del poder aristocrático y real para ser sustituido por un sistema democrático que automáticamente mejorara el estado del pueblo (Christie 1982: 210).

Burke fue el responsable de incorporar en este debate público los nombres y reputaciones de los principales pensadores de la época ilustrada. Al retratarlos como una banda de conspiradores ateos que habían entrado en connivencia para derrocar al soberano y a la Iglesia sin calcular los excesos que esto podría significar, Burke había inaugurado un clima de hostilidad hacia sus personas que persistió tenazmente hasta 1802. Según Burke, la conspiración de los filósofos constó de dos partes, una primera dirigida contra el Cristianismo y el orden civil en Europa, y una segunda compuesta por la alianza entre los autores profesionales y la burguesía urbana en contra de la aristocracia terrateniente y de la cultura campesina. Burke sabía que la victoria de estos dos grupos conduciría a la desaparición del orden jerárquico y teísta y al establecimiento de un Estado secular democrático. Por eso el único filósofo ilustrado francés al que alabó fue a Montesquieu, admirador de la Constitución británica, mientras que siempre estuvo en desacuerdo con Voltaire, Helvétius, Condorcet, D'Alembert y Diderot (Deane 1988: 5).

El 4 de noviembre de 1789 en pleno apogeo del radicalismo británico, reforzado por la Revolución francesa, el disidente y miembro del partido radical Richard Price (1723-1791) pronunció un sermón titulado “A Discourse on the Love of our Country” para los integrantes de la *Sociedad para la Conmemoración de la Revolución Gloriosa*, Sociedad que buscaba implantar en Inglaterra los principios de la Asamblea Nacional parisina. En el sermón señalaba la naturaleza inconclusa de la Revolución Gloriosa y el camino que debía recorrer Gran Bretaña en su imitación de las Revoluciones americana y francesa (derecho a la libertad religiosa, derecho de resistencia al arbitrio del poder, derecho de elección y destitución de los gobernantes)<sup>11</sup>. En suma, los argumentos centrales de su discurso fueron dos: por un lado, la idea de que la Revolución francesa era una continuación de la británica, y por otro, la idea de que la monarquía no debería ser hereditaria sino sometida ante el pueblo soberano.

En enero de 1790, Edmund Burke (1729-1797) leyó el sermón que Richard Price había pronunciado ante la *Sociedad de la Revolución* y decidió dar una respuesta contundente al mismo para evitar cualquier difusión y enraizamiento de tales ideas en Gran Bretaña. Para ello, compuso su obra *Reflections on the Revolution in France* (1790) cuya influencia fue determinante por cuanto “he created the French Revolution for the English mind as a worldhistorical event” (Bromwich 1999: 120). La diferencia de interpretaciones sobre la Revolución francesa enemistó a Charles James Fox (1749-1806), favorable a la Revolución y a Burke, dejándole fuera del partido *Whig*<sup>12</sup>. Para

---

<sup>11</sup> El sermón finalizaba del siguiente modo: “Be encouraged, all ye friends of freedom, and writers in its defence! The times are auspicious. Your labours have not been in vain. Behold kingdoms, admonished by you, starting from sleep, breaking their fetters, and claiming justice from their oppressors! Behold, the light you have struck out, after setting AMERICA free, reflected to FRANCE, and there kindled into a blaze that lays despotism in ashes, and warms and illuminates EUROPE! Tremble all ye oppressors of the word! [...] Restore to mankind their rights; and consent to the correction of abuses, before they and you are destroyed together” (Price 1984: 32).

<sup>12</sup> Hay que recordar que los contactos con el entorno político empujaron a Burke al puesto de secretario privado del marqués de Rockingham en 1765, líder del grupo *Whig*. Cuando Rockingham falleció en 1782, Charles James Fox se hizo con el liderazgo del partido.

hacer frente a Fox, Burke redactó *An Appeal from the New to the Old Whigs* (1791) que constituía un alegato de los ideales de la generación *Whig* tras la Revolución Gloriosa y que incluía el auténtico espíritu del partido tal y como había sido siempre defendido por Rockingham. El núcleo del folleto lo conformaba la lucha contra el derecho del pueblo a la resistencia monárquica. Sin embargo, el folleto no tuvo ninguna repercusión ni consiguió que los partidarios *Whig* cambiaran su postura favorable a la Revolución francesa. Cuando se tuvo conocimiento de las primeras matanzas de septiembre de 1792 en Francia, la mayor parte del partido se alió con Burke.

El 1 de noviembre de 1790 apareció la obra *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* que perseguía contrarrestar la opinión británica favorable a la Revolución. Obra clásica del pensamiento conservador, nada más ser publicada alcanzó un gran éxito de venta con once ediciones durante el primer año, siendo poco después traducida al francés y al alemán. La repercusión de la obra fue auténticamente revolucionaria; gracias a ella, la mayoría de la población británica se percató de las pavorosas consecuencias de la Revolución y de los pasos que era necesario dar no sólo para no caer en la misma trampa sino para tomar medidas preventivas que finalmente demostraron ser eficaces en la lucha primero contra Francia y luego contra Napoleón (Utley 1957: 25-29).

El discurso de Price despertó la ira de Burke que respondió condenando la Revolución por ser una personificación de la violencia sexual y política de la anarquía y de la irracionalidad de la plebe. Si Burke había sido un defensor acérrimo de las reformas parlamentarias, de la tolerancia religiosa y de la libertad de América censuró a los revolucionarios franceses por sus actos dado que para Burke, la Revolución no sólo amenazaba el orden político de la monarquía y de los estratos sociales sino el orden moral. Burke, como experto político, sabía de antemano que la introducción del

principio de igualdad propugnada por los radicales supondría cambios muy profundos en Gran Bretaña, no sólo un cambio constitucional en la política sino además un cambio social en la economía, con lo cual se hacía imperioso defender el orden tradicional británico y luchar contra la Sociedad disidente de Richard Price. Burke predijo las secuelas que dejaría la reconstrucción de la sociedad francesa siguiendo un plan de ideas abstractas: la Revolución después de atravesar una serie de etapas marcadas por la violencia extrema y la locura de la barbarie desembocaría en el despotismo de una oligarquía, pero para entonces habría arrasado todo aquello sinónimo de nobleza y tradición. Una vez rotos todos los principios y las antiguas sanciones sociales, los revolucionarios impondrían el terror, único instrumento para controlar a una masa que había rehusado la moderación y la cordura<sup>13</sup>. Burke decidió que era el momento de despertar a toda Europa de la amenaza francesa de las especulaciones abstractas y especialmente a Gran Bretaña antes de que fuera demasiado tarde (Kirk 1955: 1-10).

El punto de origen de las *Reflexiones* se sitúa en contra de la felicitación que la *Revolution Society* decidió enviar a la Asamblea Nacional por el logro conseguido y lo hace exponiendo uno de los baluartes de su teoría política, es decir, el pensamiento concreto, ajustado a hechos precisos, frente al pensamiento abstracto francés. En contra

---

<sup>13</sup> Tocqueville declaró al respecto: “Dans la plupart des grandes révolutions politiques qui avaient paru jusque-là dans le monde, ceux qui attaquaient les lois établies avaient respecté les croyances, et, dans la plupart des révolutions religieuses, ceux qui attaquaient la religion n’avaient pas entrepris du même coup de changer la nature et l’ordre de tous les pouvoirs et d’abolir de fond en comble l’ancienne constitution du gouvernement. Il y avait donc toujours eu dans les plus grands ébranlements des sociétés un point qui restait solide. Mais, dans la révolution française, les lois religieuses ayant été abolies en même temps que les lois civiles étaient renversées, l’esprit humain perdit entièrement son assiette; il ne sut plus à quoi se retenir ni où s’arrêter, et l’on vit apparaître l’audace jusqu’à la folie, qu’aucune nouveauté ne put surprendre, aucun scrupule ralentir, et qui n’hésitèrent jamais devant l’exécution d’un dessein. Et il ne faut pas croire que ces êtres nouveaux aient été la création isolée et éphémère d’un moment, destinée à passer avec lui; ils ont formé depuis une race qui s’est perpétuée et répandue dans toutes les parties civilisées de la terre, qui partout a conservé la même physionomie, les mêmes passions, le même caractère. Nous l’avons trouvée dans le monde en naissant; elle est encore sous nos yeux” (Tocqueville 1988: 247-48). Sobre este mismo tema, el propio Burke afirmó: “All circumstances taken together, the French Revolution is the most astonishing that has hitherto happened in the world [...] Everything seems out of nature in this strange chaos of levity and ferocity, and of all sorts of crimes jumbled together with all sorts of follies” (Burke 1955: 21).



de éste articulado en la doctrina abstracta de los derechos del hombre, Burke sostiene que han sido los derechos históricos de los ingleses los que han sentado las bases de la política inglesa; si la *Déclaration des droits* era el producto de la razón abstracta, el *Bill of Rights* era el fruto de la razón histórica<sup>14</sup>. Aparte de la felicitación, Price secunda tres tesis: 1. El derecho a elegir los propios gobernantes; 2. El derecho a expulsarlos por mala conducta; 3. El derecho del pueblo a darse un gobierno.

Otro de los temas clave de la obra es el ataque a la soberanía nacional y la posibilidad de que el pueblo redactara una Constitución adaptada a sus exigencias. Seguro de que la *Revolution Society* pretendía difundir tal idea en la sociedad británica, desmitificando los planteamientos *Whig* sobre la Revolución Gloriosa, Burke refuta la premisa de esta Sociedad por la cual la Revolución de 1689 había dado a los ingleses el derecho de elegir a los monarcas, dejando claro que el *Act of Establishment* o *Declaration of Rights* sólo había ofrecido al pueblo inglés la oportunidad de indicar mejor el orden sucesorio. Simultáneamente, Burke expone que la Constitución inglesa es un producto de la historia, anulando el supuesto derecho del pueblo británico a seleccionar el gobierno más adecuado<sup>15</sup>. Como fruto de la historia, la Constitución estaba enraizada tanto en la tradición, fuente de confianza para el presente y el futuro porque concordaba con los principios de la naturaleza humana<sup>16</sup>, como en la naturaleza

---

<sup>14</sup> La Carta o Declaración de derechos fue un documento redactado en 1689 que el Parlamento impuso al príncipe Guillermo para poder suceder a Jacobo II en el trono cuya finalidad consistía en fortalecer algunos poderes parlamentarios que habían casi desaparecido con el absolutismo de los Estuardo (Carlos II y Jacobo II).

<sup>15</sup> "If the *principles* of the Revolution of 1688 are anywhere to be found, it is in the statute called the *Declaration of Right*. In that... declaration [...] not one word is said [...] of a general right 'to choose our own *governors*; to cashier them for misconduct; and to *form* a government for *ourselves*'. This Declaration of Right [...] is the corner-stone of our constitution, [...] It is called 'An Act for declaring the rights and liberties of the subject, and for *settling* the *succession* of the crown' " (Burke 1955: 30).

<sup>16</sup> "The Revolution was made to preserve our *ancient*, indisputable laws and liberties, and that *ancient* constitution of government which is our only security for law and liberty [...] We wished at the period of the Revolution, and do now wish, to derive all we possess as an *inheritance from our forefathers* [...] All the reformation we have hitherto made have proceeded upon the principle of reverence to antiquity" (Burke 1955: 50).

intrínseca de las Instituciones<sup>17</sup>. La trascendencia de la historia inglesa residía en que era una ilustración del carácter nacional y a su vez, el carácter nacional, una personificación de la historia inglesa. Desde esta perspectiva, la Constitución británica suponía una línea de resistencia frente a los embates franceses y una expresión de la idiosincrasia nacional. El país de Bossuet y de Montesquieu pertenecía al antiguo orden europeo mientras que el país de Voltaire y de Rousseau, procedente de la decadencia de la monarquía, formaba parte de un mundo nuevo, determinado por el individualismo y la supremacía de la razón sobre los valores comunales y la preservación del tradicionalismo. Tanto la Constitución como la Iglesia Anglicana, la monarquía y el carácter nacional eran los cuatro argumentos que Burke manejó como agresiones contra la Revolución y como salvaguarda de los rasgos específicamente británicos<sup>18</sup>. Todos estos rasgos se hallaban insertos en la noción de contrato, por la cual la sociedad era un contrato que no se podía romper a gusto de las partes integrantes, ya que dicho pacto conducente a la formación del Estado establecía un vínculo entre los vivos, los muertos y aquéllos que iban a nacer, al tiempo que llegaba grabada la impronta del patrimonio de conocimientos legado por los antepasados.

Según Burke, Francia tenía una buena constitución<sup>19</sup> pero la Revolución haciendo tabla rasa del pasado y despreciando el legado de los antepasados, había

---

<sup>17</sup> “... instead of quarrelling with establishments, as some do, who have made a philosophy and a religion of their hostility to such institutions, we cleave closely to them. We are resolved to keep an established church, and established monarchy, an established aristocracy, and an established democracy, each in the degree it exists, and in no greater” (Burke 1955: 132).

<sup>18</sup> “We fear God; we look up with awe to kings; with affection to parliaments; with duty to magistrates; with reverence to priests; and with respect to nobility” (Burke 1955: 125).

<sup>19</sup> Éste es uno de los puntos que Paine desarticuló del argumento de Burke en *Rights of Man* (1791): “Mr. Burke said, in a speech last winter in Parliament, ‘that when the National Assembly first met in three Orders (the Tiers État, the Clergy, and the Noblesse), France had then a good constitution.’ This shows, among numerous other instances, that Mr. Burke does not understand what a constitution is. The persons so met were not a constitution, but a convention, to make a constitution. The present National Assembly of France is, strictly speaking, the personal social compact. The members of it are the delegates of the nation in its original character; future assemblies will be the delegates of the nation in its organised character. The authority of the present Assembly is different from what the authority of

decidido borrar su historia y comenzar desde cero una nueva era en la que la mancha más deplorable había procedido de la ejecución de Luis XVI<sup>20</sup> y así pues del desacato a la máxima autoridad real. Este ajusticiamiento había sido sólo la consecuencia irremediable de unos hechos que se habían desencadenado con la instauración de la Asamblea Nacional, origen de todos los problemas posteriores. En efecto, una asamblea política sólo podía funcionar adecuadamente cuando sus miembros eran individuos con una preparación y una formación acorde con los puestos políticos que habían de desarrollar. Siendo para Burke la formación sinónimo de patrimonio, la Asamblea Nacional francesa distaba mucho de las clases privilegiadas que habían sido apartadas del escenario político y que habían sido suplantadas mayoritariamente por abogados, profesión bastante despreciada durante el siglo XVIII, por médicos, por especuladores y negociantes, todos ellos individuos con poca capacidad para interpretar la problemática social<sup>21</sup>. La Asamblea Nacional actuaba empujada por la ambición de poder, aplicando los mismos mecanismos que cualquier tiranía. Burke advirtió del peligro que suponía el hecho de que una Constitución fuera redactada por los componentes de la Asamblea

---

future Assemblies will be. The authority of the present one is to form a constitution; the authority of future assemblies will be to legislate according to the principles and forms prescribed in that constitution; and if experience should hereafter show that alterations, amendments, or additions are necessary, the constitution will point out the mode by which such things shall be done, and not leave it to the discretionary power of the future government" (Paine 2008: 55).

<sup>20</sup> "France, when she let loose the reins of regal authority, doubled the licence of a ferocious dissoluteness in manners, and of an insolent irreligion in opinions and practices; and has extended through all ranks of life [...] all the unhappy corruptions that usually were the disease of wealth and power". (Burke 1955: 59).

<sup>21</sup> "Judge [...] of my surprise, when I found that a very great proportion of the assembly [...] was composed of practitioners in the law. It was composed [...] of the inferior, unlearned, mechanical, merely instrumental members of the profession [...] the mechanical part was in a very low degree of repute. Whenever the supreme authority is vested in a body so composed, it must evidently produce the consequences of supreme authority placed in the hands of men not taught habitually to respect themselves; [...] who could not be expected to bear with moderation, or to conduct with discretion, a power, which they themselves [...] must be surprised to find in their hands [...] Who could doubt but that [...] they must pursue their private interests which they understood but too well? [...] To the faculty of law was joined a pretty considerable proportion of the faculty of medicine [...] Then came the dealers in stocks and funds [...] To these were joined men of other descriptions, from whom as little knowledge of [...] the interests of a great state was to be expected, and as little regard to the stability of any institution; men formed to be instruments, not controls. Such in general was the composition of the *Tiers Etat* in the National Assembly". (Burke 1955: 64-68).

Nacional dado que la ausencia de principios y de disciplina de sus miembros, desenfrenados por verse en una situación de poder nunca antes imaginada y con visos de destrucción de la Corona, la Iglesia y la nobleza, sólo conduciría a un caos irreversible. Burke alertó asimismo del riesgo de que las insurrecciones militares se apoderaran de toda la nación. El curso natural de los acontecimientos señaló que el ejército era sólo un instrumento del Estado, pero que cuando se erigía en cuerpo independiente y actuaba siguiendo sus propias determinaciones, el gobierno tendía a degenerar en una democracia militar, “a species of political monster, which has always ended by devouring those who have produced it” (Burke 1955: 299).

Ante esta sociedad francesa que se había creído con el derecho a dismantelar toda la estructura sobre la que la nación francesa se había conservado durante milenios y de derribar el peso de las instituciones, Burke abanderó el papel de los prejuicios dentro de la sociedad en contra de los ataques franceses de la Ilustración. Si los franceses desestimaban los prejuicios porque formaban parte de la institución social y como tal era caduca y debía ser destruida, los ingleses analizaron los prejuicios para extraer la sabiduría contenida en ellos. Por otra parte, los prejuicios se hallaban enlazados con la religión, base sustentadora de la sociedad, de ahí que Burke defendiera las instituciones eclesiásticas inglesas. Burke era consciente de que el ateísmo fanático presente en Francia había sido inspirado por multitud de escritos difundidos asiduamente y de modo gratuito y por sermones improvisados en las calles y plazas públicas; ambos instrumentos adoctrinadores se habían encargado de vaciar el cerebro del pueblo de humanidad para saturarlo de ideas atroces. En consecuencia, tanto la sociedad como el Estado requerían unas creencias religiosas que suscitaran la lealtad y la obediencia<sup>22</sup>. De

---

<sup>22</sup> “Where trade and manufactures are wanting to a people, and the spirit of nobility and religion remains, sentiment supplies, and not always ill supplies, their place; but if commerce and the arts should be lost in an experiment to try how well a state may stand without these old fundamental principles,

hecho, en Gran Bretaña la Iglesia era una parte indisociable del Estado dado que cumplía la función social de educar a la nobleza y justificaba la protección británica de la existencia de un clero independiente erigido sobre la propiedad privada. En suma, Burke defendió a la monarquía, al clero y a la nobleza. Hay que señalar que Burke no creía en la racionalidad del pueblo y consideraba que el Parlamento no necesitaba la aprobación del electorado porque su legitimidad procedía de su longevidad.

La reverencia por la religión, el respeto por la tradición, el apego por los entornos y las personas conocidas, la fidelidad sexual, la reticencia al cambio, el desprecio por la modas y la sobriedad fueron para Burke las virtudes inglesas para cada una de las cuales existía un vicio francés correspondiente. A medida que la inmoralidad sexual fue estrechando los lazos con la filosofía francesa y la teoría revolucionaria, la fidelidad al hogar se fue extendiendo como un valor particular británico. La nueva mujer, una figura escandalosa, era francesa, intelectual y lasciva.

Burke tomó estas ideas de la obra de John Brown (1715-1766), *Estimate of the Manners and Principles of the Times* (1758; con siete ediciones en el mismo año, le valió a Brown el sobrenombre de “Estimate Brown”) escrito para castigar a las altas esferas inglesas por su debilidad y afeminación bajo el gobierno (1757-1762) de Thomas Pelham (1693-1768) durante la Guerra de los siete años (1756-1763) como consecuencia de la pérdida de la isla de Menorca ante los franceses al comienzo de dicha guerra. El argumento principal era que la oligarquía de Inglaterra estaba sumida en una crisis moral por la influencia de Francia y que perecería a menos que se produjera un renacimiento nacional, una recuperación de la verdadera identidad inglesa

---

what sort of a thing must be a nation of gross, stupid, ferocious, and, at the same time, poor and sordid, barbarians, destitute of religion, honour, or manly pride, possessing nothing at present, and hoping for nothing hereafter?”. “We know, and what is better, we feel inwardly, that religion is the basis of civil society, and the source of all good and of all comfort” (Burke 1955: 116, 130).

y una reivindicación de los principios ingleses. Brown utilizó como dardo los motivos de queja que habían sido comunes durante el gobierno corrupto de Walpole (Primer Ministro de 1721-1742) argumentando que la virtud pública había sido mermada por la preocupación por el lujo y el comercio. Únicamente, John Brown pintó favorablemente al dramaturgo David Garrick (1717-1779), mencionado como una excepción en la decadencia artística del momento, a William Warburton (1698-1779) dibujado como el coloso intelectual de la época y a William Pitt el Viejo (1708-1778) aclamado como el Gran Primer Ministro a quien Inglaterra debía recurrir para salvarse de la crisis. Brown definió el carácter inglés de la época del siguiente modo: “[...] the Character of the Manners of our Times: which, on a fair Examination, will probably appear to be that of a vain, luxurious and selfish Effeminacy” (Brown 1757: 29).

La adaptación del estereotipo del inglés como afeminado por parte de Burke al panorama derivado de la Revolución francesa y a los escritos anti-revolucionarios de 1790 fue tan sumamente efectiva que canonizó a la figura de John Bull, la quintaesencia de la xenofobia y la tenacidad británicas<sup>23</sup>. Con todo ello, Burke procuró hacer consciente al pueblo británico de la necesidad de defenderse del enemigo y de hacer explícitos todos aquellos rasgos que en tiempos de paz habían permanecido inarticulados y pasado desapercibidos. Así, la teoría de la conspiración se vinculó con la teoría del carácter nacional francés; los franceses fueron representados como volátiles, disolutos y corruptos y los responsables habían sido los filósofos. La verdadera faz de Francia se había iluminado con la Revolución y la decepción ante tal engaño había

---

<sup>23</sup> John Bull, la personificación nacional del Reino Unido, fue creado por el médico, matemático y escritor satírico escocés John Arbuthnot (1667-1735), quien compuso *The History of John Bull* en 1712, instaurando al personaje como un emblema nacional inglés. Arbuthnot fue además miembro fundador del *Scriblerus Club*, club que ridiculizaba la mala literatura, y colaborador en la obra *Memoirs of Martinus Scriblerus* (1713-1714) donde se describía burlesca y mordazmente la pedantería de los socios del club.

ayudado a realzar el orgullo británico en la patria y el respeto por las tradiciones. Y aunque en ocasiones resultaba difícil encontrar nuevos vocablos para expresar el enfrentamiento entre ambas naciones, la base de la personalidad británica venía definida por su esencia “anti-francesa”<sup>24</sup>.

Burke desaprobó tajantemente la oposición de la Asamblea Nacional a todas las prerrogativas del clero y la nobleza así como su afán por desposeerles de la propiedad privada debido a su respaldo de las grandes propiedades<sup>25</sup>. Aquí, el autor irlandés criticó la nacionalización de los bienes del clero, argumentando que ni en situaciones de emergencia nacional, habría Inglaterra recurrido a tal acto. Para Burke, el incidente más revolucionario no fue ni la Toma de la Bastilla, ni la supresión del feudalismo, ni la *Declaración de los derechos del hombre*, sino la confiscación de los bienes de la Iglesia y la conversión de los clérigos en funcionarios del Estado. La relevancia del evento residía tanto en la perturbación del soporte económico de esta orden como en la eliminación de una parte de la identidad francesa y en la subversión del orden tradicional puesto que la tierra constituía todo el orden social tradicional. Burke veía en la Revolución francesa la maquinación de un grupo de individuos sin bienes inmuebles desesperados por alcanzar la cúpula del Estado e imponer el papel moneda de los “asignados” (creados el 1 de abril de 1790 por la Asamblea Nacional para remediar el caos financiero, fueron finalmente anulados el 19 de febrero de 1796). Con el

---

<sup>24</sup> “But the age of chivalry is gone. That of sophisters, economists, and calculators, has succeeded; and the glory of Europe is extinguished for ever [...] The unbought grace of life, the cheap defence of nations, the nurse of manly sentiment and heroic enterprise, is gone! It is gone, that sensibility of principle, that chastity of honour, which felt a stain like a wound, which inspired courage whilst it mitigated ferocity, which ennobled whatever it touched, and under which vice itself lost half its evil, by losing all its grossness” (Burke 1955: 111).

<sup>25</sup> “So that this legislative assembly of a free nation sits, not for the security, but for the destruction, of property, and not of property only, but of every rule and maxim which can give it stability, and of those instruments which can alone give it circulation” (Burke 1955: 217).

establecimiento de esta medida, se hacía manifiesta la guerra entre la aristocracia, poseedora de la tierra y los nuevos ricos, poseedores de la riqueza material.

Estos hombres sedientos de dinero habían coincidido con un segundo conjunto de revolucionarios, los hombres de letras, en su desprecio de la sociedad tradicional y habían conjurado para subvertir el panorama económico e instaurar una nueva coyuntura económica fundada sobre el mencionado papel moneda y una nueva coyuntura política construida sobre una Constitución, ambas sin puntos de referencia con el pasado. Burke aseveró que los hombres de letras habían sido los diseñadores de un complot para destruir la religión cristiana y para lograrlo, habían recurrido, a través de un periodo prolongado de tiempo, a controlar la opinión del pueblo. El primer paso había consistido en dominar a su vez a aquéllos que dirigían la opinión popular y en desacreditar y oscurecer a todos los individuos opuestos a la maniobra del monopolio de la información, al tiempo que vilipendiaban en sus obras a la corte, la nobleza y los clérigos<sup>26</sup>.

En definitiva, las *Reflexiones* contenían un número infinito de ingredientes que prevalecieron no sólo en la época de Burke sino en generaciones posteriores, tales como la defensa del pensamiento concreto, de la tradición, de la propiedad privada, de la Constitución, de la historia y del pasado, de los prejuicios, de la religión, de la monarquía, de la nobleza y del clero, del rechazo de la soberanía nacional, de la nacionalización de los bienes del clero, de los nuevos intelectuales urbanos, sus objeciones a los filósofos como conspiradores ateos con el control de la prensa cuyo propósito iba dirigido contra la autoridad establecida y contra su símbolo central, la

---

<sup>26</sup> "Writers, especially when they act in a body, and with one direction, have great influence on the public mind; [...] these writers, like the propagators of all novelties, pretended to a great zeal for the poor, and the lower orders, whilst in their satires they rendered hateful, by every exaggeration, the faults of courts, of nobility, and of priesthood" (Burke 1955: 161-62).



familia real, así como su amenaza a la familia y al matrimonio... La influencia de Burke fue central por cuanto enseñó a sus coetáneos y a sus sucesores la trascendencia de ser británico y sentirse británico (Prieto 2001: 73-93).

Como respuesta a los ataques radicales y a los esfuerzos de Burke, los partidarios realistas (John Bowles, John Reeves y Hannah More) recalcaron los principios de la Constitución y de la tradición, de la moralidad social y de la religión establecida, junto con la admiración y obediencia por el monarca y la Iglesia.

Meses antes de la Declaración de la Independencia, Paine (1737-1809), que posteriormente se hizo ciudadano francés y fue diputado de la Convención, publicó el panfleto *Common Sense* (1776). De inspiración republicana, criticaba vivamente a la Constitución inglesa y argumentaba para que los colonos americanos se independizaran del control británico en un momento histórico en el que la cuestión de la independencia flotaba en el aire. Paine estructuró el panfleto en cuatro secciones tituladas del siguiente modo: 1. Of the Origin and Design of Government in general, with concise Remarks on the English Conflict; 2. Of Monarchy and Hereditary Succession; 3. Thoughts on the present State of American Affairs; 4. Of the present Ability of America, with some miscellaneous Reflections.

Tres meses después de la publicación de *Reflections on the Revolution in France*, Paine publicó *Rights of Man* (1791), considerado como el manifiesto de los principios republicanos más completo, defendidos en la República americana por Jefferson, Madison y Jackson. Compuesta desde Francia, la primera parte se estructura en un “Prefacio a la edición inglesa”, un “Prefacio a la edición francesa”, el cuerpo de *Rights of Man*, un “Capítulo misceláneo” y una “Conclusión”. El punto central de la argumentación política de Paine en esta obra es el derecho del pueblo a darse una

Constitución y a elegir a sus representantes. Paine aclara que su obra constituye una respuesta a los malentendidos y errores presentes en la obra de Burke, y aparte de constituir un abuso ultrajante para la Revolución francesa y para los principios de la libertad, es una imposición al resto del mundo. Para Paine, la causa de la Revolución francesa debe implicar a toda Europa, aunque es consciente de la reticencia que muestran ante ello la mayor parte de los países. Sin embargo, establece una distinción tajante entre los deseos de los pueblos y los de los gobernantes, ya que si bien es cierto que el gobierno de Inglaterra no es amigo de la revolución de Francia, la nación inglesa por el contrario ha acogido favorablemente la Revolución así como el progreso que la libertad ha experimentado durante la misma. Paine defendía que ese sentimiento arraigaría en cuanto fueran desenmascaradas las manipulaciones del gobierno inglés y mejor comprendidos los principios de la Revolución. Simultáneamente, informaba al pueblo francés de que el fracaso de una revolución semejante a la francesa en Inglaterra se debía al control gubernamental de un gran número de periódicos ingleses, y en consecuencia, a la distorsión de la información sobre Francia y la Revolución. En suma, sólo de las naciones se podía esperar el cambio y la reforma; para Paine es indudable que Francia, Inglaterra y América, todos ellos países ilustrados, serán capaces de ofrecer al mundo un ejemplo de buen gobierno y de influencias mutuas para implantarlo.

Gran parte de los argumentos de la obra ya habían sido verbalizados por John Milton (1608-1674), Algernon Sydney (1623-1683) y por el propio Paine: los derechos del hombre, entre ellos la igualdad establecida por la naturaleza y la libertad individual, son anteriores a toda estructura gubernamental y como tales no se pueden dejar en manos de los gobiernos. Para Paine la obra de Burke sobre la Revolución francesa es un modelo de indiscreción y de provocación para Francia dado que ni el pueblo francés ni la Asamblea Nacional se habían inmiscuido nunca en el funcionamiento interno de

Inglaterra o de su Parlamento. A lo largo de casi cuatrocientas páginas Burke había descargado sobre la nación francesa y la Asamblea Nacional todo tipo de ofensas, cargadas de rencor, prejuicios e ignorancia, además de haber atacado al Dr. Price y a la *Revolution Society*. Según Paine, la Revolución había sido justa en Francia porque en el país existían diversas manifestaciones de despotismo que habían crecido bajo el despotismo hereditario de la monarquía hasta hacerse independientes de ella; de hecho, entre la monarquía, el Parlamento y la Iglesia había emergido una rivalidad de despotismo aparte del autoritarismo feudal que operaba localmente y de la tiranía ministerial que operaba a gran escala.

Apelando a los presupuestos basilares de la Ilustración, Paine sostenía que los derechos naturales del hombre revelados por la razón eran la raíz de los derechos civiles. Los derechos naturales eran aquéllos que pertenecían al hombre por el mero hecho de existir tales como el derecho intelectual o el derecho a pensar así como los derechos que empujaban al hombre a buscar su felicidad sin perjudicar a otros, mientras que los derechos civiles eran aquéllos que pertenecían al hombre por su incorporación a la sociedad. Esto conducía a la distinción entre aquel tipo de derecho natural que el hombre conservaba después de integrarse en la sociedad y aquel tipo de derecho natural que debía sacrificarse al formar parte de la misma. De igual modo, a pesar de que Paine diferenciaba tres clases de gobierno, la primera fundada sobre la superstición, la segunda sobre el poder y la tercera sobre el interés común de la sociedad y de los derechos comunales del hombre, reconocía la existencia de dos, el gobierno instaurado sobre la elección y la representación, conocido con el nombre de República (basado en

la razón) y el gobierno instaurado sobre la sucesión hereditaria, denominado Monarquía y Aristocracia (basado en la ignorancia)<sup>27</sup>.

La Constitución de un país no era un acto del gobierno sino del pueblo que constituía tal gobierno y por eso una Constitución contenía los principios sobre los que todo gobierno debía erigirse y organizarse. En contra de Burke, Paine sostenía que los gobiernos surgían a partir del pueblo o sobre el pueblo y que el gobierno inglés había surgido de la conquista de Guillermo el Conquistador y no de un pacto social, elevándose así sobre el pueblo. A pesar de haber sufrido diferentes modificaciones a través de los siglos, lo cierto era que el país no se había regenerado todavía careciendo de Constitución. Si Burke se horrorizaba ante los acontecimientos revolucionarios, Paine mantenía que la Revolución se había llevado a cabo con pocos sacrificios y que éstos se justificaban por la conspiración anti-revolucionaria que buscaba aplastar violentamente el pacifismo revolucionario<sup>28</sup>.

*Rights of Man* se opuso a la doctrina de Burke sobre el gobierno hereditario y a su concepción conservadora del poder, es decir, a los derechos hereditarios y a la sucesión hereditaria<sup>29</sup> Burke sostenía que el pueblo debía someterse a una minoría de nobles ricos de tal modo que la herencia legal de la riqueza asegurara el control del

---

<sup>27</sup>"Those two distinct and opposite forms erect themselves on the two distinct and opposite bases of Reason and Ignorance.- As the exercise of Government requires talents and abilities, and as talents and abilities cannot have hereditary descent, it is evident that hereditary succession requires a belief from man to which his reason cannot subscribe, and which can only be established upon his ignorance; and the more ignorant any country is, the better it is fitted for this species of Government. On the contrary, Government, in a well-constituted republic, requires no belief from man beyond what his reason can give. He sees the rationale of the whole system, its origin and its operation; and as it is best supported when best understood, the human faculties act with boldness, and acquire, under this form of government, a gigantic manliness" (Paine 2008: 115).

<sup>28</sup>"Notwithstanding Mr. Burke's horrid paintings, when the French Revolution is compared with the Revolutions of other countries, the astonishment will be that it is marked with so few sacrifices; but this astonishment will cease when we reflect that principles, and not persons, were the meditated objects of destruction" (Paine 2008: 34).

<sup>29</sup>"Admitting that government is a contrivance of human wisdom, it must necessarily follow, that hereditary succession, and hereditary rights (as they are called), can make no part of it, because it is impossible to make wisdom hereditary; and on the other hand, that cannot be a wise contrivance, which in its operation may commit the government of a nation to the wisdom of an idiot" (Paine 2008: 93).

poder por parte de una elite. Paine denunciaba esta visión de Burke y consideraba sus argumentos altamente ofensivos.

Paine finaliza el libro proponiendo una reforma del gobierno inglés mediante una Constitución redactada por una Asamblea nacional siguiendo el modelo americano. Además sugiere la abolición de los títulos nobiliarios<sup>30</sup> con el objetivo de fundar una democracia que excluyera las medidas injustas como el derecho de primogenitura. Aparte propone la aprobación de un convenio con Francia y América para terminar con la guerra y los gastos militares derivados de la misma y reformas económicas que reduzcan los impuestos que ahogan a los pobres y les permitan recibir subsidios para su educación. La conclusión de la primera parte traza un destino esperanzador para la acogida y la aceptación de las Revoluciones:

From what we now see, nothing of reform in the political world ought to be held improbable. It is an age of Revolutions, in which everything may be looked for. The intrigue of Courts, by which the system of war is kept up, may provoke a confederation of Nations to abolish it: and an European Congress to patronise the progress of free Government, and promote the civilisation of Nations with each other, is an event nearer in probability, than once were the revolutions and alliance of France and America. (Paine 2008: 121)

La influencia de Paine fue enorme en la Revolución americana y en la Revolución francesa. *Rights of Man* reconoce la importancia de ambas revoluciones en la formulación de los principios de los gobiernos democráticos. Para Paine, el triunfo de estas revoluciones estriba en la Declaración de Derechos que formula la libertad e igualdad de derechos de todos los hombres desde su nacimiento, la finalidad de las

---

<sup>30</sup>“It is, properly, from the elevated mind of France that the folly of titles has fallen. It has outgrown the baby clothes of Count and Duke, and breeched itself in manhood. France has not levelled, it has exalted. It has put down the dwarf, to set up the man. The punyism of a senseless word like Duke, Count or Earl has ceased to please” (Paine 2008: 62).

asociaciones políticas consistente en la preservación de los derechos naturales e inalienables de los individuos, es decir, el derecho a la libertad, a la propiedad, a la seguridad y a la resistencia ante la opresión y por último, la soberanía nacional. *Rights of Man* se convirtió en el mayor éxito de ventas del siglo XVIII y a su lado, las ventas de *Reflections on the Revolution in France* fueron insignificantes.

En febrero de 1792, Paine publicó la segunda parte de *Rights of Man* en la que reivindicaba los derechos sociales y económicos como los salarios mínimos, la educación universal, subvenciones a las familias, pensiones para los ancianos, trabajos públicos para los desempleados, sumándolos a los derechos políticos expuestos en la primera parte de la obra. Pero la coincidencia de esta segunda entrega con la violencia de los acontecimientos en Francia durante el otoño de 1792 y la vigorización del radicalismo de las clases trabajadoras, denominado Jacobitismo, sumió a las autoridades en una situación de pánico y en una serie de medidas represivas para solventarlo.

En suma, Paine hizo un llamamiento público para efectuar reformas sociales que suponían un desafío al orden establecido. La generación de 1790 vio que la historia no remediaría esta vez la problemática del momento y recurrieron a la razón como vehículo de transformación de todas las esferas sociales. Para Paine la autoridad condensada en el pasado era inexistente y el hombre podía desacreditarla y sustituirla por aquello que tuviera un significado mayor. La supremacía de la razón había conducido a Paine a denunciar tanto la función de la monarquía como la de la aristocracia y a verificar desde 1776 que la política en América había sido capaz de subsistir sin ambas.

La política del gobierno hacia Francia y hacia los radicales británicos no habría dado sus frutos de no haber estado respaldada por argumentos ideológicos. En numerosas ocasiones, el gobierno recurrió a la manipulación de la prensa, bien acosando

a periodistas como William Cobbett, William Hone, Richard Carlile, y Leigh Hunt, bien sobornando a periodistas conservadores. Un miembro del gobierno de Pitt y futuro Primer Ministro, George Canning, fundó el periódico *The Anti-Jacobin* cuyo objetivo era arremeter contra los franceses y sus simpatizantes británicos (Dawson 1996: 48-73). El 20 de noviembre de 1797 apareció la primera edición del periódico (de publicación semanal, desapareció el 9 de julio de 1798) anunciando que su enemigo era el “JACOBINISM in all its shapes, and in all its degrees, political and moral, public and private, whether as it openly threatens the subversion of States, or gradually saps the foundations of domestic happiness” (Emsley 1979: 65). Defensor de la monarquía, la Constitución y del gobierno, el *Anti-Jacobin* criticaba y satirizaba a los incondicionales de Charles James Fox y a la prensa de la oposición, al tiempo que justificaba la guerra como justa y necesaria. La amenaza francesa y la inspiración de *The Anti-Jacobin* junto con otros periódicos y revistas patrióticas como *The Sun* y *True Briton* fomentaron el surgimiento del patriotismo.

Entre los periódicos radicales destacaron *The Analytical Review* y *The Critical Review*, *The Tribune*, pero especialmente *The Sheffield Register*, que apareció en Sheffield el 9 de junio de 1787. Fundado por Joseph Gales tenía como objetivo primordial no sólo cubrir noticias locales y nacionales, sino educar a sus lectores mediante la publicación de extractos procedentes de obras de autores radicales como Thomas Paine, William Godwin, Joseph Priestley, Richard Price y John Horne Tooke. En 1792, Gales sacó a la luz otro periódico *The Sheffield Patriot*, éste de carácter quincenal, consagrado a un análisis mucho más profundo de cuestiones políticas que *The Sheffield Register*. Ambos periódicos recogían las opiniones de los artesanos y pequeños fabricantes de Sheffield. Como miembro de la *Sheffield Constitutional Society*, Gales publicó en *The Sheffield Register* los discursos que se pronunciaban en la

Asociación y escribió artículos en este periódico para criticar el arresto de reformadores como Thomas Muir, Thomas Fyshe Palmer, William Skirving, Joseph Gerrald y Maurice Margarot, todos ellos acusados de sedición y condenados a ser deportados; también se levantó en contra de la suspensión del *Habeas Corpus*. Considerado un hombre peligroso, fue acusado de conspirar contra el gobierno, por lo que tras publicar una última edición de *The Sheffield Register* el 27 de junio de 1794, huyó a Alemania.

## **5. La consolidación del nacionalismo británico**

Durante más de cuarenta años después de la Revolución francesa, el Reino Unido tuvo que catalogar a Francia como su opuesto y su enemigo para autodefinirse. La inminencia de los cambios y la brusquedad en la implantación de los mismos empujó a ver en Francia la causa de tal incoherencia así como de la mayor parte de los males acontecidos en la nación británica. De ahí que las fuentes de la seguridad, del orden y de la superioridad británica se encontraran en el pasado y en las tradiciones, en la resistencia a toda reforma importante del sistema constitucional existente.

Es indudable que la Ilustración francesa y la Revolución tal y como fueron asimiladas e interpretadas en Gran Bretaña durante este periodo abrieron una crisis histórica sin precedentes de la cual estos dos movimientos fueron las dos primeras etapas. En Gran Bretaña existía un miedo atroz a que la siguiente etapa se desarrollara en la isla. Por ello, no sólo se rechazaron las ideas ilustradas y las ideas revolucionarias, sino que muchos autores se consagraron a la labor del despertar de la conciencia nacional. Este patriotismo manifestó la urgencia de conservar ciertas formas de fidelidad y humanidad contenidas en el legado cultural de los antepasados en contra del pensamiento abstracto, de la tiranía y de la barbarie francesa. Sin embargo, se constató



que una Francia más noble había existido durante la época de Montesquieu, pero que había sucumbido bajo el peso de los filósofos. El triunfo de éstos era el ejemplo manifiesto del nuevo poder ejercido por la prensa y por la organización de los intelectuales como agrupación influyente dentro del Estado, cuyos esfuerzos se habían centrado en la consecución de la Revolución francesa. Los temores a una Revolución interior y a una dictadura napoleónica fueron estímulos suficientes para vencer los restos del espíritu jacobino en Inglaterra, Escocia e Irlanda.

Apenas se había recuperado Gran Bretaña de la Guerra de la Independencia americana cuando se vio envuelta en un conflicto armado con la Francia revolucionaria y posteriormente con la Francia napoleónica que se prolongó en el tiempo desde 1793 hasta 1815 y que constituyó un serio aviso contra el orden tradicional establecido. El atentado contra la propiedad privada y el desmantelamiento de la estructura social no sólo supuso una provocación para la independencia de Gran Bretaña sino una subversión contra el principio de autoridad sobre el que estaba fundada la nación; sin lugar a dudas, la ideología revolucionaria al nivelar las diferencias entre las jerarquías cuestionó la creencia de que los individuos detentadores de tierra y de títulos nobiliarios fueran más apropiados para el ejercicio del poder que cualquier otro grupo social, premisa que socavó la legitimidad de la supremacía de las elites. La crítica a los terratenientes había alcanzado un sesgo polémico durante 1760 y 1770 a causa de la labor de John Wilkes (1725-1797) y de los parlamentarios que exigían reformas. Pero hacia 1780 esta polémica invadió el núcleo de la política en Gran Bretaña merced al periodismo de Thomas Paine, Joel Barlow, Thomas Spence y William Cobbett, que insistían en la interferencia de los propietarios de tierras en el proceso electoral así como en la degeneración de estas clases que afectaba seriamente al progreso del país.

El estallido de la Revolución francesa puso por tanto en alerta al gobierno británico que vio con pavor cómo las directrices revolucionarias eran recibidas favorablemente. La derrota en América y la pérdida de las colonias junto con el inicio de la contienda contra Francia en 1793 ocasionaron una tensión extenuante en la confianza y actitud de la elite británica. Por primera vez, toda Europa se vio involucrada como consecuencia de las Guerras revolucionarias y napoleónicas en un reclutamiento y armamento masivo de la población y en un clima de angustia y de incertidumbre ante las repercusiones de susodicha movilización. En el caso de Gran Bretaña, la inseguridad exterior fue acompañada por un desequilibrio interior; durante el último cuarto del siglo XVIII y primer cuarto del siglo XIX, Gran Bretaña asistió a un aumento considerable de la población básicamente en las regiones industriales, a una difusión del radicalismo, a una organización política del artesanado, y a expresiones violentas de descontento popular por el precio de los alimentos, las condiciones de trabajo y la subida de los impuestos.

Dada esta situación, el gobierno británico no tuvo más alternativa que examinar el grado de patriotismo existente en Gran Bretaña y confiar en él, puesto que la posibilidad de una invasión por parte de Francia después de 1793 era tan alta que se hizo imprescindible conocer el porcentaje de población que se armaría en defensa de la nación. Sin embargo, Gran Bretaña contaba con una ventaja y es que a diferencia de otros Estados europeos, no había sufrido ninguna invasión ni guerra civil desde la Revolución Gloriosa, a excepción de los levantamientos frustrados jacobitas de 1715 y 1745. El panorama cambió notablemente después de la Guerra contra las colonias americanas; las Guerras revolucionarias y napoleónicas se extendieron geográficamente por gran parte del globo, esto es, por Europa, Asia, África, América del Norte, América del Sur e incluso por las costas de Australia. Francia acometió una invasión contra

Irlanda en 1796 y consiguió desembarcar en las costas irlandesas dos años más tarde; en 1797, un pequeño grupo expedicionario arribó a Gales y entre 1798 y 1805, la conquista de Gran Bretaña se convirtió en el objetivo primordial de Napoleón.

Gran Bretaña se dio cuenta de que ya no bastaba con mantener la estabilidad y la obediencia civil mediante el ejército profesional, la vigilancia armada y los sermones, ni avivar el patriotismo mediante la propaganda, sino que ante la crisis económica, el desorden social y el hechizo de las doctrinas revolucionarias, se hacía imprescindible estimular al conjunto de la población a armarse para auxiliar a la nación<sup>31</sup>. No obstante, durante los primeros años de la guerra contra Francia, el gobierno británico temía tanto a su propio pueblo como al enemigo. De hecho, los tres graves problemas del gobierno británico en los inicios de la guerra contra Francia fueron la amenaza de invasión, el coste de la guerra y las luchas intestinas (Morgan 2001: 486). De no haber sido por la extremosidad de la situación, el gobierno jamás habría recurrido al apoyo popular; éste prefería contar con una guardia preparada y respetable que sometiera los disturbios sociales que no con trabajadores que aumentaran las filas de la milicia. Pero durante el invierno de 1797, la Armada de Napoleón acampó a lo largo de la costa británica y fue entonces cuando Gran Bretaña, carente de aliados europeos, tuvo que modificar la calidad del ejército por la cantidad de hombres dispuestos a batirse en guerra. El resultado más notorio de esta búsqueda desesperada de combatientes se hizo manifiesto en el censo ordenado por el Parlamento en 1800. En 1804 y 1805, Napoleón volvió a planear una invasión del Reino Unido. Fue en 1804 cuando nació la mitología de la *Merrie England* escoltada por una recuperación selectiva de las obras de Shakespeare.

---

<sup>31</sup> En la Introducción de 1829 a *Waverley*, Scott decía lo siguiente de la guerra contra Francia: “If there is something degrading in this recollection (guerra de 1745 en Escocia), it is not unpleasant to compare it with those of the last war, when Edinburgh, besides regular forces and militia, furnished a volunteer brigade of cavalry, infantry, and artillery, to the amount of six thousand men and upwards, which was in readiness to meet and repel a force of a far more formidable description [...]” (Scott n.d.: 379).

La historia y todo lo histórico convirtieron al pasado en un instrumento para redescubrir la Britanidad, de ahí que el mercado se viera saturado de libros relativos a la vestimenta, al mobiliario, a las armas o a los juegos idiosincrásicos de Gran Bretaña (Schama 2004: 104).

El patriotismo británico ante la Guerra y la probable invasión francesa, tuvo tres líneas de réplica; por un lado, tanto Gales como Escocia respondieron a la movilización, por otro, el mayor número de voluntarios procedió de las regiones más industrializadas y urbanizadas y finalmente, la llamada nacional a las armas fue secundada casi unánimemente. Pero no fue sólo el patriotismo y el idealismo lo que empujó a los ciudadanos a la guerra sino también las presiones económicas, la coacción, los intereses particulares, etc. Un gran porcentaje se enroló en los cuerpos de voluntarios para dejar de trabajar y para quedar exentos por ley del alistamiento militar forzoso; otros, como los comerciantes vieron en sus compañeros de armas clientes potenciales y en la guerra una oportunidad para ganar dinero mediante el abastecimiento de ropa, comida, calzado, etc. Estas razones fueron para el pueblo motivos importantes para enrolarse como voluntarios pero entre 1798 y 1805 el motor impulsor de intervención en la guerra fue sencillamente el miedo a la invasión.

A pesar del riesgo que entrañaba la entrega de armas a la población, las autoridades británicas decidieron abandonar la represión y la reticencia ante la colaboración ciudadana adoptada en los comienzos de la Revolución francesa y consiguieron despertar el espíritu patriótico con el argumento de que la guerra era una cruzada por la libertad contra la tiranía francesa. Y así, los rasgos negativos de los franceses y de su inductor, Napoleón, se exacerbaron durante esta época, quedando fuertemente grabados en la mente y en la imaginación del pueblo británico. Este hecho se vio reforzado por el efecto transformador que tuvo la duración del reclutamiento en

masa en la sociedad británica. Durante el final del siglo XVIII y principios del XIX, la experiencia comunal de Gran Bretaña no pasó por el trabajo en fábricas o en el campo sino por la participación en la guerra contra Francia.

La guerra iniciada en 1793, después de diez años de la Guerra contra América, y que duró casi ininterrumpidamente un cuarto de siglo (desde 1803 hasta 1815), terminó por destruir en Waterloo a Napoleón y por convertir al Reino Unido en la mayor potencia europea. Sin embargo, el final de la contienda trajo consigo dos problemas, el primero con solución a corto plazo y el segundo con solución a largo plazo. La economía había estado durante tanto tiempo orientada hacia la guerra que cuando ésta concluyó se desencadenó una depresión en la agricultura, el comercio y la industria que perduró hasta 1820. Por otra parte, desde 1689, el devenir de la política británica había estado supeditado al proceder de Francia; Inglaterra, Gales y Escocia se habían visto implicadas en una sucesión de guerras contra Francia, una de las mayores potencias católicas de Europa. La amenaza continua de ésta y el socorro prestado a la dinastía Estuarda habían sido suficientes motivos para consumir el Acta de Unión de 1707 y levantar los cimientos de una Gran Bretaña unida. En consecuencia, desde finales del siglo XVII las guerras contra Francia habían conseguido que diferentes regiones, clases sociales y grupos étnicos integrados en Gran Bretaña tuvieran un único objetivo en común, que les había proporcionado un sentido de cohesión y les había librado de las confrontaciones internas. Como asevera Hobsbawm, “There is no more effective way of bounding together the disparate sections of restless peoples, than to unite them against outsiders” (Hobsbawm 1990: 91). Sin lugar a dudas, el esfuerzo colectivo en contra de Napoleón ligado al peligro, a la resistencia y a la victoria común, completó el proceso de fundición entre Escocia, Inglaterra, Gales e Irlanda. A través de la realización de hazañas conjuntas, la nación británica adquirió un nuevo sentido de identidad en la que

cada una de las naciones integrantes conservó sus rasgos distintivos, su espíritu y su tradición nacional (Coupland 1954: 164).

La guerra incluso modificó el carácter del pueblo y la percepción que hasta entonces habían tenido las elites acerca del mismo. Si antes de 1700, se había exigido que el pueblo fuera respetuoso, obediente y pasivo con las autoridades, después de la cooperación de la población en 1793 cuando incluso las mujeres y los niños ayudaron en todo tipo de tareas, se consideró que ser un buen patriota era un acto de compromiso político y de actitud dinámica frente a la sociedad. Desde esta perspectiva, la guerra contra Francia había sido el catalizador en el despertar y en la reafirmación del nacionalismo y la identidad británica; ahora que en Waterloo había sucumbido el peor enemigo de Europa pero en concreto del Reino Unido, ¿dónde iba éste a encontrar la redefinición de su idiosincrasia?

A partir de ese momento, Reino Unido buscó nuevos vehículos de referencia para su autoafirmación como nación, encontrándolos en la ampliación de los derechos civiles a los católicos británicos e irlandeses, en la reforma del sistema representativo y en la abolición de la esclavitud (Colley 1992a). Finalmente, las Guerras napoleónicas cambiaron y simplificaron el mapa de Europa dado que una de las mayores transferencias de autoridad que siguió a la convulsión de estas guerras fue el movimiento de independencia de los territorios españoles en América del sur y la emergencia de veinte estados.



**CAPÍTULO TERCERO:**

**LA NACIÓN**

**Y**

**EL NACIONALISMO**



Once a certain degree of European development has been reached, the linguistic and cultural communities of peoples, having silently matured throughout the centuries, emerge from the world of passive existence as peoples. They become conscious of themselves as a force with a historical destiny. They demand control over the state, as the highest available instrument of power, and strive for their political self-determination. The birthday of the political idea of the nation and the birth-year of this new consciousness, is 1789, the year of the French Revolution.

Karl Renner, *State and Nation*, 1899



---

## ❧❧ 1. Introducción ❧❧

---

La Revolución francesa y las Guerras napoleónicas no sólo marcaron un punto y aparte en la historia de Francia sino también en la historia de toda Europa. Como se ha visto, desencadenaron una auténtica batalla ideológica en todos los países que desembocó en una escisión interna de la sociedad entre los revolucionarios y los reaccionarios. Esto trajo consigo un doble proceso, por un lado un cuestionamiento de todos los niveles de la estructura social, traducido en continuas exigencias reformistas y en un deseo de emulación de los pasos seguidos por Francia y por otro, en un apego desmedido por asegurar la sociedad establecida. Por lo tanto, en una lucha entre dos órdenes opuestos: el mundo antiguo y el mundo nuevo. Sin embargo, la conmoción desatada por la Revolución y por las Guerras napoleónicas activó un resorte desconocido. La política expansionista revolucionaria, ulteriormente afianzada con Napoleón, desestabilizó a toda Europa generando un sentimiento nuevo, el nacionalismo. Si bien la nación, como núcleo o como corolario del nacionalismo en función de la postura adoptada, es un concepto controvertido y debatible, se puede aseverar tajantemente que el nacionalismo como fervor por el pueblo, por la exaltación de la identidad y la conciencia nacional, del territorio, de la lengua, y por infinidad de aspectos es un movimiento que tiene su cuna en la Revolución francesa y en la era napoleónica. Inequívocamente, la amenaza de invasión, la barbarie, la arbitrariedad y la tiranía francesa fueron suficientes motivos para levantar unánimemente a toda Europa e

íntegramente a todos los sectores sociales. La propia ruptura de la esencia de la guerra como conflagración librada en zonas delimitadas por ejércitos profesionales y su sustitución por contiendas en todo tipo de espacios, protagonizadas por el pueblo, inauguró una etapa histórica radicalmente novedosa. Es ahí precisamente donde reside la magnitud de la Revolución francesa y del bonapartismo, en su capacidad para movilizar uniformemente en una franja de tiempo variable según los países, pero comprendida entre 1789 y 1815, a un continente entero con el propósito de salvar su integridad nacional e histórica. En este marco destacamos las palabras de Esmé Wingfield-Stratford en *The History of English Patriotism* sobre la Revolución francesa:

Thus were the principles and the practice of the French Revolution, peaceable at first, and seeking after domestic freedom, at last goaded into madness by fear and indignation, by the treachery of Frenchmen and the insolence of foreigners, and rising into an ecstasy of patriotic fervor [...] Out of this medley of heroism and murder was born the doctrine of nationality that was to exercise such a powerful influence upon the future of Europe. (Wingfield-Stratford 1913b: 14)

## 2. ¿Qué es una nación?

Para empezar, debemos aclarar que toda nación se levanta sobre una entidad comunitaria que implica dos aspectos básicos, por un lado, el principio de que los miembros de un grupo comparten algo en común y por otro, que este hecho les diferencia significativamente de otros grupos. La nación, como comunidad, sugiere dos procesos, el de similitud y el de diferencia, y es esta última idea de oposición con otras entidades, lo que la convierte en un concepto relacional que obliga simultáneamente a focalizar la atención sobre el elemento discriminatorio, la frontera. Definida como el principio y el final de una comunidad, la frontera concentra la identidad de la

comunidad y debe su existencia a la interacción social. Y aunque esta frontera puede ser administrativa, física o lingüística, suele manifestarse en la mente de los integrantes, convirtiéndose en una frontera simbólica, el aspecto más relevante de toda nación. Ante la variabilidad de significado de toda comunidad para sus miembros, ésta debe consolidarse mediante la construcción y la manipulación de sus símbolos (Cohen 1989: 12-15). La raíz del nacionalismo como invención social reside precisamente en tender un puente simbólico entre la nación, la familia y la comunidad y utilizar esta ecuación para fomentar las emociones y marginar comportamientos que atentan contra estas entidades con las que el pueblo se identifica. Esta correlación de fuerzas permite estrechar los lazos entre los miembros de una nación hasta el punto de sacrificar la vida por ellos, como si de familiares se tratase (Stern 1995: 115).

Son numerosos los autores, entre ellos David McCrone (1998: 3), James Snead (1990: 231), Hugh Seton-Watson (1977: 4) o Parekh Bhikhu (2000: 91), que ante la falta de definiciones claras y de consenso sobre el nacionalismo y la nación, señalan la dificultad de precisar ambos conceptos. Benedict Anderson sostiene al respecto que “No widely definition exists. No one has been able to demonstrate decisively either its modernity or its antiquity. Disagreement over its origins is matched by uncertainty about its future” (Anderson 1996: 1).

Idéntico proceso ha experimentado el término patria, cuya delimitación conceptual ofrece resistencia. “Patria” y “Patriotismo” es otro de los conceptos clave que aparecen invariablemente cuando se aborda el estudio de la nación y del nacionalismo, dado que tanto la patria como la nación coexistieron a lo largo de los siglos hasta que la Revolución francesa se apropió del segundo y arrinconó al primero, que a partir de entonces pasó a perder relevancia. Existen discrepancias en torno a si el patriotismo y el nacionalismo fueron un mismo lenguaje evolucionando a lo largo del

tiempo, visión defendida por Liah Greenfeld (1992) y Hans Kohn (1967) o si constituyen dos lenguajes diferentes y a menudo opuestos como sostiene Maurizio Viroli (1997) o J. C. D. Clark (2000b). Por eso, en este capítulo prestaremos también atención al contenido del vocablo patria y al modo a través del cual en numerosas ocasiones se entrelazó con el de nación, llegando a fundirse con él.

El concepto de nación como hoy en día se entiende, con un marcado componente político surgió a finales del siglo XVIII, siendo coetáneo de la desaparición del Antiguo Régimen y de la instauración de la Edad Contemporánea para algunos y para otros de la Edad Moderna. Durante el siglo XVIII, se comenzaron a elaborar las primeras doctrinas políticas sobre la nación y su aplicación a movimientos políticos concretos como las Revoluciones francesa y americana. No obstante, la existencia del término se remonta en el tiempo. Procedente de la voz latina *natio* (derivada de *nascor*, nacer), el término podía significar nacimiento, pueblo, especie o clase. Heredado de la antigüedad romana, el concepto *natio* calificaba el nacimiento o descendencia como rasgo diferenciador de grupos de diversa naturaleza; en general, se asignaba tal término a los pueblos o tribus que poseían un origen pero carecían de una estructura política y social propia de un pueblo civilizado. Sin embargo, el concepto nación se utilizaba en Roma de forma peyorativa dado que era un término reservado para los extranjeros procedentes de una misma área geográfica, cuya foraneidad les delimitaba como individuos exentos de los derechos de ciudadanía romanos y por lo tanto, como seres inferiores. Aunque nación incluía otros significados, fue el de un grupo de extranjeros unidos por el lugar de origen el que prevaleció a lo largo del Medievo. Según Hagen Schulze, el uso de nación se consolidó en el ámbito latino como la comunidad de derecho a la que se pertenecía por nacimiento, a la que, por otro lado, se la denominaba patria (Schulze 1997: 88-89).

En la Edad Media y la Edad Moderna, “nación” se empleaba en sentido étnico aun cuando las naciones estuvieran insertas en los reinos o los Imperios. Asimismo, se usaba para designar a las personas según su procedencia geográfica con el fin de distinguirlas. Por ejemplo, en los mercados medievales, los comerciantes se aglutinaban en naciones para identificar el origen de sus productos mientras que en las universidades medievales donde se hablaba el latín, el vocablo hacía referencia a una corporación regional de estudiantes (las corporaciones eran cuatro por los cuatro puntos cardinales). Estos estudiantes habían nacido en una misma región y en consecuencia, compartían la lengua y estaban sujetos a las mismas leyes de su región. La universidad de París estaba dividida en franceses, normandos, picardos e ingleses; la de Praga en bohemios, bávaros, sajones y polacos; *La nation de France* se refería a quienes hablaban lenguas romances, incluyendo a italianos y españoles. Como resultado, el término nación se utilizó para designar a toda comunidad de origen pero también a toda comunidad de opinión.

Si bien el uso del vocablo como nombre colectivo persistió en el siglo XIII, con el tiempo terminó por adquirir un matiz político debido a la estimación de la nación como “aquel cuerpo de personas que podía pretender representar o elegir representantes de un territorio particular en consejos, dietas o estados” (Kedourie 1985: 5), conjunto de personas a las que hizo referencia Montesquieu en *De l'esprit des lois* (1748) en los siguientes términos: “Sous les deux premières races, on assemble souvent la nation, c'est-à-dire, les seigneurs et les évêques: il n'était point encore question des communes” (Montesquieu 1864: 435). Esto quiere decir que hasta la Revolución francesa, la nación francesa al igual que la mayor parte de las naciones de Europa estaba compuesta por los individuos que tenían un *status* político o actividad política que les mantenía vinculados con el poder real o con la representación estamental.

Aunque la conciencia francesa de la identidad única que se propagó a finales del siglo XVIII se correspondió en un principio con una elite restringida, esta concepción existió durante siglos antes de ser reinterpretada como conciencia nacional. Ello fue el resultado tanto de la continuidad y de la centralización monárquica como de la labor de los clérigos en cuyos escritos establecieron una correspondencia entre la identidad francesa y la unicidad del sentimiento religioso, cultural e institucional de la realeza. En este contexto, el soberano se convirtió en la fuerza aglutinadora de la identidad nacional.

Y si bien durante el gobierno de Richelieu (1624-1642) la identidad francesa se hermanó de modo específico con el Estado, prevaleció la visión de la identidad como entidad dependiente y leal al monarca. Asimismo, la evolución de la identidad francesa desde su faceta religiosa-cristiana hasta la político-monárquica y finalmente nacional implicó a su vez dos cambios sucesivos en las fuentes de legitimación: la monarquía francesa sustituyó a la Iglesia Católica y el Estado reemplazó a la monarquía y a su carácter sagrado. Si en Inglaterra, la nación se asoció con el monarca y con el Protestantismo, en Francia lo hizo también con el rey pero en este caso, con el Cristianismo. El Concordato de Bolonia de 1516 transformó a Francisco I (1494-1547) en la cabeza de la Iglesia francesa quien a partir de ese momento y para evitar interferencias internas y externas sobre su poder real, reorganizó la administración del reino y creó una burocracia profesional, limitando el poder aristocrático e impulsando la reorganización del concepto del Estado moderno.

Debe recalcar por tanto que el término nación pasó por fases diferentes, desde la interpretación simultánea de la nación durante el Medievo como grupo de estudiantes procedentes de diversos lugares, y como una elite que tenía poder para elegir representantes y dirigir las riendas del país, hasta la visión de la nación a finales del

siglo XVIII como pueblo soberano, definida por Sièyes como “cuerpo de asociados” (véase más abajo).

### **3. Evolución histórica del concepto de patria y de nación: Teorizaciones anteriores al siglo XX**

Como se ha mencionado más arriba, los términos patriotismo y nacionalismo se utilizan comúnmente como sinónimos, aunque desde el punto de vista del contenido presentan divergencias. Si bien el lenguaje del patriotismo sirvió para reforzar el amor a las instituciones políticas como garantes de la libertad del pueblo, representadas en la estructura política de la República, el lenguaje del nacionalismo arraigó a finales del siglo XVIII en Europa para destacar la homogeneidad cultural, lingüística, y étnica del pueblo, focalizada en la nación. Y si los enemigos principales del patriotismo fueron la tiranía, la opresión y el despotismo, los enemigos del nacionalismo fueron los contactos culturales, la impureza racial, la heterogeneidad y la desunión social, política e intelectual. Donde el patriotismo difundió un sentido generoso del amor, el nacionalismo lo hizo de modo incondicional y exclusivo. Sin embargo, estas delimitaciones conceptuales se emborronan en la práctica, que ha presenciado a lo largo de la historia la llamada al patriotismo para oprimir o conquistar a otros pueblos o al nacionalismo para luchar por la libertad.

La ideología del patriotismo se levantó sobre la herencia griega y romana, de la que se extrajo el contenido religioso y político del concepto de *Terra patria*, que aludía a la tierra santificada por la religión nacional en la que descansaban los restos y el alma de los antepasados. Por eso, si la pequeña tierra patria era el enclave familiar integrado por el hogar pero también por las tumbas de los miembros de la familia, la grande tierra

patria era la ciudad con el *prytaneum*, los héroes y el territorio diferenciado por la religión. En suma, la patria era el suelo sagrado de los ancestros y de los dioses, santificado mediante los ritos de adoración pero también el espacio más querido donde los ciudadanos hallaban la seguridad, la propiedad, la ley, la fe, etc. y el patriotismo la virtud suprema de la que derivaban el resto de las virtudes. Entrelazado con el patriotismo religioso, el mundo clásico legó a la modernidad el patriotismo político erigido sobre la correlación entre la patria y la *respublica*, fuente de libertad y de bienestar. La patria como sinónimo de República exigía un tipo concreto de amor como era la *pietas o caritas*, sentimientos que surgían en el ámbito familiar y que se extendían al resto de los ciudadanos. Si la compasión fue un elemento indisociable de la República romana, esta imbricación se perdió con el patriotismo medieval, durante el cual se difundió la noción de *patria paradisi* o ciudad celestial como punto de destino de los mártires (Viroli 1997). Sin embargo, debemos matizar que si en Grecia el patriotismo fue local, en Roma fue primero local y después imperial.

Durante la mayor parte de la Edad Media el papel de la Iglesia en la formación de las naciones y de la patria fue bastante acentuado; a ello contribuyó doblemente la Iglesia que se ocupó de acondicionar un marco territorial y administrativo para la emergencia y el crecimiento posterior de las naciones al tiempo que ligó el patriotismo con la religión. Si el término nación se aplicó al pueblo y no al Estado, el término patria evolucionó desde la primera mitad del siglo XVIII aplicándose al amor por la tierra natal y a la tierra de los hombres libres.

El historiador Jean Lejeune (1914-1979) ha estudiado la evolución y el contenido de la palabra “patria” en relación con la ciudad de Lieja en su obra *Liège et son pays. Naissance d’une patrie (XIIIe-XIVe siècles)* (1948), en la que expone que el vocablo surgido a finales del siglo X designaba no el Estado, que era el Imperio, sino la



diócesis en la que el obispado proveía el marco administrativo y el obispo, como *pater patriae*, era el jefe. Con la desmembración del Imperio y la implantación del feudalismo, el obispo siguió conservando una parte del anterior territorio mediante el gobierno temporal y ejerciendo su labor espiritual. Esto dio lugar a una nueva patria limitada al territorio temporalmente dominado por el obispo en la que afloraron vínculos entre los fieles y en la que el obispo actuaba como fuerza cohesionadora ante los peligros del exterior. Asimismo, la fijación de las fronteras ayudó a que sus súbditos tomaran conciencia como entidad separada. Pero con el transcurso del tiempo, las luchas que sostenía el obispo para extender su control temporal sobre la diócesis agotaron la paciencia de los súbditos quienes terminaron por hacer caso omiso del obispo y favorecer la aparición del Estado. El ejemplo de Lieja sirve para destacar que los elementos eclesiásticos jugaron un papel primordial en la constitución de las naciones dado que aportaron los modos de elección y deliberación de las asambleas junto con los impuestos. Las ventajas derivadas de la autorización papal a los príncipes para recaudar impuestos ante las Cruzadas aseguraron la conservación de los mismos una vez finalizada la Guerra Santa y produjeron el reemplazamiento de la fórmula fiscal *pro defensione o pro necessitate Terrae Sanctae* por *pro defensione o pro necessitate regni*. Además, el Cristianismo aportó otro rasgo determinante a la modernidad, la idea de *Pro Patria Mori* que alcanzó su culmen durante las Cruzadas (Kantorowicz 1951). Luchar y morir en las Cruzadas era sinónimo de martirio y de entrega total por el amor de Dios y del prójimo, por lo que aquéllos que fallecían por la patria gozaban de la máxima virtud, la de la caridad, creencia sustentada sobre la imagen de la patria como cuerpo místico. Si bien en un principio el cuerpo designaba a la sociedad temporal y el alma a la Iglesia, a partir del siglo XIII el cuerpo místico aludía estrictamente a la comunidad o incluso al Estado. En consecuencia se produjo una traslación del concepto

religioso al político de tal manera que la patria pasó a tener un significado político aunque sin perder su contenido religioso ya que morir por la patria era morir por una causa sagrada. En Francia, las Cruzadas avivaron favorablemente el sentimiento de pertenencia nacional al igual que la Guerra de los Cien Años (1337-1453) en la que la figura de Juana de Arco (1412-1431) fue un estímulo crucial en el patriotismo popular-religioso contra los ingleses y en la restauración de la unidad francesa en torno al futuro Carlos VII (Touchard 1990: 178-83).

En el marco británico y en relación a la teorización de la patria, destacaron Henry Bolingbroke (1678-1751) con *The Idea of a Patriot King* (1738), Henry Fielding (1707-1754) con *The True Patriot* (1745) y Samuel Johnson (1709-1784) quien en 1774 elaboró un artículo titulado “The Patriot” en el contexto crítico de la Guerra de la Independencia americana donde formulaba la siguiente definición de patriota: “A patriot is he whose publick conduct is regulated by one single motive, the love of his country; who, as an agent in parliament, has, for himself, neither hope nor fear, neither kindness nor resentment, but refers everything to the common interest” (Johnson 2000: 580) y esbozaba los atributos que debía poseer el verdadero patriota británico<sup>1</sup>. Un siglo antes,

---

<sup>1</sup> Los rasgos de un patriota que enumera Johnson son los siguientes: “It is the quality of patriotism to be jealous and watchful, to observe all secret machinations, and to see publick dangers at a distance. The true lover of his country is ready to communicate his fears, and to sound the alarm, whenever he perceives the approach of mischief. But he sounds no alarm, when there is no enemy; he never terrifies his countrymen till he is terrified himself”; “A patriot is always ready to countenance the just claims, and animate the reasonable hopes of the people; he reminds them, frequently, of their rights, and stimulates them to resent encroachments, and to multiply securities”; “A true patriot is no lavish promiser: he undertakes not to shorten parliaments; to repeal laws; or to change the mode of representation, transmitted by our ancestors; he knows that futurity is not in his power, and that all times are not alike favourable to change”; “He considers himself as deputed to promote the publick good, and to preserve his constituents, with the rest of his countrymen, not only from being hurt by others, but from hurting themselves”; “He that wishes to see his country robbed of its rights cannot be a patriot”; “That man, therefore, is no patriot, who justifies the ridiculous claims of American usurpation; who endeavours to deprive the nation of its natural and lawful authority over its own colonies; those colonies, which were settled under English protection; were constituted by an English charter; and have been defended by English arms” (Johnson 2000: 580-87).

Ben Jonson (1572-1637) en su comedia *Volpone* (1606) había definido a los patriotas como “sound lovers of their country” (Jonson 2002: 362).

Durante el siglo XVIII las ideas de los filósofos acerca de la nación eran un híbrido entre el particularismo y el cosmopolitismo encontrándose todavía muy alejadas del sentido político actual. Por ejemplo, Federico II el Grande (1712-1786) junto con otros déspotas ilustrados contribuyó a difundir en sus *Cartas sobre el amor a la patria, o correspondencia de Anapistemón y Filópatros* (1779) lo que después se denominaría el nacionalismo. Sin embargo, no existe en el *Dictionnaire philosophique* (1764) de Voltaire una definición de nación, aunque sí dedica un apartado a la patria:

Il est triste que souvent, pour être bon patriote, on soit l'ennemi du reste des hommes. [...] Être bon patriote, c'est souhaiter que sa ville s'enrichisse par le commerce et soit puissante par les armes. Il est clair qu'un pays ne peut gagner sans qu'un autre perde, et qu'il ne peut vaincre sans faire des malheureux. Telle est donc la condition humaine, que souhaiter la grandeur de son pays c'est souhaiter du mal à ses voisins. Celui qui voudrait que sa patrie ne fût jamais ni plus grande ni plus petite, ni plus riche ni plus pauvre serait le citoyen de l'univers. (Voltaire 1967: 336-37)

Para Voltaire, al igual que para muchos filósofos ilustrados, la patria no designaba ninguna lengua, cultura o etnia concreta sino el gobierno de la ley, la libertad y el autogobierno, es decir, la república en su estructura político-legal esencial.

Únicamente con la Revolución francesa alcanzó el término nación su pleno sentido político y se convirtió en el epicentro de la ideología europea. En los años previos y durante la Revolución, las formulaciones políticas tomaron como base el pensamiento de Montesquieu y de Rousseau. En efecto, para Francia el punto de partida del concepto de patria se encontraba en *De l'esprit des lois* (1748). Aunque ni en *De l'esprit des lois* (1748) ni en *Essai sur les mœurs* (1756) Montesquieu había propuesto

una definición concreta de nación o de patria, sí es cierto que para él la patria era sinónimo de república, especialmente democrática, es decir, un sistema de gobierno procedente de la virtud o sentido cívico de los ciudadanos que podía definirse como “l’amour des lois et de la patrie” (Montesquieu 1864: 31); por ello, el amor a la patria procedía de la enseñanza por parte de la república y de las familias de esta virtud. Simultáneamente, Montesquieu ofreció una teoría sobre los climas que anticipó notablemente ciertas cuestiones que más adelante formarían la médula de la teorización política sobre la nación. Para Montesquieu, el clima era un factor que condicionaba a los pueblos, influyendo en la naturaleza del hombre, y de la sociedad; puesto que la mente y las pasiones estaban supeditadas al clima, las leyes debían hacerse a la medida de cada país. Montesquieu creía incluso en la superioridad de los pueblos en función de la superioridad de los climas: los países cálidos producían individuos tímidos y los países fríos hombres valerosos y virtuosos (Montesquieu 1864: 15-17).

En cuanto a Rousseau todo gobierno legítimo era una república, en el sentido de que la soberanía descansaba sobre la voluntad general. Al igual que Montesquieu no definió claramente el concepto de patria aunque sí aportó una visión global de la misma como el país al que uno pertenecía, por el que sentía afecto y al que debía lealtad particularmente ante la amenaza exterior por lo que “todos tienen que combatir por la patria si fuera preciso” (Rousseau 1999: 79). Hacia mediados del siglo XVIII, Rousseau se vio envuelto en una discusión con Voltaire sobre el significado de los términos patria y nación. Si bien como acabamos de señalar la postura de Voltaire fue cosmopolita, Rousseau se decantó por el amor hacia el país natal. Fue en el *Du Contrat Social* donde se refirió a los cosmopolitas como “esos pretendidos cosmopolitas que, justificando su amor hacia la patria mediante su amor por el género humano, presumen de amar a todo el mundo, para tener el derecho de no amar a nadie” (Rousseau, en Todorov 1991: 214).

En enero de 1789, el abad Sièyes (1748-1836) publicó un panfleto titulado *Qu'est-ce que le Tiers état?* considerado el prelude de la convocatoria de los Estados Generales. En él, Sièyes demostraba que el Tercer Estado representaba a la mayoría de la población francesa tanto en número como en economía y trazaba la trayectoria que debía seguir la política a partir de ese momento: el voto por cabeza y no por orden estamental. En este panfleto, Sièyes teorizaba sobre la soberanía nacional, sobre la identificación de la Nación con el Tercer Estado, representado por los parlamentarios reunidos en Asamblea Nacional y sobre el Tercer Estado y la nación: “Así, ¿qué es el Tercero? Todo, pero un todo trabado y oprimido. ¿Qué sería sin el orden privilegiado? Todo, pero un todo libre y floreciente. Nada puede marchar sin él, y todo iría infinitamente mejor sin los otros”, “Qué es una nación? Un cuerpo de asociados que viven bajo una ley *común* y representados por la misma *legislatura*” (Sièyes 1973: 11, 13). El interés del texto de Sièyes es doble: por un lado el interés histórico, dado que constituye un documento del advenimiento de la clase burguesa al poder político y por otro, el interés teórico puesto que contiene la doctrina del poder constituyente de la nación.

La revolución aristocrática de 1788 desencadenó la formación de un partido denominado patriota o nacional que pidió la convocatoria de los Estados Generales, reformas estructurales y la redacción de una Constitución (Godechot 1974: 127); la patria, en consecuencia, se convirtió en el lema de los conservadores y de los parlamentarios. Pero poco después, la concepción de patria y de patriota cambió radicalmente; curiosamente, los jacobinos se encargaron de impulsar una nueva concepción del patriotismo mediante la guerra dado que a lo largo de la Revolución de 1789, los partidarios revolucionarios se autodenominaron patriotas por oposición a los aristócratas. En esta línea, Robespierre (1758-1794) compuso *Les Ennemis de la Patrie*

*démasqués* (1788) en el que para ser elegido en los Estados Generales expresaba su preocupación por el peligro en el que se encontraba la patria. Marat (1743-1793) por su parte, redactó *Offrande à la patrie, ou Discours au Tiers-Etat de France* (1788) en la que desarrolló la realidad compleja del Tercer Estado antes de los Estados Generales. Cuando éstos finalmente se reunieron, los diputados mostraron mayor inclinación por hablar de la nación y de la voluntad general que por hacerlo sobre la patria. Desde ese momento, los integrantes de la patria en sentido pasivo fueron denominados “el pueblo” mientras que en sentido activo, “la nación” y durante los grandes debates constitucionales de agosto y septiembre de 1789, el término patria cayó considerablemente en desuso para únicamente filtrarse en las discusiones con fines eminentemente retóricos (Hampson 1988: 125-37).

No obstante, el término patriota experimentó una evolución de significado entre 1789 y 1793 como consecuencia del desarrollo de los acontecimientos históricos. Según Jacques Godechot, si bien la guerra que estalló en 1792 entre la Francia revolucionaria y los países europeos contra-revolucionarios se erigió sobre la defensa de la patria, atacada por los adversarios, los reveses de 1793 con la consiguiente implantación del Terror marcaron el inicio de la persecución contra los contra-revolucionarios interiores y la fractura del propio concepto de patria. Si los patriotas de 1789 eran aquéllos que querían asegurar la libertad e igualdad de derechos de acuerdo con los principios de la *Declaración de derechos* de 1789, los patriotas de 1793 eran quienes reclamaban la igualdad de fortunas, de tal manera que hacia 1795 no sólo existían dos tipos de patriotas sino dos clases de patrias, una burguesa, constituida por artesanos acomodados que se habían beneficiado de la Revolución de 1789 y otra, integrada por los *sans-culottes* (Godechot 1973: 24-25). En 1813, Madame de Staël en el prefacio de su obra *De l'Allemagne* propuso su visión de nación aplicada a Alemania: “La différence des

langues, les limites naturelles, les souvenirs d´une même histoire, tout contribue à créer parmi les hommes ces grands individus qu´on appelle des nations” (De Stäel 1968a: 42).

Una de las personalidades clave en el estudio del concepto nación ha sido el historiador y filósofo francés Ernest Renan (1823-1892) quien el 11 de marzo de 1882 impartió una conferencia titulada “Qu´est-ce qu´une nation” en la Sorbonna que desde entonces se ha convertido en materia obligada de referencia para cualquier reflexión en torno a la nación. La línea de análisis que Renan utiliza en esta ponencia es muy esclarecedora. Tras constatar la modernidad de las naciones y su inexistencia en la antigüedad, reconocer que el olvido e incluso el error histórico son factores esenciales en la creación de las naciones y que las investigaciones históricas representan una amenaza para la nacionalidad porque desvelan los orígenes violentos de las naciones y la brutalidad en la consecución de la unidad nacional, Renan procede a especificar los componentes de la nación. Para ello centra su argumentación en una serie de principios establecidos por los teóricos políticos para paulatinamente desmontarlos y enunciar formulaciones alternativas.

Para estos teóricos, la nación es ante todo una dinastía lograda mediante la conquista, cuyo derecho nacional se fundamenta sobre la raza, la lengua, la religión, la comunidad de intereses, la geografía y las necesidades militares. Ante este conjunto de ideas, Renan sostiene que una nación puede prescindir de la dinastía, de la etnografía dada la imposibilidad de la pureza racial, de la unidad lingüística, de la religión o de los intereses, puesto que “A nation is a spiritual principle, the outcome of the profound complications of history; it is a spiritual family not a group determined by the shape of the earth” (Renan 1990: 18-19). Dos aspectos constituyen este espíritu: uno se encuentra en el pasado y es la posesión común de un legado de recuerdos, el otro se sitúa en el

presente y responde al deseo de vivir amalgamados, de continuar con la herencia de los antepasados. El pasado de la nación está formado por los esfuerzos, sufrimientos y sacrificios de los ancestros, por las glorias y heroicidades pretéritas; de ahí que la tarea de los hombres resida en haber hecho grandes hazañas y en querer repetirlas: “A nation is therefore a large-scale solidarity, constituted by the feeling of the sacrifices that one has made in the past and of those that one is prepared to make in the future [...] A nation’s existence is [...] a daily plebiscite, just as an individual’s existence is a perpetual affirmation of life” (Renan 1990: 19). Renan concluye con la idea de que el hombre no debe ser esclavo de las cuestiones recogidas por los teóricos políticos dado que una agregación espiritual y emocional de individuos desemboca en una conciencia moral llamada nación (Renan 1990).

#### **4. La influencia decisiva del nacionalismo alemán sobre el resto de los nacionalismos europeos: Herder, Fichte y Hegel**

Mientras el nacionalismo en la Europa occidental se fundó sobre factores sociales y políticos, el nacionalismo alemán encontró su *raison d’être* en los aspectos naturales de la comunidad, unida no por la voluntad de sus miembros o por obligaciones contractuales como había sostenido Rousseau, sino por los vínculos tradicionales del parentesco y de la etnia. En este sentido, el nacionalismo alemán sustituyó el concepto racional y legal del ciudadano por el de *Volk*, descubierto por los humanistas y retomado por los románticos alemanes. De esta manera, los románticos ensalzaron el concepto de *Gemeinschaft* como comunidad nacional que se encontraba a medio camino entre la humanidad y el individuo. Esta divergencia conceptual de la nación y del



nacionalismo entre Alemania y Europa occidental derivó de la difusión totalmente asimétrica de la Reforma y del Renacimiento. Mientras en Europa la religión fue el acicate que despertó la conciencia moderna tanto política como social, el Pietismo germano, equivalente al Puritanismo inglés, condujo a la quietud y al estatismo político, a la conformidad con la condición continua de sumisión y a la indiferencia de la lucha por lograr la ciudadanía.

La producción filosófica tanto de Herder como de Fichte y de Hegel se encuadra dentro del marco de la Revolución francesa y de las Guerras napoleónicas. Aunque en 1789 Alemania era un Imperio y figuraba como la gran construcción política de Europa, la realidad es que estaba integrada por los reinos independientes de Prusia y Austria y por una aglutinación de pequeños principados absolutistas.

Las primeras noticias de la Toma de la Bastilla fueron acogidas desfavorablemente por los monarcas y por toda la corte germana quienes sustentaron la contra-revolución sobre la religión. Sin embargo, la Revolución y la ideología procedente de Francia fue recibida con entusiasmo por los escritores de mentalidad más abierta<sup>2</sup> y por la burguesía rural alemana, especialmente en las ciudades hanseáticas y en Renania, que hacía tiempo que había suprimido el feudalismo. Pero al igual que sucedió en otros países europeos, las matanzas de septiembre de 1792 junto con la ejecución de Luis XVI en enero de 1793 obligaron a los príncipes y a la Dieta a aprobar un decreto en febrero de 1793 en contra de las ideas subversivas y de los debates públicos sobre el pensamiento revolucionario, hecho que fue secundado por el pueblo alemán, muy apegado a las dinastías locales. Se desencadenaron movimientos de repulsa populares

---

<sup>2</sup> Herder por ejemplo estuvo de acuerdo con la Revolución francesa, lo cual le enemistó con la sociedad conservadora de Weimar que censuró sus obras; este hecho sin embargo no impidió a Herder expresar su parecer sobre el tema por lo que publicó de manera epistolar para sortear la censura, *Cartas para el progreso de la Humanidad* (1793-1797).

ante el Terror y la política expansionista de la República y se generalizó la indignidad de los franceses para merecer la libertad. El efecto de la Revolución francesa y subsiguientemente de las Guerras napoleónicas provocó que el proceso de concienciación nacional pasara por dos fases: una cultural y otra política.

Durante la primera etapa, Alemania volcó todos sus esfuerzos en la revitalización de la cultura autóctona, subordinando la política a la cultura; si bien la fragmentación política alemana imposibilitaba la conciencia de un destino político compartido, la existencia de una unidad cultural fomentó el sentimiento nacional alemán desde una perspectiva cosmopolita, esto es, de progreso de la humanidad. En efecto, las creaciones culturales de Alemania podían servir de referente a toda Europa gracias a la labor del Sacro Imperio. Durante la segunda fase, el estallido de la guerra contra la República francesa y contra Napoleón, y especialmente al final de la Guerra de Liberación (la derrota de Napoleón ante Rusia empujó a Prusia y a Austria a la guerra en 1813), se avivó la conciencia nacional política alemana caracterizada por el reemplazamiento de la nación cosmopolita por una nación política, la cual debía apoyarse sobre la religión y restaurar el Sacro Imperio. Esto desembocó en un nacionalismo conservador romántico, completamente alejado del modelo del Estado nacional francés, centralizado y pagano.

A pesar de que Herder (1744-1803) no elaboró ninguna teoría política, sin embargo sí sentó las bases del Romanticismo posterior mediante dos conceptos clave: el nacionalismo y el historicismo. Consagrado a la filosofía de la historia, fue el primer pensador que reflexionó hondamente sobre la nación como realidad social desde una óptica en ocasiones cosmopolita, en ocasiones nacionalista, y el autor que mayor influencia tuvo en los románticos alemanes. En 1772, Herder publicó *Treatise on the Origin of Language*, estableciendo los cimientos de la filología comparada y en 1773,

compuso *Extract from a Correspondence about Ossian and the Songs of Ancient Peoples* donde argumentaba que la poesía era la fuente de pureza y del poder de las naciones antes de que éstas alcanzaran la civilización como se mostraba en el Antiguo Testamento, en los Edda, y en Homero; por eso, Herder se entusiasmó por encontrar estas virtudes en las antiguas canciones alemanas populares y en la poesía y la mitología nórdica. En 1774, compuso *This too a Philosophy of History for the Formation of Humanity*, folleto satírico publicado anónimamente como reacción al despotismo ilustrado, en el que estableció las tres tesis del historicismo: 1. Todas las actividades e instituciones sociales (el lenguaje, la religión, la política) deben adaptarse a los cambios de las circunstancias históricas como parte de la historia de dicha sociedad; 2. Cada cultura es una unidad orgánica en la que las convicciones religiosas, el lenguaje, las tradiciones o las costumbres alcanzan sentido por sus interrelaciones; 3. Toda cultura está sometida a una evolución orgánica. Herder continuó este sistema de pensamiento en su obra principal en la que inauguró el pensamiento histórico, *Ideas for a Philosophy of History of Mankind* (1784-1791) donde exponía que cada pueblo poseía una cultura específica llamada *Volk* o nación diferenciada del resto por su propio valor y donde enfatizaba la influencia de las circunstancias físicas e históricas sobre los seres humanos. Herder partió de la creencia de la finalidad en sí misma de la historia y de que la máxima realización del ser humano se concretaba en la perfección de la humanidad, a la que cada nación contribuía con su cultura. Siendo la comunicación entre los pueblos el incentivo para su desarrollo cultural, constató que aunque en este objetivo todas las culturas participaban en la formación de la humanidad, no todas habían logrado un desarrollo cultural similar. Herder no articuló una definición de nación pero de su obra se deduce que por tal entendía una sociedad con una cultura diferenciada en la que la lengua era el alma del pueblo y con una conciencia de dicha diferenciación. En paralelo,

distinguió el nacionalismo cultural del nacionalismo político y la nación del Estado; mientras el Estado era el poder gubernamental que se exteriorizaba en la contienda con otros Estados y que debía velar por la nación, la nación era el pueblo que se revelaba en la paz, que tenía su significado en la humanidad como cúmulo de pueblos que armonizaban entre sí y que como soporte del Estado, unía a sus integrantes. Junto con Fichte, Herder substituyó el concepto tradicional del Estado como entidad jurídico-política por el de *Volk* como entidad orgánica en su evolución histórica dando lugar al nacimiento del nacionalismo romántico. Para esta corriente, toda nación poseía un carácter orgánico así como un alma o espíritu del pueblo. La revalorización de Herder del arte gótico la extendió también al lenguaje, concediendo la máxima importancia al poeta alemán Martin Opitz (1597-1639) y a su obra en latín *Aristarchus, sive de contemptu linguae Teutonicae* (1617) que había situado a la literatura alemana al nivel de la literatura renacentista europea al fundar una poesía artística nacional formulada en el *Libro de poesía alemana* (1624). Junto con Humboldt (1767-1835), Herder fue uno de los primeros pensadores en argüir que el lenguaje determinaba el pensamiento; la focalización de Herder sobre el lenguaje y las tradiciones culturales como eslabones creadores de la nación, incluyó al folklore, la música, el arte y los bailes populares, inspirando a los hermanos Grimm en su colección de cuentos populares alemanes. Herder concedió una relevancia excepcional al concepto de nacionalidad, del patriotismo y del pueblo como un cuerpo nacional jerárquico pero sin clases. Para promover el concepto de *Volk*, publicó colecciones de cartas y de canciones populares que aparecieron en 1773 bajo el título de *Voices of the People in their Songs*. Cada nacionalidad era la representante de una parcela de la humanidad, que a su vez se manifestaba y maduraba en cada una de estas nacionalidades, de tal manera que su afecto por la nacionalidad abarcaba a todas las nacionalidades y naciones. Sin embargo,

aunque el pensamiento de Herder siguió una línea general y siempre se opuso al despotismo, fue sometido a interpretaciones opuestas: cosmopolitas, nacionalistas o románticas. Y aunque promovió los contactos entre culturas, en otros momentos demostró una fuerte hostilidad hacia las influencias alógenas (Kohn 1967: 433, 443).

Fichte (1762-1814) como fundador del Idealismo alemán cuya filosofía sirvió de puente entre las ideas de Kant (1724-1804) y Hegel (1770-1831), destacó por su pensamiento político que le catapultó como el padre del nacionalismo alemán. El epicentro de su ideología política versó sobre la construcción de un orden social racional que asegurara la libertad individual y un buen funcionamiento del Estado. Si bien Fichte justificó los inicios de la Revolución<sup>3</sup>, en una segunda fase, se enfrentó a los excesos irracionales tanto del Antiguo Régimen como de la Revolución francesa y del despotismo napoleónico. Abandonando el cosmopolitismo, Fichte se convirtió en patriota alemán y defendió la libertad de pensamiento y de expresión así como la libertad revolucionaria para edificar un nuevo panorama social. Pero la transformación de la mentalidad política de Fichte se produjo a partir de 1800 debido a la amenaza napoleónica en Prusia, reflejada en el papel central de la historia y del Estado en su pensamiento. Estos fueron precisamente los temas de las diecisiete conferencias que impartió en Berlín durante el invierno de 1804-1805 con el título de *Los caracteres de la Edad contemporánea* (la primera parte trataba sobre la historia y la segunda sobre el Estado). Con la firma de la paz de Tilsit (1807), Fichte que había huido a Königsberg tras la invasión francesa de Berlín, regresó a Berlín, aún ocupada y aprovechó para pronunciar sus famosos *Discursos a la nación alemana* (invierno 1807-1808). Ante la

---

<sup>3</sup> La orientación ilustrada de Fichte está presente en sus primeros escritos *Reivindicación de la libertad de pensamiento* (1793) y en *Contribuciones destinadas a rectificar el juicio del público acerca de la Revolución francesa* (1793); en esta última obra Fichte ataca a Rehberg (1757-1836) que había cuestionado la función de la Asamblea Constituyente siguiendo a Burke en *Investigaciones sobre la Revolución francesa según las noticias críticas que sobre ella han aparecido en Francia* (1793) y defiende el derecho del pueblo a romper el pacto con el Estado y a fundar uno nuevo mediante la revolución.

derrota de Alemania en 1806 y la fundación de la Confederación del Rin por parte de Napoleón, Fichte apeló a sus compatriotas alemanes a levantarse en contra de la tiranía de Francia, a exteriorizar el sentimiento de pertenencia a una nación superior al resto de Europa y a ofrecer la educación como instrumento para vigorizar el nacionalismo y cumplir con la misión del pueblo alemán, esto es, la liberación de las naciones sojuzgadas al bonapartismo. Para Fichte un pueblo en el sentido superior de la palabra y desde un punto de vista espiritual era “el conjunto total de hombres que conviven en sociedad y que se reproducen natural y espiritualmente de manera continuada, que está sometido en su totalidad a una determinada ley especial del desarrollo de lo divino a partir de él” y que junto con la patria se hallaba por encima del Estado (Fichte 1988: 139).

Para Fichte la supremacía del pueblo germano radicaba primordialmente en la pureza de la nación alemana que no había emigrado a otros lugares sino que había permanecido en contacto con su entorno primitivo y natural, y en la conservación de la lengua originaria y de la poesía como concreción de la misma, cuyas energías habían actuado como salvaguardas del espíritu<sup>4</sup>, evidenciadas en las creaciones de su historia como la religión alemana o la filosofía alemana, y que establecían lazos invisibles entre los individuos originando un todo inseparable. Para Fichte, la nación era el cuerpo social supremo por encima del Estado que proporcionaba orden y estabilidad a la sociedad, estabilidad lograda a su vez mediante la educación nacional, no dirigida estrictamente a las elites sino también a las masas: “Además, hasta ahora, esta formación limitada llegó solamente a una pequeña minoría de los [...] denominados estamentos cultos, pero aquella gran mayoría en la que se fundamenta la comunidad, el

---

<sup>4</sup> “Entre los medios para introducir el pensamiento procedente de la vida espiritual en la vida común, el mejor es la poesía, constituyendo ésta el segundo aspecto fundamental de la formación espiritual de un pueblo” (el primer aspecto al que alude Fichte es la lengua) (Fichte 1988: 87).

pueblo, permaneció casi totalmente al margen de la educación y sometido a la ciega fatalidad” (Fichte 1988: 25).

La finalidad de sus *Discursos* fue por tanto la conquista de la individualidad alemana y la implantación de una conciencia de totalidad y de unión entre el pueblo alemán, mediante la cual se debía renunciar al egoísmo y perseguir el bien y la felicidad común:

[...] y que es simplemente el rasgo esencial común de la *germanidad* lo que podrá librarnos de la ruina de nuestra nación en la confluencia con el extranjero y ganar de nuevo una individualidad sustentada en sí misma e incapacitada del todo para cualquier dependencia, [...]. (Fichte 1988: 14)

Se deduce, pues, que el medio de salvación que he prometido manifestar consiste en la formación de un yo completamente nuevo que puede que haya existido ya antes y de manera excepcional en individuos aislados, pero nunca como un yo nacional y generalizado. (Fichte 1988: 22-23)

Por su parte, Hegel (1770-1831), plasmó su ideología política en su obra póstuma *Principios de la filosofía del derecho* (1821), en la que desarrolló su teoría del Espíritu objetivo y su teoría del Estado como suprema realidad del Espíritu objetivo. Hegel entendía que el Espíritu objetivo era una evolución del Espíritu subjetivo. La diferencia entre ambos conceptos estribaba en que mientras el Espíritu subjetivo actuaba en los individuos aislados, el objetivo lo hacía en los grupos humanos a través de la historia. Por ende, los pueblos en calidad de entidades colectivas eran los portadores del Espíritu objetivo de cada cultura, siendo esta objetividad un factor determinante en el estudio de la cultura. En suma, el Espíritu objetivo era aquél compuesto de energías impersonales pero culturales que daban vida a las culturas. Hegel designó el Espíritu del pueblo o *Volksgeist* como el principio unificador de los individuos y como la materialización del Espíritu objetivo al estimular a los grupos humanos y fomentar entre

sus miembros los vínculos mediante tres formas de relación: el derecho, la moralidad y la ética. De estos tres factores, era la ética la que hacía que el individuo se sintiera afectivamente implicado en el grupo humano y la que se comportaba como fuerza centrífuga de la familia, la sociedad civil y el Estado.

Para Hegel, el Estado era la máxima realización del Espíritu objetivo. El Estado se hallaba compuesto por ciudadanos, aquellos individuos que mediante su experiencia en diferentes agrupaciones habían adquirido una formación y desarrollado un nivel racional y emocional que les capacitaba para ser miembros de una estructura superior, como era la nación y luego, el Estado. La nación por ende, sólo acontecía cuando el *Volksgeist* alcanzaba su apogeo a través del afianzamiento y robustecimiento de una galería de componentes como el lenguaje, la historia, las costumbres, etc. No obstante, sólo cuando la nación se superaba a sí misma y se convertía en un cuerpo político como era el Estado se aseguraba la vigencia plena del *Volksgeist*. En 1821, Hegel en *Fundamentos de la Filosofía del Derecho* definió el patriotismo como “la disposición para realizar sacrificios y acciones *extraordinarias*. Pero en esencia es el sentimiento que en circunstancias y situaciones normales lleva a considerar la cosa pública como fin y fundamento sustancial” (Hegel 1987: 235).



## 5. Teorizaciones sobre la nación durante el siglo XX

El nacionalismo es una doctrina o movimiento político que argumenta que una nación, normalmente codificada en términos étnicos y/o culturales, tiene pleno derecho para constituir una estructura política independiente fundada sobre una historia compartida y un destino común. El nacionalismo es un proceso de integración de la masa del pueblo en una estructura política centralizada que gobierna sobre una geografía delimitada. Los proyectos nacionalistas se han guiado fundamentalmente por tres parámetros: 1. El mito de los orígenes comunes con el énfasis en los genes, la raza, la sangre, que da lugar a la *Volknation*; 2. El mito de la cultura compartida, esto es, la herencia lingüística, religiosa, de costumbres y tradiciones, o *Kulturnation*, y 3. El mito de la ciudadanía dentro del Estado o *Staatnation*, con las nociones de la soberanía del Estado y la territorialidad. Si bien estos son los tres tipos puros sobre los que se considera que se han levantado las naciones, estas categorizaciones ideales suelen aparecer mezcladas en la práctica.

El nacionalismo puede hacerse manifiesto a través del pensamiento oficial del Estado o como parte de un movimiento popular y por ello expresarse mediante parámetros étnicos, cívicos, culturales, religiosos o ideológicos, que no suelen ser excluyentes entre sí, sino en multitud de ocasiones incluyentes. El nacionalismo étnico o etno-nacionalismo define la nación en función de la etnicidad o descendencia con respecto a generaciones previas junto con la idea de una cultura y una lengua compartida por los integrantes de una etnia con sus ancestros, por lo que la pertenencia a la comunidad se considera hereditaria. Al mismo tiempo, el Estado obtiene su legitimidad política a partir de la consideración de la etnia como patria y de su función protectora y promotora de la vida cultural y social del grupo. Aunque la etnicidad se

remonta muy atrás en el tiempo, el nacionalismo étnico moderno se vio fuertemente influenciado por la labor de Herder, que impulsó el concepto de *Volk*, y de Fichte. Una subcategoría del nacionalismo étnico es el nacionalismo romántico o nacionalismo orgánico mediante el cual la legitimidad política del Estado es una consecuencia y expresión natural u orgánica de la nación; esta corriente recoge los ideales del Romanticismo y se enfrenta al Racionalismo ilustrado. El *folklore* se convirtió en el epicentro del nacionalismo romántico y los hermanos Grimm, inspirados por Herder, compilaron una colección de cuentos catalogados como étnicamente germanos.

El nacionalismo cívico es otra manifestación del nacionalismo en la que la legitimidad política del Estado procede de la participación activa de sus ciudadanos o dicho de otro modo, de la voluntad del pueblo según el pensamiento de Rousseau, y que hunde sus raíces en la tradición del racionalismo y del liberalismo. Se considera que la integración en la nación cívica es totalmente voluntaria. Para el nacionalismo cultural es la cultura compartida la que determina a la nación y la pertenencia a la misma no es ni voluntaria, puesto que no es algo que se pueda adquirir intencionada ni hereditariamente dado que los hijos de los miembros nativos que se han educado en otras culturas pueden ser rechazados como extranjeros. Por último, el nacionalismo religioso relaciona el nacionalismo con una creencia, Iglesia o afiliación religiosa específica. Esta línea de pensamiento puede confluir en dos caminos, uno en la politización de la religión o dos, en la religiosidad política. En el primer caso, la religión puede proporcionar el sentimiento de unidad nacional y actuar como un vínculo poderoso entre todos los ciudadanos de la nación mientras que en el segundo caso, más ideológico, la influencia de la religión sobre la política puede estimular el activismo político.

La mayor parte de los nacionalistas defienden que los límites de un Estado deben ser congruentes con los límites de la nación, conciliación a la que se denomina Estado-

nación. La culminación del siglo XVIII se caracterizó por la constitución de estos Estados-nación cuyos rasgos determinantes fueron una soberanía reconocida internacionalmente dentro de un conjunto de Estados similares, el control sobre una geografía delimitada, una administración centralizada e independiente, una determinada estructura política, un código legal, una economía, una división del trabajo, un sistema educativo, una cultura moldeada por una lengua y unas manifestaciones artísticas específicas, una religión y unas costumbres (Pecora 2001: 1-31). El Estado moderno, con su origen en la Revolución francesa, giró alrededor de una geografía perfectamente demarcada mediante la separación fronteriza con respecto a otros territorios y la instauración de un gobierno sobre el pueblo contenido en dicha área.

Una de las definiciones más renombradas sobre el concepto de nación y el movimiento nacionalista procede de Joseph Stalin (1879-1953) y de su obra *Marxism and the National Question* (1913) en la que definió a la nación del siguiente modo: “*A nation is a historically constituted, stable community of people, formed on the basis of a common language, territory, economic life, and psychological make-up manifested in a common culture*” (Stalin, en Townshend 1996: 38). Un poco más adelante, concretamente en 1922, Max Weber (1864-1920) publicó *Economía y Sociedad* donde constataba la indisociabilidad entre el poder político y la nación (grupo humano ligado por el lenguaje, la religión, las costumbres o el destino), cuyas aspiraciones desembocaban siempre en la constitución de una organización política propia. Aunque Weber afirmó que la nación estaba fundada sobre el sentimiento de prestigio de las elites dirigentes y sobre el sentimiento de solidaridad de una comunidad frente a otras, reconoció que el término nación tenía un valor estimativo dado que no existía ni un consenso entre la delimitación de tales grupos ni sobre la acción derivada de dicha solidaridad. Esto significaba que la nación no era coincidente con el pueblo de un

Estado, con la comunidad lingüística, con la sangre, con la raza o con la etnia. Por ello, entre el apego, la aversión y la indiferencia a la nación, germinó una galería de reacciones muy dispares dentro de la sociedad

que no son uniformes ni históricamente constantes. No sólo son cualitativamente muy distintos los motivos en los cuales se apoya la creencia en la existencia de una 'nación' propia, sino también la conducta empírica que resulta efectivamente de la pertenencia a la 'nación'. El 'sentimiento nacional' de los alemanes, de los ingleses, de los norteamericanos, de los españoles, de los franceses y de los rusos no funciona del mismo modo. (Weber 1944: 681)

Weber concluía el apartado dedicado a la nación estableciendo un paralelismo entre la exaltación del Estado por parte de los individuos que monopolizaban el poder dentro de la comunidad política, y la exaltación de la cultura por parte de los dirigentes intelectuales, también insertos en el núcleo del poder (Weber 1944: 678-82).

Finalmente en 1945, George Orwell en "Notes on Nationalism" definió el nacionalismo y el patriotismo de modo bastante clarificador:

By 'nationalism' I mean first of all the habit of assuming that human beings can be classified like insects and that whole blocks of millions or tens of millions of people can be confidently labelled 'good' or 'bad'. But secondly--and this is much more important--I mean the habit of identifying oneself with a single nation or other unit, placing it beyond good and evil and recognising no other duty than that of advancing its interests. Nationalism is not to be confused with patriotism. Both words are normally used in so vague a way that any definition is liable to be challenged, but one must draw a distinction between them, since two different and even opposing ideas are involved. By 'patriotism' I mean devotion to a particular place and a particular way of life, which one believes to be the best in the world but has no wish to force on other people. Patriotism is of its nature defensive, both militarily and culturally. Nationalism, on the other hand, is inseparable from the desire for power. The abiding purpose of every nationalist is to secure more

power and more prestige, NOT for himself but for the nation or other unit in which he has chosen to sink his own individuality<sup>5</sup>.

Teorías recientes sobre el nacionalismo toman como punto de arranque el origen no sólo del propio nacionalismo sino del término nación; la problemática gira en torno a cuál de los dos conceptos surgió primero, es decir, si el nacionalismo es un vástago de la nación, o si ésta emergió como consecuencia lógica del nacionalismo. Es en este contexto donde encontramos dos escuelas opuestas: por un lado, la escuela primordialista, tradicionalista o perennialista defendida fundamentalmente por Edward Shils, Clifford Geertz y Pierre Van Den Berghe quienes consideran que tanto las naciones como el nacionalismo existen desde los cimientos de la historia humana. De ahí que el núcleo de esta línea resida en la nación, entidad que se asume como un hecho reconocido, con una historia prolongada y no como un hecho creado artificialmente para satisfacer los intereses de una elite. La prueba fehaciente de la raigambre histórica de la nación procede de la existencia de símbolos nacionales, de una cultura nacional, una música y una literatura nacional, una mitología nacional y en algunos casos, una religión nacional. Asimismo, los individuos comparten unos valores nacionales, una identidad nacional, y un culto por los héroes nacionales; cada nación posee además un territorio asociado a ella.

En el polo opuesto, nos encontramos con una línea teórica que ha recibido múltiples denominaciones: historicista, construccionista, situacionista, instrumentalista, circunstancialista o la más difundida, modernista, que se halla representada por el grueso de los teóricos sobre la nación y que incluye entre los más destacados a Benedict Anderson, Ernest Gellner, Eric Hobsbawn, Elie Kedourie etc. Esta línea sostiene que las

---

<sup>5</sup> The Project Gutenberg. Orwell, George. *Fifty Orwell Essays*. 9 septiembre 2008. [http://www.gutenberg.org/wiki/Main\\_Page](http://www.gutenberg.org/wiki/Main_Page)

naciones y el nacionalismo son productos de la modernidad, creados con fines políticos y económicos, que la identidad nacional fue impuesta por los Estados europeos para modernizar la economía y la sociedad y que los movimientos nacionalistas forjaron el sentido de la identidad nacional en paralelo al surgimiento del Estado. A partir de 1960 se ha generado una producción considerable sobre el tema del nacionalismo que ha abarcado un amplio espectro de periodos, áreas geográficas y enfoques teóricos. Para esta corriente el basamento ha sido la descripción de la identidad nacional como una entidad construida en vez de natural que ha llevado a que gran parte de estos historiadores se haya consagrado a explorar los procesos históricos mediante los cuales los pueblos se autoconciben como parte integrante de una nación. La nacionalidad surge cuando determinadas formas de interacción social y cultural empujan a los individuos a imaginarse como comunidades nacionales cuando anteriormente eran sólo comunidades o individuos inconexos. La capitalidad de esta visión reside en el paso a través del cual los individuos dejan de verse como una masa informe para pasar a compartir una historia, una cultura o un mismo destino, todo ello impulsado por la imprenta o por organizaciones políticas que animan a los individuos a pensarse como nación.

Si bien un número considerable de modernistas asevera que el sentido de la nacionalidad no nació antes del siglo XVIII (Hobsbawm 1990: 80; Breuilly 1985: 4; Kohn 1967: 3; Gellner 1983: 39-40), retrasando así cualquier indicio de nacionalismo hasta la era de la Revolución francesa, otros autores como Hugh Seton-Watson (1977), Benedict Anderson (1993) y Liah Greenfeld (1992) consideran que este sentimiento de nacionalidad estaba ya presente en la historia de los pueblos. Esta variación estimativa en cuanto al surgimiento de la nación se corresponde con la catalogación del propio concepto de modernidad, dado que mientras algunos modernistas sitúan esta etapa histórica en el siglo XVIII con la Revolución francesa, otros lo hacen en el siglo XVI

con la Reforma y el Renacimiento. Como posicionamiento intermedio entre los primordialistas y los modernistas encontramos la teorización de Anthony D. Smith sobre las raíces étnicas de las naciones modernas y la de Miroslav Hroch entre otros muchos.

### **5.1. Los primordialistas**

Este enfoque ha sido articulado por Edward Shils (1911-1995), Clifford Geertz (1926-2006), y por Pierre Van Den Berghe (1933- ) quienes han enfatizado el papel de la cultura como principal catalizador en la conformación de la etnia y de la identidad étnica, corolario de la herencia ancestral. Para este grupo, los lazos primordiales ligan al individuo con la etnia, siendo el pasado de ésta y la tradición los componentes que otorgan sentido tanto al destino individual como al colectivo. Durante las décadas de 1950 y 1960, los científicos sociales sometieron a examen la postura primordialista y su postulado de la etnicidad como única afiliación.

La escuela primordialista tomó su nombre del ensayo que publicó Edward Shils en 1957 titulado “Personal, Primordial, Sacred and Civil Ties: Some Particular Observations on the Relationships of Sociological Research and Theory” en el que describía las características disimilares entre la sociedad moderna y otras agrupaciones más reducidas. Para Shils, la sociedad moderna se mantiene gracias a una serie de vínculos personales, obligaciones morales, orgullo profesional, ambición individual, afinidades primordiales y sentido cívico. En el estudio de las etnias, Shils continúa con la labor emprendida por diferentes sociólogos como Georg Simmel (1858-1918), Émile Durkheim (1858-1917), Charles Cooley (1864-1929), Max Weber (1864-1920), o Ferdinand Tönnies (1855-1936), que destacaron la importancia de los vínculos

intragrupales y del énfasis del nosotros frente al ellos. Por ejemplo, Ferdinand Tönnies contrastó en su obra *Gemeinschaft und Gesellschaft* (1887) la sociedad moderna occidental o *Gesellschaft*, considerada atomizada, racionalista e individualista con un estado de solidaridad intensa denominado *Gemeinschaft* en el que la individualidad se encontraba aún en estado primitivo en las familias, gremios, comunidades rurales y sociedades tribales, todas ellas con un alto grado de integración y una fuerte solidaridad afectiva. Cooley denominó a las vecindades, las familias o los grupos de juego entre niños, “primary groups” y cotejó los aspectos conflictivos y egoístas de la sociedad moderna con el carácter del grupo primario, pensando al igual que Tönnies que la sociedad podía heredar su genio de las normas de vida de esos grupos más reducidos pero íntimamente ligados.

Shils explica que el grupo primario se convirtió en uno de los temas de análisis centrales en la Sociología americana desde el inicio de la Depresión de 1929 hasta la subida al poder de Hitler (1933), lapso histórico en el que el individualismo, el racionalismo, la organización a gran escala y la disolución de la moralidad supusieron un abandono de valores como la solidaridad propios de las comunidades primarias. Fue en este contexto donde Shils estudió exhaustivamente grupos primarios como entidades religiosas, políticas o militares para demostrar hasta qué grado éstas últimas subsisten en las estructuras modernas, pero distanciándose de las mismas y conservando una fuerte lealtad y emotividad. Asimismo, al explorar la familia descubrió que el lazo familiar no era simplemente una cercanía hacia el miembro familiar como persona sino como poseedor de ciertas cualidades relacionales que podían ser descritas como primordiales. Desde allí llegó a la conclusión de que la vinculación con otro miembro del grupo no era sólo una función de interacción sino más bien un vínculo de sangre (Shils 1957).



Tomando como punto de arranque el hecho de que estos eslabones están cimentados sobre el lenguaje, la religión, la raza, la etnicidad y el territorio, los primordialistas afirman que tanto las naciones como las comunidades étnicas son los organismos naturales de la historia y las fuerzas constituyentes de la experiencia humana. Estos componentes son primordiales porque preceden a la construcción de estructuras políticas más complejas y porque son la piedra angular de los futuros edificios políticos. Mientras la versión sociobiológica de este razonamiento asegura que la etnicidad es una prolongación del parentesco y que éste es fundamental en la lucha por la supervivencia del grupo, la versión sociológica estima que el lenguaje, la raza, la religión, la etnicidad y el territorio actúan como principios organizadores afectivos entre los humanos a lo largo de la historia<sup>6</sup>.

Clifford Geertz hizo manifiesta su teorización primordialista en dos de sus obras: *Old Societies and New States* (1963), en la que como editor colaboró con el artículo “The Integrative Revolution: Primordial Sentiments and Civil Politics in the New States” y *The Interpretation of Cultures* (1973). En ambas obras, desarrolla la idea de la tensión existente en los nuevos Estados postcoloniales entre los vínculos primordiales o sentido de inmersión identitaria en la sangre, la raza, el lenguaje, el localismo, la religión o la tradición, y el crecimiento acelerado del Estado soberano como instrumento en la consumación de los objetivos colectivos. Esto provoca el que “the new states are abnormally susceptible to serious disaffection based on primordial attachments” entendiendo por tal concepto “one that stems from the ‘givens’ [...] of social existence: immediate contiguity and kin connection mainly, but beyond them the givenness that stems from being born into a particular religious community, speaking a particular language, or even a dialect of a language, and following particular social

---

<sup>6</sup> Moreno, Luis. Instituto de Estudios Sociales avanzados. “Concurrencia múltiple etnoterritorial: el caso de España”. 1992. 1 octubre 2008. <http://www.iesam.csic.es/doctrab1/dt-9208.pdf>. 1-40.

practices” (Geertz 1963: 109). Si bien estos vínculos, variables en función de la persona, de la sociedad y del tiempo histórico, son propios de comunidades pequeñas, el problema surge cuando el deseo por conservarlos entra en contradicción con la estructura de las sociedades modernas y su ideología nacionalista que exige la lealtad al Estado civil. A su vez, la debilidad de la tradición política en estos Estados impulsa a sus miembros a refugiarse en la solidez del primordialismo dado que estos eslabones son para ellos la verdadera fuente de la autonomía política. En consecuencia, las revoluciones acontecidas en Asia y África no extinguen el etnocentrismo sino que simplemente lo modernizan (Geertz 1963; 1993).

El punto de partida de Pierre Van Den Berghe en multitud de sus obras: *Race and Racism* (1967), *Man in Society* (1978), *Human Family Systems* (1979), *Conceptions of Kinship* (1981) o *The Ethnic Phenomenon* (1981) es la idea de que los sentimientos raciales y étnicos son la prolongación de los sentimientos surgidos como fruto del parentesco, por lo que el etnocentrismo y el racismo son manifestaciones de nepotismo o propensión a favorecer a la familia. Se entiende por etnicidad la ascendencia común en la que las fronteras étnicas son creadas socialmente mediante la endogamia y físicamente mediante la territorialidad. Durante los últimos dos mil años, los humanos, al igual que otros animales sociales, fueron biológicamente seleccionados para el nepotismo dado que la preferencia por la familia maximizaba su capacidad de adaptación gracias a los límites físicos del territorio y a los límites sociales de la endogamia que les separaban del resto de las sociedades humanas. Estos grupos solidarios, fundados sobre la cooperación y la paz y sobre el enfrentamiento armado y la desconfianza hacia otros grupos externos, recibían el nombre de etnias primordiales. El crecimiento progresivo de las sociedades humanas amplió los límites de la etnia diluyendo a su vez los vínculos familiares y desembocando en la manipulación y

perversión de la etnicidad con otros fines ajenos a los iniciales, como la explotación y la dominación. La expansión de la etnia dificultó sobremanera el trazado de los orígenes que en muchos casos se falsificó. Sin embargo, la ficción del parentesco incluso en las sociedades industriales debe estar cimentada sobre una trama de solidaridad étnica suficientemente creíble para ser efectiva puesto que el espacio de una etnia no puede ser suplido por la fabulación de un mito si éste no se encuentra enraizado en la historicidad. Como expone Van Den Berghe, “Ethnicity can be *manipulated* but not *manufactured*. Unless ethnicity is rooted in generations of shared historical experience, it cannot be created *ex nihilo*” (Van Den Berghe 1981: 27). Esto implica que incluso aquellas etnias que son una ficción han tenido que experimentar un proceso de asimilación entre integrantes endógenos y exógenos a través de matrimonios cruzados a lo largo de generaciones que han terminado por convertir esa ficción en realidad. En consecuencia, toda etnia es la matriz natural sobre la que se edifica el Estado, en el que todavía encontramos restos, aunque diluidos, de la ligazón entre los diferentes miembros de una familia. Para reforzar esos apegos, el Estado recurre a una serie de marcas étnicas, es decir, a unos signos externos que determinan la pertenencia o exclusión a una etnia. Este antropólogo define al Estado como “a collectivity headed by a group of people who exercise power over others [...] in order to extract surplus production for their own individual and collective benefit” y a la nación como “a politically conscious ethny, that is, an ethny that claims the right to statehood by virtue of being an ethny. Such an ideology is called *nationalism*” (Van Den Berghe 1981: 61). Van Den Berghe concluye *The Ethnic Phenomenon* admitiendo que la etnicidad no es una entidad constante ni tampoco dada de una vez por todas sino que crece y decrece como respuesta a las condiciones del entorno (Van Den Berghe 1981)<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> Otros autores defensores de la teoría primordialista son: De Vos, G. “Ethnic Identity and Minority

## 5.2. Los modernistas

Si bien los primordialistas postulan que las naciones y el nacionalismo son perennes y naturales, los modernistas admiten que tanto uno como otro concepto son la secuela del Capitalismo, la Industrialización, y el utilitarismo, de tal manera que son entidades desarraigadas y descontextualizadas de la historia o de la naturaleza humana. Este enfoque mantiene por tanto que la etnicidad es algo manipulable, variable, subjetivo y un tipo de afiliación entre otros muchos, pero no el primordial.

Uno de los máximos exponentes de la línea modernista es Fredrik Barth (1928- ) quien en su introducción a *Ethnic Groups and Boundaries* definió explícitamente la etnicidad en términos subjetivos. Este antropólogo asoció la etnicidad no con rasgos inmutables de la existencia humana sino con movimientos fluctuantes en función de los intereses perseguidos, subrayando así la relevancia de los componentes psicológicos en la gestación y robustecimiento de la etnia. En otras palabras, Barth sostenía que “ethnic distinctions do not depend on an absence of social interaction and acceptance, but are quite to the contrary often the very foundations on which embracing social systems are built. Interaction in such a social system does not lead to its liquidation through change and acculturation; cultural differences can persist despite inter-ethnic contact and interdependence [...]” (Barth 1969: 10). Barth quiso eliminar la interpretación cultural de la etnia como una entidad limitada, generadora de lazos primordiales, respaldando la

---

States; Some Psycho-Cultural Considerations”. *Identity: Personal and Sociocultural*. Ed. A. Jacobson-Widding. Uppsala: Uppsala University Press, 1983. 135-58; De Vos, G. y L. Romanucci-Ross, eds. *Ethnic Identity: Cultural Continuities and Change*. Palo Alto: Mayfield, 1975; Epstein, A. *Ethos and Identity: Three Studies in Ethnicity*. Londres: Tavistock, 1978; Glazer, N. y D. Moynihan. *Beyond the Melting Pot*. Cambridge: M.I.T. y Harvard University Press, 1963; Glazer, N. y D. Moynihan, eds. *Ethnicity: Theory and Experience*. Cambridge: Harvard University Press, 1975; Kellas, J. G. *The Politics of Nationalism and Ethnicity*. Londres: Macmillan. 1991; Remnick, R. *Theory of Ethnicity: An Anthropologist's Perspective*. Lanham, MD: University Press of America, 1983; Rex, J. *Race and Ethnicity*. Milton Keynes: Open University Press, 1986; Rex, J. y D. Mason, eds. *Theories of Ethnic and Race Relations*. Cambridge: Cambridge University Press, 1986; Roosens, E. *Creating Ethnicity*. Londres: SAGE, 1989.

idea de que “[...] ethnic categories provide an organizational vessel that may be given varying amounts and forms of content in different socio-cultural systems” (Barth 1969: 14). Barth priorizó por ello la frontera étnica como elemento definitorio del grupo frente al contenido cultural del mismo y como catalizador de la vida social de la etnia.

Los principales representantes del estudio del nacionalismo han sido los historiadores Carleton Joseph Huntley Hayes (1882-1964) y Hans Kohn (1891-1971), a quienes el historiador Aira Kemiläinen (1919-2006) identificó como “the twin founding fathers” en su obra *Nationalism. Problems concerning the Word, the Concept and Classification* (1964) (Kemiläinen, en Hobsbawm 1990: 3).

La suposición modernista de que los nacionalismos son fenómenos históricos más que reflejos de una realidad primordial o natural ha sido el patrón que ha guiado la mayor parte de la literatura escrita hasta el momento sobre la nación y el nacionalismo, por lo que nos detendremos en ella con mayor insistencia. Si bien los modernistas coinciden mayoritariamente en la catalogación de la nación como un fenómeno subjetivo e histórico, creado en base a diversas circunstancias (sociales, económicas, lingüísticas, políticas, etc.) propias de la modernidad, difieren a su vez en el énfasis depositado sobre cada una de estas condiciones. Para explicar estos factores recurrimos a la línea modernista de análisis histórico que lleva a cabo Lloyd S. Kramer en su artículo “Historical Narratives and the Meaning of Nationalism” con alguna modificación, y que se dividen en las siguientes categorías: 1. El nacionalismo como un elemento basilar de la modernización a causa de la transición intelectual, cultural, económica, social y política de la historia premoderna a la historia moderna y de la división dicotómica de la realidad. 2. El nacionalismo como economía; 3. El nacionalismo como política; 4. El nacionalismo como un movimiento religioso moderno que ha desplazado a expresiones religiosas anteriores; 5. El nacionalismo como una

construcción lingüístico-literaria dependiente de nuevas formas de comunicación, de la labor de los intelectuales y de la elaboración de narrativas y 6. El nacionalismo como un discurso del género, la sexualidad y la etnicidad (Kramer 1997).

### **5.2.1. El nacionalismo como modernización y como dicotomía**

Éste es el punto de partida de la perspectiva modernista: por un lado, la idea de que el nacionalismo fue una creación de la era moderna y que la práctica del nacionalismo surgió en la Europa occidental a finales del siglo XVIII con la Revolución francesa y desde allí se extendió a otros países europeos y por otro, uno de los principios motores del nacionalismo es precisamente la escisión de la realidad en posiciones intelectuales antagónicas a través de las cuales la nación y la identidad nacional adquieren sentido. Dentro de esta categoría encontramos la división más básica de las naciones entre el nacionalismo político y el nacionalismo cultural o entre el nacionalismo de Occidente y de Oriente.

Uno de los autores pioneros en constatar la modernidad del nacionalismo fue Hans Kohn quien en su obra *The Idea of Nationalism* (1944) localizó el origen de este movimiento en la segunda mitad del siglo XVIII. Sin embargo, Kohn *parece* contradecirse cuando solapa la idea de que la Revolución francesa fue la primera gran manifestación del nacionalismo y que éste se convirtió en un fenómeno simultáneo a finales del siglo XVIII en un número considerable de países europeos, con la idea de que las raíces del nacionalismo se retrotraen al pasado. Las condiciones políticas, económicas o intelectuales de su emergencia se fueron gestando durante siglos hasta su

convergencia final. El nacionalismo resulta inconcebible si no se toman en consideración las ideas de la soberanía popular, esto es, la revisión total de la posición del gobernante-gobernado así como de las clases y de las castas; el individualismo; la disociación del Estado y de la religión, ésta última suplantada por la nacionalidad; la centralización del Estado iniciada con los monarcas absolutos; la secularización de la sociedad gracias a la ciencia natural y al derecho natural de Grocio y de Locke y la ruptura del tradicionalismo económico por parte del Tercer Estado. Esto implica la imposibilidad de hablar del nacionalismo antes de la emergencia del Estado moderno, ubicado entre los siglos XVI y XVIII. En aquellos países como Francia y Gran Bretaña en los que el Tercer Estado era una fuerza poderosa, el nacionalismo se tradujo en transformaciones políticas y económicas y en la constitución del Estado-nación mientras que en Alemania o Italia, donde el Tercer Estado se caracterizó por su debilidad, el nacionalismo se expresó culturalmente, a través del *Volkgeist* y sus manifestaciones literarias, lingüísticas, históricas y folklóricas. Para Kohn, el nacionalismo no es un fenómeno natural sino el resultado de factores sociales e intelectuales en una etapa determinada de la historia, a pesar de la presencia, eso sí inconsciente y desarticulada, de cierto sentimiento nacional antes de la aparición del nacionalismo moderno. Por esto, el amor hacia la nación, considerado el corazón del patriotismo, no es un fenómeno natural sino un producto artificial de la evolución histórica. Es un hecho innegable que el nacionalismo estalló en un momento histórico en el que el desarrollo de las relaciones internacionales, del comercio y de las comunicaciones alcanzó niveles muy elevados permitiendo la eliminación de las diferencias lingüísticas y la dignificación de los dialectos locales como lenguajes literarios y culturales, como instrumentos de poder político y de prestigio social. Kohn insiste en que las nacionalidades son grupos con orígenes muy recientes cuya

complejidad escapa a una definición exacta por lo que es un gran error hacer de ellas un absoluto. Para este historiador el nacionalismo es “a state of mind, permeating the large majority of a people and claiming to permeate all its members; it recognizes the nation-state as the ideal form of political organization and the nationality as the source of all creative cultural energy and of economic well-being” (Kohn 1967: 16). Si bien antes del nacionalismo existían individuos que profesaban sentimientos nacionales, éstos se limitaban a individuos específicos y no al pueblo, que en ningún caso sintió que su vida, a nivel cultural, político o económico dependiera del destino de la nación. Sólo la lealtad suprema a la nación y el deseo de la consumación en el Estado-nación, como la expresión más elevada de organización política, marcó el despertar de la era del nacionalismo (Kohn 1967).

### **5.2.2. El nacionalismo como religión**

El principal representante de esta tendencia fue el historiador americano Carlton J. H. Hayes (1882-1964) quien en *Essays on Nationalism* (1926) intentó explicar la vinculación entre la Primera guerra mundial y el patriotismo mediante la definición del nacionalismo como la religión de la modernidad. Hayes argumentó que la Ilustración debilitó la fe en el Cristianismo tradicional sin erradicar la tendencia natural del ser humano hacia lo trascendental, quien vio en la nación un sustituto de la religión, especialmente a raíz de la Revolución francesa. Las naciones modernas adquirieron así poderes similares a la Iglesia católica medieval dado que el Estado-nación proporcionó al pueblo una fe colectiva indisolublemente ligada al destino nacional. Según Hayes, la expresión más poderosa de esta nueva religión se hizo evidente en la actitud de



sacrificio y voluntad de morir en tiempos de guerra, apelando a las emociones más profundas del ser humano; a través de esta idea el nacionalismo otorgó pleno sentido a la muerte al conectarla con una realidad o espíritu nacional superior que se perpetuaba en el tiempo<sup>8</sup>.

Simultáneamente, el nacionalismo se apoderó del legado religioso al implantar símbolos sagrados (banderas), textos sagrados (Constitución, Declaración de independencia), figuras sagradas (padres fundadores, héroes) e impuras (traidores), lugares sagrados (monumentos nacionales, cementerios), rituales públicos (fiestas nacionales, desfiles), sentido de la misión (responsabilidad en la divulgación de las ideas nacionales), Cruzadas en contra de aquéllos opuestos a la misión nacional, sentido del sacrificio, etc. (Kramer 1997: 532-34). Esto significa que la religión fue central en la expansión del nacionalismo no sólo porque la religión institucionalizada sirvió como refuerzo en la legitimación del Estado y en la divulgación de los valores nacionales sino porque el nacionalismo extrajo su repertorio de símbolos, sentimientos e ideas de la religión. En *El nacionalismo: una religión* (1960), Carlton Hayes entiende por nacionalismo “el resultado de la fusión del *patriotismo* con la conciencia de la propia nacionalidad” (Hayes 1966: 2), entendiendo por ésta última, “un grupo cultural de personas que hablan una lengua común [...] y que tienen cierta comunidad de tradiciones históricas (religiosas, territoriales, políticas, militares, económicas, artísticas e intelectuales)” (Hayes 1966: 7). Sólo cuando la nacionalidad encumbra

---

<sup>8</sup> Hayes expresa esta idea del siguiente modo: “Nationalism, like any religion, calls into play not simply the will, but the intellect, the imagination and the emotions. The intellect constructs a speculative theology or mythology of nationalism. The imagination builds an unseen world around the eternal past and the everlasting future of one’s nationality. The emotions arouse a joy and an ecstasy in the contemplation of the national god who is all-good and all protecting, a longing for his favours, a thankfulness for his benefits, a fear of offending him, and feelings of awe and reverence at the immensity of his power and wisdom; they express themselves naturally in worship, both private and public. For nationalism, again like any other religion, is social, and its chief rites are public rites performed in the name and for the salvation of a whole community” (Hayes, en Llobera 1996: 144).

desmesuradamente tanto la lengua como las tradiciones históricas y las convierte en objeto de culto y de lealtad, desemboca en el nacionalismo cultural, que puede o no coexistir con el nacionalismo político. Hayes recalca también la naturaleza forzada del nacionalismo, cuya lealtad exige un adiestramiento y una educación específica y sistemática para implantar en el pueblo la nueva ideología. Pero además para que el nacionalismo se transforme en la única y suprema lealtad, es necesario que el sentimiento nacional se funda con la emoción religiosa de modo que el nacionalismo termina por desembocar en una religión o en un sucedáneo de la misma (Hayes 1966).

### **5.2.3. El nacionalismo como economía**

Destacamos en este apartado las teorías de Ernest Gellner y Eric Hobsbawm quienes insisten en que el nacionalismo estuvo enraizado en la historia de la Industrialización y del Capitalismo.

El estudio moderno del nacionalismo comenzó con Ernest Gellner (1925-1995) a mediados de 1960 y se puede aseverar que ningún otro autor ha influenciado tanto el debate nacionalista como él, de ahí que se le considere el pensador clave del siglo XX en torno al nacionalismo. Ernest Gellner trata en sus obras *Encounters with Nationalism* (1994) y *Nations and Nationalism* (1983), especialmente en la segunda, la aparición relativamente reciente del nacionalismo. En efecto, para Gellner las naciones no forman parte esencial de la historia, sino que son un producto intelectual fundado en la convergencia de conflictos económicos y diferencias culturales; sostiene que “Nationalism is primarily a political principle, which holds that the political and the national unit should be congruent” y que “It is nationalism which engenders nations,

and not the other way round” (Gellner 1983: 1, 55). Según Gellner, “*nations maketh man*; nations are the artefacts of men’s convictions and loyalties and solidarities” (Gellner 1983: 7). En *Nations and Nationalism*, Gellner aclara que la humanidad ha pasado por tres fases divergentes a lo largo de su historia: la pre-agraria, la agraria y la industrial, cuya diferencia reside en la presencia del Estado y de la división del trabajo. Mientras en la fase pre-agraria, el Estado es inexistente por el tamaño reducido de las comunidades y en la fase agraria, el Estado es una opción, durante la última fase, se convierte en un elemento obligado junto con la división del trabajo que actúa como condición *sine qua non* del mismo. Gellner coincide con Anderson cuando subraya la relación entre la Reforma y el nacionalismo. El énfasis de la Reforma sobre la cultura, los ataques contra el monopolio clerical, el individualismo y sus vínculos con las poblaciones urbanas acostumbradas a desplazarse de un espacio a otro, se comportaron como los heraldos del nacionalismo. Y éste entroncó con la Industrialización<sup>9</sup> cuyos atributos centrales fueron un incremento de la población, la rápida urbanización, los desplazamientos migratorios en busca de trabajo, y el despertar económico y político de las comunidades. El nacionalismo se caracteriza también por la importancia y concienciación concedida a la cultura que si bien en épocas previas pasaba desapercibida, ahora se convierte en foco de atención y en fuente de orgullo frente a la amenaza de las culturas extranjeras y la decadencia de la doctrina religiosa: “Ahora la cultura ha de ser objeto directo de culto y lo será en su propio nombre. Ése es el nacionalismo” (Gellner 2003: 27-28; 1995: 9-10). La organización nacionalista de la sociedad exige el matrimonio entre la política y la cultura, a través del cual el Estado se erige como el protector de la cultura y los individuos obtienen la ciudadanía por su integración dentro de la misma (Gellner 1995: 43; 1994: 63-70).

---

<sup>9</sup> “Para decirlo más sencillamente, las civilizaciones agrarias no engendran nacionalismo; son las sociedades industriales las que lo engendran” (Gellner 2003: 29).

Por su parte, como historiador marxista, Eric Hobsbawm (1917- ) en *Nations and Nationalism since 1780* argumenta que el nacionalismo es un fenómeno moderno que precede a las naciones y no al revés; la nación surge como la unificación de varios pueblos en una sociedad o comunidad común que toma la forma del Estado-nación durante el siglo XIX. En esta obra, Hobsbawm asume un “no *a priori* definition of what constitutes a nation” debido a que la utilización masiva e imprecisa del término nación ha vaciado su significado (Hobsbawm 1990: 9). Por eso, el autor coincide con la definición de nacionalismo de Gellner, “I use the term *nationalism* in the sense defined by Gellner, namely to mean ‘primarily a principle which holds that the political and national unit should be congruent’” (Hobsbawm 1990: 9), e insiste en la categoría de artefacto, invención e ingeniería social que subyace en la fundación de las naciones: “Nations as a natural, God-given way of classifying men, as an inherent [...] political destiny, are a myth; nationalism, which sometimes takes pre-existing cultures and turns them into nations, sometimes invents them, and often obliterates pre-existing cultures: that is a reality” (Hobsbawm 1990: 10).

En la construcción del concepto de nación confluyeron dos teorizaciones: la democrática revolucionaria y la nacionalista. Ambas compartieron la ecuación entre el Estado, la nación y el pueblo, pero mientras que para los nacionalistas las estructuras políticas derivaban de la existencia previa de una comunidad diferenciada del resto, para los demócratas revolucionarios la médula se originaba en el Estado como pueblo soberano. Hobsbawm constata que la denominación de nación debía recorrer tres criterios: 1. Su vinculación histórica con un Estado actual que tuviera un pasado prolongado; 2. La existencia de una elite cultural firmemente establecida y 3. Capacidad para desarrollar una política expansionista. El Estado moderno se singulariza por un territorio continuo sobre sus habitantes con unas fronteras fijas que lo separan de otros

Estados. Asimismo, Hobsbawm focaliza la atención sobre la semi-artificialidad de los lenguajes nacionales que se inventan a partir de luchas de poder entre unos dialectos y otros, y que concluyen con la supremacía y la centralización de un lenguaje oficial sobre el resto; este lenguaje estándar emana normalmente de la cultura de los dirigentes (Hobsbawm 1990).

#### **5.2.4. El nacionalismo como política**

La obra de John Breuilly *Nationalism and the State* (1985) es un clásico sobre el nacionalismo desde una perspectiva histórica y comparada. Su punto de arranque es que el nacionalismo es pura política y que la política es poder o en otras palabras control del Estado, por lo que la cuestión vertebral es la vinculación entre el nacionalismo y la obtención y el uso del poder estatal: “The term *nationalism* is used to refer to political movements seeking or exercising state power and justifying such actions with nationalist arguments” (Breuilly 1985: 3). En consecuencia, el nacionalismo es una doctrina política construida sobre tres afirmaciones: 1. La existencia de una nación con un carácter idiosincrásico; 2. La prioridad de los intereses y valores nacionales sobre otros intereses y valores; 3. La independencia de la nación, hecho que a su vez requiere la soberanía política. La aparición del nacionalismo y de la nación radica en un contexto político muy concreto como es la construcción del Estado. Breuilly localiza el crecimiento del poder estatal en la modificación de las relaciones entre la religión y la política, manifiesto en el afán de los gobiernos por ampliar su poderío por encima de la Iglesia reduciendo la supremacía papal. Asimismo, el fortalecimiento de la potestad monárquica se fraguó mediante cuatro procesos: la centralización, la colaboración entre

los diferentes sectores sociales, la imagen, un tanto ambigua, del Estado que ejerció mayor control sobre sus súbditos aunque simulaba distanciarse de ellos y la rivalidad internacional (Breuilly 1985).

En *Nations and States: An Enquiry into the Origins of Nations and the Politics of Nationalism* (1977), Hugh Seton-Watson analiza la formación de las naciones, de la conciencia nacional, de la unidad nacional, y de la independencia nacional; aparte señala cómo tanto el nacionalismo como la raza, la clase y la ideología han sido factores cruciales en la construcción de las naciones y cómo a su vez, la raza, la clase y la ideología han fortalecido la política del nacionalismo. Para ahondar en esta temática, describe casos particulares procedentes de diversos entornos geográficos y culturales como Europa, Asia, África, América, Rumania, Yugoslavia e Irán. En todos estos países destaca el papel del lenguaje en el desarrollo de la conciencia nacional, las tensiones entre las aspiraciones nacionales y la libertad individual, y la manera en la que la búsqueda de la unidad nacional y de la independencia han provocado conflictos internacionales. Seton-Watson entiende por Estado y nación lo siguiente: “A state is a legal and political organisation, with the power to require obedience and loyalty from its citizens. A nation is a community of people, whose members are bound together by a sense of solidarity, a common culture, a national consciousness” (Seton-Watson 1977: 1). Seton-Watson argumenta que aunque la doctrina del nacionalismo data de la época de la Revolución francesa y procede de la noción de la soberanía popular, las naciones existen con anterioridad a la formulación de la doctrina. Asimismo, distingue entre dos tipos de naciones, las antiguas, aquéllas que adquirieron la conciencia y la identidad nacional antes de la aparición del nacionalismo (Inglaterra, Escocia, Francia, Holanda, Castilla, Portugal, Dinamarca, Suecia, Hungría, Polonia, y Rusia) y las nuevas en las que la formación de la conciencia nacional y la creación de los movimientos

nacionalistas se desarrolló en paralelo y fue el trabajo de las elites políticas. Seton-Watson matiza que cuando las antiguas naciones emergieron, conceptos como la conciencia nacional y la nación no existían aún, dado que los dirigentes políticos ignoraban su colaboración en la creación de las naciones; es precisamente en la toma de conciencia y de voluntad dirigida desde el ámbito político donde reside la diferencia entre las antiguas naciones y las nuevas. Para el historiador, las naciones nuevas de Europa asumieron el lenguaje como el factor determinante de la conciencia nacional durante los siglos XIX y XX, mientras que para las naciones de ultramar con orígenes europeos las causas económicas y territoriales fueron preferentes.

Según Seton-Watson, la formación de la conciencia nacional hundió sus raíces en varios procesos: 1. La centralización del Estado soberano junto con el surgimiento de nuevos grupos sociales, 2. El robustecimiento del pensamiento individual y de la solidaridad horizontal, y 3. La Reforma dado que el rechazo de la autoridad papal fue el resultado del incremento del pensamiento individual religioso, del orgullo en la lengua vernácula y de las objeciones de los monarcas y obispos ante las interferencias de la Iglesia de Roma en sus asuntos. Tanto Francia como Inglaterra pueden ser considerados Estados-nación puesto que en ambos casos la formación de la nación y del Estado fueron paralelos. Francia, para el autor, fue el primer pueblo que se convirtió en nación, siendo los gobiernos franceses los pioneros de la administración centralizada europea y de una cultura nacional uniforme (Seton-Watson 1977).

John Alexander Armstrong se pregunta en su obra *Nations before Nationalism* (1982) por qué las identidades étnicas han persistido a lo largo del tiempo. Para responder a esta cuestión, no establece leyes generales sino abstracciones que pretenden iluminar los patrones de identificación étnica. Estas abstracciones las incorpora de los registros históricos del Cristianismo y del Islam. Para él, la religión y la política son

variables independientes; mientras la identidad musulmana ha arraigado en el nomadismo y en la legitimación genealógica, la identidad cristiana lo ha hecho en la nostalgia del sedentarismo y de la identificación territorial. A su vez, cada una de estas comunidades ha definido negativamente a la otra generando una ideología fronteriza de legitimación política. Armstrong denomina a estas ideas *mythomotores* o ideales legitimadores que han sostenido las estructuras políticas a lo largo de la historia. Aunque Armstrong reconoce su interés por la identidad étnica y no por las instituciones como tales su argumento principal es que en el pasado la identidad étnica ha estado determinada por las instituciones políticas y religiosas (Armstrong 1982).

En *State and Nation* (1996) Hagen Schulze (1943- ) desarrolla la idea de que el Estado europeo moderno surgió a raíz de los vínculos personales medievales y de que los Estados europeos se gestaron en los territorios que conservaron el legado de Carlomagno como Francia, Alemania, España, Inglaterra, Italia y los Estados de Normandía y de Sicilia. Subraya también la influencia de la Iglesia en la expansión de la burocracia, principal signo de la estatalidad moderna y la emergencia de Francia como primer Estado moderno duradero formado en Europa durante el siglo XIV, a lo que contribuyó sobremanera la consolidación de la *Curia regis* o Consejo Real, órgano de justicia formado por caballeros, eclesiásticos y burgueses que actuó como una administración central independiente, específica de los poderosos (Schulze 1997).



### **5.2.5. El nacionalismo como construcción lingüístico-literaria: Los orígenes culturales e intelectuales de la nación**

Este enfoque prioriza la función de los intelectuales como constructores de la nación a través de las narrativas nacionales, historias en periódicos nacionales, mapas, etc.

El estudio de los sistemas de comunicación y de las narraciones como vehículos promotores de la identidad nacional cobró especial relevancia a partir de 1950. En este marco, el sociólogo Karl W. Deutsch (1912-1992) fue pionero con su obra *Nationalism and Social Communication* (1953) en la que atribuía el éxito del nacionalismo a la influencia de los medios de comunicación, encargados de propagar las ideas y los intereses de las elites a lo largo y ancho de los territorios. Para Deutsch, el control sobre la tecnología y las instituciones permite que la elite se convierta en el grupo social dirigente, caracterizado por ostentar el monopolio sobre la riqueza, el poder y el prestigio y por imponerse sobre el resto de la sociedad. A su vez, la cultura sobre la que se sustenta esta elite se basa en la comunicación, consistente en patrones de comportamiento socialmente estereotipados, en ocasiones descritos como “carácter nacional”, que incluyen hábitos de lenguaje y de pensamiento y que se filtran mediante el aprendizaje social. Pero para que el funcionamiento del poder de la elite sea eficaz se requieren dos condiciones: por un lado, la existencia de una estructura interna o formación de la voluntad política y segundo, un conjunto de medios que ejecuten esta estructura. En cuanto a la primera consideración, el poder político depende de un esqueleto coherente y estable de memorias, hábitos y valores ligado a su vez a la comunicación social que requiere componentes que almacenen, recuperen y combinen

la información, la difundan y generen nueva información. Y así, en la medida en que una cultura concreta facilita la comunicación, forma una comunidad: “*A larger group of persons linked by such complementary habits and facilities of communication we may call a people*” (Deutsch 1962: 96). De ahí que la pertenencia a un pueblo consista en lo que Deutsch llama la complementariedad de la comunicación social, que no es otra cosa que la eficacia comunicativa entre los miembros de una sociedad por oposición a la comunicación con miembros foráneos, hecho que determina la integración total o parcial dentro de la nación. En consecuencia, la nacionalidad implica la ligazón de un porcentaje elevado de individuos de la clase media y baja con respecto a los centros regionales y a los grupos dirigentes a través de canales de comunicación social e interacciones económicas (Deutsch 1962). En su otra obra, *El nacionalismo y sus alternativas*, Karl W. Deutsch define al pueblo como “una comunidad de significados compartidos, o más ampliamente aún, un grupo de gente con hábitos de comunicación que se entrecruzan” y a la nación como “La reunión del estado y el pueblo hacía una nación moderna. Una nación es un pueblo que ha creado un estado o que ha desarrollado capacidades cuasi gubernamentales para formar, apoyar y fortalecer una voluntad común. Un estado nacional es un estado que se ha identificado ampliamente con un pueblo” (Deutsch 1969: 21, 25).

Por su parte, Benedict Anderson (1936- ) sostiene que la emergencia de la clase intelectual precede a la ideología nacionalista en toda sociedad que desarrolla identidades nacionales. En su obra *Imagined Communities* (1991) analiza, desde la perspectiva del materialismo histórico, las principales causas del surgimiento del nacionalismo al que cataloga junto con la nación de “artefactos de una clase particular” (Anderson 1993: 21). Según Anderson, el nacionalismo presenta tres paradojas: 1. La modernidad objetiva de las naciones frente a su antigüedad subjetiva; 2. El carácter

universal del nacionalismo como concepto sociocultural frente a la particularidad de las naciones individuales y 3. El enorme poder de captación de los nacionalismos frente a la insuficiencia e incoherencia de una doctrina filosófica que lo respalde. Para Anderson, una nación es “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana” (Anderson 1993: 22). Con estos cuatro conceptos clave, Anderson apunta a la horizontalidad y compañerismo que se desarrolla entre los miembros de una nación, a su naturaleza ficticia y abstracta, a la existencia de unas fronteras que separan unas naciones de otras, y finalmente, a la eliminación de la legitimidad del absolutismo. Anderson localiza el origen del nacionalismo en el siglo XVIII, argumentando que su emergencia se debió a la oposición que mantuvo con los dos grandes sistemas culturales previos, es decir, el pensamiento religioso y el reino dinástico, y a la amistad que entabló con un cúmulo de componentes variopintos que trabajando en una única dirección desencadenaron una verdadera revolución social. Estos componentes fueron primordialmente la imprenta y el nuevo sistema económico, el Capitalismo, que a su vez se vio reforzado por otras tres tendencias cardinales, de las cuales las dos últimas contribuyeron sobremanera al florecimiento de la conciencia nacional: 1. El cambio en el carácter del latín, que se transformó en esotérico y se alejó de la vida eclesiástica y cotidiana; 2. La Reforma protestante y 3. El auge de las lenguas vernáculas. Si bien en un primer momento, todos estos factores se contemplaron como fenómenos aislados, paulatinamente estrecharon entre sí unos lazos recíprocos muy potentes; el Protestantismo en connivencia con el Capitalismo se encargó de una doble misión: fomentar la publicación de obras impresas en lenguas vernáculas (la Contrarreforma defendía el latín), ocasionando la aparición de ediciones populares muy asequibles dirigidas a nuevos grupos de lectores como los comerciantes y las mujeres, y avivar el sentimiento nacional con fines político-religiosos. En paralelo, las lenguas vernáculas,

como instrumentos de la centralización administrativa, se convirtieron en lenguas de poder con dos efectos palmarios, la competencia al latín y la decadencia del Cristianismo. Simplemente recordar al respecto que en 1362 la lengua inglesa reemplazó al francés normando en los juzgados y que la apertura del Parlamento se llevó a cabo en esta lengua (este proceso se conoce como el paso del inglés antiguo al inglés medio)<sup>10</sup>; por otra parte, en 1382 apareció la publicación de la Biblia manuscrita en lengua vernácula de Wycliffe (1320-1384). En definitiva, el maridaje entre las lenguas, el Capitalismo y la imprenta favoreció la raigambre de la conciencia nacional a través de tres procedimientos distintos: 1. “crearon campos unificados de intercambio y comunicaciones por debajo del latín y por encima de las lenguas vernáculas habladas” (Anderson 1993: 72-73); 2. El Capitalismo impreso codificó el lenguaje otorgándole una condición fija, perenne y antigua, y 3. El Capitalismo impreso creó lenguas de poder disimilares de las anteriores lenguas vernáculas, carentes de *status* definido. Estos hechos conllevaron una equiparación entre las lenguas vernáculas y las lenguas sagradas como el latín, el griego o el hebreo, quebrando las barreras entre las categorías lingüísticas y sus hablantes. La labor restante de las lenguas vernáculas quedaría pendiente para el siglo XIX cuando se vieron notablemente impulsadas por la alfabetización, el comercio, la industria, las comunicaciones y las burocracias estatales.

Al hilo de la teoría de Anderson, queremos puntualizar que existe una diferencia notable entre su concepción de la nación y la de Ernest Gellner. En efecto, mientras el segundo arguye que el nacionalismo inventa naciones de la nada y que la mayor parte de las naciones modernas son invenciones recientes a pesar de sus supuestos orígenes atemporales y naturales, Anderson estima que las naciones son comunidades imaginadas por cuanto son sistemas de representación cultural que no se reducen a una

---

<sup>10</sup> En 1368 se publicó por primera vez un comunicado real en inglés medieval, y en 1399, Enrique IV Lancaster expuso en lengua inglesa ante una asamblea cuasi-parlamentaria su reivindicación al trono.

fabulación mental sino que tienen su base en prácticas históricas e institucionales, a través de las cuales eso sí, la nación y con ella la oposición entre el Yo y el Otro se ha inventado.

Elie Kedourie (1926-1992) expresa su teoría sobre el nacionalismo en un libro que lleva por título *Nationalism* (1960). Para él, “el nacionalismo es una doctrina inventada en Europa al comienzo del siglo XIX”, que divide a la humanidad en naciones, que éstas poseen un conjunto de características y que el único gobierno legítimo es el autogobierno nacional. Asimismo, define la nación en los siguientes términos: “*Natio* en el lenguaje ordinario significaba originalmente un grupo de hombres formado por quienes compartían un mismo origen, mayor que una familia pero menor que un clan o pueblo” (Kedourie 1985: 4). Con la finalidad de aclarar el término nación, Kedourie se centra en la Revolución francesa y en la tradición filosófica europea subrayando los orígenes intelectuales del nacionalismo presentes en la teoría revolucionaria de la soberanía nacional defendida por Kant, concretamente en su fórmula de autodeterminación y por los filósofos post-kantianos, Fichte, Herder, Schelling y Schleiermacher y su idea de la autorrealización individual mediante la integración en el todo (Kedourie 1985).

#### **5.2.6. El nacionalismo como discurso del género, de la sexualidad y de la etnicidad**

Los estudios contemporáneos del género y de la sexualidad han llevado a los historiadores a establecer una vinculación entre la nación y el nacionalismo y la formación de la identidad de género, sexual y étnica así como la regulación de las

políticas sobre la familia y la educación de los hijos. De ahí que la nación se haya visto como un discurso muy poderoso en la configuración de las definiciones de lo masculino y lo femenino, enlazadas a su vez con la regulación de los comportamientos normales y anormales. Aunque este tema será exhaustivamente abordado en el análisis de *The Heart of Midlothian*, destacaremos aquí únicamente la aportación de George Mosse y su obra *Nationalism and Sexuality: Respectability and Abnormal Sexuality in Modern Europe* (1985), de otra obra editada por Andrew Parker, Mary Russo, Doris Sommer y Patricia Yaeger, *Nationalism and Sexualities* (1992), como heredera de la dirección marcada por Mosse y finalmente de *Gender and Nation* (1997) de Nira Yuval Davis.

George Mosse (1918-1999) abrió con *Nationalism and Sexuality* un nuevo marco conceptual al examinar la construcción ideológica del nacionalismo y de sus consecuencias. Mosse argumentó que el surgimiento del nacionalismo europeo de principios del siglo XIX confluyó con la emergencia de nuevas pautas de conducta social impuestas por la burguesía tales como el control de las pasiones sexuales y el matrimonio como marco decoroso de las relaciones sexuales y procreadoras. El nacionalismo entró de este modo en connivencia con la respetabilidad y ayudó a canalizar las pulsiones sexuales hacia el amor por la nación, vinculando las identidades sexuales con las identidades nacionales. Asimismo estableció líneas definitorias de exclusión e inclusión en función de nativos y extranjeros y entre comportamientos normalizados y desregulados respectivamente, siendo éstos últimos una clara amenaza para la estabilidad nacional (Kramer 1997: 538-39). En este sentido, *Nationalism and Sexualities* retoma el legado de Mosse para reivindicar la imbricación de los discursos nacional y sexual y la imposibilidad de comprender íntegramente la nación sin hacer referencia a la sexualidad y viceversa (Parker et al.: 1992). Esta misma directriz es la que ha tomado Nira Yuval-Davis para mostrar la estrecha relación existente entre la

construcción de la nación, del nacionalismo y de los géneros y de la sexualidad. En esta obra reduce las inquietudes de la literatura feminista a tres cuestiones capitales; en primer lugar, las causas y el modo de la opresión femenina que han recibido diferentes términos en función de los autores: patriarcado en las obras de Zillah R. Eisenstein (*Capitalist Patriarchy*) y de Sylvia Walby (*Theorizing Patriarchy*), sistema de géneros/sistema de sexos para Rubin Gayle (*Towards an Anthropology of Women*) y régimen de géneros para R. W. Connell (*Gender and Power*). En estos análisis ocupa un puesto preeminente la construcción dicotómica de las esferas sociales en ámbitos privados y públicos y de la naturaleza-civilización. En segundo lugar, el estudio de las diferencias ontológicas entre los hombres y las mujeres para averiguar si éstas vienen determinadas biológica o socialmente o por una mezcla de ambas. Esta controversia se conoce con el nombre del debate entre los sexos y los géneros y entre sus máximos representantes destacan Alison Assiter (*Enlightened Women*), Judith (*Gender Trouble*) y Ann Oakley (*Sex, Gender, and Society*). Por último, la literatura feminista se ha centrado en las disimilitudes entre los hombres y las mujeres desde la óptica de las minorías étnicas en el marco de la sociedad occidental y su marginación dentro de la misma (Yuval-Davis 1997). De estos tres focos de interés para la literatura feminista, nosotros abordaremos los dos primeros en el análisis de *The Heart of Midlothian*.

### **5.3. La teorización de Anthony D. Smith y de Miroslav Hroch como puente entre los primordialistas y los modernistas**

Como figura puente entre la escuela modernista o historicista y la primordialista nos encontramos con Anthony D. Smith (1928- ), fundador de la interdisciplinariedad

de los estudios sobre el nacionalismo. Aunque Smith es catalogado como modernista porque coincide con estos autores en que el nacionalismo y el Estado-nación son fenómenos del siglo XVIII, reconoce en cambio los orígenes premodernos de la nación y la supervivencia de componentes étnicos en las naciones modernas. Smith recalca asimismo la modernidad del Estado-nación puesto que si los Estados europeos surgieron a raíz del llamado “sistema de Westphalia” en referencia al Tratado de Westphalia de 1648, no se transformaron en Estados-nación hasta el siglo XIX. El equilibrio de poder de este sistema se sustentaba sobre el respeto por la soberanía y el territorio ajeno entre entidades políticas independientes y centralizadas.

La teoría de Smith, como fusión o balance entre las dos corrientes, plasmada en sus obras *The Ethnic Revival in the Modern World* (1981) y *The Ethnic Origins of Nations* (1986) explica los principios de ambas posturas haciendo especial hincapié en la etnicidad de las naciones, pero siempre desde la objetividad. En “Nationalism and the Historians”, Smith describe pormenorizadamente la corriente modernista:

The first is the constructed nature of the nation. Not only is nationalism regarded as purely contingent and logically untenable: the nation itself, [...], is artificial, a concept and model of social and cultural organization which is the product of the labours of self-styled nationalists bent on attaining power and reaping the rewards of political struggle. The nation is an invented category; it has its roots in neither nature nor history [...] The nation dates from the moment of nationalist success: it is a purely modern concept and the product of quite modern processes like bureaucracy, secularization, revolution and capitalism. (Smith 1996: 177)

Para ello, retoma la línea primordialista de Edward Shils ahondando en el armazón de los orígenes de la nación. Ante cuestiones sobre la pertenencia a una



comunidad y sobre los rasgos que determinan la etnicidad, los primordialistas responden con varios elementos: 1. Los mitos de descendencia y de los orígenes<sup>11</sup> que apuntan a una historia (memorias de batallas, símbolos, costumbres, etc.) y a un territorio común, a un periodo de tiempo específico, a unos ancestros comunes y a una similitud de sentimientos y tradiciones que legitiman a la comunidad y la movilizan. Estos mitos que relatan una historia compartida y que preservan las reminiscencias de un pasado glorioso, cohesionan y educan a sucesivas generaciones, condicionando su comportamiento; 2. La idiosincrasia cultural dentro de la cual hallamos el lenguaje, los modos particulares de vida y los valores de la comunidad; mayor singularidad cultural equivale a una mayor intensidad y pervivencia de la etnicidad; 3. La historia, como símbolo de orgullo y de honor nacional, se convierte en el punto central del nacionalismo a través de la idea de la experiencia colectiva que desemboca en la fraternidad entre sus miembros; 4. Marcado sentimiento de integración y de solidaridad como fuerzas ante la adversidad y ante culturas alógenas que genera un abismo entre la superioridad y unicidad de la comunidad y la inferioridad y vulgaridad de los otros. En suma, Smith confirma estos cuatro componentes como precondiciones en la formación de una etnia: “[...] *ethnie* (ethnic communities) may now be defined as named human populations with shared ancestry myths, histories and cultures, having an association with a specific territory and a sense of solidarity” y el término “*ethnocentrism* to describe these exclusive attitudes, the sense of group centrality, the feelings of cultural uniqueness and the attitude of superiority towards other peoples and their mores” (Smith 1986: 32, 47). El etnocentrismo aparece siempre cuando la comunidad percibe

---

<sup>11</sup> Smith señala ocho motivos presentes en cualquier mitología nacional o mitos étnicos de descendencia y orígenes: 1. Mitos sobre los orígenes temporales (cuándo nació la comunidad); 2. Mitos de los orígenes espaciales (dónde nació la comunidad); 3. Mitos sobre los ancestros (quiénes nos dieron la vida y cómo descendemos de ellos); 4. Mitos de migración (a dónde emigramos); 5. Mitos de liberación (cómo fuimos liberados); 6. Mitos de la Edad dorada (cómo nos convertimos en un gran pueblo, valiente y heroico); 7. Mitos de decadencia (cómo nuestra comunidad decayó y fuimos conquistados); 8. Mitos de renacimiento (cómo recuperaremos la gloria de nuestra comunidad) (Smith, Anthony 1986: 192).

dos amenazas a su *status* y a su legado: las luchas intestinas y la decadencia y los peligros exteriores como una amenaza militar, socioeconómica o un contacto cultural.

Smith abarca también el paso de las etnias a las naciones localizando su causa en una revolución occidental triple: una revolución en la división del trabajo (transición del feudalismo al Capitalismo), una revolución en los métodos administrativos y militares del control, y una revolución educativa y cultural (la autoridad eclesiástica y la tradición fueron suplantadas por el Estado soberano que asumió la función de deidad). En conclusión, ninguna etnia que aspire a transformarse en nación puede prescindir de estos tres rasgos. Con el advenimiento de esta triple revolución y la eclosión del nacionalismo, la movilización política de las esferas inferiores como la burguesía y los campesinos y su metamorfosis en ciudadanos activos fue un elemento imprescindible para la creación de las naciones modernas. Además, en Occidente la centralización y la consolidación territorial fueron de la mano de la estandarización cultural en la que los lenguajes administrativos facilitaron el surgimiento de modos estándar de comunicación y la unidad y homogeneidad imaginada de las clases educadas.

Diferencia también entre dos tipos de nación, la étnica confinada a la Europa del Este y a Oriente y la territorial fundamentalmente confinada a Europa occidental, y aclara que tanto la nación como el nacionalismo son conceptos y formaciones inequívocamente occidentales, por lo que el factor que distingue a una nación de una etnia son los rasgos occidentales. La primera arraiga en etnias preexistentes y la segunda, la nación territorial, toma su sentido del territorio, esto es, de las lindes, del concepto de inclusión y de exclusión que son vitales en la definición de los ciudadanos, y de la leyes dado que la nación es una comunidad de instituciones legales, de la ciudadanía y de la cultura común (mitos, memorias, símbolos y lenguaje compartido). Smith concluye esta obra con las siguientes reflexiones: primero, las naciones no son

entidades estáticas, sino dinámicas que evolucionan con el paso del tiempo; segundo todas las naciones descienden de etnias y si carecen de ellas las inventan y tercero, ni las naciones ni el nacionalismo pueden brotar sin etnicismo ni sin etnias ya que si fuera así, sólo se podría hablar de Estados y de Estatismo (Smith 1981; 1986; 1996; 2000).

Miroslav Hroch (1932- ) se distancia de la concepción de que el nacionalismo es el factor formativo primigenio y de que la nación es su derivado. A diferencia de la perspectiva subjetivista que contempla a la nación como el producto de la conciencia nacional, del nacionalismo, de la voluntad nacional y de fuerzas espirituales, Hroch considera a la nación como un constituyente de la realidad social cuyos orígenes son históricos. Esto sugiere que los cimientos de la nación moderna son la única realidad fundamental y que el nacionalismo es el fenómeno lógico de la existencia de la nación. Ahora bien, el carácter objetivo de la nación no es equiparable ni a un conjunto de atributos fijos e inmutables ni a su categorización como una entidad eterna, impermeable a las relaciones sociales. Como corolario de esta idea, Hroch afirma que la nación es

a large social group characterized by a combination of several kinds of relation (economic, territorial, political, religious, cultural, linguistic and so on) which arise on the one hand from the solution found to the fundamental antagonism between man and nature on a specific compact land-area and on the other hand from the reflection of these relations in the consciousness of the people. (Hroch 1985: 4-5)

Según este político, la formación de la nación moderna supuso el antagonismo entre una nueva clase, el Tercer Estado, y la clase dirigente feudal y su resolución en la proclamación del Tercer Estado como sector representativo de toda la nación, nueva sociedad de ciudadanos en la que la conciencia nacional y el patriotismo se convirtieron

en ingredientes básicos de la estructura social. En paralelo al arraigo de la conciencia nacional se desarrollaron una serie de interconexiones y transformaciones entre las que destacaron notablemente la revolución burguesa, la Revolución industrial y la emergencia del movimiento obrero organizado y deliberado como forma de resistencia (Hroch 1985).



**CAPÍTULO CUARTO:**

**RELACIONES CRUZADAS ENTRE LA**

**LITERATURA Y LA POLÍTICA EN**

**LA CONSTRUCCIÓN DE LA NACIÓN**



Los regímenes políticos y el arte se han encontrado estrechamente vinculados a lo largo de la historia desde que dio comienzo con el orto de las altas culturas [...] ¿Quién puede comprender lo que fue de verdad la ciudad griega sin tener presente en la imaginación la acrópolis [...] o el stato italiano del Renacimiento sin tener en cuenta que fue una obra de arte en el sentido más estricto del término como puso de relieve Buckhardt?

Luis Díez del Corral, Velázquez, la Monarquía e Italia,  
1979

Se ve, pues, que la política, no es un terreno extraño a la literatura; y si bien el escritor huye las más de las veces de los puestos públicos, debe con su pluma dilucidar las cuestiones más graves, los puntos de que depende la suerte y la existencia de los pueblos.

Francisco Zarco, “El objeto de la literatura” (discurso leído en el *Liceo Hidalgo*), 10 de junio de 1851

¿Qué otra literatura habrá en el mundo ni más elevada, ni más amena, ni más espléndida que la de nuestro país, cuyos poetas y cuyos escritores, no irán a otros pueblos a mendigar la inspiración, ni adornarán sus composiciones con las galas de otra nación, con las bellezas extranjeras?

Luis de la Rosa, “Utilidad de la literatura en México” (conferencia pronunciada en el Ateneo Mexicano), 1844

## ❧❧ I. PRIMERA PARTE: ❧❧

# LOS INTELECTUALES COMO ARTIFICES DE LA NACIÓN

### 1. Los intelectuales a lo largo de la historia

Si hasta el momento esta tesis ha priorizado su atención sobre el contexto histórico-político de la Revolución francesa, de las Guerras napoleónicas y de su repercusión en Gran Bretaña por considerarlo fundamental para la comprensión del nacionalismo y de la nación, resulta ahora imprescindible tender un puente y ahondar en la vinculación que se estableció entre el discurso político y el discurso literario, ambos como integrantes del discurso ideológico, entendiendo por éste no sólo la disciplina filosófica que surgió en el siglo XVIII y que tenía por objeto el estudio de las ideas y de las sensaciones, sino también el “conjunto de ideas fundamentales que caracteriza el pensamiento de una persona, colectividad o época, de un movimiento cultural, religioso o político, etc.” (RAE 2001). La ideología cumple básicamente dos funciones: una social, que unifica a la comunidad, y otra individual, que orienta los modos de actuación de los integrantes de la comunidad. Ambas funciones legitiman la autoridad, siendo la relación con la autoridad la que otorga a la ideología su significado político. En suma, la ideología sirve como soporte de una elite y justifica el ejercicio del poder (Apter 1964: 15-46). A su vez debe recordarse que el poder implica invariablemente un conflicto entre el individuo que se somete y el individuo que ejerce la dominación, desembocando en un juego de fuerzas tensionantes entre dominante-dominado (Trillo-Figueroa 1999: 31). En el marco de ese conflicto de fuerzas opuestas, la literatura nacional siempre incardina una poética de la territorialidad a través de la cual, los

poemas, los himnos nacionales, las novelas y otras manifestaciones literarias se consagran a ensalzar la geografía con el propósito de ser reconocidas como fuentes hegemónicas de la cultura nacional en proceso de construcción. No es de extrañar que la misión prioritaria del nacionalismo sea la creación de una comunidad unificada que trascienda divisiones de sexo, género, etnia o de clase y que para lograrlo el discurso nacional busque la reconciliación entre tendencias contradictorias e intereses enfrentados. Como declaran Minoos Moallem e Iain A. Boal, “the *unified community* of the nation requires unsleeping negotiation and renegotiation, construction and reconstruction, creation and re-creation. It works ceaselessly at the boundaries of inclusion and exclusion” (Moallem y Boal 1999: 251-52).

En el momento de su nacimiento durante el siglo XVIII en Francia, la ideología hacía referencia al estudio científico de las ideas y un ideólogo era aquél que buscaba desentrañar la base material del pensamiento. Por ello, en sus inicios, la ideología se diseñó como una ciencia que perseguía el estudio racional de las leyes que determinaban la formación y la evolución de las ideas. La cuestión de fondo del análisis de las ideas giraba en torno a la desmitificación del *ancien régime* y a la hilera de prejuicios, dogmas y supersticiones que oscurecían la visión clara de la realidad y del pensamiento. Los primeros ideólogos franceses derivaron sus teorías del empirismo de Locke, incidiendo sobre la localización de las ideas humanas en las sensaciones y no en una fuente trascendental. Como portavoces de la burguesía, su objetivo fue la reconstrucción social a partir de un sustrato racional, de ahí su fuerte vinculación con la lucha revolucionaria (Eagleton 1997: 93-100).

El grupo de los ideólogos alcanzó su máxima influencia durante el Directorio (1795-1799) aunque sus obras principales fueron publicadas durante la era napoleónica. Los ideólogos tuvieron su origen en el salón de la viuda de Helvétius en Auteil, lugar en



el que los *philosophes* transmitieron a la siguiente generación, llamada los *idéologues*, su pasión y fidelidad por la Ilustración; así, Sièyes (1748-1836), Mirabeau (1749-1791) y Condorcet (1743-1794) legaron su patrimonio intelectual a jóvenes como Destutt de Tracy (1754-1836), Conde de Volney (1757-1820), Garat, Cabanis, etc. Considerados todos ellos herederos de los enciclopedistas, vieron con buenos ojos los albores de la Revolución y la orientación hacia la República ante la huida del monarca y el extremismo político. Los ideólogos opinaban que el poder debía permanecer en manos de una elite ilustrada y capacitada y no en manos del pueblo ignorante. En 1796, Destutt de Tracy creó el neologismo *Idéologie* en su obra *Mémoire sur la faculté de penser* para referirse al estudio de las ideas, entendiendo por tales el contenido de la conciencia; de ahí que el primer volumen de su obra *Éléments d'idéologie* se llamara *Idéologie* (1801) (Prieto 2001: 167-211).

Inextricablemente engarzado a la idea de la realidad como constructo social nos encontramos con el término ideología, concepto por otra parte debatible y cuestionable donde los haya debido a la ausencia de consenso en cuanto a su contenido. Como dice Terry Eagleton, “nadie ha sugerido todavía una adecuada definición de ideología” (Eagleton 1997: 19).

En el campo de la ideología, el autor Lewis S. Feuer resulta una figura altamente iluminadora. En *Ideology and the Ideologists* aclara que toda ideología se compone de tres factores inherentes, a saber, una estructura mitológica, un conjunto de doctrinas filosóficas que se alternan cíclicamente y un grupo históricamente elegido. El mito prototipo de las ideologías de los intelectuales es el mito de Moisés, aunque existen otros mitos, como el de Jacob, el de la creación, el de la rivalidad entre hermanos, etc. Sin embargo, una ideología es mucho más que un mito, dado que trata de demostrar la

verdad contenida en el mito a partir de supuestos filosóficos y científicos. Para defender las ideologías estas premisas filosóficas se han extraído de filósofos como Kant, Jeremy Bentham, William James, Augusto Comte, Nietzsche, Bergson, Emerson, o Sartre. La ideología se halla regida por dos principios, el principio del péndulo o el principio de la alternancia consistente en que cada idea filosófica recorre todas las posibilidades filosóficas de tal modo que una doctrina filosófica que se origina en la derecha se desplaza a la izquierda y viceversa, y el principio de las emociones que determina que el siguiente sistema filosófico expresará las emociones que han sido reprimidas en la ideología anterior. Este último principio sostiene que no existe una fusión entre la filosofía y las emociones reprimidas y articuladas que sea satisfactoria, es decir, que alcance el equilibrio puesto que la naturaleza de la psique humana implica que invariablemente la insatisfacción y la inconsistencia emocional provocan inestabilidad en las teorías intelectuales. En cuanto al grupo históricamente elegido, la historia de la ideología ha mostrado que los maestros de la ideología son siempre los intelectuales metamorfoseados en las elites gobernantes. Feuer declara que la ideología es la actividad específica de los intelectuales que se convierten en el equivalente de los sacerdotes y profetas en las religiones tradicionales gracias a un patrón histórico redentor por medio del cual los intelectuales suplantán a las elites tradicionales, haciéndose con su poder. La ideología es el instrumento que completa el vacío religioso y que valida el nuevo Mesianismo (Feuer 1975).

Göran Therborn en *La ideología del poder y el poder de la ideología* (1980) utiliza este vocablo en un sentido muy amplio para designar “ese aspecto de la condición humana bajo el cual los seres humanos viven sus vidas como actores conscientes en un mundo que cada uno de ellos comprende en diverso grado” (Therborn 1987: 1-2). Esta definición incluye tanto “las nociones y la ‘experiencia’ cotidianas

como las elaboradas doctrinas intelectuales, tanto la ‘conciencia’ de los actores sociales como los sistemas de pensamiento y los discursos institucionalizados de una sociedad dada” (Therborn 1987: 2), apartándose así de la definición marxista tradicional de la ideología como conciencia falsa. La capacidad operativa de la ideología reside en el mantenimiento y organización de la sociedad, que a su vez se sustenta gracias a la interacción entre dos procesos, el sometimiento y la cualificación de los individuos para ejecutar determinadas funciones sociales y que integran tres modos de interpelación ideológica: *Lo que existe, lo que es bueno y lo que es posible* y todos sus contrarios. Si es indudable que la ideología es un término cardinal en cualquier aproximación al estudio de la sociedad y de la literatura por cuanto la imagen de ambas que prospera está poderosamente ligada al poder de la clase hegemónica y contribuye a modelar la subjetividad humana mediante un proceso social de alusiones o interpelaciones (Althusser 1988), no podemos eludir otro de los puntos que moviliza, de extrema importancia para esta investigación. Según Göran Therborn y en relación al proceso mencionado de sometimiento y cualificación, dentro de la tipología ideológica descuellan las ideologías posicionales, responsables de asignar posiciones concretas dentro del orden social y de concienciar a los individuos de las divergencias existentes entre ellos y los otros. Esta fisura entre el yo y el otro da lugar a la contraposición entre la denominada ego-ideología y la alter-ideología, ambas, ideologías que designan la forma en que la clase dominante se relaciona y percibe a la clase dominada, garantizando su sumisión y esquivando su resistencia. De ahí que el control ideológico se asegure no sólo mediante la construcción y conservación de discursos sino también mediante afirmaciones y sanciones, de naturaleza no discursiva. La distinción entre la ego-ideología y la alter-ideología abre simultáneamente la puerta al reconocimiento de múltiples ideologías, en lucha constante en el seno de una sociedad, sometidas a

procesos de muerte y nacimiento cuando las antiguas ideologías entran en decadencia y sucumben ante la presión de las nuevas. En consecuencia, las ideologías son “*procesos sociales en curso*” (Therborn 1987: 63). Por su parte, Terry Eagleton en su obra *Ideología: una introducción* (1995) problematiza el carácter de la ideología al exhibir el amplio espectro de definiciones que dicho término comprende:

a) el proceso de producción de significados, signos y valores en la vida cotidiana; b) conjunto de ideas característico de un grupo o clase social; c) ideas que permiten legitimar un poder político dominante; d) ideas falsas que contribuyen a legitimar un poder político dominante; e) comunicación sistemáticamente deformada; f) aquello que facilita una toma de posición ante un tema; g) tipos de pensamiento motivados por intereses sociales; h) pensamiento de la identidad; i) ilusión socialmente necesaria; j) unión de discurso y poder; k) medio por el que los agentes sociales dan sentido a su mundo, de manera consciente; l) conjunto de creencias orientadas a la acción; m) confusión de la realidad fenoménica y lingüística; n) cierre semiótico; o) medio indispensable en el que las personas expresan en su vida sus relaciones en una estructura social; p) proceso por el cual la vida social se convierte en una realidad natural. (Eagleton 1997: 19-20)

Sin embargo, Eagleton se decanta por la definición más ampliamente aceptada de ideología como “la legitimación del poder de un grupo o clase social dominante” (Eagleton 1997: 24), consumada a través de seis estrategias diferentes como son la *promoción* de creencias y valores específicos de ese grupo, la *naturalización* y *universalización* de estas creencias, la *denigración* de ideas contrapuestas, la *exclusión* de modos alternativos de pensamiento y finalmente, el *oscurecimiento* de la realidad para ajustarla a los intereses dominantes. El carácter eminentemente engañoso de la ideología provoca su consideración “como una resolución imaginaria de contradicciones reales” (Eagleton 1997: 24). Eagleton también coincide con Therborn en que las

ideologías no son para nada homogéneas debido a su oposición incansable con otras ideologías subordinadas; paradójicamente, cuanto más poderosa es una ideología, mayor es su incoherencia y heterogeneidad interna, de tal manera que la consecución de las identidades puras es inviable (Eagleton 1997: 71).

Para nosotros, el concepto del Estado-nación y la correspondencia implícita del mismo entre los límites de la nación y los del Estado, constituye un constructo que persigue naturalizar la supremacía de un grupo determinado y el control sobre las estructuras ideológicas tanto del Estado como de la sociedad civil. Son precisamente estas minorías las que determinan las normas de inclusión y de exclusión dentro de la comunidad para monopolizar el acceso al poder y sojuzgar a la mayoría. Es importante señalar que los intelectuales fueron esenciales en la formación original de las naciones y de la patria, dado que la transición de la organización tribal a nacional fue obra de ellos (James 1996: 42-45; Fernández de la Rota 2005). Como afirma Gerald Newman, “Nationalism is, at the outset, a creation of writers [...] for nationalism [...] is first and foremost an *ideology*” (Newman 1987: 87).

Aunque los intelectuales alcanzaron su punto culmen durante el siglo XVIII y especialmente el siglo XIX, su existencia se remonta a épocas anteriores, haciéndose patente la fraternidad entre los sectores dirigentes y los profesionales de la pluma. Por ejemplo, en la antigüedad se rendía honores a los poetas a los que se consideraba como videntes, profetas, intérpretes de mitos y portadores de gloria; entre las antiguas comunidades germanas surgió un tipo de poesía clasista por oposición a la poesía comunal que no sólo se consideró propiedad exclusiva de la clase privilegiada, cerrada a influjos externos, sino que fue la creación de poetas profesionales al servicio de la elite dominante. En esta interrelación temprana entre el poder y la literatura reside la función

de propaganda del arte y el interés práctico y no tanto artístico de la aristocracia guerrera por la épica que se dejó como legado a la posteridad (Hauser 1988a: 148, 202-05).

Según Ángel Rama, durante el siglo XVI el núcleo de toda ciudad virreinal estaba invadido por una “ciudad letrada” que constituía el “anillo protector del poder y el ejecutor de sus órdenes”, es decir, una legión de eclesiásticos, administradores, educadores, escritores e intelectuales (Rama 1984: 25). Antonio Gramsci (1891-1937) afirma que los eclesiásticos fueron la categoría más común de los intelectuales y que monopolizaron durante mucho tiempo actividades como la ideología religiosa, la filosofía, la ciencia de la época, la enseñanza, la moral, y la justicia dado que en sus bibliotecas, talleres y escritorios se condensó la intelectualidad. Los eclesiásticos formaban una jerarquía intelectual vinculada orgánica y jurídicamente a la aristocracia de la tierra, y se repartían no sólo las propiedades feudales sino los privilegios estatales derivados de las mismas (Gramsci 1967; 1972). Aparte de dedicarse a la ilustración de libros, los monjes ocupaban su tiempo en una infinidad de labores como la arquitectura, la escultura y pintura, la orfebrería, el tejido de sedas y tapices, la fundición de campanas, la encuadernación de libros, y la construcción de fábricas para el vidrio y la cerámica. Posteriormente, ante la desmesura del poder del clero, surgió una cultura laica integrada por científicos, teóricos y filósofos no eclesiásticos que pretendió reducir el monopolio clerical y reforzar la monarquía.

Los intelectuales se encargaban de elaborar mensajes y de diseñar modelos culturales y a pesar de que a primera vista pudieran parecer ejecutantes de órdenes y no pioneros de las ideas que ofrecían a la sociedad, lo cierto es que su intimidad con el poder los convirtió no sólo en aparentes servidores sino también en detentadores de la autoridad. *Grosso modo* se puede afirmar que las ciudades se hallaban subdivididas en

una ciudad letrada compuesta por un elenco de intelectuales y en una ciudad real que abarcaba al resto de la población; ello se debió al abismo existente entre los que controlaban y usaban correctamente la palabra escrita que convirtió a la ciudad letrada en una “ciudad escrituraria” y los que sólo manejaban la palabra hablada, el grueso de los habitantes (Hauser 1988a: 41). A partir de ese momento, la letra adquirió un carácter inaccesible, incluso sagrado por su ubicación central, y se convirtió en un instrumento de ascenso social, de respetabilidad y de acceso a los núcleos del poder. Al hilo de esta idea, Miroslav Hroch distingue tres estratos dentro de la *intelligentsia* o único grupo claramente definido durante la época transicional al Capitalismo, cada uno de los cuales ocupaba una posición diferente dentro de la estructura de clase. El primer estrato comprendía a la elite intelectual, directamente asociada con la clase gobernante, a los oficiales del Estado, a los dignatarios eclesiásticos, a los grandes terratenientes y a la elite de las profesiones liberales como los abogados. El segundo estrato designaba a los grupos profesionales que aunque no estaban directamente implicados en la dirección del poder político o económico, gozaban de reconocido prestigio social debido a la estrecha vinculación que habían mantenido durante el Antiguo Régimen con las altas esferas. Entre ellos: los médicos, abogados de segunda línea, artistas, periodistas o científicos. Por último, el colectivo más numeroso de la *intelligentsia* que englobaba a oficiales, clérigos y profesores de clase media y baja. A pesar de que no se puede asignar una posición sólida a ningún grupo social en particular dentro de la estructura del nacionalismo, es indudable que el componente más vigoroso de toda comunidad nacional se encuentra siempre en la *intelligentsia* (Hroch 1985: 16, 129).

Según Hans Kohn en *Prophets and Peoples*, la era del nacionalismo asistió por primera vez al despertar de la conciencia nacional de los pueblos que se convirtieron en

los actores decisivos de la historia y que encontraron sus portavoces en una serie de profetas nacionales, encargados de interpretar la historia de la comunidad y de esculpir el carácter nacional. Kohn asigna a cinco países sus respectivos profetas nacionales por su contribución destacada al campo del nacionalismo y porque estas naciones fueron las grandes potencias de la segunda mitad del siglo XIX: Inglaterra-John Stuart Mill (1806-1873), Francia-Michelet (1789-1874), Italia-Mazzini (1805-1872), Alemania-Treitschke (1834-1896) y Rusia-Dostoievsky (1821-1881) (Kohn 1946).

La elite intelectual creció en Europa occidental después de la Reforma y muchas generaciones de pensamiento intelectual desembocaron en las ideas políticas radicales de la Francia del siglo XVIII marcando la política del siglo XIX. Según Hugh Seton-Watson, se puede admitir que los *philosophes* franceses fueron un tipo de *intelligentsia*, es decir, una categoría social separada dedicada al pensamiento y a la cultura y a la crítica del orden social y político vigente (Seton-Watson 1960: 41-50). Por su parte, Joseph A. Schumpeter sostiene que los intelectuales son aquéllos que poseen el control de la palabra escrita y hablada, cuya característica principal es la ausencia de responsabilidad directa en los asuntos prácticos. Según este autor, los intelectuales ya estaban presentes en el reino de los francos, pero su número era muy reducido (eran eclesiásticos, especialmente monjes) al igual que su capacidad para difundir sus creaciones que únicamente llegaban a una mínima parte de la población (Schumpeter 1960: 69-79). Uno de los rasgos definitorios de la modernidad es que en ella la tarea intelectual no se limitó exclusivamente a una clase social rígidamente definida como el clero durante la Edad Media sino que sus miembros fueron reclutados de un amplio sector social desvinculado de una clase como tal (Mannheim 1960: 62-68).

Un caso ilustrativo de la simbiosis entre la literatura y la política fue la Inglaterra del siglo XVIII. Si antes de la Revolución Gloriosa, los escritores encontraron amparo



en la Corte, después de la Revolución Gloriosa fueron los partidos políticos y los gobiernos dependientes de la opinión pública quienes actuaron como protectores culturales. Durante la monarquía (1689-1714) de Guillermo III (1650-1702) y la reina Ana I (1665-1714), el poder osciló entre los *Tories* y los *Whigs* quienes se vieron envueltos en una lucha por la supremacía política en la que no se escatimaron medios como la propaganda a través de la literatura. Los escritores se vieron empujados a ello por tres causas: por la inminente desaparición del mecenazgo, por la ausencia de un público numeroso que asegurara la venta de libros y por la carencia de una fuente de ingresos sólida. Jonathan Swift (1667-1745) y Defoe (1659/1661?-1731) fueron panfletistas políticos y concibieron sus novelas como dardos políticos; según Arnold Hauser, *Gulliver* (1726), sátira social y *Robinson Crusoe* (1719), novela pedagógica-social en la que se cantan las virtudes de la burguesía “son, en el sentido estricto de la palabra, propaganda política y casi nada más que propaganda” (Hauser 1988b: 204).

Con el desarrollo de la propaganda política en la literatura, el *status* económico y social de los escritores cambió radicalmente; éstos fueron premiados con altos cargos y gratificaciones abundantes al tiempo que su estimación moral aumentó ante el público. La posesión de la autoridad y la concesión de recompensas por parte de los políticos y del gobierno les convirtió en homólogos de las camarillas cortesanas y del rey. Esta situación alcanzó su punto culmen a finales de la monarquía de la reina Ana desapareciendo totalmente en 1721 con la arribada al poder de Sir Robert Walpole (1676-1745), hecho que provocó el hundimiento del patronazgo político y la inutilidad de los escritores para el nuevo gobierno *Whig*, suficientemente sólido para prescindir de propaganda política. Afortunadamente, muchos poetas encontraron refugio en el mecenazgo privado y aquéllos que no lo hicieron se vieron forzados a hacer

traducciones, ediciones revisadas, corrección de pruebas o colaboraciones en los periódicos. Hacia 1750 el mecenazgo privado se desintegró de tal manera que en 1780 ningún escritor gozaba del respaldo privado; fue entonces cuando el editor suplantó a la figura del mecenas. La presencia de los editores marcó la transición entre la propaganda política de siglos previos y el ejercicio libre de la literatura que permitió a los escritores olvidarse de la entrega de pensiones y prebendas para poder vivir del producto de su trabajo (Hauser 1988b: 203-10).

Antes de 1789, nunca la educación política de una gran nación como la francesa había sido dirigida por los hombres de letras y fue quizá esta característica la que proporcionó su carácter peculiar a la Revolución (B. de Huszar 1960: 1-18). Sin embargo, sí debe admitirse que durante la Ilustración francesa, los intelectuales jugaron un papel muy destacado en la estructura social dado que a lo largo del siglo XVIII, Francia fomentó la figura de los filósofos como hombres de letras, París se transformó en su sede, el francés en la lengua franca de los intelectuales europeos y la mayor parte de los filósofos extranjeros se consideraron discípulos de estos escritores franceses de tal manera que la propaganda política y científica francesa revolucionó Europa del mismo modo que el empirismo británico había mudado el racionalismo francés. Todos ellos estuvieron hermanados por sus constantes críticas a las instituciones establecidas, de ahí que por ejemplo, la Ilustración fuera denominada la Era de la filosofía o la Era de la crítica. Si todo lo que requería un filósofo como escritor y reformista era una amplia audiencia, libertad de expresión y respetabilidad, el siglo ilustrado proporcionó las tres

exigencias<sup>1</sup>, aunque debe reconocerse que Gran Bretaña fue el primer país que reconoció social y económicamente a los hombres de letras.

Durante la Ilustración francesa, la república de las letras subsistió en una sociedad dirigida por las oligarquías que protegían sus posiciones privilegiadas contra las ideas subversoras por medio de la censura que intimidaba por doquier a los escritores<sup>2</sup>. Si en otros países como en Gran Bretaña, las letras eran una asociación irregular en cafés o reuniones informales, en Francia se organizaron en torno a la Academia francesa y el control para introducirse en la misma se convirtió en una cuestión política; esto no resulta nada extraño puesto que la Ilustración trajo consigo un creciente radicalismo y cambios irreversibles en la economía, la política y la sociedad europea y si la mitad del siglo XVIII marcó la historia de las ideas, fue completamente a causa del trabajo de los filósofos (Gay 1970: 57-83).

Debe recalcar que tanto la escritura como los letrados fueron las fuerzas motoras que activaron la creación y la definición de la nación, lo que significa primero, que ésta no tuvo independencia al margen de los discursos que la pensaron e imaginaron y segundo, que la compenetración entre la política y los intelectuales desveló uno de los pilares del nacionalismo, es decir, la visión de la nación como una entidad cultural y política. Si antes de la Revolución francesa no hubo ningún vínculo entre el Estado como unidad política y la nación como unidad cultural, la fusión de ambos en una única concepción abrió una nueva fase en la historia de los Estados nación (Cobban 1994:

---

<sup>1</sup> Pierre Bayle (1647-1706) pidió dignidad para la literatura en su periódico *Nouvelles de la république des lettres*, fundado en 1684 y la introducción por parte de Joseph Addison (1672-1719) de la filosofía en los cafés señaló una mayor reputación e influencia de los escritores.

<sup>2</sup> En 1762, el gobierno ginebrino prohibió las obras de Rousseau, *Émile* y *Du contrat social*, secuestró las copias de las librerías y la importación de nuevos ejemplares y ordenó el arresto de Rousseau si entraba en territorio de Ginebra. En 1749, Diderot (1713-1784) fue encarcelado por tres meses en la fortaleza de Vincennes por su *Lettre sur les aveugles* (1749).

245-50). La escritura ha sido por tanto el espacio desde el que se creó la nación durante los siglos XIX y XX.

En 1819, Shelley publicó *A Defence of Poetry* donde reveló la fraternidad entre los poetas y la organización de la sociedad. Para Shelley, los poetas no sólo estaban capacitados para imaginar y expresar el orden indestructible del universo, para componer el lenguaje y la música sino también para instituir las leyes y fundar la sociedad civil. Si en la antigüedad los poetas fueron bien legisladores o profetas, Shelley les concede ambos talentos puesto que la visión del poeta penetra la realidad presente y futura y descubre las leyes con las que éstas deben regirse. Además constata que todas las transformaciones que son beneficiosas para las instituciones y para la mentalidad de una época y que provocan el despertar de un pueblo son siempre motivadas por la poesía. Con esta alusión indirecta a la Revolución francesa, se pone de manifiesto la vinculación estrecha entre las ideas derivadas de la poesía y su implementación en la sociedad al entrar en juego “an accumulation of the power of communicating and receiving intense and impassioned conceptions respecting man and nature”. En conclusión, los poetas son “the unacknowledged legislators of the world” (Shelley 2006: 74, 75).

Especial atención merece la obra de Tocqueville *L'Ancien Régime et la Révolution* (1858), en la que dedicó un capítulo a la relación de los hombres de letras con el mundo de la política. En este capítulo (primer capítulo del libro tercero) titulado “Comment, vers le milieu du XVIIIe siècle, les hommes de lettres devinrent les principaux hommes politiques du pays, et des effets qui en résultèrent”, Tocqueville se preguntaba cómo los hombres de letras pudieron llegar a ocuparse de la política hasta convertirse en una fuente de autoridad y localizaba una de las razones en la pérdida de valores, de potestad y en el debilitamiento político de la aristocracia que abandonó sus

funciones dejando el campo abierto a los escritores hasta el grado de ver con buenos ojos los progresos de éstos y de alentarlos. De esta manera, los escritores franceses sentaron las bases de un fenómeno que posteriormente se reiteraría con frecuencia: la manipulación de la opinión pública para alterar directa o indirectamente la marcha de la política nacional (Tocqueville 1988).

Para que la hostilidad contra el orden social germine, se precisa de una atmósfera apropiada en la que ciertos grupos trabajen, lideren y expresen el resentimiento dado que por sí misma la masa del pueblo es incapaz de organizar tal proceso. La nueva clase media de los intelectuales tenía que invitar a las masas a participar en la historia y esta invitación debía ser escrita en un lenguaje para ellas inteligible, de ahí la naturaleza populista del nacionalismo (Nairn 1994: 70-76). Los escritores se convirtieron en los líderes de la opinión pública desempeñando el papel que normalmente está reservado a los políticos. Durante la Revolución francesa, comenzaron a circular una cantidad considerable de panfletos y de documentos para inflamar los ánimos del pueblo en contra del rey; uno de los periódicos más importantes en este sentido fue *L'Ami du peuple* editado por Marat que incitaba a la revuelta y al derrocamiento de Luis XVI.

La minoría de líderes culturales instalados en el núcleo social de una sociedad de cultura nacional está formada por los siguientes individuos: hombres de letras, artistas, historiadores, filósofos sociales, juristas y moralistas, educadores y pedagogos, líderes de la economía y la tecnología, líderes políticos y líderes de rebeliones violentas (Znaniecki 1944: 22-23). La cohesión del grupo letrado se consigue mediante la afirmación de que sus orígenes se remontan a un acontecimiento inaugural que después ha pervivido en la memoria colectiva como referencia de actuación, actitud que

demuestra que la tendencia de cualquier modelo nacional es retrotraerse en el tiempo para localizar la unicidad del espíritu del pueblo. Este hecho primigenio cumple dos propósitos, por un lado, reafirmar y justificar las aspiraciones del grupo y por otro, proporcionarle continuidad y sentido histórico como parte integrante de un todo (Llorens 1969: 216). Es innegable que cualquier intento por definir la nación es una forma de hacer política y que la credibilidad de las naciones conlleva la invención de un conjunto de tradiciones por parte de los intelectuales como grupo de poder o al servicio de éste. Su meta es imponer su soberanía forjando una identidad comunal que tome como fundamento la cultura perteneciente al pasado, al presente y al futuro de la comunidad. Es por ello, que la fabulación de los orígenes como razón de ser de la nación es uno de los componentes constitutivos de la tradición nacionalista.

El reto de todos los intelectuales fue el de construir mediante las letras la conciencia nacional, la de contar la historia de la nación, de edificar el sujeto nacional a través de la poesía, la novela o la filosofía y de modelar el país con un corpus literario. Los textos de todos los intelectuales constituyeron un intento por preservar y sistematizar la continuidad cultural de la nación y de legitimar todos los discursos relacionados con la nación, ya fueran éstos literarios, históricos o críticos (Díaz Quiñones 1987: 21-26). La narrativa de una nación se cuenta y re-cuenta a través de historias nacionales, de la literatura, de la cultura popular, etc. todos ellos interesados en proveer relatos, imágenes, escenarios, símbolos y rituales que simultáneamente presentan a la identidad como primordial, esencial, unificada y continua (Valdés 2002: 71). Este trabajo de los intelectuales satisface las exigencias en primer lugar de las autoridades y en segundo lugar, de los miembros de la sociedad que precisan estabilidad y coherencia social, y que se sienten unidos mediante la creación de un conjunto de símbolos como las canciones, los poemas o las biografías que realzan la idiosincrasia

nacional. El ideal de nacionalidad cultural, socialmente distinto, delineado por la elite intelectual se consume cuando es aceptado y recibido por las masas. Mediante la predicación, la lectura y la escritura, los intelectuales dotan al pueblo de una imagen de la comunidad muy concreta, trazando modelos y normas que guían las conciencias en la dirección de los proyectos políticos. Toda labor de los intelectuales se levanta sobre un conglomerado de tradiciones que subsisten a pesar de los cambios de estructura de la intelectualidad, hecho que revela la utilidad de éstos no sólo para las sociedades industriales sino para cualquier sociedad que cuanto más compleja sea con mayor urgencia dependerá de los intelectuales (Shils 1976: 21-44; Gellner 1964; Aron 1957). Los intelectuales forjaron el vínculo entre la cultura y el nacionalismo con la ayuda de la filología, del valor de la lengua y de algunos géneros literarios como la poesía y las leyendas que contribuyeron a definir la identidad nacional europea. Esto ubicó tanto a la cultura como a la clase letrada en un puesto preeminente en la descripción de la identidad (Fernández Bravo 2000: 1-26).

Aunque es un hecho irrefutable que la relación entre la política y la literatura se remonta a épocas muy anteriores a la Ilustración y a la Revolución francesa, lo cierto es que durante el desarrollo de las mismas se hizo verdaderamente manifiesta la imbricación entre las dos corrientes, sentándose las bases para su apogeo durante el nacionalismo decimonónico. Desde esta óptica, se puede aseverar que todo aparato político mantiene siempre dos tipos de conexión con la literatura: cuando la política acapara el centro del sistema social como administración con plenos poderes y facultades, los escritores pueden o bien acatar los dictados políticos o bien cuestionarlos, por lo que podemos hablar de una literatura central y de una literatura periférica respectivamente. En la primera categoría los literatos actúan como un

refuerzo y se instalan en el núcleo político generándose entre ambos una auténtica simbiosis por medio de la cual la política se apodera de las manifestaciones del pensamiento, moldeándolo y dirigiéndolo a su capricho al tiempo que éste responde recíprocamente consolidando la supremacía de las elites y de su gobierno. Si el premio para la política reside en su legitimación, los letrados acceden a los círculos de poder y la literatura por su parte obtiene la entrada en el canon nacional. Sin embargo, la literatura periférica se consagra a subvertir el orden establecido, hecho que la condena al ostracismo así como a controles estrictos o directamente a la censura. Ni que decir tiene que cuando estos contra-poderes se alían con una tendencia política que a su vez presiona al núcleo del sistema social, juntas, más un cúmulo de fuerzas económicas, históricas, ideológicas, etc., terminan por derribar el *status quo*. A partir de ese instante en el que la nueva literatura y la política se hacen con las riendas del epicentro y modifican su esencia de periféricas a centrales, y viceversa en el caso de la antigua literatura y política, se vuelve a poner en funcionamiento el cuerpo social. Este solapamiento entre la cultura y la política no hace sino alumbrar las palabras de Foucault sobre la idea de que el poder y el saber “se implican directamente el uno al otro; que no existe relación de poder sin constitución correlativa de un campo de saber, ni de saber que no suponga y no constituya al mismo tiempo unas relaciones de poder” (Foucault 1996: 34).

En *Las reglas del arte* (1992), Pierre Bourdieu ilustra a la perfección este argumento al mostrar la situación de los escritores franceses durante la segunda mitad del siglo XIX así como la evolución del término “intelectual”. A lo largo de esta época, reconocida oficialmente como el Segundo Imperio (1852-1870) las instituciones políticas junto con la familia imperial practicaron un control directo sobre la literatura y el arte mediante dos procedimientos: por un lado, las sanciones impuestas a la prensa



como los juicios y la censura, y por otro, el reparto de ventajas materiales como pensiones, distinciones honoríficas o de ventajas simbólicas como permiso para representar obras de teatro, exponer en salones o tocar en salas de conciertos. Esto puso de manifiesto que las imposiciones para entrar en el campo político eran las mismas que para entrar en el campo literario; en los salones literarios, los políticos hacían prevalecer sus opiniones sobre los literatos e intentaban aprovecharse de su reputación, mientras que éstos se afanaban por conseguir los privilegios concedidos por el Estado. Muchos de estos escritores agasajaban a los directores de periódicos como *La Presse* o *Le Figaro*, (fundados en 1884 y 1825 respectivamente) amigos íntimos de la elite política, para abrirse camino en el campo de la escritura. Por su parte, los críticos literarios abusaban de su autoridad para rebajar y denostar todas las obras de calidad superior que no se ajustaban a sus valoraciones y a sus juicios estéticos. Ante tal panorama, una sección del cuerpo literario y artístico, encabezada por Baudelaire y por Flaubert<sup>3</sup>, se situó radicalmente frente a la burguesía, a los nuevos ricos sin cultura, que nunca antes habían ejercido tan despóticamente sus instrumentos de dominio. Hacia 1840, surgieron tres tipos de arte, el arte burgués, eminentemente comercial sujeto a las aspiraciones del público y vinculado a los integrantes de la elite, el arte realista que continuó con la tradición del arte social y que pidió que la literatura tuviera una función social o política y finalmente, el arte por el arte, representado por todos aquéllos que cuestionaban el orden moral y los pilares del sistema establecido.

---

<sup>3</sup> Baudelaire ejemplificó el caso más flagrante de subversión y rechazo de los poderes y las instituciones establecidas tanto literarias como políticas. Después del juicio de *Les fleurs du mal* (1857) fue excluido de la sociedad, estigmatizado en la literatura por la labor vengativa de la prensa. Otros autores como Ponsard (1848-1914) (en sus obras *Lucrèce*, 1843, *L'Honneur et l'Argent*, 1853, *La Bourse* o *Galilée*, 1867) y Émile Augier (1820-1889) (*La Ceinture dorée* 1855, *Maître Guérin*, 1864, *Les Effrontés*, 1861, *Le Fils de Giboyer*, 1862 *Lions et Renards*, 1869) criticaron las artimañas de la burguesía, su falta de escrúpulos y las riquezas mal adquiridas.

Bourdieu define al campo del poder como “el espacio de las relaciones de fuerza entre agentes o instituciones que tienen en común el poseer el capital necesario para ocupar posiciones dominantes en los diferentes campos (económico y cultural en especial)” (Bourdieu 1995: 319-20). Esto implica que infinidad de prácticas literarias y artísticas sólo tienen sentido en relación al campo del poder en el que el campo literario siempre se encuentra en una posición dominada. Como el mismo autor argumenta, a partir del Romanticismo, los escritores y artistas se convirtieron en una entidad dominada de la clase dominante, forzada a mantener una postura ambigua con respecto a “las fracciones dominantes de la clase dominante (los burgueses)” y con “las clases dominadas (el pueblo)” (Bourdieu 1983: 23).

Sólo durante la segunda mitad del siglo XIX, se logró en Francia una independencia de la literatura y del arte con respecto a los poderes externos como la política y la economía dado que se implantó como requisito esencial que la pertenencia a ambas disciplinas exigía desvinculaciones institucionales. Hacia 1880, el intelectual francés rompió completamente con la visión imperante hasta entonces del mismo, se enfrentó al mundo burgués y a las burocracias del Estado y consiguió por fin desgajar el ámbito literario del político, oponiéndose a los escritores del siglo XVII que para gozar de los privilegios estatales debían subordinarse a los dictados del poder. Fue en el caso Dreyfus (1894-1906) cuando los escritores, artistas y científicos se autoafirmaron por primera vez como intelectuales, como un contrapoder crítico con una autoridad basada en la autonomía del mundo del arte, de la ciencia y de la literatura.

En el caso de Inglaterra, Gerald Newman sostiene que la literatura comprendida entre el periodo de 1740 a 1789 no puede interpretarse sino como la fructificación del movimiento nacionalista en un cuerpo de textos que contenían mensajes codificados y que estaban internamente relacionados como instrumento de protesta frente a la

corrupción de la elite y su francofilia, como resistencia y subversión revolucionaria para estimular nuevas nociones de identidad nacional. En este marco, uno de los precursores fue William Hogarth (1697-1764) quien respondió agresivamente a las influencias culturales francesas con su temprana obra *Masquerades and Operas* (1724) en la que atacaba a las artes extranjeras y a sus admiradores aristocráticos ingleses. El sentimiento de alienación y de desesperación cultural de los intelectuales y artistas burgueses sumado a la crisis identitaria de gran parte de la sociedad, jugaron un papel preponderante en la germinación de la alianza entre la literatura y las nuevas fuerzas políticas.

La actividad nacionalista en Inglaterra pasó por varias fases: una primera en la que los intelectuales tomaron conciencia de la opresión cultural por lo que comenzaron a rechazar ideas foráneas, y una segunda en la que se forjó una identidad colectiva nacional. Esto se tradujo en la elaboración de una filosofía estética específicamente nacional y en el crecimiento repentino de la actividad erudita, concretada en una rápida proliferación de investigaciones lingüísticas, filológicas, étnicas e históricas, especialmente de la historia literaria, en la composición de diccionarios y enciclopedias nacionales, en la fundación de academias nacionales de arte y música, etc. Durante esta era literaria, comprendida entre 1750 y 1780, la erudición inglesa y la promoción de la herencia nacional cultural alcanzaron niveles sin precedentes: la fundación de *The Society of Antiquaries* (1751), la preparación del diccionario de lengua inglesa por parte de Samuel Johnson (1755), la apertura del Museo Británico (1759), la preparación de la *Biographia Britannica* (1747-1766), la primera edición de la *Encyclopedia Britannica* (1768-1771), la publicación de las primeras historias sobre la pintura inglesa (1765-

1780), la música (1776-1789), la poesía (1744-1781), la fundación de la *Royal Academy* (1768), etc.

Como ejemplo de esta primera fase, Richard Hurd (1720-1808) concibió su obra *Letters on Chivalry and Romance* (1762) como un instrumento en contra de la retórica francesa y de los patrones estéticos galos para revalorizar la grandeza literaria de Spenser, Shakespeare y Milton. Según Newman, esta obra debe considerarse un documento del nacionalismo literario inglés porque contribuyó a mermar la influencia francesa y a construir una filosofía estética autóctona. De ahí que no fuera casualidad la aparición conjunta del Prerromanticismo y del nacionalismo inglés. Asimismo, la expansión de la investigación lingüística, literaria e histórica intensificó la búsqueda de los orígenes comunes raciales y el contraste entre lo francés, lo galo y lo normando, y lo gótico, lo teutónico y lo anglo-sajón, hasta trasladar esta problemática a los debates sociales y políticos. En este sentido, fue notable la labor de los nacionalistas radicales que invocaron el mito de la libertad sajona y la opresión normanda, entre ellos, Obadiah Hulme con *Historical Essay on the English Constitution* (1771), James Burgh con *Political Disquisitions* (1774-1775) y John Cartwright con *Take your Choice!* (1776).

La segunda fase consistió en la creación por parte de los intelectuales de una imagen de la nación como proyección idealizada de un conjunto de rasgos con el fin de marginar la cultura foránea mediante la promulgación de estereotipos y lograr la identificación del pueblo con las cualidades de la particularidad nacional mediante las obras artísticas y literarias. Esto justificó por qué una vez que la identidad nacional ganó en credibilidad se convirtió en una identificación personal masiva y en un vehículo de transformación social y moral, modelando tanto el comportamiento individual como colectivo de la historia del pueblo. Esta segunda fase fue indisociable de la recuperación de los héroes del pasado que se convirtieron en prototipos de la identidad nacional y de

la educación nacional orientada a formar el carácter inglés sobre cinco rasgos esenciales: la inocencia, la honestidad, la franqueza, la independencia moral y la sinceridad. En medio del caos generado por la influencia francesa, los intelectuales se afanaron por inventar y atribuir a los ancestros aquellas características ausentes en la época.

No podemos concluir este apartado sin mencionar los efectos de la creación del mito nacional. Primeramente cabe destacar la emergencia de los llamados hombres de letras; los mitos nacionales permitieron a la *intelligentsia* convertirse en los abanderados de la verdadera cultura nacional inglesa a través de la crítica a todo lo extranjero y a través de la difusión de una ideología que los presentaba como mentores espirituales de la nación. Aunque los propósitos de esta cruzada eran aparentemente culturales y morales, su raíz era claramente política. En segundo lugar, la propagación de la identidad nacional jugó un papel primordial en el despegue económico y en la Revolución industrial. En último lugar, la revolución nacional condujo al encauzamiento del individualismo en una fraternidad solidaria (Newman 1987: 87-120).

## **2. Creación de una literatura y un canon nacional**

La emergencia del Estado-nación moderno en Europa a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX fue inseparable de la ficción. Por un lado, el nacionalismo dirigió el curso de la literatura partiendo de los conceptos románticos de la idiosincrasia popular y del lenguaje nacional hasta compartimentar la literatura en diferentes literaturas nacionales. Por otra parte, la literatura participó en la construcción de las naciones mediante la prensa y la novela. Las naciones son por tanto, constructos

imaginarios cuya existencia depende de un entramado de ficciones culturales dentro de las cuales la literatura ocupa un lugar preeminente, y dentro de ésta a su vez una manifestación muy concreta como es la novela, fuerza motora del nacionalismo europeo (Brennan 1990: 49).

El auge del culturalismo y del historicismo en la interpretación de la literatura durante el siglo XVIII sentó las bases románticas de las tradiciones nacionales. En toda Europa las literaturas nacionales y las historias literarias nacionales se fundaron a través de la publicación o re-publicación de las obras y de los géneros literarios más representativos que actuaron de soporte de los movimientos nacionalistas y regionalistas en su intento por especificar su nacionalidad (Trumpener 1993: 707). Durante el siglo XIX, los novelistas fueron estimados como los fundadores de la patria dado que sus narraciones se convirtieron en el centro de la nación: relatos de los orígenes, mitos de los padres de la nación, genealogías de héroes, todos ellos buscaban constituir la identidad frente a la diferencia, el centro frente a la periferia, la superioridad de interior frente al exterior, etc. Leslie Fiedler admite que entre la novela y la fundación de América se desarrolló una conexión íntima y peculiar dado que los comienzos de la nueva sociedad fueron equivalentes a los inicios de una nueva forma literaria (Fiedler 1997: 23).

El gran siglo del despertar y del robustecimiento del moderno Estado-nación y de las literaturas nacionales, de la filología y del canon nacional en Europa fue sin lugar a dudas el siglo XIX. La filología, como articulación romántica, resultó crucial para el sentido de la especificidad del lenguaje y por tanto, de los pueblos y naciones. Según José Carlos Mariátegui (1894-1930), en Occidente el auge de las literaturas nacionales coincidió con la enunciación política de la nación y se circunscribió al movimiento que, a través de la Reforma y el Renacimiento, engendró los elementos ideológicos y

espirituales del liberalismo y del Capitalismo. La corriente nacionalista con su énfasis en la idiosincrasia nacional de la literatura fracturó la unidad europea asentada sobre el latín y el Papado (Mariátegui 2000: 67-73). La constitución de las literaturas nacionales durante el siglo XIX fue un triunfo de la “ciudad letrada” (Rama 1984: 91-97) mencionada más arriba que, mediante la escritura, se encargó de construir los cimientos de la nación y de conseguir que el pueblo se identificara con el proyecto diseñado. De hecho, uno de los principales postulados de los autores románticos y liberales fue la creación de una literatura nacional porque se consideraba que el estudio de la propia cultura era una condición previa al nacimiento de la conciencia nacional.

Es importante resaltar que una nación se caracteriza por el auge de las artes, la poesía y la elocuencia, por eso durante la Ilustración el arte se convirtió en una preocupación central para la sociedad. Uno de los modos más efectivos para propagar el nacionalismo consistió en promover una literatura autóctona que lo impulsara y reforzara (Romero López 2006: 10). Para ello, toda literatura nacional, reproduciendo la estructura política, se fundamentó sobre un núcleo rígido y cerrado ante los desafíos de ideologías amenazantes y subversivas. La médula de la literatura nacional procedió de la creación de un canon nacional que contribuyó sobremanera al florecimiento de un sentimiento específico y de una identidad nacional. Alrededor de este epicentro se consolidó un sistema de satélites que intensificó el programa del canon y la difusión de la conciencia nacional, y que se concretó en la imprenta y la prensa, la crítica literaria, la historia literaria, la historiografía, los géneros literarios, las sociedades literarias, el patronazgo y las escuelas o universidades. En un segundo plano, encontramos elementos como las ediciones de textos, los estudios literarios o culturales, los diccionarios, las enciclopedias, las reseñas, las academias, los premios y las distinciones

que establecieron modelos y garantizaron la repetición de pautas de comportamiento determinadas.

En definitiva, el Estado recurrió a la literatura nacional como un catalizador para forjar la ciudadanía a través de principios y valores que condensaban la esencia de lo nacional y que proyectaban imágenes particulares del país en cuestión. Los dirigentes políticos en consonancia con los letrados divulgaron una cadena de conceptos como Estado-escritura-nación-historia-pueblo-literatura que se incorporaron a la sociedad del momento en calidad de pilares de la identidad (González-Stephan 2002: 190, 212).

## **2.1. El canon**

El origen de la palabra canon no deriva del campo literario sino que su uso primigenio nació en el entorno de la religión donde se empleaba para hacer referencia a la selección de los libros bíblicos, consistente en la distinción entre los llamados textos verdaderos, los canónicos, conservadores de la doctrina e ideología correcta a ser transmitida, y los textos apócrifos, cuya veracidad y valores eran puestos en tela de juicio. El canon bíblico lo forma el elenco de libros pertenecientes al Antiguo y al Nuevo Testamento, considerados sagrados y autorizados por haber sido inspirados por la divinidad. El término canon procede etimológicamente del griego *kanon* que tenía dos significados: denotativamente, designaba una vara o caña recta de madera, una regla que los carpinteros usaban para medir y connotativamente, una ley o norma de conducta ética. Los filólogos alejandrinos usaron el vocablo canon para aludir a las obras escogidas por su excelencia lingüística y en consecuencia, por ser dignas de imitación. El núcleo del concepto canon gira en torno a una norma o regla y a un corpus de autores



y textos ejemplares (Sullá 1998: 18-20). Según Jan Gorak, la evolución de los cánones judaico y cristiano alumbra la comprensión sobre el canon clásico. En primer lugar, porque la autoridad es divina más que humana, natural o instrumental; segundo, porque el canon es el relato íntegro de un pueblo contenido en un libro sagrado; tercero porque este relato es una narrativa cerrada y cohesionada por una misión providencial y cuarto, porque este destino marcado por la voluntad de Dios rige cada aspecto del trabajo, de la vida pública y privada de la comunidad religiosa, canonizando la cotidianeidad. La fuerza implícita en esta narración y destino comunal presente en la temprana Iglesia cristiana tomó su modelo de las costumbres religiosas judías y del primer canon judío que data del año 600 antes de Cristo originado en la destrucción del templo de Salomón con el consiguiente exilio de Israel. A partir de este acontecimiento, los judíos compilaron un grupo heterogéneo de textos (crónicas, leyes, lamentos, narraciones épicas, etc.) en una historia continua a la que llamaron el *Libro sagrado*. En definitiva, la imbricación entre el canon judaico, el canon cristiano y el canon clásico, subraya la similitud entre los cánones religiosos y el canon secular en la formación y preservación de la identidad de un pueblo en particular por oposición a otras comunidades (Gorak 1991:19-21; Malcuzyński 1995).

Tanto la literatura nacional como el nacionalismo fueron movimientos diseñados por sectores sociales con intereses políticos, de ahí que la cultura nacional estuviera controlada por un conjunto de opiniones y poderes autorizados cuya labor radicaba en decidir históricamente el valor de los textos y de las manifestaciones culturales. Estos poderes que se asociaban a su vez con los saberes establecieron unas normas, denominadas canon, que fijaban la exclusión o inclusión de determinados textos en el campo literario. El canon servía como filtro de las identidades auténticamente

nacionales y proyectaba y codificaba un imaginario compartido por la nación que definía a los sujetos nacionales en el marco del presente, del pasado y del futuro (Zavala 1993: 27-76).

Tradición y canon nacional son dos vocablos que se hallan íntimamente unidos por cuanto se utilizan, literariamente hablando, de manera indistinta. Aun cuando la tradición tiene un significado y aplicación más amplio, se hermana con el concepto de canon cuando se trata de la supremacía de unas obras sobre otras como parte constitutiva del corpus literario que resiste al paso del tiempo. El estudio del canon constituye una parcela de la Teoría de la Literatura y su tratamiento comprende consideraciones tan vastas como su definición, su formación (cómo se crea un canon, qué fuerzas, qué intereses favorecen su surgimiento y mantenimiento), su función (para qué sirve), su fluctuación a través de las épocas (por qué ciertos autores han sido marginados y posteriormente ensalzados y viceversa), su constitución (cuáles son los componentes de un canon, qué autores, qué obras), sus instrumentos (en qué se apoya el canon para consolidarse, en antologías, en historias de la literatura, en la enseñanza, en las instituciones), etc.

Un canon literario es una lista de obras estimadas por las autoridades públicas y la elite dirigente como valiosas y ejemplares, que merecen ser comentadas, estudiadas y emuladas porque cumplen las siguientes funciones: 1. Provisión de modelos, ideales e inspiración; 2. Transmisión de la herencia del pensamiento; 3. Creación de marcos de referencia comunes; 4. Intercambio de favores, en cuanto a la atención recíproca que se prestan entre sí los autores ayudando a formar el canon; 5. Legitimación de la teoría; 6. Historización o presentación de una perspectiva histórica y 7. Pluralismo o expresión del punto de vista de otras clases o grupos que no son los dominantes (Harris 1998b: 50-56).

En otras palabras, la presencia del canon recuerda que no todas las obras tienen un valor estético aceptable por el poder y que mientras unas deben ser recordadas, otras deben ser olvidadas. Aquéllas que cruzan el umbral del tiempo y de la historia, sirven como modelos culturales e ideológicos de la identidad nacional erigida fundamentalmente sobre la lengua. Este sometimiento de la estética a las luchas de poder, de la transformación de las obras literarias en textos sociales o culturales, en definitiva de la pérdida de la dignidad de la literatura, es contra lo que Harold Bloom se rebeló en *The Western Canon* (1994)<sup>4</sup>.

Según Frank Kermode, la Institución es un instrumento fundamental en el control de la exégesis de los textos dado que organiza las opiniones y prescribe la legitimidad de las interpretaciones que terminan por condenar o aceptar cualquier tipo de producción. Esta institución es la comunidad de profesionales que descodifica la literatura y enseña a otros cómo hacerlo, una comunidad que tiene autoridad para delimitar toda materia, emitir valoraciones, validar interpretaciones y actuar de dos modos ante las amenazas externas, bien legitimando o anulando una nueva doctrina (Kermode 1972: 168-84; Sullá 1998). En su otra obra, *Formas de atención* (1985) se muestra bastante escéptico ante la temática del canon e identifica a éste con el título de su obra para recalcar que el canon es un constructo al que se atribuyen las características de indestructible, imperecedero, paradójicamente basado en “formas de atención”, en consideraciones subjetivas que interactúan con los presupuestos estéticos de las sociedades, a su vez, órganos cambiantes. Kermode pone el énfasis en la idea de los privilegiados, los que están dentro, los que disfrutan de una deferencia y reputación por oposición a los que se encuentran fuera del clan literario. Asimismo, dicha reputación

---

<sup>4</sup> “One breaks into the canon only by aesthetic strength, which is constituted primarily of an amalgam: mastery of figurative language, originality, cognitive power, knowledge, exuberance of diction” (Bloom 1994: 29).

les abre una puerta a la continuidad, inmunizándose ante las garras del tiempo. Kermode nos hace conscientes de tres rasgos adicionales del canon: una de sus fuentes formativas emana de la opinión, son las comunidades cultas las que se encargan de preservar la memoria literaria, y por último, el canon se ve sometido a cambios pero jamás tan drásticos como para desestabilizar su estructura interna.

Al señalar la opinión en su función formadora del canon, descubre una vía por la cual el talón de Aquiles del canon hace acto de presencia. Si los juicios valorativos son personales y éstos fluctúan de individuo a individuo, ¿cómo llegan a engendrar cánones? y si al fin y al cabo todo es una cuestión de subjetividad, ¿por qué determinados criterios prevalecen sobre otros, especialmente cuando las ideas se mueven de un modo incesante?, ¿cómo puede algo tan variable como el parecer personal dar lugar a algo tan permanente y conservador como el canon? Ahora bien, parece ser que la fuerza responsable modeladora de estas opiniones deriva de las comunidades cultas, es decir, de supuestos grupos de eruditos cuya instrucción y sabiduría les autoriza para dictar qué obras merecen permanecer en los anales de la historia literaria. Aun así, la opinión es un arma de doble filo ya que puede ensalzar o degradar, conservar o destruir, y “es conveniente recordar que la opinión no siempre está del lado de la virtud, que puede ser un medio para caer en el olvido así como también la mayor defensa en contra de él” (Kermode 1998: 50-56; 1988a). La problemática central que plantea la valoración individual es su dependencia directa de la ideología estética y social predominante, con la consiguiente merma o elogio de las obras sometidas a examen. Esto es lo que lleva a Kermode a preguntarse: “¿Por qué medios atribuimos valor a las obras de arte y de qué manera nuestras evaluaciones afectan nuestra forma de atenderlas? [...]. La historia de esos objetos inusuales que desaparecen del canon, en realidad desaparecen de la vista, pero son restituidos después

de largos periodos de negligencia [...]” (Kermode 1988a: 15). El tercer y último aspecto que Kermode apunta es que el canon sufre modificaciones parciales, lo cual nos lleva a deducir que todo canon no sólo incluye un núcleo sino que tal centro contiene a su vez otro círculo interior cuya naturaleza le hace infalible a cualquier mutación y proceso de deterioro. Por su parte, Samuel Weber define a la institución como un organismo de creencias y prácticas muy bien definidas y unificadas (Weber 1987: 36). Éste es el mismo argumento que expone Stanley Fish en su obra *Is there a text in this class?* (1980) en la que se pregunta si es el lector o el texto la fuente de significado; tras responder que ninguno de estos elementos dota de sentido a un texto, concluye con la aseveración de que es el conjunto de suposiciones y creencias institucionalizadas el origen del significado literario, y el que define a la comunidad interpretativa. Esto quiere decir que es la comunidad de interpretación la que dota de vida y de identidad a la literatura (Fish 1980).

Siguiendo la argumentación de estos críticos, llegamos a la conclusión de que el canon como constructo social ha sido un intento racional por identificar el centro de una cultura literaria y los intereses del grupo dominante, por lo que el canon es la racionalización del poder de una comunidad. El canon actúa como un instrumento de control sobre el pasado literario y sobre el presente cultural, de ahí que sea una compilación de textos fundacionales (Valdés 2002: 93-94). Para Arnold Krupat, la comprensión del canon literario ha sido abordada desde dos ángulos opuestos, por un lado la descripción del canon como un cuerpo de textos que goza de una autoridad perenne y por otra, el canon como una entidad legitimadora del orden social reinante de tal manera que la comprensión del contenido del canon conlleva la aceptación de los postulados de la clase dominante (Krupat 1989: 22). La crítica contra el canon se ha

dividido en dos ramales: por un lado, muchos escritores sostienen que éste opera como una herramienta de exclusión sistemática que refuerza las tendencias ideológicas de un grupo o sociedad en particular, mientras que por otro, se acusa al canon por su carácter institucional dado que un alto porcentaje de críticos lo contempla como un medio de transmisión de valores y respuestas ortodoxas de carácter conservador (Gorak 1991: 1-2).

Para Alastair Fowler, sacar a debate el tema del canon conlleva la crítica y análisis de una parte de la literatura, esto es, de un grupo limitado de escritores y obras del pretérito, un reducto literario que se denomina canon y que varía de época en época y de lector en lector (Fowler 1982: 213-14). Según José-Carlos Mainer, un canon literario es “un elenco de nombres que se constituye en repertorio referencial de las líneas de fuerza de una literatura y, en tal sentido, es una permanente actualización del pasado”. Además un canon no se genera espontáneamente y siempre es una lectura intencional y sesgada del pasado (Mainer 1998: 272-74).

## **2.2. Componentes reforzadores del canon**

### **1. La imprenta y la prensa:**

Ningún acontecimiento político, constitucional, eclesiástico, económico, sociológico, filosófico o literario puede ser plenamente comprendido sin reconocer la influencia que la imprenta ejerció sobre la historia. La difusión de la imprenta influyó sobre la intelectualidad de las naciones europeas reforzando dos líneas de pensamiento diametralmente opuestas: por un lado, los vínculos entre los países europeos se estrecharon por lo que las doctrinas de filósofos, los descubrimientos de los científicos,

las producciones de los literatos y otras manifestaciones del intelecto humano fueron percibidas como propiedad común y compartidas por todas las naciones independientemente de su origen; por otro, la imprenta hizo más profundas las fronteras nacionales de las actividades intelectuales, dado que a medida que se amplió el círculo de lectores y su preferencia por libros impresos en la lengua vernácula, el latín empezó a entrar en desuso como principal vehículo de comunicación. Este hecho vino motivado por la Reforma que mediante la publicación de traducciones bíblicas desempeñó un papel crucial en la producción vernácula de libros del siglo XVI y en la edificación de murallas lingüísticas entre las naciones. No hay que olvidar que fue William Caxton (1422-1492) quien eliminó la confusión de los dialectos del Inglés Medio (1150-1450) al fijar la lengua estándar en torno a Londres, unificando por tanto la lengua inglesa. Posteriormente, la influencia social de la imprenta siguió siendo seminal; si durante el siglo XVII la cultura estaba confinada a los eruditos, durante el siglo XVIII la clase media emergente y las mujeres mostraron su interés por el desarrollo intelectual y una marcada afición por la lectura. Además, el deseo por mantenerse informados y entretenidos puso en marcha la existencia de la prensa periódica que a principios del siglo XVIII se había convertido en una auténtica institución social (Steinberg 1974; Eisenstein 1979). La invención de la imprenta eliminó las incoherencias del trabajo de los escribanos reduciendo los errores y congelando la ortografía y la sintaxis de todas las lenguas de las naciones. Aparte de estabilizar los lenguajes europeos imprimió un carácter fáctico y autoritario a las noticias que se filtraron en la conciencia colectiva como una fuente de autoridad, extendiéndose la idea de que algo impreso era algo creíble y verídico. En definitiva, la imprenta trazó una línea divisoria en la historia de Europa entre la cultura impresa y la amanuense, catalizando el Renacimiento italiano, la Reforma protestante y la Revolución científica. Aunque la imprenta aumentó la rapidez

con que las ideas eran transmitidas, tuvieron que transcurrir varias generaciones de coexistencia entre las obras manuscritas e impresas antes de que éstas últimas acapararan todo el protagonismo.

La imprenta por tanto no sólo posibilitó la transformación de las noticias manuscritas en noticias impresas sino que impulsó la aparición de los libros, de todo tipo de documento escrito y de los periódicos. Sin embargo, antes de la aparición de los primeros periódicos, existieron ciertas formas de comunicación social; todo gobierno poderoso que deseaba seguir siéndolo requería un medio efectivo para la difusión de las noticias. Julio César (101 a.C.-44 a.C.) sabía esto perfectamente y por ello, ideó un método para unir a los pueblos distantes mediante la divulgación regular de información: las *Actis Diurna* o *Acta Publica* (59 antes de Cristo), una serie de tablones que se exponían en los muros del palacio imperial o en el foro en los que figuraban los acontecimientos más importantes del Imperio y que incluían una variedad considerable de noticias como matrimonios, nacimientos, accidentes, defunciones, juicios, ejecuciones o batallas militares. Las Actas Diurnas fueron fundamentales en la unificación del Imperio al crear un sentido de comunidad (Frasca 2003: 80-84). Durante la Edad Media, surgieron los mercaderes de noticias que redactaban los *Avisos* o *Folios a mano* (cuatro páginas escritas a mano carentes de título y de firma con la fecha y el nombre de la ciudad de la que procedían) y que terminaron por ser censurados por las autoridades europeas. Junto a ellos y con la aparición de la imprenta florecieron publicaciones periódicas como los *Ocasionales* que informaban de hechos excepcionales cuando la ocasión lo requería, y las *Relacionales*, publicaciones semestrales que relataban los eventos más destacados ocurridos en Europa. En el siglo XVI, se siguieron publicando los *Avisos*, los *Ocasionales* y las *Relacionales* en paralelo a una nueva publicación, los *Canards* similares a los *Ocasionales* pero de contenido



más popular. A partir de 1609 y con periodicidad semanal, comenzaron a publicarse las Gacetas utilizadas por las monarquías absolutistas como instrumento propagandístico. Entre ellas destacaron las gacetas francesas *La Gazette* (1631), *Le Journal des Savants* (1665) y *Le Mercure Galan* (Weil 1962; Fowler 1991). En 1789, el periódico se transformó en Europa en el diario, separándose de la revista, y los gobiernos de la Francia revolucionaria y napoleónica fueron los primeros en usar las imprentas para seducir a gran escala a las masas con las nuevas ideas políticas. Desde una perspectiva decimonónica, la contribución de la Revolución francesa al desarrollo de la prensa en Francia fue política más que propiamente técnica dado que sacó a la prensa de la oscuridad en la que había estado sumida durante el Antiguo Régimen y la introdujo en el campo político que surgió con la *Declaración de los derechos del hombre*. Desde ese instante, la prensa se integró en la vida política y se convirtió en una profesión (Gough 1988: 231-33).

El primer periódico diario nació en Inglaterra en el siglo XVIII y fue el *Daily Courant* (1702), y hay que señalar que los principales centros de circulación de periódicos fueron los cafés en los que la gente se reunía a leer y a comentar las noticias. Dos figuras indiscutibles en el campo de la prensa británica fueron Richard Steele (1672-1729) y Joseph Addison (1672-1719) quienes fundaron *The Tatler* (1709-1711) y *The Spectator* (1711-1714), periódicos extremadamente innovadores para la época, no sólo por sus reflexiones en torno a la estética, al estilo literario o a la vida en la ciudad sino porque inauguraron la tradición de los periódicos de tirada diaria cuya temática giraba en torno a la literatura y a los modales, divulgando la cultura de los caballeros británicos entre una amplia audiencia. En 1785, apareció *The Daily Universal Register* posteriormente conocido como *The Times*, y en 1792 se aprobó en Inglaterra la *Ley de*

*prensa burguesa* o *Libel Act*. Los diarios no sólo eran instrumentos difusores de información sobre la realidad política sino órganos de instrucción cultural que despertaron y acrecentaron el patriotismo, la conciencia política y el optimismo nacional a través de numerosas publicaciones como documentos oficiales, poemas, cantos patrióticos o relatos históricos. Mediante los diarios, las elites políticas realzaron la importancia de los derechos ciudadanos como criterio definitorio de la nación enmarcada dentro de unas fronteras y concebida como unidad puesto que la fuente de legitimidad ya no procedía ni del absolutismo ni de las dinastías sino del pueblo soberano (König 1998: 9-33). Como creador y distorsionador de la opinión pública, el periodismo ayudó a su vez a formar críticamente a los lectores en los principios imperantes. La selección y omisión de ideas fueron dos mecanismos utilizados por los editores para dirigir la opinión del pueblo junto con una galería de medidas como el secuestro, el cierre o la suspensión del periódico, la censura o los controles sobre el contenido publicado.

Entre las funciones de los periódicos cabe adelantar fundamentalmente cuatro: la modelación y manipulación del pensamiento por parte de aquéllos que controlan el poder económico y político; creación de un foro de debate y discusión pública que ha permitido tanto al pueblo como a los líderes guiar a las naciones; implantación de una mentalidad alerta sobre la correcta conducta nacional y la creación de un producto orientado al consumidor que busca satisfacer las necesidades de los lectores (Copeland 2003: 104-11).

## 2. Historias literarias:

Durante el siglo XIX, las historias literarias sirvieron para construir ideológicamente las literaturas nacionales como reflejo de los intereses de las clases dominantes por implantar la unidad política nacional. Pero la escritura de estas historias literarias no fue labor simple dado que conllevaba seleccionar un pasado, localizar su origen, marcar una serie de fases de evolución, escoger un conjunto de obras nacionales, etc.

El modelo que emergió a partir de las historias literarias nacionales puso el acento sobre la continuidad, el consenso, la autenticidad y la autoridad (Greenblatt 2002: 52). La historia literaria ha desempeñado una función crucial en el desarrollo de la ideología nacional que ha avanzado en paralelo con un sistema de exclusiones y marginaciones en base a la raza, el origen étnico, el género, la clase social o la lengua. Se admitió que este ostracismo se debía a una calidad literaria inferior y no a una norma que espejaba el ejercicio del poder (Valdés 2002: 105). El modelo nacional de la historia literaria se fundó sobre la singularidad étnica y lingüística, en otras palabras, sobre la pureza para conseguir un doble propósito, por un lado, conceder autoridad cultural al país en cuestión y por otro, establecer una línea de continuidad entre el pasado y el presente de acuerdo con el modelo teleológico o evolucionista, siguiendo la idea de Herder de que la organicidad de la literatura expresaba el espíritu nacional. En suma, el proceso de evolución, en términos de calidad y legitimidad, que experimentó la literatura fue el mismo que el experimentado por la nación (Hutcheon 2006: 231-304; Sosnowski 1995).

### 3. La crítica literaria:

La crítica literaria es también una fuerza consolidadora de la nacionalidad y formadora del canon literario. La crítica es la que determina el cambio de *status* de un texto u obra literaria de menor a mayor y su inclusión en el canon, confirmando que los autores cumplen las exigencias de calidad (Robinson 1998: 116). Su función reside en educar el gusto literario del público para crear un mercado más amplio y estable que sustente y legitime la producción de la república de las letras, que salvaguarde los valores sociales de la clase dominante y fomente el desarrollo de la comunidad. El caso recurrente de autores abandonados en su tiempo y recuperados décadas o siglos después es uno de los aspectos más evidentes de la crítica literaria que fija lo que se admite como literatura (Baldick 1983: 5).

John Dryden (1631-1700), el padre de la crítica inglesa escribió en 1668 un ensayo titulado “Of Dramatic Poesy: An Essay” en el que justificaba su discurso, mediante la apelación al lector, como una reivindicación del honor de los escritores ingleses frente a la censura de aquéllos que injustamente preferían a los franceses antes que a los propios literatos nativos. En las páginas dedicadas a Charles Lord Buckhurst defendía asimismo la lengua inglesa afirmando “I leave the words to work their effect upon your Lordship in their own language, because no other can so well express the nobleness of the thought; and wish you may be soon called to bear a part in the affairs of the nation, where I know the world expects you, and wonders why you have been so long forgotten [...]” (Dryden 1970: 19, 17). Para Harold Bloom, Samuel Johnson (1709-1784) al que denominó “the national sage”, fue el mejor crítico que ha existido ya que toda su crítica literaria fue esencialmente literatura (Bloom 1994: 183-84).

4. La instrucción:

El nacionalismo y la instrucción son dos caras de la misma moneda, de ahí que la educación juegue siempre un papel cardinal en el triunfo de todos los proyectos que pretenden definir la identidad nacional. Durante la Industrialización, el control sobre la educación se desplazó de la Iglesia al Estado y en todos los países industrializados la unidad de la Iglesia y del Estado fue reemplazada por la unidad entre la nación y el Estado. El nacionalismo se encargó de idealizar a este último y se dedicó a fomentar la educación para crear un electorado que lo respaldara; el sistema educativo público y estatal actuó como un instrumento importante de legitimación y como fuerza doctrinaria de los valores patrióticos (Richmond 1994: 289-300). Mediante la educación de la lengua, el arte, la geografía, la literatura patrios y la historia nacional se enseñó a los jóvenes a dominar el lenguaje literario nacional y a leer las principales obras literarias junto con el estudio de la geografía y de un tipo de historia idealizada de la nación en la que las biografías de los héroes nacionales ocupaban un lugar destacado. La universidad adiestró en la metodología del comentario y de la interpretación legítima o reconocida que marcaba las pautas de lectura y determinaba criterios de valor. Para aumentar la eficacia de la educación, todo Estado debía añadir al nacionalismo político un nacionalismo cultural, protector de las instituciones nacionales, las tradiciones, las costumbres, las ceremonias, los juegos y las fiestas para que el ciudadano sintiera apego por su patria y un cierto menosprecio por las culturas extranjeras (Todorov 1991: 213).

5. El mecenazgo:

Según André Lefevere, la cultura está controlada por dos factores, uno perteneciente al sistema literario representado por los profesionales, entre ellos los críticos, los escritores de reseñas, los profesores y los traductores, y otro factor de control, el mecenazgo, que se halla fuera de la estructura literaria y que consiste en una

serie de poderes que estimulan u obstaculizan la lectura, la escritura y la reescritura de la literatura. El mecenazgo incluye a personas como los Médici, Mecenas o Luis XIV, a grupos de personas como instituciones religiosas, políticas, clases sociales, editores y a los medios de comunicación. Su función radica en equilibrar la relación entre el sistema literario y el resto de sistemas que componen la cultura y operan a través de instituciones que regulan la distribución de la literatura, esto es, academias, censura, e instituciones educativas.

Asimismo, el mecenazgo está compuesto por una tríada de elementos tales como un componente ideológico que limita la forma y el contenido de las producciones, un componente económico que sirve de sustento a los escritores, y un componente de prestigio o *status*, esto es, la incorporación en un grupo y en su estilo de vida. La sumisión al mecenazgo garantizaba el respeto por los ideales de los mecenas por parte de los escritores así como la legitimación de su poder. En este sentido, destacan dos tipos de mecenazgo, el indiferenciado, aquél en el que el mecenas dirige los componentes ideológico, económico y de *status*, y el mecenazgo diferenciado que se produce cuando los tres componentes funcionan de manera aislada. De estas dos clases de mecenazgo, la primera es particularmente importante porque ha imperado en la gran mayoría de los sistemas literarios del pasado (Lefevere 1997: 28-32).

#### 6. Las sociedades literarias:

La mayor parte de los círculos literarios eran sociedades patrióticas que fomentaban el desarrollo de diversas materias como la economía, la historia, la literatura o la música. La tradición de las academias encontró en las tertulias, salones, liceos o círculos en los que se celebraban certámenes y concesiones de premios con motivo de festejos religiosos y políticos, una gran variedad de formas de organización de emancipación cultural. Este tipo de sociedades unificó los parámetros ideológicos de las

distintas corrientes literarias encauzando sus visiones estéticas hacia objetos literarios, nacionales y políticos comunes (Hölz 1998: 51).

7. Los géneros literarios:

De los muchos factores que determinan el canon literario, los géneros literarios ocupan un puesto decisivo. No sólo ciertos géneros sobresalen por encima de otros en función de la época histórica estableciendo jerarquías, sino que obras individuales o pasajes concretos pueden adquirir más valor dependiendo del género al que pertenezcan. Por ejemplo, desde finales del siglo XVI hasta principios del siglo XVIII, la épica fue contemplada como el género literario por excelencia.

8. Las antologías:

Muchos de los cambios que afectan al canon proceden de la influencia de las antologías. Según Alastair Fowler, una de las antologías de poesía inglesa con mayor influencia en la historia de la literatura británica ha sido *Golden Treasury of English Songs and Lyrics* (1861) de Francis Turner Palgrave (1824-1887), valorada como una institución literaria, gracias a la cual un gran número de generaciones de lectores formó sus ideas sobre la poesía. Si en la primera edición el canon poético estaba integrado por Drummond, Dryden, Herrick, Johnson, Lovelace, Marvell, Milton, Shakespeare y Spenser, en ediciones posteriores, *Treasury of Sacred Song* (1891) y *Golden Treasury* (1897) añadió a Campion, Sidney y Vaughan (Fowler 1982: 230-31).

## ❧ II. SEGUNDA PARTE: ❧

# LA LITERATURA BRITÁNICA COMO ESPEJO DE LA IDEOLOGÍA NACIONAL

La vinculación entre la literatura y la política se hizo especialmente palmaria en el Romanticismo político, es decir, en el pensamiento político correspondiente a la mentalidad romántica, que extraía de la misma los valores y la inspiración política. El fruto más destacado del Romanticismo político fue el concepto del patriotismo. Si hasta ese momento, la relevancia de éste residía en su connotación meramente política, con la aparición del Romanticismo y su énfasis en la emotividad, se convirtió en el catalizador de la esfera racional y sentimental ocupando un lugar privilegiado en el proyecto político del siglo XIX. El nacimiento del Romanticismo político se situó en el rechazo de los presupuestos de la Ilustración política y de su culminación, la Revolución francesa. El Romanticismo tuvo dos consecuencias claras: por un lado, la sacralización de la política, frente a la secularización de la misma por parte de la Ilustración, y por otro, la primacía de lo social, es decir, la prioridad de la sociedad como organismo vivo dentro del cual el individuo alcanzaba su punto culmen. El Romanticismo político se define por su enaltecimiento de la comunidad orgánica como entidad permanente a través de los siglos, de la continuidad y de las tradiciones, distanciándose del argumento revolucionario partidario de la innovación más radical, esto es, de la destrucción total de la sociedad y de la construcción de una sociedad nueva en su lugar (Prieto 2001: 41-45)<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Entre las obras fundamentales de esta corriente cabe mencionar: *Reflections on the Revolution in France* (1790) de Edmund Burke (1729-1797), *Considérations sur la France* (1797) de Joseph de Maistre



Aproximadamente desde un poco antes del primer cuarto del siglo XVIII comenzó a aflorar sólidamente una tendencia prerromántica y de marcado corte nacional que alcanzó su esplendor a finales del mismo siglo. Esta corriente estuvo dirigida por una mirada retrospectiva hacia el pasado de la nación, entendiendo por ésta no la nación británica sino la nación escocesa y la nación inglesa como entes separados. Se contempló este pasado como un pozo inagotable de sabiduría oculta en las tradiciones y composiciones populares, es decir, en las canciones, leyendas, poesías y baladas autóctonas. En el caso de Escocia, los poetas continuaron con el legado cultural de los famosos Makar o bardos medievales y renacentistas como Robert Henryson (1460-1500), William Dunbar (1460-1520) y Gavin Douglas (1474-1522) que habían estado vinculados a la Corte real y habían escrito en la lengua escocesa de las Tierras Bajas. Su labor les elevó a la cumbre de la fama literaria y social dado que su etiqueta de poetas nacionales les avaló como depositarios del conocimiento pretérito y portavoces de la armonización entre el discurso literario, el histórico y el nacional. Una preferencia acusada en el periodo prerromántico y continuada durante el Romanticismo fue la ruptura con la tradición literaria previa mediante el empleo del uso del Fragmento o publicación de poemas aparentemente inconclusos, especialmente notoria en James Macpherson y Thomas Percy.

Hasta 1760, los autores británicos no hicieron manifiesto su apego por la Edad Media y así, la primera figura típicamente medieval que apareció en el escenario literario del siglo XVIII fue el ermitaño, immortalizado en las *Songs and Ballads y Odes* de William Shenstone (1714-1763), en William Collins (1721-1759) y en la generación

---

(1753-1821), *Théorie du pouvoir politique et religieux* (1796) de Louis de Bonald (1754-1840), *Europa o la Cristiandad* (1799) de Novalis (1772-1801), *Discursos a la nación alemana* (1808) de Fichte (1762-1814), *Elementos de política* (1809) de Adam Müller (1779-1829) y la obra cumbre, *Principios de la filosofía del derecho* (1821) de Hegel (1770-1831).

de escritores de prosa como Oliver Goldsmith (1730-1774) en su poema “The Hermit” o “Edwin and Angelina: A Ballad” (1765), en el poema “The Hermit” de Thomas Parnell (1679-1718), en *The Hermit of Warkworth* (1771) de Thomas Percy (1729-1811) o en James Beattie (1735-1803) que a su vez compuso un poema titulado “The Hermit”.

El primer libro que despertó en Europa el interés por el pasado fue *Introduction à l’ Histoire de Dannemarc* (1755) de Paul-Henri Mallet (1730-1807), libro que revalorizó la mitología nórdica y que incluía una traducción de la primera parte de la *Edda prosaica* denominada *Edda menor* o *Edda de Snorri* con un resumen de la segunda parte de la *Edda poética* llamada *Edda mayor* o *Edda de Saemund* junto con versiones de varios poemas rúnicos. Este texto fue traducido al inglés en 1770 por Thomas Percy bajo el título *Antiquities or a Description of the Manners, Customs, Religion and Laws of the Ancient Danes, and other Northern Nations, Including those of our own Saxon Ancestors. With a translation of the Edda, or System of Runic Mythology, and other Pieces, from the Ancient Islandic Tongue*, quien en 1763 había publicado *Five Pieces of Runic Poetry, translated from the Icelandic Language*. Este interés por las runas fue demostrado precozmente por Thomas Gray (1716-1771) en sus poemas “The Fatal Sisters” y “The Descent of Odin” compuestos en 1761 pero no publicados hasta 1768, en los que parafraseaba a dos poemas encontrados en *De Causis Contemnendae Mortis* (1678) del médico danés Thomas Bartholin (1616-1680). En resumen, en la línea prerromántica encontramos a los siguientes autores por orden de aparición en la escena literaria: Thomas D’ Urfey, Allan Ramsay, William Thomson, David Herd, Joseph y Thomas Warton, Edmund Burke, James Macpherson, Richard Hurd, Thomas Percy, Robert Fergusson y Robert Burns.

Los historiadores y los poetas sabían de la existencia de un corpus de poesía popular en la forma de baladas narrativas que había sido transmitido oralmente y que

pervivía en la memoria colectiva del pueblo<sup>6</sup>. Un caso similar a las baladas inglesas y escocesas se produjo en Dinamarca cuya cultura era especialmente rica en esta materia. Debido en parte a los asentamientos daneses en Northumbria y a la presencia Escandinava en la sangre y el dialecto de Northumbria, la región integrada por las *Lowlands* escocesas, las zonas fronterizas inglesas (Northumberland, Westmoreland y Cumberland), Yorkshire y Nottinghamshire se convirtió por excelencia en la tierra de las baladas como el producto de una época en la que el pueblo era homogéneo y la separación entre los letrados o detentadores de la cultura y los iletrados no había acontecido aún. Las dos grandes colecciones de canciones y poemas británicos fueron *Wit and Mirth: Or Pills to Purge Melancholy* (1719-1720) de Thomas D'Urfey (1653-1723) y *A Collection of Old Ballads* (1723-1725) atribuida a Ambrose Philips (1674-1749).

A esta tendencia, se sumó el poeta y pintor Allan Ramsay (1686-1758), interesado en la tradición vernácula escocesa de baladas, canciones y escritores de los siglos XV y XVI que cobró vida en su compilación de *Scots Songs* (1719) y en su

---

<sup>6</sup> Las baladas escocesas, especialmente relevantes en la producción baladística por su pureza estilística, procedían de la tradición oral de las canciones narrativas que florecieron durante los siglos XVI y XVII. Pero independientemente de sus orígenes, las baladas fueron descubiertas en el siglo XVIII, como consecuencia de la Unión de Parlamentos en 1707, por anticuarios y poetas que se dedicaron a compilarlas y transcribirlas, entre los que destacaron Allan Ramsay, David Herd y John Pinkerton. En 1711, Addison inició el renacimiento de las baladas con su famoso ensayo sobre la balada de las Borders, "Chevy Chase". A principios del siglo XIX la labor de Scott fue crucial con *Minstrelsy of the Scottish Border* (1802-1803), de Jamieson Robert con *Popular Ballads and Songs* y posteriormente de William Motherwell con *Minstrelsy Ancient and Modern* (1827).

La balada es una canción que narra un cuento mediante una serie de hechos y personajes que hablan por sí mismos y que gira normalmente en torno a un único acontecimiento dramático por su trascendencia; la función del narrador se limita a mantenerse al margen de la acción sobre la que no hace comentarios y en cuya localización emplea poco tiempo. La temática de las baladas abarca desde historias de amor, batallas, enemistades de sangre o apariciones sobrenaturales, todas ellas presentadas en un estilo realista, objetivo y conciso (Watson 1984: 129-35). La balada implica un cierto grado de simplicidad y una ausencia de ambición poética. Sus fuentes no proceden de la poesía de Milton o Pope sino de un tiempo pasado remoto, de una tradición artística ajena a los grandes autores y a sus composiciones. La diferencia entre los *lays* y las baladas reside en que el estilo de las primeras es elevado, y aristocrático, en su catalogación como el mayor triunfo literario de la época recitado en la Corte real. Las baladas por el contrario se componen en un lenguaje llano y popular, carente de orgullo y solemnidad.

colección de tres volúmenes *The Tea-Table Miscellany* (1724-1727), consistente en baladas tradicionales inglesas y escocesas junto con canciones escritas por él y sus amigos. También entre 1724 y 1727 publicó *The Ever Green*, una colección de poemas escoceses cuyo objetivo era revitalizar el interés en la antigua literatura nacional escocesa o literatura vernácula. La labor de Ramsay como recopilador e imitador de antiguas formas de la lengua y escritura escocesa caracterizó su ambición por revelar la fértil tradición literaria a sus compatriotas mediante la publicación de innumerables ejemplares de poesía escocesa anterior a 1600. Su influencia cayó sobre William Thomson quien publicó *Orpheus Caledonius* (1725), uno de los libros de canciones escocesas más importantes, que incluía un grupo de canciones de Ramsay, y sobre David Herd, quien publicó *Ancient and Modern Scots Songs, Popular Ballads* (1769) (Kingham y Law 1987: 70-71).

A estas composiciones siguió la producción de los hermanos Warton que se distinguieron por ser defensores acérrimos del Medievalismo, verdaderos pioneros del renacimiento medieval. Joseph Warton (1722-1800) preconizó el Romanticismo en su obra *The Enthusiast or the Lover of Nature* (1744) mediante la representación de la soledad acompañada de castillos ruinosos, bosques misteriosos y paisajes crepusculares, donde mostraba su preferencia por la vida primitiva sobre la vida civilizada. Tanto *The Enthusiast* como su volumen posterior de *Odes on various Subjects* (1746) constituyen claros ejemplos de poesía romántica por la exaltación de la naturaleza. Su obra maestra fue *Essay on the Genius and Writings of Pope* (dos volúmenes, 1756 y 1782) en la que a pesar de su admiración por Alexander Pope (1688-1744), criticaba el clasicismo de la poesía del siglo XVIII aspirando a un renacimiento de la imaginación y de la pasión. Por su parte, Thomas Warton (1728-1790) reivindicó tanto la revalorización de la imaginación en *The Pleasures of Melancholy* (1747) como del poeta Spenser en

*Observations on The Fairie Queene* (1754). Compuso asimismo dos poemas, románticos por antonomasia, “The Crusade” y “The Grave of King Arthur” y su mayor contribución en el campo de la historia fue *History of English Poetry from the Twelfth to the Close of the Sixteenth Century* de cuatro volúmenes (1774, 1777, 1781 y 1790).

En 1756, Edmund Burke (1729-1797) publicó su *Philosophical Inquiry into the Origin of our Ideas on the Sublime and the Beautiful*, un ataque declarado al racionalismo y al formalismo clásico en el arte y un esbozo de lo que posteriormente prosperaría como la estética romántica. Su crítica al Clasicismo se basó en refutar el principio de la claridad como cualidad esencial del arte, postulando que lo más noble y majestuoso en dicho campo era lo infinito y que éste, careciendo de límites, no podía ser jamás ni claro ni nítido. La postura de Burke no hizo sino constatar que a mediados de siglo ya existía un cansancio acerca de las formas poéticas previas y un deseo de sustituirlas por otras (Halimi 1992: 269-71). En su *Philosophical Inquiry*, Burke expuso la noción de lo sublime, un sentimiento surgido de la fusión entre lo placentero y lo horroroso: “Whatever is fitted in any sort to excite the ideas of pain and danger, that is to say, whatever is in any sort terrible, or is conversant about terrible objects, or operates in a manner analogous to terror, is a source of the *sublime*; that is, it is productive of the strongest emotion which the mind is capable of feeling” (Burke 1844: 51). Sublime pasó a ser sinónimo de todo lo desmesurado, lo apasionado, lo intenso y excesivo desde un punto de vista emocional, lo grandioso, etc. y bajo la influencia de Burke, fue uno de los preceptos pilares del Romanticismo alemán. Ann Radcliffe lo definió en su famosa novela gótica *The Mysteries of Udolpho* (1794) del modo siguiente: “This landscape with the surrounding alps did, indeed, present a perfect picture of the lovely and the sublime, of ‘beauty sleeping in the lap of horror’” (Radcliffe

2001: 55). *Philosophical Inquiry* nunca influyó profundamente la teoría estética en Inglaterra pero ejerció una poderosísima influencia en el pensamiento alemán decimonónico y en la obra de Kant *Crítica del juicio* (1790). La década de 1760 hasta 1770 fue crucial en la historia del Romanticismo británico por la trascendencia de las obras aparecidas.

En paralelo a la producción de Edmund Burke, arraigó la creatividad de otro de los autores escoceses indiscutibles del Prerromanticismo, James Macpherson (1736-1796), cuyas obras fueron capitales en el panorama no sólo británico sino también europeo por cuanto revolucionaron los fundamentos literarios del momento y preconizaron el renacimiento posterior de la nación por parte de la política. Durante los siglos XVIII y XIX, sus obras despertaron un interés desmedido por la cultura popular sustentada sobre la vida nacional dado que sus textos fueron los documentos fundacionales que contemplaban a los escoceses de las *Highlands* como una cultura distinta, una *Kulturvolk*, una raza aparte de orígenes ancestrales. La repercusión de Macpherson fue indiscutible y su influencia particularmente decisiva en Herder y en la labor investigadora de los anticuarios sobre las culturas orales y populares.

En 1760, Macpherson publicó *Fragments of Ancient Poetry Collected in the Highlands of Scotland* generalmente conocida como *Ossian*, que marcó su camino hacia la fama y el inicio de una controversia única en la historia de la literatura puesto que desató comentarios de la mayor parte de los intelectuales de la época. Los antecedentes de esta obra se localizan en 1759 cuando el poeta escocés John Home (1722-1808), autor de la tragedia *Douglas* e interesado en la poesía gaélica, se encontró con James Macpherson, poseedor de un manuscrito que según Macpherson era una transcripción de poemas gaélicos recitados por ancianos de las *Highlands*. Macpherson afirmó que había encontrado durante un viaje a Escocia y traducido del escocés gaélico una

colección de poesía escocesa de las Tierras Altas, supuestamente escritas por un poeta bardo aproximadamente del siglo III llamado Osian u Oisín, hijo del guerrero Fingal, héroe de la cultura escocesa e irlandesa. Fingal había sido rey de Morven, un distrito de las *Highlands* occidentales y cabeza del clan guerrero de los Fenians; la tradición le situaba en el siglo III y le conectaba con la batalla de Gabhra librada en el año 281.

Entre las razones que Macpherson presentó para avalar la autenticidad y la antigüedad de los poemas destacaron las siguientes: en primer lugar, la dificultad para determinar la fecha de composición, aunque sí aseguraba que los poemas debían haber sido compuestos antes del establecimiento de los clanes en la parte norte de Escocia; el carácter obsoleto de la dicción; la falta de alusiones a la religión cristiana y a cualquier rito de adoración; la probabilidad de que los poemas pertenecieran a una obra más amplia dedicada a las guerras de Fingal y por último, la autoría certera de los poemas por parte de un bardo, “a race of men well known to have continued throughout many ages in Ireland and the north of Scotland” (Macpherson 2004: 15). John Home quedó sorprendido por la belleza de la traducción de dos de ellos y envió copias a Hugh Blair (1718-1800), Ministro de la Iglesia de Escocia y profesor en la universidad de Edimburgo, quien le instó también a traducir los poemas del manuscrito, del cual sólo tradujo dieciséis en la primera entrega, *Fragments of Ancient Poetry*, con un prefacio de ocho páginas de Hugh Blair. Esta publicación desató un interés tan desmedido que se recaudó dinero en Edimburgo para promover la recopilación de más poesías gaélicas en las *Highlands*. El resultado de estas investigaciones fue la publicación en 1762 de

*Fingal, an Ancient Epic Poem in Six Books, together with Several Other Poems composed by Ossian, the Son of Fingal, translated from the Gaelic Language*, de *Temora, an Ancient Epic Poem in Eight Books* en 1763 y de una edición completa titulada *The Works of Ossian* en 1765.

Macpherson argumentó que los poemas estaban basados en un antiguo manuscrito gaélico, cuya existencia nunca se demostró. Como consecuencia de esto, la autenticidad de los poemas fue puesta en tela de juicio, la legitimidad de la traducción fue cuestionada por historiadores irlandeses que detectaron entre otros, errores en la cronología y en la formación de los términos gaélicos y en consecuencia, la obra se convirtió en uno de los mayores fraudes de la historia de la literatura. La recepción de la obra de Macpherson dividió a la sociedad británica en dos sectores: los partidarios, cuya cabeza más renombrada fue Hugh Blair, y los detractores. En 1763, Hugh Blair publicó *A Critical Dissertation on the Poems of Ossian, the Son of Fingal* en la que aclamó el descubrimiento de Macpherson y aseguró la autenticidad de los poemas. De hecho, Blair legitimó la validez de la poesía frente a aquéllos que desacreditaban la autoría y la antigüedad del documento. Después de 1765, la Disertación de Blair se incluyó en todas las ediciones de Macpherson como fuente de credibilidad. Recordemos también que Goethe (1749-1832) junto con Herder compuso *Sobre el estilo y el arte alemán* (1773), manifiesto del *Sturm und Drang*, considerado el preludio del Romanticismo en Alemania en el que reivindicaba la poesía de Macpherson y de Shakespeare. Entre los mayores detractores de Macpherson se encontraron Malcolm Laing (1762-1818) y Samuel Johnson (1709-1784), quien nunca se sintió especialmente atraído por Escocia y menos por la poesía de los bárbaros. Johnson afirmaba que la zona gaélica era un pueblo bárbaro, incapacitado para producir poesía de ningún tipo. Samuel Johnson publicó en



1775 *A Journey to the Western Isles of Scotland*, narración de un viaje que realizó a Escocia en 1773, desde la cual arremetió contra Macpherson. En ella constató su escepticismo ante los poemas de Ossian y la supuesta existencia del manuscrito:

The editor, or author, never could shew the original; nor can it be shewn by any other; to revenge reasonable incredulity, by refusing evidence, is a degree of insolence, with which the world is not yet acquainted; and stubborn audacity is the last refuge of guilt. It would be easy to shew it if he had it; but whence could it be had? It is too long to be remembered, and the language formerly had nothing written. (Johnson 2004: 95)

En 1773, Macpherson sacó a la luz una nueva edición *The Poems of Ossian* en la que se vio obligado a retomar la controversia abierta desde el comienzo de su entrada en el mundo literario:

Since the first publication of these poems, many insinuations have been made, and doubts arisen, concerning their authenticity. Whether these suspicions are suggested by prejudice, or are only the effects of malice, I neither know nor care. Those who have doubted my veracity have paid a compliment to my genius; and were even the allegation true, my self-denial might have atoned for my fault. Without vanity I say it, I think I could write tolerable poetry, and I assume my antagonists, that I should not translate what I could not imitate. (Macpherson 1851: 74)

En “A Preliminary Discourse”, incluido en esta edición de 1773, Macpherson se defendió de los ataques dirigidos contra la autenticidad de su obra y en especial contra David Hume (1711-1776), quien el 19 de septiembre de 1763 había escrito una carta a Hugh Blair en la que catalogaba las obras de Macpherson como una falsificación, recogía la indignación de los hombres de letras de Londres que se sentían estafados por la farsa literaria y mostraba sus escrúpulos sobre la autenticidad de los poemas. Hume pedía en nombre de la comunidad literaria pruebas que demostraran la fiabilidad de la

poesía e hicieran desaparecer el engaño de Macpherson. Según Henry A. Beers (Beers 2004), el mayor error de Macpherson fue su negativa a mostrar el manuscrito original; el testimonio de aquéllos que le ayudaron a compilar y a traducir apuntaba a la existencia de algún tipo de material procedente parcialmente de manuscritos antiguos gaélicos y parcialmente de transcripciones orales.

Estos hechos apuntan a que desde el momento de su publicación, el interés de Gran Bretaña por *Ossian* se redujo a la única cuestión de si esta obra y las posteriores eran auténticas o por el contrario fraudulentas. Pero afortunadamente, ésta no fue la respuesta en el resto de Europa donde en Alemania, Francia, Italia, España, Rusia y también fuera de Europa, en América, la fama de *Ossian* abrió una línea divisoria en el panorama literario. En todos estos países el impacto producido por la temática de la obra fue tal que la controversia sobre su autenticidad pasó a un segundo plano. Aunque la emoción ante la obra no fue inmediata sino progresiva, *Ossian* se convirtió en el corazón de la nueva sensibilidad romántica y en un motor propulsor de la cultura alemana. Las primeras traducciones al alemán de ciertos fragmentos aparecieron en 1762 y la traducción completa fue realizada por el poeta austríaco Michael Denis (1729-1800) en 1768 y 1769 de tal manera que hacia 1770, la obra había cautivado a escritores como Herder, Klopstock, Lessing, Schiller o Novalis que quedaron sorprendidos por la originalidad de su contenido. Incluso Goethe contribuyó a extender la fiebre por *Ossian* por toda Europa al convertir al protagonista de *Werther* (1774) en un entusiasta de *Ossian*.

En el caso de Italia, la traducción de la obra de Macpherson por parte de Melchior Cesarotti (1730-1808) fue muy temprana, en 1763, pero no fue hasta 1780 y 1790 cuando el mismo literato sacó de nuevo a la luz la traducción que produjo el reconocimiento inmediato de *Ossian* en Italia, alcanzando su apogeo en los comienzos

del siglo XIX en las principales ciudades italianas: Venecia, Nápoles, Pisa, Florencia y Milán e inaugurando la emergencia del Romanticismo italiano. En Francia, Letourneur (1736-1788) tradujo los poemas en 1776-1777 pero fueron los escritores y teóricos románticos, Madame de Stäel, Lamartine y Chateaubriand quienes descubrieron que *Ossian* se correspondía con la sensibilidad romántica. Napoleón contribuyó sobremanera a difundir el gusto por estos poemas al convertirlos en su lectura favorita. En América, la primera edición de los poemas data de 1790 y entre esta fecha y 1823 aparecieron ocho ediciones; en 1796 se representó en Boston y Charleston una obra de teatro titulada *Oscar and Malvina: or, the Hall of Fingal. A Grand Scottish Heroic Spectacle* basada en la composición de Macpherson (Hook 1987: 313-16).

Independientemente de la polémica que la poesía de Macpherson despertó, no se puede obviar que logró que todas las miradas se concentraran en la trascendencia de los orígenes de las naciones abonando el terreno para la cosecha del nacionalismo. En la edición de 1773, Macpherson incluyó una parte titulada *A Dissertation Concerning the Era of Ossian* en la que plasmó la singularidad racial de los *Highlanders* y la impureza del resto de las naciones. Según el autor, las canciones y tradiciones que condensaban la historia de los pueblos se habían perdido a través de las revoluciones y de las migraciones, hecho que había provocado que ningún reino de Europa estuviera ocupado por sus habitantes originarios y que por lo tanto las raíces de Europa fueran completamente mixtas. Esto implicaba que las tradiciones genuinas sólo podían subsistir en pueblos libres del contacto con los extranjeros debido a la inaccesibilidad geográfica como en el caso de los nativos de las montañas de Escocia. Es en este punto donde la tesis de Macpherson se tornó verdaderamente sólida al volcar todo el peso sobre uno de los pilares del nacionalismo posterior, la pureza de la raza, aun cuando el

autor se refería estrictamente a la pureza de la raza de una zona muy específica de Escocia como eran las *Highlands*. Por tanto, Macpherson dibujó una línea divisoria entre los *Highlanders* y los *Lowlanders* en base a sus orígenes dispares y a las siguientes ideas:

Their language is pure and original, and their manners are those of an ancient and unmixed race of men. Conscious of their own antiquity, they long despised others, as a new and mixed people. As they lived in a country only fit for pasture, they were free from that toil and business which engross the attention of a commercial people. Their amusement consisted in hearing or repeating their songs and traditions, and these entirely turned on the antiquity of their nation, and the exploits of their forefathers. (Macpherson 1851: 59)

En este pasaje, compendio en miniatura de los principales argumentos de esta Disertación, se aglutinaban todos los criterios definitorios de una nación: la trascendencia de la geografía en la formación del carácter, la idiosincrasia de la lengua y de la raza, la ausencia de mezcla con los Otros a los que se menosprecia, la importancia de una comunidad reducida y endogámica en la que existe un legado cultural formado por las costumbres y las tradiciones que se transmiten de generación en generación, presencia de modos de vida antiguos y ajenos al progreso que garantizan la pervivencia de los vínculos estrechos, conciencia de comunidad que se traduce en respeto y veneración por los ancestros, por el pasado y por la historia de la raza, etc. Todo este rosario de aspectos conducía por necesidad a la conservación de un espíritu del pueblo y de un carácter nacional.

En el fondo, *Ossian* simbolizó un desafío a la nueva civilización de las *Lowlands*, materialista y comercial y a la hegemonía intelectual y cultural que imperaba desde el Tratado de Unión de 1707, frente a las *Highlands* que aún conservaban gran

parte de sus tradiciones y la pureza de sus costumbres. Por ello, la obra fue una especie de contraataque con el objetivo de replantear la relación entre el sur y el norte de Escocia y de revalorizar el pasado de las *Highlands* con su sencillez y su belleza paisajística. Macpherson plasmó la inquietud del público lector ante los cambios históricos brindándole un mundo desconocido, remoto, hasta cierto punto exótico poblado por personajes heroicos en el marco de una geografía grandiosa como testigo de sus proezas, todo ello en un tono melancólico, elegíaco ante la pérdida del hogar y del país, de la fama y de la vida.

Otra obra que ayudó en el florecimiento del Romanticismo en Gran Bretaña fue *Letters on Chivalry and Romance* (1762) de Richar Hurd (1720-1808). Según Henry A. Beers, esta obra pudo haber estado inspirada en el primer volumen de *Mémoires sur l'ancienne chevalerie, considérée comme un établissement politique et militaire* (1759) de Jean Baptiste de la Curne de Sainte Palaye (1697-1781), erudito en la historia de las instituciones medievales y en los dialectos franceses antiguos, cuya obra se convirtió en una autoridad indiscutible en la literatura europea (Beers 2004). *Letters on Chivalry and Romance* estructurada en ocho cartas, versaba sobre el origen y características de la caballería, comparación entre los modales heroicos y góticos viendo a estos últimos como más poéticos, su efecto en Spenser, Milton y Shakespeare, las razones del declive de la poesía gótica, etc. Hurd examinó la importancia de la Edad Media como núcleo gestador del espíritu del goticismo, del romance y de la caballería a la que denominó “prodigio”; asimismo veía a los caballeros y a sus luchas en justas y torneos como la fuente de la mentalidad romántica, definida como “the going in quest of adventures” y como los impulsores de una ideología marcada por “prowess, generosity, gallantry and religion”, características particulares de la era más pura de la caballería (Hurd 1811:

238-39, 246-47, 252). El propósito de Hurd era demostrar la preeminencia de la ficción y los modales góticos adaptados a la poesía romántica por encima de la clásica.

A esta corriente literaria se incorporó Bishop Thomas Percy (1729-1811) con *Reliques of Ancient English Poetry: Consisting of Old Heroic Ballads, Songs, and Other Pieces of our Earlier Poets* (1765), obra que llevaba prefijado el ensayo *Essay on the Ancient Minstrels* que epitomizó una auténtica investigación sobre las costumbres antiguas, las tradiciones populares, las baladas literarias y la Edad Media y que despertó sobremanera el interés y la imaginación del público. Los materiales de esta obra fueron extraídos en parte de la colección de manuscritos, incunables y baladas de Samuel Pepys (1633-1703) en Cambridge, de la colección de Anthony Wood (1632-1695) en Oxford, de la biblioteca Bodleiana (fundada en 1062), del Museo británico, de los archivos de la Sociedad Anticuaria y de colecciones particulares. Pero, según Percy, el núcleo de la obra estaba basado en un manuscrito de la época de Carlos I (1600-1649), conocido como *Percy Folio*, encontrado en la casa de Humphrey Pitt, y que contenía 191 canciones y baladas, aunque finalmente sólo tomó 45 en su primera edición. *The Reliques* estaba compuesta por un total de ciento ochenta baladas, entre las que destacaron “The Ballad of Chevy Chase”, “The Battle of Otterburn”, “Lillibulero”, “The Dragon of Wantley”, “The Not-Browne Mayd” y “Sir Patrick Spens”. *Reliques of Ancient English Poetry* fue un libro que marcó época y cuya calidad literaria fue reconocida por Thomas Macaulay (1800-1859) en la introducción a su obra *Lays of Ancient Rome* (1842)<sup>7</sup>. Pero la labor de Percy no sólo se limitó a rescatar baladas del

---

<sup>7</sup> “We cannot wonder that the ballads of Rome should have altogether disappeared, when we remember how very narrowly, in spite of the invention of printing, those of our own country and those of Spain escaped the same fate. There is indeed little doubt that oblivion covers many English songs equal to any that were published by Bishop Percy, and many Spanish songs as good as the best of those which have been so happily translated by Mr. Lockhart. Eighty years ago England possessed only one tattered copy of Childe Waters and Sir Cauline, and Spain only one tattered copy of the noble poem of the Cid. The snuff of a candle, or a mischievous dog, might in a moment have deprived the world forever

olvido sino a abrir un camino que fue seguido por David Herd (1732-1810) quien dedicó su tiempo a reunir canciones y poemas antiguos escoceses, publicados en 1769 en *Ancient Scottish Songs, Heroic Ballads, etc*, por Walter Scott que utilizó a su vez los manuscritos de Herd y que plasmó en su obra *Minstrelsy of the Scottish Border* (1802-1803), y por William Motherwell (1797-1835) que empleó gran parte de su tiempo en recoger material para un volumen de baladas locales escocesas que publicó en 1819, *The Harp of Renfrewshire* y que continuó en 1827 con *Minstrelsy Ancient and Modern*, por destacar los autores más importantes. Además, las baladas de Percy revolucionaron el gusto literario del momento y sin ellas no habrían existido poemas como “The Rime of the Ancient Mariner” (1797-1799) de Samuel Taylor Coleridge (1772-1834), “La Belle Dame sans Merci: A Ballad” (1819) de John Keats (1795-1831), *The Lady of the Lake* (1810) de Walter Scott (1771-1832), “Stratton Water” (1854) de Dante Gabriel Rossetti (1828-1882) o “The Haystack in the Floods” de William Morris (1834-1896), incluido en *The Defence of Guenevere* (1858).

Robert Burns (Escocia, 1759-1796) también conocido como *Rabbie Burns*, *Scotland's favourite Son*, *the Ploughman Poet*, *the Bard of Ayrshire* o simplemente *The Bard* fue uno de los poetas escoceses nacionales más importantes del siglo XVIII y con mayor influencia durante el siglo XIX y XX que continuó con el legado de Robert Fergusson (1750-1774). Aparte de escribir composiciones poéticas originales a muchas de las cuales puso posteriormente música, Burns se dedicó a coleccionar canciones populares escocesas revisándolas y adaptándolas entre las que destacan *A Red, Red*

---

of any of those fine compositions. Sir Walter Scott, who united to the fire of a great poet the minute curiosity and patient diligence of a great antiquary, was but just in time to save the precious relics of the *Minstrelsy of the Border*. In Germany, the lay of the Nibelungs had been long utterly forgotten, when, in the eighteenth century, it was, for the first time, printed from a manuscript in the old library of a noble family. In truth, the only people who, through their whole passage from simplicity to the highest civilization, never for a moment ceased to love and admire their old ballads, were the Greeks” (Macaulay 1867: 13-14).

*Rose; A Man's a Man for a' That; To a Louse; To a Mouse; The Battle of Sherramuir y Ae Fond Kiss*. De entre las colecciones de canciones populares escocesas la más renombrada es *The Merry Muses of Caledonia*. A petición de su hermano, Robert Burns publicó sus poemas en un volumen titulado *Poems, Chiefly in the Scottish Dialect* también conocido como *The Kilmarnock Volume* en 1786, alcanzando fama inmediata por toda Escocia. Burns extrajo gran parte de su inspiración de la antigüedad clásica, de la Biblia, de la literatura inglesa, de la tradición escocesa de los Makar y especialmente de dos grandes figuras nacionales, Allan Ramsay y Robert Fergusson. Burns expresó en su poesía la problemática del siglo como el republicanismo, el radicalismo, el patriotismo escocés, el anticlericalismo, las desigualdades sociales, los roles sexuales, la identidad cultural escocesa, la pobreza, etc. Catalogado como un poeta proto-romántico su influencia fue considerable en Wordsworth, Coleridge y Shelley (McGuirk 1987: 219-38).



### III. TERCERA PARTE:

## LA NOVELA HISTÓRICA COMO GÉNERO POR EXCELENCIA DEL NACIONALISMO

Las revoluciones de finales del siglo XVIII no sólo convulsionaron violentamente los pilares del orden social sino que traspasándolos, se infiltraron en los parámetros literarios hasta distorsionar íntegramente su silueta. El desamparo generado por las sacudidas sociales súbitas y el deseo ferviente por superar la incertidumbre, empujaron a la colectividad a aferrarse desesperadamente a cualquier ideología, institución o creación literaria que aportara seguridad y estabilidad. La literatura, instrumento de evasión sin parangón, posibilitó el abandono de la realidad y el acceso a un mundo resguardado de vaivenes hostiles. El remanso de paz vino de la mano del pasado, espacio temporal propicio para la felicidad y para una plena identificación con el público lector. La omnipresencia de la historiografía, que se volvió inseparable de la tradición, atrajo hacia sí todas las disciplinas y los distintos discursos sociales y culturales que se tornaron históricos para esclarecer sus contenidos (Shils 1981). A su vez, la consolidación del sentido histórico fue paralela a la gestación del concepto de nación, conformando ésta igualmente materia incondicional de todos los campos. La nación pasó a constituir el foco de todas las prácticas culturales, siendo su imagen articulada mediante la representación textual de otras épocas, símbolo de memoria comunal. En consecuencia, tres tipos de discurso se entrelazaron con un único fin, el de la construcción de la identidad. La historiografía recurrió a modelos literarios para configurar la nación; ésta se concibió de acuerdo a los principios ideológicos e

históricos dominantes y se imaginó por medio de la literatura, mientras que dicha literatura se tiñó de histórica y de nacional. Y puesto que el espíritu o alma del pueblo residía en las manifestaciones artísticas, renació un sentir folclorista con esmerado interés por las leyendas y las tradiciones históricas (Unzueta 1996: 14-16, 34). Los relatos nacionales giraron en torno a tres objetivos primordiales: conferir autoridad cultural, proporcionar un sentido de continuidad entre el pasado y el presente a través de modelos narrativos teleológicos, y legitimar los contenidos ideológicos propios del poder estatal (Hutcheon 2006: 235-36). En definitiva, las novelas históricas, como paradigma del credo nacional, trazaron los contornos de una identidad fija e inmutable que emulaba el monoculturalismo y el monolingüismo del aparato político. Asimismo, las instituciones políticas decimonónicas, la historia literaria y la crítica literaria fijaron los límites de una interpretación y lectura parcial e interesada de las narraciones históricas, que proyectaba la imagen de una nación única, impermeable a influencias exteriores y exenta de pluralismos y diferencias. La novela histórica planteaba la idea de que sólo a través de los acontecimientos históricos violentos la comunidad feudal podía convertirse en una nación y que la dislocación y el sufrimiento colectivo forjaban el sentido de identidad nacional. Según Katie Trumpener, los géneros literarios surgen como respuesta a las crisis históricas; la obsolescencia de los paradigmas sociales y en consecuencia, de las formas literarias que representan un mundo cambiante, suelen desembocar en la aparición de nuevos géneros (Trumpener 1993: 698, 708).

El peso incuestionable de la disciplina de la historia se dejó notar especialmente en la literatura, irrumpiendo ásperamente en la esfera de la prosa; hasta ese instante, las manifestaciones novelísticas previas (la novela realista, la gótica, la regionalista), habían forjado un sendero seguro pero no habían sido lo suficientemente habilidosas como para ahondar en la historia y hacer de ella no un accesorio sino una pieza central.

A pesar de que Fielding se había autodenominado como historiador de su tiempo, lo cierto es que sus novelas adolecían de reflexión metateórica, dado que no se buscaban las causas de los actos ni se concedía a la historia la proyección requerida. Similarmente, la novela gótica y dentro de ella, la más famosa *novela histórica* del siglo XVIII, *The Castle of Otranto* (1764), se había mantenido impasible ante la especificidad histórica, reduciéndola a un mero escenario, ignorando el nexo entre el pasado y el presente así como el uso consciente de material histórico. En Francia, las llamadas novelas históricas del siglo XVII de Madeleine Scudéry (1607-1701), conocida como Safo, y de Calprenède (1609-1663) eran históricas superficialmente y adolecían de fidelidad histórica dado que tanto la psicología de los personajes como las costumbres pertenecían a la época del novelista. Toda la producción anterior a Walter Scott careció del rasgo fundamental de la historicidad y de su huella determinante en la actuación y en el modo de interpretación de la realidad de sus personajes. Los cambios revolucionarios clarificaron que había llegado la ocasión de hallar formas estéticas y lingüísticas pertinentes a la exigencia de la nueva etapa histórica, y así fue como la novela histórica, producto genuino del Romanticismo, acaparó las miradas de todos. El prestigio de la novela histórica respondería al dominio que ejercen determinados géneros en determinadas épocas debido a que su estructura parece ser la más adecuada para expresar las “verdades secretas” del periodo en cuestión (Jameson 1998: 97).

## 1. La novela

En el primer capítulo de la obra *Masters of the English Novel: a Study of Principles and Personalities* (1909), titulado “Fiction and the Novel”, Richard Burton (1861-1940), declara que durante el siglo XVIII la novela emergió gracias al desarrollo de un sentido profundo del valor del individuo en relación con su entorno, motivado fundamentalmente por tres factores: los cafés, el nacimiento de la prensa y los teatros, a los que cabe añadir un factor de importancia secundaria, la influencia creciente de la mujer en la sociedad, como consumidora de novelas, como escritora y como baluarte de la familia. Todos ellos fueron esenciales en el cultivo de las relaciones sociales, estrechando los vínculos entre los individuos y favoreciendo la consolidación de la comunidad, coordenadas que se trasladaron al mapa de la novela. De ahí que una novela “means a study of contemporary society with an implied sympathetic interest, and, it may be added, with special reference to love as a motor force, simply because love it is which binds together human beings in their social relations”<sup>8</sup>. Si la ficción del pasado fusionaba el mito y lo maravilloso, las criaturas humanas con semi-humanas, el retrato de personajes contemporáneos y comunes en la novela constituyó una democratización frente a este orden antiguo y aristocrático que se centraba en personajes excepcionales como reyes, héroes o abstracciones alegóricas.

Uno de los aspectos que fomentó el auge de la novela fue la aparición de un público lector que compraba y leía libros regularmente y que aseguró un cierto *status* a los escritores. Este público procedía socialmente de la burguesía que no sólo desestabilizó el monopolio cultural de la aristocracia sino que mostró un interés notable y creciente por la literatura. En este crecimiento del público lector influyó un medio

---

<sup>8</sup> The Project Gutenberg. Burton, Richard. *Masters of the English Novel: a Study of Principles and Personalities*. 8 julio 2008. [http://www.gutenberg.org/wiki/Main\\_Page](http://www.gutenberg.org/wiki/Main_Page)

cultural, el periódico, que se transformó en la gran invención de la época y del que extrajo la burguesía su instrucción literaria y social, aún regida por la aristocracia, en fuerte tensión con los sentimientos y pensamientos de la burguesía. Estos periódicos salvaron las distancias entre la aristocracia y la burguesía ofreciendo una visión intermedia de la sociedad, dirigida a todos los sectores sociales e iniciando al público en la apreciación de la literatura seria y en la costumbre de la lectura (Watt 1966). Por añadidura, estos periódicos evidenciaron el cambio en la situación social de los literatos que paulatinamente fueron adquiriendo reputación y renombre social. Hacia finales del siglo XVIII, hizo su entrada en escena el editor, cuyo papel fue crucial en la consolidación de la vida moderna literaria caracterizada por la publicación constante de libros, revistas y periódicos, y el crítico que actuó como asignador de valores estéticos y representante de la opinión pública en el mundo literario (Hauser 1988b: 199-203, 210).

La actitud ante la prosa en Gran Bretaña durante el siglo XVIII estuvo marcada por la ambigüedad; si durante los cuarenta primeros años de siglo prevaleció un rechazo contra el romance heroico popular y los experimentos en la incipiente actividad prosística se vieron oscurecidos por una falta de confianza en los novelistas y en una hostilidad por parte de los críticos, 1740 inauguró un nuevo rumbo en la ficción con la publicación de *Pamela* (1740) y de *Clarissa Harlowe or the History of a Young Lady* (1748) de Samuel Richardson, *The History of the Adventures of Joseph Andrews and his Friend Mr. Abraham Adams* (1742) y de *Tom Jones* (1749) de Henry Fielding, quienes demostraron la calidad artística e intelectual de la prosa. La demanda de novelas estimuló la producción de las mismas y alcanzó tal grado que muchos advirtieron de las consecuencias nefastas de su lectura para la moralidad<sup>9</sup>. En efecto, la ficción se

---

<sup>9</sup> "If it be true, that the presenta age is more corrupt than the preceding, the great multiplication of Novels has probably contributed to its degeneracy. Fifty years ago there was scarcely a Novel in the

consideró como una actividad impropia, a la que los escritores serios sólo prestaban atención como un medio de evasión y de la que debían mantenerse apartados. Esto provocó que muchos escritores se dedicaran a esta labor, y que un alto porcentaje de ellos se ocultara detrás de seudónimos, de artimañas para evitar su reconocimiento o de prólogos en los que se constataba la nocividad de las novelas (Del Prado 1994: 567-68). Entre 1740 y el final del siglo, el debate sobre esta nueva manifestación literaria se extendió así como las reivindicaciones por considerarla al mismo nivel que la poesía o el drama.

Durante el periodo del Romanticismo en Gran Bretaña, desde la última década del siglo XVIII hasta aproximadamente 1830, la mayor parte de la ficción en prosa fue considerada un género subliterario, apropiado sólo para los niños, las mujeres y las clases bajas e iletradas. Como sostiene John Mullan, “they were supposed to be titillating, low-minded, beguiling fodder for Young women” (Mullan 1987: 274). Únicamente, *Don Quijote*, junto con las novelas de Richardson, Fielding, Sterne y Smollett fueron consideradas como obras esenciales de la literatura y comercializadas como clásicos, y algunas novelas góticas, las novelas de Scott o de Maria Edgeworth, Sydney Owenson y Jane Porter fueron estimadas como obras serias mientras el resto de las creaciones novelísticas fueron desestimadas y rechazadas por los críticos. Y es que a lo largo de prácticamente todo el Romanticismo se catalogó a la prosa como un instrumento ideológicamente peligroso y deficiente desde un punto de vista moral, intelectual y artístico, y se pensó que las novelas distraían a las generaciones jóvenes de

---

kingdom. Romances, indeed, abounded; but they, it is supposed, were rather favourable to virtue [...] That Richardson’s Novels are written with the purest intentions of promoting virtue, none can deny. But in the accomplishment of this purpose scenes are laid open, which it would be safer to conceal, and sentiments excited, which it would be more advantageous to early virtue not to admit. Dangers and temptations are pointed out; but many of them are dangers which seldom occur, and temptations by which few in comparison are assaulted. It is to be feared, the moral view is rarely regarded by youthful and inexperienced readers [...] who, while they read, eagerly wish to be actors in the scenes which they admire”. (Knox 1778: 304-05)

la utilidad de la instrucción, necesaria para acumular habilidades morales y racionales. Para revalorizar el género novelesco y dotarle de un *status* literario pleno, los autores se ampararon en una galería de recursos como el empleo de citas, alusiones, nombres de personajes extraídos de la literatura clásica inglesa, de argumentos basados en la historia, de diálogos intelectuales con un rigor filosófico y de breves ensayos orientados para lectores instruidos. En esta línea, Maria Edgeworth proporcionó otra técnica de literariedad con la inclusión en *Castle Rackrent* de notas a pie de página que contenían explicaciones sociales o históricas, y que anticiparon las novelas de anticuario, al estilo Walter Scott, repletas de anotaciones, apéndices, glosarios, discursos no literarios, todo ello para reforzar la historicidad de la novela, la credibilidad de su ficción y la rigurosidad de la calidad literaria.

Sin embargo, la visión de los críticos no fue totalmente compartida por la sociedad dado que la novela pasó a ser uno de los géneros más aclamados y consumidos en paralelo a la prensa, asociado con el doble fenómeno cultural de la emergencia del público lector y de una nueva forma de comunicación. A esto se añadió la función de la novela desde sus inicios como forma de la lucha de las clases medias por su autodefinición y su capacidad para dirigirse al conjunto de la sociedad y a la nación como ningún género previo lo había hecho antes (Kelly 1996: 196-215; 1989).

Aunque la mayor parte de los escritores y lectores de novelas en Gran Bretaña durante el Romanticismo pertenecían a la clase media, es cierto que todavía una sección importante de la producción comprendida entre 1790 y 1820 se hermanó con la vida, los valores, la cultura y las aspiraciones de la clase dominante del país, la *gentry*, integrada por aquellos terratenientes que gozaban de una vida acomodada. Este sector social estaba subdividido en la *gentry* local o rural y la *gentry* urbana, más numerosa y

cosmopolita que incluía a la aristocracia, es decir, a todos aquéllos que poseían conjuntamente tierras y un título nobiliario y que controlaban infinidad de aspectos sociales durante el siglo XVIII como el capital, el poder político, las profesiones, la administración de la justicia, los servicios sociales e indirectamente, el sistema educativo que les permitieron disfrutar de una época dorada de influencia y prosperidad. Sin embargo, ya desde mediados del siglo XVIII la clase media había empezado a ejercer una presión prudente pero segura en contra de la *gentry* al criticar su monopolio social mediante vehículos de comunicación específicos como la prensa y la novela. Este hecho apuntó a una metamorfosis en las actitudes, los valores y las creencias, en suma, en la ideología de la clase media que se plasmó en la literatura a través de cuatro temáticas: la naturaleza y la relevancia del individuo, el papel de la familia y de los afectos surgidos en su seno, las relaciones entre las diferentes clases sociales y todo lo relativo a la nación como la historia, la cultura, la identidad o el lenguaje. El nacionalismo repercutió notablemente en la literatura romántica, pero particularmente en la prosa como fenómeno de masas; en realidad, la construcción de la imagen de la nación como entidad global sirvió para satisfacer los intereses no de toda la sociedad británica sino de la clase media que aspiraba a liderar la sociedad.

No obstante para crear una identidad nacional británica se requería una lengua británica escrita que la respaldara y que hasta este momento había sido inexistente dado que la lengua inglesa escrita había sido la manifestación lingüística preponderante en Gran Bretaña para todas las clases sociales y regiones. En este sentido, las novelas sociales y pseudo-históricas de principios del siglo XIX ofrecieron a sus lectores un esqueleto lingüístico de esta identidad nacional tan deseada mediante una jerarquía en la que el inglés era la lengua oficial escrita, inequívocamente patente a través de la autoridad de un narrador en tercera persona, que subordinaba al resto de los dialectos



hablados en otras regiones del país. Además, la atribución de determinados rasgos como la seriedad y la formalidad a los personajes hablantes de la lengua oficial y la comicidad o la falta de decoro a los personajes hablantes de las lenguas periféricas reforzaba el argumento de que la auténtica identidad nacional sólo pasaba por el dominio de la lengua inglesa y no de sus variantes dialectales.

Desde 1790 hasta 1820, la novela británica volcó su preocupación en la integridad y la interpenetración de los espacios culturales de tal manera que las variedades de géneros literarios que fueron sucesivamente emergiendo tendieron un puente entre los modos de pensamiento nacionalistas e imperialistas. Durante este periodo, la novela británica se involucró en continuos experimentos sobre técnicas y temáticas literarias antiguas y modernas y en una reflexión profunda sobre los debates intelectuales y políticos del momento, como la expansión y consolidación del Imperio británico. Mientras los nacionalistas irlandeses y escoceses reivindicaban la independencia histórica de sus tradiciones culturales y los defensores del Imperio británico abogaban por argumentos contrarios, la novela se consagró a codificar la periferia británica en su idiosincrasia. Y así, si en 1780 y 1790 la elite británica percibía el Imperio como un sistema político unificado y cohesionado y la novela se afanaba por evidenciar la interacción entre los intereses nacionales e imperialistas, a principios del siglo XIX, tanto los relatos nacionales como la novela histórica comenzaron a esculpir una relación dialéctica diferente entre el nacionalismo y el imperialismo. La mayor parte de la ficción regionalista se centró en la comprensión de una cultura irlandesa, escocesa o galesa, cuya incorporación dentro de Gran Bretaña había sido marginal en términos político-económicos y que luchaba desde la ficción por conseguir la estabilidad interior (Trumpener 1997: 165-68).

## **2. Los antecedentes inmediatos de la novela histórica:**

### **La novela jacobina y las narrativas nacionales**

A pesar de que los antecedentes de la novela histórica son muy numerosos (la novela griega, la épica, el romance medieval, el drama de Shakespeare, la novela social realista, etc.) únicamente prestaremos atención a los antecedentes más inmediatos de la misma, no tanto por su proximidad sino por su influencia temática sobre la novela histórica, especialmente relevante para esta investigación.

Nuestro punto de partida es que las novelas jacobinas y anti-jacobinas, las narrativas nacionales y la novela histórica son manifestaciones literarias de un término globalizador como es la novela romántica, definida como “the class of prose fictions that has the historic mission of articulating ideology, as ideology” (Miles 2001: 185-86). De entre las diversas etiquetas que se utilizaron para designar a la novela durante el Romanticismo, Robert Miles establece una relación de equivalencia entre la novela romántica y el romance filosófico, término derivado de la obra de Hugh Murray (1789-1845), *Morality of Fiction* (1805), en la que identificaba al romance filosófico con la novela jacobina en general y con Godwin en particular. Si bien, como se puede apreciar, en un primer momento el romance filosófico hacía referencia estrictamente a las novelas jacobinas, después amplió su campo dado que muchos de sus rasgos se trasladaron a la narrativa nacional e histórica. La importancia de los romances filosóficos reside en dos de sus características: por un lado, en el argumento de los orígenes oscuros de la familia sobre el que se solapan las historias genealógicas de la configuración nacional; en estos relatos se cuestionan los cimientos fundacionales de la cultura y con ello, la legitimidad de los mismos. De ahí que uno de los temas recurrentes sea la usurpación y la impureza de los orígenes primigenios de la nación. Y por otra parte en la teatricalidad. Las

narrativas nacionales gravitan en torno a la paradoja de que la identidad de los protagonistas sólo puede consumarse mediante la representación de un papel, e incluso en esos casos, el ser fingido es en realidad un ser alienado de su verdadera personalidad. Esto sumado a los secretos de familia provoca una crisis de identidad de tal manera que la salud de los personajes sólo se recupera con la comprensión del momento fundacional de la nación (Miles 2001). De hecho, aunque el final de los romances se enlaza con la reconciliación nacional hay un punto intermedio en el que se vislumbra la descomposición y la recomposición forzada de la nación que resulta sumamente peligroso para el orden y la ideología establecida.

Una aclaración importante respecto a la producción novelística del periodo prerromántico y romántico es que las divisiones estrictas entre los subgéneros novelescos estuvieron ausentes del panorama literario debido a que la ruptura de los límites entre ellos fue una tendencia compartida por los autores. Esto provocó que, por ejemplo, las novelas jacobinas compartieran muchos temas con otras manifestaciones prosísticas del siglo XVIII y XIX, en particular con una de las ficciones más extendidas de finales del siglo XVIII, la denominada ficción sentimental.

El componente subversivo de las novelas góticas afloró abiertamente en las llamadas novelas políticas o romances filosóficos en el sentido ilustrado de crítica política, social y cultural gracias a la labor de los revolucionarios franceses y de los reformistas británicos durante la década de 1790. Estos romances filosóficos se ramificaron en las novelas jacobinas y anti-jacobinas inglesas. Las primeras extrajeron su ideología del conocimiento ilustrado para argumentar que tanto los individuos como los grupos sociales eran el producto del sistema político y cultural, de ahí que en sus novelas, los autores jacobinos retrataran exhaustiva y detalladamente las convenciones

sociales, las instituciones y las estructuras del poder vigentes para demostrar su peso determinante sobre las conciencias individuales. Al mismo tiempo, mostraban el proceso psicológico del individuo ante la alienación y la opresión política mediante narraciones confesionales en primera persona. Las novelas jacobinas fueron las más controvertidas de la época al ser escritas por intelectuales y autores con una visión liberal inspirada en la Revolución y en la necesidad de reformas internas.

Hacia 1795, los jacobinos británicos empezaron a desaparecer del escenario social. La intimidación del gobierno y la presión social fracturaron la alianza entre la aristocracia, la clase media y los reformistas artesanos, obligando a muchos *Nonconformists* a regresar al Evangelicalismo y al renacimiento de la religión. Aún así, el jacobinismo siguió siendo una amenaza para la sociedad y una fuente de desconfianza durante el tiempo en que Gran Bretaña estuvo en guerra contra Francia, de tal manera que cualquier vinculación con esta ideología se convirtió en sinónimo de traición y de identidad no británica. 1795 fue un año en el que las reacciones contra el jacobinismo se multiplicaron y en el que la novela como instrumento de instrucción, advirtió acerca de los peligros del liberalismo sobre la clase privilegiada y sobre la clase media que pretendía introducirse en el ámbito del poder; a partir de 1800, la novela se transformó en un catalizador de la coalición entre las diferentes clases sociales para lograr la unidad del país frente a los enemigos.

Los novelistas anti-jacobinos aunque procedían del mismo entorno social e intelectual que sus homólogos y compartían su rechazo por la política, por la ignorancia y por la insubordinación de las masas, mostraron mayor inclinación por las alianzas con las clases dominantes. En contraste, las novelas anti-jacobinas enfatizaron la sociabilidad, el pacto entre el individuo y la comunidad con las obligaciones ante las convenciones y las leyes, y esto se tradujo en sus novelas en la ausencia de la

subjetividad mediante narraciones en primera persona que fomentaran la identificación entre el lector y el protagonista. Este tipo de novelas fue especialmente útil para advertir sobre la toxicidad de las ideas revolucionarias francesas y de las consecuencias nefastas de la adherencia ideológica a las mismas. Para lograr esto, se hacía hincapié en el orden social y paternalista como única salvación ante las disputas sociales internas por la división de opiniones ante la Revolución francesa. Las novelas anti-jacobinas dejaron una fuerte impronta en novelistas posteriores como Jane Austen (1775-1817), Walter Scott (1771-1832), y en los Victorianos.

La novela se utilizó regularmente durante los siglos XVIII y XIX como agente de las causas nacionalistas especialmente mediante la idealización y la invención de mitos que ensalzaban las glorias del pasado. Una de las narrativas nacionales inglesas que inauguraron este movimiento fue el romance histórico, *Earl of Salisbury, an Historical Romance* (1762) de Thomas Leland (1722-1785) en el que se defendían las virtudes inglesas, específicamente sajonas, fundadas por los barones y los caballeros medievales. La Revolución francesa, la constante amenaza exterior y los crecientes conflictos internos como las crisis económicas, los motines navales, y la incapacidad de los líderes para remediar el descontrol social fueron aprovechados por los escritores de la clase media tanto para lanzar sus ofensivas contra las clases dirigentes como para reconciliar las diferencias nacionales provocadas por el debate revolucionario. Las narrativas nacionales fueron un género desarrollado inicialmente por escritoras que abordaban cuestiones fundamentales como la distinción cultural, la política nacional y el separatismo político. En este sentido, los novelistas inventaron una historia, una cultura, una literatura y un destino nacional para Gran Bretaña a través de un nuevo enfoque descriptivo de la novela ideado especialmente por tres personalidades literarias

femeninas que pavimentaron el camino para la llegada de Walter Scott y de otros literatos posteriores; nos referimos a las irlandesas Maria Edgeworth y Sydney Owenson y a la escocesa Jane Porter (Curran 1996: 177-95). Hay que señalar que como todos los géneros nacionales, el relato nacional se vio envuelto desde su nacimiento en contradicciones irresolubles, especialmente como consecuencia del retrato de países históricamente colonizados que se posicionaban en contra de la perspectiva central del Imperio, cuyos argumentos colonizadores partían de la desolación e infecundidad económica y cultural de estos países. Tomando como punto de arranque el romance y el discurso etnográfico del viaje, la narrativa nacional giró especialmente alrededor del encuentro intercultural, difuminando las barreras entre el aquí y el allá para aproximar la metrópolis a la periferia. Repetidamente, el protagonista del relato nacional sufre una conmoción como consecuencia del encuentro cultural, una pérdida del equilibrio mental y emocional que espeja sin embargo, el deseo más profundo de estas narrativas, la transformación del extraño en una figura conocida y familiar. Con ello se pretendía por un lado, desplazar a los lectores ingleses a Irlanda, mediante el viaje de un inglés y su inmersión en una cultura desconocida para la que resultaba un extraño, y por otro, trastocar la concepción mental negativa de Irlanda como un lugar primitivo y ridículo (Ferris 1996). Gran parte de los autores de este periodo se decantaron por el uso del término *tale* en vez de novela para evitar las connotaciones peyorativas de la misma y para enfatizar el naturalismo, el nacionalismo y el tradicionalismo vinculados con la búsqueda de las raíces regionales y de la domesticidad.

La autora más respetada entre la época revolucionaria y los triunfos literarios de Walter Scott fue Maria Edgeworth (1767-1849), famosa por sus *Irish Tales*. Al hilo de esta obra debe recalcar que a partir de 1800 muchas ficciones se concibieron como *tales* o relatos junto con una inquietud por afirmar su realismo con hechos verídicos.

La última etapa en la prehistoria de la novela histórica fue la novela regional de Maria Edgeworth también llamada novela nacional, socio-histórica o naturalista, que destacó por el uso del realismo circunstancial con el propósito de elaborar un relato ficticio de una época mediante la técnica regionalista, el realismo dialéctico y la crónica histórica. El colorido histórico y los aires coloquiales y dialectales como rasgos caracterizadores de los personajes, triunfaron completamente en *Castle Rackrent: an Hibernian Tale Taken from Fact, and from the Manners of the Irish Squires before the Year 1782* (1800), que influyó favorablemente en Scott, quien en el capítulo LXII de *Waverley*, titulado “A Postscript, which should have been a Preface” dijo lo siguiente de la autora: “It has been my object to describe these persons, not by a caricatured and exaggerated use of the national dialect, but by their habits, manners, and feelings; so as in some distant degree to emulate the admirable Irish portraits drawn by Miss Edgeworth [...]” (Scott n.d.: 349).

Edgeworth fue la primera novelista que brindó un modelo de clase dirigente británica integrada por una alta burguesía en gran parte de sus novelas: *Belinda* (1801), *Popular Tales* (1804) y *Tales of Fashionable Life* (1809-1812). El atractivo de las obras de Maria Edgeworth giró en torno a sus descripciones naturalistas del campo y de la vida rural y de la particularidad de las regiones como refugio de las inseguridades políticas de su tiempo y como modelo de referencia de una colectividad nacional reinventada en la que las expectativas de la clase media se veían satisfechas. Fue precisamente en la exploración y reivindicación del mundo rural apartado del bullicio de la ciudad y de las industrias, donde para Edgeworth residía el sustrato de los relatos nacionales, la pureza del origen del pueblo.

La innovación de *Castle Rackrent* residió en su fusión de fuentes procedentes de la tradición oral irlandesa, el cuento francés (recordemos que la autora conocía a la perfección los *Contes Moraux* (1761) de Jean François Marmontel (1723-1799) ampliamente leídos en Gran Bretaña) y las intrigas presentes en las novelas góticas acerca de las propiedades y herencias. El título, *Rack rent* o alquiler desorbitado, aludía al castillo como espacio representativo del derecho hereditario a la tierra y al sistema abusivo de rentas patente a través de la generación de los *Rackrent*, terratenientes angloirlandeses y su relación con los arrendatarios (Martín Higarza 2002: 89-120).

Uno de los elementos que permitió el éxito de las novelas nacionales y que influyó determinantemente en las novelas históricas de Walter Scott fue el uso de la lengua nacional irlandesa en la construcción de un nuevo modelo de comunidad. Maria Edgeworth recurrió al dialecto irlandés dentro de una jerarquía encabezada por el inglés como lengua estándar hablada por la clase media en un intento por mostrar la variedad dentro de la unidad lingüística; esta estructura se veía reforzada en sus novelas por una galería de factores: un narrador omnisciente en tercera persona que dominaba la lengua inglesa, por personajes que usaban el dialecto irlandés pero poseían una formación moral e intelectual, por descripciones regionales y sociales sobre la vida y las costumbres de Irlanda, etc. En sus novelas inmortalizó la heterogeneidad lingüística pero ordenada de la nación británica, el mito cultural de que la raigambre de Gran Bretaña procedía de las comunidades rurales. La escritora diferenció entre múltiples sociolectos, el rural, el burgués, el aristocrático o el habla infantil y entre los idiolectos de cada personaje. Con ello, Maria creó una imagen política muy poderosa de Irlanda, hecho que convirtió a este tipo de narrativas y a sus sucesoras en vehículos del nacionalismo romántico en Gran Bretaña y en Europa.



Dentro de la obra de Sidney Owenson, conocida como Lady Morgan (1776-1859), destacaron *St. Clair* (1803) en la que presentaba una imagen idílica de Irlanda en el pasado y *The Wild Irish Girl, a National Tale* (1806), novela epistolar centrada en el pasado remoto gaélico en la que ensalzaba a Irlanda y defendía fervientemente sus riquezas, paisaje y tradiciones ancestrales. Sus novelas estaban pobladas de anotaciones y de diversas fuentes documentales que acreditaban la información social, histórica, topográfica y lingüística aportada, aparte de sus observaciones personales. Especialmente en la segunda novela, sentó las bases de la novela histórica del siglo XIX con un acentuado carácter político-nacionalista.

Jane y Anna Porter fueron las dos grandes escritoras de relatos nacionales desde la publicación de *Castle Rackrent* en 1800 hasta la aparición de la primera novela histórica de Walter Scott, *Waverley* en 1814. Ambas fusionaron los orígenes históricos de la cultura nacional con los relatos nacionales dando mayor autoridad que los novelistas góticos a la historia y a las tradiciones, fusión que fue retomada por Walter Scott.

Los relatos nacionales fueron popularizados por Jane Porter (1776-1850) quien publicó en 1803 un relato nacional polaco *Thaddeus of Warsaw* y en 1810 *The Scottish Chiefs*, enmarcada en las primeras fases (1296-1306) de la Primera Guerra de la independencia escocesa (1296-1328), con William Wallace como protagonista. Con esta obra, publicada en un momento crucial para la historia de Gran Bretaña logró reforzar la beligerancia británica contra Napoleón y los éxitos de los regimientos de los *Highlanders* en las campañas peninsulares (Sutherland 1999: 332-43). Junto a Jane Porter, despuntó su hermana Anna Maria Porter (1780-1832) quien en 1807 publicó *The*

*Hungarian Brothers* un romance histórico contextualizado en las Guerras revolucionarias francesas y en 1809 *Don Sebastian* que fueron todo un éxito.

Junto a estas tres autoras debe resaltarse la producción de un conjunto de autores vinculados por su temática naturalista, nacional e histórica: con *Village Anecdotes* (1804) y *Clara de Montfrier* (1808) Elizabeth Le Noir (1755-1841) continuó el legado de Maria Edgeworth al retratar en ambas obras la simplicidad del mundo rural inglés, de la domesticidad, y de la revalorización de la naturaleza al tiempo que reconstruía un patrón cultural nacional del cual la *gentry* estaba excluida por la presencia de la clase media. Con este mismo objetivo, Elizabeth Hamilton (1758-1816), ahondó en las raíces nacionales de Escocia en *The Cottagers of Glenburnie; a Tale for the Farmer's Inglenook* (1808) y Mary Leadbeater (1758-1826) que también revalorizó la vida de la comunidad irlandesa en *Cottage Dialogues among the Irish Peasantry* (1811). En el caso de Irlanda hay que mencionar a Thomas Moore (1779-1852), poeta nacional irlandés que contribuyó al resurgimiento del regionalismo medieval en Irlanda con *Irish Melodies* (1807-1835).

Si Maria Edgeworth focalizó la atención sobre la vertiente moral e intelectual del ser, Amelia Opie (1759-1853) se interesó exclusivamente por el ser emocional, llegando a convertirse en la autora más aclamada después de Edgeworth entre 1800 y 1810, hasta que la pluma de Jane Austen empezó a despuntar. Esta corriente denominada “Tales of the Heart” la comenzó con algunas escenas en *Adeline Mowbray* (1804) y la continuó plenamente en *Simple Tales* (1806) hasta 1822. Para esta autora, las emociones se localizaban en la pureza y en la inocencia del corazón en el entorno natural de la familia y en la vida rural, por oposición a la artificialidad y a la hipocresía del mundo social.

La narrativa nacional alcanzó su punto culmen con *The Milesian Chief* (1812) de Charles Maturin (1782-1824) y la publicación de *Waverley* dado que ambas novelas transformaron las premisas del género nacional mediante la explicitación histórica de su marco alegórico. Si antes de la publicación de *Waverley*, la narrativa nacional se basaba en la progresión evolutiva a través de la topografía, concebida como mundos paralelos atravesados por los personajes, siendo el motor el desplazamiento meramente geográfico, a partir de *Waverley* la progresión entre los espacios adquirió el grado de histórica, patente en la transformación de las culturas bajo la presión de los hechos históricos (Trumpener 1993: 697). Una disimilitud cardinal entre la novela histórica y sus antecesores literarios es la plena conciencia sobre el valor de la historia y la función que los individuos desempeñan en el curso de la misma. La participación activa de los ciudadanos en la defensa de la patria y la irrupción de la política en la domesticidad impulsaron un sentido agudo del “aquí y el ahora” que se tradujo en una reflexión sobre la historicidad. El particularismo de Walter Scott y el carácter novedoso de la novela histórica fue justamente la transformación de la historia en un contexto configurador, en una pieza central con capacidad de actuación y modelación, hecho provocado por la conciencia metateórica de la historia y por el uso consciente y voluntario del material histórico. Aunque no debemos olvidar en ningún momento que sus novelas canónicas bebieron de la fuente de la no-canonicidad, es decir, que en todas ellas subyace “a hinterland of women writers, so-called national tales, romances, folk material and nationalist antiquarian research from which the reputable Sir Walter derived rather more than he was always prepared to acknowledge” (Eagleton 2005: 96).

### 3. Principales teorizaciones sobre la novela histórica

Antes de abordar brevemente la novela histórica, especifiquemos su contenido.

Para David Daiches,

A historical novel can be primarily an adventure story, in which the historical elements merely add interest and a sense of importance to the actions described; or it can be essentially an attempt to illustrate those aspects of the life of a previous age which most sharply distinguish it from our own; or it can be an attempt to use a historical situation to illustrate some aspect of man's fate which has importance and meaning quite apart from that historical situation". (Daiches 1951a: 83)

Noé Jitrik constata que la novela histórica "podría definirse muy en general y aproximativamente como un acuerdo, quizá siempre violado, entre *verdad*, que estaría del lado de la historia, y *mentira*, que estaría del lado de la ficción" (Jitrik 1995: 11). Avrom Fleishman define el género histórico en los siguientes términos: "When life is seen in the context of history, we have a novel; when the novel's characters live in the same world with historical persons, we have a historical novel" (Fleishman 1971: 3; Mombert 2000), mientras que Felicidad Buendía afirma que "Definir la novela histórica en un sentido estricto, supone decir de ella sencillamente que desarrolla una acción novelesca en el pasado: sus personajes principales son imaginarios, en tanto que los personajes históricos y los hechos reales constituyen el elemento secundario del relato" (Buendía 1963: 16-17).

El manifiesto teórico romántico más importante sobre la novela histórica se debe a Alfred de Vigny (1797-1863) quien publicó un ensayo titulado "Réflexions sur la vérité dans l'art" (1827) como prefacio de su novela *Cinq Mars, ou Une conjuration sous Louis XIII* (1826). Vigny empieza constatando el interés de su época por la

investigación universal y el amor de Francia hacia la historia y el drama, dedicados a explorar la humanidad y el destino particular de los hombres respectivamente. Esto se debe a que durante los últimos años, el arte rezuma historia más que nunca hasta el punto de que “nous avons tous les yeux attachés sur nos Chroniques, comme si, parvenus à la virilité en marchant vers de plus grandes choses, nous nous arrêtons un moment pour nous rendre compte de notre jeunesse et de ses erreurs” (Vigny 1887: 3). Con esta declaración Vigny expresa el objetivo de la historiografía romántica: las luchas revolucionarias han permitido que Francia alcance su madurez y que examine la historia para descubrir los errores cometidos a lo largo de los siglos y ahí radica la función primordial de la historia, en su capacidad para aprender del pasado y evitar tropiezos futuros.

En cuanto a la elección de la novela histórica como instrumento literario, Vigny mantiene que la grandeza de una obra no reside en su forma sino en las ideas y sentimientos de su autor; sin embargo, la selección de una época determinada requiere un tratamiento adecuado y ello sólo puede venir de la mano de la novela histórica. Asimismo, establece una diferencia entre la verdad en el arte o amor por la fábula, procedente de la imaginación que dota de vitalidad y coherencia a una obra, y la verdad de los hechos o amor por la veracidad. Pero ¿de qué sirve la historia si no transmite una moralidad?, ¿los hechos dados no resultan insuficientes e incompletos? Lo cierto es que siempre les falta una conexión visible conducente a una conclusión moral. Aunque los hechos forman una unidad coherente, el hombre necesita profundizar en la plenitud de su sentido, por lo que ha recurrido a los relatos históricos cargados de verdades morales a través de los cuales el escritor ejerce libertad para transformar los eventos históricos y la actuación histórica de los individuos. De ahí que para Vigny “L’HISTOIRE EST UN

ROMAN DONT LE PEOPLE EST L'AUTEUR" (Vigny 1887: 6). Los hechos que han pasado por el tamiz de la subjetividad siempre están mejor compuestos que los hechos reales y su acogida se explica por la necesidad humana de extraer una lección del devenir histórico y de su propia esencia "parce qu'il ne lui est pas donné de voir autre chose que lui-même et la nature qui l'entoure" (Vigny 1887: 5).

Víctor Hugo (1802-1885) también concede suma relevancia a la moralidad, a la ejemplaridad y a la subjetividad de la historia. En su *Journal des idées, des opinions et des lectures d'un jeune jacobite de 1819* (1834), Víctor Hugo incluye un artículo titulado "Histoire" en el que empieza por establecer una diferencia entre los historiadores antiguos que escriben en base a las tradiciones y los modernos que se guían por las crónicas. Los historiadores antiguos mantienen la idea moral de que no es necesario que un hombre haya vivido o que un siglo haya existido para que se produzca la historia, sino que es suficiente con que exista un legado de grandes ejemplos para la memoria de los hombres. La historia moderna en cambio es un registro de vidas humanas; los escritores modernos cuando componen las crónicas no son capaces de ver los hechos contradictorios presentes en los libros ni de conciliar las fechas. Su labor se circunscribe a los hechos pero no a las consecuencias, movidos estrictamente por la curiosidad y no por el interés moral (Hugo 1985: 63-71). Además, Víctor Hugo dedicó un artículo a Walter Scott dentro de su *Journal des idées et des opinions d'un révolutionnaire de 1830* titulado "Sur Walter Scott, à propos de *Quentin Durward*" (1823-1824) en el que defendió la fidelidad histórica de Scott como novelista y su talento para fundir la exactitud minuciosa de las crónicas con la grandeza de la historia y el atractivo de la novela. Pero por encima de todo, Hugo discrimina la habilidad del poeta para articular los males de su tiempo y reconciliar así al pueblo con los reyes, para involucrarse en la problemática y en las exigencias nacionales de sus contemporáneos,

sumergiendo su vida en la de la sociedad. Esta implicación se hizo especialmente manifiesta en la agudeza de Scott para percatarse de las convulsiones motivadas por la Revolución y de la necesidad de idear un vehículo literario que purificara la sangre y las lágrimas vertidas en ella. Para ello concibió la novela histórica, impregnada de instrucción y de verdad dado que la intención de un novelista consiste en expresar verdades útiles y en convertir al romance en una emulación de la vida. Según Hugo, los novelistas anteriores a Walter Scott adoptaron dos métodos de composición contrarios en cuanto a la estructura de la obra y a la voz del narrador. Mientras unos novelistas se decantaban por la división capitular dando prioridad al papel del autor, otros preferían la división epistolar con la preponderancia de los diversos personajes y el eclipse del autor. Sin embargo, el nuevo género de la novela histórica fagocita las ventajas de estas dos corrientes anteriores sorteando sus inconvenientes y en este sentido, *Quentin Durward* (1823) constituye un ejemplo: “Quant à nous, nous remplissons un devoir de conscience en plaçant Walter Scott très-haut parmi les romanciers, et en particulier *Quentin Durward* très-haut parmi les romans. *Quentin Durward* est un beau livre. Il est difficile de voir un roman mieux tissu, et des effets moraux mieux attachés aux effets dramatiques” (Hugo 1985: 149).

En 1829, Prosper Mérimée (1803-1870) publicó la novela histórica *Chronique du règne de Charles IX* en cuyo prólogo y en un capítulo expuso su pensamiento sobre dicho género. En el prólogo, Mérimée explica que de la historia sólo le gustan las anécdotas dado que ofrecen una pintura fidedigna de las costumbres y de los modos de vida más que un retrato exhaustivo de una época dada. Por esta razón, muestra su preferencia por las memorias que incluyen conversaciones entre el escritor y el lector y que por tanto son verdaderos retratos del hombre en los que radica la auténtica historia.

En el capítulo “Dialogue entre le lecteur et l’ auteur”, Mérimée expone entre líneas su principio de que en la novela las grandes figuras históricas no tienen por qué ser las protagonistas, pensamiento que revela su inclinación por las capas profundas de la historia y por la parte oculta tras los acontecimientos históricos:

“-Hélas! Monsieur le lecteur, que me demandez-vous là? Je voudrais bien avoir le talent d’ écrire une Histoire de France; je ne ferais pas de contes. Mais, dites-moi, pourquoi voulez-vous que je fasse faire connaissance avec des gens qui ne doivent point jouer de rôle dans mon roman?”, “- Mais vous avez le plus grand tort de ne pas leur y faire jouer un rôle. Comment! Vous me transportez à l’ année 1572, et vous prétendez esquiver les portraits de tant d’ hommes remarquables!”. (Mérimée 1890: 109-10)

Esto da lugar a que el lector termine por convencerse de que no encontrará nada de lo que busca, es decir, la monumentalización de las personalidades históricas, dentro de su novela: “-Ah! Je m’ aperçois que je ne trouverai pas dans votre roman ce que j’ y cherchais”, “-Je le crains” (Mérimée 1890: 113).

Un año más tarde, en 1830, Stendhal (1783-1842) compuso “Walter Scott et *La princesse de Clèves*”, un ensayo aparecido por primera vez el 19 de febrero de ese mismo año en el recién estrenado (3 de enero de 1830) periódico *Le National* en el que comparaba la obra de Scott con *La princesse de Clèves* (1678) de Madame de La Fayette (1634-1693), considerada la primera novela histórica francesa. En este artículo, Stendhal afirma que las dos novelas representan los dos polos opuestos en lo que a creación literaria se refiere; consciente de que sus reflexiones sobre la materia serán mal recibidas, Stendhal señala la capacidad descriptora de Scott pero critica su incapacidad para retratar el corazón humano, labor de un buen escritor: “N’oublions pas un autre avantage de l’ école de sir Walter Scott; la description d’ un costume et la *pose* d’ un personnage, quelque subalterne qu’ il soit, prennent au moins deux pages. Les



mouvements de l'âme, qui d'abord coûtent tant de peine à trouver, et qui ensuite sont si difficiles à exprimer avec justesse, sans exagération ni timidité, fourniraient à peine quelques lignes" (Stendhal 1933: 307).

Reconoce cierto mérito histórico de Scott pero vaticina que éste se marchitará pronto y que diez años serán suficientes para hacer caer en el olvido al autor escocés. Asimismo, Stendhal no da credibilidad a las novelas históricas al sostener que "L'art n'est donc qu'un beau mensonge; mais sir Walter Scott a été trop menteur" (Stendhal 1933: 309) y que sus pinturas carecen de ingenuidad y sus personajes de valentía y seguridad. Stendhal concluye este ensayo con una visión nada esperanzadora del futuro de Scott: "Dans cent quarante-six ans, sir Walter Scott ne sera pas à la hauteur où Corneille nous apparaît cent quarante-six ans après sa mort" (Stendhal 1933: 311).

Balzac (1799-1850) expresó su admiración por Scott en el prefacio de *La comédie humaine* (1842):

Walter Scott élevait donc à la valeur philosophique de l'histoire le roman, cette littérature qui, de siècle en siècle, incruste d'immortels diamants la couronne poétique des pays où se cultivent les lettres. Il y mettait l'esprit des anciens temps, il y réunissait à la fois le drame, le dialogue, le portrait, le paysage, la description; il y faisait entrer le merveilleux et le vrai, ces éléments de l'épopée, il y faisait coudoyer la poésie par la familiarité des plus humbles langages. (Balzac 1842-1848: 1)

Sin embargo, Balzac detecta que las obras de Scott no componen un sistema, que sus novelas no están ligadas las unas a las otras de modo que conformen una historia completa en la que cada capítulo sea una novela y cada novela una época. Es precisamente este fallo de Scott el que Balzac, sin desmerecer al autor escocés, intenta

remediar construyendo un ciclo de novelas que cubran esta deficiencia. Su objetivo como novelista histórico es compilar los vicios y las virtudes, las pasiones humanas, los rasgos de personalidad, los acontecimientos principales de Francia, en suma, la escritura olvidada por los historiadores, la de las costumbres. La trascendencia de Balzac y su distanciamiento con respecto a Scott radica en la transición de la historia pasada a la representación de la historia del presente (Balzac 1842-1848).

Entre 1828 y 1850, Alessandro Manzoni (1785-1873) compuso *Del romanzo storico*, uno de los ensayos puntales sobre la novela histórica durante el siglo XIX.

Estructurada en dos partes, la primera parte gira en torno al eterno problema de la irreconciliación entre la historia y la ficción. Manzoni empieza por constatar que la novela histórica está sometida a dos tipos de crítica diametralmente opuestos: por un lado, se encuentran aquéllos que señalan la falta de claridad presente en las novelas históricas entre los hechos y la ficción, aspecto que afecta a la representación fiable de la historia; en el polo opuesto se sitúan los críticos que argumentan que el autor no debe distinguir nítidamente la verdad de los hechos de la invención dado que esto destruye la condición vital de cualquier obra de arte, esto es, su unidad. Para Manzoni, ambos grupos de críticos llevan su parte de razón, unos al defender la representación de la realidad histórica, otros al secundar una narración unificada, pero simultáneamente ambos se equivocan al atribuir tales rasgos a la novela histórica siendo el primero incompatible con su forma narrativa y el segundo incongruente con los materiales de la novela histórica que son heterogéneos. Es en este punto en el que Manzoni reconoce que “the historical novel is a work in which the necessary turns out to be imposible, and in which two essential conditions cannot be reconciled, or even one fulfilled. It inevitably calls for a combination that is contrary to its subject matter and a division contrary to its form” (Manzoni 1984: 72). En consecuencia, el proyecto de toda novela

histórica está frustrado porque sus premisas son inherentemente contradictorias. Si el lector quiere acceder a la verdad histórica debe recurrir a la historia, entendiendo por ésta “not merely to a chronological narration of selected human events but to any orderly and systematic account of them”, pero sabiendo de antemano que “even the most meticulous historian will not give us, by a long shot, all the truth or as plain a truth as we might wish” sino simplemente “a reasonably accurate impression about certain real facts, about the human condition in a given time and place” (Manzoni 1984: 76, 73 y 73) y en numerosas ocasiones un comentario autorial basado en la verosimilitud plagado de especulaciones e incluso de dudas. En contra de lo que pueda parecer la historia desarrolla su máximo valor, la unidad, cuando conjetura y cuando narra. Sin embargo, así como Manzoni condena la novela histórica, ensalza la escritura de la historia a pesar de ser como la novela histórica una mezcla de elementos. En suma la novela histórica no es para Manzoni un género falso sino “a species of a false genre which includes all compositions that try to mix history and invention, whatever their form” (Manzoni 1984: 81).

En la segunda parte, Manzoni compara la novela histórica con la épica y la tragedia para examinar el tratamiento de la historia que ambas llevan a cabo; tras hacer un recorrido por la antigüedad clásica y constatar la indisociabilidad de la poesía y la historia en los primeros tiempos y posteriormente el papel cada vez más destacado de la historia ante la exigencia del público lector, Manzoni concluye su ensayo fijando dos diferencias clave entre la épica, la tragedia y la novela histórica: primero, la novela histórica no extrae su contenido de la historia para transformarlo poéticamente sino que lo inventa y segundo, la fábula no hace acto de presencia en la novela histórica. En cuanto a la esperanza de vida de este género, Manzoni considera que uno de sus

atributos definitorios, la ilusión de la historia que la encumbró, será un factor decisivo en su decadencia y su fallecimiento inevitable: “In fact, the two opposite criticisms that furnished the lines of argument for the trial of the historical novel had already showed up in the first moments of the genre and at the height of its popularity, like germs of an eventually mortal illness in a healthy-looking baby” (Manzoni 1984: 126).

En su obra *Le Roman Historique a l'Epoque Romantique: Essai sur l'Influence de Walter Scott* (1898), Louis Maigron (1866- ) traza exhaustivamente el nacimiento de la novela histórica y la influencia de Scott en la evolución de la ficción histórica en Francia. Según Maigron, uno de los requisitos esenciales en la emergencia de la novela histórica y de la estética del Romanticismo fue el localismo, a su vez determinado por dos condiciones: en primer lugar, el respeto por el pasado con la consiguiente tendencia a no adulterarlo con modas contemporáneas asumiendo las diferencias de la humanidad en las diversas etapas de su desarrollo, y segundo, la consumación de una revolución en la literatura por la cual ésta desvió su atención desde dentro hacia fuera conjugando sus inquietudes literarias con las históricas y pintorescas. En este sentido, Maigron coincide con Henry A. Beers quien en *A History of English Romanticism in the Nineteenth Century* sostiene que los dos mecanismos preferidos del Romanticismo fueron el *color local* y la presencia de lo pintoresco (Beers 1918). La clave del romanticismo de Scott fue su pasión y su representación fidedigna de lo local que derivaba del amor por su país, de ahí que su poesía fuera la máxima descripción del patriotismo, del apego a la tierra. El protagonismo otorgado al localismo y a la historia significaba que éstos habían dejado de ser “un fardo molesto” para convertirse en la fuerza motora que daba sentido, animaba y explicaba las novelas. Pero la materialización de este desplazamiento exigía una personalidad con unos atributos muy concretos que lo ejecutara; para Maigron, este hombre debía tener las siguientes características: estar familiarizado con la historia

desde su infancia, con el lado poético de la historia, cargado de falsedades y verdades, generador de la leyenda; tener una imaginación predispuesta hacia la arqueología; estar interesado por lo pintoresco en tanto en cuanto éste ha sido el marco de una escena histórica y finalmente, estar capacitado para trasladar todos estos componentes a un texto saturado de lo pintoresco. Este genio fue Walter Scott: “C’est justement ce qui fait la supériorité de Walter Scott, et nous croyons l’avoir assez dit. Ses prédécesseurs n’ont jamais retenu nos yeux que sur un coin de paysage, à la vérité plein de finesse et de charme; lui, c’est sur le paysage tout entier, sur le large et profond horizon qu’il nous fait poser les regards” (Maigron 1912: 233)

En 1924, Herbert Butterfield (1900-1979), profesor de historia moderna en Cambridge, publicó el ensayo *The Historical Novel: an Essay*. En su prefacio, Butterfield puntualiza que el objetivo de su obra es tender un puente entre las novelas históricas y la historia e idear un método crítico que permita afrontar su estudio. Ahora bien, su proyecto no prioriza la ficción histórica sobre la historia sino que busca revalorizar la novela como vehículo histórico resucitador del pasado. En su ensayo, Butterfield asevera que Walter Scott no escribió novelas históricas para enseñar historia o moralidad sino porque su mente estaba impregnada de pasado, siendo precisamente la representación mental del pasado que todo individuo posee dentro de sí mismo, la que prevalece por encima de la historia. Por esta razón, la imaginación histórica es más poderosa que la propia historia ya que tendemos a creer en el dibujo que un escritor traza de una determinada época aún sabiendo que es erróneo, aspecto que confirma que la novela histórica es una forma de hacer historia, un instrumento en el tratamiento del pasado, vinculado a las leyendas, a las tradiciones y a las baladas populares. De ahí que “the historical novel is a *form* of fiction as well as of history. It is a tale, a piece of

invention; only, it claims to be true to the life of the past” (Butterfield 1924: 4); pero además, una verdadera novela histórica “is one that is historical in its intention and not simply by accident, one that comes from a mind steeped in the past” (Butterfield 1924: 5). Por otro lado, “History is any tale that the old world can tell when it starts remembering. It is just the world’s Memory” (Butterfield 1924: 8-9).

Otro rasgo de la novela histórica es su naturaleza híbrida, la fusión entre la ficción y la historia junto con la exigencia de lealtad hacia esta última, motivo suficiente de controversia especialmente por parte de los historiadores que critican a Scott su manipulación de la historia con fines literarios. Es estrictamente necesario para la elaboración de una novela histórica que la historia y la ficción se equilibren y se compenetren mutuamente. El historiador sin embargo no describe el pasado por su conexión con el presente o por las enseñanzas morales que contiene sino por su esencia pasada, totalmente irrecuperable, lo que le conduce a aceptar el peso de la verdad, esto es, la imposibilidad de la historia. La aproximación romántica a la historia que emprende Butterfield le hace comprender que esta disciplina está repleta de momentos íntimos, personales y domésticos que están fuera del alcance del historiador y que frustran su propósito:

The history that the romanticist in us longs for, the desire to touch the pulsing heart of men who toyed with the world as we do, and left it long ago, is the quest for the most elusive thing in the world. We who cannot know our own friends, save in a fragmentary way and at occasional moments of self-revelation, cannot hope to read the hearts of half-forgotten kings. We cannot hope to get close to the lives of humble men who trod silently through the world. These we cannot fasten upon at all; history is thwarted; Earth cannot remember. (Butterfield 1924: 15)

De ahí la limitación de la historia que ejerce su tarea sólo a partir de los restos materiales que las diferentes épocas han dejado, inhabilitada para adentrarse en los

corazones y las pasiones humanas a menos que recurra a la imaginación. No obstante, para hacer revivir una época no basta con que la historia se ampare en la ficción sino que debe transformarse en una novela, “it must be *put to fiction*” (Butterfield 1924: 21). Butterfield añade que tanto la historia como la novela histórica tienen su raíz en la geografía, y que este apego por el localismo y por las tradiciones desemboca en el sentido de pertenencia cuyo valor máximo es el patriotismo. Butterfield concluye el ensayo recalcando la divergencia entre el historiador y el novelista: el primero hace generalizaciones e intenta encontrar fórmulas en la historia al tiempo que ve el pasado como un proceso de desarrollo que desemboca en el presente, mientras que el novelista se afana por particularizar, reconstruir un mundo y captar la naturaleza humana, viendo en el ayer un universo extraño sobre el que contar historias (Butterfield 1924).

*La novela histórica* (1937) vino de la mano del filósofo marxista Georg Lukács (1885-1971) quien ahonda en la misma sobre las circunstancias histórico-sociales de su florecimiento y examina exhaustivamente no sólo la producción de Scott sino también la trayectoria del género en sus descendientes. Una aportación sobresaliente procede de la idea del “término medio” tanto en la visión histórica como en el retrato de los personajes en las novelas históricas de Walter Scott. Según el crítico, Scott no proporciona una interpretación ni cerrada ni definitiva de la historia dado que siempre intenta encontrar un camino o línea media entre dos extremos conflictivos que terminan en una fusión de elementos y no en la imposición de un extremo sobre otro. Esta técnica se refleja mediante dos aspectos, por un lado, la plasmación de las grandes crisis de la historia de Inglaterra y Escocia, y por otro, la incorporación de un protagonista medio o mediocre, sin relevancia histórica, que se debate entre los dos extremos de la historia/Historia, carente de rasgos propiamente heroicos, cuya formación plural le

impide decodificar rígidamente la realidad, ayudándole a observarla flexiblemente (Lukács 1966: 31-33). La función de estos héroes medios consiste precisamente en conciliar los puntos antagónicos que impulsan el decurso de la novela y de la historia circundante y en desvelar las peculiaridades de las posturas enfrentadas. En cierta manera, estos personajes medios ejemplifican el fluir de la vida, la continuidad de la historia que siempre endereza las dificultades y la marcha de la nación. Las crisis que atraviesan las novelas de Scott afectan a toda la nación, todos los estratos sociales se ven obligados a tomar partido por uno u otro bando, de tal modo que la convulsión histórica se infiltra en los destinos particulares enfrentando a unos individuos contra otros y generando una cadena continua de catástrofes y de colisiones.

#### **4. El nacionalismo de la novela histórica**

Con la irrupción de la Revolución Francesa, Francia e Inglaterra asistieron al estallido de las revoluciones políticas y socio-económicas y a la emergencia de los Estados nacionales, cuyo fortalecimiento se extrajo de la herencia histórica. Sin embargo, el afianzamiento pleno de la historia a finales del siglo XVIII no implicó una indiferencia categórica respecto a la misma en épocas precedentes. Es más, los avances científicos acaecidos durante los siglos XVI y XVII repercutieron considerablemente en el desarrollo de la historia y de la historiografía, experimentando una transformación decisiva a lo largo del siglo XVIII. La historia se convirtió en el foco de atención del nacionalismo y de la formación de la nación de tal manera que el (re)descubrimiento de la misma provocó el abandono de su categoría como pasatiempo para los eruditos y su sustitución como cuestión de honor nacional. Las experiencias del pasado dejaron de



circunscribirse a las narraciones épicas para ser objeto de examen e interpretación mediante nuevos enfoques científicos y disciplinas como la filología, la arqueología, la antropología, la sociología y por supuesto, la historia. La presencia de todas estas materias se hizo imprescindible para dar un sentido profundo de solidaridad a la nación, ubicada en un espacio y un tiempo concreto como la era del nacionalismo.

La concepción romántica de la historia reveló un temor hacia la sociedad presente y un deseo de huida hacia el pasado. Esta apreciación no tuvo sin embargo un carácter negativo dado que sin la conciencia histórica del Romanticismo, sin su incomodidad ante los problemas de su tiempo no habría tenido lugar el historicismo del siglo XIX ni, gracias a él, una de las revoluciones de mayor calado en la historia de Europa. Hasta la llegada del Romanticismo, la imagen de la existencia era estática, ahistórica e inmutable y los cambios parecían únicamente afectar a la superficie de las cosas; pero con la Revolución francesa y el Romanticismo, la naturaleza humana y la sociedad se contemplaron de un modo evolutivo, dinámico, transitorio y constantemente en lucha. El Romanticismo impulsó la idea de que el espíritu humano, las instituciones políticas, el lenguaje, la religión o el arte sólo podían ser comprendidos a través de la historia. En el fondo era lógico que el historicismo impregnara todos los recodos de la sociedad y de la mentalidad romántica, dado que, como producto de una Revolución que había sacudido el esqueleto social, espejaba el giro radical de la cultura y articulaba la profundidad de los cambios existenciales. En paralelo, el Romanticismo era la nueva ideología de una nueva realidad que había desechado la creencia en los valores absolutos y que la había sustituido por criterios históricos.

Si la Revolución francesa y las Guerras napoleónicas gestaron en la política el nacionalismo, éste alumbró en la literatura el Romanticismo por lo que se puede afirmar

abiertamente que el Romanticismo fue hijo de las Revoluciones. El Romanticismo buscó trasladar a la poesía lo que la Revolución francesa había conseguido en la política, esto es, “la innovación, la transformación y la defamiliarización” (Duff 1999: 26). El Romanticismo es el movimiento burgués por excelencia que rompe con las convenciones clasicistas, con su artificiosidad, con su estilo y lenguaje elevado y que requiere una nueva representación del mundo ajena a las formas intelectuales abstractas del siglo XVIII. El Romanticismo es por lo tanto el movimiento literario que florece en el seno de las revoluciones y que repite la pauta marcada haciendo tambalear los pilares de la literatura precedente. En su ensayo *The Historical Novel* (1924), Herbert Butterfield (1900-1979) ofrece la siguiente definición del Romanticismo: “The love of the past for its own sake, and the fondness for lingering over those things that endure as relics or as symbols of the past, and the regret for the things that are lost for ever are what one might call romanticism” (Butterfield 1924: 9) y un poco más adelante, añade: “Romanticism is at bottom a sigh for the things that perish, and the things that can never happen again” (Butterfield 1924: 10).

El nacionalismo persiguió la creación de una identidad nacional sustentada sobre una herencia compartida de principios sociales, políticos, lingüísticos e históricos, cuyos rasgos definitorios emanaban de nociones tales como la pureza, la unidad y la singularidad. Recordemos al respecto el famoso concepto de identidad nacional que Herder propuso en *Ideas for a Philosophy of History of Mankind* (1784-1791): “For a nation is as natural a plant as a family, only with more branches. Nothing, therefore, is more manifestly contrary to the purpose of political government than the unnatural enlargement of states, the wild mixing of various races and nationalities under one sceptre” (Herder 2001: 91).

Según Anthony D. Smith en *The Ethnic Origin of Nations*, las naciones han seguido dos criterios en la reconstrucción de su pasado comunal: el didáctico y el dramático con los que la historia ha ejercido su instrucción moral, ha edificado un drama de salvación y se ha proporcionado una imagen de coherencia, unidad y riqueza. El drama adoctrina al pueblo sobre su esencia, sobre su trayectoria de crecimiento, decadencia y renacimiento y le confiere una localización como eslabón de una cadena pretérita y futura que le vincula con los ancestros y con los descendientes, permitiéndole revivir las vidas de sus predecesores y sentirse integrado en una comunidad de destino. Pero además la historia se ve reforzada en el cumplimiento de su misión nacional por la geografía o la naturaleza que despiertan un sentido de pertenencia e identidad, de unificación, de autenticidad y de autonomía (Smith 1986: 180-200). Por tanto, un pasado primordial o antiguo es crucial en la creación de las naciones dado que suministra *exempla virtutis*, modelos de nobleza que deben ser emulados. El discurso histórico como aliado del nacionalismo persigue siempre una tríada de finalidades: el redescubrimiento, la reinterpretación y la regeneración de la comunidad. El redescubrimiento conlleva la exploración de la etnohistoria, el registro de los recuerdos, de los mitos, de las tradiciones autóctonas; la reinterpretación valora las fuentes, selecciona el folclore, fija el canon de la comunidad histórica, discrimina recuerdos con la meta de legitimar el poder de las clases dirigentes y por último, la regeneración moviliza al pueblo, explota su emotividad, lo impregna de fervor moral y activa su energía (Smith 2000: 201-03). La reconstitución de la continuidad entre el pasado y el presente es propia de sociedades en transición en las que emerge y cristaliza la identidad nacional y que buscan legitimar esa innovación mediante la tradición (Melman 1991).

La función de las narrativas nacionales fue construir una imagen ideal de la nación que preservara su unicidad mediante una serie de comportamientos apropiados para los miembros de la nación. Estas narrativas feminizaron la nación y la presentaron como una entidad necesitada de protección; fue en este punto donde se interpeló a los hombres para que defendieran tanto la pureza de la mujer como la del territorio nacional. Y dado que eran las elites quienes ostentaban el poder de construcción de la nación, fueron ellas quienes trazaron los límites nacionales de acuerdo con sus intereses y quienes determinaron quién debía ocupar una posición central y quién una posición marginal en el diseño nacional.

La idea de la nación es por lo tanto un componente inherente a cualquier narración cuyo propósito reside en emular la directriz histórico-social y constituir la identidad nacional mediante un proceso de oposición y de superioridad. Incondicionalmente, la narración se ubica en el centro de la nación y el rastreo de los orígenes de la nación nos conduce siempre a una historia sobre el punto inicial de dicha nación (Bennington 1990: 121, 132). Ésta es la misma idea que expresó David McCrone desmitificando los engaños del nacionalismo: “The narrative of a nation is told and retold through national histories, literature, the media and popular culture which together provide a set of stories, images, landscapes, scenarios, symbols and rituals. Through these stories national identity is presented as primordial, essential, unified and continuous” (McCrone 1998: 52).

Homi Bhabha enfatiza en *Nation and Narration* (1990) la importancia de la comunicación, del lenguaje y de los escritores en la edificación del nacionalismo, apuntando a la relación directa que existe entre las narraciones y la construcción de la nación. Bhabha entiende la nación como un texto en el que el autor deposita las contradicciones inherentes a sus circunstancias sociales e históricas. El texto de la

nación se funda a su vez sobre fuentes no reconocidas, cuestiones y pueblos reprimidos que a pesar de la presión ejercida por el sistema luchan por abrirse paso. Por ello, Bhabha destaca la ambivalencia de la nación y del lenguaje que la inmortaliza, como entidad suspendida entre la atemporalidad y la eternidad de sus orígenes y la transitoriedad e indeterminación de su realidad social. Además, la constatación de esta fisura pone en cuestionamiento la autoridad tradicional de los puntales de la nación, esto es, la tradición, el pueblo, la razón de Estado o la alta cultura, cuyo valor pedagógico descansa en su autorepresentación como conceptos holísticos dentro de una narrativa evolutiva de continuidad histórica (Bhabha 1990: 1-7).

Esta contradicción inherente a la composición de la nación, es la misma que Eric Hobsbawm destapa en la introducción de *The Invention of Tradition*, patente en la tradición, uno de los bastiones de la consolidación de la identidad nacional. Aunque las tradiciones, al igual que las naciones, reivindican la longevidad, son invenciones de origen muy reciente. Hobsbawm condensa en el término “invented tradition” no sólo aquellas tradiciones que se han inventado, construido e institucionalizado formalmente sino aquéllas que han aparecido de manera menos transparente a lo largo de un periodo breve y que se han consolidado rápidamente. De este modo, se entiende por tradición inventada “a set of practices, normally governed by overtly or tacitly accepted rules and of a ritual or symbolic nature, which seek to inculcate certain values and norms of behavior by repetition, which automatically implies continuity with the past” (Hobsbawm 1983: 1). La invención de las tradiciones persigue en consecuencia tres objetivos: la cohesión social, la legitimación de la autoridad y la socialización o enseñanza de valores y pautas de comportamiento. Por otra parte, las tradiciones formaron parte del proceso de adaptación del pueblo ante las rápidas transformaciones

de la Revolución industrial, cuando los patrones sociales que amparaban a las antiguas tradiciones se debilitaron y fue necesario inventar nuevos patrones que los sustituyeran. En suma, Hobsbawm demuestra cómo las tradiciones que el pueblo asume como definitorias del pasado y de su identidad son únicamente un fraude que ensombrece la supuesta legitimidad de la nación (Hobsbawm 1983: 1-14). La tradición se concibe, no como una expresión del espíritu nacional, sino como “a space of debate, a dialogue between the interacting possibilities of a medium shaped by the conditions of those living in Scotland [...] and within the institutions which gave shape to its national imagining” (Craig 1999: 33). Sin embargo, como señalan otros autores en este mismo volumen de *The Invention of Tradition*, la creación de un pasado inexistente por parte de los eruditos galeses ante la disconformidad de las tradiciones literarias, lingüísticas o históricas (Morgan 1983) o la distorsión del pasado como consecuencia de la invención e imposición de nuevas tradiciones en África ha sido el *leitmotiv* de todas las sociedades humanas (Ranger 1983).

Las novelas históricas se encargaron de forjar una relación de parentesco entre los confines territoriales y simbólicos de la nación, proporcionando a los lectores un sentido de cohesión profundo gracias al funcionamiento de su sociedad. Existe por ello una potente imbricación entre la nación moderna como entidad integradora de la colectividad y la estructura de la novela histórica como crisol de multiplicidad de personajes dentro de una trayectoria narrativa única, emuladora del proyecto y del destino nacional. Los novelistas históricos pusieron todo su empeño en crear un imaginario nacional como contexto de la vida de cada uno de sus miembros y como espacio real de la acción histórica. La imaginación nacional se convirtió en el instrumento mediante el cual los individuos desarrollaron un auténtico sentido de pertenencia dentro de la comunidad y de valoración del pasado mediante la salvaguarda

de los valores nacionales. En multitud de novelas, los enclaves visitados por los personajes son un buen recordatorio de la nación como red de espacios interconexionados, símbolos a su vez del enlace entre las conciencias nacionales de los integrantes de la totalidad comunal, de la que el viajero es un valioso representante. No obstante, como argumenta Cairns Craig, la novela deja de ser el vehículo por antonomasia de la nación moderna y es la primera en sufrir las consecuencias de este vacío en aquellas naciones privadas de una independencia estatal y de un sentimiento nacional definido como en el caso de Escocia. De ello se deriva que la nación como organismo inconsútil es una invención diseñada en una fase específica del desarrollo de los Estados nacionales modernos, cuyas instituciones constituyen el tejido de la vida nacional que debe ser continuamente re-leída, re-expresada y re-imaginada (Craig 1999: 9-36). Doris Sommer retoma también la inseparabilidad de la política y de la ficción en la construcción histórica de la nación dado que las novelas nacionales se convirtieron en himnos nacionales transmitidos de generación en generación. Para Sommer, la simbiosis entre la literatura y la política en Latinoamérica se hizo cada vez más evidente en el número de escritores hispanoamericanos que eran simultáneamente presidentes de sus países. Por otra parte, la trascendencia de las narrativas nacionales se fundó sobre una “erótica de la política” o patrón integrador de los principios nacionales a través de un amor heterosexual, catalogado como normal, y de su consumación en el matrimonio; en resumidas cuentas, una retórica del amor confinada a una sexualidad productiva en la domesticidad, ligada a su vez con los sueños de la prosperidad nacional y de la buena marcha de la nación. Las novelas románticas se fundieron en Latinoamérica con la historia patriótica dado que se concibieron como instrumentos de instrucción popular sobre la historia, las costumbres y los sentimientos autóctonos. En consecuencia, la ficción fundacional tanto europea como latinoamericana centró la atención sobre la

superación de la fragmentación histórica y política mediante el amor (Sommer 1991; 1990).

Sin embargo, aparte de la cuestión matrimonial como institución preservadora de la nación, las novelas se encargaron de imprimir en la mente de los lectores una imagen muy concreta de otro de los bastiones de la nación: la territorialidad como foco de identidad compartida. En este punto no podemos prescindir de la aportación de Franco Moretti, *Atlas of the European Novel*, en la que constata la función dinámica y modeladora de la geografía sobre el campo literario. Esta geografía literaria cumple dos propósitos, por un lado estudiar los espacios de la literatura o interpretación subjetiva de los lugares por parte de los autores, tendencia presente en toda ficción y por otro, la literatura en los espacios, corriente característica de la literatura histórica que se corresponde con espacios históricos reales y que intenta ser más objetiva. Se trata de demostrar hasta qué grado la geografía determina la estructura narrativa de las novelas europeas y de cómo la selección de ciertas áreas conlleva la exclusión de otras, alumbrando la lógica interna de la narrativa que es a su vez la lógica del pensamiento del momento histórico concreto. La línea recta entre la novela y la geografía no es otra cosa que la concatenación entre la novela y la nación y viceversa. La novela no sólo es un vehículo simbólico del Estado-nación sino un disfraz de las escisiones internas mediante su reordenación en una historia de unidad nacional.

Ahora bien, la representación de los espacios puede en ocasiones transformarse en un arma de doble filo: si bien cada género posee su propio espacio y al contrario, la novela histórica suele girar en torno a zonas periféricas y por su naturaleza, a zonas fronterizas. Este tipo de narrativas ofrece así una “fenomenología de las fronteras” europeas, que adquiere especial relevancia en un periodo histórico en el que éstas se reforzaron dramáticamente (Moretti 1999: 35). Estos límites pueden ser de dos tipos,



exteriores, entre Estado y Estado, en los que se inicia la aventura y el riesgo, e interiores, punto de inicio de un tema perturbador, la traición, que proyecta un conflicto personal de los autores con su entorno nacional, seccionados entre los afectos locales y nacionales, signo de la debilidad de la identidad nacional. Esa misma lucha por la geografía como piedra de toque de la prosperidad y fortaleza de la nación y del Imperio británico es la que analiza Edward Said en *Culture and Imperialism*. La novela, en calidad de artefacto cultural específico de la burguesía y como estructura cultural casi enciclopédica, se convirtió en un espejo del Imperialismo cuyo núcleo era Inglaterra y cuya periferia estaba conformada por las colonias. El Imperio y la cultura asociada con él se encargaron de enfatizar tanto la supremacía de la geografía como la ideología sobre el control de los territorios. Y del mismo modo que históricamente prevaleció el comercio libre, literariamente los escritores dispusieron a su antojo de esos territorios para desarrollar temas como la inmigración, el exilio o la conquista de fortuna. Desde este ángulo, la novela europea del siglo XIX destacó como el vehículo consolidador de la autoridad y del poder del *status quo*, cuya legitimidad se reiteraba consecutivamente a lo largo de la narrativa (Said 1994). En numerosas ocasiones, la novela romántica albergó la asimilación de Irlanda y Escocia dentro de la Unión británica como la condición y consecuencia lógica de la expansión imperial y el discurso del nacionalismo romántico pasó a organizarse en torno a dos polos, el del Imperio universal del Reino Unido y el de las geografías situadas en los márgenes de la modernidad (Duncan 2002: 82).

Walter Scott (1771-1832) fue el maestro de la retrotracción, el escritor prodigio que describió el pasado como la infancia del presente y como el alimento indispensable para avanzar en la vida, al resucitar el pasado y mantenerlo incondicionalmente vivo en

la mente y el corazón de sus lectores. Se responsabilizó de pacificar las conciencias del pueblo mediante la plasmación y resolución de conflictos reales a través del medio prosístico, contribuyendo a trocar las dudas y vacilaciones en una confianza plena en el individuo mediante la novela y el romance, vehículos configuradores de la identidad, nacionalismo, historia, tradición o cultura, es decir, un medio literario explorador de los orígenes de la identidad localizados en el ayer, forjador del patriotismo y de la fe absoluta en las instituciones decimonónicas. Su valía como literato fue insoslayable; convulsionó el panorama de la literatura mediante el tratamiento de la historia, dio una inyección de vitalidad a la prosa que había caído en descrédito transformándola en un negocio lucrativo, perfeccionó asimismo la poesía introduciendo elementos específicos de las novelas, sentó las bases y explotó exponencialmente el género novelístico en su faceta histórica tanto a nivel nacional como internacional, y su escritura representó el único caso de anonimato prolongado voluntariamente durante casi quince años junto con un juego permanente con el lector gracias al empleo de pseudónimos y personajes ficticios.

En la obra *A History of English Romanticism in the Nineteenth Century* (1918), cuyo primer capítulo dedicó a Walter Scott, Henry A. Beers (1847-1926) mantenía que con Scott el Romanticismo había alcanzado su culminación con *The Lay of the Last Minstrel* al converger en él todas las tendencias románticas previas de la balada popular, el romance gótico, la poesía de Osian, la nueva literatura alemana y los descubrimientos literarios escandinavos. Ninguna manifestación anterior basada en el pasado feudal había triunfado del mismo modo que el medievalismo de Scott cuya impronta había perdurado desde 1805 hasta 1830 (Beers 2004).

La fiebre que desató la novela histórica de Scott fue imparable, la lectura masiva de sus obras tanto dentro de Escocia e Inglaterra como fuera de tales fronteras le hizo

compartir su reconocimiento de novelista nacional con su prestigio internacional. La fulminante expansión de sus obras demostró que la ficción era el vehículo idóneo para aleccionar al pueblo sobre la relevancia histórica, haciéndole partícipe de inquietudes y confianzas comunes. Si a nivel histórico las turbulencias sociales alteraron la normalidad de la vida, a nivel literario la novela histórica subsanó las deficiencias facilitando una integración social más humana. La presencia de Walter Scott y de su vástago, la novela histórica, ocasionó otra Revolución cuya naturaleza fue simultáneamente doble; este género literario se convirtió en el instrumento ideológico por excelencia del nacionalismo y su autor en el máximo adalid al aunar dos disciplinas que hasta entonces habían transitado caminos independientes, la literatura y la historia o desde una perspectiva nacionalista, la cultura y la política. La imbricación entre estas dos materias y la exaltación que recibieron durante la época decimonónica cristalizó en la admisión triunfal de Walter Scott en el canon nacional, hecho que demostró que Scott refrendaba el ideario político imperante y su pervivencia desde la estructura literaria. Las novelas de Scott desataron una auténtica fiebre por la historia, por el pasado, un terreno que aunque había sido abonado con anterioridad, no había asistido todavía a su florecimiento, y lo más importante, por la raigambre nacional y el espíritu del pueblo. En definitiva, hacia 1820 era comúnmente aceptado que Scott era el fundador de un nuevo tipo de ficción histórica, superior en muchos aspectos a la historiografía convencional y cuya fórmula era extrapolable a otras identidades nacionales (Garside 1991: 31).

El encumbramiento de la novela histórica a la categoría de género nacional se debió a la plasmación de los destinos individuales de todo un pueblo a través de los conflictos fundamentales de una época. En consecuencia, la estrecha relación entre el

plano individual y el plano colectivo, entre la historia cotidiana y la Historia social. El rasgo auténticamente histórico de estas novelas derivó de la imbricación de las experiencias personales con los grandes problemas de su siglo y con la convulsión que éstos habían provocado en sus vidas privadas. En esta nueva forma de ficción, se concedía por primera vez a las masas una función primordial puesto que habían dejado de ser una muchedumbre ocasional para ser la nación, el centro de atención de la trama y la principal fuerza impulsora de la historia. La novela histórica ofrecía, desde la lectura oficial, una visión fraternal entre las elites y las masas mediante un drama histórico en el que se descubría el pasado y con el que se evocaban sentimientos de comunidad ante la fragmentación y alienación que la Industrialización y las revoluciones habían generado. Desde este ángulo, las novelas de Scott se convirtieron en el vehículo principal de la invención de la identidad nacional, de la historia y del destino británico, empleadas para diseminar el nacionalismo romántico en muchas culturas y países. El propio Scott explicó en el Prefacio general de 1829 de *Waverley* que desde su infancia había mantenido “free and unrestrained communication with all ranks of my countrymen, from the Scottish peer to the Scottish ploughman”, hecho que le permitía tener un conocimiento profundo del tema a tratar y de la particularidad de la cultura escocesa (Scott n.d.: xii). Para retratar la historia colectiva, Scott insertó a un protagonista, el denominado “héroe medio” en términos de Georg Lukács, y un héroe mixto por su naturaleza tanto pasiva como activa (Lukács 1966: 33). Esto significa que en un principio el protagonista actúa pasivamente como extranjero y observador de una cultura ajena a la suya, que juzga desde fuera y que se ve arrojado al remolino de los acontecimientos históricos sin poder hacer nada salvo dejarse arrastrar por la inercia de los mismos, hasta que posteriormente esa participación plena en los hechos le empuja a tomar decisiones y a poner activamente remedio a muchos de los males. La imbricación

entre el protagonista y su entorno histórico permite a Scott concentrarse en la presión de los sucesos y en cómo las influencias sociales, políticas y religiosas se manifiestan. Sin embargo, este cuadro histórico sería incompleto sin la presencia y el uso de la lengua vernácula escocesa para retratar a los personajes de las clases bajas, generalmente incultos pero de buen corazón y de principios nobles, junto con el inglés propio de las clases altas. Con ello se pretende reconciliar las diferencias lingüísticas dentro de la nueva unión nacional posterior al Tratado de 1707 y establecer una nueva relación entre ellas aunque no se puede negar la supremacía del inglés en sus novelas ni en consecuencia, las jerarquías entre la lengua oficial y los dialectos. Finalmente, las novelas de Scott suelen ser una descripción de los hombres por encima de las costumbres, por ello la fuerza de la narración va dirigida a las pasiones y rasgos particulares de los personajes, teniendo en cuenta que estas características son compartidas por todos los seres humanos, independientemente de su rango social y de su temporalidad y que están extraídas de los ejemplos de la naturaleza humana.

El principal objetivo de la novela histórica es la representación de la actuación del hombre en el tiempo, de la vida humana en general, una existencia contemplada en términos históricos. Y es justamente la mirada retrospectiva la que constituye el punto de partida de la novela histórica, ya que tiende a rastrear las raíces del presente en sociedades remotas. Es por ello que este género es especialmente útil en la reconstrucción y revitalización del pasado con el objetivo de ahondar en el avance de la humanidad (Álvarez Rodríguez 1983: 56). Como afirma Edward Said, la representación del pasado se encuentra entre las estrategias más comunes de la interpretación del presente, siendo la causa de la exploración no sólo el desacuerdo con el pasado y con lo

que ocurrió sino la incertidumbre sobre la desaparición de ese pasado en el presente o su continuidad (Said 1994: 1).

El empeño de la novela histórica por ubicar el plano temporal en el pretérito se debe a las siguientes motivaciones: la novela histórica permite desenterrar cuestiones reprimidas u olvidadas, cuya revelación puede poseer un valor incontestable; puede ser un instrumento de crítica política enmascarada, es decir, el pasado siempre es menos ofensivo hacia los gobiernos que el presente, por lo que permite escapar a la obra de la censura, al tiempo que imagina libremente un poder político alternativo. Asimismo, se descubre como el vehículo perfecto de la exaltación romántica del pasado nacional y en este sentido, el género histórico tendió a dar respuestas a la demanda social del pueblo por conocer su pasado, cometido que la historiografía aún no podía satisfacer. Por ello, la novela histórica se convirtió en auxiliar de la historia, ocupando ese vacío y llegando hasta los detalles de las vidas individuales, las costumbres, hechos cotidianos, etc. (Fernández Prieto 1998: 89-90). Pero igualmente la novela histórica puede alzarse como medio político de propaganda de los regímenes totalizadores, dado que manipular y falsificar la historia del pueblo es un claro indicio de la destrucción de la conciencia histórica así como de la cercenadura de su libertad (Mata Induráin 1995: 40). El pasado es también una excusa magnífica para huir del presente, para dejar volar la fantasía y suscitar emociones nuevas. El propósito último del retrato de los tiempos pasados consiste en tender un puente con el presente en un doble intento: por un lado, el de examinar detalladamente el pasado para aprender de sus errores y triunfos, y por otro, el de aplicar ese conocimiento teórico a las circunstancias presentes con el fin de servir de ejemplo para sociedades futuras. El estudio detenido del tiempo remoto no sólo permite detectar relaciones de causa-efecto entre el pasado y el presente, procedentes de la visión de progreso decimonónica, sino que facilita la instrucción sobre el mismo. Por

eso, la mayor parte de las novelas históricas condensan un didactismo palmario sobre el ayer; los seres ficticios y los históricos no son meras marionetas zarandeadas al arbitrio del autor, sino que sus movimientos se convierten en un eje referencial de comportamiento en situaciones críticas. El lector aprende tanto de las fuerzas abstractas que empujan la historia, las energías incontrolables de la existencia, como de las actuaciones concretas de los sujetos. Y si la identificación entre el lector y el texto es factible, ello se debe a que toda novela histórica patentiza la recurrencia de los hechos en el curso de la humanidad y la atemporalidad de valores y emociones humanos como el amor, la amistad, el honor o la muerte. Por otra parte, las novelas históricas van dirigidas a todo tipo de público; como el propio Scott afirmó: “I would willingly persuade myself, that the preceding work will not be found altogether uninteresting. To elder persons it will recall scenes and characters familiar to their youth; and to the rising generation the tale may present some idea of the manners of their forefathers” (Scott n.d.: 349).





## II. SEGUNDA PARTE:

### PRAXIS DEL OBJETO DE ESTUDIO





CAPÍTULO QUINTO:

LA SUBVERSIÓN DE LA NACIÓN EN

*Waverley* (1814), *Old Mortality* (1816)

Y

*The Heart of Midlothian* (1818)



The general name of these works, “the Scotch novels”, will always indicate an era in our literary history, for they add a new species to the catalogue of our native literary productions, and nothing of the same nature has been produced anywhere else. They are as valuable as history and descriptive travels for the qualities which render these valuable; while they derive a bewitching animation from the soul of poetry, and captivate the attention by the interest of romantic story. As pictures of national manners they are inestimable: as views of human nature, influenced by local circumstance, they are extremely curious [...] We really believe, though it may seem too much to say, that the Scotch novels, as they are the first of their class, so they are inimitable—perfectly, hopelessly inimitable for the time to come.

“The Scotch Novels: from the London Magazine”, *Spirit of the English Magazines*, 1821

---

## ❧❧ Introducción general ❧❧

---

Con la finalización de los condicionantes teóricos y la aproximación práctica al objeto de estudio, las novelas históricas de Walter Scott, esta tesis alcanza su meridiano. Si hasta este capítulo se ha dado prioridad a la teoría en su manifestación histórica por considerarla ineludible en la comprensión de la novela histórica y en la interpretación nacional que se propagó de la misma durante el siglo XIX, ha llegado el momento de enfocar literariamente la investigación con el fin de observar cómo Scott dio vida e interpretó los parámetros nacionalistas y cómo sus personajes, arquetipos de los seres humanos, respondieron a las imposiciones ideológicas de su tiempo. No obstante, la aplicación de la praxis no implicará la ausencia de teoría sino todo lo contrario dado que las novelas históricas a tratar requieren ser iluminadas por nuevos aspectos temáticos hasta ahora eludidos. Los planteamientos teóricos por explicar y los explicados en armonía con la exploración de *Waverley*, *Old Mortality* y *The Heart of Midlothian* permitirán obtener una intelección profunda del periodo histórico iniciado con la Revolución francesa y de la novela histórica como espejo de una época marcada por las turbulencias sociales.

Inexcusable resulta una vez más la cuestión de las Guerras revolucionarias y napoleónicas en la aproximación práctica a las novelas históricas de Walter Scott. El peligro que estos hechos históricos supusieron para la integridad de toda Europa

evidenció la urgencia de la creación de una imagen nacional que permitiera sobrevivir en la contienda abierta en todos los niveles con el enemigo por excelencia, Francia. Gran Bretaña asistió a una crisis interna que se venía desarrollando desde tiempo atrás ocasionada por una necesidad de reformas sociales, por los efectos de las continuas guerras acaecidas a lo largo del siglo, por las desavenencias constantes con Escocia e Irlanda, y últimamente por la Revolución industrial que había supuesto un cambio en el sistema de vida; a esta crisis interior se sumó una crisis exterior de una magnitud incalculable cuya consecuencia principal fue el hundimiento del país en un abismo de desesperación y desorientación. La convulsión, la barbarie provocada por la Revolución francesa con la consiguiente inversión de valores y desmoronamiento de puntos de referencia a los que aferrarse favoreció el sentimiento de desamparo y el desequilibrio de la identidad. Ante este panorama de alarma social, se inventó una concepción de la nación que pretendió subsanar las deficiencias del presente y que difundió un sentido de seguridad y de orden del que se carecía completamente. La incompletud se reconstruyó con las nociones de unidad y de singularidad cultural y lingüística, con la diseminación de una identidad monolítica que ensalzaba la propia nación y que denostaba a las demás naciones, especialmente a Francia. Este proyecto político incorporó también a la historia que se convirtió en la piedra de toque ante las incertidumbres de la época. Con semejante finalidad apareció la novela histórica que inmediatamente se transformó en el vehículo por excelencia de las glorias nacionales dentro y fuera de Gran Bretaña. Su fundador, Walter Scott, supo trasladar a la ficción esas tensiones profundas que desgarraban a la sociedad decimonónica sabiendo que las inquietudes de sus personajes estaban en trabazón íntima con las inquietudes y expectativas históricas de sus coetáneos.

Ahora bien, nuestra interpretación en clave postmoderna defiende como hipótesis que las novelas históricas de Walter Scott no constituyen una reproducción de los principios nacionales vigentes en el siglo XIX sino una subversión de los mismos, entendiendo por subversión “la acción y el efecto de la transformación y del cambio en un sistema, lo cual supone, frecuentemente la destrucción de componentes anteriores” (Boixareu 1987: 19). Partimos de la base de que todo acto de creatividad es un acto potencialmente subversivo y que en consecuencia, la literatura es un discurso que a través del uso del lenguaje y de sus estructuras narrativas puede subvertir la ideología prevalente del orden social. Si lo contrario de la subversión es el acatamiento del sistema, según Judith Butler, “subjection” que significa “the process of becoming subordinated by power as well as the process of becoming a subject” (Butler 1997b: 2), sostenemos que en determinadas partes de las novelas seleccionadas los personajes franquean las lindes del cuerpo establecido para ocupar los márgenes, perturbar el poder y escapar a las identidades acorazadas de su época. En suma, los personajes como identidades diluidas e indeterminadas por el hecho de haber huido de la sujeción al poder.

Hay que considerar que ante la crisis surgida en Gran Bretaña desde la Revolución francesa y la guerra con Napoleón, la sociedad británica requería un vehículo literario que unificara mediante la ficción las múltiples desavenencias internas. Desde esta perspectiva, la novela histórica presentaba la posibilidad de exaltar la grandeza nacional del país y de salvarla de las intimidaciones extranjeras. Y si la superioridad de una nación se mide, entre otros factores, por la calidad de sus obras literarias, Gran Bretaña, gracias a la labor de Scott, logró sobradamente su propósito. Pero sí hay que distinguir entre la imagen que se proyecta de la literatura, condicionada

por los dictados políticos y por las coordenadas históricas y la imagen que la literatura proyecta de sí misma. Al fin y al cabo, las obras literarias no sólo viven bajo la forma otorgada por sus progenitores sino sobremanera por las presiones políticas y los intereses de clase; esto quiere decir que ante las circunstancias históricas de debilidad y enfermedad social en Gran Bretaña, es comprensible que se extrajera de la novela histórica la reivindicación de la inmutabilidad y de la pureza de la nación. En suma, las instituciones del siglo XIX, la historia literaria y la crítica literaria, es decir, los organismos con pleno poder, implantaron una lectura nacional de las novelas históricas de Scott que ejerció un influjo potentísimo en la mentalidad de la época. Hay que reconocer también que a esta imagen idílica de la nación contribuyó su autor que concibió sus novelas como propaganda política a favor de la Unión como anteriormente lo había hecho Maria Edgeworth en Irlanda. Sin embargo defendemos que en las novelas de Walter Scott se detectan dos planos simultáneos de lectura, uno superficial, defensor del nacionalismo y otro profundo, escéptico ante dicha ideología. La lectura superficial y fuertemente entusiasta de las novelas históricas, impulsada desde la política y por Walter Scott, idealizó la historia y tapó sus huecos corriendo un velo sobre los significados profundos de muchos de los eventos históricos narrados que en su justa perspectiva histórica constituyeron una auténtica tragedia. En un nivel más profundo de lectura, las obras de Scott desmontan los objetivos nacionalistas no porque el autor quiera hundir las pretensiones de la nación sino porque el análisis de los momentos históricos inmortalizados en sus novelas no le deja otra opción. Si se parte de la base de que la identidad decimonónica está enraizada en la identidad del pasado, la impresión inmediata cuando se abordan sus obras, es que existe un desajuste entre la ideología nacionalista y el retrato que dibuja Scott del ayer. Es por ello que el estudio del pasado deja al descubierto argumentos esenciales del siglo XIX como la identidad,

la religión o la guerra. En cualquier caso, la subversión del nacionalismo no es calculada ni declarada dado que se lee entre líneas, haciéndose subjetiva y por tanto careciendo de hechos objetivos que la avalen. Este segundo nivel de lectura deja al descubierto una contradicción palmaria entre la perspectiva impuesta por los intereses nacionalistas y la subtextualidad de las narraciones de Scott que escapan a las categorizaciones taxativas del siglo XIX.

Las obras de Scott abrieron a sus lectores las puertas de un nuevo mundo por tres razones. En primer lugar, les permitieron evadirse de la coyuntura social circundante mediante la reunión del plano individual de sus existencias con el plano de los personajes. Los deseos más íntimos de los lectores personificados por los personajes de las novelas hallaron cumplimiento en éstas así como la resolución de las turbulencias históricas; por otra parte, las aventuras, la inclusión de elementos pertenecientes al imaginario colectivo presentes en las primeras producciones novelísticas griegas y los finales felices se encargaron de camuflar la problemática social y de pintar un universo más humano. En segundo lugar, la novela histórica, a modo de mensaje subliminal, desdramatizó las colisiones históricas del pasado e indirectamente del presente al difuminarlas con la actuación de los personajes, dejando siempre una vía abierta a la esperanza. Por último, la novela histórica facilitó la integración de las masas en el nuevo proyecto político, la nación, al verlas como parte indisoluble del curso de la historia; los protagonistas de las novelas de Scott son todos gentes anónimas, algunos con cierto rango social, pertenecientes a la historia cotidiana que sin ser grandes figuras históricas, demuestran tener un peso determinante en la resolución de los conflictos. La incorporación de todos los sectores sociales puso de manifiesto dos aspectos cruciales de la nueva forma literaria: por un lado, su carácter democrático, la posibilidad de los

lectores de proyectarse en los protagonistas o en otros actores y por otro, la materialización del ideario político para el cual era estrictamente imperioso que las masas jugaran un papel en la lucha contra Francia y en la construcción de la nación, cuyas virtudes debían alumbrar al mundo.

Las novelas objeto de estudio de esta investigación forman parte de las llamadas *Scotch Novels* o novelas de tema escocés, textos particularmente interesantes dado que se enmarcan en el contexto histórico de la antesala y de las consecuencias del Tratado de Unión de 1707, un acontecimiento histórico obligado en la historia de Escocia por la expulsión de la dinastía Estuarda y por la pérdida de la identidad escocesa y de la desmembración de la herencia nacional. 1707 fue el año a partir del cual se inició una reconstrucción del sentimiento nacional escocés por oposición a la hegemonía de Inglaterra. Las *Scotch Novels* abordan la problemática de la identidad escocesa y sus deseos de independencia junto con la necesidad de integración dentro de la nueva estructura política. Mientras algunos escoceses abrazaron la nueva Britanidad con entusiasmo, otros reavivaron la llama del sentimiento escocés para evitar adaptarse a las normas culturales inglesas. Esta crisis de identidad caracterizada por la tensión entre dos fuerzas opuestas de igual intensidad en sentido contrario produjo a su vez una escisión social entre la elite escocesa, próxima a los centros de poder ingleses, y el pueblo escocés sometido al “British internal colonialism” (Trumpener 1997: xiii; Mack 2006: 7). Esta contienda ideológica entre Escocia y Gran Bretaña fue uno de los factores que nos movió a seleccionar *Waverley*, *Old Mortality* y *The Heart of Midlothian* como las novelas objeto de estudio. Otro de los factores respondió al propósito de llevar a cabo un estudio lo más circunstanciado posible de cada texto, hecho que impedía abordar el resto de las novelas escocesas (*Guy Mannering* (1815), *The Antiquary* (1816), *Rob Roy* (1817), *The Bride of Lammermoor* (1819), *A Legend of Montrose* (1819) y *Redgauntlet*



(1824)). Por otra parte, en la trayectoria creativa de Scott se singularizan dos fases, siendo *Ivanhoe* la obra de transición de la carrera de Scott como novelista: hasta la publicación de *Ivanhoe* en 1819, todas sus novelas se ubican espacialmente en Escocia y temporalmente después de 1660 (a excepción de *A Legend of Montrose* ambientada en 1644). Tras *Ivanhoe* sus escritos se sitúan antes de 1660 (excepto *St. Ronan's Well*, localizada en 1812, su única novela no histórica), regularmente en entornos medievales y renacentistas y muchas fuera del horizonte escocés (Tulloch 1980: 13). La última palabra la tuvo la preferencia personal sobre estas novelas y su afinidad con el argumento de subversión de la nación planteado como hipótesis.

Siendo nuestro propósito la subversión de la nación y dentro de ella la identidad nacional debemos hacer una precisión respecto al término identidad. Cuando hablamos de identidad, nos referimos al ser, un ser inserto en un cuerpo local como es la familia y en un cuerpo colectivo como es la sociedad, las cuales proporcionan al individuo un repertorio de elementos que van modelando una identidad idiosincrásica y al tiempo supuestamente homogénea con el resto de sus congéneres. Este repertorio de elementos consiste en un conjunto de creencias (Religión), de conocimientos, modos de vida y costumbres (Cultura), de acontecimientos pertenecientes al pasado (Historia), de una concepción específica de la lucha armada (Guerra), de un sistema de comunicación verbal concreto (Lengua), de un instrumento que garantiza la asimilación y aceptación de este repertorio por parte del pueblo (Educación) y de una doctrina referente al gobierno del Estado (Política/Nación). Aun cuando Edward B. Tylor (1832-1917) definió la cultura en *Primitive Culture* (1871) como “ese complejo de conocimientos, creencias, arte, moral, derecho, costumbres y cualesquiera otras aptitudes y hábitos que el hombre adquiere como miembro de una sociedad” (Tylor, en Escarbajal y Escarbajal

2004: 20), es decir como un término globalizador, nosotros la estudiaremos como una parcela de la sociedad para aplicarla estrictamente a *Waverley*.

La elección de estos factores responde a dos motivos: históricamente, fueron las piedras angulares sobre las que se levantó el nacionalismo y la definición de la nación; literariamente, son el armazón temático con el que Walter Scott elaboró *Waverley*, *Old Mortality* y *The Heart of Midlothian*. Las tres novelas ponen de manifiesto que las prácticas reguladoras de la nación se sitúan en varios niveles institucionales y se ejecutan de múltiples formas, incluyendo un doble proceso de subordinación y de subversión, de tal manera que cuando se produce el segundo aspecto estas estrategias reguladoras se transforman en contradictorias.

En cuanto al significado de identidad partimos de la definición que establece Luis Arenas en *Identidad y subjetividad* por su claridad expositiva, aunque a ésta debemos incorporar la visión de la identidad como constructo social, adelantada en la introducción de esta investigación:

De entrada por identidad es posible entender al menos tres cosas distintas. Un significado habitual es el que ve en la identidad la relación de permanencia y continuidad que un ente mantiene respecto de sí mismo a través de los cambios que sufre a lo largo de su existencia [...] Por identidad, en un segundo sentido, se puede entender la relación que el ente mantiene consigo mismo pero no considerando como respecto de interés su permanencia a lo largo del tiempo sino más bien la singularidad que particulariza a ese ente respecto de cualesquiera otros entes que coexisten con él en un tiempo dado [...] Por último, se habla de identidad para referirse a la relación que un ente mantiene con algún otro según la cual esas dos realidades que bajo múltiples puntos de vista pueden considerarse distintas, según algún respecto en particular se presentan como equivalentes [...]. (Arenas 2002: 101)

Si bien en las tres novelas históricas el hilo conductor es la identidad nacional, cada una de ellas prestará especial énfasis a un eslabón de esta cadena aunque esto no quiere decir que se eviten las relaciones cruzadas con los argumentos presentes en alguna de las otras dos novelas, dada la indisociabilidad de los puntos temáticos y su recurrencia en la producción de Scott. Por tanto, en *Waverley* se analizará la desarticulación de la identidad nacional mediante el recurso literario del viaje para demostrar cómo el contacto con otras culturas y lenguas rompe las barreras de una identidad monolítica y esencialista a favor de una identidad intercultural e híbrida. En *Old Mortality* se abordará el examen de la identidad nacional en relación a la construcción del género masculino a través de la guerra para probar que ésta fue uno de los catalizadores de la nación y mostrar la incoherencia entre la actitud impuesta desde la política hacia la guerra y la actitud del pueblo hacia la misma. Detendremos nuestra atención sobre cómo Scott concibió la guerra y por extensión, la identidad religiosa, política e histórica, y hasta qué punto su representación de la misma fue leal o contrapuesta a la visión establecida. Ello nos permitirá mostrar la complejidad y la demencia de la guerra a través de las contradicciones inherentes a las situaciones y a los seres humanos así como desvelar que la identidad religiosa, política e histórica del Reino Unido no cooperó en la formación de una nación indisoluble sino de una nación escindida por una amalgama de identidades. Por último, investigaremos la identidad nacional con respecto a la construcción del género femenino para constatar la indisociabilidad entre la mujer y la nación junto con los mecanismos de control y represión que ésta ejerce sobre la mujer y su sexo, cuerpo, identidad, comportamiento, etc., mediante la creación de un modelo de mujer con unas determinadas características imperantes durante la época de Scott aunque procedente de siglos anteriores. Con este planteamiento queremos patentizar que el concepto de nación se hunde porque otro de

sus pilares, la mujer, transgrede la identidad impuesta y las barreras de la legitimidad cuestionando la firmeza de la educación, de la familia, de la identidad nacional y sexual y de la nación como supraestructura. Queremos mostrar, siguiendo la teorización de Göran Therborn, cómo la matriz material de toda ideología se compone de afirmaciones y sanciones y cómo en *The Heart of Midlothian* no sólo encontramos individuos que acatan los dictados ideológicos, afirmándolos y reafirmandolos, sino también sujetos que contravienen las interpelaciones ideológicas, y que en consecuencia son sancionados. Asimismo, perseguimos confirmar que los conceptos de la nación, de la mujer, de la familia, y los roles asignados a cada individuo son un constructo que varía en función de los momentos históricos cuyo diseño legitima en el poder a los grupos dominantes. Buscamos por tanto entroncar con la idea de Kathleen Wilson en *The Sense of the People* y con la de tantos otros autores que ven a la nación como “an invented community” en el marco de los argumentos políticos del siglo XVIII y principios del XIX, ajena a las estructuras formales de la política y plagada de intereses dicotómicos con respecto a aquéllos en el poder (Wilson 1998b: 17). Resumiendo nos proponemos coincidir con el pensamiento de Homi Bhabha cuando enuncia que “la significación más amplia de la condición posmoderna está en la conciencia de que los límites epistemológicos de esas ideas etnocentristas son también los límites enunciativos de un espectro de otras historias y otras voces disonantes, incluso disidentes: mujeres, colonizados, minorías, portadores de sexualidades vigiladas” (Bhabha 2002: 21).

De ahí la interacción constante entre las tres obras no sólo porque incardinan los soportes de la nación sino porque concurrentemente muestran la otra cara de la nación y el colapso de la identidad nacional. Asimismo, el grado de fragmentación de esta identidad nacional se encuentra en relación directa con la cantidad de elementos del mencionado repertorio que son subvertidos. Si como expresa John Lukács en *Historical*

*Consciousness or the Remembered Past* “the traditional elements of nationality are common language, common institutions, common culture, sameness of race, consciousness of history, consciousness of territorial limits, ancestral ties, permanence of residence” (Lukács 1985: 199), todos estos componentes están ausentes en las tres novelas. Una de las herramientas a las que Scott recurre para dejar al descubierto las tácticas de control de la nación consiste en dar autoridad a aquellas voces silenciadas por el poder y expulsadas del discurso político, privadas de voz pública y de un espacio en el que expresar sus opiniones. Como afirma Jean Bethke, “the question to be put, then, is not just what politics is for but what politics has served to defend against” (Bethke 1981: 16).

Por otra parte, si como se acaba de señalar, existe una complementariedad temática entre las tres novelas, ésta se acentúa enfáticamente en el caso de *Old Mortality* y de *The Heart of Midlothian* en las que se aborda el estudio del género masculino y femenino dentro de la nación, aparte de otros factores. Tanto el género como la nación son construcciones sociales ligadas recíprocamente en su propia formación. De este modo, la nación y la topografía, con sus límites y paisajes se feminizan y masculinizan dependiendo del propósito al que se apela dado que mientras las mujeres se encargan de la reproducción biológica, los hombres son los responsables de proteger y vengar a la nación. Como asevera Anne MacClintock en *Imperial Leather* (1995): “all nationalisms are gendered, all are invented and all are dangerous [...] Not only are the needs of the nation here identified with the frustrations and aspirations of men, but the representation of male national power depends on the prior construction of gender difference” (MacClintock, en Lewis 1999: 263). Esto quiere decir además que las identidades de género se construyen por oposición de tal manera que no podemos

entender la construcción de la masculinidad sin revisar la construcción de la feminidad y viceversa.

En el artículo “Sexing the Nation/Desexing the Body: Politics of National Identity in the Former Yugoslavia”, Julie Mostow explora cómo la política de la identidad nacional busca por un lado erotizar la nación mediante una imagería sensual y espiritual y por otro, reprimir la sexualidad real de los sexos, poniendo de manifiesto la doble faceta productora y represora del poder, que tal y como argumenta Foucault, funciona como una instancia negativa que preceptúa pero que al mismo tiempo genera placer, forma saber y produce discursos (Foucault 2001: 148). Esta imagería erótica de la nación se forja fundamentalmente a través de dos procedimientos: metáforas e imágenes de la gloria nacional y del esfuerzo heroico masculino y metáforas de la agresión a las partes físicas y simbólicas de la nación como violaciones, invasiones o guerras, demostrando que los espacios femeninos invadidos reflejan la vulnerabilidad de la nación. Del mismo modo que el territorio nacional requiere protección por parte de soldados y ejércitos, los cuerpos femeninos necesitan el amparo de la figura masculina, sean los padres, cónyuges o el Estado nacional. Y así mientras la madre patria o la nación se caracteriza por su vulnerabilidad, la patria o el Estado se singularizan por ser la fuerza del gobierno y de la acción militar, esto es, de la invasión, conquista y defensa. Junto a los héroes de la cotidianeidad, encontramos la valentía de las madres que sacrifican a sus hijos y maridos por la nación, que cuidan de los guerreros heridos en la batalla, y de las esposas fieles que guardan la memoria de sus maridos. Todo este conjunto de mujeres, en su diversidad identitaria como madres, hermanas, hijas, esposas y viudas encarnan la tragedia nacional y los deseos de venganza (Mostow 1999: 89-110).

Antes de abordar el estudio de *Waverley*, *Old Mortality* y *The Heart of Midlothian*, debe hacerse una aclaración respectiva al carácter ambiguo de las tres novelas mencionadas. La contradicción es un *leitmotiv* que atraviesa toda la estructura del argumento debido a dos factores: la complejidad de la época y la complejidad del autor.

En cuanto a la complejidad de la época, tanto el periodo post-revolucionario como su manifestación literaria, el Romanticismo, estuvieron marcados por la decepción general, esto es, por la distancia entre las expectativas forjadas y la realidad determinada por el incumplimiento de las mismas. Además, el Romanticismo, a diferencia del Clasicismo que se había convertido en el dueño de la realidad, trabó con ésta una lucha encarnizada en un intento perpetuo o bien por subvertirla o por entregarse a ella pero nunca por mantener una relación de igual a igual.

Desde sus comienzos y por influencia de la Revolución francesa, el conflicto fue la fuerza motora del Romanticismo; prácticamente todas sus manifestaciones estuvieron impregnadas de la problemática de la situación histórica y de sus efectos devastadores sobre la vida humana. Si bien es cierto que el destino del hombre sobre la tierra es estar sujeto a constantes enfrentamientos, durante el Romanticismo estas colisiones irrumpieron dolorosamente en la conciencia humana condicionando cada uno de sus movimientos. Sin embargo, el verdadero problema de los románticos residió en su incapacidad para elegir y encontrar una solución a los conflictos de su tiempo dado que no vieron las parejas naturaleza y sociedad, revolución y tradición, intelecto y sentimiento como alternativas sino como posibilidades que se podían experimentar y cumplir simultáneamente. Fue el sentido de fractura entre dos opciones y al mismo tiempo el querer encontrar refugio en las dos o trascenderlas lo que dio el carácter

idiosincrásico al Romanticismo. La discordia histórica exterior se tradujo en el plano interior en una tendencia romántica obsesiva por la autoobservación y la introspección que condujo a un desgarramiento del alma reflejado en la figura del “otro yo”, el marginado, el extraño inaceptable. En otras palabras, esta escisión del yo evidenció el rechazo y aversión a las circunstancias históricas. El descontento ante la realidad y la inhabilidad para someterla empujó a la generación romántica al autodesdoblamiento, al abandono ante la vida y la muerte, al orden y al caos, a la conciencia y a la inconsciencia (Hauser 1988b: 339-412).

En cuanto a la complejidad del autor, las tres novelas seleccionadas como se ha mencionado, pertenecen a las llamadas *Scotch Novels* o novelas que versan sobre la historia de Escocia y sus costumbres. Precisamente, el hecho de que estas novelas giren en torno a Escocia las convierte en sus mejores novelas dado que la actitud vital de Scott procedió de su respuesta ante el destino de su país. El punto de partida de esta tríada se localiza en la confusión de sentimientos con los que Scott contempló la historia escocesa anterior a su época puesto que el substrato es el sentido trágico ante la inevitabilidad del progreso y la concienciación de la pérdida del tradicional heroísmo y de las glorias pasadas de Escocia.

La postura ideológica de Scott ante las transformaciones de la Revolución industrial y ante la Unión de Escocia e Inglaterra se singulariza por los continuos contrasentidos que afloran en su trayectoria tanto poética como prosística; sentimentalmente, se sintió estrechamente unido a la época dorada del pasado, a los días en que Escocia era un reino independiente y ensalzaba sus hazañas y sus héroes y en consecuencia abogó siempre por la preservación de la cultura y la lengua autóctona, pero racionalmente respaldó la Unión con Inglaterra al verla como una salvación para la evolución de Escocia, como una medida de prosperidad, de progreso y de paz, ésta



última favorecida por la dinastía Hanover. Hay que matizar sin embargo, que el conflicto emocional y racional ante la Unión unido a las transformaciones históricas posteriores no sólo afectó a Scott sino a la mayor parte de los pensadores y literatos escoceses de su tiempo (Allan Ramsay, Samuel Boswell, Tobias Smollett, etc.), que trasladaron a la literatura esta problemática y desde allí, intentaron solventarla y asimilarla. El problema de Scott fue por tanto el problema de cualquier escritor escocés ante la pérdida de la independencia de la cultura escocesa y la preocupación por cómo reconciliar las tradiciones de Escocia con la cultura inglesa. Scott fue en suma un autor que vivió entre numerosas posiciones fronterizas: económica, social, política, afectiva, e incluso estética, siendo catalogado como un autor simultáneamente romántico y anti-romántico (Mayhead 1973: 18).

Esto explica dos cuestiones: por un lado, la presencia continua de la lucha en las novelas históricas de Scott en las que invariablemente sus personajes se ven inmersos en cambios bruscos y violentos ante los que tienen que reaccionar para sobrevivir y por otro, las antítesis maniqueístas entre *Highlanders* y *Lowlanders*, ingleses y escoceses, jóvenes y adultos, ricos y pobres, nobles y plebeyos, etc. Es como si Scott reflexionara sobre sus sentimientos y pensamientos contradictorios a través de sus creaciones para solventar la dificultad de su posición. Además, Scott creció en paralelo a la desintegración de la tradición jacobita, dentro de la generación de escoceses definitivamente comprometidos con la alianza política entre Inglaterra y la dinastía Hanover. Aunque Scott fue consciente de la ventaja de esta asociación y él mismo popularizó en Escocia al rey Jorge, fueron sin embargo sus emociones las que le convirtieron en un *Tory* en el campo de la política y en un defensor de la exploración

histórica. De ahí que acogiera la civilización y al tiempo suspirara por la desaparición de un mundo (Daiches 1951a: 84-86).

Esta división personal continua le fracturó en dos personalidades que son las que inundan sus *Scotch Novels* y que apuntan a su simultaneidad identitaria como británico y escocés, un conflicto que se convirtió en la paradoja de la modernidad y que es extrapolable a cualquier civilización que inaugura su era comercial e industrial. En una de las obras clave sobre Walter Scott y Escocia, *Scott and Scotland: The Predicament of the Scottish Writer* (1936), Edwin Muir plantea una reflexión muy reveladora respecto a las contradicciones que cruzan las novelas de Scott:

In approaching Scott himself, by far the greatest creative force in Scottish literature as well as one of the greatest in English, was to account for a very curious emptiness which I felt behind the wealth of his imagination. I was forced to account for the hiatus in Scott's endowment by considering the environment in which he lived, by invoking the fact [...] that he spent most of his days in a hiatus, in a country, that is to say, which was neither a nation nor a province and had, instead of a centre, a blank, an Edinburgh, in the middle of it. But this Nothing in which Scott wrote was not merely a spatial one; it was a temporal Nothing as well, dotted with a few disconnected figures arranged at abrupt intervals [...] with a rude buttress of ballads and folk songs to shore them up and keep them from falling. Scott, in other words, lived in a community which was not a community, and set himself to carry on a tradition which was not a tradition; and the result was that his word was an exact reflection of his predicament. His picture of life has no centre, because the environment in which he lived had no centre [...] A people who lose their nationality create a legend to take its place. The reality of a nation's history lies in its continuity and the present is its only guarantee [...] But where national unity is lost the past is lost too, for the connection between past and present has been broken, and the past turns therefore into legend, into the poetry of pure memory. (Muir, en Trumpener 1993: 685)

Las palabras de Edward Muir actúan de punto de partida para entrever la subdivisión de Scott en dos personalidades no separadas sino fusionadas, un Scott más

humano y más lúcido, insumiso a categorías reduccionistas, y otro Scott, fruto de su tiempo, enmarcado en la controversia nacionalista. Mientras el primer tipo de Scott se posiciona por encima de las fronteras ideológicas y de la cuadriculación de la realidad, fuerzas promotoras de conflictos innumerables, constatando que el afecto hacia lo propio es el punto de partida para el afecto hacia lo ajeno, el segundo tipo de Scott más mundano, enraizado en lo meramente físico e incapaz de trascender la realidad, manifiesta que la defensa de la identidad escocesa implica una actitud de respuesta a la agresión inglesa, causa de las desavenencias anglo-escocesas. Si desde la primera perspectiva, la humanidad sobrepasa las barreras, desde la segunda perspectiva, son éstas las que estrangulan a la humanidad reduciéndola a una lucha interminable. Esta fractura interna justifica la ambivalencia y la simultaneidad de interpretaciones dentro de sus novelas, la multiplicidad de actitudes y posturas que espejan la irreductibilidad de la realidad y su composición caleidoscópica. Precisamente la flexibilidad de contenido y forma en Scott permite ver desafíos y acatamientos simultáneos al sistema dentro sus novelas.

Asimismo, el propio término “contradicción” se diluye o se fortalece en función del predominio de un Scott u otro puesto que cuando Scott analiza objetivamente los pros y los contras del periodo histórico representado y examina con distancia la naturaleza humana, la contradicción se mitiga considerablemente pero cuando presta atención particular a los presupuestos culturales del nacionalismo e impone las categorías forzadas y dicotómicas de la doctrina nacional la contradicción en Scott y en sus novelas se acentúa. Como afirma Alyson Bardsley “assessments of the results (whether his works synthesize two terms, evade contradictions, generate a third term, or keep the contradictions in play) vary with the critic” (Bardsley 2002: 397). En suma, sus

novelas están abiertas a una multiplicidad de circunstancias, de opciones, de trayectorias individuales que invitan a una amplia gama de reflexiones, la cual convierte a Scott en cómplice de muchas posturas dado que una de sus características por excelencia es la ausencia de la tiranía de un punto de vista. Esto significa que Scott muestra las diversas personalidades humanas y su lugar en el mundo, enfatizando la peligrosidad de los extremos a través de sus consecuencias nefastas, pero siempre sin priorizar un ángulo sobre los otros. Sirvan como ilustraciones de esta tendencia simultánea de Scott los esencialismos dualistas presentes en *Waverley*: imaginación-realidad, salvaje-doméstico, familiar-desconocido, amenazador-tranquilizador, violento-pacífico, inocencia-experiencia, feudal-moderno, Romanticismo-Ilustración, jacobitas-Hanoverianos, católicos-protestantes, etc., que permiten decantarse por uno u otro de los elementos dicotómicos, por los dos a la vez o por la reconciliación de ambos en un tercer concepto.

Colin Kidd subraya la idea de que Scott ha sido uno de los escritores cuya versatilidad de pensamiento ha obstaculizado la labor de catalogación de los literatos por parte de los historiadores. Si bien fue un *Tory* declarado, sus novelas históricas junto con sus ensayos misceláneos sobre tópicos sociales, políticos e históricos fuertemente imbuidos por la ideología *Whig* de la Ilustración escocesa, le impulsaron a colaborar entre 1803 y 1807 en el periódico *Whig, The Edinburgh Review*. La ambigüedad inherente a la novela histórica le permitió a su vez relativizar los extremismos y prejuicios e interceder entre la enemistad de los *Whigs* y de los *Tories* (Kidd 2003: 9-10).

Aun cuando nuestra tesis favorece una relectura en clave postmoderna no podemos desconsiderar ni el abanico de lecturas interpretativas que las novelas de Scott abre ni los diversos posicionamientos ideológicos que suscribe porque ello supondría la

imposición de un sentido sobre los otros. Por el contrario entendemos que la constatación de otras posibilidades hermenéuticas no va en detrimento de nuestro enfoque sino que lo enriquece ayudando a una mejor comprensión del autor y a una interpretación ni conclusiva ni indiscutible. En último caso, aseveramos que nuestro enfoque postmoderno adquiere sentido en relación a esas interpretaciones anteriores.

En términos literarios, la variedad de reacciones de Scott sigue primordialmente dos cursos, la defensa y la subversión en ocasiones simultánea de la nación escocesa, británica y en menor medida inglesa. Tal y como sugiere Alison Easton, el término nación hace alusión en Scott a dos naciones, tanto a la británica como a la escocesa así como a las divisiones endógenas dentro de cada una de ellas. El apoyo combinado al Tratado de Unión de 1707 entre Escocia e Inglaterra provoca que en sus novelas encontremos una apología del carácter escocés y de su autonomía cultural y una aclamación de la Unión británica, esto es, una serie de lealtades rivales nacidas de conflictos locales bien entre región y nación, nación y nación o entre secciones de una misma zona (Easton 2002: 139-59). Katie Trumpener también coincide con esta visión cuando enfatiza tanto la eliminación de los conflictos que la novela histórica describe en aras de una comunidad nacional, como la salvaguarda simultánea de la nación escocesa y de la nación británica e imperialista:

the historical novel describes the way historical forces break into and break up this idyll—and yet, through the very upheaval they cause, shape a new national community in place of the old. [...] it is Walter Scott's historical novel, with its stress on historical progress, that won out as the paradigmatic novel of empire, appealing to nationalist, imperialist, and colonial readers alike. For Scott insists simultaneously on the self-enclosed character of indigenous society (living idyllically, if anachronistically, outside of historical time), on the inevitability with which such societies are forcibly brought into history, and on the survival of cultural distinctiveness even after a loss of political autonomy. As he

enacts and explains the composition of Britain as an internal empire, Scott underlines the ideological capaciousness of empire, emphasizes the analogies between nation formation and empire building, and argues for the continued centrality of national identity as a component of imperial identity. (Trumpener 1997: XII-XIII)

Fundamentalmente la interpretación de sus novelas se reduce a cuatro posturas: la nacionalista escocesa, la Unionista, la nacionalista inglesa y la superación de los particularismos en un tercer espacio en el que se anulan las etiquetas claustrofóbicas del nacionalismo. Si bien las dos posturas primeras defienden la nación, su diferencia radica en que mientras la catalogación de Scott como nacionalista le enmarca en la defensa de la nación escocesa, hecho que apunta a un menoscabo de la nación y de la identidad británica imperialista, su catalogación como Unionista vuelca el peso de la balanza a favor de la nación británica y del Imperialismo, devaluando esta vez la identidad escocesa. Aunque resulte paradójico, la inclusión de diversos personajes hostigados por diversas reacciones internas con la consiguiente vindicación de una postura política, social, en suma histórica, y la naturaleza atemporal de sus novelas respalda la idea de que el autor aborde la temática desde una perspectiva nacionalista, pro-Unionista y cosmopolita y que este rasgo de atemporalidad permita a los lectores del siglo XXI reinterpretar estas tres composiciones desde nuestra realidad social. Dado que la negación de una identidad conlleva la afirmación de la otra y viceversa y de que este movimiento pendular destila tensión y hostilidad, el único medio para desgarrar esa dicotomía es la creación de un espacio armónico de comunicación y de cooperación en el que no sólo se incluyan Escocia e Inglaterra sino el resto de países, en el que las relaciones humanas se sitúen por encima de las fronteras y en el que los prejuicios y las preferencias exclusivistas hacia un territorio y su ideología queden reducidos a cenizas.

Dentro de la crítica al nacionalismo británico indisociablemente ligada al Imperialismo y por el contrario a la exaltación de la nación escocesa, Scott concede especial importancia a la reflexión sobre la civilización asociada con Inglaterra como paradigma de la misma, al etnocentrismo inglés y a la intensa crítica inglesa ejercida contra Escocia, particularmente contra las *Highlands*. En este sentido *Waverley*, *Old Mortality* y *The Heart of Midlothian* son una buena muestra del pensamiento de Walter Benjamin, “there is no document of civilization which is not at the same time a document of barbarism” (Benjamin, en Morton 2006: 15) y del género de la novela histórica como un fiel reflejo de las paradojas del progreso en las que la violencia, la injusticia o la crueldad deberían ser sancionadas en vez de consentidas y en las que la evolución técnica y material de la sociedad no ha ido acompañada de un desarrollo moral y humano. El retrato del pasado escocés de las tres novelas demuestra la involución de Escocia desde el punto de vista inglés, pero también la presencia de valores tales como el honor, la solidaridad, la pureza de conciencia o la bondad, principios en peligro de extinción en la época contemporánea a Scott como consecuencia de la Industrialización, del Capitalismo y de la influencia de la Revolución francesa. La mirada retrospectiva de Scott traza el mapa de las Tierras Altas como un enclave desconocido, feudal, violento y peligroso pero también romántico, mítico y atractivo asociado con la masculinidad, las jerarquías, el Catolicismo y el anti-Unionismo. Según Charles Snodgrass, el propósito de Scott de romantizar la identidad escocesa mediante el sentido comunal y la tradición, se enmarcó en el legado de la Ilustración escocesa y en la labor de la *Highland Society of London* y *The Celtic Society of Edinburgh* por preservar la idiosincrasia de Escocia. La fuerza subyacente en la conservación de la nación procedió del concepto de *sensus communis* impulsado por la filosofía de Thomas Reid (1710-1796), James Beattie (1735-1803) o Dugald Stewart

(1753-1828) a finales del siglo XVIII que estableció una correspondencia entre la experiencia comunitaria y la formación de la identidad (Snodgrass 2007: 180).

Una de las energías que parece trascender las barreras temporales es la violencia, la cual, atribuida al primitivismo y por tanto al pasado de Escocia, sigue plenamente latente en el presente, enlazando el supuesto salvajismo escocés con la realidad inglesa. A pesar de que Scott especifica claramente en el título de su primera obra que la acción se sitúa “sixty years since” anunciando una distancia entre la violencia de los clanes y la modernidad, estimamos que esta barrera protectora no consigue detener sus efectos, especialmente cuando se considera que el Estado eliminó a los jacobitas mediante los mismos procedimientos violentos que éstos habían utilizado y que el gobierno escocés e inglés que sofocó la rebelión *Covenanter* utilizó métodos tan violentos como la propia Iglesia Presbiteriana de Escocia. Pero ésta es una interpretación y aunque Scott probablemente estuviera de acuerdo aseguró su distanciamiento ideológico con los jacobitas y los *Covenanters* mediante las delimitaciones temporales que empujaban a ver la trama como un relato confinado al pasado, una pieza de museo para ser consumida por los lectores presentes y futuros. Lo que resulta innegable es que Scott nunca estuvo de acuerdo con la usurpación inglesa de la identidad nacional escocesa ni con la aprobación por parte del Parlamento inglés de la Ley de traición que desembocó en las atrocidades de Carlyle y en las leyes opresivas que afectaron a los clanes escoceses tras la batalla de Culloden. Un ejemplo de la opresión de la política británica a finales del siglo XVIII fue el conjunto de ordenanzas destinadas a controlar militarmente a Escocia, Irlanda, América del Norte y la India, que funcionaron como actos de incorporación al territorio madre. De entre ellas, una de las ordenanzas más destacadas fue la iniciada en las *Highlands* en 1746 para facilitar la pacificación y la ocupación militar.



En cualquier caso, Scott muestra que los cimientos de las naciones se fundan en la guerra civil y se mantienen unidos forzosamente por medio de conflictos. Las luchas de Inglaterra contra Escocia demuestran así cómo los márgenes de la nación británica irrumpen en la estabilidad del centro exponiendo a plena luz del día la fuerza de historias marginales y marginadas de la narrativa nacional. Para Scott la nación no es ni una unidad temporal del pasado ni del presente sino un espacio de conflicto, una entidad en guerra constante consigo misma dividida por un sistema de valores en competencia por lograr la preponderancia sobre el resto (Craig 2001: 26).

Scott pone frente a frente a Escocia e Inglaterra para cuestionar la superioridad y desarmar los estereotipos de la segunda. La representación de la cultura *Highlander* encubre una fuerte condena al colonialismo inglés y a sus políticas genocidas y etnocidas cuya finalidad es poner de manifiesto la barbarie cometida contra los escoceses y las artimañas de una cultura considerada superior que despliega su poder demoledor contra otros pueblos para destruir sistemáticamente modos de vida diferentes y asemejarlos a los propios. La visión de Escocia como una colonia de Inglaterra se hace especialmente notoria en los efectos devastadores de las represalias inglesas en la transformación de la propiedad del Barón Bradwardine, Tully-Veolan. En *Eighteenth-century Fiction and the Law of Property*, Wolfram Schmidgen dedica un capítulo a *Waverley* en el que señala que la destrucción y posterior re-edificación del inmueble es un episodio clave en el conflicto nacionalista anglo-escocés que disuelve la identificación entre la propiedad y el derecho, la historia y la identidad escocesa y que impone la cosificación de las antiguas propiedades escocesas dentro del nuevo orden histórico-nacional. La desfiguración violenta de Tully-Veolan simboliza la destrucción de los emblemas del derecho ancestral y del orden tradicional escocés mostrando a

Inglaterra en su faceta colonial subyugadora de Escocia. La restauración meticulosa de la casa del Barón pretende anular el cambio histórico que divide el inicio del final de la novela (Schmidgen 2002: 186-213).

Aun cuando Scott no expone abiertamente el tema de la opresión y de los llamados *Highland Clearances* ni en *Waverley* ni en *The Heart of Midlothian*, no es menos cierto que la aproximación al levantamiento jacobita ya implica el tratamiento de una cuestión muy delicada cuyo silencio resulta extremadamente significativo. Stefan Thomas Hall aborda precisamente esta problemática en “Awkward Silences in Scott’s *Waverley*” donde recupera la importancia de los silencios en las novelas históricas de Scott y la relevancia de lo no dicho en el contexto de la comunicación, estableciendo una correspondencia entre las novelas y los actos de habla, dado que ambos comparten los problemas implícitos en la creación del significado (Hall 2003: 82). La omisión de esa violencia explícita del cuerpo textual no significa que nunca ocurriera sino simplemente que ya no supone una amenaza al orden social y cultural británico, aunque ello no garantiza la inexistencia futura de semejantes circunstancias. Sin embargo, consideramos que la recuperación histórica de la insurrección de 1745 supone una grave amenaza para la integridad nacional tanto británica, como inglesa y escocesa. Este acontecimiento histórico fue una buena muestra de las heridas internas entre las diferentes partes de Gran Bretaña debido a sus posicionamientos ideológicos irreconciliables. La invasión del *Young Pretender* sirvió como propaganda a favor de la dinastía Hanover, en ese momento el reinado de Jorge II (1727-1760), y del Protestantismo inglés frente al Catolicismo representado por los partidarios Estuardo. Se generó un tipo de propaganda anti-francesa, anti-Católica y anti-Caledonia (baladas, panfletos, obras de teatro, caricaturas) orientada a exaltar los peligros que los Estuardo representaban para la religión, la libertad y la identidad nacional inglesa ante la amenaza

de la subyugación francesa así como a justificar el colonialismo *Highlander*, pueblo antitético a la civilización inglesa. La difusión de esta propaganda fue extremadamente útil en el enaltecimiento del nacionalismo y en la definición y revalorización de la grandeza cultural, imperial y política especialmente de Inglaterra y en menor medida de Gran Bretaña. Esta publicidad sirvió para vigorizar la unidad inglesa frente a la unidad Estuarda estableciendo dos líneas claramente separadas entre la afinidad política, religiosa, cultural y nacional de cada facción. El fervor nacionalista inglés desató una concepción de la nación excluyente de una buena parte de Gran Bretaña que incrementó la identidad imperialista inglesa y su superioridad frente a sus rivales. Los discursos pro-monarquía Hanover evidenciaron la naturaleza partidista de la identidad inglesa, en constante tensión con la identidad británica y la inviabilidad del arraigo de una identidad británica homogénea.

Sin embargo, la represión *Highlander* no es la única que Scott aborda y simultáneamente esquiva. Aunque en *Old Mortality*, Scott desarrolla la guerra entre *Covenanters* y Episcopalianos también elude prudentemente las secuelas de la revolución armada contra el Estado y los antecedentes de la invasión escocesa por parte de Cromwell. Pero en realidad no sabemos a ciencia cierta si su actitud esquiva ante determinados puntos oscuros de esas historias es verdaderamente una evasión o una alusión provocadora puesto que no es casual la reiteración de la temática del levantamiento de 1745 en *Waverley* y en *The Heart of Midlothian* y de los *Covenanters* en *Old Mortality* y de nuevo en *The Heart of Midlothian*. Y es que los lectores de Scott sabían perfectamente cuáles habían sido las consecuencias de Culloden y de la apología del *Covenant* sin necesidad de entrar en demasiados detalles. No olvidemos que Scott no era un revolucionario ni pretendía levantar su voz contra el sistema, hecho que por

otra parte le habría desterrado del panorama literario, de ahí su carácter reconciliador a pesar de todos los excesos cometidos en contra de Escocia. En este contexto, la nueva dinastía Hanover debía ser presentada como una alternativa de progreso a la agresividad jacobita porque la estabilidad de la sociedad británica dependía de la erradicación de toda amenaza.

Scott compuso sus novelas en un momento histórico en el que la extinción de la cultura *Highlander* había sido prácticamente total y en el que ya no suponía una amenaza para el engranaje de la política imperialista británica. Sin embargo, la resurrección de una cultura extinta no resulta vana sino que actúa como recordatorio para no volver a emprender la misma política agresiva en otras zonas del territorio imperial y aprender así de los errores. Aunque como sostiene James Buzard, Scott realiza en sus novelas históricas una traducción carente de original, es decir, de un origen conocido como Escocia en calidad de unidad cultural con centro en las *Highlands* (Buzard 1995), y esto puede parecer un fraude como anteriormente lo habían sido los poemas de James Macpherson, su propuesta identitaria y su crítica al proyecto de construcción británica no queda invalidada porque lo verdaderamente importante es el contexto histórico en el que Scott ideó la traducción ficticia de la cultura escocesa gaélica, esto es, el contexto del colonialismo interior y la absorción de Escocia dentro de Gran Bretaña. En efecto, como argumenta Peter Schmidt en “Walter Scott, Postcolonial Theory, and New South Literature”, Scott es un novelista irremplazable en el estudio de las narrativas sobre el modo en el que las colonias conquistadas o los Estados limítrofes reclaman su nacionalidad e independencia. La voz narrativa de Scott no sorprende por tanto a aquellos lectores familiarizados con los temas centrales de la teoría postcolonial tales como sujeto subalterno, zona de contacto, criollización, o hibridismo (Schmidt 2003: 545-54).

La entrada en el universo *Highlander* está marcada por un antes a través del cual el lector se sumerge de lleno en la recreación de una cultura viva, heterogénea y dinámica y un después determinado por la contemplación de un mundo perdido como consecuencia de la violencia imperialista y de la formación del Estado moderno. La modernidad, en vez de suprimir la diferencia entre la civilización y la brutalidad se ha dedicado a preservarla y a producirla dentro de sí misma en una espiral de violencia continua. Según Ian Duncan, la condición moderna de la Britanidad no alude a una nación civilizada e internamente unificada sino a una red de tiempos y espacios heterogéneos y desiguales, condenados a permanecer unidos por los intereses comerciales y la fuerza militar (Duncan 2002: 92, 100).

La labor de Scott como mediador de la unificación nacional escocesa fue insoslayable. Como afirma Eric Hobsbawm en *Nations and Nationalism since 1780*:

Merely by dint of becoming a “people”, the citizens of a country became a sort of community, though an imagined one, and its members therefore found themselves seeking for, and consequently finding, things in common, places, practices, personages, memories, signs and symbols. Alternatively, the heritage of sections, regions and localities of what had become “the nation” could be combined into an all-national heritage, so that even ancient conflicts came to symbolize their reconciliation on a higher, more comprehensive plane. Walter Scott thus built a single Scotland on the territory soaked in the blood of warring Highlanders and Lowlanders, kings and Covenanters, and he did so by emphasizing their ancient divisions. (Hobsbawm 1990: 90)

No hay que olvidar que el Romanticismo fue la época idónea en la exploración de las relaciones nacionales mediante la literatura entre las diversas partes de Gran Bretaña y en la definición y afianzamiento de una literatura escocesa dentro de la

historia literaria de Inglaterra (Pittock 2008: 16). Según Cairns Craig, hacia 1830 la adaptación teatral de las novelas históricas de Walter Scott se convirtió en el núcleo del drama nacional que dominó las representaciones teatrales a lo largo del siglo XIX y que sólo decayó hacia 1872. De hecho, la construcción de la identidad teatral escocesa, especialmente después de las guerras napoleónicas, le catapultó como el responsable de todos los problemas culturales de Escocia puesto que el principal obstáculo de la cultura escocesa derivó de la sustitución de identidades falsas por identidades reales y de las imágenes románticas de los *Highlanders* proyectadas en *Waverley*. En este sentido, Hugh Trevor Roper fue uno de los que lanzaron el ataque más virulento por la labor de Scott como corruptor de la nación (Trevor-Roper 1983). La manipulación de Scott de la historia en el ámbito del teatro nacional evidencia cómo la nación se disfraza con una aureola de antigüedad ocultando a los ciudadanos la verdad sobre su posición histórica (Craig 2001: 13-16). *Waverley* se vio involucrada en los movimientos escoceses de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX que inventaron las tradiciones de un pasado mítico en las Tierras Altas de Escocia. De hecho, Scott fue uno de los portavoces de esta tendencia como presidente de la *Celtic Society of Edinburgh* fundada en 1820.

Katie Trumpener recalca en *Bardic Nationalism* el florecimiento durante el siglo XVIII de un nacionalismo promovido por anticuarios en Escocia, Irlanda y Gales, entre los que encontramos a Walter Scott, quien se consagró a recuperar las tradiciones bárdicas para conservar la memoria nacional, avivar la conciencia histórica y cristalizar en un modelo nacionalista de historia literaria. Con este objetivo en el horizonte, los anticuarios transformaron a la novela en el género por antonomasia de la diseminación del proyecto nacional y confirmaron el daño infligido por la invasión imperial y la resistencia de la cultura autóctona para contrarrestar este poder homogeneizador

mediante la reconstrucción de las formas culturales indígenas y de las instituciones suprimidas durante la conquista inglesa, así como mediante la argumentación sobre la continuidad temporal del lenguaje y de la cultura (Trumpener 1997: 3-36).

Scott inició una defensa vigorosa de la identidad nacional escocesa cuando el Parlamento británico intentó resolver el pánico financiero de 1825 con una reforma de la moneda escocesa en 1826 para unificar las políticas económicas de Escocia e Inglaterra. Su mayor contribución a este debate nacional se basó en la publicación de *Letters of Malachi Malagrowther* (1826) en un intento por mantener la integridad y autonomía nacional de Escocia dentro de la absorción imperialista y por encontrar un equilibrio entre la nación y el Imperio, entre la tendencia homogeneizadora del segundo y la diversidad de sus constituyentes (Kerkering 2001: 85-86, 92):

Again, would the British empire become stronger, were it possible to annul and dissolve all the distinctions and peculiarities, which, flowing out of circumstances, historical events, and difference of customs and climates, make its relative parts still, in some respects, three separate nations, though intimately incorporated into one empire? Every rope-maker knows, sir, that three distinct strands, as they are called, incorporated and twisted together, will make a cable ten times stronger than the same quantity of hemp, however artificially combined into a single twist of cord. The reason is obvious to the meanest capacity. If one of the strands happens to fail a little, there is a threefold chance that no imperfection will occur in the others at the same place, so that the infirm strand may give way a little, yet the whole cord remain trustworthy. If the single twist fails at any point, all is over. For God's sake, sir, let us remain as Nature made us, Englishmen, Irishmen, and Scotchmen, with something like the impress of our several countries upon each! We would not become better subjects, or more valuable members of the common empire, if we all resembled each other like so many smooth shillings. Let us love and cherish each other's virtues -- bear with each other's failings -- be tender to each other's prejudices -- be scrupulously regardful of each other's rights. Lastly, let us borrow each other's improvements, but never before they are needed and demanded. The degree of national diversity between different countries is but an instance of that general variety

which Nature seems to have adopted as a principle through all her works, as anxious, apparently, to avoid, as modern statesmen to enforce, any thing like an approach to absolute *uniformity*<sup>1</sup>.

A través de estas cartas Scott reclama la aceptación del Otro como una fuente de enriquecimiento nacional además de proponer un nuevo tipo de nacionalismo británico en el que la Britanidad no se limitara a la expansión imperial y comercial sino que confiara en una identidad nacional respetuosa con el Otro colonial. Sin embargo, esta construcción de la identidad nacional escocesa está directamente relacionada con la oposición a las exigencias de otra nación, la británica. Si bien Scott parece levantar la voz de la nación escocesa para ser escuchada, su posicionamiento ambiguo permite interpretar sus novelas como una apología del Imperialismo británico, convirtiéndose él mismo en un abanderado de la colonización. Esta otra cara deja de lado la crítica al Imperialismo británico por la plena integración de Escocia dentro del nuevo diseño nacional. Saree Makdisi en el artículo titulado “Colonial Space and the Colonization of Time in Scott’s *Waverley*” se enfrenta con la producción y reproducción del espacio como proceso simultáneamente material y político durante la conquista colonial y con la inquietud de comprender la representación espacial de la violencia colonial, no sólo como codificación de territorios y pueblos conquistados sino como reinención y utilización del espacio de esos territorios colonizados con fines múltiples. En otras palabras, Makdisi se pregunta qué es lo que ocurre cuando un pueblo, una historia o una cultura se convierten en la víctima del colonialismo y son sometidos tanto a una explotación como a una usurpación que re-nombra y reinventa el territorio en términos literales y figurados. Esa duda sirve como punto de arranque para argumentar que *Waverley* contribuyó a la invención de una nueva realidad *Highlander* y a la

---

<sup>1</sup> *The Letters of Malachi Malagrowther*. Walter Scott Digital Archive. Vol. I, Part 8. 11 diciembre 2008. <http://arthurwendover.com/arthurs/scott/prose10.html>



construcción y colonización del pasado de dicha comunidad. En la terminología política e histórica de la novela, la erradicación de las *Highlands* apunta a la erradicación de un nacionalismo escocés contenido en el pasado e inofensivo para la nueva identidad nacional británica. La fosilización y dehistorización de los *Highlanders* como fenómeno colonizador en la novela, actúa como una réplica de la re-creación de los mismos por parte de políticos, economistas, poetas o músicos tanto de las Tierras Bajas de Escocia como de Inglaterra. La colonización de Scott sobre las *Highlands* se fragua mediante la creación imaginaria de una nueva realidad *Highlander*, una nueva historia y un nuevo repertorio de imágenes que reemplazan las antiguas del mismo modo que fueron literalmente barridas del mapa geográfico y cultural de Gran Bretaña (Makdisi 1995: 155-87).

Si las energías colonizadoras internas y externas con influencia sobre las periferias domésticas y foráneas edificaron la nación, las narrativas nacionales románticas e históricas trasladaron a la literatura la asimilación de Escocia dentro de la Unión como condición y consecuencia del Imperio británico. Y en base a estos dos polos de representación, el Imperio con carácter universal y las regiones culturalmente diferenciadas y situadas en los márgenes de la modernidad, se organizó la geografía imaginaria del nacionalismo británico romántico. Desde este posicionamiento, Ian Duncan sostiene que las *Waverley Novels* fueron un instrumento de la ideología imperialista del nacionalismo oficial (Duncan 2007: 97-98). Douglas S. Mack en *Scottish Fiction and the British Empire* identifica a Scott con uno de los principales pioneros de la germinación de la narrativa maestra del Imperialismo y de la gestación de una identidad no exclusivamente inglesa sino imperial británica. *Waverley* encuentra su lógica histórica en la cuestión de la distribución del poder imperial en 1814 como

instrumento reivindicador de la ubicación de Escocia dentro del Imperialismo británico. Si el Imperio británico buscó a través de su expansión territorial controlar e imponer su patrón de valores y su visión del mundo, Scott como miembro de la elite intelectual y social de Edimburgo consolidó la gran narrativa del sentido imperialista del Reino Unido (Mack 2006).

En este rompecabezas de lecturas admisibles y entroncando con el Imperialismo británico debemos pretextar la defensa de la nación británica o política Unionista como corolario de la finalización de la guerra contra Napoleón. Privada del enemigo por excelencia como fuente de autodefinición y sumida en una crisis económica profunda con protestas reformistas tanto en Escocia como en Inglaterra, la Gran Bretaña de post-Waterloo se vio envuelta en otro periodo de inseguridad nacional. La intervención de Scott en este contexto histórico palió una de las carencias más relevantes del momento, el sentido de identidad colectiva mediante la representación textual de una nueva nación británica que empujaba a encontrar significado primero en la identidad británica y después en la identidad escocesa o inglesa (Cronin 2000: 109). No es extraño que esta búsqueda de armonía y entendimiento entre las diversas partes del nuevo reino convirtiera a Scott en “la expresión semioficial de la nación británica” (Gottlieb 2004: 189-93) y en “one of the first great spokesmen of modern British conservatism” (Eagleton 2005: 96).

La amplia producción literaria de Scott le posiciona también como un valedor de la identidad nacional inglesa si prestamos atención a *Ivanhoe*. Laura Doyle considera que la raza fue la fuerza centrípeta del Romanticismo por lo que lee éste no como un movimiento inserto en los discursos raciales del colonialismo que distinguían a Europa de África o la India sino como una dinámica racial ínsita a las culturas europeas; es decir, las llamadas diferenciaciones raciales domésticas entre celtas y normandos,

normandos y francos o galos y francos que modelaron el pensamiento romántico y el pensamiento colonial racial y que reavivaron la retórica de la revolución en Francia e Inglaterra. Los mitos domésticos europeos de la jerarquía racial tuvieron sus orígenes en la historia anglo-europea de la conquista medieval como consecuencia del debilitamiento del Imperio romano y de los saqueos de los pueblos bárbaros que trajeron consigo una mitología de los conquistadores a los que se calificó de extranjeros e invasores. En el caso de Inglaterra, el auge de la clase media anglosajona desafió las divisiones raciales estrictas de la aristocracia normanda y posteriormente inglesa, aunque con clara afinidad francesa, mediante la apelación a la propia diferencia racial como la base legitimadora del acceso al poder y la liberación del sometimiento a la raza invasora. Con las revoluciones francesa e inglesa, la retórica de las razas elegidas que en su momento sirvió a la aristocracia para autenticar su superioridad ayudó a la raza del pueblo a acceder a la soberanía como parte indisoluble de la misión nacional. En este sentido, Scott y otros autores románticos contribuyeron a consolidar esta argumentación racial del pueblo y a manipularla para legitimar a su vez sus innovaciones literarias y transformarlas en una autoridad discursiva (Doyle 1994: 35-53; Furbank 2004: 107-08). Robert Miles por su parte propone que *Ivanhoe* es un buen referente de la fusión de las diferencias entre normandos y anglosajones en una unidad nacional mediante la ocultación de las fracturas del momento fundacional de la cultura inglesa que alumbra la complicidad de Scott con el nacionalismo inglés y su predilección por la ilusión ideológica y la falsa conciencia. Si uno de los objetivos del romance filosófico es la desarticulación de la nación en su eclosión a través de la captación de los acontecimientos oscuros del pasado, Scott subordina los métodos del romance filosófico a las intenciones de la ideología nacionalista reemplazando la narrativa del cuestionamiento de los orígenes nacionales con una contra-narrativa de legitimidad. Al

hacerlo se convierte en un autor de romances anti-filosóficos que vela el conflicto ideológico de la época en lugar de destaparlo (Miles 2001: 196-97; Burgess 2000: 186-234). La sutura que Scott opera en sus novelas conducente al proyecto de formación nacional se corresponde con el razonamiento de Franco Moretti de que la finalidad de la novela histórica es “to represent internal unevenness, no doubt; and then, to *abolish* it” (Moretti 1999: 192).

Esta amalgama de lecturas interpretativas de las novelas de Scott se completa con la desarticulación total del concepto de la nación, bien sea escocesa, bien británica, de tal manera que el lector tiene la intuición de que la moderna Gran Bretaña no es una nación en el sentido de un conjunto de componentes definitorios como son la ley, la soberanía, la economía o la cultura convergiendo en un tiempo y espacio concreto. En “Walter Scott and the Birth of the Nation”, Andrew Lincoln deja constancia de que Scott anticipó en sus romances poéticos la condición controvertida de la nación. Si bien la labor creativa de Scott se enmarcó en la tradición patriótica anterior, fundadora de un mercado literario, y cooperó en la historia nacional a través de la inmortalización de la frontera escocesa, sus poemas desvelan una oposición a la monarquía y a la ley. El periodo histórico de sus trovadores no evoca un estado de libertad previo a la tiranía de un poder central inglés sino que constituye una respuesta doble tanto a la amenaza interna de la opresión escocesa como a la amenaza externa de la conquista inglesa. Aunque Scott concibe estos poemas como impulsores de la Britanidad, el guiño a ésta se efectúa a través de un movimiento de resistencia. Para Scott, vivir en una nación moderna, sea Escocia o Gran Bretaña, es vivir en una constante alienación e ironía, sentirse distante del epicentro del poder y aún así amenazado por su intrusismo (Lincoln 2002b: 1-17).

Walter Scott por lo tanto semeja una presencia un tanto amenazadora para la nación en formación; la crítica a Scott se centra eminentemente en dos cuestiones, por un lado, en la acusación de que el autor concedió supremacía al pasado pero que la idealización romántica del mismo apartó a Escocia de las narrativas de progreso y por otro, en la imposibilidad de catalogación de sus novelas como escocesas, inglesas o británicas debido a la aleación de visiones contradictorias que las atraviesan. Según Caroline McCracken-Flesher, Scott perturba la estructura de la nación mediante la concepción de Escocia como una narrativa en proceso, en la que subraya la importancia del cómo, el por qué y el cuándo en vez de centrarse, como era tendencia en otras narrativas nacionales, en el qué o en el dónde. La construcción diferencial de la nación en las novelas de Scott suscita el desbordamiento de los géneros (romance-historia), de las oposiciones nacionales entre Inglaterra y Escocia o de las temporalidades (pasado-presente) así como la ruptura de las certidumbres locales, temporales y nacionales a las que estaban acostumbrados los lectores de su siglo (McCracken-Flesher 2005).

La teoría de Tom Nairn expuesta en *The Break-up of Britain* (1977) y a la que se ha aludido en el apartado del nacionalismo escocés del primer capítulo, define a Scott, alineándose con Lukács, como un realista, que fruto de las circunstancias históricas escocesas, ajenas al nacionalismo político y cultural, desarrolló su producción en contra de la tendencia general del nacionalismo propia del periodo. Scott por tanto, no pretendió evocar el pasado para resucitarlo en el presente ni tender una línea continua entre ambos y así, desencadenar la movilización socio-política, sino constatar la fractura entre el presente y el pasado, totalmente irrecuperable y perdido. Scott reprodujo la actitud de la elite, patente en la separación entre el corazón o el sentimiento, y la cabeza o la acción, ésta última hermanada con el Unionismo conservador y con el progreso.

Paradójicamente, Scott contribuyó fuera de sus fronteras a estimular el romanticismo nacional, excepto en Escocia donde la ausencia de una cultura nacional romántica justificó la evocación tan seductora y a la vez frustrante del pasado (Nairn 1979: 101-02). En suma, Nairn afirma que Scott evidenció “tanto sentimental como políticamente, cómo *no* ser nacionalistas durante una época de nacionalismo político en ascenso” (Nairn 1979: 133).

Llegados a este punto, creemos que resulta imprescindible realizar una aclaración importante. Dado que el motor de nuestra tesis es releer las novelas de Scott desde una óptica postmoderna y subvertir el concepto de nación como médula del proyecto nacionalista, aceptamos la idea del nacionalismo escocés de Scott y la importancia de la pureza cultural en tanto en cuanto éste censura la nación británica y las secuelas de la ambición imperialista, desarticulando así la nación como entidad homogénea y unificada. Sin embargo, nos apartamos de ese nacionalismo escocés en su defensa de la nación escocesa porque éste nos haría caer de nuevo en la trampa de la nación, concepto que queremos subvertir y que no suscribimos; aunque reconocemos la existencia y la influencia de la nación y del nacionalismo como un fenómeno propio de la modernidad recalcamos el carácter imaginario de la nación y su no correspondencia con hechos empíricos. Si Scott recurrió a la crítica al Imperialismo como un medio para fomentar el nacionalismo escocés, nosotros nos valemos de la crítica al Imperialismo de Scott como un medio para subvertir el concepto de nación, no sólo de la nación inglesa, británica o escocesa sino de cualquier nación, de tal manera que sólo coincidimos con Scott en la crítica al Imperialismo puesto que después nuestra interpretación sigue otro camino. Siendo esto factible, como se ha comentado anteriormente, por la naturaleza abierta y dinámica de las novelas de Scott. A nosotros nos interesa el reconocimiento de la ocupación imperial que las novelas de Scott evocan con las consecuencias

económicas, políticas y culturales derivadas de la apropiación de la tierra, del gobierno nativo y de la herencia cultural. Esa inclinación postmoderna nos conduce a atrapar las fisuras dentro del edificio nacionalista entre las que se encuentra el afán imperialista y su consecuencia inmediata, la colonización y la explotación de un territorio, en este caso de Escocia, como signos evidentes de la superioridad del centro sobre la periferia y de la construcción forzada e imaginaria de la comunidad nacional británica. Con esta intención, merece la pena recordar que el desenlace de la insurrección jacobita de 1745 y su derrota en Culloden abrieron las compuertas de la colonización en Escocia mediante la aprobación de varias leyes, las denominadas *Clearances*, que sustituyeron la estructura feudal de los clanes al tiempo que reescribieron material, política, económica, cultural y socialmente el espacio de las Tierras Altas en nombre del progreso. Bajo la autoridad de los nuevos arrendatarios, los *Highlanders* del norte y oeste de Escocia se vieron desposeídos y expulsados de sus tierras. Si bien los desplazamientos más brutales se llevaron a cabo en 1745-1775 y en 1782-1784, entre 1814 y 1860 se continuó la persecución contra los habitantes de estas zonas a los que se obligó por la fuerza a desalojar los territorios.

Por otra parte nuestra búsqueda de objetividad nos impulsa a declarar que Scott fue hijo de su tiempo histórico, de una historicidad enraizada en el nacionalismo. Aunque detectemos ciertas anomalías en sus novelas que nos permiten interpretarlas como un distanciamiento del nacionalismo escocés y/o británico, no podemos perder de vista esa observación. Realmente resulta absurdo y de hecho es un anacronismo sugerir que Scott fue un escritor postmoderno primero porque los principios imperantes eran los nacionalistas y segundo, porque somos nosotros quienes desde nuestra perspectiva actual destapamos ciertas cuestiones que pasaron desapercibidas para los lectores del momento al no formar parte de su horizonte de expectativas.

Hecha esta aclaración, el gran objetivo de la subversión del proyecto nacionalista consiste en desarticular todo concepto de nación mediante la propuesta de una ruta alternativa en la que la imposición violenta de las lealtades exclusivistas desaparezca y ceda su lugar a una visión más abierta de la identidad y de la sociedad. Para llevar a efecto tal subversión desde una óptica postmoderna, y como se ha sugerido más arriba, prestamos especial atención a ciertas piezas clave de esta corriente tales como la relación entre Escocia como país colonizado e Inglaterra como país colonizador; el cuestionamiento de la frontera como un límite inamovible que separa para reinterpretarla como un espacio ambiguo, de intersección, híbrido por naturaleza; la revalorización de una identidad fluida, en proceso de construcción mediante la interculturalidad y la hibridación, y por último, la recuperación de la figura infravalorada del Otro según la ideología nacionalista. La alteridad es una categoría fundamental del pensamiento humano dado que ninguna colectividad se define como Una sin inmediatamente posicionarse frente al Otro, de ahí que en todas las sociedades, desde las más primitivas hasta las más evolucionadas, encontremos siempre la dualidad entre la Mismidad y la Otredad. La dualidad identitaria comporta por tanto un conflicto que culmina en la superioridad de un polo sobre otro, independientemente de la temática sobre la que tratemos, y que le lleva a erigirse como absoluto (De Beauvoir 1986: 16, 21). Como declara Hélène Cixous: “El pensamiento siempre ha funcionado por oposición. [...] Por oposiciones duales, jerarquizadas” (Cixous 1995: 14). Por otra parte, la figura de la diferencia derridiana designa una relación constitutiva de negatividad por la cual el Otro, como término subordinado es imprescindible para la identidad del término hegemónico pero también una fuente de desestabilización importante que debilita la unificación de esa identidad (Grossberg 1996: 154). Pretendemos por ello desenmascarar la paradoja de la fijeza del discurso colonial en la



construcción ideológica del Otro sustentada sobre la inmutabilidad y la rigidez pero también sobre el desorden y la degeneración, para evidenciar que la finalidad del discurso colonial es levantar una imagen corrupta y caída del colonizado por su origen racial que legitime la conquista (Bhabha 2002: 91, 95-96).

En definitiva, damos prioridad a aquellos elementos dentro de estas tres novelas históricas que alteran la consistencia solidificada de la nación y subvierten su mito, desvelando su naturaleza imaginaria así como la urgencia de su construcción y consolidación para favorecer la unificación entre Escocia e Inglaterra. Para nosotros, ese interés por satisfacer semejante meta es un indicio favorable de la inexistencia real de la nación en su faceta homogénea e inquebrantable.

Si bien el nacionalismo hizo de las fronteras un icono de la nación y trazó innumerables fronteras de diversa condición, geográficas, identitarias, religiosas, culturales o políticas, nosotros buscamos en esta tríada de novelas históricas todas las fisuras posibles que cuestionen la estabilidad de las mismas y permitan verlas no como líneas rectas sino como líneas punteadas a través de cuyos espacios asoma el intercambio y el dinamismo; asimismo, tratamos de mostrar los múltiples significados de la frontera en función de la perspectiva que se adopte para desmontar su estatismo y estancamiento.

Una de las estrategias anti-nacionalistas que detectamos en Scott es la inversión de las categorías establecidas tales como civilización-primitivismo, justicia-crueldad, extraño-familiar que impiden una delimitación exacta de acontecimientos, personajes y conceptos mostrando un desajuste entre la versión oficial de su asignación y la versión probable o real de los mismos. Para respaldar esa tendencia manifiesta en las tres novelas a desafiar cualquier clasificación y a permanecer en un estado de intervalo entre

la inteligibilidad de las mencionadas categorías, mantenemos que uno de los resortes básicos que Scott utiliza es el término grotesco como nexo entre los resquicios de las dicotomías y de la frontera. En su obra *On the Grotesque* (1982), Geoffrey G. Harpman aduce que lo grotesco es un vocablo que indica una parálisis del lenguaje porque rehúye todo conato de definición lingüística debido a su pertenencia a la periferia de la conciencia entre lo conocido y lo desconocido, lo percibido e ignorado. La aplicación de este término desata acusaciones de ilegitimidad e hibridación, advirtiendo de una confusión estructural, una reproducción irregular o una incoherencia que pone en entredicho los modos de organización del mundo y divide la continuidad de la experiencia en partículas. Todo ello sugiere una ambivalencia de entidades o rasgos que deberían permanecer distantes y que en consecuencia se hallan en lucha entre dos mundos generando múltiples interpretaciones. Esta característica implica simultáneamente dos cosas, la inviabilidad para determinar el principio dominante que regula las diversas formas o atributos de lo denominado grotesco y la analogía entre lo grotesco y la paradoja, es decir, la torsión del lenguaje mediante la afirmación concurrente de los términos de una contradicción. Esta ruptura de las normas permite a lo grotesco penetrar en nuevos ámbitos considerados marginales y explorar lo extraordinario que los vocablos convencionales soterran (Harpman 2006: 1-26).

Para empezar tanto la nación como el nacionalismo, como se ha mostrado anteriormente mediante la oscilación interpretativa de las novelas de Scott y su posicionamiento ideológico equívoco, son conceptos grotescos que confunden al lector, sumergiéndole en un abismo de caminos donde todos son válidos y al mismo tiempo inadmisibles. Esta inversión y subversión de etiquetas se hace patente en la representación de los episodios históricos y en el mensaje subyacente a los mismos, que desde nuestro horizonte, no sustenta la unidad histórica de Escocia o de Gran Bretaña

sino la división continua de facciones enfrentadas. De hecho si por ejemplo dibujamos una línea cronológica que atravesase la historicidad escocesa de las tres novelas, podemos apreciar que los *Highlanders*, partidarios de los Estuardo, fueron enemigos declarados de los *Covenanters* y viceversa. Como afirma Cairns Craig parafraseando a Robert Crawford, el pasado plural y dividido de Escocia es el prototipo de la unidad maltrecha de la nación, notoria en la presencia literaria de dobles, fraticidas y personajes marginales, todos ellos representantes del proyecto fracturado e incompleto de la solidez nacional (Craig 2004: 240). Desde este marco, *Waverley*, *Old Mortality* y *The Heart of Midlothian* son una excelente representación temática así como caracterológica de la duplicidad, de la ilegitimidad y por supuesto de lo grotesco, puesto que en las tres novelas se desencadena una situación de usurpación, de movimientos marginales que irrumpen en el núcleo de la historia/Historia fusionándose con la dignidad y honorabilidad aparente de la elite hasta llegar a borrar los límites de la identificación identitaria. Y así nos encontramos con el conato de usurpación de la dinastía Hanover por la dinastía Estuarda mediante el levantamiento jacobita de 1745 en *Waverley*, la tentativa de usurpación *Covenanter* de la religión oficial Episcopaliana y la lucha por el reconocimiento del presbiterianismo dentro del Estado en *Old Mortality*, y por último, la ilegitimidad usurpadora de la maternidad y del papel social asignado a la mujer en *The Heart of Midlothian*. . No pasemos por alto que el subtexto de *Waverley* delata la usurpación de las *Highlands* por parte del Imperialismo británico así como también, desde una óptica contraria a la nuestra, el fracaso real del contacto entre las culturas: la destrucción total, mediante la guerra de exterminación, de la cultura *Highlander* conducente a su desaparición.

En el caso de las dos primeras novelas, la insurrección conducente a la usurpación es el corolario de abusos y atropellos, siendo éstos a su vez una manifestación usurpadora de la política y de la religión, detentadora del poder por la fuerza bruta desde el punto de vista de los sometidos. En las tres novelas la problemática de la usurpación se condensa en el nudo del relato resolviéndose felizmente al final, y aunque éste es uno de los argumentos más conservadores se encuentra también entre los más radicales. Desde nuestro enfoque postmoderno consideramos que esa radicalidad patente en los levantamientos armados contra el Estado es un síntoma claro de las consecuencias traumáticas de los acontecimientos históricos y de la lacra que suponen en el avance uniforme de Gran Bretaña. De hecho esas tendencias usurpadoras, aunque pretéritas, se localizan también en el comportamiento inglés con respecto a Escocia y por lo tanto, en los cimientos de la nueva identidad británica como consecuencia de la Unión. Esta supuesta nueva unidad demuestra estar fundada sobre la ilegitimidad de la colonización y de la opresión.

En lo que concierne a la presencia grotesca y subversiva de los personajes, éstos se caracterizan por posicionarse al otro lado de la frontera, de la legalidad, de las convenciones y del decoro social. Nos interesa especialmente la Otredad vinculada con la territorialidad periférica escocesa y su estudio cultural, lingüístico, identitario, de género, etc., esto es, todo aquello que nos permita revalorizar su importancia como reacción al contexto nacionalista.

Finalmente y como broche a esta introducción a las novelas, queremos comentar que para acometer el desarrollo práctico de *Waverley*, *Old Mortality* y *The Heart of Midlothian*, hemos subdividido este capítulo en tres partes a su vez ramificadas en dos direcciones: por un lado, el cuerpo histórico que nos posibilitará explicar muchos de los factores presentes en las novelas y que proporcionará una visión más profunda, y por

otro, el cuerpo literario a través del cual demostraremos las hipótesis esbozadas. Asimismo, el método de estudio que nos guía es doble dado que primero constatamos la realidad histórica nacionalista del momento para después iluminar la subversión de la misma. Cabe puntualizar que el cuerpo histórico volcará un interés específico sobre puntos precisos de la Revolución francesa por la influencia histórico-social que ésta ejerció en Gran Bretaña y que impregnó el campo de la literatura.



Primera parte:

El viaje como recurso configurador de la identidad

intercultural e híbrida en *Waverley or 'Tis Sixty*

*Years Since* (1814)



Thus from a mixture of all kinds began,  
That heterogeneous thing an Englishman;  
In eager rapes and furious lust begot,  
Betwixt a painted Briton and a Scot;  
Whose gendering offspring quickly learned to bow,  
And yoke their heifers to the Roman plough;  
From whence a mongrel half-bred race there came,  
With neither name nor nation, speech nor fame;

In whose hot veins new mixtures quickly ran,  
Infused betwixt a Saxon and a Dane;  
While their rank daughters, to their parents just,  
Received all nations with promiscuous lust.  
This nauseous brood directly did contain  
The well-extracted brood of Englishmen.

Daniel Defoe, *The True-Born Englishman*, 1701

The philosophical traveler, sailing to the ends of the earth, is in fact travelling in time; he is exploring the past; every step he makes is the passage of an age. Those unknown islands that he reaches are for him the cradle of human society. Those peoples whom our ignorant vanity scorns are displayed to him as ancient and majestic monuments of the origin of ages: monuments more infinitely more worthy of our admiration and respect than those famous pyramids vaunted by the banks of the Nile. They witness only the frivolous ambition and the passing power of some individuals whose names have scarcely come down to us; but the others recreate for us the state of our own ancestors, and the earliest history of the world.

J. M. Degérando, *The Observation of Savage Peoples*, 1800

---

## ❧❧ 1. Introducción ❧❧

---

Con *Waverley*, Scott canta un tributo a las *Highlands*, una cultura prácticamente extinta desde la Batalla de Culloden (16 de abril de 1746) y se posiciona en una línea de cuestionamiento de los viajes colonizadores y su estudio del Otro. Scott revoluciona la mirada de la incipiente Antropología a través de la doble proposición de un nuevo objeto de estudio y de un nuevo enfoque en ese objeto de estudio. Lo que Scott pretende decirnos con *Waverley* es que para descubrir al Otro, no es necesario salir de las propias fronteras del país sino mirar hacia dentro y prestar atención a otras manifestaciones culturales como las escocesas y particularmente, las de las Tierras Altas, enraizadas en el tiempo y en la tradición y dignas de ser alabadas. Pero además, ese Otro debe dejar de ser un mero objeto, inanimado e inferior sobre el que se ejerce poder para convertirse en un ser vivo, al que se estima y se respeta por su valor cultural y humano. Scott entronca con el proyecto del anticuario Thomas Pennant (1726-1798) y su obra *A Tour in Scotland* (1772), con el viajero Thomas West que escribió en 1778 la primera guía de la región de los lagos de Escocia, y con los exploradores John Knox (*Tour through the Highlands of Scotland*, 1787), John “Walking” Stewart (1749-1822) y Thomas Newte que se consagraron a lanzar un mensaje muy claro pero revolucionario: “venid a casa” dado que “los viajes de los británicos habían sido excesivos, muy heterogéneos y demasiado ambiciosos, extendiéndose desde Mysore hasta Nápoles” (Schama 2002: 15). El propósito de Scott a través del viaje de *Waverley* es por lo tanto recuperar las



virtudes de aquellas zonas que la cultura central británica había marginado rozando el etnocidio y establecer una comunión con ese mundo antiguo y perdido ante el que Inglaterra se había mostrado indiferente. Como habían tratado de enseñar los viajeros y exploradores mencionados, la auténtica raíz de Gran Bretaña residía en el contacto directo con la tierra y con sus nativos; frente a las tendencias corruptoras de la modernidad, la pureza se encontraba en los paisajes más remotos y más arcaicos. Esto mismo fue constatado por Rousseau en 1782 en *Confesiones* cuando se percató del desprestigio de los valores del mundo moderno y de que el progreso no era un tránsito de la naturaleza a la civilización sino todo lo contrario.

Scott desmonta la idea de que existe una cultura monolítica, basada en una única cultura y una única lengua mediante un enfoque antropológico que prioriza la interculturalidad y el hibridismo. *Waverley* concluye con el matrimonio entre Waverley y Rose, celebrando así la unión no sólo marital sino política y social entre Escocia e Inglaterra. Se trata de construir una nueva unidad que a su vez sea ecléctica y garantice la supervivencia de otras manifestaciones culturales. Es por ello que Scott concientiza al lector sobre la necesidad de cruzar las barreras culturales, de superar los prejuicios que seccionan las comunidades para reconocer la riqueza de la diversidad y la imperiosidad de su preservación (Crawford 1992: 130-33). Scott muestra por un lado que la diversidad cultural es un intercambio y una fusión entre culturas, un plano en el que las contracorrientes culturales armonizan para crear nuevas opciones de comunicación y por otro, que las identidades nacionales son un *mélange*, una combinación de pueblos que han sido amalgamados bajo una etiqueta lingüística y política como los “celtas”, los “ingleses”, los “franceses”, etc. (Pieterse 2004: 33, 36).

Por ello defendemos que *Waverley* (1814) es el paradigma de la desarticulación de la identidad nacional dado que a través de ella Scott subvirtió las teorías identitarias

cardinales del siglo XIX condensadas alrededor de tres ejes: una nación, una cultura, una lengua. Trasladamos a esta investigación la reflexión de Josep Llobera sobre por qué el Estado moderno, en un periodo caracterizado por la secularización y la desintegración del tradicionalismo, no toleró las estructuras poliétnicas y se entregó a fundar un espacio homogéneo por medio de una cultura, una lengua oficial y una concepción uniforme de la historia, mediante la persuasión pero también la coacción (Llobera 1996: 213). En consecuencia, *Waverley* no reproduce la idea de que la nación se asienta sobre un sustrato monocultural y monolingüe sino intercultural y plurilingüe.

## I. ESTUDIO DEL CUERPO HISTÓRICO

### 1. Los planos temporales de *Waverley*

En la investigación de la identidad nacional en *Waverley* deben considerarse dos planos temporales divergentes pero íntimamente relacionados: por un lado, el tiempo histórico extratextual durante el cual Walter Scott trabajó en la elaboración de *Waverley*, y que comprende los primeros quince años del siglo XIX, y por otro, el tiempo histórico intratextual, concretamente los años 1745-1746 durante los cuales se produjo el levantamiento jacobita.

La visión de la identidad plasmada en *Waverley* estuvo condicionada por los acontecimientos históricos de los primeros años del siglo XIX que obligadamente influyeron en la composición. Ésta se desarrolló en torno a tres fechas: 1805, año en que Walter Scott inició la escritura del manuscrito pero que abandonó cuando su amigo, William Erskine (1773-1852) desaprobó la calidad del mismo; otoño de 1813, año en

que se reencontró con el manuscrito y se decidió a terminarlo y finalmente, el año 1814 en el que *Waverley* se publicó. Sin embargo, el destino de esta novela se fraguó en una década capital en la historia de Gran Bretaña, presenciando tanto el nadir como el cenit del país británico. Durante la redacción de *Waverley*, tanto en 1805 como en 1813, Gran Bretaña estaba viviendo una fase realmente crítica dado que el 18 de mayo de 1803, después de un año de armisticio (Tratado de Amiens) se había vuelto a reanudar la Guerra contra Napoleón. El 4 de enero de 1805 España y Francia firmaron un acuerdo de ayuda militar y naval para invadir Gran Bretaña y aunque el 21 de octubre de ese mismo año se libró la Batalla de Trafalgar y la Armada inglesa salió vencedora, el pánico a una invasión junto con el estado de alarma generado por la guerra permanecieron fuertemente grabados en la conciencia colectiva. No obstante, los hechos históricos experimentaron un cambio radical en 1814 cuando el 31 de marzo los aliados invadieron París y el 6 de abril se produjo la abdicación de Napoleón y posterior destierro a la isla de Elba. El 7 de julio de ese mismo año, *Waverley* vio la luz.

El conocimiento de las fechas de elaboración y de publicación ilumina dos cuestiones más: por un lado, la concepción de esta novela como un instrumento de unidad ante el caos y la angustia de la guerra y ante las luchas intestinas en Gran Bretaña entre Escocia e Inglaterra, derivadas del Tratado de Unión aunque también previas al mismo, y por otro, el éxito internacional de la primera novela histórica.

En el Prefacio general de 1829 añadido a *Waverley*, Walter Scott explica al lector el motivo fundamental del escrito:

I felt that something might be attempted for my own country, of the same kind with that which Miss Edgeworth so fortunately achieved for Ireland—something which might introduce her natives to those of the sister kingdom, in a more favourable light than they had been placed

hitherto, and tend to procure sympathy for their virtues and indulgence for their foibles. (Scott n.d.: xi)

Scott pretendía reproducir los pasos de Maria Edgeworth con su *Castle Rackrent* (1800), consciente de que “she may be truly said to have done more towards completing the Union, than perhaps all the legislative enactments by which it has been followed up” (Scott n.d.: xi). Estas líneas certifican la intimidad existente entre la literatura y la política tanto en Maria Edgeworth como en Scott que diseñó *Waverley* como un medio de propaganda política a favor de la Unión; ello resulta perfectamente comprensible teniendo en cuenta la Guerra contra Napoleón y la necesidad de ayudar a los políticos mediante la creación de una identidad nacional que limara las discrepancias internas de Gran Bretaña y reforzara su imagen ante Francia. En un intento por acortar las distancias entre Escocia e Inglaterra, Scott prioriza los aspectos positivos de la Unión a pesar de las medidas represivas de la insurrección jacobita de 1745 como la destrucción del orden patriarcal, la abolición de las jurisdicciones hereditarias de los barones y nobles en las *Lowlands* o la erradicación total de los jacobitas para constatar en “A Postscript which should have been a Preface” la espectacular evolución de Escocia en materia económica desde esa fecha: “There is no European nation, which, within the course of half a century, or little more, has undergone so complete a change as this kingdom of Scotland” (Scott n.d.: 348). En la Introducción de 1829 a *Waverley*, Scott se siente orgulloso de la transformación acaecida en Escocia desde la incorporación de las *Highlands* a los nuevos modos de vida: “Time and circumstances change the character of nations, and, the fate of cities; and it is some pride to a Scotsman to reflect, that the independent and manly character of a country, willing to intrust its own protection to the arms of its children, after having been obscured for half a century, has, during the course of his own lifetime, recovered its luster” (Scott n.d.: 379).

Simultáneamente, introduce al lector inglés en los clanes escoceses a través de una representación romántica y atractiva de su cultura para cuestionar los estereotipos y prejuicios que se habían levantado en torno a ellos para deshumanizarlos. *Waverley* recurre a la ilustración de un periodo crítico en la historia británica, la rebelión jacobita de 1745, un acontecimiento histórico cuya herida no había aún cicatrizado, que había generado mucho desasosiego y mucho resentimiento hacia las *Highlands* y que había propiciado la visión de los *Highlanders* como enemigos declarados a la Unión y a Inglaterra. La novela por lo tanto, es un agente de reconciliación entre Escocia e Inglaterra a través de la explicación de los motivos subyacentes a dicho levantamiento y de la escenificación humana de unos hechos históricos controvertidos. Pero además, Scott entrecruza en *Waverley* dos planteamientos diferentes aunque íntimamente relacionados: por un lado, la defensa de la unidad política de Gran Bretaña y por otro, el cuestionamiento de los presupuestos nacionalistas que se habían extendido por Europa desde la Guerra contra Francia.

Scott quiere convencer a los escoceses de los beneficios derivados de la Unión y de que la extinción de los clanes era un fenómeno inevitable desde el acuerdo político entre los dos países dado que la evolución económica y social implicaba la eliminación de fuerzas perturbadoras a favor del equilibrio y la estabilidad general. Sin embargo, existe una disimilitud importante entre por un lado, favorecer la buena marcha de un país mediante el entendimiento y la exclusión de puntos de fricción y por otro, avivar ideologías nacionalistas basadas en la superioridad de unas naciones sobre otras y en el desprecio mutuo. Si bien desde 1793 la hostilidad nacionalista se había dirigido contra Francia, es innegable que esos mismos sentimientos habían enturbiado los vínculos entre Escocia e Inglaterra. Por ello, Scott reivindica que las relaciones internas de Gran Bretaña deben ser de igual a igual, basadas en el respeto mutuo, anti-jerárquicas y

armónicas. El hecho de que Scott abogue por una unidad y cohesión interior, favorable para el progreso global de Gran Bretaña, no implica que acepte el nacionalismo ni sus postulados excluyentes. En consecuencia, esta perspectiva nos conduce a ver en Scott un defensor del patriotismo cultural (como se explicará en el apartado 5: El viaje como instrumento en la configuración de la identidad) y un detractor del nacionalismo. Aclarado este punto, conviene señalar que a lo largo de *Waverley* Scott busca fomentar simultáneamente la armonía entre Escocia e Inglaterra y el reconocimiento y la admiración por otra cultura como es la escocesa, para alertar a los lectores sobre los peligros del nacionalismo en cuanto a su concepción cerrada y única de la cultura, de la lengua y en definitiva, de la identidad.

Fue precisamente esta labor de unificación nacional junto con la derrota de Napoleón la que convirtió a la primera novela histórica en un fenómeno inigualable en la historia de la literatura. A las circunstancias históricas de entusiasmo por la finalización de la guerra se sumó la publicación tres meses después de una novela que exaltaba la grandeza de la nación británica. La respuesta del público fue unánime: la primera edición compuesta por mil copias se vendió a los dos días de su publicación y una cuarta edición apareció en noviembre de ese mismo año.

## **2. Estudio del plano extratextual: Rasgos idiosincrásicos de la identidad nacional británica desde 1707 hasta 1837**

En la historia del actual Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, se han firmado tres Actas de Unión: la primera fue entre Inglaterra y Gales en 1536, la segunda entre Inglaterra, Gales y Escocia en 1707 (que unificó los tres reinos en uno solo, Gran Bretaña), y la tercera entre Gran Bretaña (Inglaterra, Gales, Escocia) e Irlanda en 1800 (que aglutinó los cuatro reinos en uno solo llamado Reino Unido). Posteriormente, Irlanda del Sur se independizó del Reino Unido mediante el Tratado Anglo-Irlandés de 1921, dando lugar a la República del Eire.

Antes de proceder al análisis de este apartado debe puntualizarse una cuestión crucial; el término Gran Bretaña responde al *Treaty of Union* de 1707 que unificaba los reinos de Inglaterra, Escocia y Gales, de tal manera que a partir de ese Tratado histórico se habla de una identidad unificada que es la británica, mientras que la historia previa a la firma del Acta de Unión obliga a hablar de identidad inglesa y de identidad escocesa como identidades separadas.

En consecuencia, el Tratado de Unión fue un documento histórico clave que inauguró un periodo histórico clave también en la historia de Inglaterra y de Escocia dado que tal acuerdo político dio paso al nacimiento de una identidad global en la que aparentemente las dos identidades ocuparon un mismo plano. Sin embargo, debe puntualizarse que el establecimiento y la selección de los rasgos identitarios británicos encontraron su fuente en la prioridad de las peculiaridades de la identidad inglesa sobre

la escocesa o la galesa, las cuales en la práctica se convirtieron en una especie de apéndice.

Los rasgos idiosincrásicos de la identidad nacional británica pueden subsumirse en dos apartados: por un lado, los rasgos centrales y por otro, los rasgos periféricos. El epicentro de la identidad nacional ha estado condicionado por tres baluartes, la Guerra, la Religión y el Imperio, mientras que los aledaños identitarios se han visto marcados por otros elementos como la geografía, la imprenta, el Parlamento, las sociedades patrióticas y la educación, todos ellos componentes secundarios pero decisivos y reforzadores en la consolidación de la supremacía británica.

Si el vocablo guerra lleva siempre implícita una oposición entre dos fuerzas antagónicas, entre la yoidad y la otredad, siendo ésta última una entidad variable en función de las circunstancias históricas, en el caso británico dicha antítesis no se estableció en relación a cualquier potencia europea sino respecto a un enemigo perfectamente delimitado y perenne: Francia. Lo mismo ocurrió con la religión; si el Protestantismo fue el culto definitorio de Gran Bretaña, su adversario fue el Catolicismo, pero de nuevo no cualquier país católico, sino Francia, por lo que se puede argumentar que la hostilidad por antonomasia procedió siempre de Francia independientemente de la forma que tal rivalidad asumiera.

La trascendencia del enfrentamiento entre Gran Bretaña y Francia radicó en la invención y en el afianzamiento de la identidad nacional británica que si bien en 1707 era incipiente, a partir de 1789 y hasta 1815 alcanzó su punto culmen pero también su ocaso. Para el examen de la identidad nacional británica partimos de la obra de Linda Colley *Britons: Forging the Nation 1707-1837* en la que estudia la identidad británica en un lapso de tiempo concreto, es decir, desde 1707 hasta 1837 (Colley 1992a).



Si atendemos a las fechas en las que Walter Scott compuso *Waverley*, aproximadamente durante los primeros quince años del siglo XIX, y en las que situó la acción de la novela, 1745, y las contrastamos con los puntos temporales del libro de Linda Colley, 1707-1837, salta a la vista que históricamente la identidad de la época de Scott y la de la época de la rebelión jacobita es exactamente la misma. En efecto, en términos históricos debería ser la misma identidad pero en términos literarios *Waverley* afirma lo contrario. Al mismo tiempo debemos especificar que el análisis de los rasgos identitarios desde 1707 hasta 1837 no sólo servirá para esclarecer el panorama histórico de la producción de *Waverley* sino de la composición de *Old Mortality* y *The Heart of Midlothian*.

## **2.1. Rasgos centrales**

### **• La Guerra, el Protestantismo y el Imperio**

Los rasgos definitorios de la identidad inglesa y por extensión de la identidad británica giraron en torno a la guerra, al Protestantismo y al Imperio, o dicho de otra manera, a la política, la religión y la economía. Estos tres componentes formaron un todo indisociable al perder la delimitación de sus fronteras conceptuales y fundirse plenamente en el cuerpo de los otros, de tal manera que la guerra se convirtió en el motor del Protestantismo y del Imperio, el Protestantismo se consolidó mediante la guerra y el Imperio y éste último, adquirió pleno sentido gracias a los logros religiosos y militares. Esta tríada a su vez avivó el espíritu de la identidad nacional.

El discurso patriótico dominante del siglo XVIII pivotó en torno a un intenso sentimiento xenófobo contra Francia y contra el Catolicismo y en torno a un orgullo inglés en el Protestantismo, en la prosperidad y en la libertad personal (Conway 2001).

Los fundamentos del patriotismo inglés se fortalecieron con la Revolución Gloriosa cuyo significado no estuvo exento de paradojas dado que si por un lado, la Revolución exaltó el orgullo patrio, por otro generó una competencia entre las interpretaciones del patriotismo: junto al buen recibimiento del rey Guillermo por su profesión del Protestantismo coexistió la tendencia jacobita y *Tory* que veía al monarca como un usurpador.

Inequívocamente, la lealtad unánime al Reino de Gran Bretaña junto con la invención del sentir británico fue motivada por una sucesión de guerras entre Gran Bretaña y Francia que se prolongó aproximadamente durante ciento treinta años: ambos países estuvieron en guerra entre 1688 y 1697 (Guerra de los Nueve Años)<sup>1</sup>, entre 1702 y 1713 (Guerra de Sucesión española), entre 1743 y 1748 (Guerra de Sucesión Austríaca, 1739-1748), entre 1756 y 1763 (Guerra de los Siete Años)<sup>2</sup>, entre 1778 y 1783 (Guerra de Independencia americana), 1793 y 1802 (Guerra contra la Francia revolucionaria y posteriormente contra Napoleón) y finalmente, entre 1803 y 1815 (Guerra contra Napoleón). Esta idea la refuerza Gerald Newman cuando admite que “it would perhaps be no exaggeration to say that a consciousness of France as England’s military, commercial and diplomatic enemy was one of the foundation stones of the national mind [...]” (Newman 1987: 75).

---

<sup>1</sup> La Guerra de los Nueve Años, también conocida como Guerra de la Liga de Augsburgo, Guerra de la Gran Alianza, o Guerra de Orleans, fue una guerra librada en Europa y en América entre 1688 y 1697, enfrentando a Francia contra la Liga de Augsburgo, denominada en 1689, con el ingreso de Inglaterra, Gran Alianza. El conflicto finalizó con la firma del Tratado de Ryswick. La guerra se libró para intentar frenar la expansión francesa en el Rin. Por otro lado, la Inglaterra de Guillermo III participó para evitar el apoyo francés a una posible restauración de Jacobo II en el trono inglés, quien había sido derrocado en la Revolución Gloriosa.

<sup>2</sup> La Guerra de los Siete Años se refiere a la serie de conflictos internacionales desarrollados entre 1756 y 1763, para establecer el control sobre Silesia (Polonia) y sobre la supremacía colonial en América del Norte y en la India. Tomaron parte por un lado Prusia, Holanda y Gran Bretaña, junto a sus colonias americanas y su aliado Portugal tiempo más tarde; y por otra parte Sajonia, Austria, Francia, Rusia, Suecia y España, ésta última a partir de 1761. Samuel Johnson escribió un artículo sobre el inicio de la Guerra de los Siete Años titulado “Observations on the State of Affairs in 1756”.

Esta amenaza mutua y persistente transformó la estructura social y política de ambas naciones; en Gran Bretaña este peligro exterior condujo por ejemplo a la creación del Banco de Inglaterra (1694), al fortalecimiento de la *City* como el enclave financiero más importante de Inglaterra y de toda Europa y a un cuerpo militar masivo. La hilera de guerras mencionadas perturbó la estabilidad de todas las placas sociales, desde la política hasta la economía pasando por la religión, alteró considerablemente la seguridad interior y desafió el poderío comercial y colonial de Gran Bretaña. Ante la constante alarma provocada por Francia, los gobernantes intentaron ganarse el afecto y el favor de los británicos fomentando el patriotismo mediante la propaganda. Patriota era sinónimo de participación en la vida política británica, el medio para exigir un mayor acceso a la ciudadanía.

Durante la primera mitad del siglo XVIII, la envidia sobre el poder, la riqueza y la hegemonía cultural de Francia sobre Europa se expresó en Gran Bretaña por medio de caricaturas de los franceses como súbditos ahembrados de un monarca despótico diametralmente opuestos a la masculinidad británica como consecuencia de la Revolución Gloriosa y de la instauración de una monarquía virtuosa de poder limitado. Pero entre 1740 y 1750 los fracasos británicos ante Francia se interpretaron a la luz de la disipación de las elites, notablemente afrancesadas, que seguían una política que menoscababa el interés nacional. Para los británicos, la afeminación mermaba las cualidades varoniles del valor, la destreza militar, la resistencia, la disciplina y el patriotismo, rasgos que habían asegurado en el pasado el control sobre el mar pero cuya sustitución por la moda y el lujo francés había desembocado en la humillación de Gran Bretaña (Kingsley Kent 1999: 80-82, 101).

No obstante, si bien es cierto que la guerra fomentó la invención de la identidad británica, lo hizo acompañada por el Protestantismo (Clark 2000b: 249-76) puesto que

como afirma Linda Colley “Protestantism was the foundation that made the invention of Great Britain posible” (Colley 1992a: 54); la lucha contra el Otro no sólo era un enfrentamiento contra Francia sino contra la Francia católica. La Iglesia de Inglaterra siempre estuvo fuertemente unida a la nación desde el establecimiento del Protestantismo como religión oficial del Estado y como institución eclesiástica y sistema teológico particular de su país (Black 1998: 65). La razón principal y exclusiva que superó a otros motivos posibles durante las Guerras revolucionarias fue el odio contra Napoleón y contra Francia. De hecho, una prueba fehaciente de la supremacía del odio como emoción negativa compartida fue su presencia incondicional en todos los testimonios de la época ya fueran memorias, cartas o diarios (Schulze 1997: 159).

La identidad de Gran Bretaña a partir de 1707 se definió merced a un pacto de contra-caracteres o de negaciones rotundas y despectivas de peculiaridades, por el cual los británicos codificaron quiénes eran por oposición a quiénes no eran. Y lo más sorprendente es que la supuesta homogeneización del reino de Gran Bretaña no se consiguió mediante un consenso político, social o cultural que atemperara las discrepancias internas sino a través de una reacción en contra de ese Otro hostil que acechaba desde el continente europeo. A pesar de la imagen que Gran Bretaña procuró dar de sí misma, el sentido de cohesión entre los galeses, escoceses e ingleses nunca fue del todo real dado que “Britishness was surperimposed over an array of internal differences in response to contact with the Other, and above all in response to conflict with the Other” (Colley 1992a: 6). Pero aunque éste era el fondo del asunto, la superficie repetía contumaz que las turbulencias internas de Gran Bretaña se habían disipado gracias al sentimiento de unidad del Protestantismo que compartían tanto Inglaterra como Gales y Escocia.

En 1707, el espíritu de la Contrarreforma todavía pervivía en Europa. Francia había intentado expulsar a la población protestante en 1685 y gran parte de estos hugonotes se habían refugiado en Gran Bretaña, hecho que había concienciado a los británicos de la delicadeza de su situación y de la persecución católica contra los infieles protestantes. Recordemos que la Inquisición española operó hasta 1821. Por otra parte, Gran Bretaña vivió muy de cerca la amenaza de la instauración católica en Escocia: en 1708, 1715, y 1745 expediciones militares francesas en defensa de los jacobitas y del retorno de la dinastía Estuarda desembarcaron en Escocia con el propósito de ocupar Londres y de hacerse con el control de toda la isla. A estos intentos fallidos se sumaron otros en 1717, 1719, 1720-1721, 1743-1744 y 1759 que quedaron fuertemente registrados en la memoria colectiva del pueblo británico, dado que la restauración Estuarda habría supuesto la sustitución de una monarquía protestante por una monarquía católica. Aunque estos conatos nunca se materializaron, sí recordaron a los británicos lo fácil que podía ser para Francia subvertir el orden establecido. En consecuencia, los sacrificios de la Reforma Protestante no habían terminado y era necesario luchar una y otra vez por afianzar la libertad religiosa. ¿Cómo logró Gran Bretaña reconciliar las múltiples y dispares imágenes culturales en una única imagen nacional? ¿Cuáles fueron los mecanismos empleados? Fundamentalmente tres: las publicaciones menores como los almanaques, las homilías y los sermones, las publicaciones mayores como la Biblia y las obras religiosas, algunas de ellas con carácter literario, y las composiciones musicales de carácter religioso. En suma, los periódicos, los panfletos, los almanaques y los sermones impresos se dedicaron a representar a Gran Bretaña como la cabeza del Protestantismo y a dar cuenta detallada de los vicios y la corrupción de la Francia católica. En este sentido, Luis XIV (1638-1715) encarnaba el arquetipo del tirano católico; la animadversión inglesa a Luis XIV procedió de su universalismo dado que

los ingleses temían que el rey francés aplastara la integridad nacional de Inglaterra y la independencia del resto de las naciones para convertirse en un soberano universal (Pincus 1998: 75-104).

Durante mucho tiempo, los almanaques fueron las únicas lecciones de historia que recibieron los británicos. Los ingleses estaban habituados a leer almanaques que contenían una lista con todos los monarcas desde Guillermo el Conquistador junto con una historia un tanto tergiversada y fantástica del mundo que incluía las fechas de la Creación, el nacimiento de Cristo, la conversión de Inglaterra al Cristianismo, la ruptura de Lutero con el Papa de Roma, la entronización de la reina Isabel I en 1558, la destrucción de la Armada Invencible en 1588, el Complot de la Pólvora en 1605, las masacres de Irlanda (1641-1642, 1649), el Gran fuego de Londres en 1666, la Revolución Gloriosa de 1688 y un sinnúmero de acontecimientos que enfatizaban la separación de la Iglesia de Roma como un milagro. Asimismo, los sermones, que en el Protestantismo sustituyen a la Eucaristía como el acto central del ritual católico, fueron una pieza clave para avivar la pureza de la fe protestante por oposición a la fe católica francesa. La eficacia de los sermones que atacaban al Catolicismo residió en que eran fácilmente comprensibles por las congregaciones, en su mayoría iletradas, especialmente cuando los sermones focalizaban sobre la brutalidad y la crueldad de los católicos manifiesta en las actuaciones de la Inquisición, en los autos de fe y en las conquistas españolas en América.

En cuanto a las publicaciones mayores caben destacar especialmente cuatro obras: *The Book of Common Prayer* (1549), *Book of Martyrs* (1563), la versión autorizada de la Biblia (1611) y *The Pilgrim's Progress* (1678, 1684). *The Book of*

*Common Prayer*<sup>3</sup> (BCP) es el título de un conjunto de libros de oración de la Iglesia de Inglaterra; el primer libro, publicado en 1549 bajo el reinado de Eduardo VI fue el fruto de la Reforma de Inglaterra y de la ruptura con la Iglesia de Roma. La obra de 1549 fue el primer libro de oraciones que contenía la estructura del rito diario y dominical de adoración en un único volumen, además de la descripción de todos los sacramentos.

John Foxe (1515-1587) fue el autor de *Book of Martyrs* (1563), narración sobre los mártires cristianos a través de la historia, enfatizando especialmente los sufrimientos de los protestantes ingleses desde el siglo XIV hasta el reinado de María Tudor. El libro, que recibió una calurosa acogida, fue un incentivo determinante en la modelación de la opinión popular tanto británica como americana sobre el Catolicismo durante varios siglos. Foxe inició su *Book of Martyrs* en 1552 bajo el reinado de Eduardo VI, y en 1554, publicó un esbozo de su obra en la ciudad de Estrasburgo, recalando la persecución de los Lolardos ingleses durante 1375-1500. La primera edición de su obra en Latín apareció en Basilea en agosto de 1559; posteriormente, el 20 de marzo de 1563 salió a la luz la primera edición inglesa de *Actes and Monuments of these Latter and Perilous Days, touching Matters of the Church*, aunque el libro se conocía popularmente como *Foxe's Book of Martyrs*. La gran contribución de Foxe fue la compilación de los mártires ingleses desde la época de los Lolardos hasta la persecución dictada contra ellos por María Tudor. Publicado a principios del reinado de Isabel I, el libro constituye un alegato de la Reforma protestante en Inglaterra, inmediatamente después de un periodo de represión religiosa brutal por parte de la Iglesia de Roma, particularmente a través de la figura de María Tudor. La descripción que hace Foxe del reinado de María Tudor y de los martirios infligidos contribuyó notablemente a la formación y

---

<sup>3</sup> El título completo de la edición del libro de 1662 fue *The Book of Common Prayer and Administration of the Sacraments and other Rites and Ceremonies of the Church according to the use of the Church of England together with the Psalter or Psalms of David pointed as they are to be sung or said in churches and the form and manner of making, ordaining, and consecrating of bishops, priests, and deacons*.

reconstrucción de la identidad nacional inglesa arraigada en el Protestantismo así como al fortalecimiento del pensamiento anti-católico a través de los relatos cómicos de Papas y monjes. Mediante la compilación de materiales como registros episcopales, judiciales, históricos y testimonios reales, Foxe intentó justificar históricamente la fundación de la Iglesia de Inglaterra como encarnación de Iglesia verdadera más que como una nueva denominación cristiana sin raigambre histórica.

La estructura de la obra se caracteriza no sólo por su perspectiva histórica sino por su división tripartita: la primera parte abarca los primeros mártires, una breve historia de la Iglesia medieval junto con la historia del movimiento Lolardo, cuyo fundador, John Wycliffe (1320-1384) es visto como el heraldo de la Reforma de la Iglesia en Inglaterra; la segunda parte se localiza en el reinado de Enrique VIII (1491-1547) y de Eduardo VI (1537-1553) y en la separación de la Iglesia de Inglaterra con respecto a la autoridad papal, el establecimiento de la Iglesia de Inglaterra y la publicación del libro *Book of Common Prayer*; la tercera parte se desarrolla en el reinado de María I y las persecuciones de la Iglesia de Roma contra los protestantes.

Para la Iglesia de Inglaterra y para los ingleses, la obra era una prueba de las amarguras de todos los cristianos sojuzgados a la crueldad de las autoridades de la Iglesia de Roma; parte del mensaje de Foxe era que tales sacrificios tuvieron su significado como castigo por la valentía del pueblo al desafiar al orden religioso establecido y luchar por leer y escuchar las Sagradas Escrituras en su propia lengua sin necesidad de intermediarios, hecho que reforzaba la tesis histórica de que los ingleses componían un pueblo aparte. Además, la obra de Foxe fue catalogada como la primera propaganda inglesa en contra del Catolicismo. Foxe siguió compilando material y expandiendo la obra a lo largo de su vida, llegando a elaborar tres ediciones revisadas; su labor fue ingente y la tarea de edición por parte de John Day fue el proyecto más



ambicioso emprendido en Inglaterra hasta entonces. La intensidad del estilo y la vivacidad de los diálogos popularizaron la obra entre los lectores protestantes no sólo en el momento histórico de su publicación sino en generaciones futuras.

La versión autorizada de la Biblia, conocida como *King James Bible*, fue una traducción inglesa de la Biblia, comenzada en 1604 y publicada en 1611 por la Iglesia de Inglaterra durante el reinado de Jaime I de Inglaterra y VI de Escocia.

*The Pilgrim's Progress from this World to that which is to Come* de John Bunyan (primera parte, 1678; segunda parte, 1684) es considerada como una de las obras religiosas más relevantes y con más influencia de toda la literatura inglesa. La obra conforma una alegoría cristiana en la que el protagonista, Cristiano, un personaje representante de toda la humanidad, abandona la *Ciudad de la destrucción* para dirigirse a la *Ciudad celestial*. En la segunda parte, el autor relata la peregrinación de la esposa de Cristiano, Cristiana y de sus hijos. Mediante el uso de Cristiana como una heroína, Bunyan ilustra la valentía de las mujeres al emprender la peregrinación.

Otra obra cardinal en la consolidación del nacionalismo aunque no de carácter religioso fue *The History of John Bull* de John Arbuthnot (1667-1735), libro que fijó el nombre y el carácter de John Bull en la mentalidad del pueblo inglés. La obra iniciada en 1712 fue publicada en cuatro capítulos sucesivos que trataban jocosamente desde un punto de vista conservador o *tory* la vida pública de Inglaterra hasta la Paz de Utrecht (1712-1714)<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> "And now that posterity may not be ignorant in what age so excellent a history was written (which would otherwise, no doubt, be the subject of its inquiries), I think it proper to inform the learned of future times, that it was compiled when Louis XIV was King of France, and Philip his grandson of Spain; when England and Holland, in conjunction with the Emperor and the Allies, entered into a war against these two princes, which lasted ten years, under the management of the Duke of Marlborough, and was put to a conclusion by the Treaty of Utrecht, under the ministry of the Earl of Oxford, in the year 1713".

En definitiva, la lectura tanto de estas publicaciones menores como mayores ayudó a que los británicos aprendieran que determinadas pruebas ante determinados enemigos formaban parte del destino y de la salvación de su nación como pueblo elegido. Los británicos asumieron la lucha contra los católicos como un componente inherente a su condición identitaria y llegaron a identificar Gran Bretaña con el pueblo de Israel. Una de las personalidades que supo transmitir la fraternidad entre ambas naciones fue Georg Friedrich Händel (1685-1759), quien consagró parte de su música a la comparación entre los acontecimientos de la historia británica y los hechos de la historia del pueblo de Israel y de los profetas contenida en el Antiguo Testamento. Muestra de ello son sus oratorios: *Esther* (1732), *Atalía* (1733), *Deborah* (1733), *Saúl* (1739), *Israel en Egipto* (1739), *El Mesías* (1741), *Sansón* (1743), *Judas Macabeo* (1746), *Salomón* (1748), etc. Estas composiciones musicales convirtieron a Händel en toda una institución nacional.

El Protestantismo otorgó a los británicos la convicción de que ocupaban un lugar destacado y privilegiado en la historia, un sentimiento de orgullo ante la adversidad y el enemigo y una interpretación confiada y esperanzadora del pasado y del presente. El 29 de enero de 1689, la convención constitucional que se reunió en Londres para discutir sobre el estado de la nación y sobre la expulsión de Jaime II alcanzó el consenso de la oficialidad del Protestantismo como religión de la nación:

---

En el capítulo V del libro, Arbuthnot describe el character de John Bull: "For the better understanding the following history the reader ought to know that Bull, in the main, was an honest, plain-dealing fellow, choleric, bold, and of a very unconstant temper; [...] he was very apt to quarrel with his best friends, especially if they pretended to govern him. If you flattered him you might lead him like a child. John's temper depended very much upon the air; his spirits rose and fell with the weather-glass. John was quick and understood his business very well, but no man alive was more careless in looking into his accounts, or more cheated by partners, apprentices, and servants. This was occasioned by his being a boon companion, loving his bottle and his diversion; for, to say truth, no man kept a better house than John, nor spent his money more generously". The Project Gutenberg. Arbuthnot, John. *The History of John Bull*. 2 junio 2008. [http://www.gutenberg.org/wiki/Main\\_Page](http://www.gutenberg.org/wiki/Main_Page)

And whereas, it hath been found by experience that it is inconsistent with the safety and welfare of this Protestant kingdom to be governed by a popish prince or by any king or queen marrying a papist, the said lords spiritual and temporal, and commons, do further pray that it may be enacted that all and every person and persons that is, are, or shall be reconciled to, or shall hold communion with, the see or Church of Rome, or shall profess the popish religion, or shall marry a papist, shall be excluded and be forever incapable to inherit, possess, or enjoy the crown and government of this realm. (Cobbett 1809: 488)

Y es que el Protestantismo desempeñó un papel esencial en la Revolución de 1688-1689 dado que para los revolucionarios esta religión constituyó un aspecto basilar de la identidad nacional amenazada por el estilo de gobierno francés de Jaime II.

Por otra parte, la subida al trono de Guillermo III (1689-1702) reinició las actitudes hostiles hacia Francia de tal manera que durante el siglo siguiente, Inglaterra o bien estuvo en guerra contra Francia o se preparó para ello. La mayor parte de las guerras libradas contra Francia se originaron por cuestiones europeas, dado que de todas las guerras entre ambos países entre 1690 y 1815, sólo una estuvo relacionada con las colonias. En el resto de los casos, los ingleses temían que Francia llegara a dominar Europa por lo que era necesario vigilar sus movimientos. En definitiva, el anti-Catolicismo fue la ideología promotora de la cohesión nacional que contrarrestó las divisiones políticas y las tensiones sociales de los diferentes reinos al tiempo que mostró qué significaba ser inglés por oposición a qué significaba no ser inglés (Haydon 1998: 33-52).

El Imperio fue una pieza política y económica clave en la configuración de la identidad patriótico-nacional inglesa y británica gracias a la cual se forjaron y delimitaron las relaciones con el resto de los países y se modeló la imaginación nacional. Entendemos por Imperio “a relationship formal or informal, in which one state

controls the effective political sovereignty of another political society. It can be achieved by force; by political collaboration, by economic, social, or cultural dependence. Imperialism is simply, the process or policy of establishing or maintaining an empire” (Doyle 1986: 45).

Los comienzos del Imperio hicieron ver que éste no era un fin en sí mismo sino un medio a través del cual se alimentó la idea de la nación como emblema de la Britanidad y de la supremacía inglesa tanto en las armas como en la cultura. El comercio, la colonización y la conquista fueron los tres agentes indiscutibles en la expansión del Imperio británico. El primero en utilizar la expresión “Imperio británico” fue el astrónomo John Dee (1527-1609) durante el reinado de Isabel I. Para los británicos, el comercio encarnaba el alma de Gran Bretaña, la fuente de su grandeza económica y del patriotismo; además el comercio era la vida de los ingresos del Estado y del poder naval.

Si bien las derrotas de 1740, 1750 y 1780 de Gran Bretaña ante los franceses cuestionaron la virtud, la legitimidad y hasta la virilidad de los gobernantes británicos, la victoria sobre Francia en 1763 y en 1815 reafirmó la masculinidad británica al dejar al país en posesión de un extenso Imperio colonial. Como consecuencia de esto, el Imperio y la guerra se convirtieron en el *leitmotiv* del pensamiento británico durante el siglo XVIII y XIX. El Imperio se representó como el alimento que nutría el orgullo de Gran Bretaña, y se consideró como el motor del comercio, de la riqueza, del poder militar y de la virtud política de la madre patria, puesto que mientras el florecimiento de las colonias era sinónimo de la legitimidad y de la salud de las instituciones políticas domésticas, la decadencia de las mismas, era un indicativo de la corrupción y afeminación de las clases dirigentes.

El desarrollo del Imperio debió su auge a la revolución comercial del siglo XVIII sustentada sobre el comercio de esclavos, de materias primas y de productos agrícolas e industriales. Aunque el negocio esclavista se inició durante el reinado de Isabel I en la segunda mitad del siglo XVI, los británicos no se implicaron activamente en ello hasta finales del siglo XVII cuando España perdió el monopolio sobre el control del comercio de esclavos en 1713 con el Tratado de Utrecht (Kingsley Kent 1999: 80-85). Por ello, la guerra estuvo desde el primer momento fuertemente asociada a la expansión imperial. La Guerra de los Siete años (1756-1763), por ejemplo, fue la máxima expresión de los objetivos imperialistas y mercantilistas de las tres décadas anteriores: potenció la economía atlántica, incrementó las importaciones y exportaciones de las colonias norteamericanas, permitió a Gran Bretaña arrebatarle a China el comercio del té, etc. En definitiva, la guerra hizo patente desde un punto de vista político, ideológico y material la potencia de Gran Bretaña, convirtiéndola en la nación más desarrollada del mundo.

Simultáneamente, la guerra y el Imperio se aliaron con la prensa y con otro tipo de medios de comunicación como los sermones, las tabernas, las reuniones populares o los teatros donde la propaganda política e ideológica aseguró su audiencia, hecho que garantizó la continuidad entre los ámbitos rurales y los ámbitos urbanos, entre las vidas privadas y la vida nacional. La prensa se consagró a articular el imaginario nacional político dando forma a la conciencia de las clases medias al vincular su cotidianeidad con los procesos del Estado, de la nación y del Imperio, ocultando los detalles escabrosos de los logros coloniales y reforzando la visión británica y patriota del Imperio. Hasta bien entrado el siglo XIX, la mayor parte de la sociedad británica

continuó viendo en Francia a su principal enemigo<sup>5</sup>. Y no era para menos puesto que Francia tenía una extensión geográfica, una población y una armada superior a Gran Bretaña, de ahí que en términos económicos e imperiales fuera el rival por excelencia.

La vinculación entre Gran Bretaña y Francia se remontaba al siglo XI con la Conquista normanda y la defensa posterior de las posesiones inglesas en Francia. Durante los siglos posteriores, se produjo una expansión inglesa con la conquista de Gales en 1282, y la de Irlanda en 1169, y aunque el intento fue frustrado, Escocia estuvo a punto de ser también sometida en 1296. Aproximadamente hacia el siglo XV, el Imperio británico de ultramar inició su cabalgadura con la política marítima de Enrique VII (1485-1509) que fijó los cimientos del poder naval en Inglaterra y que se continuó con Enrique VIII (1491-1547) quien fundó la Marina Real. Desde 1763 ésta ayudó a convertir al Reino Unido en la potencia dominante de finales del siglo XVIII siendo esencial en el mantenimiento del Imperio. El reinado de Isabel I (1557-1603) asistió al despuntar del esplendor del Imperio mediante la expansión ultramarina, a las guerras contra el Imperio español (la derrota de la Armada Invencible en 1588 consagró a Inglaterra como potencia naval) de Felipe II (1527-1598) y a la tentativa de establecer asentamientos coloniales en América: en 1584, el navegante británico Humphrey Gilbert desembarcó en Terranova siendo ésta la primera colonia en América del Norte y Sir Walter Raleigh llegó a la isla de Roanoke en Virginia en 1587, aunque el asentamiento definitivo llegaría en 1607 en Jamestown, en Virginia.

El Imperio británico comenzó a hacerse visible en el siglo XVII cuando Inglaterra fundó en América del Norte las 13 colonias que originaron los Estados

---

<sup>5</sup> En "An introduction to the political state of Great Britain" (1756), Samuel Johnson constata la enemistad existente entre Francia y Gran Bretaña desde el reinado de Isabel I de Inglaterra: "France was now no longer in dread of insults, and invasions from England. She was not only capable to maintain her own territories, but prepared, on all occasions, to invade others; and we had now a neighbor, whose interest it was to be an enemy, and who has disturbed us, from that time to this, with open hostility, or secret machinations" (Johnson 1846: 396).

Unidos y las provincias marítimas de Canadá y se fue ampliando mediante la guerra. Por ejemplo en 1760 durante la Guerra de los Siete Años, Inglaterra venció a los franceses, apoderándose de Nueva Francia. Después de las numerosas guerras sostenidas contra Francia, en 1763 Gran Bretaña pudo constatar su supremacía imperial dado que en esa fecha, los británicos se hicieron los amos de una de las regiones más importantes de la India (Lloyd 1984: 54, 62). Sin lugar a dudas, la política imperialista fue un estímulo determinante en la consolidación de la conciencia política nacional y del patriotismo cívico dado que empujó a un elevado porcentaje de ciudadanos a participar en actividades políticas y campañas nacionales. Esto desembocó en una red social tupida de sociedades y clubs patrióticos tanto en el ámbito urbano como rural, encargados de promover un modelo de ciudadano público y de entroncar los particularismos regionalistas con las energías nacionales.

## **2.2. Rasgos periféricos**

Como se ha mencionado más arriba entre los rasgos periféricos destacaron la geografía, la imprenta, el Parlamento, las sociedades patrióticas y la educación en la consolidación de la identidad nacional británica.

La geografía fue un aspecto que contribuyó enormemente a reforzar la idea de la diferencia de Gran Bretaña mediante el hecho de la insularidad, del mar como muro de contención y como frontera frente al exterior. Además la religión ayudó a ver que la identidad física iba ligada a una identidad separada, como pueblo elegido que ocupaba un enclave privilegiado.

La palabra impresa fue otro de los vehículos que unificó las divergencias dentro de la comunidad británica. Los periódicos y todo tipo de publicaciones permitieron a los habitantes imaginarse Gran Bretaña como entidad puesto que la lectura de los sucesos europeos fue un recordatorio importante de la cadena que vinculaba sus vidas privadas y anónimas con las de aquéllos situados en zonas dispares del país y que les hacía sentir parte integrante de un contexto social e histórico más amplio, bien se tratara de Gran Bretaña o de cualquier otra potencia europea. Pero las publicaciones que más cohesionaron la identidad nacional fueron las obras religiosas mencionadas, al otorgar un sentido existencial marcado por la idea de la misión providencial. Otro elemento que completó la popularización de la Reforma Protestante y la accesibilidad de la prensa fue la liberalización de las imprentas en 1695 que permitió la lectura de las obras publicadas en la lengua vernácula.

El patriotismo se ejerció también mediante el Parlamento inglés, considerado como la máxima representación del triunfo de un pueblo libre con una herencia protestante. La labor del Parlamento durante la Revolución de 1688 limitó el poder arbitrario de los Estuardo mediante la Declaración de Derechos con el consiguiente reconocimiento del principio de libertad y la ampliación de atribuciones para el Parlamento como depositario de la voluntad nacional.

Las dos décadas posteriores a la Batalla de Culloden (1746) constituyeron un periodo muy intenso en lo que respecta a las iniciativas patrióticas, a la discusión de los temas nacionales y al significado y los límites del concepto de la ciudadanía tanto en Gran Bretaña como en otras partes de Europa como Francia, España, Rusia, Holanda y Alemania. Desde esta óptica, se desencadenó una auténtica fiebre por la fundación de sociedades altruistas con miras patrióticas, y una concienciación por reavivar la cultura nacional. Éste es el periodo en el que Francia comenzó a exponer en el Louvre obras de



arte de marcado carácter nacional y en el que Gran Bretaña fundó el Museo Británico (1759) junto con la compilación de la Enciclopedia Británica (la primera edición se imprimió entre 1768 y 1771). Un halo de regeneración penetró por todos los poros de la sociedad británica con claras consecuencias políticas y sociales, esto es, la fundación de un grupo de sociedades patrióticas por parte fundamentalmente de comerciantes. Su ideal lo centraron en la mejora de lo público así como en la reforma de la nación.

La primera de estas organizaciones fue *The Laudable Association of Anti-Gallicans* fundada en 1745 por comerciantes londinenses durante la crisis originada por la invasión francesa en apoyo del jacobitismo. La meta de la organización radicaba en incentivar el consumo y la producción de mercancías británicas y en desanimar a la importación y a la adquisición de bienes franceses. Asimismo, la ideología de la Asociación hundía sus raíces en la historia de Inglaterra reiterando el daño que Francia había supuesto para Gran Bretaña desde la Conquista Normanda y cómo Gran Bretaña podía remediarlo permaneciendo unida y alerta frente al enemigo.

El ímpetu concedido al nacionalismo cultural y económico se hizo patente en la creación de otra Asociación: *The Marine Society* fue la primera Asociación caritativa de marineros que se fundó. Cuando en 1756, al estallar la Guerra de los Siete años contra Francia, Austria, Rusia, Suecia y Sajonia y posteriormente España y Portugal, Gran Bretaña se vio en la urgente necesidad de reclutar a hombres para la armada, Jonas Hanway (1712-1786), marinero de *Russia Company*, escritor y filántropo, fundó esta Sociedad resolviendo el problema. *The Marine Society* es considerada hoy la Sociedad caritativa más antigua del mundo y fue la creación de un grupo de marineros y caballeros londinenses que se reunieron en *King's Arms Tavern*, en Londres, el 25 de junio de 1756 para discutir un plan que proporcionara dos o tres mil marineros para la Armada Real. El objetivo era doble: por un lado, remediar la situación de pobreza de

muchos jóvenes desempleados y huérfanos y por otro, reducir la enfermedad del tifus. El proyecto tuvo tanto éxito que en 1763, la Sociedad había reclutado unos diez mil hombres y jóvenes y en 1772, la importancia de la Sociedad era tal para el desarrollo de la nación que el plan fue recogido en una ley. En el fondo, todas las Sociedades querían que la filantropía redimiera al pueblo británico y concediera la victoria sobre el pueblo francés. Esta fue la intención subyacente de otra Asociación patriótica inaugurada de nuevo por Jonas Hanway, *The Troop Society*, en 1759, para asistir a los soldados británicos en la lucha contra América del Norte y contra los estados alemanes.

La preocupación por el comercio y la cultura nacional estuvo también presente en *The Society of Arts* o *Society for the Encouragement of Arts, Commerce, and Manufactures in Great Britain* que pretendía por un lado que la industria textil británica pudiera teñir las telas en el país en lugar de mandarlas fuera y por otro, un incremento en la producción de madera para la construcción naval. Además estas sociedades adoctrinaban sobre cómo convertirse en un buen patriota; no era necesario pertenecer a un rango social determinado, ni tener propiedades o cargos políticos, bastaba la voluntad de colaboración y entrega para ser un verdadero británico. A raíz de estos valores, muchas sociedades emergieron dentro y fuera de Londres destinadas a socorrer a los militares, a fomentar la tasa de natalidad, a reinsertar a prostitutas en la sociedad y transformarlas en buenas madres, etc.

En cuanto a la influencia concedida a la educación hay que señalar que vino impulsada por los grupos dominantes que exploraban nuevas manifestaciones culturales para reforzar el genuino sentir británico. Para ello se recuperó el currículum clásico que enfatizaba los autores griegos y romanos y la historia de la antigüedad con el consiguiente hincapié en la guerra, el honor, el amor a la patria, la heroicidad, el Imperio, el valor y el sacrificio por el Estado. Esta enseñanza clásica mediante el

ejemplo de los filósofos, políticos e historiadores griegos y romanos, no sólo recordaba a la elite británica la preparación que debía alcanzar para desempeñar el liderazgo del país sino que, a efectos prácticos, era una fuente de inspiración para la defensa de la nación y no de amenaza.

### **3. El Tratado de Unión de 1707 y la enemistad entre las *Lowlands* y las *Highlands***

La comprensión del andamiaje textual de *Waverley* obliga a averiguar qué ocurrió históricamente en la época en que se ubica la trama con el fin tanto de adquirir un conocimiento más profundo del periodo, como de valorar el tratamiento que ejerció Scott sobre la historia, es decir, el modo en que la historia se introduce e intercala en la evolución del relato. En consecuencia, la interpretación íntegra de esta novela conduce a analizar dos acontecimientos clave tanto en la historia de Escocia e Inglaterra como en la historia de Escocia: el primero fue el Tratado de Unión de 1707 y el segundo la enemistad entre las *Lowlands* y las *Highlands*. Aunque históricamente la novela se desarrolla en los años 1745-1746, la temática y los objetivos de esta tesis exigen retrotraernos en el tiempo para desvelar las causas del levantamiento jacobita y la creación de la identidad británica, ambas fomentadas con la firma del Tratado de 1707.

Al hilo del Tratado de Unión y del antagonismo entre las dos áreas de Escocia, nos gustaría comentar sucintamente el papel tan vital que la historia desempeña en la creación del sentido de identidad nacional de todo pueblo. La historia y las representaciones que se hacen de la misma, el modo en el que se manipula, inventa,

recuerda u olvida cumple invariablemente dos funciones: la unidad y la división, dos procesos homólogos al Tratado de Unión y a la hostilidad entre las Tierras Altas y las Tierras Bajas de Escocia respectivamente. En efecto, la historia elaborada alrededor del Tratado pretendió difundir un sentido de cohesión dentro de la nueva comunidad británica mediante la reconciliación de grupos dispares en una memoria histórica común, matriz de la identidad británica (Ford 1998: 195). Sin embargo, esta misma historia siguió alimentando turbulencias y rivalidades entre el norte y el sur de Escocia, presentes todavía en la época de Scott.

### **3.1.El Tratado de Unión**

Este Tratado fundó un nuevo país, el Reino de Gran Bretaña, término que se había usado intermitentemente desde la reunión de las dos coronas en 1603 bajo Jacobo I, y que disolvió los parlamentos nacionales, estableciendo un Parlamento de Gran Bretaña con sede en el Palacio de Westminster. Aunque hubo varios intentos en 1606, 1667 y 1689 y los experimentos políticos más destacados fueron el Tratado de Edimburgo de 1560 y la unión de las dos Coronas en 1603, la coalición social, económica y cultural de los dos países no se fraguó hasta 1707.

Para la mayor parte de los escoceses este Tratado constituyó un punto central en la historia del país mientras que para los ingleses fue un episodio formal en la transición de Escocia de pueblo bárbaro a civilizado. La Unión entre Escocia e Inglaterra, consumada el 1 de mayo de 1707, se concibió como una alianza política y económica entre naciones, creadora de una única legislación británica con sede en Westminster,

que abolía el sistema escocés de impuestos y de leyes relativas al comercio sometiendo a toda la isla a la regulación económica inglesa. Lo que es innegable es que las Actas de Unión tanto de 1707 entre Inglaterra y Escocia como de 1800 entre Gran Bretaña e Irlanda no fueron el resultado de un desarrollo político, económico o social conjunto sino el miedo a la Francia católica.

¿Qué razones empujaron a cada país a esta Unión? El principal interés de Inglaterra fue político, asegurar en el trono la sucesión protestante de la Casa de Hanover según el Acta de Establecimiento de 1701 que excluía el acceso al trono a los monarcas católicos y en concreto a Jacobo Francisco Estuardo (1688-1766), el llamado *Old Pretender*, a quien Luis XIV había reconocido como rey de Inglaterra en 1701 con el nombre de Jacobo III. La Corte buscaba una solución ventajosa a los problemas anglo-escoceses que se habían acentuado desde la muerte del duque de Gloucester en 1700, hijo de Ana I y de Guillermo III, con la consiguiente ruptura de la línea sucesoria y por ello vio en la unión de los dos reinos un elemento reforzador del poder de la Corona en el Parlamento inglés (Riley 1969: 498, 501). El interés de Escocia fue claramente económico, ¿qué podría haber si no detrás de la decisión de un Parlamento escocés que en las tres primeras sesiones se mostró claramente hostil y que en la sesión de 1706-1707 consintió en ratificar una unión con el eterno enemigo y autoextinguirse?

La rivalidad entre los dos países, manifiesta en las colisiones entre Londres y Edimburgo, se tornó más seria y regular en parte debido a las ambiciones económicas de Escocia opuestas a los intereses de sus vecinos, cuyas diferencias se exacerbaban después de 1688 cuando las desavenencias alcanzaron tal grado que Escocia se percató de que las desventajas de la unión de las dos Coronas eran muy superiores a los beneficios. Inglaterra la había involucrado en una larga guerra contra Francia tras mantener tres guerras con los Países Bajos, aliados tradicionales de Escocia, y el

balance de principios del siglo XVIII con el fracaso del comercio de ultramar, el aumento de la pobreza y del paro, y la falta de fondos situaba a Escocia en el borde del colapso económico.

En un principio, el fracaso de las negociaciones se debió a la total indiferencia de los Comisarios ingleses. A algunos escoceses esta actitud les pareció un insulto, a otros la prueba de la imposibilidad de la unión política, a lo que se sumó la impresión de que el desastre colonial de Darien había sido motivado por los ingleses y de que el rey Guillermo había sacrificado los intereses de Escocia ante Inglaterra. La conclusión fue que muchos escoceses vieron el camino libre para aflojar los vínculos con Inglaterra, determinación que se materializó en la aprobación de cuatro decretos entre 1703 y 1704: *The Act of Security and Succession*, *The Act of Peace and War*, *The Act of Wine* y *The Act of Exportation and Wool*, que aunque no rompían las relaciones con Inglaterra, mostraban la cara más agresiva de Escocia en su deseo por la independencia. La probabilidad de que Escocia reanudara con Francia la “antigua alianza” desató las alarmas en Westminster y transformó la indiferencia inglesa en una inquietud por sentar las bases de una unión definitiva. Además, las circunstancias apremiaban dado que Inglaterra estaba envuelta en una guerra contra Luis XIV y no podía permitirse ningún levantamiento en el norte de Escocia o en los regimientos escoceses de Europa. Sin embargo, uno de los términos de la Unión fue que los inversores de Darien serían compensados por las pérdidas económicas. Entre otros motivos para la aceptación de la Unión destacaron el miedo de los *Lowlanders* hacia los *Highlanders*, y el campo de oportunidades económicas que se abría a los escoceses con su incorporación en el Imperio británico (Lloyd 1984: 59).

La estrategia inglesa adoptó dos formas: el soborno de los miembros del Parlamento escocés y las sanciones económicas al comercio de Escocia. Así como se

recurrió a promesas económicas y profesionales para ganar nuevos adeptos a la Unión, la amenaza económica se concretó en el *Alien Act* aprobado en Westminster en 1705, que declaraba que si el nombramiento de los Comisarios enviados para negociar la Unión no se había producido el día de Navidad, todos los escoceses que vivían en Inglaterra serían considerados extranjeros, todas las propiedades escocesas del sur de Inglaterra serían confiscadas y toda la producción escocesa sería retirada del mercado inglés. La indignación y el debate recorrieron Escocia que se vio dividida en los pro-Unionistas (Daniel Defoe, el conde de Cromartie, William Patterson) y en los anti-Unionistas (Fletcher de Saltoun, David Black, William Black, John Spreul). Todos estuvieron sin embargo de acuerdo en que Escocia estaba atravesando una crisis económica severa que se vería acentuada con el cumplimiento de las amenazas de Inglaterra y que el único medio de salir de ella consistía en mejorar el comercio mediante la exportación y la importación (Smout 1964: 455-67).

La unión política de 1707 trajo consigo la unión identitaria de los dos países que a partir de ese momento fueron integrados en una nueva identidad: la británica. Aunque esta denominación no anulaba el sentimiento de pertenencia a Escocia o a Inglaterra, sí trataba de superponer el sentido británico a los particularismos o regionalismos, reconciliando las discrepancias por el bien de la recién estrenada estructura nacional. Los optimistas que habían favorecido el Tratado presintieron la llegada de una era en la que los nombres de Escocia e Inglaterra junto con los recuerdos de las antiguas divisiones serían superados por una paz perpetua y una prosperidad material imparable.

Lo que inequívocamente unió a los británicos fue el sentido de la defensa de los intereses nacionales amenazados por Francia como enemigo común. Muchos contemporáneos adoptaron una interpretación instrumentalista de la Britanidad y vieron en la firma del Tratado de Unión una medida anti-jacobita y anti-borbónica. De hecho

teóricos como Peter Paxton (c. 1669-1711) en *A Scheme of Union between England and Scotland with Advantages to both Kingdoms* (1705) y el conde de Cromarty (1630-1714) con *Paraneisis pacifica* (1702) y *Trialogus* (1706) arguyeron que la política europea y en particular la amenaza de la alianza franco-española marcaban el rumbo en la necesidad de forjar una nueva entidad británica como contrapunto (Kidd 1998: 336-41). Pero como sostiene Colin Kidd, “the Union of 1707 did not arise out of a sense of shared Britishness” sino que “emerged as a solution to the problem of managing the Scottish parliament” porque a principios del siglo XVIII la Britanidad comprendía un alto grado de pluralismo (Kidd 1998: 333-34).

A pesar de las expectativas que acompañaron a la Unión, la historia posterior estuvo caracterizada por continuos y dolorosos esfuerzos por lograr la integración. Los beneficios económicos no aparecieron rápidamente y la disconformidad fundamental procedió de los propios términos del Tratado cuyas promesas habían sido superiores a la realidad. Los artículos más sobresalientes relativos a la economía fueron el artículo IV que aseguraba la libertad de comercio en Gran Bretaña y en las plantaciones, incluyendo a Escocia en el ámbito de las Leyes de Navegación, y los artículos IX y XV concernientes a los impuestos y a otras medidas financieras. Sin duda alguna, las mayores ganancias procedieron de la apertura de los mercados ingleses: en primer lugar, la Unión confirmó políticamente un cambio en las relaciones económicas internacionales de Escocia dado que la economía escocesa entró en el sistema de expansión del mercado mundial accediendo al mejor entorno para las ventas; en segundo lugar, la Unión permitió a Escocia entablar una política económica complementaria y no competitiva con respecto a Inglaterra. Sin embargo, los escoceses no supieron explotar las oportunidades que se les presentaron después de 1707 y ello radicó en la naturaleza de su respuesta: sus principales obstáculos derivaron de su



pobreza, raíz del problema y en grado inferior, de los levantamientos jacobitas. Como sostiene, R. H. Campbell, “the Union was a necessary but not a sufficient cause of economic growth” (Campbell 1964: 477).

Una de las razones por las cuales Escocia se incorporó al proyecto de Unión derivó de la debilidad de su posición a nivel internacional agravada durante el siglo XVII con las guerras religiosas y las persecuciones, y con el declive económico y comercial como consecuencia de la Unión de las dos coronas y del fracaso de Darien. La gravedad de la situación escocesa y su vulnerabilidad ante la potencia militar de Inglaterra empujó a los parlamentarios a aceptar la Unión como medida preventiva de una invasión inglesa. En efecto, durante el tiempo que duró el debate sobre la Unión, Inglaterra mantuvo movilizadas en la frontera entre ambos países varias unidades de caballería e infantería. Aunque la Unión no convirtió a Gran Bretaña en un Estado unitario, no es menos cierto que tanto Inglaterra como Escocia se beneficiaron ampliamente. Para muchos escoceses durante el siglo XIX, la monarquía, el Imperio y la Unión se convirtieron en símbolos sagrados (Scott 2003: 9-16).

Uno de los efectos vitales de la Unión fue la atención renovada por el significado de Escocia puesto que el estrecho vínculo político con Inglaterra condujo inevitablemente a preguntarse qué quedaba de la identidad escocesa y qué era Escocia después de la Unión: ¿Una nación, un país, una región, una provincia, una colonia?, ¿tenía Escocia las mismas atribuciones que Inglaterra o era por el contrario una provincia remota, marginada, en desigualdad de condiciones? El siglo XVIII se vio sumergido en una maraña de dudas de difícil respuesta (Hook 1987: 1-8). Como asevera David Daiches: “The effect of the passing of the Act was in general traumatic on the Scottish people. They did not quite know what had happened to them, or what they now where. It was in this atmosphere that some Scotsmen turned to Scotland’s cultural past

to comfort themselves with a sense of Scotland's nationhood" (Daiches 1984: 748). De ahí que la oposición a la Unión reactivara el nacionalismo escocés del siglo XVIII y que éste buscara amparo en la actividad de los anticuarios considerada como una expresión del sentimiento patrio y una salvaguarda de la identidad escocesa. Ante la incertidumbre generada por las secuelas de la Unión, se apeló al pasado para encontrar en él una salida a las encrucijadas del presente. La exploración del pasado se centró en el renacimiento del nacionalismo cultural a través de la literatura vernácula en la que se halló una fuente de prestigio y de orgullo como compensación por la pérdida de la identidad política. Clerk of Penicuik (1676-1755), conocido como el "Mecenas de Escocia" por su patronazgo de las artes y las ciencias entre 1720 y 1750, fue el gran referente de la recuperación cultural escocesa durante el siglo XVIII y el ejemplo más representativo de la escuela de pensamiento imperante que pretendía mediante la arqueología y el liderazgo cultural legitimar la posición de Escocia en relación con Inglaterra evocando la grandeza de las memorias pasadas, para concluir con la crisis de identidad escocesa iniciada después de 1707. Clerk se convirtió en una figura clave no sólo por el impulso que dio a la cultura escocesa sino por su empeño por reconciliar las diferencias dentro de Gran Bretaña como partidario de la Unión y a su vez del patriotismo escocés. Clerk recurrió a la arqueología romana en Escocia para afianzar un nacionalismo que emulaba la resistencia de los caledonios frente a los romanos y que trasladaba a la contemporaneidad el sentido de la pequeña nación escocesa frente al poder político, intelectual y económico de la Inglaterra romana. Con ello perseguía ser parte simultánea de la nueva estructura nacional y conservar los rasgos de una nacionalidad independiente, es decir, ser un romano y un caledonio, un británico del norte y un escocés. A pesar de los esfuerzos de Clerk pervivió la sensación de superioridad por parte de Inglaterra, y de colisión entre la razón y la identidad británica, el sentimiento y

la identidad escocesa (Gordon Brown 1987: 33-49) La Unión tampoco borró la visión despreciativa londinense de los escoceses como una comunidad de inmigrantes ni la eliminación de sus prejuicios hostiles hacia éstos.

### **3.2. La enemistad entre las *Lowlands* y las *Highlands***

Varios han sido los elementos que han influenciado la historia y la cultura de Escocia siendo uno de los más destacados la geografía. En este sentido, las cadenas montañosas han dividido al país en dos regiones diferenciadas a su vez por sus recursos. Así, mientras las *Lowlands* comprenden las tierras más fértiles, el centro del país dominado por los Grampianos y las Tierras Altas de Escocia, es salvaje e inhóspito. Gran parte de las *Highlands* fueron sólo accesibles por mar o por senderos tortuosos hasta el siglo XVIII cuando se abrieron algunos caminos estratégicos con fines militares después de la Rebelión jacobita. Además la división geográfica coincidió con la división racial entre los teutones y los celtas y con la división lingüística entre el inglés y el gaélico. Los *Lowlanders* se consideraron racial, lingüística y socialmente diferentes de los *Highlanders* y apenas existió una hibridación entre las dos comunidades (Donaldson 1971: 4).

Al igual que la geografía, la historia cultural de Escocia se ha visto escindida por la tradición literaria elaborada en tres lenguajes, el gaélico, el escocés y el inglés. Mientras el escocés se corresponde con la civilización celta *Lowland*, fundamentalmente agrícola, urbana, mercantil e industrial, el lenguaje gaélico pertenece a una tradición más antigua de guerreros, pastores y cazadores caracterizados por su integración en los clanes y por su sistema de valores como la familia, la lealtad, el

orgullo en su pasado y en la herencia de su cultura oral (Watson 1984: 7-8). Hay que constatar que la visión de Escocia en general por parte de Inglaterra a lo largo de los siglos no fue demasiado atractiva. Ingleses como Sir Anthony Weldon a principios del siglo XVII, y Sir Edward Seton un siglo más tarde ridiculizaron a los escoceses como pobres, avariciosos, sucios y rudos. Se generalizó por tanto la visión de los habitantes de Escocia como un pueblo belicoso y conflictivo, siempre dado a la violencia (Brown 1998: 243, 245).

En contra de lo que pueda parecer, la división entre las *Lowlands* y las *Highlands* no se remonta a tiempos inmemoriales sino que su nacimiento data de finales de la Edad Media o comienzos del Renacimiento y su consumación de finales del siglo XVI. De hecho, fue en ese periodo cuando la creación de las Tierras Altas de Escocia como territorio aparte se convirtió en un proceso histórico que ha continuado hasta la actualidad (Davidson 2003: 61-65). Durante el Medievo, el sentido de pertenencia a una raza aparte, la gaélica, englobó dos planos distintos: por un lado, la conciencia gaélica, fundada sobre categorías lingüísticas, culturales, sociales y étnicas entroncaba con los héroes de la historia irlandesa de la que decía descender dando lugar a una entidad amplia vinculada por una lengua y un sistema común de valores. Las sociedades de Irlanda y Escocia habían permanecido unidas desde los siglos V y VI cuando los colonizadores procedentes de Dalriada emigraron desde Irlanda del norte hasta Argyll. Esta visión idealizada de la sociedad gaélica elaborada y cantada por los poetas prestaba especial atención a las virtudes tradicionales, a los códigos de honor de los antiguos guerreros irlandeses y a la esencia del verdadero gaélico, recogida tanto en sus hazañas como en su antigüedad y lenguaje. Por otra parte, la conciencia gaélica estaba enraizada simultáneamente en la identidad personal y en su vinculación con la comunidad,

existiendo por lo tanto tres dimensiones de la identidad: la individual, la ancestral y la colectiva.

Aproximadamente a finales del siglo XV y principios del siglo XVI, la región de las Tierras Altas de Escocia experimentó una transformación en los patrones de identidad que tomó dos direcciones: la primera, interna, realzó la importancia de los componentes gaélicos de la identidad y la segunda, externa pero derivada de la primera, afectó a la manera en que los *Highlanders* fueron percibidos por los *Lowlanders*. Para los *Highlanders* resultó muy difícil desatender la disparidad entre ellos y los *Lowlanders* de modo que la reflexión interior sobre su diferencia fue inextricable de su categorización exterior como *Highlander*. Estos dos procesos generaron un cambio en las relaciones entre el norte de Escocia y el resto del reino Estuardo que precipitó la fisura de Escocia en dos regiones con fuertes contrastes: las *Lowlands* y las *Highlands*, escoceses y gaélicos, civilizados y bárbaros. A partir de ese momento, Escocia se fracturó de acuerdo con tres criterios, el geográfico, lingüístico y cultural; para los *Lowlanders* incluso los habitantes de la zona fronteriza de las *Borders* perteneciente a las Tierras Bajas poseían los mismos rasgos de barbarie e incivilización que los *Highlanders*.

Así, mientras la literatura gaélica se encargó de perpetuar la ilusión de una comunidad estática, respetuosa con la tradición de la casta de guerreros y con las manifestaciones propias de una economía agrícola y pastoral, aspectos que los *Lowlanders* catalogaron como arcaicos y bárbaros, éstos mantuvieron con Europa continuos contactos en un intento por emularlos e identificarse con la civilización renacentista y alejarse del primitivismo de sus vecinos, considerados inferiores y a menudo motivo de bromas y comentarios. En esta oposición entre dos sociedades vista

como un choque de culturas la poesía gaélica describió a los *Lowlanders* como campesinos, frente a las cualidades guerreras de la comunidad *Highlander*. En paralelo, éstos se distinguieron por su sentido de la lealtad hacia la monarquía Estuarda y hacia el reino de Escocia especialmente durante los siglos XVII y XVIII.

La derrota en la Batalla de Culloden (16 de abril de 1746) condujo a una campaña militar, política y judicial contra la sociedad gaélica; estas medidas represivas representaron el triunfo de la concepción *Lowlander* que veía a la cultura gaélica como bárbara y como un peligro para la seguridad interna de Gran Bretaña. La imagen de las *Highlands* experimentó un cambio radical a raíz del desastre de Culloden, con la consiguiente desaparición del sistema de clanes y de la labor del Romanticismo que despertó un redescubrimiento del paisaje y la cultura de la zona (Dawson 1998: 259-300). Incluso a principios de 1800 y a pesar del enorme impacto de las descripciones de lagos y valles escoceses en las obras de Walter Scott, todavía algunos *Lowlanders* designaban a sus vecinos *Highlanders* como salvajes o aborígenes y les seguían contemplando como miembros de una raza inferior y diferente, empobrecida y violenta, más que como compatriotas británicos. A su vez, los *Highlanders* consideraron, étnicamente hablando, a los *Lowlanders* y a los ingleses conjuntamente, como extranjeros puesto que de hecho, los escoceses de las Tierras Bajas tenían más en común con los ingleses del norte que con los escoceses de las Tierras Altas: leían los mismos libros, cocinaban de un modo parecido, se casaban a menudo entre ellos, etc. (Colley 1992b: 314-15; Feibel 2000: 54-55).

#### 4. La Ilustración escocesa y su interés por el progreso

La Ilustración escocesa estuvo determinada por la simbiosis de dos temas a menudo difíciles de separar: el estudio del progreso social y de la historia tanto pasada como presente. El desarrollo de los acontecimientos históricos durante el siglo XVIII y en especial las consecuencias derivadas del Tratado de Unión con las discrepancias evidentes de evolución entre Escocia e Inglaterra estimularon el interés general por examinar el modo en que las sociedades evolucionaban desde estados primitivos. De hecho, al final del siglo ilustrado, los hombres de letras en Escocia se sorprendían de la transformación radical que había experimentado su país, elevándole de la barbarie a la fama internacional (Duncan 1987: 51). El sentido de la evolución y la inquietud de los filósofos ilustrados con el progreso social impulsó la investigación histórica, especialmente después de que la firma del Tratado de 1707 cerrara toda posibilidad de independencia para Escocia.

La labor de los historiadores fue especialmente fructífera en Escocia donde sobresalieron Sir David Dalrymple (Lord Hailes, 1726-1792), Sir John Dalrymple (1734-1779), Lord Kames (1696-1782), Lord Monboddo (1714-1799) o Adam Smith (1723-1790). La mayor parte de los historiadores se vieron involucrados en la revisión de la identidad británica y en su repercusión en la identidad escocesa posterior a la Unión. Los grandes historiadores del siglo XVIII fueron David Hume (1711-1776), con *The History of Great Britain* (1754-1762), John Millar (1735-1801) con *Historical View of the English Government* (1787), obra cumbre de la historiografía, y William Robertson (1721-1793) con *The History of Scotland* (1759), *The History of Charles V* (1769), *The History of America* (1777), y *Historical Disquisition concerning Ancient India* (1791).

El deseo de ahondar en el examen de la identidad escocesa unido a los viajes de exploración, condujo al interés por el funcionamiento y desarrollo de otras culturas; en este sentido, la trascendencia de las dos últimas obras de William Robertson radicó en la visión del encuentro del europeo con el Otro. Mientras *The History of America* ilustraba el contacto de sociedades en etapas diferentes de desarrollo y describía en los libro IV y VII a los salvajes americanos de Méjico y Perú, *Historical Disquisition concerning Ancient India* fue escrita para contrarrestar los prejuicios hacia el pueblo indio como raza inferior. En 1767, Adam Ferguson (1723-1816) publicó *Essay on the History of Civil Society* donde investigaba las fases de la organización social desde las naciones más primitivas hasta la corrupción de las naciones más evolucionadas. Posteriormente, compuso *The History of the Progress and Termination of the Roman Republic* (1783), obra en la que trazó los orígenes de Roma hasta su caída indagando en las causas de su progreso y decadencia (Carnall 1987: 207-18).

Todos los textos escoceses del siglo XVIII están imbuidos de comparaciones entre culturas pertenecientes a diversos estados de desarrollo, así como de especulaciones sobre el modo en que dicho desarrollo acontece, todo ello debido a la fiebre que recorrió tanto Europa como América del norte por descubrir las divergencias tan notables entre unos países y otros. Efectivamente, el concepto de *improvement* con el consiguiente paso de formas de vida elementales a sofisticadas dominó prácticamente todas las áreas discursivas desde la agricultura o la economía hasta la química, la poesía o las artes. Pero en Escocia el debate fue particularmente intenso a partir del Tratado de Unión, momento en que los contrastes entre la zona de las *Highlands* con su cultura primitiva y la zona de las *Lowlands*, más cercana a los adelantos ingleses, se acentuaron sobremanera (Crawford 1992: 16-18).



Las grandes disertaciones de la Ilustración escocesa giraron alrededor de aspectos sociales enmarcados en un contexto histórico y geográfico más amplio. La famosa obra del jesuita de J. F. Lafitau (1681-1746), *Moeurs des sauvages américains comparées aux mœurs des premiers temps* (1724), en la que estableció el paralelismo entre las leyendas de los antiguos griegos y las creencias y supersticiones de los indios de América, familiarizó al mundo con la existencia de sociedades primitivas dentro de la contemporaneidad así como con su pertenencia a una fase de evolución anterior a la ilustrada en los textos fundadores de la cultura europea. Por su parte, John Millar (1735-1801) contribuyó a profundizar en la figura de los indígenas a través de *The Origin of the Distinction of Ranks: or, An Inquiry into the Circumstances which give rise to Influence and Authority, In the Different Members of Society* (1771) en cuya introducción constataba el clima como factor determinante en el progreso de las sociedades, el desfase entre culturas en las que los habitantes superaban escasamente la condición de “brute animals”, la continuidad entre “polished nations” y el barbarismo de esas culturas mediante la afirmación “There is thus, in human society, a natural progress from ignorance to knowledge, and from rude, to civilized manners, the several stages of which are usually accompanied with peculiar laws and custom” (Millar, en Slotkin 2004: 445).

La antigüedad gaélica fue un tópico de importancia capital en la Ilustración escocesa dentro de la cual sobresalió un método de análisis social conocido como *Stadialism*. La teoría stadialista del progreso, cuyo pionero fue Adam Smith con sus *Lectures on Jurisprudence* (1790), identificaba el cambio histórico como un movimiento hacia la civilización a través de etapas consecutivas denominadas salvaje, bárbara, pastoral y civilizada, etapas a su vez determinadas por los modos de subsistencia como la recolección, el pastoreo, la agricultura y el comercio y la industria,

modelo al que se denominó como *four stage model of human societal evolution*. En este sentido, la Escocia gaélica del siglo XVIII en la que el nivel de vida económico y cultural era muy rudimentario por oposición a las *Lowlands* escocesas y a la civilización floreciente de Inglaterra, se convirtió en el máximo referente del estancamiento social. Esta visión estadialista, extremadamente incómoda para los *Highlanders*, entró en contradicción con el mito patriótico de los orígenes de la nación escocesa vinculados con el reino de Dalriada que había prevalecido desde el siglo XIV hasta el XVIII y que defendía que la identidad política escocesa era primordialmente gaélica. La historia sobre la antigua línea de monarcas establecidos en las *Highlands* occidentales no sólo se utilizó para reivindicar nacionalmente una soberanía independiente de la inglesa sino como distintivo de los argumentos políticos. Sin embargo, esta interpretación coexistió en Escocia desde finales del Medievo con una crítica por parte de los *Lowlanders* al modo de vida y a las costumbres gaélicas, con especial énfasis en el primitivismo de los clanes escoceses, por los cuales se mostró una antipatía desmedida en el siglo XVIII. En 1729, el anticuario escocés Thomas Innes (1662-1744) desafió las fechas y la autenticidad de las listas de monarcas basadas en la antigüedad de la monarquía de Fergus, quien se pensaba que había fundado el reino de Escocia en el siglo IV a. C. A partir de 1750, la identidad gaélica sufrió otro golpe con las teorías estadialistas de los filósofos y juristas históricos de la Ilustración escocesa. El sociólogo escocés William Robertson (1721-1793), echó por tierra los valores de la cultura gaélica y su vinculación con cualquier significado nacional o étnico particular al tiempo que los interpretó como signos de atraso social propios de comunidades salvajes de otras partes del mundo y no del núcleo de la civilización como lo era Gran Bretaña. Con estos pensadores se alió John Pinkerton (1758-1826) quien compuso *An Inquiry into the History of Scotland* (1789) que contenía “A Dissertation on the Origin and Progress of the Scythians or

Goths” compuesta en 1787. Su obra añadía un enfoque racial a la historia gaélica en el marco de la sociología de la Ilustración escocesa que unida al Estadialismo sugería una identificación de los *Lowlanders* con los pueblos góticos de Europa, responsables de la grandeza de su civilización mientras que los pueblos celtas eran descritos como una raza inferior intelectual, civil y materialmente (Kidd 1994: 1197-198, 1205-207, 1210-213).

En definitiva, el Estadialismo arraigó de tal manera en Escocia que las obras de los principales románticos escoceses como Scott se rindieron a esta filosofía del progreso ilustrada. Por otra parte, las ideas cosmopolitas coexistieron con el sentimiento patriótico demostrando que a pesar de que los escoceses estaban fuertemente arraigados en su historia, deseaban incorporarse a las corrientes intelectuales europeas.

## **5. Encuentros con el Otro: Antecedentes antropológicos de *Waverley***

Aunque los antecedentes literarios e históricos de *Waverley* relativos a los encuentros con el Otro se pueden retrotraer a los inicios de la literatura y de la historia de la humanidad, nuestra intención no es elaborar una lista exhaustiva de ellos sino simplemente arrojar luz sobre la labor exploradora del Capitán James Cook (1728-1779), figura fundamental del siglo XVIII, para tender un puente con la primera novela histórica.

Durante el siglo XVIII, los relatos de exploradores y viajeros se convirtieron en documentos científicos que reproducían los sistemas de clasificación propios de la ciencia natural y de la descripción social comparativa. Esto permitió la catalogación de la diversidad de seres humanos y de naciones en función de la naturaleza, la historia, la cultura y la civilización y la conversión de este etiquetaje en un puntal del Imperialismo

europeo y de sus taxonomías acerca de la etnología, la historia natural y el conocimiento global. La observación, la clasificación y la comparación de datos constituyeron la tríada sobre la que se fundaron los reportajes científicos y su representación de los encuentros coloniales. Durante dicha época, la identidad inglesa vino definida por los límites territoriales, los rasgos topográficos y la continuidad histórica junto con el lenguaje y la fisonomía, conjunto de criterios en los que la raza desempeñó el papel central como manifestación existencial y grupal vinculada con la formación de la nación y como núcleo de los discursos políticos, científicos y religiosos. El debate sobre la raza y su importancia en la configuración de las naciones se articuló fundamentalmente a raíz de los tres viajes de Cook por los mares del Sur llevados a cabo en 1768-1771, 1772-1775 y 1776-1779; de hecho, a través de los relatos sobre su navegación y de los viajes de los misioneros protestantes a las islas del sur del Pacífico se gestó internacionalmente la etnicidad inglesa, su idea de unicidad identitaria nacional y su misión imperial. Cook ayudó a reconstruir la autoridad británica imperial y la superioridad inglesa mediante la filantropía. Su fama superó la de muchos poetas y grandes personajes del siglo XVIII, convirtiéndose en todo un símbolo de intrepidez y humanismo, atributos que se erigieron rápidamente en médula de la identidad nacional. Entre 1770 y 1780, las narraciones de sus viajes, tanto oficiales como desautorizadas, inundaron el mercado y su popularidad llegó a tal grado que Cook fue inmortalizado en numerosas biografías, obras de teatro, poesías y pinturas.

Las expediciones de Cook y sus encuentros con la otredad de los habitantes del Pacífico dejaron al descubierto etapas históricas diferentes de evolución y en consecuencia, formas históricas de identidad anteriores y radicalmente divergentes gracias al cosmopolitismo y la generosidad inglesa. Los británicos chocaron así con su propio pasado y con sus ancestros. El punto culmen de este proceso lo constituyó la

pantomima *Omai, or a trip around the world*, escrita por el dramaturgo irlandés John O'Keeffee (1747-1833) y el compositor William Shields (1748-1829) y representada en 1785 en Covent Garden, un año y medio después de que el Ministerio de Marina publicara el relato oficial del último viaje de Cook. Esta pantomima cuyo título procedía del nombre, Omai, dado por los ingleses al primer visitante Polinesio a Londres en 1774, contribuyó a la transformación de Cook en héroe nacional y a la canonización del Imperialismo inglés como vehículo de la civilización ilustrada.

En efecto, los contactos con estas tierras sirvieron para ahondar en el conocimiento del siglo XVIII y para entender que el progreso de la humanidad se había producido por etapas desde estados vitales elementales hasta evolucionados y que las divergencias históricas entre las razas eran un faro que alumbraba la intelección de las divergencias culturales entre las naciones europeas. A finales del siglo XVIII y como corolario de las guerras y de la desmembración del Imperio británico ante la pérdida de las colonias norteamericanas, los triunfos de Cook renovaron las energías británicas, especialmente inglesas, y robustecieron tanto la potestad imperial y política, como la confianza nacional en la superioridad inglesa y en su diferencia frente a los pueblos primitivos (Wilson 1998a: 265-90).

En este marco de interés por los pueblos primitivos, cabe destacar como precursor de la Antropología a Joseph-Marie Degérando (1772-1842) y la memoria redactada en 1800, *The Observation of Savage Peoples* para la *Société des Observateurs de l'Homme* fundada en 1799 y el viaje que ésta organizó a Australia. En ella Degérando alertaba sobre tres cuestiones: la extrapolación de prejuicios e interpretaciones de la cultura europea sobre la cultura aborígen, la recomendación de la inmersión en la sociedad objeto de observación y la necesidad del estudio de la lengua de los nativos (Degérando 1969).

Una vez constatada la relevancia de las exploraciones de Cook y su encumbramiento por parte de las instituciones y los organismos de poder de su tiempo como agente en la restauración de la imagen dañada de Gran Bretaña, como reforzador de la identidad nacional a costa de la inferioridad de los nativos del Pacífico, sólo nos resta dilucidar la conexión entre este fenómeno histórico y *Waverley*. En otras palabras, ¿qué relación existe entre Cook y *Waverley*?

Siendo nuestro objetivo prioritario la demostración de la desarticulación del concepto de nación y de la identidad nacional en *Waverley*, sostenemos que el proyecto político de construcción de una identidad nacional británica cimentada sobre la unidad se hunde en esta novela porque durante el primer cuarto del siglo XIX, momento de la composición de la misma y posteriormente (hasta 1832, fecha de fallecimiento de Scott), Inglaterra adoptó hacia Escocia la misma actitud que adoptó hacia las islas del Pacífico a partir de los descubrimientos de Cook. El análisis de *Waverley* probará que la ideología nacional se tambalea precisamente porque Inglaterra utilizó las armas nacionalistas en su propia estructura nacional, aplicando oposiciones binarias tales como superioridad-inferioridad, civilización-barbarie, y etiquetas como salvaje o primitivo a su país vecino, Escocia, y especialmente a los *Highlanders*. Sin embargo, la similitud entre el fenómeno “Cook” y *Waverley* no se limita a esta cuestión sino que se amplía a la naturaleza del viaje experimentado en ambos casos. Aunque Cook fue una personalidad histórica y Waverley un personaje literario, Scott traslada al ámbito literario la problemática contemporánea del encuentro con el Otro a través del viaje en el tiempo y en el espacio.

## 6. La Ilustración escocesa y el Romanticismo

En el año 1700, las posibilidades de desarrollo en Escocia eran mínimas dado que Escocia era un país pequeño con una economía débil a punto de perder la coherencia identitaria proporcionada por la institución política central, el Parlamento escocés. Además, las instituciones y las universidades se hallaban en un estado de caos; sin embargo, este hecho tenía menos que ver con la falta de hombres con talento que con las tensiones y fisuras inherentes a la cultura entre Jacobitas y *Whigs*, Episcopalianos y Presbiterianos, Unionistas y anti-Unionistas. Así, a pesar de que Escocia poseía los recursos para el avance del conocimiento y el talento necesario para desarrollar una cultura paralela a la inglesa, este panorama no se produjo en los años inmediatamente anteriores o posteriores a la Unión sino prácticamente a finales del siglo XVIII (Christie 1987: 292-93).

A finales del siglo XVII y principios del siglo XVIII, la posición de Escocia con respecto a Europa había sido gravemente menoscabada. La pérdida de su independencia y la interpretación especialmente llevada a cabo desde Inglaterra de su historia religiosa y política había subrayado la imagen de Escocia como un país atrasado, sin civilizar y acosado por la pobreza con cierta inclinación por la violencia y la crueldad. Sin embargo, a finales del siglo XVIII, el panorama escocés había experimentado un giro espectacular: Escocia era afamada internacionalmente por ser el centro del desarrollo, del progreso y de la Ilustración, un modelo de referencia de la cultura y la intelectualidad sin parangón en Europa. En historia, filosofía, medicina, ciencia, tecnología, literatura, crítica literaria, arquitectura y pintura, Escocia despuntó como la gran tierra del conocimiento y Edimburgo como la capital cultural del mundo. Pero

además y aunque parezca contradictorio, la Ilustración escocesa impulsó la emergencia del Romanticismo dentro y fuera de Escocia. Como acabamos de ver, el interés de los pensadores escoceses por el análisis racional del ser humano y de la sociedad les condujo a la indagación de cuestiones como el origen de la sociedad, de la civilización y la transición de la vulgaridad a la sofisticación, particularmente en Escocia donde el ritmo de evolución era muy lento. Ahora bien, el examen detallado y exhaustivo de estados de existencia pasados y la confrontación con su estado presente les llevó a percatarse de las limitaciones del racionalismo y a ver en esas estructuras sociales pretéritas una vida y unas experiencias más atractivas. Parte integrante de este pasado era el lenguaje que fue ensalzado por los ilustrados escoceses por su espontaneidad, su color y pasión frente al de la sociedad moderna.

Si gracias a los pensadores escoceses, el país manifestó su distinción intelectual, fueron los escritores quienes ofrecieron una imagen romántica y atractiva del mismo, recreando Escocia como la tierra de la poesía y de la canción y como arquetipo no del conocimiento sino del romance. A principios del siglo XIX, Escocia comenzó a imponerse como el paradigma del Romanticismo, a lo que contribuyó notoriamente su posición geográfica en la parte norte de Europa y la teoría difundida, entre otros por Madame de Stäel, de que el Romanticismo era el vehículo artístico y cultural de las latitudes del norte. Mientras el mundo clásico había nacido en las regiones del sur, en el Mediterráneo, el Romanticismo gestado en el norte ofrecía una alternativa a la tradición clásica que había imperado durante tantos siglos en Europa. En este marco, Escocia se distinguió como la candidata privilegiada por su entorno, cultura y civilización manifiesta desde el siglo III.

Por otra parte, Scott nos hace reflexionar sobre la necesidad de no perder el contacto con nuestro pasado y con la herencia legada por nuestros antepasados,



localizada en el contacto con la naturaleza y la simplicidad de las costumbres. *Waverley* constituye en este sentido una reivindicación de estilos de vida primitivos de los que siempre se puede aprender debido a su autenticidad. Scott entronca así con la filosofía de Schiller quien en 1795-1796 compuso un ensayo clave para el pensamiento romántico, “On Simple and Sentimental Poetry”. En él argumentaba que sólo la naturaleza podía inundar al ser humano con un sentimiento pleno de amor y de emoción y que entre los elementos naturales que despertaban la afectividad se encontraban “the manners of country people and of the primitive races” (Schiller 2008: 300). El precio que el hombre había pagado por entregarse a un mundo extraño, caracterizado por “factitious situations and relations”, había sido la separación “from simplicity, from the rigorous veracity of language, in the same proportion as they have lost the simplicity of feelings” (Schiller 2008: 300). Pero el hombre había empezado a sentir “the bitter side of civilization” y se había percatado finalmente de que la sociedad que había construido era un modo de existencia opuesto a la naturaleza, totalmente artificial, hecho que le había empujado a anhelar y a buscar refugio en la misma (Schiller 2008: 313).

Entre los poetas que ayudaron a crear paulatinamente esta visión de Escocia destacan Allan Ramsay (1686-1758) y su drama pastoral *The Gentle Shepherd* (1725), John Home (1722-1808) y su tragedia *Douglas* (1756), James Macpherson (1736-1796) y su *Ossian*, *Fingal* y *Temora* en la década de 1760, Robert Burns (1756-1796) y su poesía y finalmente los poemas y obras de Walter Scott. El valor de sus composiciones residió en su capacidad para mirar simultáneamente al pasado y al futuro tendiendo entre ellos un puente y en el retrato de un Romanticismo seductor por su falta de naturaleza revolucionaria que pudiera cuestionar y amenazar al sistema establecido. En un periodo de tiempo relativamente breve confluyeron un conjunto de obras que fueron determinantes para el futuro literario de Escocia y para la creación de un legado en parte

real, en parte imaginario, que arraigó fuertemente en la mentalidad colectiva, relativo a la percepción del pasado de Escocia, y que avivó la añoranza por sociedades desaparecidas cuyos valores eran atemporales por oposición a los cambios continuos y bruscos del presente.

En *The Gentle Shepherd*, Ramsay dibujó la Escocia del siglo XVII, rural y campesina de los pastores de las Tierras Bajas caracterizada por los modos de vida tradicionales y sencillos de una comunidad vinculada por la lealtad, la dignidad y los principios comunales, en la que las canciones populares actuaban de catalizador. *Douglas* de John Home consiguió equiparar el logro de Ramsay pero esta vez con el telón de fondo del campesinado medieval de las Tierras Altas de Escocia. El éxito fue inmediato; se publicaron 75 ediciones, diez de ellas aparecieron en América entre 1790 y 1821 donde se representó la obra en 1759, y se tradujo al francés en 1822 y al italiano en 1823. Especialmente fuerte fue la impronta que dejó la ilustración de un tiempo remoto en el pasado de Escocia, la belleza y melancolía de los paisajes de las *Highlands*, el coraje y la heroicidad de los guerreros escoceses y la inevitable pérdida y desmembración de estas comunidades pretéritas. Cuatro años después de *Douglas* aparecieron las obras de Macpherson que consolidaron definitivamente la identidad romántica y heroica de Escocia, que no fue rivalizada hasta la publicación de los primeros poemas de Walter Scott. Entre ambos, Robert Burns se convirtió en el poeta nacional de Escocia al revitalizar el uso de la lengua vernácula escocesa sin abandonar la producción en inglés, y la colección de canciones escocesas siguiendo el ejemplo de Allan Ramsay.

En suma, Escocia a finales del siglo XVIII y principios del XIX era para los americanos y europeos la parte de Gran Bretaña identificada con el conocimiento y el romance. Sin embargo, todavía faltaba una figura que daría a Escocia y a su

armonización con el Romanticismo el empuje definitivo. El triunfo vino de la mano de un único hombre, quizás el literato escocés más celebrado del siglo XIX: Walter Scott que consumó el proceso iniciado con Ramsay, Home, Macpherson y Burns propagando por todo Occidente la imagen romántica de Escocia. Efectivamente, sus *Waverley Novels*, la mayor parte localizadas en Escocia, se encargaron de desplazar el mapa del Romanticismo hacia esta región y de ensalzar su historia, su pueblo y sus costumbres (Hook 1987: 307-22).

Desde sus primeros poemas pero especialmente en *The Lay of the Last Minstrel* (1805), *Marmion* (1808) y *The Lady of the Lake* (1810), Scott inmortalizó el mundo de Escocia con especial énfasis en las *Highlands*. De hecho, *The Lady of the Lake* cautivó al público de Gran Bretaña y de Europa al plasmar románticamente la vida de los clanes y de los *Highlanders* a los que representó como guerreros leales, orgullosos y con un gran sentido del honor al tiempo que introducía a los lectores en las luchas escocesas del pasado y en las rivalidades entre Escocia e Inglaterra antes del Tratado de Unión.

Novelistas como Ann Radcliffe, Mary Shelley y Walter Scott entre otros fueron turistas que contribuyeron a consolidar el discurso del turismo romántico. La fuerza modeladora de este discurso, sólidamente desarrollada en la poesía, la literatura de viajes y las artes visuales no sólo influyó en sus observaciones y sentimientos sobre los viajes sino en el modo en el que imaginaron sus novelas. De tal manera que durante el Romanticismo la ficción se convirtió en un aspecto inseparable de los viajes y viceversa. Décadas antes de que Scott alcanzara la popularidad como poeta, Thomas Gray transformó a los cementerios en un enclave turístico destacado y estimuló a otros en sus viajes por Francia, Escocia y los lagos de Inglaterra (Dekker 2005: 2).

## 7. Encuentros con Escocia: Antecedentes literarios de *Waverley*

Como se ha comentado, el núcleo del argumento de *Waverley* gira en torno a la insurrección jacobita de 1745, un acontecimiento clave en la historia de Gran Bretaña no sólo porque provocó la desaparición de los clanes escoceses sino porque sacó a la luz un conflicto que se remontaba en el tiempo, relativo a los problemas internos entre Inglaterra y las *Highlands* y a su vez, entre éstas y las *Lowlands*. Sin embargo, antes de la aparición de *Waverley* otros autores enmarcaron los argumentos de sus novelas en Escocia y en la relación entre las Tierras Altas y las Tierras Bajas de dicho país e incluyeron a personajes escoceses en su andadura por el mundo.

Tobias Smollett (1721-1771) fue el primer autor que utilizó Escocia como fondo de sus argumentos literarios. En *The Adventures of Roderick Random* (1748) Smollett narraba las experiencias de un joven marino escocés por Escocia, Inglaterra, Francia, las Indias occidentales y Sudamérica al tiempo que dibujaba el Londres de 1730 como la capital de un Imperio británico marcado por la corrupción y por el peligro, especialmente para un protagonista ingenuo como Roderick que debía enfrentarse continuamente con los prejuicios ingleses hacia los escoceses (Simpson 1987: 101-21). En el Prefacio de la obra, Smollett aducía las siguientes razones en la elección de su protagonista:

It now remains to give my reasons for making the chief personage of this work a North Briton, which are chiefly these: I could, at a small expense, bestow on him such education as I thought the dignity of his birth and character required, which could not possibly be obtained in England, by such slender means as the nature of my plan would afford. In the next place, I could represent simplicity of manners in a remote part of the kingdom, with more propriety than in any place near the capital; and lastly, the disposition of the Scots, addicted to travelling, justifies my

conduct in deriving an adventurer from that country. (Smollett 1999: xxxv)

*The Expedition of Humphry Clinker* (1771) relataba el viaje de los cinco miembros de una familia por Gran Bretaña a través de sus cartas, y su recorrido incluía Gales, Gloucester, Bristol, Bath, London, Harrogate, Scarborough, Edimburgo, las Tierras Altas de Escocia y Glasgow antes de regresar nuevamente al punto de partida, Gales. Interesantes resultan al respecto las descripciones de los personajes sobre los lugares visitados y las apreciaciones sobre las diferencias culturales entre las *Lowlands* y las *Highlands*: “This country appears more and more wild and savage the further we advance; and the People are as different from the Low-land Scots, in their looks, garb, and language, as the mountaineers of Brecknock are from the inhabitants of Herefordshire” (Smollet 1967: 275).

En 1775, Samuel Johnson (1709-1784) publicó la obra *A Journey to the Western Isles of Scotland* en la que narró los diferentes entornos visitados, entre ellos, las *Highlands*. Johnson comentó que los habitantes de las zonas montañosas pertenecían normalmente a aquellas razas ancestrales que habían permanecido aisladas debido a la dificultad del terreno para ser conquistado, y que este hecho determinaba la ausencia de civilización de sus integrantes, la presencia tanto de costumbres como de un lenguaje primitivo y el comportamiento belicoso y salvaje de estos montañeses. Además sostenía que su pobreza les empujaba a robar y a saquear regularmente a sus vecinos a los que consideraban como enemigos, debido a la ausencia del orden propio de la vida civil y de su respeto por la propiedad privada (Johnson 2004: 33-36).

Diez años más tarde, su amigo James Boswell (1740-1795), quien le había acompañado durante el viaje, publicó *The Journal of a Tour to the Hebrides with*

*Samuel Johnson* (1785), texto en el que las apreciaciones de Samuel Johnson sobre Escocia se volvían más crudas. Boswell equiparaba a Johnson con los antiguos griegos y romanos puesto que “he allowed himself to look upon all nations but his own as barbarians: not only Hibernia, and Scotland, but Spain, Italy, and France, are attacked in the same poem. [...] He was indeed, if I may be allowed the phrase, at bottom much of a John Bull; much of a blunt *true born Englishman*” (Boswell 1984: 165-66), y afirmaba que aunque para Johnson los escoceses habían sido una nación avanzada desde 1550 hasta 1650, lo cierto era que mostraban un desequilibrio entre el desarrollo de la sociedad y del conocimiento. Con todo, el florecimiento económico había llegado con la Unión, es decir, con el contacto con la civilización (Boswell 1984).

En 1789, Ann Radcliffe (1764-1823) publicó *The Castles of Athlin and Dunbayne: A Highland Story*, novela enmarcada en la Edad Media en la que destacaba la belleza de las montañas y las costas de las *Highlands* a través de la narración de los clanes guerreros de Athlin y Dunbayne y de la presencia incondicional del castillo como centro espacial de la novela.

Una escritora afamada por su apego a Escocia fue Anne Grant (1755-1838) quien sorprendió con la publicación de dos obras enmarcadas en las *Highlands*. En 1803 publicó por suscripción una colección de poemas dedicados a las Tierras Altas, *The Highlanders or Sketches of Highland Scenery and Manners: with some Reflections on Emigration. Written during the Author's Recovery from a long Illness, in Spring 1795*, que incluyó junto con otros poemas en el libro *Poems on various subjects*. En *The Highlanders*, poemas basados en sus experiencias en dicha zona, la escritora destacaba el carácter peculiar de los montañeses, visible en la simplicidad y sensibilidad de sus costumbres, rasgos íntimamente relacionados con su lenguaje y su modo de vida, por otra parte ausente de las clases bajas de cualquier país. Grant ofrecía una imagen muy

entrañable de las comunidades *Highlander* haciendo hincapié por un lado, en las virtudes de sus habitantes como su hospitalidad, lealtad, valor, sentido de la amistad y de la aventura y por otro, en la riqueza inigualable de su geografía y su fauna. La relevancia de este poema residió también en la narración (quinta parte) del levantamiento jacobita de 1745, de la Batalla de Culloden de 1746, la huida de Charles Edward y la presencia de Flora MacDonald que escondió al príncipe durante varios días. En 1806, Grant recopiló y publicó una selección de su correspondencia durante treinta años que abarcaba desde su partida de Glasgow en 1778 hasta su partida de Laggan en 1807. Este libro, titulado *Letters from the Mountains: Being the Real Correspondence of a Lady, Between the Years 1778-1807* llegó a ser un referente de la época no sólo por su caluroso recibimiento sino por la calidad de las descripciones paisajísticas de las *Highlands*.

En 1808 el horizonte literario se enriqueció notablemente con la publicación de *The Cottagers of Glenburnie* de Elizabeth Hamilton (1758-1816) que se convirtió en todo un éxito por la ilustración fidedigna de las costumbres de la clase baja de Escocia. El último paso en la inclinación por Escocia lo dio Jane Porter (1756-1850) en 1810 con *The Scottish Chief*.

Sin embargo, la publicación de *Waverley* mostró al público una cara totalmente diferente de Escocia. Si el viaje a Escocia del escritor y crítico inglés, Samuel Johnson, había sido real, Scott dibujó en su novela el viaje ficticio de otro inglés, Waverley, al mismo destino pero con una diferencia fundamental: ensalzar las virtudes de los *Highlanders* y su riqueza cultural y eliminar los prejuicios ingleses contra la región. La disimilitud entre *A Journey to the Western Isles of Scotland* y *Waverley* radica en que mientras la primera pertenece a los llamados libros de viajes, aquéllos que narran y describen un viaje real, la segunda, pertenece a la literatura de viajes o relatos de viajes

imaginarios (Popeanga 1986: 16). En efecto, Scott abre en *Waverley* las puertas de un mundo totalmente desconocido hasta entonces para el lector especialmente inglés, no sólo por la belleza de la geografía sino por la problemática histórica subyacente.

## II. ESTUDIO DEL CUERPO LITERARIO

### 1. Los inicios de la novela

En los dos primeros capítulos de la novela, Scott sienta las bases de la comprensión de todos los acontecimientos posteriores. El primer capítulo nos adentra en un conflicto histórico entre dos facciones políticas, los *Whigs* partidarios de la dinastía Hanover y los *Tories* simpatizantes de la dinastía Estuarda, que fractura de arriba abajo el universo literario y que únicamente encuentra solución al final de la novela. Este conflicto afecta también directamente al protagonista, Edward Waverley, que se ve obligado a compartir sus lealtades entre su padre Richard Waverley, *Whig*, y su tío, Sir Everard, jacobita, dilema que le condiciona en todos sus movimientos futuros hasta su entrada en la madurez. Sin embargo, el antagonismo entre el padre y el tío de Waverley se extiende a la educación de Waverley, a caballo entre su padre y su tío, que repercute en su carácter.

La personalidad del protagonista constituye un aspecto crucial que no puede ignorarse en el estudio de cualquier novela. Todo lector avezado sabe que la naturaleza del protagonista puede ser un obstáculo o una ventaja en la descripción del mundo y de sus experiencias, dado que su papel consiste en guiar a modo de lazarillo al lector y de hacerle caer en errores y manipulaciones, de ahí que el lector deba adoptar una postura



distanciada, sometiendo constantemente a examen los juicios y las impresiones de su conductor. En *Waverley*, Scott nos alerta sobre estas cuestiones a través de dos aspectos: el nombre del personaje, correspondiente simultáneamente con el título de la obra y la instrucción recibida.

En la primera página del primer capítulo, Scott comenta lo siguiente: “I must modestly admit I am too diffident of my own merit to place it in unnecessary opposition to preconceived associations; I have, therefore, like a maiden knight with his white shield, assumed for my hero, WAVERLEY, an uncontaminated name, bearing with its sound little of good or evil, excepting what the reader shall thereafter be pleased to affix to it” (Scott n.d.: 1). Scott anticipa la presencia de un protagonista indefinido y marcado por la ambigüedad puesto que si bien *Waverley* no despierta ninguna asociación, la falta de concreción pone en marcha la imaginación. Lo paradójico es que aunque Scott pretende desvincular al lector de ideas preconcebidas, la atención sobre el término “*Waverley*” previene sobre el contenido de su núcleo, el verbo “to waver”, cuyo significado: “oscilar, dudar, vacilar”, encaja perfectamente con la personalidad fluctuante, en ocasiones irresuelta e indecisa entre dos cursos de acción, del protagonista. Si a esto le añadimos la educación mixta de *Waverley*, escindida entre los valores *Whig* de su padre, Richard *Waverley* y los valores *Tory* de su tío, Sir Everard, su modo arbitrario e indisciplinado de lectura, y su conocimiento de literatos franceses, ingleses, italianos y españoles nos encontramos con una personalidad confusa y dubitativa, que aunque carente de capacidad crítica y saturada de imaginación, idealismo y romanticismo, es porosa y flexible ante todo tipo de influencias, rasgos que le serán extremadamente útiles pero también sumamente peligrosos en su observación y su andadura por el mundo. La mezcla resulta por lo tanto en una interpretación híbrida y

abierta de la realidad, en una identidad que justifica la oscilación de Waverley entre diferentes culturas y tradiciones (Crawford 1992: 129).

Básicamente el problema de Waverley se reduce a su orfandad materna y al abandono por parte de su padre, careciendo de este modo de las pautas parentales necesarias para formar una personalidad equilibrada. De ahí que la tarea de Waverley consista en iniciar una búsqueda mítica que le permita reencontrarse consigo mismo a través de diferentes identificaciones con figuras masculinas y femeninas para madurar y validar lo mejor y lo peor de las posturas *Tory* y *Whig* (Hennelly 1973: 197).

Sin embargo, las advertencias que hacía Scott en este primer capítulo sobre el “uncontaminated name” de Waverley y su ausencia de conexiones preconcebidas resultaron ser un juego más con los que Scott sorprendió a sus lectores. En efecto, aunque Scott pretendió dar la idea de que Waverley era un nombre inexistente hasta ese momento en la ficción inglesa, lo cierto es que en 1792, Charlotte Smith (1749-1806) publicó una novela titulada *Desmond* que hablaba de una familia llamada los “Waverlys”, cuyo protagonista masculino era Mr. Waverly. No hay duda de que Scott leyó la novela porque en su diario con fecha de 16 de marzo de 1826, el autor registró lo siguiente: “In the evening, after dinner, read Mrs. Charlotte Smith’s novel of *Desmond*—decidedly the worst of her compositions”<sup>6</sup> y aunque Scott elaboró una memoria sobre Charlotte Smith en 1827 y habló de la buena impresión que le produjeron sus novelas nunca mencionó a *Desmond*. La cuestión no queda aquí dado que según Katie Trumpener, *Waverley* es una redacción directa de *Desmond* y una redacción indirecta de la novela de Jane West (1758-1852), *The Loyalists: An Historical Novel* (1812). En cualquier caso, los personajes de ambas obras parecen trazar una línea

---

<sup>6</sup> The Project Gutenberg. Scott, Walter. *The Journal of Sir Walter Scott*. 21 agosto 2008. [http://www.gutenberg.org/wiki/Main\\_Page](http://www.gutenberg.org/wiki/Main_Page)

continúa con el *Waverley* de Scott. En la primera novela, el compañero masculino de Desmond es Waverly y se caracteriza por su inhabilidad perenne para decidir sobre aspectos básicos como dónde viajar, qué invitaciones aceptar o con quién casarse; el Waverly de Charlotte Smith está tan ensimismado en sus preocupaciones que es incapaz de ver el mundo que le rodea o de captar la trascendencia de los acontecimientos políticos. En la novela anti-jacobita de Jane West ubicada en la Guerra civil inglesa, la inestabilidad política del aristócrata Sir William Waverley resulta acarrear consecuencias más críticas: ante un estado nacional de emergencia que requiere tomar posturas definidas, Waverley se ve atrapado en una amalgama de traiciones e incertidumbres que le empujan a esconderse de los dos partidos que dividen el país y a refugiarse en las ruinas de su antigua casa, destruida durante la Guerra civil (Trumpener 1993: 694).

En 1847, Leigh Hunt (1784-1859) descubrió en su obra *Men, Women, and Books* (1847), concretamente en el capítulo dedicado a “British Poetesses”, que el nombre de Waverley procedía de la novela de Charlotte Smith: “[...] Mrs. Charlotte Smith’s novel of *Desmond*, --a work, by the way, from which Sir Walter Scott borrowed the foundation of his character of Waverley and the name besides” (Hunt 1847: 135). Aunque las dos novelas difieren en tema y objetivo, como señaló Hunt, los rasgos de personalidad del Waverly de Charlotte Smith pasaron a los del Waverley de Scott. La vacilación es su defecto principal y al respecto su hermana Geraldine dice: “It is not his youth, or the expensive style in which he sets out, that disquiet me so much as that uncommon indecision of mind, which never allows him to know what he will do a moment before he acts [...]” (Smith 2001: 50). Por otra parte, el nombre de Waverley no debió ser tan inusual en la época de Scott dado que, por ejemplo, en 1790, James

White publicó un romance histórico, *The Adventures of John of Gaunt*, en el que aparecía un tal Sir Humphrey de Waverley (Cross 2008: 44-45).

El descubrimiento de estas fuentes en *Waverley* evidencian que el nombre neutro de su protagonista no es tal y que la obra se encuentra en trabazón íntima a través de la intertextualidad con las novelas de Charlotte Smith y de Jane West iluminando el proyecto político del texto de Scott así como las contradicciones que recorren *Waverley*, contradicciones que por otra parte no son exclusivas de Scott sino compartidas por estas escritoras sobre el estado del país.

En cuanto a la línea argumental sigue una secuencia cronológica. La obra nos presenta a un héroe que ha nacido en Londres, ha sido educado en Inglaterra y que viaja en un momento determinado a las Tierras Bajas de Escocia de donde arrancan sus aventuras. Éstas le hacen pasar por diferentes experiencias: primero como capitán del regimiento del coronel Gardiner en Edimburgo, después como invitado en el hogar del Barón Bradwardine en las *Lowlands* y en la comunidad *Highlander* de Fergus Mac-Ivor y finalmente como oficial sustituido y perseguido por la justicia por su delito de alta traición al desobedecer las órdenes de sus superiores, relacionarse con jacobitas y participar en la insurrección de 1745 y en la Batalla de Preston. Posteriormente, marcha con la armada del *Chevalier* a Inglaterra, es detenido en una escaramuza en Clifton, consigue escapar, viajar a Londres y desde allí a Escocia para ser perdonado y contraer matrimonio con Rose Bradwardine, hija del Barón.

## 2. El viaje como recurso configurador de la identidad

Como se puede apreciar, la matriz sobre la que se gesta todo el proyecto literario e histórico de esta novela es el viaje, un viaje que traslada a su protagonista inglés, Edward Waverley, hasta Escocia y que le permite introducirse en la cultura de las *Highlands* para mostrar “the ancient traditions and high spirit of people, who, living in a civilized age and country, retained so strong a tincture of manners belonging to an early period of society” (Scott n.d.: x). Si a lo largo de los siglos, los desplazamientos humanos han constituido la esencia de la vida sobre la tierra y las historias de los viajes han ocupado un lugar privilegiado en las diferentes culturas (Scholes y Kellogg 1966: 73-77), Scott recurre a un acto básico y primordial, el del paso de los límites cotidianos de una comunidad para regresar posteriormente y contar lo que se ha visto, oído y vivido. Pero a través del viaje de Waverley, esta comunidad llamada Gran Bretaña, como nueva entidad política creada en 1707, fundamentada sobre la unión entre Escocia, Inglaterra y Gales no resulta ser homogénea sino totalmente divergente. Además, Waverley, contemporáneo de los viajes pioneros de los románticos Thomas Gray (1716-1771) y William Gilpin (1724-1804), éste último fundador de la estética de lo pintoresco, viaja al norte de Gran Bretaña, al corazón de la tierra del romance, en un momento histórico en Inglaterra en el que los paisajes montañosos de Gales, el Distrito de los lagos, y las *Highlands* comenzaban a rivalizar con el famoso *Grand Tour* (Dekker 2005: 1).

Primeramente, el viaje de Waverley constituye una traslación espacial desde Inglaterra hasta Escocia, desde el sur hasta el norte de Gran Bretaña con el cruce obligado de una frontera que aunque a primera vista es sólo una línea que separa dos entidades, un acercamiento más detenido desvela significados contradictorios. A pesar

de que en 1745, esa frontera entre Escocia e Inglaterra no existía como tal ya que había sido borrada con la Unión, reduciéndose a una frontera invisible, el viaje de Waverley permite ver que la entrada en otra geografía suponía realmente la entrada en otro mundo y en otra cultura radicalmente diferente, la escocesa, no sólo con respecto a Inglaterra sino también con respecto a sí misma. Para ilustrar el significado de la frontera recurrimos a la definición de Gloria Anzaldúa:

Borders are set up to define the places that are safe and unsafe, to distinguish *us* from *them*. A border is a dividing line, a narrow strip along a steep edge. A borderland is a vague and undetermined place created by the emotional residue of an unnatural boundary. It is in a constant state of transition. The prohibited and forbidden are its inhabitants. *Los atravesados* live here: the squint-eyed, the perverse, the queer, the troublesome, the mongrel, the mulato, the half-breed, the half-dead; in short, those who cross over, pass over, or go through the confines of the *normal*. (Anzaldúa 1987: 3)

Como argumenta Elisabeth Porter, la delineación de la frontera activa invariablemente un proceso de inclusión y de exclusión que define a los ciudadanos frente a los extraños a través de la identificación o rechazo con respecto a los mitos colectivos, la historia, la memoria, el lenguaje, la religión, las costumbres o los sentimientos de solidaridad (Porter 1998: 36).

El periplo de Waverley por Escocia revela la subdivisión presente en el país y la enemistad entre las Tierras Altas y las Tierras Bajas. En consecuencia, la frontera que atraviesa Waverley no es únicamente geográfica, sino política e ideológica; el límite actúa por ello como separador entre dos mundos, el conocido y el desconocido, el familiar y el extraño, el civilizado y el bárbaro empujándole a una confrontación interior y cuestionamiento de sus valores. Si se acepta que la aportación artística del

Romanticismo estuvo gobernada por el impulso por trascender el ámbito de lo familiar y de lo común, entonces el viaje a territorios ignotos es un tropo fundamental en la exploración tanto psíquica como estética (Cardinal 1997: 135). El auténtico valor de su viaje reside por tanto en el cruce de la frontera y en el adentramiento en Escocia, puesto que en ese mismo instante la estructura nacionalista se derrumba. Desde un punto de vista nacionalista, la traslación de *Waverley* supone un grave desafío para la nación y su visión peyorativa del Otro porque el viaje no es un simple viaje de exploración y exaltación del territorio inglés sino un abandono temporal del centro geográfico de la nación británica, Inglaterra como sinónimo de poder y de autoridad, por la periferia o margen de tal nación, Escocia, la cual se transforma en materia discursiva dando voz a un pueblo y a una cultura vencida a lo largo de los siglos que paradójicamente orilla la marginación para ocupar el núcleo de la narrativa. Por otra parte, hay que puntualizar que la polaridad centro-periferia ya estaba presente en las narrativas nacionales caracterizadas por sus contradicciones insolubles. Los relatos nacionales suelen describir un país históricamente colonizado frente a la perspectiva imperial del centro con su atención sobre la desolación y la infecundidad de la periferia como justificación de la colonización económica y cultural (Trumpener 1993: 685-731). No olvidemos que desde 1690 los múltiples conflictos entre las naciones británicas reflejaban en realidad un enfrentamiento entre Inglaterra como núcleo de poder y Escocia e Irlanda como los márgenes económicamente subdesarrollados (Kidd 1998: 330).

Puntualicemos además que gran parte de la acción se desarrolla “upon the braes”, la zona fronteriza entre las *Lowlands* y las *Highlands*, pero también la frontera simbólica entre la modernidad de las *Lowlands* debido a la influencia de Inglaterra y el tradicionalismo y el romanticismo de Escocia. Aún más, todo el recorrido geográfico y textual de *Waverley* está atravesado por fronteras que delimitan microcosmos plagados

de inestabilidad, divisiones y contradicciones que vacían incluso de sentido al propio concepto de la frontera, puesto que ésta dependiendo del punto de vista adoptado puede ser una entrada o una salida o las dos cosas simultáneamente (Valente 1986: 251-76).

Pero aún hay más puesto que este viaje espacial es igualmente un viaje en el tiempo, una aventura al pasado de la humanidad que implica la colisión con el Otro, el escocés de las Tierras Altas, representante del pasado de Inglaterra y de formas de identidad anteriores. La constatación de que la novela es un viaje histórico y de que la inteligibilidad de la misma depende de las explicaciones históricas pertinentes es una cuestión que Scott aclara en el capítulo V de *Waverley*:

I beg pardon, once and for all, of those readers who take up novels merely for amusement, for plaguing them so long with old-fashioned politics, and Whig and Tory, and Hanoverians and Jacobites. The truth is, I cannot promise them that this story shall be intelligible, not to say probable, without it. My plan requires that I should explain the motives on which its action proceeded; and these motives necessarily arose from the feelings, prejudices, and parties, of the times. (Scott n.d.: 23)

Este extracto forma parte del plan general de Scott por componer ni un relato de caballerías ni una narración contemporánea como anunciaba al lector en el capítulo I sino por elaborar una novela en la que la historia y los *excursus* históricos sean la guía. Por ello advierte al lector de que “mine is a humble English post-chaise, drawn upon four wheels, and keeping his Majesty’s highway” (Scott n.d.: 23), es decir, como continúa expresando el autor en lenguaje figurado a lo largo del párrafo, la novela se ceñirá a la realidad histórica aunque ello ralentice la evolución de la misma e incluso provoque el abandono de la lectura. También promete que la paciencia del lector será compensada con el conocimiento de regiones más pintorescas y románticas. En cuanto a la historicidad de *Waverley*, en *The Antiquary* (1816) Scott hizo una aclaración: “This



present work completes a series of fictitious narratives intended to illustrate the manners of Scotland at three different periods. *Waverley* embraced the age of our fathers, *Guy Mannering* that of our youth, and the *Antiquary* refers to the last years of the eighteenth century” (Scott 1855: 5).

Tanto la traslación espacial como la traslación temporal nos recuerdan que la espacialidad y la temporalidad son conceptos elementales en la interpretación y la organización de la representación del mundo. Kant en su “Estética trascendental y analítica”, primera parte de la *Crítica de la razón pura* (1781), aborda la cuestión del espacio en la Sección primera y del tiempo en la Sección segunda. Kant define al primero como: “una representación necesaria *a priori*, que sirve de fundamento a todas las intuiciones externas. [...] Se considerará, pues, al espacio como la condición de posibilidad de los fenómenos y no como una determinación dependiente de ellos: es una representación *a priori*, fundamento necesario de los fenómenos externos”, y al segundo como “una representación necesaria que sirve de base a todas las intuiciones. [...] Sólo en él es posible toda la realidad de los fenómenos”, para concluir afirmando que el espacio y el tiempo son “condiciones necesarias para toda experiencia (interna y externa)” (Kant 1960: 200, 207, 219). Fue Bajtin sin embargo quien acuñó un neologismo para definir la inseparabilidad entre el tiempo y el espacio, el famoso “cronotopo” o “conexión esencial de relaciones temporales y espaciales asimiladas artísticamente en la literatura” (Bajtin 1989: 237). Zumthor también recalca la indisociabilidad del tiempo y del espacio y su percepción conjunta pero distingue entre la reversibilidad del espacio y la irreversibilidad del tiempo (Zumthor 1994: 13-14).

Si como se ha comentado, desde un punto de vista temporal la novela se sitúa en 1745-1746, concretamente en el 1 de noviembre de 1745, una fecha con claras reminiscencias históricas puesto que ese día Charles Edward inició su campaña militar

desde Edimburgo, desde un punto de vista espacial, la novela se estructura en torno a cuatro focos territoriales: por un lado, dos situados en Inglaterra, Brere-wood Lodge, la casa paterna y Waverley-Honour, residencia del tío y por otro, dos situados en Escocia, Tully-Veolan, casa del Barón Bradwardine en Perthshire, Tierras Bajas de Escocia y Glennaquoich, lugar donde habita el clan MacIvor, localizado en las Tierras Altas de Escocia. Tully-Veolan está situado en la mencionada “upon the braes”, la frontera entre las *Lowlands* y las *Highlands*. En la disposición lingüística de *Waverley*, el *Scots* sirve de lengua mediadora entre el inglés y el escocés gaélico como reflejo del mapa sociocultural británico y del colonialismo inglés y *Lowlander* de la franja celta. De todos estos enclaves es Tully-Veolan el centro geográfico del viaje psicológico e histórico de Waverley dado que no sólo regresa allí después de las incursiones en las Tierras Altas sino que su visión del paisaje y la arquitectura cambia moralmente después de cada desplazamiento. Asimismo, de todos los personajes que aparecen en la novela Waverley es el único que recorre todos estos espacios y el hilo conductor que contacta con todas las manifestaciones culturales y existenciales.

Ahora bien, ¿quiénes son esas manifestaciones culturales y existenciales? Es decir, ¿quiénes son los actores que acompañan a Waverley en este viaje? El cuadro de éstos se recoge del siguiente modo:

1. Ingleses:

- 1.1. Waverley, Coronel Talbot.

2. Escoceses:

- 2.1. *Lowlanders*: Barón Bradwardine, Rose Bradwardine.

- 2.2. *Highlanders*: Fergus, Flora, Donald Bean Lean, Evan Dhu.

El factor que moviliza el argumento es el nombramiento de Edward Waverley como capitán y su incorporación en el regimiento de Dundee en el plazo de un mes. La

partida del protagonista desde Londres desvela uno de los pivotes sobre los que se articula la novela y la historicidad de la época: nos referimos a los prejuicios, opiniones infundadas que condicionaron la fluidez de las relaciones entre Escocia e Inglaterra desde mucho antes del siglo XVIII pero que se agudizaron durante este siglo debido a la ideología ilustrada. Los primeros prejuicios aparecen en el capítulo VI cuando Raquel, la tía de Waverley, le despide y le recomienda que tenga cuidado con la fascinación de la belleza escocesa al tiempo que le informa de que en la parte norte de la isla viven algunas familias cuyos miembros son todos *Whig* y presbiterianos, a excepción de los *Highlanders*, y de que las mujeres carecen de delicadeza y los hombres de decoro por la particularidad de la vestimenta.

Pero los genuinos prejuicios ingleses los vemos aflorar cuando Waverley se instala en Dundee; si en un primer momento, el autor nos dice que “he now entered upon a new world, where, for a time, all was beautiful because all was new”, posteriormente comenta que el tiempo empieza a pesar a Waverley ante el hecho de que “the gentry of the neighbourhood were disaffected, and shewed little hospitality to the military guests; and the people of the town, chiefly engaged in mercantile pursuits, were not such as Waverley chose to associate with” (Scott n.d.: 30-31). Esto junto con la llegada del verano y la curiosidad por conocer Escocia provocan que Waverley pida un permiso de quince días con la intención de visitar al amigo de su tío, el Barón Bradwardine, jacobita que vive en Tully-Veolan, Perthshire. Es precisamente en este punto del relato donde se puede decir que comienza verdaderamente el viaje de Waverley con un desplazamiento gradual por la geografía escocesa que le pone en contacto directo con los escoceses y que no dejará de sorprender e informar al lector sobre las costumbres de Escocia.

La metáfora del viaje que inicia *Waverley* parte del presupuesto de que nuestra identidad no se construye de modo aislado sino a través de encuentros y desencuentros sucesivos con lo Otro y con el Otro; es el recurso que nos hace conscientes de que el mundo es un cruce constante de Otridades con las que hay que relacionarse para crecer y madurar identitariamente. Como afirma Stuart Hall, “las identidades se construyen a través de la diferencia, no al margen de ella” (Hall 1996: 18).

Si *grosso modo*, el viaje supone verdaderamente una pequeña muerte, el abandono de las costumbres en las que se enraíza la identidad, en particular, el viaje romántico encarna la búsqueda psicológica de la identidad (Scholes y Kellogg 1966: 237). Roy Porter comenta que “the odyssey of self-discovery became [...] the key Romantic metaphor, with its wanderer protagonist finding a spiritual epiphany through arduous effort” (Porter 1997: 5). Todos los obstáculos a superar a lo largo del camino no son sino símbolos de lo hasta ahora desconocido, de la multitud de pruebas que uno afronta para ahondar en el autoconocimiento. Por encima de cualquier consideración la extranjería, aquella figura diferente en sus usos, percepción del mundo y en definitiva en sus raíces más profundas, se eleva como una cumbre imposible de eludir en el transcurso del viaje. Asimismo, el itinerario por recorrer permite engarzar tres eslabones cruciales en la configuración de los relatos de viajes: la imagen de las sociedades visitadas que son descritas lo más exhaustivamente posible; la creación de espacios destinados a la admiración, y la incorporación de materiales de diversa naturaleza, geográfica, histórica, periodística, económica o política, que sirven para enriquecer el texto principal (Carrizo 1997: 12). El itinerario por descubrir implica que la identidad no es fija ni estable, fácilmente descifrable o codificable sino que se encuentra sometida a un continuo cambio, a un proceso inagotable siendo el catalizador de tal metamorfosis el contacto con la heterogeneidad.

Para Dean MacCannell en su obra *The Tourist: a New Theory of the Leisure Class*, el turista se caracteriza porque intenta recuperar el sentido de autenticidad extinguido en las sociedades modernas. Para este autor, la *diferenciación*, sinónimo de modernización o desarrollo social, “is also the primary ground of the contradiction, conflict, violence, fragmentation, discontinuity and alienation that are such evident features of modern life” (MacCannell 1999: 11). La modernización está directamente relacionada con la inautenticidad y la falsedad de los modos urbanos e industriales de vida. De ahí que Wordsworth retornara a la vida rústica por considerarla más real y auténtica, más cercana al estado primitivo de la humanidad y por tanto más pura. Después de todo, el siglo XVIII fue un siglo de imposturas fundamentalmente monárquicas como la de los *Pretenders* Estuardo con sus reivindicaciones continuas del trono o como la del usurpador Hanoveriano, desde la perspectiva jacobita (Dekker 2005: 18).

Otro aspecto fundamental de todo viaje es la contraposición entre el enclave de origen, en este caso Londres y el enclave de destino, Escocia, dentro del cual encontramos infinidad de puntos por los que se mueve Waverley. Sin embargo, a pesar de que entre Inglaterra y Escocia media una distancia muy escasa, los comienzos del viaje señalan que la distancia psicológica y afectiva entre ambas zonas es enorme, de ahí que la vecindad sea sinónimo de exotismo y de que este viajero que emprende un periplo por el interior de su propio país cargado con prejuicios que priorizan la superioridad y la civilización de Inglaterra sobre la inferioridad y la barbarie de Escocia, especialmente de las Tierras Altas, se asemeje a Cristóbal Colón o más recientemente a James Cook en sus impresiones ante la llegada a un nuevo mundo. El viaje de Waverley como figura emuladora de Colón no sólo supone el descubrimiento del territorio escocés sino el redescubrimiento del hombre. Según Todorov, existen dos maneras de

percibir al Otro: o bien se le cataloga como un ser humano completo e idéntico con los mismos derechos, actitud que desemboca en el asimilacionismo, o bien se parte de la diferencia, contemplada en términos de superioridad o de inferioridad a través de la cual se niega Otra presencia humana (Todorov 1987: 50). Si bien el descubrimiento de América funda la identidad presente e inaugura nuestra genealogía, *Waverley* aborda semejante empresa a través de su periplo con una diferencia clave, la intención de comprender al Otro.

Como sostiene Jean-Marc Moura en *La littérature des lointains*, la distinción entre el aquí y el allá, entre la realidad y el sueño, no son sino otras variantes para la existencia de dos valores opuestos: el lugar, lo cotidiano, y el espacio, lo extraño. El trayecto exótico parte del ámbito familiar y llega al espacio, lo desconocido, el ámbito distante; la asociación que mantiene el viajero con su lugar es fundamental con respecto a la visión posterior que se crea del espacio, puesto que si concede al lugar un valor positivo es difícil que el espacio reciba semejante cualidad mientras que si el lugar se concibe como foco de opresión, es más probable que se otorgue al espacio cualidades de ensoñación y apertura de posibilidades. Por ello, el viajero imagina el espacio según cómo vive su lugar, y así, según el lugar se imaginan los movimientos de otros seres y los contornos de otros lugares. Siguiendo con la teoría de Moura, en el viaje exótico existen dos formas de establecer contacto con ese mundo nuevo al que se accede:

1. El viaje puede narrar el conflicto de un sujeto con el mundo lejano, es decir, a través de un rechazo manifiesto a su naturaleza y habitantes, lo cual desemboca en una imposibilidad voluntaria de conocer, tanto profunda como superficialmente la zona. Este viaje recibe el nombre de relato de conflicto dado que en él el espacio extranjero se concibe como un obstáculo, y sus enemigos como seres destinados a ser conquistados o

explotados; se trata de un viaje de confrontación entre el sujeto occidental y los objetos o seres exóticos hacia los que se dirige, que desconoce y que no busca comprender.

2. El otro tipo de viaje nos introduce en una panorámica del espacio extranjero radicalmente diferente y ello se debe primordialmente a que la actitud del viajero con respecto al ámbito por descubrir es opuesta a la anterior. En el relato de descubrimiento, el viajero tiene por objetivo penetrar en los intersticios culturales de esa comunidad, conocer a fondo sus usos y costumbres, desarrollar su empatía y considerar al Otro no como enemigo sino como igual. El recorrido de territorios lejanos es una oportunidad de autoconocimiento, de apertura identitaria.

Trasladado al ámbito de la novela, *Waverley* va a conjugar las dos visiones y los dos tipos de relatos que plantea Moura dado que si bien los comienzos de la novela señalan que la imagen de *Waverley* del lugar de origen es positiva, que la imagen del lugar de destino es negativa y que el relato inicial viene marcado por el conflicto, espejo de la postura histórica de Inglaterra hacia Escocia debido a los prejuicios, a medida que el texto avanza y el protagonista entabla una relación más profunda con los escoceses, sus prejuicios al igual que los de los lectores ingleses se irán desmoronando e irán adoptando una actitud más flexible guiada por los sentimientos y no tanto por la razón. En consecuencia, como hecho literario y cultural, el exotismo se ve simultáneamente atravesado por los grandes discursos que emanan sobre el extranjero dentro de una cultura y se encuentra ubicado en el corazón de una confrontación entre dos culturas o dos civilizaciones. Las representaciones exóticas guardan una estrecha unión con el contexto socio-cultural que fija y determina las condiciones de aceptación o rechazo de todo lo extranjero, las conexiones entre las civilizaciones, etc. El exotismo toma igualmente en consideración el vínculo cognitivo de una sociedad con otra, así como cualquier tipo de diálogo o sometimiento entre ellas. Por ello, el análisis del viaje

exótico debe preservar la doble dimensión del exotismo: en cuanto hecho literario debe considerar su literariedad o naturaleza textual y en cuanto hecho cultural, debe estudiar su cultura, junto con las relaciones que mantiene con las grandes ideologías de la época (Moura 1998: 20-24, 36-38, 156, 262-68).

### 3. ¿Quién es el Otro?

El concepto del Otro ha sufrido cambios a lo largo de los siglos. Si durante la Edad Media y el Renacimiento el principio catalogador de la Otredad fue la no pertenencia al Cristianismo, durante la Ilustración fue la desposesión del conocimiento, el estar sumido en la ignorancia y en la barbarie. Más tarde, durante el siglo XIX y gracias a la aparición tímida de la Antropología como disciplina a mediados del siglo XVIII y de la Antropología cultural o Etnología, el Otro se convirtió en un ser culturalmente diferente. Aunque el esplendor de la Antropología se sitúa en el siglo XIX, su raíz se encuentra en la *Histoire Naturelle* (1749) de Georges-Louis Leclerc, Conde de Buffon (1707-1788) en la que trataba la diversidad física de la especie humana y de los pueblos mediante el método comparativo. El método comparativo que Scott estudió en la Universidad de Edimburgo se convirtió en la base de los avances posteriores de la Etnología y la Antropología. De hecho, a mediados del siglo XIX, se reconoció oficialmente su aportación al campo de la Etnología, la Arqueología y la incipiente Antropología. La novela histórica emergió simultáneamente con las narrativas científicas y autoritarias de la Etnología, la Historia o incluso la Psicología que compartían no sólo una misma temática, el pasado y el primitivismo, y un medio, la prosa, sino una tensión común, el impulso por capturar experiencias primitivas y al



mismo tiempo por repudiarlas. Estas disciplinas emergieron como vehículos definitorios de la identidad, personal y colectiva, y como un garante de la identidad contemporánea frente a la pasada a la que se observaba desde la distancia sin comprometer la integridad de la modernidad (Buckley-Fletcher 2004: 108, 112). Este método comparativo, uno de los mecanismos de los que se vale Scott para analizar la relación entre la Mismidad y la Otredad, fue un instrumento de conocimiento imprescindible durante la Ilustración pero no exclusivo de ella dado que su presencia se remonta al siglo XV con el filósofo alemán Nicolás de Cusa (1401-1464). Uno de los puntos fuertes de su tratado *De docta ignorantia* (1440) sostenía que el conocimiento debía basarse en la medida y que por ello, todo conocimiento debía ir desde lo conocido hasta lo desconocido mediante el establecimiento de proporcionalidades. Para Nicolás de Cusa la certeza y la evidencia del conocimiento estaba vinculada a la matemática y a la proporcionalidad entre los términos del conocimiento, implicando en definitiva una comparación entre diferentes objetos. En el siglo XVII, Descartes (1596-1650) retomó la idea de la comparación en *Reglas para la dirección del espíritu* (1625) donde afirmó lo siguiente: “Todo conocimiento que no se obtiene por medio de la intuición simple y pura de un objeto aislado, se adquiere por la comparación de dos o más objetos entre sí” (Descartes 2001: 163). Con ello proponía que la guía de la razón en la búsqueda de la identidad residía en la *proportio* o relación de proporcionalidad y que el entendimiento humano operaba fundamentalmente a través de la comparación (Arenas 2002: 63-64).

El desarrollo inicial de la Antropología coincidió primeramente con el auge del pensamiento ilustrado y en segundo lugar, con el modelo positivista para el que la razón era la capacidad distintiva de los seres humanos. Pero no fue hasta finales del siglo XIX cuando la Antropología se constituyó como ciencia con Edward Burnett Tylor (1832-1917) y su *Primitive Culture* (1871) y Lewis Henry Morgan (1818-1881) y su *Ancient*

*Society* (1877); la teoría que monopolizó su discurso fue el Evolucionismo. Por ello fue el concepto de evolución el que dio respuesta a las diferencias entre los hombres a través del método comparativo. La Antropología no sólo se erigió como ciencia al construir sus argumentos sobre la Otredad cultural sino al proyectar una imagen o modelo cultural de la misma que no se correspondía en absoluto con la realidad (Boivin et al. 1999: 10).

Uno de los componentes esenciales de la Antropología pasó a ser el tiempo, un tiempo geológico y evolutivo que permitía establecer comparaciones entre el pasado y el presente. Además, la naturaleza eminentemente historicista del siglo XIX singularizó a la Antropología que transformó la diferencia en diferencia histórica y a la propia historia en evolución. De este modo, las sociedades dispares fueron descritas como expresiones primitivas de la propia sociedad y el Otro, como legado y memoria del pasado que explicaba las sociedades contemporáneas y futuras, profundizando en su comprensión. En palabras de Bernard McGrane, “How do we know ourselves? By knowing our ancestors. How do we know our ancestors? By knowing the savage tribes. How do we know them? By comparing them to us” (McGrane 1989: 96). La percepción antropológica decimonónica de la diferencia estuvo invariablemente dominada por el valor del tiempo y la creencia en el progreso de la civilización, a través de etapas desde lo más primitivo a lo más avanzado que veían al Otro como un ser esencialmente primitivo. En definitiva, durante el siglo XIX, las temporalidades del ayer y del presente se fusionaron en un plano temporal simultáneo que congelaba las particularidades de cada uno, garantizaba su comparación y tenía la forma de una línea recta en la que los componentes histórico-temporales se seguían los unos a los otros. Sin embargo, uno de los puntos flacos de la Antropología fue que se dedicó a hablar sobre el Otro, pero nunca al Otro. Nunca escuchó las voces de las culturas alógenas ni aprendió de ellas a

pesar de estudiarlas y es que su afán por examinarlas y diseccionarlas fue el método moderno de no prestarlas auténtica atención (McGrane 1989: 96, 127). En *Time and the Other* (1983), Johannes Fabian considera al tiempo como un portador de significado que define el contenido de las relaciones entre el ser y el Otro a partir de las relaciones de poder y desigualdad generadas con la Industrialización, el Capitalismo y el Imperialismo, y con la fundación de la Antropología moderna durante la era de la Ilustración. Mediante una crítica de la Antropología cultural, Fabian determina que ésta se inició con el escándalo de la dominación y explotación de una parte de la humanidad con el consentimiento de la otra. La ambición antropológica por el poder se hizo visible en la constitución del objeto de estudio, catalogado en función del uso del tiempo en salvaje o primitivo, y en la indisociabilidad entre el conocimiento del Otro y su constitución como acto no sólo temporal sino también histórico y político. La Antropología, bajo el paradigma del Evolucionismo, contribuyó especialmente a la justificación intelectual de la empresa colonial mediante un esquema por el cual todas las sociedades se distribuían a lo largo de una corriente temporal que precisaba su evolución y civilización. Y así uno de los fenómenos constitutivos de la Antropología pasó a ser el llamado “denial of coevalness” o “allochronism”, una tendencia sistemática a localizar a los referentes antropológicos en un tiempo diferente con respecto al tiempo presente del investigador. Con esta denominación, el tiempo físico, marcado por la sucesión sincrónica de acontecimientos, entraba en contradicción con el tiempo tipológico, el cual en vez de ser una medida de movimiento indicaba la cualidad y el significado sociocultural del estado de la sociedad en cuestión. Fabian constata que la condición *sine qua non* de la comunicación humana procede de la denominada contemporaneidad puesto que toda comunicación es un proceso de tiempo compartido. En suma, la Antropología emergió como un discurso alocrónico, una ciencia de otros

seres en otro tiempo (Fabian 2002). A diferencia de la Antropología ilustrada que construyó al Otro mediante el distanciamiento temporal y la negación de la existencia coetánea del objeto y del sujeto del discurso, *Waverley* propone una comunicación que fractura la escisión temporal y con ella, los vínculos opresivos de dominante-dominado para fusionar las culturas, invertir los puntos de vista y la rigidez de las categorizaciones. Para *Waverley*, el retroceso en el tiempo no es un retroceso en los niveles culturales ni un descarte progresivo de adquisiciones culturales y méritos alcanzados con la sociedad industrial, sino un reconocimiento del valor y la idiosincrasia de la cultura escocesa, particularmente *Highlander*.

Ahora bien, ¿cómo se cataloga a ese Otro en la novela? Sabemos que el bárbaro, representación de la alteridad absoluta, era el no griego en la época helenística y que la diferencia se traducía en términos de superioridad y de inferioridad. Después del Renacimiento, se difundió la victoria de la civilización sobre la barbarie identificada con el periodo histórico anterior a Cristo y desde Rabelais a Voltaire el objetivo fue único, *débarbariser* (Michel 1981: 8, 21).

Aunque los grados de alteridad existentes se reducen a dos: el bárbaro, caracterizado por su extranjería cultural radicalmente divergente a la nuestra, y el extranjero, aquél a quien consideramos perteneciente a nuestra misma cultura a pesar de hablar una lengua diferente o tener otra estructura política, lo cierto es que en *Waverley* ambas alteridades se cruzan a través del cuerpo histórico del siglo XVIII y del siglo XIX que consideraba a los *Highlanders* como bárbaros cuando la realidad es que debería haberlos tratado como extranjeros, y del cuerpo literario que los retrata como extranjeros. Recordemos que para un inglés del siglo XVIII, los montañeses de las Tierras Altas eran “bárbaros intraliminales de nivel inferior”, es decir, bárbaros sometidos dentro de la cultura británica, una civilización elevada o alta cultura que

había tomado conciencia de las *Highlands* como una humanidad más tosca (Alonso del Real 1972: 11-13).

Etimológicamente, el término cultura está formado por la raíz “cult” que significa “cultivo”; en latín, *colo, colere, cultum* alude al verbo cultivar y el vocablo culturas a los campos cultivados. Así, si un campo arado es un campo cultivado, cualquier terreno salvaje o no roturado es inculto, carece de cultura y este término suele atribuirse peyorativamente a otras culturas, a otros pueblos primitivos, ágrafos, en suma “in-cultos” (Aguirre 1997: 1). Según J. W. Powell, son tres las etapas de la cultura humana: la salvaje, la bárbara y la civilizada, aunque en la mente popular y en la concepción de muchos eruditos esta distinción apenas se percibe. Prevalece la vaga idea de que el bárbaro es un ser inferior al hombre civilizado en la escala existencial y que el salvaje está aún por debajo del bárbaro. Y aunque no existe un criterio claro que delimite dónde empieza y dónde termina cada una de estas clasificaciones, sí abunda la tendencia a aplicar las etiquetas de salvaje o bárbaro peyorativamente, aun cuando las manifestaciones de vida con las que se corresponden sean en ocasiones más elevadas que las atribuidas a la supuesta civilización de la que se parte. En suma, la civilización ha etiquetado a las organizaciones tribales desde el prejuicio de la ignorancia (Powell 1888: 98, 102).

Scott recurre al Estadialismo, teoría explicada anteriormente en el apartado titulado “La Ilustración escocesa y el progreso”, para enviar a Waverley desde Londres hasta la región más remota de las *Highlands*, asociada con los indios americanos, para confrontar el pasado con la modernidad. Scott organiza los estados del cambio histórico sobre la topografía, abarcando desde el sur hasta el punto más extremo de las Islas británicas representando las *Highlands* como un mundo completamente apartado de la vida civilizada y urbana. Pero además, para enfatizar el contraste entre el norte y el sur,

Scott utiliza el conflicto histórico entre Jacobitas y Hanoverianos como indicativo del choque entre el sur civilizado y el norte salvaje (Buchenau 1997: 14-26). Como sugiere James Buzard, *Waverley* constituye una ficción autoetnográfica en la que Escocia se representa a sí misma dentro de la dialéctica irreversible de la inmersión *Lowlander* en Inglaterra. Las *Highlands* se transforman así en la Diferencia cultural escocesa con un doble objetivo, su inteligibilidad para el observador inglés y su pertenencia a Gran Bretaña. Por eso el progreso de Edward equivale a la trayectoria etnográfica de fuera hacia dentro y a un cambio de estado desde el ámbito de lo extraño a lo familiar (Buzard 1995: 37; 2005: 79-80).

Walter Scott, al que se ha denominado “Anthropologist of fiction” (Street 1990: 11) y se ha catalogado como “one of the fathers of British anthropology and archaeology” (Buckley-Fletcher 2004: 107) ofrece en *Waverley* una visión completamente opuesta a la imperante sobre la Diferencia. Robert Crawford señala también que las notas a pie de página sobre el lenguaje, la cultura y la historia de las sociedades que Scott refleja en sus novelas son propias de un enfoque antropológico que marca una suspensión entre la escritura creativa y la historiografía (Crawford 1992: 126).

El nacionalismo británico se construyó sobre dos cimientos: primero, la unicidad de la identidad, esto es, la cohesión total identitaria dentro de los márgenes británicos y segundo, la estimación de la Diferencia como algo negativo y amenazador para la supervivencia de la Britanidad. Scott desmonta de arriba abajo estas categorizaciones al romper con la idea de una identidad unitaria a través del recorrido del protagonista por múltiples espacios que revelan múltiples identidades y que le permiten percibir la Diferencia como rasgo positivo y enriquecedor. Por otra parte, si bien la Antropología se centró en la investigación de culturas foráneas, fundamentalmente no europeas y por

ello, exóticas, y concibió la Diferencia como un fósil, un mero objeto de análisis, Scott aborda el estudio antropológico del Otro dentro del Reino Unido, en el interior de sus propias fronteras y desde la perspectiva del “Ellos”. Con Scott la dicotomía superioridad/colonizador, inferioridad/colonizado se evapora, la Otridad del *Highlander* se asume en el marco de una cultura viva en todo su esplendor, con sus virtudes y defectos y aún más, la Diferencia se interpreta como Similitud con la que se entabla un diálogo puesto que en algún punto del pasado los ingleses también fueron escoceses antes de ser lo que son.

Aristóteles, en el capítulo segundo del libro IV de su *Metafísica*, reconoció la existencia inevitable de los contrarios en la interpretación de la realidad y la organización del conocimiento:

La ciencia de que se trata se ocupará de lo que es opuesto a las cosas de que hemos hablado: a saber, de la diferencia, de la desemejanza, de la desigualdad y de los demás modos de este género [...] Entre estos modos será preciso colocar también la contrariedad, porque la contrariedad es una diferencia, y la diferencia entra en lo desemejante. [...]. (Aristóteles 1990: 104)

Hay en los contrarios dos series opuestas, una de las cuales es la privación, y todos los contrarios pueden reducirse al ser y al no ser, a la unidad y a la pluralidad. [...] Por lo demás, casi todos los filósofos están de acuerdo en decir que los seres y la sustancia están formados de contrarios. Todos dicen que los principios son contrarios, adoptando los unos el impar y el par, otros lo caliente y lo frío, otros lo finito y lo infinito, otros la Amistad y la Discordia. Todos sus demás principios se reducen, [...] a la unidad y la pluralidad. (Aristóteles 1990: 105-06)

Scott recurre a la teoría de la negación de Platón la cual dice que cuando aseveramos que el color negro *no* es blanco, estamos afirmando que el negro es *otro* color con respecto al blanco; de igual manera, cuando Scott deja ver que el escocés *no* es inglés, está dando pie a la Diferencia, al papel esencial de la Otridad en el mundo de

las formas, sin el que la diversidad carecería de sentido. Por ello, el Otro es una figura que conecta o separa las entidades, dependiendo del punto de vista, y sin la cual todo sería idéntico (Savery 1942: 205).

#### 4. Representación textual del Otro

Scott recoge en *Waverley* el eterno choque entre el Yo y el Tú y la dificultad para reconciliar las diferentes culturas. Sin embargo, Scott no se queda en el conflicto irreconciliable entre identidades sino que tiende un puente entre ellas para presentar una realidad en la que la comunicación intercultural y la identidad híbrida son difíciles de alcanzar pero no imposibles. De ahí que el protagonista experimente progresivamente la evolución de su identidad que termina siendo mucho más flexible, rica y libre de prejuicios. Con la representación de la dicotomía civilización-barbarie entre Escocia e Inglaterra, Modernidad-Romanticismo, Scott emula la labor que Charles Robert Maturin había emprendido en *The Milesian Chief* en 1812 en Irlanda: “I have chosen my own country for the scene because I believe it is the only country on earth where, from the strange opposition of religion, politics, and manners, the extremes of refinement and barbarism are united, and the most wild and incredible situations of romantic story are hourly passing before the modern eye” (Maturin, en Lougy 1975: 32).

Esta teorización se aprecia a la perfección en los primeros espacios del itinerario que *Waverley* recorre. La primera parada de *Waverley*, destino obligado de las novelas de caballerías y de las novelas picarescas, es una posada en la que pernocta y en la que las expectativas de lo que debe ser este lugar se rompen: “a miserable inn, where the landlady had neither shoes nor stockings, and the landlord, who called himself a gentleman, was disposed to be rude to his guest, because he had not bespoke the



pleasure of his society to supper” (Scott n.d.: 31). La decepción de Waverley aumenta con su entrada en Tully-Veolan, en uno de los pasajes más significativos de la novela sobre el encuentro entre culturas:

The houses seemed miserable in the extreme, especially to an eye accustomed to the smiling neatness of English cottages. They stood, without any respect for regularity, on each side of a straggling kind of unpaved street, where children, almost in a primitive state of nakedness, lay sprawling, as if to be crushed by the hoofs of the first passing horse. [...] As Waverley moved on, here and there an old man, bent [...] tottered to the door of his hut, to gaze on the dress of the stranger [...] to discuss the probabilities of whence the stranger came, and where he might be going. [...] The whole scene was depressing; for it argued, at the first glance, at least a stagnation of industry, and perhaps of intellect. [...] Yet the physiognomy of the people, when more closely examined, was far from exhibiting the indifference of stupidity; their features were rough, but remarkably intelligent; grave, but the very reverse of stupid... (Scott n.d.: 32-33)

La estupefacción de Waverley se plasma a través de una descripción regida por dos peculiaridades: la gradación y la comparación. La aproximación a Tully-Veolan se produce mediante una especie de descripción hiperbólica que va ganando en intensidad, a través de la cual todos los rasgos del panorama son llevados al extremo: si la posada era miserable, las casas resultan ser extremadamente miserables con respecto a las casas inglesas. Frente al orden, la limpieza y la hospitalidad de los inmuebles ingleses, las viviendas escocesas personifican la irregularidad, el desorden, y la negligencia, ésta última extrapolable a la situación de abandono total en la que habitan los niños, en relación a los cuales se mencionan los términos “primitive state”, ideas clave de la Ilustración.

Al mismo tiempo, este fragmento recoge la piedra angular de todo viaje: de acuerdo con el novelista americano John Gardner, sólo hay dos tipos de intriga en la

literatura, “You go on a journey or a stranger comes to town” (Gardner, en Moura 1998: 404) o como expresó también Stanley Elkin en relación con la ciencia ficción: “You go there or they come here” (Elkin, en Morris 2007: 107). Sus frases encapsulan la quintaesencia de todo viaje dado que ponen el énfasis en dos cuestiones puntales, la idea de la partida y de la llegada junto con el concepto de extranjero en el caso de Gardner. En ambas partes del enunciado, el punto de arranque lo establece el pueblo que se convierte en salida o destino en función del ángulo que se tome. Si se inicia un viaje, se comienza una acción y el sujeto de la misma es el viajero, pero si por el contrario el pueblo se erige como destino de un viaje originado en otra región, la perspectiva se ve modificada ya que el pueblo se convierte en observador, en objeto estático y pasivo, que será analizado y enjuiciado por el extranjero.

La presencia de Waverley en Tully-Veolan marca una nueva dirección en el relato, dado que este primer contacto es un indicativo de la relación que posteriormente mantendrá con los Otros que van apareciendo en su camino. La incorporación en el universo escocés pone en reacción el término de Mary Louise Pratt “contact zones” definido como “social spaces where disparate cultures meet, clash and grapple with each other, often in highly asymmetrical relations of domination and subordination [...]” (Pratt 1992: 4). El encuentro inicial entre Waverley y los ancianos que desde sus casas le observan asombrados especulando sobre su procedencia y sus intenciones, es un encuentro entre extranjeros, un cruce de miradas de igual a igual en el que ninguno de ellos se reconoce en el Otro pero sí se rechazan como extraños. El encuentro entre Waverley y sus habitantes pone en marcha un proceso de desplazamiento recíproco; de hecho, la de-familiarización no sólo se activa cuando un extranjero abandona su entorno y se introduce en una nueva comunidad sino cuando es el nativo el que se siente desplazado o amenazado por la visita del extraño. Este desplazamiento tiene dos

facetas: primero, el intruso puede alterar las actividades diarias del grupo puesto que éste necesita definir al intruso y en paralelo, redefinirse a sí mismo para contener la intrusión, y segundo, mediante la asunción del papel del invitado y de la interpretación del mundo desde su punto de vista, la comunidad puede redescubrir el sentido sorpresivo de lo familiar y reidentificar lo doméstico con los ojos del extraño (Gurevitch 1988: 1192). Si para Waverley Escocia es la gran extraña y sus habitantes extranjeros, para los escoceses también es Waverley un extraño. Esto no sólo se aprecia en el pasaje mencionado sino en los sucesivos encuentros que tiene Waverley con los *Lowlanders*: así, cuando David Gellatley introduce a Waverley en el huerto a su llegada a la casa del Barón y el mayordomo está trabajando la tierra, nos dice el autor que “the major-domo [...] probably excited by his having introduced a stranger while he was engaged in this laborious [...] office, requested to know the gentleman’s commands” y que la propia Rose Bradwardine “offered, [...], to shew the stranger the way to the spot [...]” (Scott n.d.: 39, 41). Un poco más adelante, ésta vuelve a pensar: “not much pleased with the abruptness of the first question which the young stranger had addressed to her, [...]” (Scott n.d.: 52).

Aún más, Waverley magnifica la distancia entre Inglaterra y Escocia al admitir el estancamiento económico e intelectual y la barbarie en la que Escocia se halla sumida; sin embargo, este cuadro sumamente negativo sufre un vuelco en el instante en que la contemplación de la fisonomía de los habitantes denota un auténtico reconocimiento del Otro. Acontece entonces una especie de revelación en la que el viajero se ve humanamente reflejado en el Otro, en la que es capaz de despojarse de sus prejuicios, de ver objetivamente a ese Otro fuera de las constricciones culturales, de acogerlo en vez de rechazarlo y de aceptar su inteligencia. Ésta es la idea que plasma Jean Soublin en *La segunda mirada* cuando afirma que

y entonces, un día, algo quizá despertará en él (el viajero), algo muy profundo [...]: una chispa del pensamiento que tomará la forma de una idea descabellada que rápidamente querrá descartar, pero que volverá para importunarlo y terminará por inquietarlo: ¿y si los bárbaros fueran como nosotros? [...] Mi viajero está perplejo. Pensaba visitar a simios y encuentra a unos brutos zafios en los que detecta virtudes que sus conciudadanos ignoran u olvidaron. He aquí precisamente lo que me interesa, ese momento, esa primera y minúscula grieta en la certeza arrogante del dominador. (Soublin 2003: 11-12)

Este cambio de actitud significa que la tensión inicial de la descripción focalizada en la miseria y en el caos empieza a decaer y a aflojarse, dando paso a un punto de luz, a un resquicio de esperanza localizada en los semblantes de los habitantes de Tully-Veolan. Y así ocurre cuando Waverley llega a la mansión del Barón Bradwardine, muy similar a cualquier residencia inglesa en el campo.

El pasaje de Scott mencionado nos obliga a establecer vínculos entre la fenomenología y la temática de la novela para sentar las bases de una explicación teórica que facilite una mayor comprensión de la misma. El postulado central del enfoque fenomenológico sostiene que la comprensión mutua y la comunicación interpersonal derivan de la suposición de Mismidad y de Otredad inherente tanto al ser como al Otro. Según Z. D. Gurevitch, si bien todo conato de comunicación implica un reconocimiento del Otro, simultáneamente la Otredad del Otro se contempla como un obstáculo en la fluidez comunicativa y en consecuencia, como un ser separado que nos conciencia de la distancia y de la extranjería existente entre el yo y el tú. De ahí que para este sociólogo, el diálogo sea una interacción entre la familiaridad y la extranjería (Gurevitch 1988: 1179).

Autores seminales como Harold Garfinkel (1917- ) y Alfred Schutz (1899-1959) han estudiado cómo los individuos construyen los límites de su mundo y de su

conocimiento y cómo salvan las distancias entre ellos y los Otros no mediante el acto de cuestionar sino de dar por sentado. De acuerdo con Schutz y sus obras *Collected papers I: the problems of social reality* (1962) y *On Phenomenology and Social Relations* (1970), el mundo en el que vivimos nos ofrece la familiaridad de la gente que nos rodea y con la que diariamente nos relacionamos. Nuestros múltiples encuentros parecen estar incluidos en un marco de pensamiento y lenguaje denominado “the paramount reality [...] of our everyday life” (Schutz 1971: 341) que gobierna las relaciones humanas limitando sus ideas al ámbito de lo conocido. Esta realidad desemboca en dos direcciones conexionadas: una que promueve que lo desconocido sea relegado a la categoría de extraño y que la extranjería se reserve para algo o alguien que pertenece a otro espacio, y otra que fractura los contactos sociales en aquéllos dominados por la familiaridad o por la foraneidad, división de la cual se alimentan el grueso de los estudios fenomenológicos sobre la interacción humana. En este horizonte, se ha examinado la extranjería principalmente como un tipo de función social, la del extranjero, y el diálogo como el único instrumento de relación entre dos extraños.

Todo diálogo requiere la presencia de dos individuos, de dos puntos de vista que difieren y que ven una situación diferentemente dado que lo que para uno es aquí, para el otro es allí. En *Collected papers*, Schutz se pregunta si la comprensión y la comunicación mutua son factibles, a lo que responde que el entendimiento entre el Uno y el Otro ocurre porque se da por supuesta la comunicación fructífera, porque se prioriza la parte compartida entre ambos, es decir, los elementos que se intuyen comunes apartando las diferencias individuales. Esto sugiere que el mundo de cada individuo no es un mundo privado sino un mundo común, marcado por la intersubjetividad y compartido por el resto de individuos, experimentado e interpretado por los Otros. Un axioma básico de la interpretación colectiva del entorno procede de la

llamada *reciprocity of perspectives*, término acuñado por Charles Cooley (1864-1929) aunque utilizado por Schutz con un sentido diferente. Schutz concibe esta reciprocidad de perspectivas sobre la idea de que un intercambio de posiciones entre el Yo y el Otro conduciría a unas mismas experiencias, de que el “aquí” del Yo y el “allí” del Otro son en suma un mismo punto considerado desde diferentes perspectivas. Para que esto acontezca, el emisor y el receptor tienen que asumir la Mismidad del ser y del Otro y reducir los puntos potenciales de conflicto a lo consabido para que se produzca una nueva búsqueda de conocimiento, de lo contrario se genera un proceso de defamiliarización, o en términos de Gurevitch, “making the other strange” (Gurevitch 1988: 1184), que marca un retroceso.

Junto a este axioma encontramos el principio básico del *sistema de relevancias* que sostiene que la divergencia de prioridades en cada individuo no es un obstáculo para la comunicación dado que las diferencias de ese sistema de relevancias son apartadas permitiendo que la visión del Yo y la del Otro se fundan en un Nosotros que interpreta los hechos y objetos de un modo empírico idéntico (Schutz 1971: 117, 315-18). En consecuencia,

successful communication is possible only between persons, social groups, nations, etc., who share a substantially similar system of relevances. The greater the differences between their system of relevances, the fewer the chances for the success of the communication. Complete disparity of the systems of relevances makes the establishment of a universe of discourse entirely impossible. (Schutz 1971: 323)

En el artículo “The Stranger: An Essay in Social Psychology” (1944), Schutz establece que el patrón cultural específico de un grupo social funciona para sus miembros como un esquema de referencia incontestable dado que determina el nivel de relevancia para el “pensamiento usual” o “thinking as usual” en situaciones normales.

En este artículo, Schutz define al extranjero como “an adult individual of our times and civilization who tries to be permanently accepted or at least tolerated by the group which he approaches”, y a la cultura en la que intenta introducirse o “cultural pattern of group life” como “all the peculiar valuations, institutions, and systems of orientation and guidance (such as the folkways, mores, laws, habits, customs, etiquette, fashions,) which, in the common opinion of sociologists of our time, characterize- if not constitute- any social group at a given moment in its history” (Schutz 1944: 499). Sin embargo, el proceso de interpretación del nuevo entorno social en términos de su “thinking as usual” convierte al extranjero en un individuo que cuestiona prácticamente todo aquello que resulta incuestionable para los integrantes del grupo al que se aproxima. Por añadidura, el descubrimiento de la diferencia entre su lugar de origen y el lugar de destino afecta normalmente a la confianza en el esquema referencial y esto desemboca no sólo en el cuestionamiento del patrón cultural del grupo extraño sino del propio que ya no puede ser utilizado como brújula en la nueva sociedad. Ahora bien, los conceptos de extranjería y familiaridad no son exclusivos del campo social sino categorías generales de la interpretación del mundo y por ello, parte integrante de cualquier proceso de asimilación social. Todo encuentro con lo desconocido, ajeno al conocimiento, desencadena en los individuos un proceso de investigación que comienza por definir al nuevo hecho, capturar su significado, y transformar paulatinamente el esquema global de interpretación del mundo para que el hecho extraño junto con su significado sean compatibles con el resto de hechos de nuestra experiencia y sus significados. Según Schutz, el triunfo de este plan asegura la metamorfosis de un elemento extraño y de una inquietud desconcertante sobre el mismo en un componente adicional del conocimiento, así como el avance continuo de investigación del recién

llegado sobre la cultura ajena, a la cual termina por ver como una protección, momento en el que el extranjero deja de serlo para convertirse en un miembro más.

Sin embargo, si la primera impresión de Waverley sobre Tully-Veolan es bastante negativa, no ocurre lo mismo con la impresión que le causan el Barón y su hija Rose. La descripción de esta última no incluye términos que expresen su desconcierto ante sus expectativas y la realidad, y en este sentido, es el Barón quien aporta algo nuevo, “he was dressed carelessly, and more like a Frenchman than an Englishman of the period [...] The truth was, that his language and habits were as heterogeneous as his external appearance” (Scott n.d.: 41), siendo la razón de esta heterogeneidad los años pasados en ejércitos extranjeros. Sin embargo, su preferencia por lo francés y lo diverso no ha logrado eliminar la fuerza de sus prejuicios: “To this must be added the prejudices of ancient birth and Jacobite politics, greatly strengthened by habits of solitary and secluded authority, which, though exercised only within the bounds of his half-cultivated estate, was there indisputable and undisputed” (Scott n.d.: 41).

Retomando el hilo de la novela, el verdadero viaje del descubrimiento, la entrada en un nuevo mundo, se produce a través del contacto de Waverley con las dos comunidades escocesas tanto la de las Tierras Bajas en un primer momento como la de las Tierras Altas posteriormente. Después de permanecer un mes y medio junto a la familia del Barón y de haberse adaptado a los usos de las Tierras Bajas de Escocia, bastante similares a los ingleses, Waverley se ve arrojado al encuentro con la alteridad radical, con la dicotomía clásica civilización-barbarie que no sólo afecta a ingleses y escoceses sino también a los propios escoceses, subdivididos entre los *Lowlanders* y los *Highlanders*.

Antes de centrarnos en el pasaje que armoniza con esta idea, me gustaría puntualizar un aspecto: el encuentro con el *Highlander* reproduce el mismo esquema



que el anterior encuentro de Waverley, el inglés, con un *Lowlander*, es decir, el choque con la diferencia. En el libro X de su *Metafísica*, Aristóteles expone la distinción entre el concepto de heterogeneidad o alteridad y de diferencia: “La heterogeneidad y la diferencia no son una misma cosa [...] Pero lo que difiere de alguna cosa, difiere de ella en algún punto; de suerte que es preciso que aquello en que difieren necesariamente sea idéntico. Este algo idéntico es el género o la especie, [...] El género es aquello en lo que son idénticas dos cosas que difieren en cuanto a la esencia” (Aristóteles 1990: 257). Si bien son los elementos comunes, es decir, el substrato de identidad el que posibilita la diferencia, la alteridad está desprovista de ese lazo común provocando que lo Otro sea íntegramente lo Otro. Esta teoría trasladada a la novela ejemplifica que tanto la diferencia como la alteridad hacen acto de presencia en la misma pero que siempre apuntan a diversos grados de evolución en la relación entre Waverley y los escoceses. Como hemos visto más arriba la llegada de Waverley a Tully-Veolan y su primer contacto visual con la realidad de las *Lowlands* está marcado por la Alteridad que se transforma poco a poco en la Diferencia, es decir, el rechazo brutal hacia el Otro con el que en apariencia no se comparte nada se metamorfosea en reconocimiento de elementos comunes. Y de hecho, este proceso continúa mediante su inmersión y adaptación dentro de la familia del Barón y de las costumbres de la región pasando a su vez de la Diferencia a la identidad. Esto supone la eliminación de las barreras culturales entre Inglaterra y las Tierras Bajas y la compenetración de las dos culturas. Este proceso descrito se reproduce cuando el mundo de los *Highlanders* se introduce en el mundo de los *Lowlanders* despertando la curiosidad de Waverley, que si bien en un primer momento siente la presencia de la Alteridad irreconciliable debido a sus prejuicios y a su desconocimiento personal de la cultura, el trato amistoso por parte de los *Highlanders* trocan dicha Alteridad en Diferencia y posteriormente en identidad.

Veamos cómo se plasman estos aspectos en la composición. La acción se desarrolla cuando un grupo de “caterans” o “robbers from the neighbouring Highlands” (Scott n.d.: 69) se apodera del ganado del Barón ante su negativa a pagar a Fergus MacIvor, haciendo manifiesta la rivalidad entre las dos sociedades escocesas. Por otra parte, este hecho muestra la desubicación absoluta de Waverley ante los acontecimientos dado que desconoce el estado del país y los partidos políticos que lo dividen. Desbordado por la curiosidad, Waverley se entera por un lado de que estos *Highlanders* a los que el Barón había llamado “common thieves and sornars” (Scott n.d.: 69) y a cuyo jefe el propio Waverley considera “thief-taker”, es en realidad “a gentleman of great honour and consequence; the chieftain of an independent branch of a powerful Highland clan, and is much respected, both for his own power, and that of his kith, kin, and allies” y por otro, de que “black-mail” (Scott n.d.: 70) es

a sort of protection-money that Low-country gentlemen and heritors, lying near the Highlands, pay to some Highland chief, that he may neither do them harm himself, nor suffer it to be done to them by others; and then, if your cattle are stolen, you have only to send him word, and he will recover them; or it may be, he will drive away cows from some distant place, where he has a quarrel, and give them to you to make up your loss. (Scott n.d.: 71)

Pero además, a través de la conversación clarificadora que mantiene con Rose, Waverley descubre la relatividad de las identidades mediante el modo de llamar a Fergus: “But the Lowlanders call him, like other gentlemen, by the name of his state, Glennaquoich; and the Highlanders call him Vich Ian Vohr, that is, the son of John the Great; and we upon the braes here call him by both names indifferently” al tiempo que se ve obligado a confesar que “I am afraid I shall never bring my English tongue to call him by either one or other” (Scott n.d.: 72). Las explicaciones de Rose evidencian la

complejidad de la cultura escocesa y la necesidad de la historia para su comprensión. En este sentido, los ojos de Waverley recogen el horizonte de expectativas de sus lectores no sólo al expresar que “the whole circumstances now detailed concerning the state of the country, seemed equally novel and extraordinary. He had indeed often heard of Highland thieves, but had no idea of the systematic mode in which their depredations were conducted [...]” (Scott n.d.: 73), sino al identificar los hechos como una ensoñación por su naturaleza increíble, más propia de tiempos pasados que de los presentes: “It seemed like a dream to Waverley that these deeds of violence should be familiar to men’s minds, and currently talked of, as falling within the common order of things, and happening daily in the immediate vicinity, without his having crossed the seas, and while he was yet in the otherwise well-ordered island of Great Britain” (Scott n.d.: 73). Desde el punto de vista del extranjero, los escoceses poseen una cultura y una historia propias, totalmente inaccesibles para él puesto que no forman parte de su biografía; esto quiere decir que aunque Waverley tiene la posibilidad de compartir el presente y el futuro del nuevo grupo, siempre permanecerá excluido de sus experiencias pretéritas, de ahí que desde el punto de vista de los escoceses, Waverley sea un individuo sin historia (Schutz 1944: 502).

Las explicaciones del Barón sobre las características de los escoceses de las Tierras Altas, a los que describe como “gentlemen of great honour and high pedigree, whose word was accounted as a law by all those of their own sept, or clan” (Scott n.d.: 74), junto con las costumbres de su patriarcado y las aclaraciones de Rose contribuyen a fomentar la visión romántica de Waverley sobre Escocia y le empujan a viajar a las *Highlands*. Pero antes de que Waverley inicie su viaje, es un guerrero *Highlander* el que irrumpe en la casa del Barón poniendo cara a cara al inglés con el Otro y viceversa:

As it was, he started at the sight of what he had not yet happened to see, a mountaineer in his full national costume. The individual Gael was a stout, dark, young man, of low stature, the ample folds of whose plaid added to the appearance of strength which his person exhibited. The short kilt, or petticoat, shewed his sinewy and clean-made limbs; the goat-skin purse, flanked by the usual defences, a dirk and steel-wrought pistol, hung before him: his bonnet had a short feather, [...] a broadsword dangled by his side, a target hung upon his shoulder, and a long Spanish fowling-piece occupied one of his hands. (Scott n.d.: 74-75)

La presencia de Evan Dhu, el Otro por excelencia, permite a Waverley introducirse en la región de las *Highlands* dado que como el guerrero afirma, “you never saw a place in your life, nor ever will, unless you go with me or the like of me” (Scott n.d.: 76); este privilegio va a dar a Waverley la posibilidad de ir desmontando uno a uno sus prejuicios y de reestructurar cognitivamente sus esquemas culturales mediante los progresivos encuentros con diferentes Otros. Ahora bien, el verdadero conocimiento del Otro y de uno mismo debe atravesar la desarticulación de los estereotipos recíprocos que recorren tanto la cultura inglesa como la escocesa. Esto significa que la revelación de la identidad *Highlander* implica la demolición de los falsos estereotipos proyectados desde la comunidad inglesa que a lo largo de los siglos han ejercido el poder, que la han codificado como salvaje y bárbara y que inevitablemente han sido interiorizados. En este sentido, el descubrimiento de las genuinas peculiaridades de los *Highlanders* conlleva una modificación de los estereotipos ingleses sobre sí mismos, contruados en función de los estereotipos de las Tierras Altas. No olvidemos que los estereotipos son siempre un modo de definir la Mismidad y la Otredad, de tal manera que el cambio en la perspectiva del Otro apunta a un cambio en la autoperspectiva (Deane 1990: 1-18).

El viaje desde las *Lowlands* hasta las *Highlands* apunta a un cambio importante en el modo de desplazamiento. Si Waverley viaja desde Londres hasta Dundee a caballo

debido a la enorme distancia, el viaje desde las *Lowlands* hasta las *Highlands* se produce a pie, no sólo por la inexistencia de caminos ante la inaccesibilidad del terreno sino por ser un símbolo de su cambio de actitud: todo individuo que desee conocer auténticamente la topografía de una región debe hacerlo andando y ello implica un tipo de viajero que abierta e intencionadamente se regocije en su indiferencia ante los rangos. Otro amago de acercamiento por parte de Waverley persigue la eliminación del prejuicio que en este caso tiene Evan Dhu sobre la afeminación de los *Lowlanders* pero especialmente de los ingleses: “Indeed he was anxious, so far as he could without affectation, to remove the opinion which Evan seemed to entertain of the effeminacy of the Lowlanders, and particularly of the English” (Scott n.d.: 78). Además, dado que el acto de andar permaneció como uno de los medios esenciales de cualquier viaje a lo largo de la primera parte del siglo XIX, es interesante considerar su papel en el proyecto del Romanticismo. Por ello, el desplazamiento físico que emprende Waverley es homólogo de un desplazamiento mental.

La primera Otredad que sorprende a Waverley es la geografía, singularizada por una naturaleza en estado salvaje, totalmente abrupta y peligrosa, anticipo de algunos de los rasgos de los *Highlanders*<sup>7</sup> según la mentalidad inglesa. La segunda Otredad es la lengua de los *Highlanders*, totalmente incomprensible para él, cuyos significados

---

<sup>7</sup> “It was towards evening as they entered one of the tremendous passes which afford communication between the high and low country; the path, which was extremely steep and rugged, winded up a chasm between two tremendous rocks, following the passage which a foaming stream, that brawled far below, appeared to have worn for itself in the course of ages. A few slanting darksome bed, and shewed it partially, chafed by a hundred rocks, and broken by a hundred falls. The descent from the path to the stream was a mere precipice, with here and there a projecting fragment of granite, or a scathed tree, which had warped its twisted roots into the fissures of the rock. On the right hand, the mountain rose above the path with almost equal inaccessibility; but the hill on the opposite side displayed a shroud of copsewood, with which some pines were intermingled” (Scott n. d.: 77), “Through the gorge of this glen they found access to a black bog, of tremendous extent, full of large pit-holes, which they traversed with great difficulty and some danger, by tracks which no one but a Highlander could have followed. The path itself, or rather the portion of a more solid ground on which the travelers half waked, half waded, was rough, broken, and in many places quaggy and unsound. Sometimes the ground was so completely unsafe, that it was necessary to spring from one hillock to another, the space between being incapable of bearing the human weight”. (Scott n. d.: 78)

deduce por las circunstancias y no por el contenido de las palabras: “Waverley was now left to his own meditations, for his attendant with the battle-axe spoke very little English” y ante la respuesta del guía a la pregunta de Waverley sobre si el final del viaje está cerca, Scott nos dice que “this conveyed no information. The *curragh* which was promised might be a man, a horse, a cart, or chaise [...] But in a short time Edward began to conceive his meaning, when, issuing from the wood, he found himself on the banks of a large river or lake [...]” (Scott n.d.: 79). Un tercer paso en este encuentro de Otrredades lo conforma la visita de Waverley al ladrón *Highlander* Donald Bean Lean en su cueva:

The principal inhabitant of this singular mansion, [...], came forward to meet his guest, totally indifferent in appearance and manner from what his imagination had anticipated. The profession which he followed—the wilderness in which he dwelt—the wild warrior forms that surrounded him, were all calculated to inspire terror. From such accompaniments, Waverley prepared himself to meet a stern, gigantic, ferocious figure, [...] Donald Bean Lean was the very reverse of all these. He was thin in person and low in stature, with light sandy-coloured hair, and small pale features, [...] and although his form was light, well-proportioned, and active, he appeared, on the whole, rather a diminutive and insignificant figure. He had served in some inferior capacity in the French army, and in order to receive his English visiter in great form, [...], he had laid aside the Highland dress for the time, to put on an old blue and red uniform, and a feathered hat, [...], and indeed looked so incongruous, compared with all around him, that Waverley would have been tempted to laugh [...] The robber received Captain Waverley with a profusion of French politeness and Scottish hospitality seemed perfectly to know his name and connections, and to be particularly acquainted with his uncle’s political principles. (Scott n.d.: 81-82)

Las cosas y las personas no resultan ser como Waverley había imaginado e igualmente se sorprende del conocimiento que posee Donald Bean Lean sobre el estado del país: “From this discourse he passed to the political and military state of the country; and Waverley was astonished, and even alarmed, to find a person of this description so

accurately acquainted with the strength of the various garrisons and regiments quartered north of the Tay” (Scott n.d.: 83). Transcurrida la noche en la cueva de Donald, Waverley continúa su viaje con Evan Dhu hacia Glennaquoich. El momento más esperado tiene lugar cuando Waverley penetra en el clan de Fergus Mac-Ivor y conoce a éste:

When Fergus and Waverley met, the latter was struck with the peculiar grace and dignity of the Chieftain’s figure. Above the middle size, and finely proportioned, the Highland dress, which he wore in its simplest mode, set off his person to great advantage. He wore the trews, or close trowsers, made of tartan, chequed scarlet and white; in other particulars, his dress strictly resembled Evan’s, excepting that he had no weapon save a dirk, very richly mounted with silver. [...] His countenance was decidedly Scottish, with all the peculiarities of northern physiognomy, but yet had so little of its harshness and exaggeration, that it would have been pronounced in any country extremely handsome. [...] An air of openness and affability increased the favourable impression derived from this handsome and dignified exterior. Yet a skilful physiognomist would have been less satisfied with the countenance on the second than on the first view. The eyebrow and upper lip bespoke something of the habit of peremptory command and decisive superiority. Even his courtesy, though open, frank, and unconstrained, seemed to indicate a sense of personal importance; and, upon any check or accidental excitation, a sudden, though transient lour of the eye, shewed a hasty, haughty, and vindictive temper, not less to be dreaded because it seemed much under its owner’s command. In short, the countenance of the Chieftain resembled a smiling summer’s day, in which, notwithstanding, we are made sensible by certain, though slight signs, that it may thunder and lighten before the close of evening. (Scott n.d.: 91)

Esta descripción representa claramente la tendencia antropológica a examinar otras culturas, especialmente en función de los atributos faciales. Recordemos que Aristóteles sentó las bases del estudio de la fisonomía con su obra *The Secrets of Nature relating to Physiognomy*, en la que la definía del siguiente modo:

Physiognomy is an ingenious science, or knowledge of nature, by which the inclinations and dispositions of every creature are understood, and because some of the members are uncompounded, and entire of themselves, as the tongue, the heart, etc., and some are of a mixed nature, as the eyes, the nose and others, we therefore say that there are signs which agree and live together, which inform a wise man how to make his judgment before he be too rash to deliver it to the world. (Aristóteles 2008: 343)

La creencia de que la variedad de tipos humanos se podía interpretar según los rasgos físicos tomó diversas formas y una de las líneas principales fue la teoría de la fisonomía que argumentaba que la estructura de la cara era una guía de las características internas de un individuo. En relación con la interpretación de la cara, se postuló que la apariencia exterior de la misma era un indicativo de las cualidades internas morales e intelectuales (Street 1990: 11). En este sentido, Fergus no encaja con el típico patrón fisonómico escocés imaginado por los ingleses, dado que no es bajo, mal proporcionado, marcado por la rudeza y la exageración, es decir, todo un conjunto de rasgos ausentes en la fisonomía inglesa. Todas las descripciones de *Waverley* sobre la cultura *Highlander* están condicionadas por la comparación de tal manera que aquellos elementos que le asombran anuncian su inexistencia en la cultura sajona. En suma, la afirmación de los rasgos en los Otros implica siempre la negación de esos rasgos en nosotros y por ello, su ausencia. En palabras de Linda Colley, “Quite simply, we usually decide who we are by reference to who and what we are not” (Colley 1992b: 311).

En cualquier caso, el contacto con Fergus manifiesta no sólo las características de los jefes *Highlander*: “His own patriarchal power he strengthened at every expense which his fortune would permit, and indeed stretched his means to the uttermost to



maintain the rude and plentiful hospitality which was the most valued attribute of a chieftain” (Scott n.d.: 94), sino que también ayuda a entender la ideología jacobita:

From his infancy upward, he had devoted himself to the cause of the exiled family, and had persuaded himself, not only that their restoration to the crown of Britain would be speedy, but that those who assisted them would be raised to honour and rank. It was with this view that he labored to reconcile the Highlander among themselves, and augmented his own force to the utmost, to be prepared for the first favourable opportunity of rising. (Scott n.d.: 95)

El retrato ambiguo que se hace de Fergus advierte al lector de la personalidad ambivalente del mismo así como del predominio de su ambición en algunos de sus actos: “[...] his political faith was tinctured, at least, if not tainted, by the views of interest and advancement so easily combined with it; and at the moment he should unsheathe his claymore, it might be difficult to say whether it would be most with the view of making James Stewart a king, or Fergus Mac-Ivor an earl” (Scott n.d.: 102).

Con la llegada de Waverley al clan el lector tiene el privilegio de sumergirse en una fiesta *Highlander* y de asistir a unos ritos culturales prácticamente desaparecidos:

The apparatus for dinner was simple, even to rudeness, and the company numerous, even to crowding. At the head of the table was the Chief himself, with Edward, and two or three Highland visitors of neighbouring clans; the elders of his own tribe [...] sat next in rank; beneath them, their sons and nephews, and foster-brethren; then the officers of the Chief’s household [...]; and lowest of all, the tenants who actually cultivated the ground. Even beyond this long perspective, Edward might see upon the green, [...] a multitude of Highlanders of a yet inferior description, [...] In the distance, and fluctuating round this extreme verge of the banquet, was a changeful group of women, ragged boys and girls, beggars, young and old, large greyhounds, and terriers, and pointers, and curs of low degree [...]. (Scott n.d.: 98)

Al mismo tiempo, la celebración permite conocer otros aspectos culturales como la presencia de los “bagpipers” y las canciones del bardo del clan. Éste simboliza la resistencia de las tradiciones vernáculas orales ante las presiones históricas del Imperialismo inglés y su condición privilegiada como portador de la memoria del clan a lo largo de los siglos. Todo ello pone de manifiesto un tipo de comunidad tradicional, hermanada por la devoción a las tradiciones y por vínculos más humanos a través de los cuales todos comparten y participan de un mismo acontecimiento; esto se refleja en el brindis al final de la cena, caracterizado por la lealtad y por la generosidad verbal:

Many approved Gaelic toasts were then proposed, of some of which the Chieftain gave his guest the following versions: “To him that will not turn his back on friend or foe”. “To him that never forsook a comrade”. “To him that never bought or sold justice”. “Hospitality to the exile, and broken bones to the tyrant”. “The lads with the kilts”. “Highlanders, shoulder to shoulder”. (Scott n.d.: 101)

Flora explica posteriormente a Waverley la alta reputación de los bardos en los clanes de los *Highlanders* y de su función como recitadores de poemas muy antiguos al tiempo que clarifica sobre el significado de las canciones: “The song is little more than a catalogue of names of the Highland clans under their distinctive peculiarities, and an exhortation to them to remember and to emulate the actions of their forefathers” (Scott n.d.: 106).

La siguiente figura que encuentra Waverley en su camino es Flora Mac-Ivor, el Otro en su faceta femenina, y a través del retrato de Flora descubrimos que los prejuicios son un peso pesado en la cultura *Highlander*: “Her hair was not disfigured by the art of the friseur, but fell in jetty ringlets on her neck, confined only by a circlet, richly set with diamonds. This peculiarity she adopted in compliance with the Highland prejudices, which could not endure that a woman’s head should be covered before

wedlock” (Scott n.d.: 101). Además el autor nos explica los motivos de su lealtad por la dinastía Estuarda:

Early education had impressed upon her mind, as well as on that of the Chieftain, the most devoted attachment to the exiled family of Stewart. She believed in the duty of her brother, of his clan, of every man in Britain, at whatever personal hazard, to contribute to that restoration which the partisans of the Chevalier St. George had not ceased to hope for. For this she was prepared to do all, to suffer all, to sacrifice all. (Scott n.d.: 102)

Sin embargo, no todos los personajes ven a los *Highlanders* bajo el prisma del romanticismo y la idealización. El coronel Talbot es uno de los personajes representantes del racionalismo extremo inglés, cargado de prejuicios contra los escoceses. A través de él, representante de John Bull y seguidor de Samuel Johnson, Scott condena los prejuicios de su época y la consiguiente estrechez de miras: “He had regained his natural manner, which was that of an English gentleman and soldier, manly, open, and generous, but not unsusceptible of prejudice against those of a different country, or who opposed him in political tenets” (Scott n.d.: 245). Esta cita no sólo recoge el menosprecio del inglés hacia cualquier otra cultura sino la falta de conciliación entre las diversas culturas dentro de la Gran Bretaña del siglo XVIII y la ausencia de una identidad unida a mediados del siglo XVIII y principios del siglo XIX a pesar del Tratado de Unión de 1707. De hecho, si atendemos a la opinión de Talbot sobre los *Highlanders* sus palabras resultan iluminadoras:

Let them stay in their own barren mountains, and puff and swell, and hang their bonnets on the horns of the moon, if they have a mind; but what business have they to come where people wear breeches, and speak an intelligible language? –I mean intelligible in comparison to their gibberish, for even the Lowlanders talk a kind of English little better than

the Negroes in Jamaica [...] Barren, barren, beggars all, beggars all.  
(Scott n.d.: 268)

Talbot, como personaje opuesto a Fergus, es la voz de la modernidad y del presente: caballero inglés, Unionista, Hanoveriano, identificado con el progreso, la racionalidad, la justicia, la incorporación de las *Lowlands* a la nueva nación y la desintegración de las *Highlands* como comunidad histórica.

También Humphrey Houghton, sargento de *Waverley* define a los escoceses como “wild petticoat-men” (Scott n.d.: 223). Pero si Scott nos ofrece la visión de los ingleses sobre los escoceses, presenta igualmente la contravisión respectiva de los escoceses. Cuando *Waverley* visita a Fergus en la prisión el día de su ejecución, éste le dice lo siguiente:

You see the compliment they pay to our Highland strength and courage – we have lain chained here like wild beasts, till our legs are cramped into palsy, and when they free us, they send six soldiers with loaded muskets to prevent our taking the castle by storm! [...] This same law of high treason, he continued with astonishing firmness and composure, is one of the blessings, Edward, with which your free country has accommodated poor old Scotland –her own jurisprudence, as I have heard, was much milder. But I suppose one day or other –when there are no longer any wild Highlanders to benefit by its tender mercies –they will blot it from their records, as levelling them with a nation of cannibals. (Scott n.d.: 334)

Sin embargo ante la sentencia de muerte de Fergus, Evan Dhu sorprende poderosamente al lector y a los jueces ingleses ofreciendo su vida y la de cinco *Highlanders* más a cambio de la de su jefe (Scott n.d.: 327). Si bien el gesto de Evan Dhu destaca la relevancia de la lealtad al jefe del clan como un valor fundamental, los comentarios jocosos y las risas de los jueces ante el ofrecimiento de Evan Dhu señalan

el carácter erróneo de la lealtad, que no debe centrarse en el clan y en el cacique sino en el rey y el Estado. Si esta escena sugiere que los *Highlanders* como Evan Dhu pueden convertirse en ciudadanos potenciales del Estado imperial tras un proceso de reeducación, como de hecho ocurrió con el reclutamiento de regimientos *Highlander* durante las guerras napoleónicas, también pone de manifiesto la política etnocentrista de aculturación sustitutiva de una cultura a la que se considera primitiva y por lo tanto inferior con respecto a la cultura inglesa, superior y símbolo de la civilización. En esta escena de la novela se desarrolla lo que Homi K. Bhabha denomina el mimetismo colonial o deseo del Otro reformado y reconocible “*como sujeto de una diferencia que es casi lo mismo, pero no exactamente*” y que desencadena una doble articulación de reforma, regulación y disciplina y de inconveniencia por parte de esa diferencia en su faceta amenazadora y perturbadora del discurso colonial (Bhabha 2002: 112). En la intención expresa de los ingleses por la transformación cultural y económica de las *Highlands* y en la asimilación de las pautas sociales de comportamiento inglés, es decir, en la “anglicización” de sus integrantes o deseo de mimetismo es donde se origina “*la metonimia de la presencia*” que no es otra cosa que la repetición parcial de su parecido (Bhabha 2002: 116).

Joan Garden Cooper defiende en “Scott’s Critique of the English Treason Law in *Waverley*” que Scott consideraba a la ley escocesa como una pieza vital dentro de la identidad escocesa y que en *Waverley* criticó la imposición de la ley de traición inglesa sobre Escocia a través de la representación histórica del levantamiento jacobita en contra del rey Jorge II. Como consecuencia de la Unión y para evitar las pretensiones del *Old Pretender* como monarca tanto de Escocia como de Inglaterra, el Parlamento británico aprobó el llamado *Treason Act* en 1708 que incluía la cruel ley inglesa sobre la traición junto con la definición y el castigo del delito por deslealtad. A través de la

habilidad de Waverley para escapar a las consecuencias de su participación en la insurrección antimonárquica, Scott invita al lector a reflexionar sobre la injusticia de la ley de traición inglesa cuyo peso recae exclusivamente sobre los escoceses, especialmente los *Highlanders*, y cuyo grado de aplicación depende del origen geográfico de los tres personajes catalogados como traidores: Waverley, el Barón y Fergus (Cooper 2003: 17-36).

El levantamiento jacobita de 1745 fue en esencia un conflicto sobre la forma y la legitimidad del Estado durante el siglo XVIII en Escocia. Scott no sólo vio en el movimiento jacobita un acontecimiento histórico pintoresco y seductor sino fundamentalmente un último esfuerzo por restaurar en Escocia formas de vida pasadas y tradicionales, condenadas a la extinción a través de la Unión e irremediablemente a través de la Batalla de Culloden. Este intento por preservar ideales heroicos fue constatado por Scott en la introducción de *Minstrelsy of the Scottish Border*:

By such efforts, feeble as they are, I may contribute somewhat to the history of my native country; the peculiar features of whose manners and character are daily melting and dissolving into those of her sister and ally. And, trivial as may appear such an offering, to the manes of a kingdom, once proud and independent, I hang it upon her altar with a mixture of feelings, which I shall not attempt to describe<sup>8</sup>.

A finales del siglo XVII, la vinculación entre la dinastía Estuarda y los escoceses sufrió un revés. Aunque prevaleció la visión de la utilidad de la monarquía, la gran popularidad de los monarcas en su asociación con la defensa de la nación entró en crisis. Fue a principios del siglo XVIII y como consecuencia de la firma del Tratado de Unión, que fomentó el sentido de marginación entre los escoceses, cuando los jacobitas en un intento por reconciliar la casa de los Estuardo con la nación escocesa reinventaron

---

<sup>8</sup> The Project Gutenberg. Scott, Walter. *Minstrelsy of the Scottish Border*. 25 agosto 2008. [http://www.gutenberg.org/wiki/Main\\_Page](http://www.gutenberg.org/wiki/Main_Page)

la grandeza de la dinastía Estuarda mediante una retórica patriótica que sin embargo no hizo reaccionar a la población escocesa que vio en el movimiento jacobita más una fuente de división que de salvación de la identidad nacional. Lo que sí consiguió el Jacobitismo fue que los *Lowlanders* se aproximaran a los ingleses en su lealtad hacia el régimen *Whig* (Brown 1998: 238-39).

Es por ello que Scott construye el argumento de la novela alrededor de un viaje que permite no sólo a su protagonista transformarse temporalmente en un jacobita y adoptar la postura de un rebelde sino enfrentar pares de conceptos tales como la sensibilidad con la razón, el pasado con el presente, los últimos coletazos de un mundo por desaparecer con la incipiente pero segura implantación de la modernidad, etc. Aunque su padre, Richard Waverley, abandona las tradiciones de la familia y se incorpora al gobierno *Whig*, su tío, es aún un antiguo jacobita que se encarga de la educación de Waverley. Éste por lo tanto pertenece a la primera generación familiar que empieza su carrera en un nuevo mundo al convertirse en un soldado del ejército del rey Jorge y a pesar de que tal nuevo mundo no estaba sólidamente establecido en Escocia como lo estuvo durante la época de Scott, en la novela todavía existe la posibilidad de una rebelión que quedó finalmente anulada después de 1745. La participación de Waverley en el levantamiento jacobita es por lo tanto finalmente perdonada por el monarca (Daiches 1951a: 88-91).

*Waverley* por ello desarrolla un periodo que aunque distante en el tiempo formaba parte aún del repertorio cultural de la generación de Scott dado que la mayor preocupación de su época fue la historia reciente y el conflicto que ésta había generado dentro de los escoceses. En este sentido, la rebelión jacobita fue el punto de inflexión que dividió lo antiguo de lo nuevo, y que anunció la desaparición lenta e irremediable de la Escocia tradicional (Daiches 1951b: 153).

Scott enfrenta así al lector tanto inglés como escocés consigo mismo y con los patrones culturales para desarticular la esencia de los prejuicios sobre el Otro. En el fondo, Scott intenta convulsionar al lector para que éste salga de su letargo mediante una hilera de preguntas tales como ¿quién es el salvaje?, ¿quién el civilizado?, ¿qué significa el progreso?, ¿la civilización equivale a progreso o quizá a retroceso?, ¿en base a qué se fija el concepto de civilización?, con el fin de mostrar que las oposiciones ideológicas sólo son comprensibles desde categorizaciones rígidas e inamovibles que no contemplan los cambios de estado de la identidad, manifiestos por ejemplo en el propio *Waverley* que si bien inicia su viaje en calidad de Capitán instalado en la médula social termina por ser acusado de alta traición<sup>9</sup>, arrinconado y condenado al ostracismo hasta su redención final:

This was too much. Beset and pressed on every hand by accusations, in which gross falsehoods were blended with such circumstances of truth as could not fail to procure them credit, --alone, unfriended, and in a strange land, Waverley almost gave up his life and honour for lost, and, leaning his head upon his hand, resolutely refused to answer any farther questions, since the fair and candid statement he had already made had only served to furnish arms against him. (Scott n.d.: 162)

Sin embargo, la necesidad de Escocia, especialmente de las *Highlands* por adaptarse a la modernidad y satisfacer los objetivos de la Unión se hace patente a través de las siguientes palabras: “He then, for the first time since leaving Edinburgh, began to experience that pleasure which almost all feel who return to a verdant, populous, and highly cultivated country, from scenes of waste desolation, or of solitary and

---

<sup>9</sup> “The charge, Mr. Waverley, I grieve to say, is of a very high nature, and affects your character both as a soldier and a subject. In the former capacity, you are charged with spreading mutiny and rebellion among the men you commanded, and setting them the example of desertion, by prolonging your own absence from the regiment, contrary to the express orders of your commanding officer. The civil crime of which you stand accused is that of high-treason, and levying war against the king, the highest delinquency of which a subject can be guilty”. (Scott n.d.: 158)



melancholy grandeur” (Scott n.d.: 337). Lo que Waverley parece olvidar es que “las historias metropolitanas de la *civitas* no pueden ser concebidas sin evocar los salvajes antecedentes coloniales de los ideales de urbanidad” (Bhabha 2002: 215).

## **5. El viaje como instrumento en la configuración de la identidad intercultural e híbrida**

La subversión de *Waverley* emana del modelo identitario propuesto, cuya singularidad se funda sobre dos ejes entrecruzados: la interculturalidad y la hibridación que amenazan el modelo identitario nacionalista. El viaje de Waverley descubre dos falacias, por un lado que el proyecto de la nación como entidad única sostenida por la pureza de la lengua, de la cultura y en consecuencia de la identidad siempre es forzado y por otro, que dicho proyecto no responde a una realidad sino a una ficción o construcción según el sentido etimológico de la palabra *fingere*. *Waverley* no es por lo tanto una novela sobre un solo mundo sino sobre múltiples mundos, el escocés y dentro de él, el microcosmos de las Tierras Altas y de las Tierras Bajas, el inglés, el británico, el italiano, el francés, el de la antigüedad clásica y el español. La multiplicidad cultural se refleja también en la inclusión de todo tipo de fragmentos históricos tales como cartas, artículos de periódico, citas literarias, canciones, refranes, baladas, es decir, todo un crisol de muestras de una sociedad.

No obstante, recalcamos que la interpretación de las novelas de Scott es bifrontal puesto que si por un lado, durante los últimos años ha emergido un consenso crítico sobre la función de la novela histórica de Walter Scott en la formación de la identidad nacional y de la nación durante el siglo XIX en Gran Bretaña y en el resto de países europeos (Duncan 2002: 81), por otro, *Waverley* se puede descifrar como una

amalgama identitaria europea e internacional que escapa a la ideología opresora del nacionalismo. Según Robert Crawford, si bien Scott impulsó la construcción de las naciones modernas europeas y de las literaturas nacionales, también fue uno de los pocos escritores, junto con Dante, Shakespeare y T. S. Eliot, que contribuyeron a modelar la identidad europea como una identidad integradora, por encima de las fronteras particularistas de cada país. Scott fue sin duda el primer novelista en lengua inglesa consciente de que se dirigía a una audiencia europea (Crawford 2001: 140). Por su parte, Robert Young deja constancia en *Colonial Desire* del desfase existente entre la visión inglesa del pasado entendida en términos fijos, firmes y homogéneos y la representación novelística de la experiencia inglesa como totalmente opuesta, caracterizada por el reconocimiento doloroso de la necesidad de la Otredad. La rigidez identitaria sería entonces el producto de una identidad cuestionada, sometida a situaciones de inestabilidad y cambios bruscos que necesita una reestructuración que contrarreste las fricciones. Las metáforas orgánicas de la identidad proceden de contraindidentidades fragmentadas y disruptivas, de tal manera que la narrativa de las identidades nacionales se desarrolla en paralelo a una narrativa de hibridación a la que oprime y mantiene sojuzgada (Young 1995: 2-4).

Aunque aceptamos la idea de que la finalidad literaria de *Waverley* fue claramente pro-Unionista y simultáneamente nacionalista, sostenemos también que concibió la obra con propósitos añadidos. Entre ellos, la fraternidad de la identidad británica con otras identidades continentales en un empeño por romper los límites claustrofóbicos de la identidad nacional y construir una identidad global. El reconocimiento de ambas finalidades literarias y de ambos proyectos identitarios convierte a *Waverley* en una novela determinada por la ambigüedad y la contradicción, una contradicción inherente como se ha explicado más arriba, al propio autor y que

incluso cuestiona el propio concepto de la novela histórica como género forjador de la nación y del nacionalismo. Si uno de los principales postulados nacionalistas procede de la exclusividad de los afectos y las lealtades a la nación, ¿a qué nación se refiere Walter Scott, a la escocesa, cuyo papel reivindica y ensalza dentro de la Unión o a la nueva nación, Gran Bretaña? ¿No demostró en múltiples ocasiones su fidelidad al nacionalismo escocés por encima del nacionalismo británico?

Aunque Scott fue un autor incoherente por excelencia y este es uno de los rasgos que enriquece su producción y que la hace al mismo tiempo tan atractiva, somos conscientes de la dificultad de conjugar dos visiones tan sumamente contrapuestas como son el nacionalismo y el cosmopolitismo. Aún así, hemos hallado respuesta a esta disyunción en la teoría de Antonin Artaud (1896-1948). En su obra *Mensajes revolucionarios* (1936), Artaud distingue claramente entre dos tipos de nacionalismos, el cultural y el político: “Porque existe el nacionalismo cultural que afirma la calidad específica de una nación y de las obras de una nación y las distingue. Este nacionalismo es irreprochable, y existe el nacionalismo que se puede llamar cívico y que bajo su forma egoísta, se resuelve en chauvinismo y se traduce en luchas aduaneras y en guerras económicas, cuando no, en guerra total” (Artaud 1973: 99). En *Nosotros y los Otros*, Todorov menciona esta distinción explicando que los nacionalismos basados sobre estas consideraciones no sólo son divergentes sino definitivamente opuestos: “El nacionalismo cultural, es decir, el apego a la propia cultura, es una vía que conduce hacia lo universal al profundizar la especificidad de lo particular dentro de lo cual se vive. El nacionalismo cívico, tal como lo evoca Artaud, es una elección preferencial del país de uno contra los demás países; una elección y, en consecuencia, un acto antiuniversalista” (Todorov 1991: 204). Es más, como dice Todorov en *Cruce de culturas y mestizaje cultural* citando a Goethe, no es necesario rehuir el particularismo

sino ahondar en él para alcanzar lo universal dado que “en cada particularidad, tanto si es histórica o mitológica como si procede de una fábula o ha sido inventada de manera más o menos arbitraria, se verá cada vez más brillar y transparentarse lo universal a través del carácter nacional e individual” de lo que se sigue que “hay que aprender a conocer las particularidades de cada nación, con el fin de aceptarlas, que es precisamente lo que permite entrar en intercambio con ella [...]” (Goethe, en Todorov 1988: 25).

Estas reflexiones nos permiten etiquetar a Scott como un “genuino” nacionalista cuando sus reivindicaciones son las propias de un nacionalismo político y como un cosmopolita cuando éstas son las propias del nacionalismo cultural. Diferenciamos así entre la cultura y los Estados puesto que si bien todos estamos insertos en una comunidad cultural que comparte desde siglos una misma lengua, memoria y costumbres, también lo estamos en una comunidad política con deberes y obligaciones para todos los ciudadanos. Desde esta óptica, el nacionalismo cultural del que habla Artaud no es un nacionalismo excluyente sino universal en el sentido de que reconoce la riqueza cultural no sólo propia sino ajena a pesar de su inclusión en un Estado que cataloga a la cultura como nacional y la subordina a los dictados de la política. La cultura es por ello universal y las manifestaciones culturales de las naciones son múltiples y diversas, mientras que la política en su acepción cívica prioriza a los nativos por oposición a los Otros y en consecuencia, el patriotismo. Aunque la nación como cultura coincide en parte con la nación como Estado precisamente porque la cultura nacional permite la autonomía política y ésta a su vez, la expansión de la conciencia cultural de la nación, según Todorov “los conceptos propiamente dichos son independientes y, en cierta medida, opuestos, ya que lo universal es lo contrario de lo particular” y ni la cultura tiene por qué ser nacional ni el Estado ser el garante de la

supervivencia de una cultura (Todorov 1991: 106). La distinción de Artaud nos recuerda que los conceptos no son perniciosos en sí mismos sino que se hallan sujetos tanto a la interpretación como a los intereses a los que sirven. Los particularismos pueden ser disimilarmente concebidos “no de forma absolutista, sino de forma pragmática, no cerrados sino abiertos, recomendables en determinadas situaciones, sin que por ello se excluyan o incluso se condenen otros caminos” (Welsch 2008: 130). Al fin y al cabo, la fraternidad entre el patriotismo y el cosmopolitismo fue a lo largo del siglo ilustrado una constante hasta que el significado del patriotismo se modificó ganando en profundidad y fervor emocional. Si a mediados del siglo XVIII el patriotismo entrañaba el interés por el bien público y la ley ilustrada, el patriota era el defensor de un gobierno recto y un amigo altruista de la libertad y de la humanidad, y la patria era un concepto ideal más que geográfico, perteneciente al ámbito de la moralidad cívica y no al de la exclusividad nacional, a finales de siglo el término patriota perdió su serenidad y descendió al entorno del pueblo llano amenazando revolucionariamente al orden establecido (Kohn 1967: 456-57).

En tanto en cuanto las palabras de Artaud nos han sido útiles para favorecer la transición entre el nacionalismo y el cosmopolitismo y avalar nuestra hipótesis sobre el universalismo, a partir de ahora nos centraremos en este último por ser la energía que invade *Waverley*, que posibilita la comprensión del texto como una fuente de respeto y de admiración por otras culturas y otros seres humanos y que rememora la reflexión de Ernest Renan:

This exclusive concern with language, like an excessive preoccupation with race, has its dangers and its drawbacks. Such exaggerations enclose one within a specific culture, considered as national; one limits oneself, one hems oneself in. One leaves the heady air that one breathes in the vast field of humanity in order to enclose oneself in a conventicle with one's compatriots. Nothing could be worse for the mind: nothing could be more disturbing for civilization. Let us abandon the fundamental

principle that man is a reasonable and moral being, before he is cooped up in such and such a language, before he is a member of such and such a race, before he belongs to such and such a culture. Before French, German, or Italian culture there is human culture. (Renan 1990: 17)

Puntualizamos una vez más que este universalismo no es sinónimo de etnocentrismo, en el sentido de que una cultura a la que se considera superior se exporta y se impone universalmente sobre el resto de las culturas por su inferioridad y supuesta involución, sino empatía y admiración por todas las culturas y por el espacio que ocupan en el mundo. Es decir, que el reconocimiento de la riqueza de la propia cultura nos conduce a reconocer esa misma cualidad y calidad en el resto de culturas y a no verlas como enemigas sino como compañeras.

Es por este motivo por el cual nuestra interpretación de la novela hace prevalecer una visión múltiple de la realidad y de la identidad siendo ésta el corolario natural de las experiencias humanas por oposición a las nociones nacionalistas absolutas de la pureza identitaria y cultural. Entroncamos así con el pensamiento del filósofo Ernst Troeltsch (1865-1923) expresado en *The Absoluteness of Christianity and the History of Religions* (1902): “Absoluteness is a universal characteristic of the naive way of thinking” (Troeltsch 2006: 132). La absolutización es sinónimo de etnocentrismo, ideología que defiende la supremacía de una cultura y de una raza sobre el resto, que eleva indebidamente a la categoría de universales los valores de una sociedad y que identifica estos valores con *los* valores de la humanidad. De este modo lo que empieza por ser una pretensión particularista se convierte en una pretensión universal marcada por la imposición y la intolerancia frente a otras culturas (Todorov 1991: 21-22, 25). Nuestra interpretación de *Waverley* desarma exactamente la visión de las culturas como absolutos y su tendencia a batallar; como afirma Josep M. Esquirol, “si el encuentro entre culturas adquiere la forma de la guerra --real o metafórica-- es porque una o ambas

de las *identidades-mundos* que se encuentran se entienden a sí mismas implícita o explícitamente como absolutos; y los absolutos sólo pueden encontrarse como recíprocos oponentes” (Esquirol 2005: 41).

Desde nuestra óptica interpretativa, el modelo identitario que Scott ofrece emana de dos procesos recíprocos, la interculturalidad y la hibridación. Antes de focalizar la atención sobre esta identidad global que es la suma de numerosas identidades previas y que está integrada por diferentes niveles en función del grado de interacción, detengámonos en la base de la misma, la interculturalidad.

El objetivo prioritario de Scott consiste en limar las hostilidades internas de Gran Bretaña no sólo entre los propios escoceses sino entre escoceses e ingleses pero también en desgastar la equivalencia exclusivista entre Gran Bretaña e Inglaterra para reemplazarla por una unión equilibrada de cooperación entre Escocia e Inglaterra. Según Robert Crawford, “its concern with Britishness is very much about Britain as a full cultural amalgam, rather than about Britain as a synonym for England” (Crawford 1992: 115). En efecto, lo que resulta innegable es que Scott fue uno de los escritores escoceses que reivindicaron un sentido de la Britanidad en el que Escocia debía tener mayores atribuciones, hecho que le ha catalogado como un nacionalista escocés. Sin embargo, aunque la idea de buscar la reconciliación entre las regiones de Gran Bretaña puede parecer contradictoria con nuestro enfoque postmoderno porque se asemeja a la búsqueda de unidad nacional, no lo es por el hecho de que nosotros no respaldamos la idea de la pureza en ningún campo ni el esfuerzo nacionalista por desestimar las rivalidades intestinas de Gran Bretaña, ofreciendo una imagen de la misma completamente opuesta. Nuestro objetivo es desenmascarar la ficción nacionalista impuesta por el proyecto británico e imperialista y desmaquillar la realidad para examinarla de modo natural. Por otra parte, ese intento de unificación nacional no es

nada negativo puesto que la estabilidad propia de un país facilita las relaciones con otros países y la calidad de las actitudes hacia éstos. Desde este marco, es totalmente lógico que Scott persiguiera la pacificación interior sin que ello tenga que estar asociado a connotaciones nacionalistas.

En consecuencia, Scott aboga por una revisión práctica del Tratado de Unión que saque de la marginalidad a Escocia y le conceda el mismo protagonismo que a Inglaterra. Es en esta búsqueda de la paridad entre regiones dentro de un mismo país donde Scott reclama la preservación de la diferencia cultural frente al carácter erosionador de las diferencias internas por parte del nacionalismo británico. Según Robert Crawford, *Waverley* es una novela multicultural que persigue la construcción de una unidad cultural ecléctica como es Gran Bretaña mediante la protección de las culturas pertenecientes a esa unidad (Crawford 1992: 130). Sin embargo, el tipo de comunidad que defendemos que Scott representa no es una nación fundada sobre el rechazo a los Otros y su explotación, como en el propio caso de Escocia sino una comunidad erigida sobre el respeto.

La interculturalidad es por lo tanto el fruto de ese intento por acortar las distancias y las rivalidades entre Escocia e Inglaterra y por esculpir una identidad dinámica y abierta. La ruptura con los antagonismos forjada sobre los prejuicios conduce a un diálogo intercultural que excluye el choque irreconciliable entre las culturas para concebirlas no como una confrontación sino como un espacio de reciprocidad. Tal y como argumenta Anthony Pim: “In historical terms, we might freely concede that all languages are formed from translation, and that all cultures come from intercultures, loosely defined” (Pim 2000: 4).

Respaldamos la idea de que *Waverley* es un alegato de la interculturalidad por oposición a la pluralidad y a la multiculturalidad. Ésta última implica la coexistencia de



dos o más culturas dentro de un mismo entorno que no mantienen contactos mutuos y donde cada una de ellas conserva sus estilos y modos de vida. Sin embargo, si la multiculturalidad alude a una sociedad plural fundada sobre la paz y el respeto hacia las demás culturas, no incluye entre sus principios ni la plena tolerancia hacia los derechos de otras expresiones culturales ni el enriquecimiento de la fusión cultural. Esto quiere decir que el multiculturalismo se limita a ser una yuxtaposición cultural que no aviva ni el diálogo profundo ni el encuentro, sino que confina a las comunidades en sus dogmas etnocéntricos. Además, no alude a una transgresión de las fronteras sino que parte del reconocimiento de las mismas. El multiculturalismo perpetúa el modelo cultural clásico del nacionalismo al considerar a las culturas como islas que se ignoran y menosprecian, fortaleciendo la germinación de identidades regresivas. De ahí que se deba ser cauto con el multiculturalismo porque es un pensamiento que fomenta la dominación.

Entre los dos extremos del vector ocupados por el nacionalismo y el multiculturalismo encontramos como postura intermedia el pluralismo cultural y la interculturalidad. No obstante, si bien el pluralismo añade al multiculturalismo su reconocimiento por la diversidad cultural, no alude a una dialéctica entre las culturas sino a un fenómeno estático de tal manera que tanto la multiculturalidad como la pluriculturalidad se limitan a designar estados.

La interculturalidad afirma la imposibilidad de concebir una cultura desconectada de otras expresiones culturales dado que la identidad nace al tomar conciencia de la diferencia. Si bien la condición *sine qua non* de la evolución cultural procede de la interculturalidad y por ello, de la valoración de los encuentros culturales, existen igualmente sociedades con tendencia al aislamiento. De estas dos posturas surgen a su vez los fenómenos de la xenofilia y la xenofobia, es decir, “la pasión por lo

exótico, el deseo de evasión o el cosmopolitismo” o “las doctrinas de la *pureza de sangre*, el elogio del enraizamiento y los cultos patrióticos” (Todorov 1988: 22).

La interculturalidad sobresale como un diálogo e interrelación que fomenta el mestizaje pero también la preservación de rasgos de la cultura original y que provoca la desaparición de los prejuicios y las jerarquías en un movimiento de apertura hacia el Otro. Por ello, el prefijo *inter* de la interculturalidad no implica una alineación de culturas sino un ir hacia y una búsqueda de conexión (Escarbajal y Escarbajal 2004: 1-50). El término habla de intercambios “entre culturas”, fundamentalmente entre dos, gracias a los cuales las culturas interactúan y se comunican fracturando las líneas entre la cultura propia y la cultura ajena para dar paso a un tercer espacio de doble conciencia que reproduce tanto la dinámica del acercamiento como la del rechazo (Sanz Cabrerizo 2008: 20-21, 34, 53). Walter Scott fue un claro ejemplo tanto de este tercer espacio como de identidad cultural con guión. Ramón Panikkar sostiene que “la filosofía intercultural es algo más que una conversación entre vecinos. Representa la incursión por una tierra y un cielo desconocidos donde vive el extranjero” (Panikkar 2002: 28).

Sin embargo, si la interculturalidad es sinónimo de contacto prioritariamente entre dos culturas, ¿qué proceso se desencadena cuando la interrelación cultural no se limita a dos entidades sino a varias? La consideración por otras culturas nos introduce en otro nivel más profundo de la mencionada identidad global que arroja luz sobre la idea de que en última instancia nuestra cultura está sometida a un continuo cruce de culturas y de que el flujo de las influencias es imparable e imperceptible. Esta idea no resulta nada sorprendente siempre que se desmitifique la historia del Imperio británico y de sus manipulaciones religiosas, nacionales o imperialistas que condujeron a la supremacía de Gran Bretaña como potencia europea y a la homogeneización de la identidad británica para mostrar la contra-historia imperialista subyacente de la

hibridación y la fusión cultural entre Europa, América, África y Asia. En este contexto, el tema de la interculturalidad se transforma en el tema de la hibridación al ampliar considerablemente sus miras hacia otras culturas y cuestionar uno de los pilares del nacionalismo, el principio de la pureza como fundamento de la identidad esencialista:

Hybridization is an antidote to the cultural differentialism of racial and nationalist doctrines because it takes as its point of departure precisely those experiences that have been banished, marginalized, tabooed in cultural differentialism. It subverts nationalism because it privileges bordercrossing. [...] If modernity stands for an ethos of order and neat separation by tight boundaries, hybridization reflects a postmodern sensibility of cut'n'mix, transgression, subversion. (Pieterse 2004: 53)

Según este autor en *Globalization and Culture: Global Mélange*, el proceso de hibridación, que afecta a naciones, culturas, etnias, clases o géneros tiende a diluir la solidez de las fronteras que las distancian y a desestabilizar las relaciones jerárquicas de poder entre el centro y la periferia. En los estudios postestructuralistas y postcolonialistas, los términos hibridación y sincretismo se consideran conceptos clave por su antagonismo hacia nociones esencialistas de la identidad y de la cultura inherentes al nacionalismo romántico, al racismo o a la etnicidad. Si bien la tematización y el enfoque de la simbiosis cultural como discurso procede de 1980, esta práctica se remonta muy atrás en el tiempo dado que los desplazamientos de población, el comercio internacional, los contactos interculturales o los matrimonios cruzados, como se aprecia en las novelas de Scott, han prevalecido a lo largo de la historia. Sin embargo, en paralelo a esta tendencia se desarrolló otra, coligada con el poder y con los discursos oficiales, que convirtió a la pureza de los orígenes en el epicentro de la religión, del lenguaje, de la nación, de la raza, de la cultura, de la clase social o de los géneros: la perspectiva hierática se ofuscó con los orígenes sagrados, la patriarcal con la

rigidez de los límites entre los géneros, la aristocrática con la pureza de sangre, la filológica con la identificación entre la lengua y el genio del pueblo, la racial con el rango de las razas, etc. y así todas ellas se consagraron a la perpetuación del linaje y de las fronteras (Pieterse 2004). Y es que según Stephen Greenblatt el *modus operandi* del modelo nacional tiende constantemente a retrotraerse hasta los principios donde se localiza la unicidad del espíritu del pueblo (Greenblatt 2002: 55).

El auténtico valor de la hibridación no sólo reside en silenciar las pretensiones puristas de las identidades sino en dar a conocer el riesgo implícito en la delimitación forzada de esas identidades. Por ello pone el acento en la intersección, la transacción y la porosidad de las fronteras:

*I understand for hybridization sociocultural processes in which discrete structures or practices, previously existing in separate form, are combined to generate new structures, objects, and practices. In turn, it bears noting that the so-called discrete structures were a result of prior hybridizations and therefore cannot be considered pure points of origin.* (García Canclini 2005: XXV)

La hibridación es un argumento que desestabiliza los límites, desproblematiza el “fetichismo de las fronteras que ha marcado gran parte de la historia”, y cuestiona la homogeneidad y los códigos que la sostienen con el fin de revelar la abundancia de la mezcla cultural (Pieterse 2008: 71). Homi Bhabha ha utilizado el término hibridación para designar a las culturas contemporáneas de la inmigración, el contacto interétnico, la descolonización y la diáspora, interpretadas no como un síntoma de degeneración sino como una fuente de vitalidad cultural (Bhabha 2002). El enfoque lingüístico de Bhabha sobre la hibridación ha posibilitado el distanciamiento con respecto a los discursos esencialistas de la identidad, la autenticidad y la pureza cultural.

En “Scotland and Hybridity”, Cairns Craig argumenta que las teorías de la hibridación ponen en peligro el mito de la unidad y de la pureza nacional al apoyar la tesis de que las naciones son dialógicas, confirmando la debilidad constitutiva de la identidad escocesa. Según Craig la nación esencialista nunca se ha correspondido con una unidad singular sino que ha sido un espacio plagado de lealtades antagónicas y de los múltiples nacionalismos pertenecientes a comunidades marginales. Un principio destacado dentro de la teoría de la hibridación es su dependencia de significado con respecto a la ideología nacional; esto quiere decir que la hibridación aflora como un ideario de resistencia ante la negativa a aceptar los orígenes adulterados y que realmente adquiere pleno sentido en oposición a la sugerencia de estas culturas invioladas. La hibridación inherente a Escocia ha permitido a los críticos distanciar la escritura escocesa de la pureza de las tradiciones inglesas, y utilizarla como arma de resistencia postcolonial ante el Imperialismo inglés. Esta corriente supuso por lo tanto un ataque frontal a la teorización de la evolución racial de Robert Knox (1791-1862) que se divulgó en Edimburgo entre los años 1820 y 1830, posteriormente recogida en *The Races of Man* (1850), y que enunciaba la incompatibilidad de las razas, la necesidad de esquivar la mezcla racial, signo de esterilidad y degeneración, y la separación de las trayectorias históricas entre razas para preservar la pureza:

To me the Caledonian Celt of *Scotland* appears a race as distinct from the Lowland Saxon of the same country, as any two races can possibly be: as negro from American; Hottentot from Caffre; Esquimaux from Saxon. But statesmen, historians, theologians, have not only refused to acknowledge the importance of this fact; they have gone further; they have denied its existence, and purposely falsified history: the fact has been carefully excluded from the high educational institutions of the country. (Knox 1850: 18)

Desde esta perspectiva, la hibridación amenazó gravemente la cultura escocesa al comprometer la integridad de los orígenes celtas como pretexto ante la soberanía inglesa (Craig 2004: 229-53).

*Waverley* pone de manifiesto que la conexión intercultural e interlingüística converge en una identidad integradora fundamentalmente europea y cosmopolita que transgrede tanto las barreras impuestas al pensamiento que condicionan la libertad como las barreras nacionales. Paradójicamente, Scott describió este patrón identitario en un momento histórico extremadamente delicado para Gran Bretaña por su hostilidad con Francia.

Si en un sentido lato recurrimos al término cosmopolita para designar a cualquier persona que se desplaza por el mundo, *strictiore sensu*, el cosmopolita es aquél que se sumerge en una pluralidad de culturas y que busca voluntariamente el compromiso con el Otro, de tal manera que su actitud se basa en una apertura intelectual hacia otras experiencias culturales que contrasten con el predominio de la uniformidad. Esto significa que el nomadismo no basta para definir a un cosmopolita dado que existe una divergencia clara entre éste y un mero turista o un exiliado, siendo un requisito imprescindible el deseo de inmersión en la otra cultura. En *Waverley* asistimos a una transición desde la condición de Waverley como turista, simple espectador movido por la curiosidad con el que la gente local no se ve empujada a mantener ningún contacto a cosmopolita, afanoso por participar en la cultura escocesa, especialmente *Highlander*. Quizá el precio que estos cosmopolitas deben pagar tras sus incursiones en otras culturas es su entrada en un nuevo espacio en el que no se encuentran cómodos en su ámbito nativo y en el que los habitantes de la localidad le consideran como uno de ellos y al mismo tiempo como un extraño (Hannerz 1996: 102-11).

En el artículo “Walter Scott and European Union”, Robert Crawford expone la idea de que desde el comienzo de su carrera novelística, Scott fue consciente no sólo de la formación de la identidad desde la perspectiva escocesa y británica, sino también desde la perspectiva europea. Recordemos simplemente que su matrimonio con Charlotte Charpentier, francesa de nacimiento, fue una unión europea. Asimismo, la recepción de la producción de Scott por toda Europa permite hablar de Scott y de la unidad europea dado que su poesía, pero particularmente sus novelas históricas, fueron cruciales en el modo en que Europa imaginó sus partes integrantes y los vínculos entre ellas. Por ello este crítico sugiere que si a menudo se ha interpretado la ficción de Scott como un instrumento reconciliador entre las regiones constituyentes del Reino Unido, no es menos cierto que este enfoque limita considerablemente su creatividad, especialmente si se tiene en cuenta que durante la última década de su vida buscó trascender la relación entre Escocia y Gran Bretaña para subsumirla en la relación con Europa. De entre todos los países europeos prestó mayor atención a Francia, el enemigo por excelencia de Gran Bretaña, a quien dedicó más páginas que probablemente ningún otro escritor, para buscar una reconciliación entre ambos países tras tantos años de contienda. Prueba de ello fueron sus novelas históricas *Quentin Durward* (1823), *Anne of Geierstein* (1829), *Count Robert of Paris* (1832) y la biografía de Napoleón, *Life of Napoleon Buonaparte* (1827), aparte de las múltiples ocasiones en las que el mundo francés irrumpe indirectamente en sus novelas. Simultáneamente en otras novelas como *The Betrothed* (1825) y *The Talisman* (1825) narró la cohesión entre diversos países europeos en su lucha común durante las Cruzadas (Crawford 2001: 137-52).

En *Waverley* Scott acerca la cultura francesa a la cultura británica y lo hace tanto de un modo atractivo a través de la comicidad del Barón Bradwardine y de la elegancia y refinamiento de Fergus y Flora, como de un modo exótico. De la misma manera que

inserta retazos de la cultura italiana, española o latina a través de las citas y de ciertos términos que convierten a *Waverley* en una especie de pastiche.

En la misma línea que Robert Crawford, destaca Michael Simpson con el artículo “Wavering on Europe: Walter Scott and the Equilibrium of the Empires” en el que analiza *Waverley* como una reestructuración de Europa a la luz de la finalización de las guerras napoleónicas y de los esfuerzos por reconstruir Europa. Si la crítica reciente ha considerado que *Waverley* retrata un proceso de edificación nacional mediante la colonización interna de Escocia fruto del Imperialismo británico, Simpson argumenta que la nación, el Imperio y el continente fueron los tres lados del proyecto literario de Scott y que ninguno de ellos puede entenderse plenamente sin hacer alusión a los otros. Así, la audiencia de Scott fue capaz de imaginar el mapa de Europa al leer sincrónicamente sus novelas (Simpson 2005: 127-42).

Estas ideas trasladadas a la novela nos hacen ver que si en un primer momento, se decide que Edward debe completar su formación con el *Grand Tour*, el miedo a las tramas jacobitas extendidas por París y Roma determinan a su padre a enviarle a Escocia donde curiosamente, no sólo va a tomar contacto directo con el Jacobitismo sino con Francia y con el continente. De este modo, la opción paradójicamente más segura termina por ser la más peligrosa. A su vez, la entrada en Escocia espeja dos hechos históricos: por un lado, el bloqueo continental que Napoleón impuso y que evitó a muchos británicos viajar a Europa y por otro, la afinidad ideológica entre Escocia y Francia tanto pasada, la *Antigua alianza*, como reciente.

Si el nacionalismo postulaba la uniformidad cultural y lingüística y ello conllevaba la desaparición de modos de vida y de pensamiento alternativos, Scott recupera mediante el viaje de *Waverley* la idiosincrasia de otras identidades, de



inconmensurable valor desde un punto de vista antropológico. Al abogar por esta interpretación intercultural e híbrida de la identidad afirmamos que Scott quiere reconciliar la cultura escocesa con la cultura inglesa y por extensión con otras culturas. En suma, una ideología de acercamiento y de respeto entre culturas para mostrar que una persona puede experimentar diversas lealtades sin que ello implique traición a ciertos valores. Como enuncia el historiador Esmé Wingfield-Stratford (1882-1971):

[...] a patriotism straightforward, tolerant, and joyous, that can mourn for the clans of Culloden and yet support King George III; that can oppose the policy of Fox and yet record with pride that he died a Briton. [...] In his nature descriptions, he helped to plant a love of the soil, not of Scotland alone, but of Britain; for there are few Englishmen who read of Scott's mountains and heaths who do not regard them as being, in a sense, their own inheritance. (Wingfield-Stratford 1913b: 126)

Scott propone un prototipo de identidad abierto y flexible, que ensalza la diversidad sin contemplarla como una entidad hermética que evita cualquier tipo de contacto con el exterior para salvaguardar su singularidad. Nuestra lectura de Scott sugiere que el individuo debe encontrar un equilibrio entre su cultura y las culturas alogenas, entre la diferencia como ingrediente que debe rescatarse y la hibridación como fenómeno que enriquece nuestra cultura sin llegar a aniquilarla. De ahí que la mezcla cultural aluda a una política de la integración que no excluye ni mengua la diferencia cultural sino que la perpetúa a través de una espiral de entrecruzamientos que alejan en su diferenciación y aproximan en su similitud. En definitiva, una identidad que valora la propia cultura así como la apertura hacia el resto de las culturas, que es consciente de la necesidad de la diversidad pero también de la unidad.

Nuestro objetivo a través de esta teorización en *Waverley* es fracturar las categorías binarias, la artificiosidad de las fronteras culturales e identitarias, los

términos excluyentes y absolutos de la yoidad y la alteridad para tender un puente entre la yoidad y la diferencia como respeto y admiración por el Otro, y adherirnos al sincretismo de las experiencias, de la historia y de los orígenes de la especie humana. Y esto es justamente lo que Scott retrata a través de su protagonista, la argumentación de que los cimientos de todas las naciones son difusos y de que la impermeabilidad cultural del nacionalismo encubrió la identidad multiétnica de Inglaterra a lo largo de su historia como fruto de la amalgama de celtas, sajones, anglos, daneses, romanos o normandos. Como puntualiza Benedict Anderson, resulta significativo el hecho de que ninguna dinastía inglesa haya gobernado el Imperio británico desde el siglo XI sino que hayan sido los normandos (Plantagenet), los galeses (Tudor), los escoceses (Estuardo), los holandeses (Casa de Orange) y los alemanes (Hanover) los que hayan llevado las riendas del país (Anderson 1993: 123). Como se ha comentado anteriormente, el recurso que utiliza Scott para expandir los binarismos es el viaje mediante el cual el protagonista sirve de nexo entre las diferentes culturas y lenguas. En cuanto a éstas últimas, *Waverley* se caracteriza por fusionar la lengua inglesa que preside la redacción de toda la novela y que es la voz autorial, y la lengua de las *Lowlands* y de las *Highlands*.

Las lenguas tienen un protagonismo excepcional en la caracterización de los personajes puesto que tanto la región de las *Lowlands* como la de las *Highlands* conoce y maneja otras lenguas aparte de la suya. La inmersión en la cultura escocesa quiebra completamente el horizonte de expectativas de los lectores ingleses dado que el pueblo escocés, particularmente la supuesta comunidad primitiva y salvaje de las Tierras Altas, resulta ser una comunidad intelectualmente desarrollada gracias a su apertura hacia otras culturas. El viajero no se encuentra ante una identidad hermética y endogámica

sino ante una identidad intercultural, cuya marca definitiva reside en la presencia compartida de la lengua inglesa y escocesa.

En el artículo “Multilingualism, language contact and translation in Walter Scott’s Scottish novels”, Fernando Toda sostiene que en sus novelas de tema escocés, Scott expuso el panorama multilingüe y multidialectal de Escocia implicando que el Reino Unido era sinónimo de una sociedad multilingüe y multicultural en la que los británicos debían concienciarse de esa amalgama lingüística y cultural para reforzar la unidad mediante la diversidad y preservar la identidad nacional. Según Toda, la representación de la variedad lingüística en las novelas de Scott responde a un propósito político-didáctico, fiel reflejo de las tensiones históricas tanto entre Inglaterra y Escocia como entre las Tierras Altas y las Tierras Bajas. Si bien las diferencias lingüísticas apuntan a las diferencias económicas o sociales de los personajes, también contribuyen a constatar la necesidad de una reestructuración integral en el marco de la nueva nación multicultural para admitir al Otro y a su cultura.

Las cuatro lenguas que hacen acto de presencia en las *Waverley novels* son el inglés estándar; el *Highland Scots* o la lengua escocesa que hablan los *Highlanders* cuya lengua materna es el gaélico; el escocés gaélico que apenas aparece en las novelas y por último, el *Lowland Scots* o lengua de las Tierras Bajas de Escocia con orígenes comunes a la lengua inglesa y que fue la evolución que siguió el Inglés antiguo dentro de Escocia. Si el Inglés antiguo tomó un rumbo diferente en Escocia ello se debió a la existencia separada de dos cortes reales, una en Londres y otra en Edimburgo en las que se empleaba un lenguaje diferente, situación a la que se puso fin con la unión de las dos coronas en 1603 y con el Tratado de Unión de 1707, conducente a la subordinación del *Scots* con respecto al inglés (Toda 2005: 123-38). Según Janet Sorensen, el *Scots* es visto como un lenguaje que denota pureza y honestidad porque todavía conserva su

raigambre rural y tradicional por oposición al inglés y a su carácter frío y urbano, propio del Capitalismo y de la Industrialización. La lengua escocesa de las *Lowlands* se identifica con la oralidad, sinónimo a su vez de la intimidad y la calidez de los sentimientos. Sin embargo, su relegación a la privacidad y a la domesticidad cataloga al *Scots* como una lengua inferior, inadecuada para expresar pensamientos y sentimientos más elevados y para ejercer autoridad (Sorensen 1999: 66, 69). Ésta es la misma idea que subraya Graham Tulloch cuando afirma que Scott elevó la categoría de la lengua escocesa gracias a su utilización dentro de las novelas como modelo lingüístico durante el siglo XIX, pero que ello implicó a cambio un alto precio: por un lado, al limitar su uso a los diálogos, la lengua escocesa se convirtió en sinónimo de lengua informal y cotidiana y por otro, determinó su posición como dialecto local en vez de lengua nacional. La reducción en la aplicación del escocés a los diálogos frente al inglés que aparecía en diálogos y narraciones, era sintomática de la inferioridad de la lengua escocesa (Tulloch 1980: 181). Esto equivale a admitir una jerarquía de lenguas y en consecuencia de identidades que no están en consonancia con la supuesta armonía de la unidad nacional británica. Justamente el empeño de Scott por incluir la lengua escocesa en sus novelas y por reivindicar su presencia en la nueva estructura nacional delata una realidad en la que la lengua inglesa seguía ocupando un puesto privilegiado. Recordemos que Scott fue pionero en utilizar el *Scots* en la ficción aunque anteriormente Robert Fergusson, Allan Ramsay y Robert Burns ya habían recurrido a la lengua vernácula escocesa en sus poemas.

Para empezar, el Barón sorprende por “his language and habits were as heterogeneous as his external appearance” (Scott n.d.: 41) debido a la fusión entre la cultura angloescocesa, dado que maneja tanto el inglés estándar como el *Lowland Scots* y la cultura francesa; su modo de comportarse abrazando a Waverley “à-la-mode

*Françoise*” y su discurso plagado de términos latinos y franceses muestran una identidad híbrida, fruto de las circunstancias históricas. Como Waverley dice: “The Baron of Bradwardine sung French *chansons-à-boire*, and spouted pieces of Latin” (Scott n.d.: 48).

Por su parte, Rose ha recibido una educación plural: “Her father had taught her French and Italian, and a few of the ordinary authors in those languages ornamented her shelves. He had endeavoured also to be her preceptor in music; [...] she had made no proficiency farther than to be able to accompany her voice with the harpsichord; but even this was not very common in Scotland at that period” (Scott n.d.: 59) y además no pone frenos a la misma sino que le pide a Waverley que le preste sus libros para seguir aprendiendo: “Miss Bradwardine [...] attached herself to the opportunities of increasing her store of literature which Edward’s visit afforded her. [...] The best English poets, of every description, and other works on belles lettres, made a part of this precious cargo” (Scott n.d.: 66). Esta situación se repite con otros personajes como Fergus y Flora MacIvor quienes han sido educados de acuerdo con principios híbridos que incluyen autores nativos, italianos y franceses.

Al igual que el Barón y Donald Bean Lean, Flora fusiona modos de vida franceses y *Highlander*: “But there was no appearance of this parsimony in the dress of the lady herself, which was in texture elegant, and even rich, and arranged in a manner which partook partly of the Parisian fashion, and partly of the more simple dress of the Highlands, blended together with great taste” (Scott n.d.: 101) y posee una formación híbrida: “When settled in the lonely regions of Glennaquoich, she found that her resources in French, English, and Italian literature, were likely to be few and interrupted; and in order to fill up the vacant time, she bestowed a part of it upon the music and poetical traditions of the Highlanders [...]” (Scott n.d.: 103). Pero las

habilidades de Flora no acaban ahí dado que destaca también por su labor como traductora en el clan, moviéndose entre dos lenguas, la gaélica y la inglesa, todo un ejemplo de identidad porosa. De ella dice Fergus: “I have told him you are eminent as a translator of Highland poetry [...]” y la propia Flora comenta a Waverley “If you will give me a few moments for consideration I will endeavour to ingraft the meaning of these lines upon a rude English translation [...]” (Scott n.d.: 105, 107).

Entre otros personajes, nos encontramos con Evan Dhu que actúa como traductor ante Waverley no sólo lingüístico sino también cultural ayudándole a entender lo que ocurre a su alrededor, y con Alice, hija del *Highlander* Donald Bean Lean, quien termina por aprender *Lowland Scots* como medio para romper el aislamiento lingüístico del clan e iniciar así una relación de amistad con Rose Bradwardine: “Alice, who could now speak a little English, was very communicative in return for Rose’s kindness, [...]” (Scott n.d.: 313). Otro caso de contacto lingüístico es el bilingüismo de Janet Gellatley, sirviente de Rose, quien habita en las *Lowlands* y habla su lengua pero al mismo tiempo ha sido educada en el escocés gaélico de su madre.

Las lenguas juegan un papel tan significativo en *Waverley* que el fracaso de la comunicación comporta un riesgo para las vidas humanas: “The word was given in Gaelic to fling themselves upon their faces; but Waverley, on whose English ears the signal was lost, had almost fallen a sacrifice to his ignorance of the ancient language in which it was communicated” (Scott n.d.: 118). La inteligibilidad lingüística es también un signo de distanciamiento y de desconfianza:

He could hear, too, the well-known word given in the English dialect, by the equally well-distinguished voice of the commanding-officer, for whom he had once felt so much respect. It was at that instant, that, looking around him, he saw the wild dress and appearance of his Highland associates, heard their whispers in an uncouth and unknown language, looked upon his own dress, so unlike that which he had worn

from his infancy, and wished to awake from what seemed at the moment a dream, strange, horrible, and unnatural. (Scott n.d.: 226-27)

Como sugiere Stefan Thomas Hall, éste es el momento en el que Edward “finally ‘hears’ the difference between himself and the Highlanders, finally recognizes that he is not one of them and cannot understand their culture nor, in essence, their motives for going to war” (Hall 2003: 89). Hall sostiene que tanto el lenguaje como la identidad de Waverley permanecen íntegramente ingleses a pesar del amor por sus amigos de las *Highlands* (Hall 2003: 89).

Con la inclusión de canciones y palabras en francés, Scott obliga al lector a vivenciar una lengua que para Inglaterra era sinónimo de enemiga especialmente en un momento histórico en el que la guerra contra la Francia de Napoleón no había aún concluido. Lo novedoso de *Waverley* es que es una novela educacional mediante la cual su protagonista se introduce en Escocia tomando un contacto directo con el *Lowland Scots*, *Highland Scots* y el escocés gaélico, amalgamando así las cuatro lenguas de Gran Bretaña, aparte de la francesa y la italiana que domina por su conocimiento de las principales obras literarias. Y es que como afirma Bajtin: “Es necesario que el plurilingüismo inunde la conciencia cultural y su lenguaje, que penetre hasta su núcleo, que relativice y prive de su ingenuo carácter incontestable al sistema lingüístico principal de la ideología y la literatura” (Bajtin 1989: 184). En consecuencia afirmamos, citando a Mark Millington, que Scott traza “el mapa de las ubicaciones principales del intercambio cultural: dentro, fuera, y un *entre* [...]” (Millington 2008: 136).

El estudio de la hibridación lingüística en *Waverley* nos conduce a recuperar la teoría de Bajtin sobre la hibridación expuesta en el cuarto ensayo de *The Dialogic Imagination*. El atributo de la hibridación no resulta en absoluto extraño a la novela

dado que es un género mestizo por naturaleza. Esto significa que la novela como un todo es un fenómeno multiforme estilísticamente y variado discursivamente. El carácter único de la novela en lo que concierne al estilo consiste en la combinación de una serie de unidades subordinadas pero relativamente autónomas dentro de la unidad superior del trabajo en su conjunto: el estilo de la novela procede de la fusión de sus estilos y el lenguaje del sistema de los lenguajes presentes. La novela se puede definir en consecuencia como la diversidad de discursos sociales y la diversidad de voces individuales artísticamente organizadas: el discurso autorial, el discurso del narrador, la plasmación de otros géneros o la voz de los personajes, son las piezas que ayudan a que la heteroglosia invada la novela abonando una multiplicidad de voces sociales y de interrelaciones entre ellas, descubriendo la naturaleza fragmentaria del lenguaje. En cualquier momento de su existencia histórica, el lenguaje demuestra ser íntegramente heterógloto a través de la cohabitación de contradicciones entre el pasado y el presente, entre épocas pasadas, entre diversos grupos socio-ideológicos contemporáneos, y entre tendencias o posturas variopintas. Bajtin define la hibridación como “a mixture of two social languages within the limits of a single utterance, an encounter, within the arena of an utterance, between two different linguistic consciousnesses, separated from one another by an epoch, by social differentiation or by some other factor” (Bajtin 1981: 358). Pero además esa mezcla bilingüe dentro de los límites de un enunciado es un recurso artístico deliberado que refleja la hibridación impremeditada de los lenguajes a nivel histórico, catalogada como uno de los procesos más importantes de la evolución histórico-lingüística en el marco de un dialecto o de un único lenguaje nacional. El autor persigue con ello la representación de dos conciencias lingüísticas pertenecientes a dos sistemas diferentes de lenguaje, dos intenciones lingüísticas, dos voces y por ende, dos acentos que colaboran en un híbrido artístico consciente. En suma, la hibridación



novelística “is an artistically organized system for bringing different languages in contact with one another, a system having as its goal the illumination of one language by means of another [...]” (Bajtin 1981: 361). La descentralización del mundo ideológico y verbal de la novela se lleva a cabo mediante la diferenciación de grupos sociales que interactúan mutua e intensamente con otras comunidades sociales.

Si contrastamos esta definición con el panorama lingüístico en *Waverley* observamos cómo el texto abunda en ejemplos de hibridación lingüística. La heteroglosia lingüística inherente a la novela está ligada a puntos de vista específicos del mundo, a conceptualizaciones divergentes impregnadas de otros valores y significados. Como dice Bajtin, cada uno de los hablantes de una novela es un ideólogo y sus palabras, ideologemas, anunciando la correspondencia entre un lenguaje particular y una interpretación concreta del mundo que lucha por abrirse paso con respecto a otras visiones culturales, sociales e históricas del mismo. Si el propio carácter de la novela es proclive a la hibridación, ésta se refuerza cuando abordamos el análisis de una novela histórica, cuya emulación y fidelidad al periodo histórico empujan al autor a recuperar términos pretéritos, totalmente disonantes para el cuadro lingüístico, social y cultural de una época. Simultáneamente, este cruce de universos históricos se maximiza cuando la historicidad reconstruida pertenece a un entorno geográfico, cultural, y especialmente lingüístico, desconocido.

Scott introduce la hibridación a través de diversas estrategias: 1. Mediante el uso de acepciones poco comunes de vocablos familiares tales como *Gay*= muy, bastante: “But since thou art here, Jacob Jopson will betray no man’s bluid; and the plaids were gay canny, and did not so much mischief when they were here yesterday” (Scott n. d.: 286); 2. Creación de nuevas palabras *Change-house*= pequeña posada: “Like the bra’

Highlander tat's painted on the board afore the mickle change-house they ca' Luckie Middlemass's,' [...]" (Scott n. d.: 217); *goodsire*= abuelo: "'Aye; that is, with the law, or by the law; be strapped up on the *KIND* gallows of Crieff, where his father died, and his goodsire died, and where I hope he'll live to die himself, if he's not shot, or slashed, in a creagh.'" (Scott n. d.: 87); 3. Palabras surgidas de topónimos, *Strathespey*= danza de un pueblo de Moray: "Evan opened the conversation with a panegyric upon Alice, who, he said, was both CANNY and FENDY; and was, to the boot of all that, the best dancer of a strathspey in the whole strath" (Scott n.d.: 87); *Lochaber axe*= hacha del distrito al sur de Inverness: "[...] our hero set forth with a fowling-piece in his hand, accompanied by his new friend Evan Dhu, and, followed by the gamekeeper aforesaid, and by two wild Highlanders, the attendants of Evan, one of whom had upon his shoulder a hatchet at the end of a pole, called a Lochaber-axe," (Scott n. d.: 76); 4. Palabras gaélicas *Clachan*= pueblo con una iglesia normalmente: "The sound of Callum's brogues in his apartment (for Mac-Ivor had again assigned Waverley to his care) was the next note of parting. 'Winna yere honour bang up? Vich Ian Vohr and ta Prince are awa to the lang green glen ahint the clachan, tat they'" (Scott n.d.: 216); *Hanchman*= acompañante: "'Yes--that is, with all his usual followers, when he visits those of the same rank. There is,' he continued, stopping and drawing himself proudly up, while he counted upon his fingers the several officers of his chief's retinue--'there is his *HANCH-MAN*, or right-hand ma'" (Scott n. d.: 77); 5. Palabras del antiguo noruego *Gled*= Milano real: "'[...] he's coming down the close wi' that droghling coghling bailie body they ca' Macwhupple, just like the Laird o' Kittlegab's French cook, wi' his turn-spit doggie trindling ahint him, and I am as hungry as a gled [...]" (Scott n. d.: 206); 6. términos legales; Scott usa el término *baron* en su sentido escocés como propietario de un estado dentro de una baronía perteneciente a la corona en el contexto del feudalismo para

referirse al Barón de Bradwardine. Aunque éste es el término legal correcto, la designación normal en la época habría sido “laird of Bradwardine”. Por último, 7. Mediante la incorporación de palabras desconocidas escocesas, difíciles de asimilar en los diálogos, debido a que muchas de ellas ya eran obsoletas, que aunque reciben una explicación por parte del autor o de otros personajes, sorprenden al lector. El uso de palabras escocesas antiguas vigoriza la diferencia de ubicación temporal y espacial y muestra la imitación por parte de Scott de la realidad de la lengua escocesa. Aunque los diálogos en lengua escocesa son un artefacto literario, como cualquier emulación literaria de un discurso real, y no la transcripción de una conversación auténtica, su base sí procede de la realidad. Su novela es un intento por representar fielmente la lengua escocesa en su manifestación oral (Tulloch 1981: 167). Sirvan como ejemplos:

1. *Hership*= saqueo; *reif*= robo: “Bailie Macwheeble [...] He assured our hero, that ‘from the maist ancient times of record, the lawless thieves, limmers, and broken men of the Highlands, had been in fellowship together by reason of their surnames, for the committing of divers thefts, reifs, and herships upon the honest men of the Low Country, [...]’” (Scott n. d.: 73).
2. *Apprentice*= sirviente: “Waverley’s next request was, that Mr. Macwheeble would dispatch a man and horse to --, the post-town, at which Colonel Talbot was to address him [...] In a moment, the Bailie was in search of his apprentice (or servitor, as he was called Sixty Years since) [...]” (Scott n. d.: 318).
3. *Unfriended*=sin amigos: “This was too much. Beset and pressed on every hand by accusations, in which gross falsehoods were blended with such circumstances of truth as could not fail to procure them credit, --alone, unfriended, and in a strange land, Waverley almost gave up his life and honour for lost [...]” (Scott n. d.: 162).

4. *In their effeir of war*= preparado para la guerra: “[...] it might give matter of reasonable fear and offence to the ruling powers, if they were to collect together the kith, kin, and allies of their houses, arrayed in effeir of war, as was the ancient custom of Scotland on these occasions [...]” (Scott n. d.: 339).
5. *bluid*= sangre: “Edward could collect nothing from him, excepting that the Laird of Balmawhapple had gone home yesterday morning, ‘wi’ his boots fu’ o’ bluid” (Scott n. d.: 63).
6. *cunzie*= moneda: “Now, Donald Bean Lean, being aware that the bridegroom was in request, and wanting to cleik the cunzie (that is, to hook the siller), he cannily carried off Gilliewhackit ae night [...]” Scott n. d.: 89).
7. *spulzie*= saqueo: “The Baron entered at this moment [...] Captain Waverley, I must request your favourable construction of her grief, which may, or ought to proceed, solely from seeing her father’s estate exposed to spulzie and depredation from common thieves and sornars, [...]” (Scott n. d.: 69).
8. *rokelay*= pequeño manto que llevaban las mujeres escocesas en el siglo XVIII: “He took the cloak, however, and proceeding with the provident caution of a spaniel hiding a bone, concealed it among some furze, and carefully marked the spot, observing that, if he chanced to return that way, it would be an excellent rokelay for his auld mother Elspat” (Scott n. d.: 224).
9. *tuilzie*= pelea: “‘Eh, Lord’s sake! D’ye no ken? [...] And he said that little Callum Beg [...] and your honour, were killed that same night in the tuilzie, and mony mae braw men. But he grat when he spak o’ the Colonel, ye never saw tie like.” (Scott n. d.: 301).

Como sostiene Bajtin, la inclusión simultánea de dos lenguas es a su vez la inclusión de dos sistemas de creencias semánticos y axiológicos que se entrecruzan en

una construcción híbrida dando lugar en ocasiones a significados contradictorios. Esto evidencia la oposición de perspectivas, de evaluaciones y acentos, en definitiva una tensión dialógica entre dos lenguas que permite a su vez al autor permanecer como un espectador que no se compromete con una u otra lengua sino que adopta una postura intermedia. La hibridación entraña por tanto un movimiento doble de coalición y de antagonismo, una fuerza que atrae pero que también separa (Bajtin 1981).

El juego de lenguas que Scott despliega en *Waverley* responde a la controversia del momento histórico. El prestigio de la lengua inglesa procedió de la localización del centro de gravedad imperial en Inglaterra, hecho que obligó a todos aquellos escoceses deseosos de incorporarse al Imperio británico a aprender a desenvolverse con éxito en las estructuras de poder imperiales. Este proceso no sólo implicó la adaptación coercitiva de Escocia, la periferia, a las normas culturales y lingüísticas inglesas como una pieza dentro de la absorción imperial, sino a la disolución de la propia identidad cultural escocesa. Como argumenta Peter Burke, la lengua se convirtió en ese momento histórico, como en muchos otros, en una expresión de poder, en una “forma de hacer, [...] un medio que tienen individuos y grupos para controlar a los demás o para resistir a tal control, un medio para modificar la sociedad o para impedir el cambio, un medio para afirmar o suprimir identidades culturales” (Burke 2001: 38). Como consecuencia del panorama posterior a la Unión, el sistema educativo escocés se vio forzado a rechazar el *Scots*, la lengua de las Tierras Bajas de Escocia y el *Gaelic*, la lengua de las Tierras Altas, a favor del inglés monárquico, la lengua estándar del Imperio británico. Mientras la elección del inglés como lengua se convirtió en sinónimo de la alineación con el nuevo orden británico de las elites, la elección del escocés o del escocés gaélico supuso la continuidad con un pasado subversivo y marginal. Ello no impidió sin

embargo el florecimiento de ambas lenguas escocesas a partir del Tratado de Unión como oposición consciente a la Britanidad imperial (Mack 2006: 7, 36).

En este mosaico en el que las culturas y las lenguas se cruzan hay que alertar sobre dos peligros: por un lado, la necesidad de reconciliar lo diferente y lo común, y por otro, la obligación de evitar universalizar a partir de lo propio como instrumento de dominación. El primer peligro rescata el valor de la diferencia frente al carácter uniforme y homogeneizador del nacionalismo, pero advierte de que debe encontrarse una línea media entre lo diferente y lo común para evitar prestar una atención excesiva a la divergencia, universalizar este rasgo, afirmar que en esencia somos distintos y de nuevo hundirnos en un esencialismo cultural que en el caso que nos ocupa monopoliza la diferencia para excluir. Debemos reconocer por tanto las diferencias pero en su justa medida junto con aquellos aspectos que nos hermanan y que nos acercan. El segundo peligro deriva de los presupuestos etnocentristas que universalizan el modo de vida y los valores de una cultura imponiéndolos como patrón de referencia al resto de las culturas y avasallando su idiosincrasia cultural. Dentro de esta tendencia debe soslayarse el eurocentrismo y la exaltación de la cultura europea como paradigma universal evolutivo. Se trata de relativizar la cultura a la que pertenecemos para empatizar con otras culturas y aceptar que nuestros valores no son los únicos, pero eso sí, sin convertir al relativismo en un absoluto y alcanzar el nihilismo. De ahí, la urgencia de un modelo de comunicación intercultural que tienda puentes entre lo diferente y lo común, lo universal y lo particular, que esquive los extremos y ayude a aplaudir que todos somos iguales y simultáneamente diferentes, que no hay jerarquías entre las culturas y que todas merecen respeto y admiración (Alsina 1999: 65, 68). Lo que se pretende al descartar el universalismo etnocentrista como paradigma que implanta los propios criterios sobre el resto de las culturas a las que se mira despectivamente, y al

relativismo que niega la unicidad cultural postulando la diversidad que a su vez desemboca en la incomunicabilidad, es hallar un punto de intersección entre estos dos extremos irreconciliables que permita la negociación y la cooperación. Nosotros pensamos que esto es posible desde una teoría de la interculturalidad, aunque incidimos en la idea de que no todas las interacciones culturales son positivas puesto que tal aseveración hace que incurramos en lo que Todorov denomina “las aporías de la xenofilia”, o dicho de otro modo, en la falacia de que lo ajeno es loable y provechoso por el simple hecho de ser ajeno (Todorov 1988: 28). La mejor enseñanza de esa negociación cultural se condensa en una mirada crítica de ida y vuelta que no sólo somete a examen lo propio sino también lo alógeno.



Segunda parte:

La desarticulación de la guerra y de la identidad  
masculina como instrumentos en la construcción de la  
nación en *Old Mortality* (1816)





Did I tell her the truth? Had I the heart to break up her dreams?  
No. To-morrow, said I to myself—to-morrow, or the next day,  
will publish the worst. For one night more, wherefore should  
she not sleep in peace? [...] I showed her not the funeral  
banners under which the noble regiment was sleeping. I lifted  
not the overshadowing laurels from the bloody trench in which  
horse and rider lay mangled together. But I told her how these  
dear children of England, [...], had leaped their horses over all  
obstacles as gaily as hunters to the morning's chase. I told her  
how they rode their horses into the mists of death (saying to  
myself, but not saying to *her*), and laid down their young lives  
for thee, O mother England! As willingly [...] as ever, after a  
long day's sport, when infants, they had rested their wearied  
heads upon their mother's knees, or had sunk to sleep in her  
arms.

Thomas De Quincey, *Confessions of an English Opium Eater*,  
1821

La guerra era algo horrible, repugnante, algo que no guardaba  
relación alguna con un casco en cuyo crestón Sileno reía y con  
un escudo en el que raptaban a Helena de Troya. Y la guerra de  
Troya, probablemente, habría sido también sin dioses, sin bellos  
capitanes desnudos, con lluvia, lluvia y lluvia y hambre y frío y  
suciedad y llagas y muchachos que se arqueaban vomitando y  
cirujanos rojos de sangre que cortaban manos y piernas.

Manuel Mújica Laínez, *Bomarzo*, 1962

---

## ❧❧ 1. Introducción ❧❧

---

La reflexión que suscita el pasaje de *Confessions of an English Opium Eater* y de *Bomarzo* nos adentra en el tema de la apariencia y la realidad. El contraste brutal entre el mundo engañoso de la guerra, revestido seductoramente y el submundo de su experiencia real, desencadena irremediabilmente un conflicto perpetuo de imágenes bélicas proyectadas por la política e imágenes subvertidas desde otros campos de conocimiento.

La guerra es un fenómeno histórico que perturba pero que a su vez forja una comunidad y su identidad nacional generando un discurso histórico, una literatura y un conjunto de narrativas nacionales, corolario de la interacción entre la política y la estética. El nacionalismo convirtió a la guerra en uno de los pilares básicos de su aparato ideológico. Como afirma Raymond Williams: “War stands out as one of the fundamentally unifying and generalizing experiences: the identification of an alien enemy, and with it of what is often real danger, powerfully promotes and often in effect completes a ‘national’ identity. It is not accidental that talk of patriotism so quickly involves, and even can be limited to, memories and symbols of war” (Williams 1983: 182). El programa político nacionalista moldeó el concepto de la guerra según sus necesidades para presentarlo como el vehículo más representativo de la heroicidad, de la gloria y del patriotismo, al tiempo que catalogó el culto a los héroes como el máximo

galardón otorgado a los servidores leales a la nación caídos en combate. El cuadro de la guerra se pintó con los colores de la solidaridad, del progreso, de la plena integración y pertenencia a la comunidad, dado que la guerra se vio como el catalizador por excelencia en la configuración y construcción no sólo de cada identidad particular, sino de la identidad de toda la nación. Además, la lucha era el único medio de defensa legítimo que podía salvaguardar el espíritu del pueblo y su cultura frente a las agresiones de las naciones enemigas. Así, a través de los siglos estas ideas se difundieron desde el ámbito político y arraigaron firmemente en la conciencia social de las comunidades, pero cabe examinar cuál fue la verdadera naturaleza de la guerra y hasta qué punto la teorización que hizo el nacionalismo fue el fruto de los intereses de las clases dominantes.

La imagen romántica del hombre como guardián nacional reactivó la imagen masculina de la sociedad patriarcal tradicional, dado que la virilidad se asoció con los héroes y defensores de la nación en el campo de batalla. La guerra se convirtió así en un agente de la identidad masculina mediante la divulgación del guerrero y de su comportamiento, un comportamiento que se asoció con el deseo y que hizo que el individuo proyectara sobre esta imagen todas sus expectativas. Como sostiene Patricia A. Simpson en su obra *The Erotics of War in German Romanticism*, la identidad de género es la fuerza centrípeta de la cultura de la guerra y dentro de ella, la cuestión del deseo erótico se asocia estrechamente con la identidad nacional. A su vez, la regulación filosófica del deseo se entreteje con la ética y con las aspiraciones nacionales para contener e institucionalizar el erotismo. Esto lo consigue reescribiendo las funciones de los géneros para acoplarlas con el discurso nacional, reforzando los vínculos entre la nación, la fraternidad y la familia como agentes intermediarios entre el individuo y la colectividad. Además, la definición de la masculinidad deja de ser una opción dentro de

la fidelidad a la nación para convertirse en un imperativo, aunque camuflado bajo la forma de la subjetividad y de la voluntad; el sentimiento nacional o identificación entre el individuo y la nación se incardina dentro del amor y de su capacidad para estimular vínculos más allá de las distinciones regionales y sociales, y para unir a los pueblos mediante la guerra contra el enemigo (Simpson 2006: 15-25).

La retórica nacionalista se adueñó de estas imágenes guerreras para transformarlas en la médula de la masculinidad mediante la difusión de una mitología nacional. La guerra fue el vehículo que garantizó, a través del sacrificio y la fraternidad en la batalla, la pertenencia comunal, la identidad social y de género y la seguridad político-económica. La guerra puede ser un infierno pero aún así las guerras imperialistas del siglo XVIII demostraron su eficacia a la hora de movilizar definiciones concretas de la comunidad nacional que sirvieron para respaldar y legitimar la nación, y articular las diferencias inconmensurables entre los ingleses y otras naciones o entre los ingleses y otras partes de Gran Bretaña como los *Highlanders*, consideradas “salvajes”. En consecuencia, los esfuerzos imperialistas se interpretaron como batallas por la defensa de la identidad nacional de tal manera que se privilegió el apoyo al Imperio como deber nacional por encima de otros afectos. Además, se describió la conquista colonial como una ocupación claramente masculina y a los implicados como los sujetos políticos ideales, patriotas por excelencia, que renunciaban a todos los intereses particulares a favor del bien público; a su vez la versión masculina del proyecto imperialista alcanzó su sentido a través de la marginación y subordinación de la feminidad (Wilson 1998a: 139-40, 202-03, 44).

Las guerras se convirtieron en contiendas entre los diferentes pueblos cuyo espíritu bélico se sustentó sobre la llamada a la defensa de la nación y sobre los valores e ideales que ésta condensaba. Ahora bien, aunque la implicación masiva en la guerra

ayudó a crear la imagen del pueblo nacional militarizado, esto no fue sin embargo sinónimo de un pueblo leal. La Gran Bretaña de principios del siglo XIX se singularizó por el crecimiento del radicalismo popular, los sindicatos, la ruptura con la religión protestante y el reclutamiento para la milicia en la guerra contra Francia, causante de serios desórdenes en Inglaterra en 1796 y en Escocia en 1797, que en numerosas ocasiones pusieron al Estado en una situación de desesperación. De hecho, a medida que la década de 1790 avanzó, las muestras de descontento se popularizaron y extendieron: un número cada vez superior de ciudadanos se vio obligado a declarar ante los tribunales, no por la publicación de folletos sediciosos, sino por jurar contra el rey y la guerra y por desear una invasión francesa. En suma, no todos los británicos estuvieron dispuestos a sacrificarse por Inglaterra o Gran Bretaña. El planteamiento de que la guerra sirvió para politizar al pueblo hasta desencadenar movimientos nacionales entró en contradicción con la visión particularista y regionalista de la política y cultura británica (Cookson 2001: 29-32).

A pesar de que Francia y Gran Bretaña fueron oponentes, la revolución y la guerra produjeron experiencias similares en ambos países: la revolución y la guerra alimentaron el debate político, estimularon la participación masiva ciudadana y finalmente, engendraron un nuevo estilo de nacionalismo militarista. Asimismo, la disposición y organización de los hombres para la lucha armada se desarrolló en paralelo a la organización de los ideales por los que guerrear. En este sentido, tanto Gran Bretaña como Francia fomentaron espectacularmente el imaginario nacional durante la guerra, aunque si la primera construyó su retórica bélica sobre la concreción del tradicionalismo y las libertades inglesas, sobre la protección de las familias británicas, la segunda lo hizo sobre la abstracción de los derechos naturales (Emsley 2004: 99, 108, 111). Por otra parte, la participación en la batalla estableció una línea de

continuidad con el pasado y por tanto con la herencia de los ancestros, de tal modo que el tiempo presente se fundió en una atemporalidad marcada por el coraje y la lucha contra el enemigo por la causa de la nación. Uno de los rituales más influyentes y duraderos de la masculinidad fue la difusión de símbolos de poder a través de la conquista militar, del drama de la destrucción de la guerra. Existe por lo tanto una relación triangular entre la masculinidad, el militarismo y el nacionalismo fomentado por un culto al heroísmo que refuerza la imagen del guerrero, cuya identidad masculina está entretejida a su vez con la seguridad de la nación. No sólo el militarismo se ha convertido en un rito de paso para la entrada en la madurez sino que ha sido esencial en el levantamiento de las identidades de género (Mayer 1999b: 283-284). Cynthia Enloe en *Bananas, Beaches and Bases* declara que “When a nationalist movement becomes militarized [...] male privilege in the community usually becomes more entrenched” y que esta militarización “puts a premium on communal unity in the name of national survival, a priority which can silence women critical of patriarchal practices and attitudes; in so doing, nationalist militarization can privilege men” (Enloe 1989: 56, 58).

## I. ESTUDIO DEL CUERPO HISTÓRICO

### 1. La Revolución francesa y el código de masculinidad nacional

El aparato ideológico de la Revolución francesa se levantó sobre el discurso de los géneros de tal manera que si a la mujer le correspondió el papel de productora y reproductora de la nación, al hombre se le atribuyó la función protectora de la nación. El nacionalismo creó un concepto muy concreto del género masculino en cuyo núcleo se aglutinaron un conjunto de deberes y responsabilidades como ciudadano, entre las que se localizó la defensa de la nación a través de la lucha armada, virtud masculina por antonomasia.

Uno de los pilares del nacionalismo residió en el cuerpo y en consecuencia en la construcción somática de la nación, que en infinitud de ocasiones se utilizó para exponer la imagen del cuerpo deshonrado de la madre patria e instigar a los hijos a la guerra. La indisociabilidad de las dos facetas del cuerpo, tanto la privada como la pública, justificó la transformación de la corporeidad en un recurso político vital en la cultura occidental. Y así, se recurrió al cuerpo como icono del orden social y estatal a través del cual se impuso el poder, la autoridad, se redefinió la soberanía del Estado y se trazó el contorno de la cultura y de la política de la clase media. Para sustentar este argumento debemos incorporar la obra *The Body and the French Revolution* de Dorinda Outram en la que afirma que la Revolución francesa trajo consigo cambios sustanciales sobre la presentación y significación pública de los cuerpos de los individuos que repercutieron en la formación del espacio público durante el siglo XIX. La victoria cultural y política de la clase media sobre la monarquía y la aristocracia constató la

necesidad de producir nuevas prácticas y nuevos símbolos políticos. No se trataba únicamente de reemplazar el gobierno monárquico en todos los planos sino de construir y de validar la nueva política en el contexto de un espacio público, expuesto constantemente a todas las miradas y al juicio crítico. Sin embargo, la incapacidad para fundar órganos gubernamentales estables derivó a su vez del atraso de la Industrialización en Francia que paralizó la economía nacional y la instauración del Estado moderno. Si bien la Revolución no creó un Estado propiamente dicho y sí un espacio público definido, éste se vio invadido por los diferentes discursos de la clase media que competían por legitimar sus versiones, aunque ninguna de ellas llegó a prevalecer sobre el resto. El mayor obstáculo para la clase media fue la regeneración de un espacio público que durante siglos había estado dominado por el cuerpo político y el cuerpo del monarca (Outram 1989). La construcción de este espacio público giró eminentemente en torno a la propaganda política, es decir, al arte popular en sus diversas manifestaciones como viñetas, caricaturas o grabados, en suma, imágenes impresas que el pueblo podía asimilar rápidamente para integrarse en la nación y que simultáneamente facilitaban el proceso de autodefinición de la clase media. Hay que puntualizar que esta propaganda política, denominada *the new malady*, divulgadora de la ideología de la igualdad y la libertad, sustituyó la función propagandística de la religión, la llamada *propaganda fide*, una congregación religiosa fundada en Roma en el siglo XVII encargada de organizar y supervisar la actividad misionera de la Iglesia. En este marco, los radicales franceses comenzaron a buscar en 1792 “apóstoles” y “propagadores” de la Razón como parte de un programa ambicioso de instrucción pública que perseguía la regeneración total de la nación francesa y con ello, un nuevo hombre, el ciudadano republicano (Hunt 1980: 11-13).



Aunque parezca contradictorio, el proyecto político revolucionario respetó el esquema del Antiguo Régimen en dos sentidos: por un lado, se afanó por redistribuir los atributos del cuerpo del soberano por el nuevo cuerpo político, y por otro, personificó el sistema de valores en individuos célebres, del mismo modo que el Antiguo Régimen había asociado la dignidad pública y heroica con la monarquía y la aristocracia. Todo ello con la intención de convertir a la política en un discurso central que modelara la revolución y que arrastrara a las masas.

El discurso revolucionario se hizo reconocible mediante la invocación de términos absolutos opuestos tales como vicio/virtud, aristocracia/pueblo, esfera privada/esfera pública, etc., y mediante imágenes corporales cargadas de significado moral e histórico. Esto a su vez resulta incomprensible sin mencionar dos factores: por un lado, la articulación del hombre, en su faceta pública y heroica se construyó en base a la exclusión del cuerpo de la mujer, privado y maternal y por otro, la honorabilidad de la clase media se edificó sobre la exclusión de los cuerpos de los rangos inferiores. Este procedimiento no constituyó una novedad dado que la nobleza francesa había asegurado en siglos atrás su estatus mediante la difusión de imágenes literarias que confrontaban la superioridad aristocrática con la inferioridad popular. Por consiguiente, la legitimación de la clase media se convirtió en un elemento indisociable del cuerpo público, para lo cual se apropiaron nuevamente de las tácticas del Antiguo Régimen. La clase media atrajo sobre sí misma la atención de todas las miradas, convirtiéndose en un punto de referencia, al tiempo que ejerció la superioridad sobre el resto de las clases mediante la mirada controladora sobre los cuerpos de los otros. En este sentido, tanto la cultura política como la cultura médica con su insistencia en la higiene y la salud fueron el resultado de la desacralización del cuerpo, del intento por desproveerlo de cualquier convicción teológica y saturarlo de la doctrina política y del interés por presentar a los

cuerpos como mercancías, productos y agentes de la estabilidad social. Esta desacralización ocurrió en un momento histórico en el que el orden revolucionario despojó a la Iglesia católica de su posición destacada dentro del Estado, confiscando sus posesiones y transformándola en un órgano del Estado mediante la Constitución civil del clero de 1790.

Estas puntualizaciones históricas sobre la importancia del cuerpo durante la Revolución francesa nos permiten adentrarnos ahora en la construcción de la imagen ideal masculina dentro de la República francesa. Dado que el tema de la masculinidad alude directamente al tema de los géneros, hablar de la representación masculina implica tratar la representación femenina y con ello, la formación de la identidad nacional. Esto significa que aunque prioricemos la perspectiva masculina por el enfoque del capítulo, no esquivaremos aquellos aspectos del género femenino que completan el cuadro del género masculino y que ayudan a entenderlo. Asimismo, el estudio de los rasgos masculinos nos retrotrae al Antiguo Régimen para constatar el poder político que las mujeres ostentaban durante el mismo, y evidenciar la exclusión revolucionaria de la mujer del mundo público, desencadenada igualmente en el resto de los países europeos. Y puesto que para la retórica de la Revolución, la corrupción y la debilidad de la monarquía habían sido provocadas por el poder otorgado al género femenino, el nuevo ideario político se levantó sobre la exclusión, la diferenciación y la praxis de la virtud, el vocablo político más importante de toda la Revolución. La sociedad francesa revolucionaria estableció una analogía entre María Antonieta (1755-1793), Charlotte Corday (1768-1793) y Mme. Roland (1754-1793), cuyo destino en la guillotina se interpretó como un castigo y una advertencia para las mujeres que intentaran escalar en la vida política (Outram 1989).

Con el propósito de ejercitar la virtud, se buscó para cada género un prototipo coincidente con los héroes y heroínas de la Edad clásica, que en el caso del ideal masculino fue propagado por dos autoridades artísticas: Jacques-Louis David (1748-1825) y Voltaire (1694-1778). La personificación de la virtud femenina procedió de Marianne, símbolo de la castidad y de Lucrecia, figura coetánea del último rey romano Lucio Tarquinio el Soberbio (534-510 a. C.), quien se clavó un puñal en el pecho tras haber sido violada por Sexto Tarquinio, hijo del rey, defendiendo así su virtud y su intimidad física, borrando la mancha de la deshonra. La encarnación de la virtud masculina se identificó con Lucio Junio Bruto, símbolo por excelencia de la Revolución francesa, quien vivió quinientos años antes que Marco Bruto, el asesino de César y cuya historia se localiza también durante la monarquía de Tarquinio el Soberbio. Tarquinio y su mujer Tulia asesinaron a sus cónyuges respectivos para poder casarse y posteriormente, Tarquinio asesinó al rey, padre de Tulia. Para conservar el poder, Tarquinio gobernó despóticamente y mandó asesinar a muchos senadores y a gran parte de la familia de Bruto, su sobrino, quien vivió en el palacio real fingiendo ser tonto. Dicha monarquía tocó a su fin cuando Sexto violó a Lucrecia, esposa de Colatino, quien se suicidó en presencia de su padre, de su marido, de Publio Valerio y de Bruto. Éste desveló entonces su verdadera naturaleza y juró vengar la sangre de Lucrecia para liberar a Roma de Tarquinio y de la institución monárquica. Bruto emprendió después una lucha contra Tarquinio y logró exiliar a la familia real, fundando la primera República (508 a. C.) junto a Colatino, ambos elegidos cónsules. Sin embargo, en paralelo a este acontecimiento político, Bruto llevó a cabo otro tan aterrador en su devoción al Estado que se convirtió en la esencia de su leyenda: sus dos hijos adolescentes, Tito y Tiberio, encabezaron una conspiración monárquica contra la República y Bruto, como cónsul, se vio obligado a ordenar y a presenciar su ejecución.

Aunque las historias de Bruto y Lucrecia estaban unidas en la defensa de la República en contra de la monarquía, ambas ilustran el abismo existente entre la concepción de la virtud femenina, limitada al ámbito de lo privado y la virtud masculina, reservada al ámbito de lo público. Y esto fue lo que pretendió precisamente la Revolución francesa, aislar la política como la esfera cultural dominante que subsumía y subordinaba el resto de los discursos. En consecuencia, Bruto y su historia, recuperada en tiempos de desafío al poder establecido, se convirtió en el modelo de virtud y de heroicidad por excelencia: vengador del daño cometido contra la mujer, fundador de la libertad, restaurador de la ley, entregado en su lealtad ciega y en su sacrificio total al Estado hasta el punto de ejecutar a sus hijos por el bien de la República, etc.

La consolidación del modelo de virtud masculina dentro de la nueva nación francesa no se puede descifrar íntegramente sin aludir a la labor de Jacques-Louis David y de Voltaire. Las pinturas de David, especialmente *Juramento de los Horacios* (1785) y *Bruto* (1789), se transformaron en iconos de la Revolución y terminaron por convertirle en el pintor semioficial de los Jacobinos y en un miembro destacado de la Convención, del Comité de Instrucción pública en 1792 y de la Comisión de arte. Esto demuestra que los radicales concibieron conscientemente las artes visuales, el teatro y los eventos públicos como instrumentos de educación pública por toda Francia. Las pinturas de David ilustraron en este sentido, las hazañas históricas de los griegos y de los romanos que a la luz de la Revolución no sólo exaltaban la virtud noble del patriotismo, sino los ideales revolucionarios, entre ellos, el derecho de los individuos a dirigir sus destinos.

*Bruto*, concebido en 1788, prefiguró la separación de las identidades masculina y femenina durante el periodo revolucionario mediante la técnica pictórica. Cuando David expuso *Bruto* en 1789 y en 1791, los críticos se percataron de la división de la

pintura en dos partes: una en sombra ocupada por Bruto, solo, conteniendo las emociones, mostrando un semblante severo y aterrador y otra, llena de colorido y luz ocupada por las figuras femeninas de su mujer, hijas y sirvienta, llenas de dolor ante los cuerpos de los hijos sacrificados por la estabilidad de la República. En suma, dos apartados temáticos, uno cargado de racionalidad y el otro de emotividad, respectivamente. La traición de los hijos de Bruto a la República no era simplemente un conflicto paterno-filial sino también un conflicto entre las responsabilidades tradicionales de la familia y las nuevas exigencias del Estado. La disyuntiva de Bruto entre su deber patriarcal como protector de sus hijos y su nuevo deber republicano hacia la conservación del Estado, se resolvió con el sacrificio de los primeros y con la separación de la autoridad del cuerpo patriarcal, racionalizado como un principio abstracto e identificado con el Estado. Todo ello enmarcado en las circunstancias históricas de la abolición por parte de la Convención de las antiguas leyes que regían la vida social y política y su sustitución por otras que supeditaban el poder paternal y en teoría el poder de los gobernantes, a la autoridad máxima del Estado. Según esta ideología, el nuevo Estado era una entidad abstracta que clausuraba definitivamente el patriarcado para reemplazarlo por una entidad más democrática. Como muestra Carol Duncan en “Fallen Fathers: Images of Authority in Pre-Revolutionary French Art”, la Revolución francesa se consagró a eliminar la antigua monarquía y el poder absoluto de los padres y de los monarcas como personificación de la autoridad, una medida que el arte había vaticinado desde principios del siglo XVIII. Si durante años los artistas esporádicamente expusieron cuadros sobre reyes destronados y padres ultrajados, durante la segunda mitad del siglo, los pintores mostraron una predilección particular por la representación de ancianos, símbolos de la autoridad patriarcal honrados en la tradición artística occidental, sometidos al sufrimiento y al descrédito, a la

insubordinación de los hijos y de los súbditos, tendencia que se incrementó durante la Revolución francesa (Duncan 1981: 186-202). Esto alumbra una de las muchas paradojas de la Revolución francesa: el hecho de que la clase media intensificó la política cultural del patriarcado que en el fondo pretendía eliminar con tanto empeño y desprestigiar, mediante la representación de la maldad de los padres y de los monarcas para justificar la caída de su potestad.

La simbología de Bruto generó una auténtica revolución que alcanzó su apogeo durante 1793 y 1794 cuando su busto se convirtió en un componente indisoluble de las reuniones jacobinas y de los tribunales revolucionarios, que apelaban a menudo a la lealtad de Bruto; incluso, muchos patriotas se cambiaron el nombre y unos tres mil niños fueron registrados con el nombre de Bruto. Éste se convirtió en una pieza omnipresente de la nación francesa dado que todos y cada uno de los acontecimientos, de los debates o de las decisiones políticas buscaban su fuerza o su decadencia en las alusiones a la conducta de Bruto y a los pasajes de la obra de Voltaire como vamos a explicar ahora. Aunque con la llegada del Directorio, David permaneció durante un tiempo en prisión y fue posteriormente marginado, lo cierto es que el *leitmotiv* de Bruto prevaleció durante 1795 y 1796 en la pintura, la escultura y las artes gráficas. En 1798, el Consejo de los Quinientos encargó por última vez una estatua de Bruto que se ubicó en el Palacio de los Borbones. A partir de esa fecha, su influencia desapareció.

Proceso semejante aconteció con otro de los símbolos más eficaces y potentes de la Revolución, la estatua de Hércules, aunque su permanencia fue relativamente corta dado que fue modelada en 1793 y desapareció en 1795. Si bien la estabilidad y la autoridad de toda sociedad depende de su legitimidad, ésta procede a su vez de un marco cultural o “ficción maestra” que la permite autodefinirse y desplegar su hegemonía. Pero además, esta ficción maestra pivota en torno a un centro de carácter

sagrado del cual extrae toda su fuerza y que otorga a los ciudadanos la noción de ubicación y seguridad. Bajo el Antiguo Régimen fue la monarquía y el cuerpo del monarca quienes actuaron como el soporte de un orden jerárquico; la llegada de la Revolución francesa no sólo desafió la autoridad política del Antiguo Régimen sino que cuestionó su marco cultural desestabilizando por completo la estructura social y generando un vacío en el mismo. Una vez más fue el pintor David quien en 1793 propuso a la Convención la creación de una estatua colosal de Hércules para que representara al pueblo francés y a la nueva República (Hunt 1983: 95-117).

En cuanto a Voltaire, uno de los acontecimientos más extraordinarios que evidenció la solidaridad entre el arte y la política ocurrió en París, el 17 y el 19 de noviembre de 1790 cuando se representó su obra, *Bruto* (1730) en el Teatro nacional. Durante la segunda representación, David colocó a un lado del escenario un busto de Bruto traído desde Roma y al otro lado, un busto de Voltaire del escultor Houdon (1741-1828), a los que se rindieron varios homenajes. A partir de ese instante, David, Voltaire y la figura de Bruto formaron una tríada representativa de la Revolución francesa. David fue el principal organizador del homenaje nacional que se organizó a Voltaire en 1791, a lo largo del cual se leyeron pasajes de *Bruto* que hicieron que este drama pasara a ser una piedra angular de la Revolución. Los radicales rescataron los escritos de Voltaire para su proyecto político y extrajeron de ellos, específicamente de *Bruto* y *La Henriada*, los lemas revolucionarios. La última representación de *Bruto* se realizó en 1799 (Herbert 1972). Resulta paradójico el “renacimiento” de Voltaire durante el nacionalismo radical revolucionario a la luz de su cosmopolitismo y de sus ataques a cualquier manifestación nacionalista o provincialista. Fue tal el grado de admiración por sus dramas que si en 1778 el Clero le negó la sepultura en París por sus

críticas a la intolerancia y al fanatismo religioso, en 1791 los restos de Voltaire fueron traídos a París y enterrados con el boato propio de un emperador.

En cuanto a la otra obra de David, *Juramento de los Horacios* en la que David retrata a tres hermanos prestando juramento a su padre, David siguió el mismo procedimiento ideológico que en *Bruto*. Esta pintura remitía nuevamente a Roma, concretamente al reinado de Tulio Hostilio (672-640 a.C.) durante el cual, los reinos vecinos de Roma y de Alba se encontraban en guerra. Cada pueblo escogió a tres héroes para batallar y mientras los Horacios, finalmente vencedores, representaron a Roma, los Curiati representaron a Alba; la unión matrimonial de estas facciones apuntaba a su vez a la indisociabilidad de la victoria y la desgracia. David capta en su pintura la superación de un momento de vacilación personal para plasmar un compromiso impersonal con el Estado, el cumplimiento de un deber más elevado que el interés particular, que no significa la muerte sino la libertad, siendo ésa la actitud que la nación espera de sus ciudadanos. La pintura de David combina la representación de la familia y de la autoridad paternal con la del Estado y sitúa el drama político dentro de la familia, trasladando así el espacio político al espacio privado, marcando no obstante una línea divisoria para los géneros. Y mientras los hijos cumplen con su responsabilidad pública, las mujeres permanecen de nuevo en un segundo plano, al margen de la política, apenas por las consecuencias de la decisión y relegadas a expresar su sufrimiento. Con ello, David expresa que la familia es la base del Estado y que cada individuo debe interpretar su papel para el buen funcionamiento de la nación: los hombres juran en público para respetar sus palabras y hacer testigos a otros de ellas, las mujeres son meras espectadoras (Landes 1988: 154-58).

En definitiva, durante la Revolución se sentaron las bases del ideal de ciudadano nacional que imperó en todos los países en proceso de construcción de la identidad



nacional: un individuo dispuesto a sacrificar todo, sus emociones, sus apegos e intereses particulares por el destino de la nación, leal a los principios nacionales, involucrado en la vida pública y política y preservador de sus deberes como ciudadano. Una de las responsabilidades prioritarias dentro de la nación fue la de dar la vida por la patria, una muerte que no quedaba en muerte física sino que simbolizaba la virtud ciudadana más elevada, la libertad de la voluntad y la heroicidad. Como hemos visto, la inculcación de esta idea encontró su origen y su sentido en la figura de Bruto y en los comportamientos de los romanos, convertidos en referente de la masculinidad y de la ciudadanía, pero también hay que aclarar que la imbricación entre la nación y la virtud masculina del heroísmo se forjó a través de la eroticidad de la muerte, a la que se presentó seductoramente. Precisamente Alexander Potts trata este tema en su artículo “Beautiful Bodies and Dying Heroes: Images of Ideal Manhood in the French Revolution”, donde expone las tensiones entre la estética voluptuosa que rodeaba a las estatuas de mármol del arte antiguo y las fantasías masculinas sobre una vida pública y heroica ejemplificada en la república griega y romana. Esta simbiosis entre el deseo y el deber de la virtud ciudadana jugó un papel determinante durante la fase jacobina radical de la Revolución francesa y a ello contribuyeron de nuevo David y el historiador alemán J.J. Winckelman (1717-1768), convertidos en fundamentalistas del culto a la antigüedad. Mientras el primero fusionó el ideal de la belleza de la antigüedad clásica con un republicanismo radical, el segundo fundó en una serie de escritos publicados entre 1750 y 1760 una visión seductora de la belleza griega, asociada con la libertad política de los Estados griegos. Los políticos revolucionarios intentaron llevar a la práctica esta fraternidad entre la estética clásica y la política de la libertad.

*La muerte de Bara* (1794), producida en pleno culto jacobino a los mártires, fue el resultado de un mito cuidadosamente inventado por el gobierno jacobino para

movilizar el apoyo popular hacia la virtud revolucionaria durante los meses previos a su caída en 1794. El mito se originó con la lectura ante la Convención en diciembre de 1793 de la noticia de un muchacho republicano llamado Bara, que había muerto a manos de los contrarrevolucionarios insurgentes. Robespierre aprovechó el interés por el incidente, tergiversando parte de los hechos para acoplarlos a la ideología política; días después en un discurso pronunciado ante la Convención, Robespierre hizo de la muerte de Bara un drama ejemplar de virtud y de sacrificio, al mostrar que el muchacho había fallecido pronunciando “¡Viva la República!” como desafío a los monárquicos que le exigían que se rindiera y repitiera “¡Viva el rey!”. En los meses siguientes, David amplió esta retórica verbal y visual con la conmemoración oficial de Bara y de otro muchacho convertido en héroe, Viala.

La representación pictórica de Bara combinó la contradicción entre el cuerpo como foco de placer y de deseo y la subjetividad ideal del ciudadano republicano, libre y virtuoso, sacrificado por la nación, imagen con la que la audiencia masculina debía identificarse y emular su comportamiento. En *History of the Art of Antiquity* (1764), Winckelmann propuso dos lecturas del cuerpo ideal masculino que repercutieron en los significados que la política revolucionaria fijó en los cuerpos desnudos del arte neoclásico francés de la década de 1790: por un lado, la belleza a través de la violencia de la muerte, y por otro, la intensificación de la belleza a través de los cuerpos de muchachos. Esta tendencia fue un claro reflejo de la mutación de la libertad en Francia en un espacio de violencia y de la politización del arte. En este sentido, el cuerpo de Bara no fue sólo un cuerpo bello sino un cuerpo mancillado, privado de vida, fiel testigo de la cultura política del Jacobinismo radical que divulgaba la heroicidad a través del encuentro con la muerte y que se hizo pública mediante el Comité de Instrucción pública el 12 de julio de 1794 con el mensaje “Qu’il est beau de mourir pour la Patrie”.

Este mensaje junto con otros muchos formó parte de la ideología revolucionaria fomentada por la clase media para movilizar al pueblo en el programa político (Potts 1990: 1-21).

## **2. La guerra como instrumento creador de la conciencia nacional**

El nacimiento de la nación y su antagonismo perpetuo con otras naciones procedió de su solidaridad indisociable con la guerra y la militarización como elementos de cohesión nacional y de transmisión de los valores sociales, conducente a la aclamación de la estructura militar como a “a school for the nation” a finales del siglo XIX en Europa, una institución y disciplina en la que los ciudadanos aprendían la relevancia del compromiso social en la defensa de la colectividad, el autosacrificio y la identidad nacional (Krebs 2004: 85). La obra *The People in Arms: Military Myth and National Mobilization since the French Revolution* ofrece una visión muy amplia sobre el fenómeno de la guerra como agente formador y consolidador de la identidad nacional. A través de sus ensayos, los diferentes autores aportan la idea de que la movilización en masa de la sociedad para la guerra es una parte esencial de la construcción cultural e ideológica de la nación y que la guerra es un trabajo colectivo en el que todos los ciudadanos de la comunidad participan y dan sentido a la nación (Moran y Waldron 2002).

En este marco, las movilizaciones en masa o *levée en masse* fueron un componente cardinal de la Revolución francesa y de la concepción de la guerra como experiencia comunal inaugurada con este acontecimiento histórico, puesto que

constituyeron un paso trascendental en la radicalización de la Revolución, en la escalada de hostilidades entre Francia y sus vecinos, y en la introducción de la conscripción militar en la nueva República francesa. Como afirma Clive Emsley, la naturaleza de la guerra cambió radicalmente con la Revolución francesa con respecto a siglos previos: “Wars were not ideological, and aggressive nationalism was never a driving force. Armies were small; often their soldiers had little emotional attachment to the country or to the governments [...] in general civilians were not involved in war [...] *restrained* and *limited* remain the key adjectives for describing eighteenth-century warfare” (Clive 1979: 2).

La obligación de cada ciudadano de defender su propio país se remonta al mundo clásico en el que la conexión entre el servicio militar y la ciudadanía era común en las ciudades tanto griegas como romanas. Sin embargo, la fuerza que esta noción alcanzó en Francia debido al carácter radical del concepto de ciudadano superó con creces la visión del mundo grecorromano. El servicio militar universal es un proyecto moderno engendrado por la Revolución francesa y el caos generado por las Guerras revolucionarias; su punto de origen se localiza en 1789, cuando el teórico militar y político Edmond Dubois-Crancé (1746-1814) se dirigió a la Asamblea Nacional de París para formular el principio de que cada ciudadano debía ser un soldado y cada soldado un ciudadano. Posteriormente, la Constitución de 1791 estableció el servicio militar obligatorio para todos los hombres capaces de portar armas, bajo el título de Guardia Nacional (Balfour 1867: 217). En 1793, la conscripción obligatoria pareció ser la solución para arrostrar las invasiones de Inglaterra, Holanda y Austria. Finalmente, en 1798, se sentaron las bases legales de la conscripción mediante las cuales Napoleón pudo reclutar sin ningún tipo de obstáculo a los ejércitos responsables de sembrar la guerra por toda Europa (Frevert 2004: 9). Ahora bien, el impacto de la *levée en masse*

no sólo afectó a los ciudadanos solteros con edades comprendidas entre los 18 y los 25 años, los llamados *requisitionnaires*, sino a todo el grueso de la población que se vio obligada en algunos casos a proporcionar provisiones y armas, y en otros a ver cómo sus posesiones eran requisadas (Woloch 1986: 103). La *levée en masse* de 1793 no sólo significó la incorporación del pueblo a la guerra sino también la transformación de la nación en una entidad moral que requería sacrificio. El servicio militar dejó de ser una carrera profesional para convertirse en un deber público inspirado en la ideología nacional (Cookson 1997: 16).

El decreto de *levée en masse* del 23 de agosto de 1793 rompió con la tradición de los siglos precedentes para validar las nuevas demandas militares del Estado, postular que la nación era la nueva autoridad soberana de la República francesa y legitimar el derecho de llamar a las armas a los ciudadanos en la defensa de la nación y en la expulsión de los enemigos. No olvidemos que el lenguaje de la política revolucionaria fue intensamente retórico en su insistencia de que la guerra era una cruzada frente a las fuerzas de la monarquía, que exigía el sacrificio de las libertades particulares por el bien común, pero que otorgaba la recompensa de la pertenencia al cuerpo de la ciudadanía (Forrest 1997: 53-54; French 2005: 74).

Cuando la guerra estalló entre Francia y el Imperio de Habsburgo en 1792, la gran mayoría de los franceses consideraron la *levée en masse*, por la cual todo el pueblo fue puesto a disposición de las fuerzas armadas, como una medida tiránica. Pero en 1793, la labor persuasiva de la retórica pública y oficial consiguió justificarla como una nueva ideología patriótico-revolucionaria en la defensa de la nación frente a la ocupación extranjera, para así enmascarar las medidas coercitivas bajo la superioridad moral del patriotismo y del republicanismo; aún más, la República francesa nunca designó a los soldados como conscriptos sino como voluntarios. La incorporación a las

milicias se llevó a cabo en un lenguaje marcado por la exaltación de las emociones, el fervor moral y el nacionalismo revolucionario. En consecuencia, la conscripción militar fue traducida como ejemplo de virtud y manifestación de libertad personal, al tiempo que se interiorizó como obligación social por parte de la ciudadanía.

Desde la mirada actual se puede considerar que el propósito prioritario de las movilizaciones en masa fue la fundación de unos valores socio-morales semejantes a la concepción aristocrática del honor; de igual modo que éste implica una interiorización de las pautas sociales que terminan por sentirse como expresiones libres de la personalidad y no impuestas desde la política, la estrategia del alistamiento forzoso fue vista por cada individuo como una respuesta personal, espontánea y entusiasta. Por otra parte, es interesante señalar que la movilización masiva no espejó el poder del Estado sino todo lo contrario, su debilidad, dado que semejante medida es propia de regímenes al borde de su disolución, los cuales para sobrevivir necesitan impulsar sus energías mediante el entusiasmo de toda la sociedad. Por lo tanto, es precisamente esta tergiversación de la verdadera naturaleza de la *levée en masse* la que ha conducido a su clasificación como leyenda:

The legend of the levee en masse provided a compelling ideological justification for universal military service and for the dramatic expansion of state power in wartime. It helped foster the belief that popular forces, raised in an atmosphere of heightened ideological pressure, were exceptionally powerful or even invincible, particularly against armies of professionals, mercenaries, or ordinary conscripts. (Moran 2002: 4)

Ahora bien la construcción de la *levée en masse* como leyenda no fue un fenómeno exclusivo de la Revolución francesa sino que estuvo acompañada por la invención del concepto de ciudadanía nacional, es decir, por la instauración de la equidad civil, integrada por derechos y obligaciones compartidas, la institucionalización

de los derechos políticos, la racionalización legal, el énfasis ideológico en la distinción entre extranjeros y ciudadanos, la articulación de la doctrina de la soberanía nacional y la relación directa entre el ciudadano y la nación. En definitiva, la Revolución francesa inventó tanto la entidad de Estado-nación como la *levée en masse*, la institución y la ideología moderna de la ciudadanía nacional (Brubaker 1992: 35). La teoría política de la República puso el énfasis en la participación activa de los ciudadanos a través de la concepción de éstos como portadores de armas y protectores de la nación. Mientras para las mujeres la mayor virtud cívica fue la procreación y por ende, su dedicación absoluta a la maternidad, para los hombres la mayor virtud fue su colaboración como soldados al servicio de la patria (Pateman 1992: 19).

En la construcción del sentimiento nacional desempeñaron un papel capital las imágenes de regeneración y renacimiento condensadas en el discurso revolucionario así como en el calendario, las celebraciones, o el arte. Gracias a ello, se logró integrar el simbolismo militar dentro del simbolismo de la nación y de la ciudadanía; por ello no es de extrañar que el himno nacional francés, la Marsellesa, apareciera durante esta época, que comenzara como una marcha cantada por la Armada del Rin y que se convirtiera en uno de los componentes indisociables de la Revolución. Simultáneamente, el entusiasmo por la guerra, la propaganda de que ésta era un ejemplo de renuncia y sacrificio de los jóvenes hacia la nación soberana de Francia, y la fiebre de todos los sectores sociales por participar en una causa común fueron esenciales para consolidar la imagen de la regeneración.

Sin embargo la construcción de la nación francesa y de una única identidad nacional implicaba no sólo un consenso popular sino la desaparición de cualquier tipo de lealtad que pudiera competir con ella, tal como las asociaciones, las corporaciones, las sociedades de voluntarios o las identidades regionales, en suma, la erradicación de

las libertades de las provincias francesas y la concentración de toda la autoridad en París y en el Estado francés.

La repercusión de la *levée en masse* como vehículo difusor de la idea de “masa” junto con la imagen de un ejército invencible procedente de todos los puntos de Francia para derrotar a los tiranos, se convirtió así en uno de los mitos más poderosos de finales del siglo XVIII que perdura hasta nuestros días. La idealización del soldado revolucionario luchando por la nación, por la libertad y por los derechos humanos de un país oprimido por déspotas sirvió para legitimar la República mientras que la *levée en masse* se convirtió en un mito de insurrección popular contra la invasión extranjera, que fue recuperado en momentos de peligro nacional (Forrest 2002: 8-32).

En la obra *De l'esprit de conquête et de l'usurpation* (1814), Benjamin Constant (1767-1830) alude al sofisma y a la impostura en la que se desenvuelven los políticos para satisfacer sus objetivos y conquistar territorios. Cuando la causa política no encuentra respaldo en el pueblo, los gobernantes hablan entonces de independencia nacional, de honor nacional, de ampliación de fronteras, de intereses comerciales o de decisiones tomadas como precaución, todo ello enmascarado en el lenguaje de la hipocresía y la justicia. Merecen especial atención los esfuerzos políticos dirigidos hacia la guerra como mecanismo de construcción de la nación, cuyo derecho se convierte en un código de expropiación y de barbarie:

L'on avoit inventé, durant la révolution française, un prétexte de guerre inconnu jusques alors, celui de délivrer les peuples du joug de leurs gouvernements, qu'on supposoit illégitimes et tyranniques. Avec ce prétexte on a porté la mort chez des hommes, [...] époque à jamais honteuse où l'on vit un gouvernement perfide graver des mots sacrés sur ses étendards coupables, troubler la paix, violer l'indépendance, détruire la prospérité de ses voisins innocents, en ajoutant au scandale de l'Europe par des protestations mensongères de respect pour les droits des hommes, et de zèle pour l'humanité! La pire des conquêtes, c'est



l'hypocrite, dit Machiavel, comme s'il avoit prédit notre histoire.  
(Constant 1814: 30)

Asimismo, subraya el papel ambiguo de los escritores, quien en consonancia con el sistema dominante, en ocasiones repiten hasta la saciedad la necesidad de la paz y en otras ocasiones “que la gloire militaire est la première des gloires, et que c'est par l'éclat des armes que la France doit s'illustrer. J'ai peine à m'expliquer comment la gloire militaire s'acquiert autrement que par la guerre, ou comment l'éclat des armes se concilie avec cette paix dont le Monde a besoin” (Constant 1814: 64). Según John Dunn, dentro de la tradición del pensamiento político occidental, la distinción entre la obligación política y otras obligaciones humanas procede de la supremacía de la autoridad política que la legitima para constreñir la libertad humana e incluso para quitar la vida a los individuos en nombre de los privilegios confiados: “Not only is the right to take life one of the marks of sovereignty; but the duty to *give* life, should it be necessary to do so, in order to sustain or generate a political order is one of the central duties of citizenship” (Dunn 2002: 250-51).

Con la Revolución francesa, se extendió la ideología de la glorificación de la nación a través de la participación de los hombres dado que eran los únicos con derechos para defender el cuerpo político. Para la concepción republicana, la muerte era inseparable de la vida debido al ciclo de la reproducción nacional. Sin embargo, en este proceso las mujeres desempeñaron un papel diferente al de los hombres puesto que si mientras las primeras eran las portadoras de la vida futura y por tanto de la continuidad de la nación, los segundos habían nacido para asegurar la supervivencia y la protección de la nación mediante el riesgo de sus vidas (Landes 2001: 163).

### 3. Análisis del plano temporal extratextual: Aspectos históricos determinantes de *Old Mortality*

La composición de *Old Mortality*<sup>1</sup>, iniciada en septiembre de 1816 y publicada en diciembre de ese mismo año, estuvo básicamente condicionada por tres factores: una manifestación de presbiterianos en *Loudon Hill* el 13 de junio de 1815, el triunfo de Wellington sobre Napoleón en Waterloo, y la crisis política y económica del Reino Unido generada por la posguerra.

Días antes de la batalla de Waterloo, el 13 de junio de 1815, se produjo en *Loudon Hill* (Escocia) una manifestación de protesta para conmemorar la batalla de *Loudon Hill* en la que los insurgentes presbiterianos habían vencido al gobierno Estuardo en 1679. Los manifestantes, miles de granjeros y trabajadores de la industria textil, aprovecharon la concentración para defender la reciente huida de Napoleón de la isla de Elba y para protestar por las políticas económicas favorecedoras de intereses particulares. Los manifestantes apelaron la labor de sus ancestros, los *Covenanters*, en contra de los Estuardo, para reclamar una nueva era de activismo y movilizaciones (Krull 2006: 725-26). El conocimiento de estos hechos sumados a la batalla de

---

<sup>1</sup> En la introducción de *Old Mortality*, Andrew Lang explica los motivos de la composición: "The origin of *Old Mortality*, perhaps the best of Scott's historical romances, is well known. In May, 1816, Mr. Joseph Train, the gauger from Galloway, breakfasted with Scott in Castle Street. He brought gifts in his hand,—a relic of Rob Roy, and a parcel of traditions. Among these was a letter from Mr. Broadfoot, schoolmaster in Pennington, who facetiously signed himself *Clashbottom*. To cleish, or clash, is to *flog*, in Scots. From Mr. Broadfoot's joke arose Jedediah Cleishbotham, the dominie of Gandercleugh; [...] Mr. Train, much pleased with the antiques in *the den* of Castle Street, was particularly charmed by that portrait of Claverhouse which now hangs on the staircase of the study at Abbotsford. Scott expressed the Cavalier opinions about Dundee, which were new to Mr. Train, who had been bred in the rural tradition of *Bloody Claver'se*. [...] "Might he not", asked Mr. Train, "be made, in good hands, the hero of a national romance as interesting as any about either Wallace or Prince Charlie?" He suggested that the story should be delivered "as if from the mouth of Old Mortality". This probably recalled to Scott his own meeting with Old Mortality in Dunnottar Churchyard, as described in the Introduction to the novel. The Project Gutenberg. Scott, Walter. *Old Mortality*. 18 septiembre 2008. [http://www.gutenberg.org/wiki/Main\\_Page](http://www.gutenberg.org/wiki/Main_Page)

Waterloo y a sus consecuencias fueron determinantes para persuadir a Scott sobre la elaboración de *Old Mortality*.

La batalla de Waterloo (18 de junio de 1815) puso fin a la tiranía de Napoleón; después de casi veinticinco años de contienda con Gran Bretaña y con prácticamente todas las potencias europeas, la sombra de Napoleón dejó de ser una amenaza para la paz y la libertad. La caída de Napoleón y la exultación asociada a ella impulsó a numerosos curiosos a visitar el campo de batalla, entre ellos a Walter Scott, quien inició un recorrido por Europa para visitar diversos destinos como Bélgica, los Países Bajos y Francia (Semmel 2000). En este sentido, las impresiones de Scott plasmadas en su correspondencia, redactada durante susodicho viaje, constituyen un documento histórico sobre la realidad derivada de la Guerra napoleónica, caracterizada por el contraste entre la alegría, “a perpetual whirl wind and tempest of gaiety going on among the strangers”<sup>2</sup> y la brutalidad de los hechos. El 15 de agosto de 1815, Scott desde Holanda envió una carta al duque de Buccleugh, hijo ilegítimo de Carlos II, en la que le comentaba lo siguiente:

The ravages of war are little remarked in a country so rich by nature; but everything seems at present stationary, or rather retrograde, where capital is required. The chateaux are deserted, and going to decay; no new houses are built, and those of older date are passing rapidly into possession of a class inferior [...] On Wednesday last, I rode over the memorable field of Waterloo, now for ever consecrated to immortality. All the more ghastly tokens of the carnage are now removed, the bodies of both men and horses being either burned or buried. But all the ground is still torn with the shot and shells, and covered with cartridges, old hats, and shoes, and various relics of the fray which the peasants have not thought worth removing<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> The Walter Scott Digital Archive. Carta a James Ballantine en *The Letters of Sir Walter Scott*. Vol. IV, 1815-1817. 88. 15 septiembre 2008. <http://www.Walterscott.lib.ed.ac.uk/home.html>

<sup>3</sup> The Walter Scott Digital Archive. *The Letters of Sir Walter Scott*. Vol. IV, 1815-1817. 78-79. 15 septiembre 2008. <http://www.Walterscott.lib.ed.ac.uk/home.html>

Entre el 10 de agosto y el 6 de septiembre de 1815, escribió a Joanna Baillie expresando su malestar por la dureza de las imágenes del “memorable field of battle” y sobre el estado de Francia: “The fate of the French after this day of decisive appeal has been severe enough. There were never people more mortified more subdued and apparently more broken in spirit”. Asimismo, le ofrecía una descripción detallada del despliegue militar en París:

This morning I saw a grand military spectacle, about 15000 Russians pass in review before all the Kings and dominations who are now resident at Paris. The Emperors [...] with their numerous and brilliant attendance of generals and staff-officers were in the center of what is called the Place of Louis Quinze almost on the very spot where Louis XVI was beheaded. A very long avenue which faced the station where they were placed was like a glowing furnace so fiercely were the sunbeams reflected from the arms of the host by which it was filled. [...] Your fancy my dear friend will anticipate better than I can express the thousand sentiments which arose in the mind from witnessing such a splendid scene in a spot connected with such various associations. It may give you some idea of the feelings of the French once so fond of spectacles to know that I think there were not a hundred of that nation looking on<sup>4</sup>.

La batalla de Waterloo fue un hito en el panorama político e imaginativo del Romanticismo inglés dado que junto con la toma de la Bastilla fue uno de los acontecimientos históricos más festejados del periodo romántico. La victoria decisiva sobre Napoleón puso fin a un lapso de tiempo prolongado en el que la guerra había determinado la cotidianeidad de toda Europa. La celebración de Waterloo como triunfo glorioso británico sobre Napoleón fue el resultado de la propaganda británica que

---

<sup>4</sup> The Walter Scott Digital Archive. *The Letters of Sir Walter Scott*. Vol. IV, 1815-1817. 91, 93, 95-96. 15 septiembre 2008. <http://www.Walterscott.lib.ed.ac.uk/home.html>

exageró notablemente la contribución del Reino Unido en la guerra, mientras que silenció la intervención de Bélgica, Alemania y Prusia.

Waterloo generó una avalancha de escritos especialmente en el campo de la poesía y se convirtió en el *leitmotiv* de la época como lo demuestran las composiciones de Scott (*The Field of Waterloo*, 1815), Southey (*The Poet's Pilgrimage to Waterloo*, 1816), Wordsworth ("Thanksgiving Ode", 1816), y Byron (*Childe Harold's Pilgrimage*, 1812-1818). Para Scott, Southey y Byron la visita al campo de batalla fue esencial en la elaboración de los poemas; la atracción por la figura de Napoleón demuestra hasta qué punto los escritores estuvieron obsesionados con su experiencia histórica y cómo intentaron interpretar y transformar esa experiencia (Bainbridge 1995: 153-156; Lee 2004: 74-104). Recordemos que Scott escribió en 1827-1828 *The Life of Napoleon Buonaparte*.

La Europa continental, debido al bloqueo económico impuesto por Napoleón, había estado cerrada a los viajeros británicos durante las Guerras napoleónicas, fundamentalmente entre 1808 y 1812 y como consecuencia de este hecho, Scott no había nunca antes viajado al extranjero. Durante su periplo por Europa compuso una serie de cartas imaginarias plasmando sus impresiones bajo el título *Paul's Letters to his Kinsfolk* (1816) que no sólo documentaron las reacciones personales de Scott sino también la historia detallada de la batalla de Waterloo en base a entrevistas con soldados y testigos del acontecimiento. En estas cartas describió la devastación del campo de batalla y la emergencia de una industria turística basada en la venta de las reliquias de Waterloo.

Gran Bretaña emergió de las Guerras revolucionarias y napoleónicas contra Francia con unas instituciones políticas, sociales y económicas intactas. Además, el

Estado había salido reforzado de la contienda dado que había impuesto su autoridad para reprimir los enfrentamientos intestinos y gracias a ello, había consolidado el patriotismo y el nacionalismo militarista, recuperando su credibilidad y su masculinidad, bajo sospecha en numerosas ocasiones. Tanto a nivel nacional como internacional, Gran Bretaña parecía ser una nación más poderosa que en el siglo anterior. Pero todo esto no era más que una ilusión óptica.

Waterloo no fue simplemente un triunfo militar sino el inicio de una crisis económica y política considerable. Si hasta 1815 Francia había sido el enemigo por excelencia del Reino Unido y había sido un catalizador importante en la difuminación de las desavenencias internas, la posguerra desnudó la realidad de un país fracturado. Las Guerras revolucionarias y napoleónicas habían coincidido con las fases expansivas de la economía y de la industria: la construcción de barcos, el trabajo metalúrgico para el armamento o la producción textil a gran escala, habían asegurado la prosperidad durante muchos años pero al final de la contienda, Reino Unido tuvo que afrontar una clara descompensación entre una base industrial consolidada y simultáneamente demasiado amplia ante el descenso de la demanda (Schama 2002: 117). Pero apenas había transcurrido un año cuando explotaron las contrariedades endógenas y exógenas: desde los trabajadores que protestaban por el alto precio del pan y el desempleo, los católicos irlandeses o los radicales hasta los hindúes que defendían su religión, sus costumbres y su orden social.

Los años comprendidos entre 1815 y 1848 fueron años determinantes para la evolución de Gran Bretaña por la metamorfosis social, económica, y política. Si durante los siglos precedentes había prevalecido una estructura piramidal en la que las elites terratenientes y comerciantes extraían su riqueza y poder político de la agricultura y los negocios, el periodo posterior a la batalla de Waterloo asistió a un antagonismo

constante de clases en pugna por la hegemonía, dentro de una economía dominada por la industria.

Uno de los principales problemas procedió de las *Corn Laws*. El restablecimiento de la paz en 1815 desembocó en un periodo de hambre y desempleo crónico, exacerbado por la aprobación de la Ley del Grano en 1815<sup>5</sup>. Las clases industriales vieron a los terratenientes como únicos beneficiarios de estas leyes, especialmente cuando en 1816 hubo una cosecha catastrófica que subió rápidamente el precio del pan, seguida de numerosas protestas populares. Para los radicales y reformistas, estas leyes simbolizaron los abusos del sistema parlamentario constituido por los intereses de las elites y la corrupción del gobierno aristocrático. Por otra parte, el panorama fue idóneo para la reaparición del radicalismo que inició una campaña como en 1790 de presión parlamentaria. Los desequilibrios de 1811 y 1812, fueron la antesala de los ataques dirigidos contra la corrupción social generalizada de los años comprendidos entre 1815 y 1820, durante los cuales el gobierno arrastró un descontento nacional y una agitación radical imparable: reuniones masivas de trabajadores, peticiones de reforma parlamentaria y de recortes en los impuestos, reemergencia de asociaciones políticas, caída de la especulación, presión reformista y agresiva por parte

---

<sup>5</sup> Entre febrero y marzo de 1816, Scott envió a John B. S. Morritt una carta en la que expresaba la problemática del Reino Unido: "I was most particularly obliged by your late letter my dear Morritt acquainting me with your arrival in London [...] at a moment when things look rather gloomy on us. [...] The vacillation concerning the income tax last year gave rise to the corn-bill riots and if they now give way again to a similar clamour they will do themselves and the country incalculable harm. The fact is that Britain suffers most by a fever upon the spirits of the people carefully excited [...] We have the experience of ages that there must be an occasional ebb and flow in all worldly affairs-the commercial interest suffered most three years ago and now it is rising and agriculture has received a corresponding check. If people will wait a little the thing will come round for the pressing part for the evil consists in farmers having argued that as land had been gradually rising in value for twenty years it was impossible there should ever be a decline of the balance. So on they went bidding over each others heads not with any reference too often to the real value of the subject but to some theoretical idea of what it would be worth if the progressive value of land continued to rise. [...] an unreasonable outcry like the agitation of a terrified mob seldom fails to augment tenfold the mischief which occasions it". The Walter Scott Digital Archive. *The Letters of Sir Walter Scott*. Vol. IV, 1815-1817. 183. 15 septiembre 2008. <http://www.Walterscott.lib.ed.ac.uk/home.html>

de la prensa, conatos de golpe de Estado, etc. El establecimiento de comités secretos, la suspensión del *Habeas Corpus* y las medidas represivas concedidas a los magistrados para el control de las asambleas públicas, trajo a la memoria la política de William Pitt en 1794 y 1795 (Evans 1983: 181-187; Briggs 1979: 165).

En este marco de desorden, de escisión nacional y de grave crisis económica se ubica la redacción de *Old Mortality* como expresión de la preocupación de Scott ante la creciente escalada de disconformidad, la reemergencia de una conciencia de clase radical y la probable reacción violenta por parte de las autoridades, en suma, un panorama social británico casi exacto al de 1789-1790 como consecuencia de la Revolución francesa. Como novela representativa de una revolución, *Old Mortality* aborda la problemática tanto de la representación de la violencia como de la dificultad de hallar los medios para evitarla. Si bien el personaje Old Mortality, Robert Paterson, es un tributo al pasado y a la memoria de los perseguidos por su ideología religiosa disidente como fruto de una época marcada por los excesos de la violencia, *Old Mortality* como novela histórica es un texto vivo que refleja el presente de Scott y la violencia que recorrió Gran Bretaña durante toda la era romántica. John B. Humma sugiere que Scott utiliza la figura de Old Mortality para exponer la amenaza y el peligro que individuos fanáticos como él suponen para la estabilidad cultural. De ahí que la estrategia narrativa de Scott, consistente en la vinculación pasado-presente, “is not to distance us from but to assert the immediacy of that threat of fanatical extremism which formerly had so bloodily divided the Scots” (Humma 1980: 310). De este modo, la reconstrucción del pasado de Escocia y su trato violento con Inglaterra actuaron como recordatorios del presente de ambos países y de la función reconciliadora de la ficción de cara a la política contemporánea. Como sostiene Crawford Gribben, para Scott la



escritura o lectura sobre la tragedia de los *Covenanters* fue una tarea política y teológica (Gribben 2004: 16).

En un intento por apaciguar el estado de alarma general, Scott hizo un llamamiento a la unidad y a la moderación para evitar posicionamientos extremos que pudieran converger en una guerra civil como la del siglo XVII y aunque ésta nunca se produjo, el Reino Unido sí tuvo que presenciar acontecimientos críticos como *Peterloo massacre* en 1819 y la Conspiración de *Cato Street* en 1820 en la que se intentó asesinar a todos los ministros británicos y al Primer Ministro, Lord Liverpool. *Old Mortality* constituye un aviso sobre el camino irretornable de la lucha armada que debe ser evitada tanto por el pueblo como por los políticos; por eso, mediante las reflexiones de Morton sobre la hostilidad de su mundo, los lectores de Scott toman simultáneamente conciencia de la violencia de su pasado para arrostrar los conflictos del presente.

A diferencia de Walter Scott que visitó Waterloo y asistió al espectáculo de las secuelas de la guerra, Henry Morton, el protagonista de *Old Mortality*, no sólo experimenta de primera mano la crisis histórica de 1679 entre presbiterianos y Episcopalianos sino que asiste a los numerosos espectáculos que ésta ofrece y que en general están conformados por las atrocidades cometidas por las diversas facciones. Todo ello con la finalidad de demostrar que existe una contradicción palmaria entre la guerra como espectáculo y exhibición del aparato militar, y la guerra como un asunto oscuro, oportunista e ignominioso. *Old Mortality* permite a Scott trazar una línea continua entre las contradicciones del Reino Unido en 1815 como primera potencia europea, y las contradicciones de un plano histórico pasado como es la insurrección armada de 1679 para desbrozar y sanar los traumas de la sociedad decimonónica.

#### **4. La identidad escocesa durante el siglo XVII**

El siglo XVII, localizado entre la Reforma y la Ilustración, marcó un punto de inflexión en la representación de la identidad escocesa dado que entre 1560 y 1760 los rasgos de la identidad medieval escocesa sufrieron un cambio notable debido a dos factores: por un lado, la conversión de Escocia al Protestantismo y por otro, las nuevas relaciones entabladas con Inglaterra que desembocaron en la incorporación de Escocia dentro de una nueva entidad política, Gran Bretaña, en 1707. La fusión entre estos dos factores, la religión y la política no sólo son materia obligada en la construcción de todo Estado-nación sino parte indisociable en la formación de la identidad nacional. Esto quiere decir que tanto Escocia como Inglaterra, especialmente antes del Tratado de Unión, institucionalizaron la identidad religiosa como identidad política y viceversa como medio de reafirmación de la identidad nacional frente al Otro. Si bien hasta mediados del siglo XVI (el giro hacia el Protestantismo se efectuó entre 1560 y 1600), la religión de Escocia fue el Catolicismo, durante la segunda mitad del siglo XVIII Escocia se tornó protestante, siendo los escoceses mayoritariamente presbiterianos calvinistas. Durante el siglo XVII, la Iglesia de Escocia se convirtió en un poderosísimo instrumento institucional en la consolidación de la identidad escocesa y en un potente vehículo de control social.

La conversión al Protestantismo no aseguró sin embargo una homogeneidad religiosa en Escocia, en torno a cuya identidad surgió el debate sobre la autoridad en la Iglesia. Mientras por un lado, los Episcopalianos establecieron una continuidad con la Iglesia previa a la Reforma en materia de gobierno, mediante una jerarquía de obispos con jurisdicción apostólica, aceptaron la subordinación de la Iglesia a la corona y fueron

proclives al entendimiento con Inglaterra, los presbiterianos destacaron la naturaleza revolucionaria y popular de la Reforma, creyeron en la igualdad de los ministros, rechazaron cualquier injerencia estatal en la Iglesia y consideraron la reforma de la Iglesia de Inglaterra inacabada. Lo que empezó por ser un debate religioso amplió su campo a la historia y a la identidad, es decir a una controversia sobre cuál era la verdadera experiencia escocesa de la Reforma y sobre qué facción religiosa era la verdadera heredera de 1560. Este debate condujo a que tanto los Episcopalianos como los presbiterianos escribieran sus propias historias durante el reinado de Carlos I (1600-1649) (Brown 1998: 236, 247-49).

#### **4.1. Plano histórico intratextual: El papel de la religión en la formación de la nación**

La acción histórico-literaria se sitúa en Escocia en torno al asesinato (el 5 de mayo de 1679) del arzobispo de Saint Andrews, James Sharp (1613-1679), quien había colaborado activamente en el restablecimiento del Episcopalismo de acuerdo con los deseos de Carlos II (1660-1685). Los asesinos, una partida de fanáticos *Whigs*, se unieron a sus correligionarios *Covenanters* sublevados en el oeste. En julio de 1679, un batallón de estos radicales presbiterianos *Whigs* derrotaron al general escocés John Grahame de Claverhouse (1648-1689) que comandaba a su vez un batallón de Dragones reales. Posteriormente, ese mismo mes de julio, los sublevados fueron derrotados por el ejército angloescocés liderado por el Conde Monmouth (1658-1735) en la famosa batalla de *Bothwell Bridge*. Estos acontecimientos históricos constituyeron una revolución armada contra el Estado a través de la cual colisionaron dos facciones

religioso-políticas antagónicas, por un lado, el bando formado por los *Covenanters* de tendencia política *Whig* y por otro, el bando de los Episcopalianos defensores de la monarquía absoluta (en ese momento concreto de Carlos II), es decir, monárquicos o conservadores. En *Hacia la paz perpetua* (1795), Kant (1724-1804) aseveraba que la naturaleza “se sirve de dos medios para evitar la confusión de los pueblos y diferenciarlos: la diferencia de lenguas y de religiones; estas diferencias llevan consigo, ciertamente, la propensión al odio mutuo y a pretextos para la guerra [...]”, y que sólo “el incremento de la cultura y la paulatina aproximación de los hombres a un más amplio acuerdo en los principios” podían conseguir la restauración de la paz (Kant 1999: 107).

El regreso de los Estuardo después del gobierno de Cromwell (1649-1658), manifiesto en la Restauración con Carlos II (1660-1685), implicó una vuelta tanto a las instituciones tradicionales como a las comunidades nacionales históricas. Pero bajo su mandato, la Britanidad no se redujo nunca a una única identidad sino más bien a una lucha ideológica multipolar sobre la autonomía eclesiástica y monárquica y la antigüedad nacional. Gales, Inglaterra, Escocia e Irlanda se vieron inmersas en una lucha por la autenticidad de sus mitos históricos y por la falsedad de los mitos ajenos. Por ejemplo, Inglaterra elaboró un discurso patriótico en el que el pasado británico con los mitos del rey Arturo sobre sus conquistas o la historia de la Iglesia de Inglaterra sirvió para cumplir con las aspiraciones imperialistas y con la legitimidad de la autoridad eclesiástica. Esto significó que las ideologías particulares de cada región prevalecieron sobre la ideología de la Britanidad y que la salvaguarda de las tradiciones nacionales se enmarcó en un sistema de competición. Según Colin Kidd, “the existing national traditions of England, Scotland and Ireland proved too resilient to be easily fused beneath an overarching pan-Britannia identity” y en consecuencia, “no plausible

British identity capable of engaging the affections of the various British peoples emerged under the Stuart dynasty” (Kidd 1998: 321).

El estudio del Protestantismo y de la Britanidad es al fin y al cabo el estudio de la Otredad. La mayor parte de los historiadores argumentan que los individuos pueden pensarse más fácilmente como comunidad nacional cuando se unen para rechazar a otras comunidades y construyen a estos extranjeros como enemigos hostiles. De ahí que sea prácticamente imposible forjar ningún sentido de identidad sin menospreciar aquello que habita fuera de nuestras fronteras. Sin embargo, si el Protestantismo se diseñó como recurso para crear el sentimiento de unidad entre Inglaterra y Escocia frente al Catolicismo de Francia, el examen detenido por parte de los especialistas de la época Tudor y Estuarda sobre la imagen de los protestantes como pueblo elegido, ha chocado con numerosas dificultades, entre ellas, con la duda de si la religión pudo haber cimentado alguna vez el sentimiento de pertenencia nacional. La problemática principal gira en torno a la concepción protestante de la verdadera Iglesia; para los escritores ingleses de finales del siglo XVII, la Iglesia británica no era coincidente con la Iglesia de Inglaterra sino con la primera Iglesia cristiana, de naturaleza celta, fundada en las Islas británicas mucho tiempo antes de que el Imperio romano se convirtiera al Cristianismo. Los británicos eran los descendientes directos de Gomer, hijo de Jafet, a su vez hijo de Noé, a cuya descendencia se prometió las Islas de los Gentiles después del Diluvio universal. Esta Iglesia, genuina e histórica, formó la base ideológica para las reivindicaciones de la independencia y la superioridad religiosa con respecto a Roma promovidas por John Foxe o John Beale, pioneros de la Reforma inglesa (Mandelbrote 1998: 157-59).

Pero según la terminología Tudor, la verdadera Iglesia aludía a la comunidad de los creyentes, que a primera vista era identificable con la nación británica cuyo

Protestantismo aseguraba la aceptación de la verdadera religión. Sin embargo, la concordancia entre la religión y la nación planteaba un grave problema dado que los súbditos de la monarquía Tudor y Estuarda consideraban a la verdadera Iglesia como un cuerpo místico, existente en un plano diferente a las instituciones humanas como los Estados o las naciones y un cuerpo universal cuya atención no estaba confinada a una sola nación. Y puesto que era improbable que la verdadera Iglesia coincidiera con la nación inglesa, el sentido de sí mismos de los protestantes como cristianos entraba en contradicción con el sentido de sí mismos como ingleses. A su vez, la ausencia de conciliación entre el plano religioso y el plano político suscitó otras dos cuestiones, una de carácter universal y otra de carácter doméstico. La primera afectaba al lugar que ocupaban los protestantes extranjeros, es decir, al lugar que ocupaba Alemania, Suiza, Holanda o las comunidades aisladas protestantes de Francia o Austria en la verdadera Iglesia y que conducía al reconocimiento de su pertenencia a la misma Iglesia que Inglaterra o Escocia, así como a la autoconciencia de una identidad por encima de las fronteras nacionales que quebraba la idea de Inglaterra como pueblo elegido. La segunda cuestión, afectaba al lugar que ocupaban los ingleses católicos dentro de la nación, a los que se consideraba como enemigos internos. Todas estas dificultades llevan a preguntarse si el Protestantismo fue una base firme en la unificación de la identidad nacional, especialmente cuando Gran Bretaña como entidad política estaba enfrentada a través de dos organizaciones eclesiásticas, la Iglesia de Inglaterra y la Iglesia de Escocia. En suma, el Protestantismo actuó como una fuerza contradictoria, en ocasiones estabilizadora y en ocasiones agitadora (Claydon y McBride 1998: 3-29). En cualquier caso, la religión no ha sido únicamente un sistema de creencias sino un vehículo fundamental en la cohesión política y nacional que ha pretendido camuflar la realidad de la religión como ideología heterogénea. De hecho, la escisión entre los

anglicanos y los disidentes fue básicamente una escisión política e ideológica que evidenció la fragilidad de la identidad protestante. El pluralismo religioso indica la falta de unificación del Protestantismo y en consecuencia, la deficiencia de un firme sentido de Britanidad. Este enfoque obstaculiza enormemente la relación directa entre una fe y una identidad predominante a lo largo del siglo XVIII (Black 1998: 53-74). En esta misma línea descuellan también J. C. D. Clark quien sostiene que la unión de las Coronas inglesa y escocesa en 1603 con la consiguiente emergencia de una nacionalidad común, no consiguió fundar un sentido de Britanidad debido a la profundidad de la divergencia cultural anglo-escocesa. Es más, la internalización de la etiqueta identitaria “protestante” en Inglaterra, no garantizó la unidad religiosa inglesa y mucho menos la unidad británica, que se vio escindida por constantes conflictos protestantes. Por añadidura, británico se convirtió en sinónimo de inglés, y protestante de anglicano (Clark 2000a: 40).

Uno de los principales problemas a los que tuvo que enfrentarse Escocia como consecuencia de la Restauración fue el cambio de religión que supuso la marginación del Presbiterianismo y la instauración del Episcopalismo y del Erastianismo como culto oficial. El término Erastianismo fue tomado de Erasto, pseudónimo del ideólogo y médico suizo Thomas Lieber (1524-1583) quien defendía el sometimiento de la Iglesia al Estado en materia religiosa. Aunque Erasto nunca predicó la doctrina con este término, fueron los presbiterianos quienes se adueñaron de él en 1643 para designar peyorativamente a los partidarios de los principios de Erasto sobre la supremacía del Estado.

En 1660, Carlos II subió al trono y restauró el Episcopalismo tanto en Inglaterra como en Escocia hasta el punto de que en 1661, se legitimó a sí mismo como rey absoluto y supremo hacedor de la política escocesa. Carlos II odiaba a los presbiterianos

escoceses por su participación en la Guerra civil inglesa en contra de su padre, Carlos I, y consideraba que el Presbiterianismo no era una religión propia para la monarquía. Además, era preferible que la organización eclesiástica fuera dirigida por los obispos cuyos nombramientos dependían del monarca según la teoría del derecho divino, quienes a su vez podían satisfacer los deseos e intereses del soberano (Harris 1998a: 131-56; Allan 1998: 182-205). El Episcopalismo situó a la Iglesia de Escocia en la misma situación en la que estaba en 1633 suponiendo la prohibición del *Covenant* y de los artículos presbiterianos, la expulsión de los ministros puritanos de sus parroquias y la persecución de los *Covenanters*, a los que se catalogó de traidores por haber respaldado la causa de Cromwell.

El origen de los *Covenanters* se remonta al año 1557 cuando un grupo de nobles llamados *Lords of the Congregation* suscribieron un primer Pacto, *the First Covenant*, que establecía el Presbiterianismo en Escocia y que consideraba el *Covenant* como el documento esencial en la historia de la Iglesia Presbiteriana (Kirk) de dicho país. Este documento fue una ampliación de otro escrito, llamado *Negative Confession*, instigado en 1581 por Jaime VI, y firmado por la Casa real como consecuencia de los temores a un posible complot de la nobleza y de Francia y España para restaurar el Catolicismo en Inglaterra y Escocia.

En 1638, los líderes de la Iglesia Presbiteriana se reunieron en Edimburgo para renovar su Pacto con Dios y así salvar al pueblo de la tiranía de la religión católica, personificada en la figura del monarca Carlos I. En esa ocasión, se volvió a redactar un documento, el Pacto nacional, que se constituía como segundo Pacto. Se trataba de una protesta en contra del intento por imponer desde Inglaterra un rito de adoración estrictamente inglés como era el Episcopalismo. Se eliminó toda la labor de Jaime I y Carlos I mediante la abolición del Episcopalismo, la excomunión de los obispos, la



prohibición del *Libro de oraciones*, y se reintrodujo el Presbiterianismo. Carlos I rechazó las cláusulas de este segundo Pacto provocando las *Guerras de los Obispos* entre 1639-1640 (Moreno 1995: 44-64).

Según Jonathan Hearn, los *Covenants* “create or reaffirm social bonds of common membership in a community, and mutual expectations for community members” y su sentido fundamental “is that of a community asserting its terms of membership within a large community” (Hearn 2000: 155, 156). El *Covenant* recoge uno de los conflictos religiosos más notorios del siglo XVII, el control sobre las formas de culto en Escocia. La aparición de semejantes pactos en la historia de la política escocesa alude a situaciones históricas críticas caracterizadas por la incertidumbre, el miedo y la lucha: “Covenants are made when solidarity and common purpose are threatened and are often concerned with articulating those threats, with voicing concern for an untenable state of affairs” (Hearn 2000: 155-56; 155-74). Aunque fue la nobleza y la elite eclesiástica quienes promovieron el *Covenant*, recurriendo en algunos casos a la coacción, lo cierto es que el *National Covenant* gozó de un apoyo popular muy sólido.

En 1643, durante la Guerra civil inglesa (1642-1649), la Asamblea general de la Kirk abogó por intervenir en la contienda del lado de las fuerzas parlamentarias inglesas en contra de las monárquicas, y decidió apoyar la causa de Cromwell mediante la firma del tercer y último Pacto, *The Solemn League and Covenant* (Liga solemne y de pacto). Los *Covenanters* apoyaron a Cromwell suscribiendo este acuerdo a cambio de que las Iglesias de Inglaterra, Escocia e Irlanda fueran unificadas bajo los principios del Presbiterianismo, quedando abolidos el Papismo y la organización episcopal, pero el incumplimiento de este Pacto por parte de Cromwell desembocó en la batalla de Preston (1648) en la que se venció a los *Covenanters*. Como consecuencia de este hecho,

Escocia fue conquistada, ocupada y sometida a todo tipo de atropellos por las tropas inglesas durante 1650. Por otra parte, la unión de las coronas en 1603 supuso un freno en la independencia política de Escocia: el monarca junto con la corte real se trasladó a Londres acercando la elite escocesa a la cultura de la corte, cada vez más inglesa en sus gustos y valores, la política exterior fue decidida por el rey y los ministros, la mayor parte de los cuales eran ingleses, y las visitas a Escocia por parte del rey sólo se produjeron en contadas ocasiones: 1617, 1633, 1641 y 1650-1651. Escocia era consciente de que la unión monárquica de 1603 había sido un paso importante en la subordinación de Escocia con respecto a Inglaterra, de ahí que una de las reivindicaciones recurrentes entre 1689 y 1707 se centrara fundamentalmente en la desintegración de la Constitución escocesa y en la rectificación de la Unión. Esto generó un debate en torno a la historicidad de Escocia como reino independiente y soberano que fue liderado en el ámbito inglés por William Atwood (1650-1712), quien en *The Superiority and Direct Dominion of the Imperial Crown of England over the Crown and Kingdom of Scotland* (1704) negaba tal rasgo, y en el ámbito escocés por el obispo William Nicolson (1655-1727) y por James Anderson (1662-1728) quien en *An Historical Essay shewing that the Crown and Kingdom of Scotland is Imperial and Independent* (1705) abanderaba la postura contraria. En suma, Escocia se convirtió en un estado satélite especialmente después de 1651 cuando Inglaterra se impuso violentamente.

Finalmente, Richard Cameron (1648-1680) y sus seguidores suscribieron la llamada *Sanquhar Declaration*, una declaración pública que Richard Cameron leyó en la plaza *Sanquhar*, en Escocia en 1680, en la que proclamaba la desobediencia civil a Carlos II y al gobierno escocés en nombre del Presbiterianismo, su oposición a la interferencia monárquica en los asuntos religiosos y su anti-Catolicismo.

En *Old Mortality*, Scott se centra fundamentalmente en la derrota y en la persecución de los *Covenanters*. Durante el reinado de Carlos II, el Código Clarendon, conjunto de cuatro estatutos aprobados entre 1661 y 1665 que establecían la supremacía de la Iglesia Anglicana y concluían con la tolerancia para las religiones disidentes, condenó el *National Covenant* como un delito de alta traición. Como respuesta al Código de Clarendon, infinidad de ministros no conformistas se refugiaron en las cuevas escocesas de las *Borderlands* y practicaron su religión ilegalmente. La Primera Acta de Indulgencia del 15 de julio de 1669 validó las formas de culto presbiterianas en público pero sólo en edificios y mediante ministros nombrados por el rey. A pesar de estas concesiones, un número elevado de presbiterianos se negó a obedecer las órdenes monárquicas (Cowan 1976).

## **5. Diferentes enfoques filosóficos sobre la guerra**

En el libro III de *Enéadas*, en la parte titulada “Sobre la Providencia”, Plotino identifica la guerra con un estado inherente a la naturaleza debido a los contrarios que la recorren. Uno de los principios cruciales de la filosofía de Plotino procede de la idea de unidad del universo, en cuyo interior paradójicamente prevalece la multiplicidad: “una parte está distanciada de otra y convertida en su extraña; y, a causa de ese distanciamiento, ya no reina sólo la Amistad, sino también la Enemistad; y con la deficiencia, una parte es forzosamente hostil a la otra” (Plotino 1985: 49). En contra de lo que pueda parecer, cada una de estas partes no es autosuficiente sino que depende de las otras para su conservación, esto quiere decir que la inteligencia única y la razón derivada de ella, originan un mundo en el que “unas partes se hicieron amigas y benévolas y otras enemigas y hostiles, y se dañaron unas a otras, unas voluntaria y otras

involuntariamente, y unas, al ser destruidas, produjeron la génesis de otras” (Plotino 1985: 50). Para Plotino la naturaleza es un claro ejemplo de que los animales se devoran unos a otros y que los hombres se atacan entre sí y de que la guerra es algo siempre continuo, que no conoce el descanso ni la tregua. Para el filósofo esa guerra implacable entre los animales y los hombres no es otra cosa que una compensación entre todos los seres vivos cuya existencia es limitada y cuya muerte es beneficiosa para otros seres; la vida en la tierra está continuamente renovándose y la muerte es simplemente un cambio de forma:

Por otra parte, las armas de unos hombres contra otros --mortales como son-- guerreando en brillante formación como se hace por juego en las danzas pírricas, muestran que todos los afanes humanos son juegos y delatan que la muerte no es algo temible y que los hombres mueren en guerras y batallas anticipándose un poco a lo que sucede en la vejez, desapareciendo y reapareciendo más rápidamente. (Plotino 1985: 72)

A pesar de que la razón procede de la inteligencia una y de la vida una y éstas son un todo uno, la razón no conforma una verdadera unidad, pues se encuentra en guerra consigo misma en sus propias partes, y su unidad y trabazón semejan a las de un drama, que tiene también unidad a pesar de sus múltiples conflictos. Pero el conflicto de las partes no impide la unidad existente entre los contrarios que organiza el universo, facilitando su movimiento. En definitiva, las diferencias y las oposiciones son elementos naturales y necesarios en el discurrir del mundo.

El estudio analítico y científico de la guerra emergió con Maquiavelo a principios del siglo XVI y se convirtió en una disciplina en el siglo XVII, cuando se fundaron las instituciones para el estudio de la guerra. A partir de entonces, la guerra se conceptualizó de modo abstracto, se diseñaron los juegos de guerra, las fortificaciones y el estudio de la balística (Bridgman 1978: 109). En 1651, Thomas Hobbes (1588-1679)

sacó a la luz *Leviathan* donde afirmaba que el estado de la naturaleza se singularizaba por el miedo mutuo y por la discordia generada por la competencia, la desconfianza y el afán de gloria entre los hombres. Según Hobbes, “durante el tiempo en que los hombres viven sin un poder común que los atemorice a todos, se hallan en la condición o estado que se denomina guerra; una guerra tal que es la de todos contra todos” (Hobbes 1982: 135-36); en estas circunstancias de guerra perpetuas, impera la concepción de que nada es injusto puesto que “las nociones de derecho e ilegalidad, justicia e injusticia están fuera de lugar. Donde no hay poder común, la ley no existe: donde no hay ley, no hay justicia. En la guerra, la fuerza y el fraude son las dos virtudes cardinales” (Hobbes 1982: 137).

A pesar de que el hombre nace en libertad, la agresividad y la hostilidad perennes en el entorno natural le empujan a buscar amparo en la sociedad para proteger su vida contra sus enemigos y asegurar la paz. En consecuencia, la aceptación de un pacto conduce a una existencia más “armónica” en la que las pasiones naturales del hombre son sometidas por temor al castigo (Hobbes 1982: 179). Finalmente, la cesión del poder y la voluntad individual a través del pacto social desemboca en un poder común denominado Estado o *Leviatán*, “aquel dios mortal, al cual debemos, bajo el Dios inmortal, nuestra paz y nuestra defensa, porque en virtud de esta autoridad que se confiere por cada hombre particular el Estado posee y utiliza tanto poder y fortaleza que por el terror que inspira es capaz de conformar las voluntades de todos ellos para la paz en su propio país” (Hobbes 1982: 162).

A lo largo de la Ilustración, la guerra se convirtió en el tema recurrente de todos los debates debido a las experiencias bélicas, caracterizadas por su crueldad, que Europa había sufrido durante los siglos XVI y XVII como consecuencia no sólo de las guerras de religión, sino por los intentos de España, Inglaterra y Francia por conseguir la

hegemonía. La extenuación física y psicológica provocada por las guerras hizo que las conciencias ilustradas volcaran sus esfuerzos en generar un discurso sobre la tolerancia que frenara tanto el fanatismo como las verdades absolutas religiosas, fuente constante de discordia y de intolerancia ante otras creencias y formas alógenas de vida. Fueron precisamente las guerras de religión y sus efectos devastadores las que provocaron la composición de diversas obras filosóficas, entre ellas, *De Pacificatione* (1529) y *De Concordia et Discordia in Humano Genere* (1529) de Luis Vives (1492-1540), *A Letter Concerning Toleration* (1689) de Locke (1632-1704) y *Traité sur la Tolerance* (1767) de Voltaire (1694-1778). En Francia el primer ideólogo sobre la tolerancia religiosa fue Pierre Bayle (1647-1706) quien, como consecuencia de la derogación del Edicto de Nantes por parte de Luis XIV en 1685, publicó *Ce que c'est que la France toute catholique sous le règne de Louis le Grand* (1686), en la que demonizaba la intolerancia religiosa y *Commentaire philosophique sur ces paroles de Jésus-Christ «Contrains-les d'entrer»* (1687), donde reivindicaba la libertad de conciencia, incluso para ateos y seguidores de religiones no cristianas.

En el *Dictionnaire Philosophique*, Voltaire dedicó un apartado a la guerra en el que reflexionaba sobre la barbarie y la destrucción que ésta provocaba. Voltaire comienza por constatar que los animales se encuentran perpetuamente en guerra y que las especies han nacido para devorarse entre sí de tal manera que “L’air, la terre et les eaux sont des champs de destruction” (Voltaire 1967: 230). Los hombres a su vez, arrastrados por la codicia y la ambición se entregan a la locura de la guerra “non seulement sans avoir aucun intérêt au procès, mais sans savoir même de quoi il s’agit”, aunque sí se ponen de acuerdo todos en un solo punto, “celui de faire tout le mal possible” (Voltaire 1967: 230). Para Voltaire lo peor de todo es que se bendicen las banderas y se invoca solemnemente el nombre de Dios antes de exterminar al enemigo.

Siendo una de las causas de la guerra la religión, Voltaire diferencia entre la religión natural que evita cometer asesinatos, y la religión artificial que anima a todas las crueldades inimaginables, conjuras, sediciones, actos de pillaje, etc., empujando a que “chacun marche gaiement au crime sous la bannière de son saint” (Voltaire 1967: 231). Los males derivados de la guerra son tales que la concentración de los vicios de todos los tiempos y lugares no llegaría nunca a producir semejante catástrofe. Sin embargo, Voltaire concluye reconociendo que “la guerre est un fléau inévitable. Si l’on y prend garde, tous les hommes ont adoré le dieu Mars; Sabaoth chez les Juifs signifie le Dieu des armes: mais Minerve chez Homère appelle Mars un dieu furieux, insensé, infernal” (Voltaire 1967: 232).

Si durante el siglo XVII, se condenó moralmente la guerra, el siglo XVIII se centró en un tratamiento jurídico-político de la misma. En este sentido, la labor del abate Saint Pierre (1658-1743) fue un claro ejemplo del enfoque jurídico-racionalista de la guerra, dado que para él la enumeración de los males de la guerra y de las virtudes de la paz debía ser un elemento persuasivo para lograr el acuerdo entre los gobernantes de los diversos países europeos, y desterrar perpetuamente la guerra. Saint Pierre publicó un detallado Proyecto para la paz perpetua en Europa entre 1713 y 1717 que fue rescatado por Rousseau en 1761 (Rubio Carracedo 2006: 79-89). A diferencia de Hobbes, Rousseau considera que la guerra no es inherente al estado de la naturaleza sino que surge únicamente en el estado social debido a las injusticias, a la desigualdad y al despotismo, propiciados por el contrato social. La guerra, estado social que corrompe el estado pacífico presente en la naturaleza, sólo puede subsanarse mediante un derecho internacional justo. La concepción del derecho internacional o lo que es lo mismo de la paz y de la guerra se halla en Rousseau diseminada a lo largo de sus diferentes escritos como *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes* (1755),

*De l'Economie politique* (1755), *Du Contrat Social* (1762), *Considérations sur le Gouvernement de Pologne, et sur sa Réformation projetée* (1770-1771) y en el *Extrait du projet de paix perpétuelle de Monsieur l'Abbé de Saint-Pierre* (1761), aunque es en sus textos políticos, especialmente *El estado de guerra* y *Fragmentos sobre la guerra*, donde sus ideas sobre la beligerancia se aglutinan.

En el *Discours sur l'origine de l'inégalité parmi les hommes* (1754), Rousseau sostiene que una de las causas fundamentales de desorden en la sociedad es la ruptura de la igualdad motivada por “les usurpations des riches, les brigandages des pauvres, les passions effrénées de tous” que ahogan la piedad, la caridad y la “voix encore faible de la justice” y que han convertido a los hombres en “avares, ambitieux et méchants” (Rousseau 1834: 205); como consecuencia, “la société naissante fit place au plus horrible état de guerre” (Rousseau 1834: 205). De la sociedad, constituida como cuerpo político y de la división del género humano en diferentes sociedades es por tanto de donde proceden “les guerres nationales, les batailles, les meurtres, les représailles qui font frémir la nature et choquent la raison, et tous ces préjugés horribles qui placent au rang de vertus l'honneur de répandre le sang humain” (Rousseau 1834: 208).

En sus *Escritos políticos*, Rousseau argumenta que en el estado de naturaleza rebosa la paz dado que “el hombre es por naturaleza pacífico y temeroso”, que “en el hombre natural no se descubre tal propensión a hacer la guerra a sus semejantes” y que “el honor, el interés, los prejuicios, la venganza, todas las pasiones que pueden hacerle afrontar los peligros y la muerte, están totalmente ausentes en el estado de naturaleza” (Rousseau 2006: 96). En el nuevo orden de cosas iniciado por el estado social y concretado en “un acuerdo artificial”, dice Rousseau que “vamos a ver a los hombres [...] reunirse para degollarse entre sí y surgir todos los horrores de la guerra”, debido a que la desigualdad entre los hombres en la sociedad no tiene límites (Rousseau 2006:



97). Para Rousseau, la guerra es el resultado de la “voluntad expresa de destruirse mutuamente y todos los actos a los que da lugar entre los dos enemigos” (Rousseau 2006: 103) de lo que se deduce que

la guerra no consiste en uno o varios conflictos no premeditados [...] sino en la voluntad constante, reflexiva y manifestada de destruir a su enemigo, porque para juzgar que la existencia de tal enemigo es incompatible con nuestro bienestar hace falta sangre fría, y razonamiento, lo que se traduce en una resolución duradera; y para que la relación sea mutua es preciso que el enemigo, a su vez, se dé cuenta de que buscamos su vida y decida defenderla a expensas de la nuestra. Todas estas ideas se encierran en la palabra *guerra*. (Rousseau 2006: 103-04)

Asimismo, en *Fragmentos sobre la guerra*, Rousseau establece la distinción entre la violencia o agresión y la guerra; mientras la primera implica el ataque del enemigo pero la ausencia de defensa ante el mismo, la segunda implica “el libre y mutuo consentimiento de las partes beligerantes” (Rousseau 2006: 109). En definitiva, el contrato social inaugura el estado civil que a su vez inaugura el estado de guerra propiamente dicho:

La guerra no es, pues, una relación de hombre a hombre, sino una relación de Estado a Estado, en la que los particulares no son enemigos más que accidentalmente, no como hombres, ni siquiera como ciudadanos, sino como soldados; no como miembros de la patria, sino como sus defensores. Finalmente, cada Estado no puede tener como enemigos más que a otros Estados, y no a hombres, puesto que no se puede establecer ninguna relación auténtica entre cosas que tienen diversas naturalezas. (Rousseau 1999: 58)

En *Hacia la paz perpetua* (1795) Kant (1724-1804) propone un proyecto político para el restablecimiento de la paz en Europa, a la que considera un imperativo de la razón, y en consecuencia un deber por parte de todos los individuos para dominar la violencia interestatal y construir una federación de Estados involucrados en la

preservación de la paz. La obra de Kant constituye una vía media entre la propuesta de Saint-Pierre, consistente en el triunfo de la paz a través de un gobierno fuerte integrado por una federación de Estados independientes y de Rousseau, que aceptaba la visión del abad pero la consideraba irrealizable por el simple hecho de que la guerra se había convertido en una especie de negocio lucrativo para los soberanos.

Entroncando con Hobbes y alejándose de Rousseau, Kant mantiene que la guerra es indisociable de la naturaleza humana:

El estado de paz entre hombres que viven juntos no es un estado de naturaleza (*status naturalis*), que es más bien un estado de guerra, es decir, un estado en el que, si bien las hostilidades no se han declarado, sí existe una constante amenaza de que se declaren [...]. (Kant 1999: 81)

Pero la guerra misma no necesita motivos especiales para su desencadenamiento, pues parece estar injertada en la naturaleza humana e, incluso, parece valer como algo *noble*, a lo que el hombre tiende por un *honor* desprovisto de impulsos egoístas [...]. (Kant 1999: 104)

De ahí que el hombre se vea moralmente impulsado a formar una sociedad, siendo “la voluntad de todo Estado” la de “llegar a la situación de paz duradera” y de que confíe en la posibilidad de la paz perpetua (Kant 1999: 107). Desde un punto de vista filosófico-histórico y antropológico, Kant constata el valor civilizador de la guerra aunque desde una perspectiva moral sólo puede condenarla y exaltar la paz. Pero para conseguir esa paz esperada, el hombre debe atravesar primero la guerra, porque según Kant, ésta es más propia a la humanidad que la paz: “[...] como la guerra no es, a decir verdad, sino el medio tristemente necesario en el estado de naturaleza para afirmar el derecho por la fuerza” (Kant 1999: 77).

Benjamin Constant (1767-1830) expresa sus ideas sobre la guerra en la obra *De l'esprit de conquête et de l'usurpation* (1814). Constant abre la obra afirmando que si numerosos escritores han señalado el lado funesto de la guerra, él debe reconocer sus ventajas. Para empezar, la guerra no es siempre un mal porque pertenece a la naturaleza humana y porque “elle lui ouvre un trésor de précieuses jouissances. Elle le forme à la grandeur d'âme, à l'adresse, au sangfroid, au courage, au mépris de la mort, [...] La guerre lui enseigne des dévouements héroïques, et lui fait contracter des amitiés sublimes. Elle l'unit de liens plus étroits, d'une part, à sa patrie, et de l'autre, à ses compagnons d'armes” (Constant 1814: 3). Ahora bien, estas ventajas de la guerra deben ser el resultado natural de la situación y del espíritu nacional de los pueblos, esto significa que un pueblo que no se ve empujado a defender legítimamente su territorio sino que por su carácter nacional participa en expediciones belicosas y en conquistas, mantiene intacto su espíritu guerrero, la simplicidad de sus costumbres, el desprecio por el lujo, la generosidad, la lealtad, el respeto por la valentía del enemigo y la piedad. En consecuencia, si el amor a la guerra forma parte del instinto de esos pueblos, la guerra es buena, pero si supone un resquebrajamiento de su vida, la inflicción de numerosos males y la desnaturalización de su carácter, entonces la guerra será perniciosa.

En el capítulo segundo, Constant establece una diferencia entre los pueblos guerreros de la antigüedad, caracterizados por su naturaleza belicosa y en consecuencia su continua involucración en guerras, y los pueblos modernos que componen una masa de hombres homogénea por naturaleza que tiende a la paz. Y ello se debe según Constant a que “nous sommes arrivés à l'époque du commerce, époque qui doit nécessairement remplacer celle de la guerre, comme celle de la guerre a dû nécessairement la précéder” (Constant 1814: 7). Sin embargo, la guerra y el comercio son medios diferentes para conseguir un mismo objetivo, el de poseer lo que se desea,

de ahí que “l’une est l’impulsion sauvage, l’autre le calcul civilisé” y que “plus la tendance commerciale domine, plus la tendance guerrière doit s’affoiblir” (Constant 1814: 8). Así, la finalidad exclusiva de las naciones modernas es “avec le repos l’aisance, et common source de l’aisance, l’industrie” (Constant 1814: 8), mientras que la guerra es el obstáculo mayor para su consecución dado que ésta no puede nunca ofrecer ni a los individuos ni a las naciones los beneficios que la industria ofrece. En cambio, en la antigüedad la guerra siempre aportaba infinitas riquezas como esclavos, tributos o tierras. En definitiva, los nuevos medios de combate han desprovisto a la guerra de todo su encanto y de su utilidad. No sólo eso, el cebo del interés y del egoísmo se ha apoderado de la guerra y ha mancillado sus principios nobles originarios, desposeyendo al hombre de compasión y de moral. Asimismo, existe un contraste claro entre la defensa legítima y las conquistas: “Le soldat qui combat pour sa patrie [...] a pour perspective ultérieure le repos, la liberté, la gloire. Il a donc un avenir: et sa moralité, loin de se dépraver, s’ennoblit et s’exalte. Mais l’instrument d’un conquérant insatiable voit après une guerre une autre guerre, après un pays dévasté, un autre pays à dévaster [...]” (Constant 1814: 20). En esta línea, Constant advierte contra la avaricia del interés económico y los peligros de las guerras emprendidas en nombre del dinero. Por eso, “un gouvernement qui voudroit aujourd’hui pousser à la guerre et aux conquêtes un peuple européen, commettrait donc un grossier et funeste anachronisme. Il travailleroit à donner à sa nation une impulsion contraire à la nature ” (Constant 1814: 11), dado que para Constant la guerra en su época no procura más que privaciones y sufrimientos. De lo que se sigue que cualquier sistema de conquistas se funda sobre el sofisma y la impostura. Constant afirma que la modernidad ha traído consigo una peculiaridad muy peligrosa: la huida de las responsabilidades políticas y la reclusión en el ámbito privado dejando la política en manos de los gobernantes, quienes han visto

crecer su independencia y por tanto, sus posibilidades de dominación sobre el pueblo. En este sentido, el despotismo de Napoleón es el ejemplo más claro y más dramático dado que ha camuflado las guerras bajo el pretexto del interés económico (Constant 1814).

*An Essay on the History of Civil Society* (1767), obra clave de la Ilustración escocesa, ofrece también una teorización de la guerra. En ella, Adam Ferguson (1723-1816) estudia las comunidades humanas en su evolución desde las etapas primitivas hasta las más civilizadas que desembocan en la constitución de la sociedad civil. A diferencia de Hobbes y de Kant, Ferguson no contempla la sociedad civil como la solución a la condición de guerra que impera en la naturaleza, sino que defiende una integración entre la sociedad civil y la naturaleza; esto quiere decir que para Ferguson no hay dos fases perfectamente delimitadas ni contradictorias en el desarrollo de las comunidades humanas, estado de naturaleza primero y estado civil después, sino que el paso de una a otra es siempre paulatino y complementario. Al considerar el conflicto como un componente inherente a la naturaleza humana, Ferguson se separa del Iusnaturalismo que catalogaba la lucha como una manifestación presocial que era necesario superar mediante la creación de la sociedad civil. En este sentido, para Ferguson la sociedad civil no suprime el conflicto sino que lo incorpora en su estructura al ser una parte constitutiva de la esencia humana. Esta postura rompe por lo tanto con la idea del contrato social como base de la sociedad postulando que la civilización ha emergido espontáneamente como resultado de un proceso progresivo de evolución.

Aunque Ferguson cree en la capacidad de progreso del ser humano y en su deseo de perfeccionamiento, no puede evitar reconocer que la condición humana no se reduce a una concepción estrictamente optimista o pesimista, sino a una esencia mixta compuesta por tendencias contradictorias: “Thus, in treating of human affairs, we would

draw every consequence from a principle of union, or a principle of dissension. The state of nature is a state of war or of amity, and men are made to unite from a principle of affection, or from a principle of fear, as is most suitable to the system of different writers” (Ferguson 1814: 26).

En la primera parte de la obra, “Of the general characteristics of human nature”, Ferguson dedica la sección cuarta al tema de la guerra, titulada “Of the Principles of War and Dissention” en la que sostiene que “Even where no particular claim to superiority is formed, the repugnance to union, the frequent wars, or rather the perpetual hostilities, which take place among rude nations and separate clans, discover how much our species is disposed to opposition, as well as to concert” (Ferguson 1814: 33). Pero en contra de lo que pueda parecer, esas tendencias agresivas dentro del hombre le ayudan a progresar de lo que se sigue que “Without the rivalship of nations, and the practice of war, civil society itself could scarcely have found an object, or a form” (Ferguson 1814: 39). Además, la guerra es un reforzador de los sentimientos nacionales, dado que “The sense of a common danger, and the assaults of an enemy, have been frequently useful to nations, by uniting their members more firmly together, and by preventing the secessions and actual separations in which their civil discord might otherwise terminate”, por lo que el sentido de union de un pueblo no es posible “without admitting hostility to those who oppose them” (Ferguson 1814: 35, 40-41).

## II. ESTUDIO DEL CUERPO LITERARIO

### 1. Introducción

Walter Scott logra contraponer la conceptualización de un fenómeno común, la guerra, en dos planos histórico-temporales divergentes, el siglo XIX y el siglo XVII. La ideología nacionalista proyectó un sentido profundo de unidad entre el presente y el pasado de Escocia e Inglaterra mediante una interpretación nacional de la historia, cuando la realidad es que en 1816, momento de publicación de la obra, a pesar de haber transcurrido más de un siglo desde el Tratado de Unión de 1707 entre ambos países, el grueso de la población escocesa aún manifestaba un gran rechazo por este acuerdo. Del mismo modo que la unión de la corona inglesa y escocesa bajo los Estuardo desde 1603 tampoco había propiciado una convergencia de sentimientos y creencias. Si el nacionalismo postulaba que la base del presente se hallaba en el pasado, *Old Mortality* evidencia que difícilmente podía existir armonía nacional en el siglo XIX, cuando el siglo XVII era fuente de caos social y de enfrentamientos continuos.

La guerra se convirtió en un componente omnipresente en la sociedad del siglo XIX y en una fuerza modeladora de la identidad británica. Desde 1792 hasta 1801, desde 1803 hasta 1814, y nuevamente en 1815, la guerra consolidó el quehacer diario de Gran Bretaña y condicionó la evolución del país. Sin embargo, la guerra fue inconcebible sin el periodismo que la construyó y articuló discursivamente. El periodismo tal y como fue ejercido por Coleridge, Southey, Wordsworth o Charles Lamb en *The Morning Post* constituyó la superestructura discursiva que creó la concepción británica del tiempo; hacia 1790, la prensa era el vehículo imprescindible no sólo cultural sino propagandístico (Christensen 2000: 3-4).

La representación de Henry Morton, un hombre con nobles y elevados ideales atrapado entre los extremos de las dos facciones beligerantes, ilustra al lector por qué la época histórica en la que se localiza la novela se denominó con el nombre de *Killing Years* que abarcaron desde 1684 a 1688. El lector de *Old Mortality* se enfrenta recurrentemente a lo largo de la novela con el drama producido por la guerra, con los espectáculos de fanatismo y crueldad descritos por el autor para movilizar las conciencias en contra de los abusos y atrocidades de la guerra, y con la insensibilidad de los dos bandos sobre los sentimientos ajenos. *Old Mortality* se despliega así como un estudio de los tipos de mentalidad presentes en el conflicto y el modo en el que un grupo de extremistas dividieron el país en bandos beligerantes, haciendo caso omiso de las advertencias de los individuos moderados (Daiches 1951b: 159, 161).

Morton personifica el sentido común que Scott estimaba imprescindible para resolver la crisis de 1816. La participación de Morton en la insurrección de 1679, un presbiteriano hijo de un líder exiliado del movimiento *Covenanter*, se debe a cuatro razones fundamentales: el pesado legado de su padre, Silas Morton, un soldado eminente cuyo fallecimiento le convirtió en una leyenda local, la convicción de que Edith Bellenden está comprometida con Lord Evandale, la ayuda prestada a John Burley de Balfour, perseguido por la guardia real por el asesinato del arzobispo, y su detención por parte de la guardia real acusado de amparar a un asesino. Después de sentir en su propia piel el abuso de poder de la facción monárquica, cuyo comandante en un arrebato de soberbia casi le fusila, Morton determina unirse a John Burley.

La toma de contacto con Burley es esencial para el desarrollo de Morton como personaje dado que no sólo le convierte en un proscrito y traidor a su patria, en un marginado en términos sociales y legales, sino que le obliga a cumplir con una herencia del pasado. Burley, quien salvó la vida del padre de Morton, le pide que le auxilie en su



lucha por reformar el *Covenant* y que batalle en contra de las injusticias del régimen monárquico. A partir de ese instante argumental, el destino de Morton se vuelve indisociable del destino de los insurrectos, su vida privada se torna en vida pública y su ideología le posiciona en una condición antisistema. Sin embargo su objetivo prioritario es la paz y una vez que la guerra comienza, Morton se afana por civilizar el conflicto, reducir el derramamiento de sangre y acordar un armisticio (Welsh 1992: 155-77).

## ***2. La guerra en Old Mortality***

Para el nacionalismo la guerra fue un concepto esencial en el afianzamiento de su ideología en todos los campos del saber. El punto de arranque de la teoría nacionalista emergió de la idea de unidad, es decir, de una perfecta imbricación en todos los niveles discursivos que a su vez determinaba una interacción en los diversos estratos sociales y que garantizaba la armonía, la estabilidad y en definitiva, la paz social. La unidad cultural despertó la unidad conceptual de tal modo que todas las ideas establecidas por el sistema se contemplaron como verdades absolutas, como principios irrefutables articulados de un trazo definitivo, sin fisuras o posibles resquebrajamientos. La absolutización axiológica generó así la unicidad de pensamiento y la unicidad interpretativa de la realidad. Ésta, identificada con la nación, se concibió como una totalidad por oposición a otras totalidades igualmente compactas. El universo ideológico nacionalista se fracturó en dicotomías, en antagonismos constantes entre la Mismidad y la Otredad, alrededor de la cual se levantaron los prejuicios, los estereotipos y las relaciones de jerarquía como elementos de distanciamiento. Los prejuicios, cuyo núcleo se encuentra en los estereotipos o imágenes que creamos sobre los demás, no sólo

influyen y determinan nuestras relaciones sociales sino que tienden a encauzarlas hacia conflictos de diferente naturaleza, que son la consecuencia de las expectativas negativas hacia otras culturas (Escarbajal y Escarbajal 2004: 13). Estos prejuicios, basados en la comparación e impulsores de la ideología etnocentrista, arrancaron de la creencia en la superioridad cultural y moral de un grupo sobre otros. La amenaza del Otro, en multitud de ocasiones infundada, se convirtió en el *leitmotiv* del discurso político cuya máxima expresión la encontró en la guerra y en sus legítimos representantes, los ejércitos. Los códigos de honor, de lealtad, de salvaguarda de la nación y de gloria militar fueron el fiel reflejo de la integridad y la coherencia entre los pensamientos, los actos y el deber patriótico. Adam Smith (1723-1790) en *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (1776) ya constataba la naturaleza engañosa de la guerra y la búsqueda de honor como uno de los impulsos fundamentales:

What a common soldier may lose is obvious enough. Without regarding the danger, however, young volunteers never enlist so readily as at the beginning of a new war; and though they have scarce any chance of preferment, they figure to themselves, in their youthful fancies, a thousand occasions of acquiring honour and distinction which never occur. These romantic hopes make the whole price of their blood. Their pay is less than that of common labourers, and, in actual service, their fatigues are much greater. (Smith 1998: 106)

Antes de centrarnos en el análisis de *Old Mortality*, hay que puntualizar que Scott defendió una visión claramente negativa de la guerra. Si bien en ocasiones su objetividad narrativa conduce a la ambigüedad interpretativa, la conclusión del lector una vez finalizada la novela, sopesados los pros y los contras, comprendidos los motivos y los intereses de cada facción, es que no se puede encontrar ningún elemento alentador en la ejecución de la violencia. Repetidamente el texto nos habla de tragedia, de dolor irreversible, de muerte y destrucción innecesaria que podría haberse evitado

porque siempre la problemática surge con grupos de individuos radicales, inflexibles en sus posturas y actitudes, que fomentan el uso de la fuerza bruta y que viven de ella como medio para conservar la autoridad y sobre todo el poder. Aspecto relevante sobre *Old Mortality* y la representación de la guerra es que Scott focaliza especialmente la atención sobre las consecuencias nefastas de la guerra civil de 1679; prueba de ello es que no concede espacio textual a la celebración de la Revolución Gloriosa, acontecimiento histórico que concluyó la guerra entre presbiterianos y Episcopalianos pero que no erradicó las desavenencias internas en materia religiosa. Scott inmortaliza el sufrimiento de los implicados en la guerra de 1679 y el resentimiento de las facciones para alumbrar el clima de posguerra de Waterloo, y evitar así otra posible guerra civil.

Como novela histórica, la construcción de *Old Mortality* radica en dos planos, uno histórico y otro literario, engarzados con tal maestría que en determinados momentos resulta difícil separar ambas disciplinas. Históricamente los hechos cronológicos que dieron lugar a la guerra que relata *Old Mortality* fueron los siguientes:

1. Asesinato de James Sharp (3 de mayo de 1679);
2. Insurrección de los presbiterianos y quema del Acta de Supremacía;
3. Batalla de *Loudon Hill* o Drumclog (ocurrida el 1 de junio de 1679 aunque en *Old Mortality* se desencadena en julio de 1679);
4. Asedio de la torre de *Tillietudlem*;
5. Toma de Glasgow por parte de los *Covenanters* y atrincheramiento en la residencia Hamilton (cerca del pueblo llamado Bothwell) y
6. La batalla de *Bothwell Bridge* (históricamente el 21 de junio aunque en la novela figura julio de 1679).

El inicio de la novela se localiza en el condado escocés de Lanark durante la celebración del *wappenschaw*, una fiesta tradicional de juegos militares y deportes rurales anualmente promovida por el gobierno escocés como medida para favorecer un encuentro entre las diferentes facciones religiosas. De una situación motivo de alegría a

pesar de la discordancia subyacente, Scott salta al corazón del conflicto desencadenado por el asesinato del arzobispo católico James Sharp, y la paralela sublevación de los *Covenanters*, adentrándonos en un enfrentamiento religioso-político que hunde sus raíces en el siglo XVI y que forma parte indisociable de la identidad escocesa.

La situación se complicó gravemente con el asesinato de James Sharp a manos de John Balfour de Burley al tiempo que los *Covenanters* se rebelaron contra el Estado quemando públicamente el Acta de Supremacía que establecía el Episcopalismo y consideraba a Carlos I como mártir, con el fin de continuar el trabajo de reforma de la Iglesia presbiteriana de acuerdo con los principios del *Covenant*.

Si partimos de la base de que el conflicto y el control son la norma de las relaciones sociales y de que toda comunidad está atravesada por prácticas y discursos de poder (Black 1999: 670), llegamos a la conclusión de que la guerra religiosa que plantea *Old Mortality* es esencialmente una guerra por el poder puesto que como argumenta William Graham Summer, “if you want war, nourish a doctrine”, entendiendo por ésta “an article of faith” (Summer 1963: 56-57). Pero esa lucha por el poder resulta ser también una lucha por la libertad; tanto en el cuerpo histórico como literario, la guerra surge como una solución ante una situación crítica de opresión, de amenaza a la supervivencia, de intolerancia ideológica, en definitiva, de hostigamiento a la libertad. Recordemos que la libertad como objetivo fundamental de la lucha era un principio inherente al pueblo escocés frente al sometimiento inglés que fue articulado en 1320 en la Declaración de Arbroath, documento redactado por nobles y clérigos después de la batalla de Bannockburn en 1314, donde se reconocía explícitamente la emancipación nacional escocesa:

Yet if he should give up what he has begun, seeking to make us or our kingdom subject to the King of England or the English, we should exert

ourselves at once to drive him out as our enemy and a subverter of his own right and ours, and make some other man who was well able to defend us our King; for, as long as a hundred of us remain alive, never will we on any conditions be subjected to the lordship of the English. It is in truth not for glory, nor riches, nor honours that we are fighting, but for freedom alone, which no honest man gives up but with life itself<sup>6</sup>.

La Declaración de Arbroath enfatizó la prioridad de la comunidad escocesa sobre la autoridad de la realeza escocesa, por lo que la función del monarca en la defensa de la independencia escocesa se constituyó como el pilar del contrato entre éste y el pueblo.

Según la concepción moderna, la guerra no es el resultado de los instintos sino de las maquinaciones mentales del ser humano; los sentimientos, los juicios, la planificación, la diplomacia y las estrategias desempeñan un papel crucial en cualquier fase de la guerra y todos estos factores “stem from some form of crisis—depression or oppression, suspicion or conflict, threat to survival as a political or territorial unit, or clash of pressing economic interests” (Ansari 1975: 21-28). Este enfoque sostiene que la guerra no es algo que se desencadene de modo natural como una enfermedad o una tormenta sino que es algo que se prepara meticulosamente y se ejecuta deliberadamente (Rapaport 1975: 48).

A lo largo de este capítulo se defiende la idea de que la novela constituye un tratado de la guerra y en consecuencia de la *polemología*, término propuesto en 1946 por Gastón Bouthoul en su obra *Cent millions de morts*. La polemología o estudio científico de la guerra se dedica a analizar sus formas, causas, efectos y funciones como fenómeno social alejado de la ciencia de la guerra como se enseña en las escuelas

---

<sup>6</sup> National Archives of Scotland. The Declaration of Arbroath. 13 septiembre 2008. <http://www.scottisharchivesforschools.org/ffa/arbroath.asp>

militares y en los Estados mayores; éste es por tanto el acercamiento que prevalecerá en el estudio de *Old Mortality* (Bouthoul 1971: 5-6).

Aunque Scott para referirse a los acontecimientos de la novela utiliza diversos términos tales como “insurrección (nacional)”, “revolución (nacional)” o “escaramuza”, repetidamente recurre a “guerra abierta”, “guerra civil” o simplemente “guerra”. Y es que en este sentido, a pesar de que susodicha guerra no duró más de tres meses (de mayo a julio de 1679) y se materializó en escasos enfrentamientos armados, fue la parte visible de un conflicto religioso-político que procedía del siglo XVI. Como expresa Thomas Hobbes en *Leviatán*:

La guerra no consiste solamente en batallas o en el acto de luchas, sino en un periodo en el que la voluntad de confrontación violenta es suficientemente declarada. Por tanto, la noción de tiempo debe considerarse como parte de la naturaleza de la guerra [...] Pues así como la naturaleza del mal tiempo atmosférico no está en uno o dos aguaceros, sino en la tendencia a que éstos continúen durante varios días, así también la naturaleza de la guerra no está en una batalla que de hecho tiene lugar, sino en una disposición a batallar durante todo el tiempo en que no haya garantías de que debe hacerse lo contrario. (Hobbes 1989: 107)

Pero, ¿qué entendemos por guerra y de qué tipo de guerra estamos hablando? Para empezar la guerra constituye un grave desequilibrio del cuerpo político (MacDonald 1975: 209). Según Robert Cancro, “war is an effective way of mobilizing the population and unifying it in the face of some common threat—real or imagined. It is an effective way of imposing on that population a degree of central control and abdication of individual freedoms that cannot be achieved so readily by other means” (Cancro 1975: 168). Según Carl Von Clausewitz en su obra seminal *On War*, escrita entre 1816 y 1830 y publicada en 1832, “war is an act of violence intended to compel

our opponent to fulfil our will”, y “a conflict of great interests which is settled by bloodshed, and only in that it is different from others” (Clausewitz 1982: 14, 202).

En cuanto a la segunda cuestión, la tipología bélica, *Old Mortality* parece escapar a cualquier categorización rígida. Keith F. Otterbein define a la guerra como “armed combat between political communities”, estableciendo dos clases de combates armados, “internal war [...] defined as warfare between political communities within the same cultural unit” y “external war, the most violent form of intersocietal relations, [...] defined as warfare between culturally different political communities, i.e., political communities that are not members of the same cultural unit” (Otterbein, en K. Tefft 1975: 694; Otterbein 1968: 277). Si nos ceñimos a los diferentes tipos de guerra que plantea Otterbein nos encontramos con que según la postura que se adopte ambas clasificaciones son válidas. Desde la perspectiva del enfrentamiento entre presbiterianos y Episcopalianos, ambas ramas de una misma Iglesia e integradas por miembros de una misma cultura, la Escocesa, es indudable que la guerra fue de carácter interno. Sin embargo, los problemas surgen al intentar establecer la naturaleza del conflicto desde la perspectiva de escoceses contra ingleses. La unión de Escocia e Inglaterra bajo una misma corona en 1603 invita a pensar que la guerra de 1679 entre ambos países fue una guerra interna y por tanto a considerar su unidad cultural; por otra parte, los esfuerzos continuos por demostrar la idiosincrasia de sus identidades nacionales y en consecuencia culturales obliga a ver *Old Mortality* como una guerra externa. La asunción del segundo enfoque nos permite entroncar entonces con la definición de guerra de Pierre L. Van den Berghe, “war is defined in sociological terms as international conflict, that is, organized violence between groups that regard themselves as foreign, either culturally or politically or both, and thus as either *ethnic groups* or states” (Van den Berghe 1978: 37).

Lo que resulta innegable es que la guerra que refleja *Old Mortality* por lo que concierne al enfrentamiento de escoceses contra escoceses es una guerra entre hermanos y por lo tanto una guerra civil. Small y Singer definen la guerra civil como un conflicto armado que implica tres condiciones: acción militar interna, la participación activa del gobierno nacional, y la resistencia efectiva por parte de ambos bandos (Small y Singer, en Sambanis 2004: 816).

Una característica fundamental de esta insurrección es que arrastra a todos a involucrarse en su desarrollo voluntaria e involuntariamente; las circunstancias envuelven por igual a los dos bandos a pesar de que la tentativa criminal es ejecutada por la partida de fanáticos. La estimación de la guerra como un huracán que engulle todo a su paso es un punto capital por cuanto cuestiona el propio concepto de la guerra. La realidad es que si en la novela nos encontramos con individuos que defienden el patriotismo y que se conducen por convicción, también hay muchos personajes que no tienen ninguna intención de guerrear y menos de matar o de perder la vida. Como expresaba Galdós en *Trafalgar* (1873): “Verdad es que había gente muy decidida, especialmente en la clase de voluntarios; pero por lo común todos eran de leva, obedecían las órdenes como de mala gana, y estoy seguro de que no tenían el más leve sentimiento de patriotismo. No les hizo dignos del combate más que el combate mismo [...]” (Galdós 1992: 159). El efecto es que la población, sorprendida entre dos fuegos se ve a su vez inmersa en un conflicto de lealtades de graves consecuencias:

[...] and great was the doubt and distress of those who received contrary orders, in the name of the king and in that of the Kirk; the one commanding them to send provisions to victual the Castle of Tillietudlem, and the other enjoining them to forward supplies to the camp of the godly professors of true religion, now in arms for the cause of covenanted reformation [...] Each summons closed with a denunciation of fire and sword if it was neglected; [...] so that the poor



people knew not what hand to turn themselves to; and to say truth, there were some who turned themselves to more than one. (Scott 1879a: 185)

El conflicto por lo tanto enfrenta a dos facciones totalmente asimétricas, por un lado al ejército angloescocés, es decir, un cuerpo profesional y por otro, a los insurgentes, grupo de violencia pobremente organizado en el que colabora mayoritariamente el pueblo escocés incluidos las mujeres y los niños. Según Anthony D. Smith en *The Ethnic Origin of Nations*, las guerras interestatales galvanizan los sentimientos étnicos de tres maneras diferentes: a través de la movilización física, de la propaganda y de los mitos. La movilización física persigue despertar el sentimiento de colectividad para entroncar la identificación étnica con cada individualidad mediante la resistencia en el campo de batalla y la camaradería en momentos críticos. La propaganda política pretende reforzar la fortaleza y glorificar las hazañas de los monarcas y de las elites al tiempo que intenta justificar la pérdida de vidas humanas como un sacrificio por el bien de la comunidad. Pero si tanto la movilización como la propaganda son de naturaleza efímera, los mitos de guerra, inmortalizados en poemas épicos, baladas, dramas o himnos son un recordatorio indeleble del pasado. Así, un verso de Simonides sobre la batalla de las Termópilas o un verso de Shakespeare sobre la batalla de Agincourt pueden ser mucho más efectivos en la modelación del sentimiento nacional que los propios acontecimientos históricos. Otro aspecto fundamental es la ubicación geográfica y política de las comunidades en guerra dado que estos dos factores avivan el sentido de la etnicidad entre los miembros. En efecto, las alianzas y los conflictos agudizan el sentimiento de la diferenciación entre aquellas comunidades implicadas en vínculos políticos a lo largo de los siglos, y conducen a la composición de crónicas o historias en las que los adversarios son presentados bajo estereotipos negativos (Smith 1986: 28-39). En conclusión, “war may not create the

original cultural differences, but it sharpens and politicizes them, turning what previously were *ethnic categories* into genuine integrated *ethnie*, aware of their identities and destinies” (Smith 1986: 39).

Como sostiene Hagen Schulze, “la guerra no es el origen de la nación, pero sí su catalizador” dado que “desde el principio fueron la diferenciación respecto del vecino, la enemistad y la lucha, aquello mediante lo cual las naciones europeas se encontraron a sí mismas” (Schulze 1997: 100) y si durante muchos siglos fue asunto exclusivo de la nobleza pasó a finales del siglo XVIII a las manos de las masas de forma duradera. La guerra, las invasiones, los expolios y la humillación ante el enemigo fueron el fermento necesario en la aparición de una identidad nacional propia y de una propaganda nacional que definía a los nativos mediante la delimitación de los rasgos del Otro y que alimentaba el odio contra el extranjero. Según Schulze, los vehículos que se encargaron de filtrar la idea nacional en el pueblo en los Estados nacionales de la Europa occidental fueron dos: la escuela y el ejército. Para ello, fue imprescindible una estructura literaria, periodística, de asociaciones, partidos y tertulias de café que, funcionando como una red de comunicación social, se dedicara a difundir las consignas y los programas de la nación (Schulze 1997: 150, 152, 161).

Georg Simmel (1858-1918) destacó la importancia sociológica de la lucha y la catalogó como una forma de interacción social por su capacidad modificadora de los intereses de las comunidades y organizaciones: “Si toda acción recíproca entre hombres es una socialización, la lucha, que constituye una de las más vivas acciones recíprocas y que es lógicamente imposible de limitar a un individuo, ha de constituir necesariamente una socialización” (Simmel 2002: 140). El verdadero elemento disociador no es la lucha sino sus causas: “el odio y la envidia, la necesidad y la apetencia”, siendo la lucha únicamente “el remedio contra el dualismo disociador, una vía para llegar de algún

modo a la unidad, aunque sea por el aniquilamiento de uno de los partidos” (Simmel 2002: 140). Según Simmel, en un sentido estricto, los dos objetos de la ciencia del hombre son la unidad del individuo y la unidad de la sociedad sin que exista posibilidad de un tercer término, por lo que la lucha como negación de la unidad, no puede ser incluida en ella. No obstante, en un sentido más amplio, la teoría de las relaciones humanas se bifurca entre las relaciones sociales, aquéllas que conforman la unidad y las relaciones que corrompen tal unidad, por lo que constata que toda unidad social está integrada por direcciones convergentes y divergentes. Ningún grupo puede existir siendo “absolutamente centrípeto y armónico, una pura *unión*”, no sólo porque esto es desde un punto de vista empírico inviable sino porque afectaría al desarrollo de cualquier proceso vital: “la sociedad necesita una relación cuantitativa de armonía y desarmonía, de asociación y competencia, de favor y desfavor, para llegar a una forma determinada” (Simmel 2002: 142). En definitiva, la sociedad es el fruto de la acción mutua de ambas tendencias.

Retomando el análisis de la novela, la desproporción de fuerzas se hace palmaria en *Loudon Hill* cuando el autor dibuja a los sublevados, un total de unos mil hombres que aunque supera cuantitativamente al número de soldados monárquicos, se halla armado un tanto grotescamente. Scott los presenta divididos en tres líneas: la primera, portadora de armas de fuego, la segunda de picas, y la tercera de “scythes set straight on poles, hay-forks, spits, clubs, goads, fish-spears, and such other rustic implements as hasty resentment had converted into instruments of war” (Scott 1879a: 147-48). Pero paradójicamente, rompiendo con las expectativas, esta agrupación inexperta en materia bélica, privada parcialmente de armas adecuadas será capaz de derrotar a la elite escocesa gracias sobre todo a su valentía y entusiasmo:

[...] it is impossible to deny the praise of devoted courage, to a few hundred peasants, who, without leaders, without money, without magazines, without any fixed plan of action, and almost without arms, borne out only by their innate zeal, and a detestation of the oppression of their rulers, ventured to declare open war against an established Government, supported by a regular army and the whole force of three kingdoms. (Scott 1879a: 174)

Este enfrentamiento evidencia dos formas de concepción de la guerra: por un lado, la aristocrática, integrada por soldados profesionales y por otro, la revolucionaria y democrática, propia de la Revolución francesa, en la que los soldados eran los propios ciudadanos, volcados en la defensa de una ideología religiosa, inseparable de su identidad nacional escocesa.

Pero, ¿quién es realmente el enemigo? ¿Quién es el Otro? La respuesta depende de la perspectiva que se adopte y aunque parezca sencilla no lo es en absoluto. Lo que empieza por ser una guerra intestina, específica de Escocia, termina por convertirse en una guerra entre la facción puritana entre Escocia e Inglaterra que interviene para sofocar la rebelión. Platón en *La República* sostenía que los griegos podían combatir con los bárbaros y éstos a su vez con los griegos puesto que se trataba de enemigos naturales, pero que cuando los griegos peleaban entre sí se trataba de una enfermedad y disensión producida en Grecia ya que los que combatían eran amigos (Platón 2000: 217). Desde este punto de vista, en *Old Mortality* se produce no sólo una confrontación de amigos, escoceses contra escoceses, sino también de amigos-enemigos, escoceses contra escoceses y escoceses contra ingleses, y por lo tanto, dos combates simultáneos. Ahora bien, Rousseau en *El contrato social* (1762) declaraba que todo malhechor que atacaba el derecho social se convertía por sus fechorías en rebelde y traidor a la patria con dos consecuencias claras, dejaba de ser miembro de ella al violar sus leyes y le

hacía la guerra. A partir de entonces, la conservación del Estado era incompatible con la conservación del individuo por lo que era preciso que pereciera uno de los dos y al fallecer el culpable lo hacía en calidad no de ciudadano sino de enemigo, puesto que había roto el contrato social dejando de ser miembro del Estado (Rousseau 2006: 80). Desde este otro ángulo, el escenario se emborrona. ¿Quién conculca el contrato social, los puritanos al quemar el Acta de supremacía y cometer actos violentos o los monárquicos al oprimir y abusar de su autoridad y perseguirlos sin tregua? Para Claverhouse, el dilema no admite dudas cuando contesta a Lord Evandale antes de iniciarse la primera batalla: “[...] and that we shall lose many brave fellows, and probably be obliged to slaughter a great number of these misguided men, who, after all, are Scotchmen and subjects of king Charles as well as we are”. ”Rebels! Rebels! And undeserving the name either of Scotchmen or of subjects! “ said Claverhouse [...]” (Scott 1879a: 151).

Si queremos complicar un poco más el tema es interesante incorporar el pensamiento de Fichte quien en *Fundamento del derecho natural. Según los principios de la doctrina de la ciencia* (1796) afirmaba que “el pueblo no es nunca rebelde y la expresión *rebelde*, referida a él, es el mayor disparate que jamás se ha dicho, pues el pueblo es de hecho y de derecho el poder supremo por encima del cual no hay ningún otro, es la fuente de todo poder y responsable sólo ante Dios” (Fichte 1994: 250). Desde esta tercera perspectiva, la teorización vuelve a caer por su propio peso y eso es lo que Scott pretende precisamente, jugar con los conceptos, difuminar las estrictas líneas divisorias entre unos términos y otros, proponer nuevas posibilidades que fracturen los dogmas del sistema político y que empujen al lector a pensar por sí mismo, a interactuar con el texto.

La confusión entre la identidad del enemigo o la identidad del Otro dificulta sobremanera la cuestión porque desgarrar la idea de la unión nacional, de la patria contemplada como un todo absoluto y armónico. Es más, la novela resquebraja el concepto de nación; si el nacionalismo buscó que el pueblo fuera una auténtica comunidad que compartía un mismo territorio, una misma cultura, lengua, con vínculos de pertenencia y fraternidad entre sus miembros, con principios y creencias asumidas donde operaba la homogeneidad de pensamiento y el entendimiento mutuo, *Old Mortality* dibuja una comunidad atravesada por el remordimiento y el odio, escindida por la ideología religiosa y política en un universo de poderosos y débiles, de opresores y oprimidos. A este clima de inseguridad se añade la guerra que hace aflorar aún más la crueldad y el ensañamiento distinguiendo entre un tipo de personas que se mueven para salvar sus vidas o defender la libertad de conciencia, y una muchedumbre desatada y salvaje que no atiende a razones y que pelea enloquecidamente. Siguiendo este mismo hilo argumentativo, la separación entre presbiterianos y monárquicos pone de manifiesto que la supuesta unidad cultural que el nacionalismo proyectaba en todos los campos y que pretendía extraer de su pasado era un claro constructo ideológico. La obra fragmenta la propia idea de unidad dado que tanto la facción presbiteriana como la monárquica se hallan subdividas. Si profundizamos en la clasificación de moderados o radicales descubrimos los diversos motivos e intereses que empujan a cada personaje a la guerra por lo que la conclusión final conduce a una realidad disparatada en la que la verdadera razón de actuación no siempre responde al instinto de conservación y mucho menos a la conservación de la nación. En el caso de los *Covenanters* hay fundamentalmente dos argumentos objeto de división interna:

[...] to the various opinions entertained among the insurgents concerning the murder of Archbishop Sharpe. The more violent among them did, indeed, approve of this act as a deed of justice, executed upon a persecutor of God's church through the immediate inspiration of the Deity; but the greater part of the Presbyterians disowned the deed as a crime highly culpable, although they admitted that the Archbishop's punishment had by no means exceeded his deserts. The insurgents differed in another main point, which has been already touched upon. The more warm and extravagant fanatics condemned, as guilty of a pusillanimous abandonment of the rights of the church, those preachers and congregations who were contented, in any manner, to exercise their religion through the permission of the ruling government. [...] Again, the more moderate party were content to allow the king's title to the throne, and in secular affairs to acknowledge his authority, so long as it was exercised with due regard to the liberties of the subject, and in conformity to the laws of the realm. But the tenets of the wilder sect (called, from their leader Richard Cameron, by the name of Cameronians) went the length of disowning the reigning monarch, and every one of his successors who should not acknowledge the Solemn League and Covenant. The seeds of disunion were, therefore, thickly sown in this ill-fated party [...]. (Scott 1879a: 190)

El caos y la confusión que prevalece en el bando puritano es un motivo recurrente a lo largo del relato. Si los *Covenanters* derrotaron a los monárquicos en *Loudon Hill* no tuvieron la misma suerte en *Bothwell Bridge* y ello se debió indudablemente a su falta de disciplina militar y a su obstinación. En el capítulo XVIII, Scott nos dice que “the camp of the Covenanters, even in the very moment of success, seemed about to dissolve like a rope of sand, from want of original principles of combination and union” (Scott 1897a: 169), para continuar en el XXII recalcando que en el campamento de los insurgentes reinaba la discordia, los gritos y la disensión. Y como el propio Morton sostiene, “[...] our councils seem all one wild chaos of confusion” (Scott 1879a: 200). Las muestras de desconcierto se repiten

incansablemente, “Morton now galloped hastily towards the main body of the insurgents, but was surprised and shocked at the scene of confusion and clamour which it exhibited, at the moment when good order and concord were of such essential consequence” (Scott 1879a: 268) y terminan por volverse en su contra cuando descubrimos la gran diferencia existente entre ellos y el campamento monárquico: “When Morton had left the well-ordered outposts of the regular army, and arrived at those which were maintained by his own party, he could not but be peculiarly sensible of the difference of discipline, and entertain a proportional degree of fear for the consequences” (Scott 1879a: 267). Por otra parte, las luchas intestinas son promovidas desde la propia facción puritana ya que los radicales se sienten superiores al resto:

Burley and his confederates had drawn together a considerable body of these sectaries [...] as men who believed that the pale of salvation was open for them exclusively; while all other Christians [...] were in fact little better than outcasts or reprobates. These men entered the Presbyterian camp, rather as dubious and suspicious allies, or possibly antagonists, than as men who were heartily embarked in the same cause [...]. (Scott 1879a: 259)

Sin embargo, aunque en grado menor, el autor muestra que el caos no es específico de los *Covenanters* sino extensivo a ambos bandos. El desorden también alcanza a los monárquicos pero a diferencia de los puritanos su confusión no procede de la ausencia de disciplina o de rivalidades internas, sino de las circunstancias. Cuando Richard Grahame ofrece la paz a los puritanos a cambio de que se entregue Burley y éste le asesina, Lord Evandale se lanza al ataque impetuosamente sin recibir órdenes, lo cual acarrea muchas pérdidas en sus tropas y la derrota final en la batalla.

En la guerra las expectativas pierden sentido y la concatenación entre conceptos monárquicos/vencedores, *Covenanters*/derrotados y viceversa, según la perspectiva, se



diluyen completamente. Veamos si no cómo Edith Bellenden confunde a unas tropas con otras por su apariencia externa:

“But stay, stay, these are certainly the Life-Guards”. “O no, uncle, no,” replied Edith; “see how disorderly they ride, and how ill they keep their ranks; these cannot be the fine soldiers who left us this morning”. “Ah! My dear girl,” answered the Major, “you do not know the difference between men before a battle and after a defeat; but the Life-Guards it is, for I see the red and blue, and the king’s colours. (Scott 1879a: 181)

El mensaje último de la comparación entre las dos facciones es que la guerra iguala a todos, los asemeja en sus actitudes y acciones hasta el punto de a veces confundirlos y aunque Scott no puede negar que la profesionalidad del ejército repercute en su supremacía en las confrontaciones porque ello supondría alterar los hechos históricos y manipular la verdad, sí reconoce que una muchedumbre enardecida, fiel a sus ideales podría llegar a ser sumamente poderosa si estuviera bien dirigida. Por otra parte, la crueldad en la guerra tampoco es exclusiva de un bando sino que es compartida por ambos. De hecho, la apoteosis de la barbarie de la guerra aparece ejemplificada en el ejército anglo-escocés en el capítulo XXXV, una vez librada la batalla de *Bothwell Bridge*. Este episodio, reproducción fiel de las explosiones triunfales de las masas durante la Revolución francesa, nos presenta a Morton quien en calidad de insurgente espera el juicio por su traición en uno de los apartamentos de uno de los oficiales desde donde observa con atención el desfile que tiene lugar por las calles de Edimburgo, y que celebra la llegada de los vencedores en la batalla:

Trumpets, drums, and kettle-drums, contended in noise with the shouts of a numerous rabble, and apprised him that the royal cavalry were passing in the triumphal attitude which Claverhouse had mentioned. The magistrates of the city [...] had met the victors with their welcome at the gate of the city, and now proceeded them as part of the procession. The next object was two heads borne upon pikes; and before each bloody

head were carried the hands of the dismembered sufferers [...] These bloody trophies belonged to two preachers who had fallen at Bothwell Bridge. [...] In the rear of these troopers came the main body of the prisoners, at the head of whom were some of their leaders, who were treated with every circumstance of inventive mockery and insult. [...] The heads of others who had fallen were borne in triumph before the survivors, some on pikes and halberds, some in sacks, bearing the name of the slaughtered persons labelled on the outside. Such were the objects who headed the ghastly procession, who seemed as effectually doomed to death as if they wore the *san-benitos* of the condemned heretics in an *auto-da-fe*. [...] Morton felt himself heart-sick while he gazed on the dismal spectacle, and recognized in the bloody heads, and still more miserable and agonized features of the living sufferers, faces which had been familiar to him during the brief insurrection. (Scott 1879a: 296)

Un tema relevante de *Old Mortality* sobre los atropellos cometidos en la guerra es la suspensión del *Habeas Corpus*, derecho que el pueblo inglés había adquirido y codificado en la *Magna Carta* de 1215. La novela pone de manifiesto que hacia 1670 los conflictos entre los disidentes religiosos y la Corona habían motivado una política de encarcelamiento arbitraria. Como consecuencia de esto, en 1679 el Parlamento inglés aprobó la ley del *Habeas Corpus* (también llamada *The Great Writ*) en Inglaterra que protegía a cualquier súbdito de prisión indefinida, prisión fuera del reino o prisión injustificada gracias a la jurisdicción otorgada a los tribunales como un poder ejecutivo superior al del monarca. Esta aprobación generó un debate en Irlanda, Escocia e Inglaterra acerca de la relación entre el soberano y la ley (Witherbee 2008: 357).

La representación textual de los abusos extrajudiciales aparece en dos ocasiones en la novela, en relación con dos ministros Cameronianos. El primero Ephraim Macbriar, del cual nos dice el autor que “was hardly twenty years old; yet his thin features already indicated, that a constitution, naturally hectic, was worn out by vigils, by fasts, by the rigour of imprisonment, and the fatigues incident to a fugitive life. Young as he was, he had been twice imprisoned for several months, and suffered many

severities, which gave him great influence with those of his own sect” (Scott 1879a: 170-71) y el segundo, Habbakuk Mucklewrath, de quien el predicador Poundtext explica que “whom the enemy have long detained in captivity in forts and castles, until his understanding hath departed from him, and, as I fear, an evil demon hath possessed him” (Scott 1879a: 198-99). El capítulo XXXVI continúa la irracionalidad y las extralimitaciones de la guerra a través de la tortura infligida sobre el predicador MacBriar por parte del *Privy Council of Scotland*. Justo antes de marcharse al exilio, Morton asiste a su ajusticiamiento:

A dark crimson curtain, which covered a sort of niche, or Gothic recess in the wall, rose at the signal, and displayed the public executioner, a tall, grim, and hideous man, having an oaken table before him, on which lay thumb-screws, and an iron case, called the Scottish boot, used in those tyrannical days to torture accused persons. Morton, who was unprepared for this ghastly apparition, started when the curtain arose, but Macbriar's nerves were more firm. He gazed upon the horrible apparatus with much composure; and if a touch of nature called the blood from his cheek for a second, resolution sent it back to his brow with greater energy [...]. (Scott 1879a: 301)

The executioner, with the help of his assistants, enclosed the leg and knee within the tight iron boot, or case, and then placing a wedge of the same metal between the knee and the edge of the machine, took a mallet in his hand, and stood waiting for farther orders. A well-dressed man, by profession a surgeon, placed himself by the other side of the prisoner's chair, bared the prisoner's arm, and applied his thumb to the pulse in order to regulate the torture according to the strength of the patient. When these preparations were made, the President of the Council repeated with the same stern voice the question, "When and where did you last see John Balfour of Burley?". (Scott 1879a: 302)

La visión de este espectáculo terrible constata la tiranía del sistema militar de la época Estuarda y conciencia a Morton de la necesidad de huir de Escocia para olvidar los horrores de la guerra. El exilio en realidad no es otra cosa sino la salvaguarda del

honor, de la cordura, de la humanidad y de los principios defendidos por Morton, quien es imposible que siga habitando una tierra dominada por la barbarie. Pero si el viaje de destierro preserva la idiosincrasia de convicciones de Morton, anuncia asimismo la muerte de esos principios en Escocia. Con la partida de Morton de Escocia concluye así la primera parte de la novela que cierra a su vez la insurrección y el sentimiento de sufrimiento generado por la guerra: “The city and port from which he had sailed became undistinguishable in the distance; the hills by which they were surrounded melted finally into the blue sky, and Morton was separated for several years from the land of his nativity” (Scott 1879a: 306). Elaine Scarry explica en *The Body in Pain* que tanto la guerra como la tortura persiguen la destrucción de una civilización en su manifestación más elemental, aunque difieren en el grado en que dicha destrucción se lleva a cabo dado que mientras el objetivo primordial de la primera es matar, el objetivo de la segunda es infligir dolor y sustituir una ejecución real por una ejecución fingida. Pero además ambas extraen su sentido de la yuxtaposición de dos hechos, el cuerpo y la voz, que a su vez se hallan directamente ligados con el número de víctimas que ocurren dentro de cualquier contienda y con un conjunto de articulaciones verbales, como son el principio de la libertad, la soberanía nacional, el derecho sobre un territorio disputado, etc., que acontecen fuera de la contienda y cuya presencia precede y sigue a la misma (Scarry 1985: 61, 63). Por otra parte, hay que puntualizar que la fascinación con la violencia, la descripción detallada de actos de pena capital y la atención volcada sobre los procedimientos legales son piezas inherentes a la novela histórica como género articulador de la configuración de la nación moderna, y su pretensión monopolizadora de los principios y las prácticas judiciales y legitimadoras. Puesto que la comprensión de cualquier sistema político pasa por la comprensión de sus organismos legales, Scott traslada a la ficción el orden socio-político de la Escocia del siglo XVII acompañado

por una tensión moral en la que el lector se encuentra suspendido entre el juicio y el terror, y que por otra parte es el fiel espejo de la Gran Bretaña del siglo XIX en la que el código penal era uno de los más sangrientos de toda Europa (Edwards 2001: 293-308). Asimismo, el centro de esta narrativa de violencia está inundado por un sentimiento bipolar de placer y de repulsión que emula el diseño de *La muerte de Bara*.

El marco legal y el análisis de las estructuras constitucionales británicas en *Old Mortality* insinúa que la tierra juega un papel esencial en el desenlace de la novela como lo muestra la conclusión de la misma. Después de su exilio, Morton regresa a Escocia pero resulta irreconocible para la mayor parte de los personajes. De hecho, su cuerpo se asemeja al de una aparición hasta que se reúne con Burley en la cueva en la que habita en las *Highlands* para recuperar el título nobiliario que ha desplazado a la familia de Edith de sus tierras ancestrales. Aunque Morton fracasa en el intento dado que Burley lanza el título al fuego, restablece el vínculo entre su cuerpo y la tierra, anunciando la recuperación de su identidad política y su aceptación del nuevo orden social (Witherbee 2008: 364-65).

El subtexto subversivo de *Old Mortality* nos habla de los orígenes forzados y violentos de la formación de toda nación, de la hipocresía que circunda la propaganda oficial de la guerra y de los triunfos militares tanto del pasado como del presente y del salvajismo implícito en la ideología bélica. En “The Mercenary, the Savage and the Civilized War: Scott and *A Legend of the Wars of Montrose*”, Andrew Lincoln examina esta novela publicada en 1819 que también versa sobre la guerra y cuyas reflexiones podemos trasladar a *Old Mortality*. Según este crítico, dicho texto recoge la actitud ambivalente en torno a la guerra que atravesó la sociedad contemporánea de Scott, referente por un lado a la concepción seductora de la guerra gobernada por normas

civilizadas de conducta, y que condicionó las representaciones oficiales de la misma durante el periodo romántico, y por otro, la realidad cruda de la guerra sin máscaras ni idealizaciones.

La guerra justa alcanzó a lo largo de los siglos una base histórica y sociológica al asociarse con las costumbres y la moral de los países europeos, implícitamente cristianos, que desembocó en la visión legitimadora de la misma durante la Ilustración escocesa. De este modo se produjo una fisura entre la estimación hacia el soldado profesional, cuyas acciones se regían por el sacrificio personal y público, y el mercenario y los insurgentes no profesionales singularizados por su brutalidad y sus deseos de venganza y pillaje. No sólo se recurrió a la supuesta guerra civilizada para defender los derechos nacionales y justificar la agresión a otras naciones, sino para transformar el poder militar en deseable y aceptable. Como pretexto ante la guerra contra la Francia revolucionaria, Gran Bretaña promovió una oleada de sermones, poemas patrióticos o manifestaciones artísticas en las que se sublimaba y se presentaba civilizadamente a la guerra mediante un retrato del soldado como cortés en la batalla, compasivo en el triunfo y obligado a la agresión sólo como parte de su deber. Sin embargo, esta interpretación parcial y sumamente positiva de la guerra no evitó una contrarréplica de poemas, testimonios o documentos anti-bélicos que delataban las atrocidades de los campos de batalla. La distancia insalvable entre la imagen oficial y la imagen oculta de la guerra se hizo dolorosamente patente en Waterloo donde casi dos tercios de las tropas británicas eran mercenarias y donde menos de la mitad de los soldados eran británicos (Lincoln 2003: 37-47).

Dentro de la fusión entre la guerra y la literatura y el papel de los textos literarios como vehículos constitutivos de la identidad nacional, debemos reconocer la aportación de Scott, cuyos poemas, entre ellos, *The Minstrelsy of the Scottish Border*

(1802-1803), *Marmion* (1808), *The Lady of the Lake* (1810), o *The Vision of Don Roderick* (1811), se utilizaron como poderosos estímulos para espolear el patriotismo británico durante la ofensiva contra Napoleón y como confirmación del poder de la poesía en su faceta mediadora, recreadora y constructora de la guerra contra Francia (Cronin 2000). Recordemos al respecto que hacia 1811, Scott era aclamado como “the war poet *par excellence*” (Saglia 2000: 106). La descripción de las batallas, del comportamiento heroico de los guerreros, la puesta en escena de la ideología caballeresca consolidaron el imaginario de la guerra, facilitando la movilización de la población pero también la comprensión y la idealización de la misma en un momento histórico sumamente delicado para Gran Bretaña. En este sentido, la poesía sobre la guerra se convirtió en un componente masivo durante los años del conflicto anglo-francés, siendo su presencia perceptible a través de periódicos, panfletos, canciones en reuniones y tabernas, recitales teatrales, o volúmenes literarios. A esto se sumó la cultura visual de caricaturas, grabados y pinturas que reforzó la francofobia y consolidó el sentimiento de la identidad nacional. Pero si bien Scott, junto con otros escritores, condicionó el modo en el que la guerra fue imaginada, no es menos cierto que una de las ideas clave sobre la representación bélica residió en la naturaleza de la guerra, ajena a la experiencia inmediata y cotidiana, que marcaba la distancia entre el público lector y la tragedia de la misma. Los escritores salvaron este abismo mediante la imaginación, una imaginación que hizo doblemente visible a la guerra, no sólo tergiversándola sino también mostrando su lado más oscuro (Bainbridge 2003: 1-30). Ése fue el propósito de William Godwin quien en *Enquiry Concerning Political Justice* (1793) describió la guerra en toda su crudeza:

We can have no adequate idea of this evil unless we visit, at least in imagination, a field of battle. Here men deliberately destroy each other

by thousands, without resentment against, or even knowledge of, each other. The plain is strewed with death in all its forms. Anguish and wounds display the diversified modes in which they can torment the human frame. Towns are burned; ships are blown up in the air, while the mangled limbs descend on every side; the fields are laid desolate; the wives of the inhabitants exposed to brutal insult; and their children driven forth to hunger and nakedness. (Godwin 2001: 365-66)

En semejante línea de pensamiento, Mary A. Favret señala en “Coming Home: the Public Spaces of Romantic War” que aunque durante los años comprendidos entre 1793 y 1815, se lanzó un tipo de publicidad a través de los periódicos, los panfletos, canciones u obras literarias, que proclamaba la violencia destructiva de la guerra, lo cierto es que los horrores de la guerra quedaron relegados al ámbito de la domesticidad y de la privacidad, borrando así su rastro en la esfera pública. Este desfase de la comunicación sobre la guerra, entre la protección del aquí, el hogar y la peligrosidad del allá, la zona de lucha, contribuyó a forjar el mito de la guerra mediante la ficción del poder masculino como defensor de la nación en su identidad de ciudadano, totalmente invulnerable. La abnegación por el hogar y por la patria se construyó sobre la doble corporeidad del hombre: el cuerpo físico, mortal e individual y el cuerpo abstracto, inmortal y colectivo (Favret 1994: 539-48).

Entroncando con la labor de los escritores, una de las tendencias de pensamiento que contribuyó a exaltar la concepción de la guerra, fue el llamado *Militarismo romántico*, un fenómeno intelectual reaccionario que surgió en Europa como consecuencia de la Revolución francesa y de las Guerras napoleónicas. Fue invención de los escritores románticos que concibieron la guerra como un medio para aplicar la justicia y para auto-expresarse, a diferencia del militarismo común que tiene exclusivamente en cuenta la importancia social de los valores militares y que enfatiza el combate y el *esprit des corps*. Asimismo, el *Militarismo romántico* se caracteriza por



atacar al Estado moderno, a las instituciones y al estilo de vida burgués a los que ve como una restricción para el desarrollo de la espontaneidad, del ser interior y de la libertad de sentimientos. Los románticos idealizaron la guerra como una forma de vida social, orillando la verdadera realidad de la institución militar, fundada sobre la disciplina, la jerarquía, la coacción y los mecanismos de violencia organizada para ofrecer una imagen repleta de posibilidades para la expresión de las energías y habilidades inconmensurables del ser. Durante el Romanticismo destacaron dos clases de *Militarismo romántico* correspondientes a su vez con las dos generaciones de románticos: la primera clase emergió en paralelo a la Revolución francesa mientras que la segunda apareció durante la Restauración francesa.

Para los románticos de la primera generación, la guerra era indisociable de la libertad y de la preservación de la comunidad; en este sentido sobresale Wordsworth y su obra *Convention of Cintra* (1809) para quien la guerra justa era la respuesta del levantamiento nacional de un pueblo oprimido y la única fuerza transformadora. Otro partidario de esta corriente fue Wilhelm von Humboldt quien en *The Sphere and Duties of Government* (1791-1792) ensalzó la guerra por su espíritu militar, abanderando el principio de que éste debía manifestarse tanto en la mente como en el estilo de vida. Entroncando con la visión aristocrática militar a pesar de pertenecer a la generación revolucionaria, Humboldt considera la guerra como un trampolín para el entrenamiento de la individualidad y para el perfeccionamiento de las capacidades personales.

Para la segunda generación, la guerra dejó de ser expresión de libertad comunal para convertirse en la aserción de una tradición aristocrática militar, y en la oportunidad de alcanzar la gloria, la autorrealización y la voluntad personal. Escritores representativos de la segunda generación fueron Stendhal con *Le Rouge et le Noir* (1830), Alfred de Vigny con *Souvenirs de Servitude et de Grandeur Militaires* (1835) y

Alfred de Musset con *Confessions of a Child of the Century* (1836) (Rosenblum 1982: 249-68).

### 3. Los espacios y la temporalidad en *Old Mortality*

Aun cuando *Old Mortality* se halla dividida en 44 capítulos, la distribución real de la narrativa responde a cuestiones temáticas. Siendo la guerra el hilo conductor que enhebra el tapiz literario, los capítulos se subordinan a la ramificación tripartita del fenómeno de la guerra de tal manera que la obra versa en torno a una situación de preguerra (capítulo I a XIV), de guerra (capítulo XV a XXXII) y de posguerra (capítulo XXXVII a XLIV), que se corresponde con las tres unidades aristotélicas de planteamiento, nudo y desenlace respectivamente. Delimitado el gran bloque temático de la guerra en tres sub-bloques, el autor hace coincidir con la preguerra y la guerra el año 1679, mientras que la posguerra queda reservada para 1689. La cuestión temporal cobra pleno significado gracias a los espacios que recorren los personajes y que actúan como piezas del esqueleto textual; aunque son muchos los espacios que atraviesan la obra permitiendo la horizontalidad y el avance de la trama, sobresalen tres cronotopos que trabajan como fuentes generadoras del discurso de la guerra y que se concentran en el nudo de la novela: *Loudon Hill*, zona en la que se aglutinan los *Covenanters* sublevados y donde vencen al ejército monárquico; la torre de *Tillietudlem*, zona de paso entre *Loudon Hill* y *Bothwell Bridge*, *Tillietudlem* es la residencia de la familia Bellenden que es asediada y tomada por los *Covenanters*; *Bothwell Bridge*, puente cercano al pueblo de Bothwell donde se desarrolla la última batalla en la que las tropas angloescocesas derrotan a los sublevados.

A pesar de que *Loudon Hill* y *Bothwell Bridge* son entornos históricos y ello impide al autor elegir intencionadamente los espacios para orientar temáticamente la obra, lo cierto es que Scott logra adaptar un triple eje espacial sin el cual la novela carecería de sentido. Si *Loudon Hill* y *Bothwell Bridge* son lugares decisivos por cuanto marcan el inicio y el final de la guerra, con una victoria y una derrota para los *Covenanters*, el castillo de *Tilietudlem*, enclave imaginario, funciona por su ubicación como zona de transición entre *Loudon Hill* y *Bothwell Bridge*, y en consecuencia como motor impulsor de las acciones de los personajes por cuanto es un espacio repetidamente atravesado a diferencia de los otros dos. En efecto, mientras la batalla de *Loudon Hill* abarca dos capítulos y la batalla de *Bothwell Bridge* uno, *Tilletudlem* es el centro de atención de unos veintitrés capítulos. Pero antes de examinar la configuración del castillo como espacio, veamos el retrato de *Loudon Hill* y *Bothwell Bridge*.

Scott describe *Loudon Hill* como una región árida, desierta, desolada e infecunda, un terreno difícil caracterizado por llanos y colinas, que en ocasiones terminan en áreas pantanosas y que suponen un riesgo para quienes las cruzan. Es un paisaje que intimida por su vastedad y horizonte infinito, por la soledad que se desprende de la desproporción entre la insignificancia del ejército monárquico y la magnitud del desierto que les rodea. La naturaleza preludia la guerra que se cierne sobre los dos bandos y que terminará trágicamente. El lector no encara el contraste feroz entre la belleza del entorno y la brutalidad de los hechos sino que asiste a una simbiosis entre la naturaleza y la violencia. La ausencia de animales y plantas arranca los últimos rasgos de humanidad de los combatientes y espeja el dolor de un país dividido por la discordia y la intolerancia, al tiempo que la confusión, el polvo y la sequedad que invaden la narración de la contienda ampara la soledad de la muerte y el sinsentido de la lucha.

*Bothwell Bridge*, el otro espacio de la guerra, es un lugar estratégico desde el punto de vista militar por cuanto el control del puente por parte de uno de los dos bandos asegura la victoria. Si en un primer momento son los presbiterianos quienes ocupan el puente protegiendo el acceso al campamento, el desarrollo de la batalla hace vencedores a los monárquicos. Sin embargo, son pocos los detalles que Scott proporciona al lector sobre el puente como estructura, limitándose sus palabras a una explicación objetiva y somera de la zona de batalla. La victoria monárquica sobre el puente, umbral entre dos realidades, supone la vuelta a la normalidad, el fin de la guerra y la restauración de la paz con el consiguiente robustecimiento del Episcopalismo y la renovada persecución contra los *Covenanters*. La derrota en el puente les cierra la puerta hacia la libertad de conciencia y la reforma del Pacto, aludiendo a la entrada en un periodo histórico sellado con oleadas de extrema violencia hacia los insurgentes. Recordemos que a eso hace referencia el título de la obra, a *Old Mortality*, restaurador de tumbas que dedicó toda su vida a honrar la memoria de los perseguidos y asesinados por su ideología presbiteriana.

En cuanto a *Tillietudlem*, presenta dos diferencias claras con respecto a los otros dos enclaves; por un lado, es un espacio ficticio y por otro, es un espacio privado además de una estructura arquitectónica cargada de ideología. Construido en 1350, el castillo rezuma historia por todas sus piedras, pero especialmente por aquellas partes que se encuentran en estado ruinoso. Las ruinas testimonian las numerosas luchas que se han librado en el castillo, que se han encargado de su deterioro físico y de dejar su huella como advertencia del pasado hacia el futuro. Son un libro de historia abierto cuyo contenido aunque expuesto a la luz puede ser leído paradójicamente por los que han vivido esos acontecimientos o los conocen por medio de relatos. El estado semiderruido de esta fortaleza simboliza la confrontación entre la necesidad de actualizarse ante los

nuevos tiempos y el apego obstinado por aferrarse al pasado, personificado en su propietaria, Lady Margaret. En la novela no sólo es un punto estratégico por su posición entre la zona más silvestre y la más fértil, entre los territorios ocupados por uno y otro bando, sino porque la torre es un bastión de la religión y la política de Carlos II. Tanto Lady Margaret como Major Bellenden, propietarios de la Torre, especialmente éste último por su carácter moderado, representan la rectitud, el honor, la tradición y sobre todo el respeto y la admiración por el monarca.

En cambio, la privacidad de este espacio queda anulada con el asalto y la toma del castillo por parte de los insurgentes, convirtiéndolo en un sitio público. El control sobre esta plaza fuerte implica otra victoria más para los sublevados y un desafío reiterado al sistema establecido. Y es que la hibridación entre el orden y el contraorden es un motivo recurrente en los tres espacios de guerra. En ellos, se reproducen las mismas coordenadas, la caja de la represión social se destapa y se desencadena una cohabitación forzosa entre lo racional y lo irracional, lo legítimo y lo ilegítimo, la verdad y la mentira, con la particularidad de que estas parejas de términos comprenden a todos los participantes independientemente de su condición o ideología. *Loudon Hill*, *Bothwell Bridge* y *Tillietudlem* observan pasivamente la puesta en marcha de la crueldad, la muerte, la inversión de valores, en definitiva la parte más oscura del ser humano y de la nación. Las posibilidades se vuelven infinitas en este nuevo mundo donde todo está permitido porque no existen leyes ni contrato social sino anarquía. Es el estado de guerra de todos contra todos del que hablaba Hobbes, la ruptura del pacto social que sólo conduce a la destrucción de las comunidades y en último caso, de sus integrantes.

#### 4. Los personajes en *Old Mortality*

En segundo lugar, destaca el conjunto de los personajes compuesto por el protagonista y el resto de actores. La presencia del protagonista denominado por Lukács *héroe medio* sirve como eslabón entre los lugares y los personajes de la obra. La figura del héroe medio, Henry Morton, es determinante por cuanto equilibra el peso de la novela. Situado entre dos extremos igualmente radicales actúa como un observador que guía al lector por el recorrido histórico-literario para que pueda extraer sus propias conclusiones, al tiempo que abre una puerta al mundo interno de los personajes; en aquellos momentos en los que la voz autorial desaparece, Henry Morton es el vínculo entre el lector y los personajes que se tornan visibles mediante los pensamientos, las palabras y las acciones. El universo de los personajes se halla fracturado del modo siguiente:

1. Presbiterianos:

- 1.1. Radicales (Cameronianos): John Balfour de Burley, Mause Headrigg, MacBriar, Kettledrummle, Habbakuk Mucklewrath.
- 1.2. Moderados: Henry Morton, Cuddie, Poundtext.

2. Monárquicos:

- 2.1. Radicales: John Grahame de Claverhouse, Bothwell.
- 2.2. Moderados: Lord Evandale, Lady Margaret, Edith Bellenden, Major Bellenden, Halliday.

Scott recurre a los personajes como estrategia para llevar a cabo dos propósitos:

- 1. quebrar la absolutización de la realidad, la versión única y definitiva de las personas y los hechos y
- 2. deshacer el concepto ideal de la guerra a través del análisis de los

motivos de los personajes en su participación y posicionamiento. Otro medio que utiliza Scott para generar incertidumbre procede de la conclusión de la novela que, según Jane Millgate, es “unashamedly deconstructive” (Millgate 1984: 128). En ella, Peter Pattieson y Miss Martha Buskbody conversan sobre el final de las novelas en general, poniendo de manifiesto que la responsabilidad autorial, compartida entre Patterson que preserva las historias a medida que fabrica las lápidas, Pattieson que selecciona las historias, Cleisbotham que las edita y Buskbody que las critica, se ha hecho añicos dando lugar a que “the characters within the main narrative seem finally to be out of control, escaping out of the realm of fiction and back into that of historical record” (Millgate 1984: 128).

#### **4.1. Ruptura de la absolutización de la realidad**

La fragmentación de la realidad absoluta se efectúa mediante el acercamiento a un mismo personaje desde diversos ángulos, en función de la opinión de otros personajes, y mediante el acercamiento a un mismo hecho desde diferentes perspectivas, de tal manera que la información que tenemos tanto de los personajes como de los acontecimientos no es total sino que se va reconstruyendo gradualmente como en un rompecabezas a medida que la lectura avanza. El enfoque caleidoscópico de los personajes que ayuda a comprender mejor los hechos, subvierte el papel de los prejuicios y en consecuencia los estereotipos sobre los Otros. De ahí que los rasgos atribuidos a un individuo por un adversario deban ser sometidos a examen y es que en esta historia/Historia no hay héroes, opresores, buenos y malos con mayúscula sino hombres que acumulan todas estas características y muchas más. Por lo tanto, cuando se

habla de heroicidad o de maldad habrá que ser cauto y esperar a obtener las pistas que la novela ofrece para hacer una valoración general pero nunca concluyente. Simultáneamente, la variedad de reacciones e interpretaciones ante un mismo personaje y un mismo hecho destapa las contradicciones del sistema, la ausencia de consenso respecto a una realidad única, a un pensamiento único y por tanto, la pluralidad de impresiones y verdades en las que se compartimenta la sociedad. Como argumenta Terry Eagleton:

It is in the significant silences of a text, in its gaps and absences, that the presence of ideology can be most positively felt. [...] The text is, as it were, ideologically forbidden to say certain things; in trying to tell the truth in his own way, for example, the author finds himself forced to reveal its gaps and silences, what it is unable to articulate. Because a text contains these gaps and silences, it is always *incomplete*. Far from constituting a rounded, coherent whole, it displays a conflict and contradiction of meanings. (Eagleton 1976: 35)

#### **4.1.1. Diferentes perspectivas de un mismo personaje**

Los personajes más controvertidos y en esencia los más complicados son Claverhouse y Burley, ambos fanáticos representantes de los dos extremos religiosos y entre medias como elemento reconciliador, Morton.

Claverhouse, ensalzado por los monárquicos como un héroe y denostado por los *Covenanters* como un opresor sanguinario, exhibe muestras de crueldad y despotismo durante todo el trayecto literario, pero casi al final en el capítulo XXXV, Morton nos sorprende con una reflexión que modifica la percepción de Claverhouse:



The gentleness and urbanity of that officer's general manners, the high and chivalrous sentiments of military devotion which he occasionally expressed, his deep and accurate insight into the human bosom, demanded at once the approbation and the wonder of those who conversed with him; while, on the other hand, his cold indifference to military violence and cruelty, seemed altogether inconsistent with the social, and even admirable qualities which he displayed. (Scott 1879a: 291)

La caracterización de Burley en la que predomina más lo negativo que lo positivo, le presenta como a un ser despiadado, impulsado por la venganza y la ambición, de comportamiento estricto y violento que le empuja a cometer el asesinato de James Sharp. Sin embargo, su valentía queda eclipsada por su fanatismo que le termina por arrastrar a la locura: “[...] disappointed ambition, wrecked hopes, and the downfall of the party which he had served with such desperate fidelity, were likely to aggravate enthusiasm into temporary insanity” (Scott 1879a: 355). El hecho de que Burley sea invariablemente catalogado como un rebelde no es extraño, lo realmente curioso es que Claverhouse se una a él transcurridos diez años, en 1689, para luchar contra el nuevo orden establecido con el rey Guillermo. Claverhouse, convertido en Vizconde de Dundee, se subleva con Burley y con los *Highlanders* para restaurar a Jaime II en el trono a cambio de que éste restablezca los términos del *Covenant*. Y si antes Lord Evandale era compañero de armas de Claverhouse, ahora pasa a ser enemigo común de ambos. De nuevo, este salto de defensor y cumplidor de los principios del orden establecido a infractor y agitador social evidencia las contradicciones y ambigüedades del ser humano junto con la imposibilidad de codificarlo lingüísticamente. Scott nos advierte así del peligro de los radicalismos, de la amenaza que supone para una sociedad la presencia de estos individuos extremadamente celosos de sus ideas. De hecho, en la novela no sólo hay una crítica implícita contra las

consecuencias de los actos fanáticos, sino explícita contra la costumbre puritana de interpretar literalmente la Biblia y extraer de ella las enseñanzas convenientes para justificar modos de actuación detestables. Como Morton aclara a Burley:

I revere the Scriptures as deeply as you or any Christian can do. I look into them with humble hope of extracting a rule of conduct and a law of salvation. But I expect to find this by an examination of their general tenor, and of the spirit which they uniformly breathe, and not by wresting particular passages from their context, or by the application of Scriptural phrases to circumstances and events with which they have often very slender relation. (Scott 1879a: 61)

Y en este sentido, aun cuando Morton apoya a los presbiterianos tiene serias dudas de que una sociedad regida por éstos fuera sinónimo de paz y armonía: “And yet, who shall warrant me that these people, rendered wild by persecution, would not, in the tour of victory, be as cruel and intolerant as those by whom they are now hunted down? What degree of moderation, or of mercy, can be expected from this Burley, so distinguished as one of their principal champions [...]” (Scott 1879a: 62).

Ahora bien, si las imágenes de Claverhouse y de Burley se mantienen relativamente estables en base a su clasificación como radicales, limitando considerablemente su evolución durante la novela, ocurre lo contrario con Morton. Su imparcialidad a la hora de posicionarse en un bando concreto y su calidad humana que destaca por encima de todas sus virtudes, hacen de él el personaje más rico en matices, en contradicciones y en crecimiento psicológico. Aunque tras meditarlo se decide a secundar la causa *Covenanter*, no vacila en salvar la vida del monárquico Lord Evandale en contra de la voluntad de Burley, en ayudar incondicionalmente a la familia Bellenden aun cuando ello le suponga la enemistad de sus compañeros de armas, en negociar la paz con el duque de Monmouth y especialmente, en actuar

desinteresadamente para lograr el fin de la guerra y la libertad de conciencia. Paradójicamente será su generosidad y su empatía la que dé lugar a malas interpretaciones y a que sea injustamente tratado por prácticamente todos los personajes.

Morton es además un personaje con diversas identidades, las cuales le obligan a cruzar diferentes fronteras, emulando a Edward Waverley: pretendiente de Edith Bellenden (perteneciente a una familia monárquica), líder del bando *Covenanter*, prisionero de ambos bandos, exiliado, oficial al servicio del rey Guillermo, etc. Esta movilidad entre diferentes fronteras ideológicas, fundamentalmente religiosas y políticas, es la que da vida a la trama argumental y explicación a los contrastes como reflejo de las luchas ideológicas del momento histórico. Y es que la dificultad principal a la que Morton se enfrenta es la de encarar crisis de conciencia como consecuencia de las circunstancias extremas en las que se ve envuelto (Chandler 1999: 212-16). La dificultad de la posición de Morton evidencia las contradicciones inherentes a la propia estructura social y en concreto a la ideología. Según Göran Therborn, las ideologías se caracterizan por competir y discrepar en cuanto a la visión imperante del mundo así como en las múltiples y diversas interpelaciones que dirigen a los individuos, sumiéndoles en ocasiones en crisis de identidad graves debido a la lucha entre las diversas subjetividades que los integran: “Al ser el blanco de interpelaciones que están constantemente en conflicto [...] el receptor no es necesariamente coherente en sus recepciones, en sus acciones de respuesta y en sus interpelaciones. Además, la estructura psíquica que subyace a nuestras subjetividades no es monolítica, sino que es más bien un campo de fuerzas en conflicto” (Therborn 1987: 64). Esto demuestra por tanto, la naturaleza proteica tanto de las ideologías como de los sujetos interpelados.

Morton es uno de los personajes con los que el contraste entre la apariencia y la realidad se vuelve más llamativo. El autor traza una línea muy clara entre la

información a la que tienen acceso los lectores y el conocimiento que poseen sus compañeros, procedente o bien de sus relaciones personales con él o de los rumores que circulan sobre su vida y sus acciones, ambas vías fundadas sobre prejuicios. Este desequilibrio repercute en que mientras los lectores conocen los pensamientos y las verdaderas razones que mueven a Morton a actuar, los personajes emiten continuamente juicios sin fundamento. Y es en los prejuicios donde radica uno de los temas clave de la obra. La diferencia entre la realidad y la imagen proyectada sobre Morton, es decir, las expectativas que se crean alrededor de él, basadas en su ideología presbiteriana son la fuente de incesantes desavenencias. Morton, al igual que todos los involucrados en la guerra, se ve obligado a comportarse muchas veces en contra de su conciencia y a desempeñar un papel crucial en el destino de la historia de su pueblo. De ser un miembro anónimo de la comunidad pasa a convertirse, cara a los monárquicos, en amparador de un asesino, en un revolucionario y en líder moderado de los amotinados. Todo ello sin demasiado tiempo de por medio para reflexionar porque a pesar de que el lector tiene el privilegio de entrar en su mente y de asistir a sus largas conversaciones con unos y otros, no es menos cierto que los puntos históricos se desarrollan precipitadamente, exigiendo a los personajes que actúen y no tanto que piensen. Esta rapidez en la evolución de las circunstancias empuja a Morton a tomar decisiones en centésimas de segundo, llevándole a hacer cosas que no son aparentemente coherentes con su personalidad. Paulatinamente un personaje tras otro, después de enterarse de su compromiso con los presbiterianos, le irá retirando su confianza tras considerarle un traidor, término en el que todos coinciden. Veamos sus reacciones:

(Edith Bellenden): If he had died, I would have forgiven him; but a rebel to his king –a traitor to his country- the associate and colleague of cut-throats and common stabbers –the persecutor of all that is noble –the professed and blasphemous enemy of all that is sacred. (Scott 1879a: 214)

(Major Bellenden): The ungrateful, rebellious traitor. (Scott 1879a: 220)

(Cornet Grahame): Your uncle [...] has been spoken to, and declines visiting you. The good gentleman is terrified, and not without some reason, that the crime of your treason may extend itself over his lands and tenements [...]. (Scott 1879a: 304)

(Burley): The villain! [...] the base, mean-spirited traitor, to curry favour for himself with the Government. (Scott 1879a: 256)

(oficial monárquico): You are losing your time [...] the Duke of Monmouth will receive no terms from traitors with arms in their hands. (Scott 1879a: 261)

El único que cree en él es Lord Evandale, a quien Morton salva la vida en dos ocasiones. Seguro de que Morton se ha visto presionado por la necesidad, respeta sus principios a pesar de ser opuestos a los suyos porque sabe que sólo quiere el fin de la lucha con un acuerdo moderado. Lo que desconocen los personajes que le critican es que su situación no resulta nada fácil; sus vínculos afectivos interfieren a menudo con sus resoluciones políticas, y su afán por actuar siempre rectamente le conduce por un lado a discusiones eternas con la facción radical que le mira con suspicacia y por otro, a ser condenado a muerte tanto por Claverhouse como por los puritanos.

#### **4.1.2. Diferentes perspectivas de un mismo hecho**

Las consecuencias nefastas de la guerra se hacen patentes en Elizabeth Maclure, la historia más dramática de *Old Mortality*. De ideología puritana, su hazaña reside en proteger la vida de Lord Evandale de los propios insurgentes a pesar de que su marido e hijos son asesinados a manos de los monárquicos. Sin embargo, el lector no tiene acceso a los detalles de esta tragedia íntegramente, sino mediante dos relatos en dos momentos

históricos divergentes. En el capítulo XXIV, en plena sublevación, Lord Evandale le explica a Lady Margaret:

“I rode for my life, [...] I took the route where I thought I had least chance of meeting with any of the enemy, and I found shelter for several hours –you will hardly guess where. [...] I found refuge in the cottage of a poor widow, whose husband had been shot within these three months by a party of our corps, and whose two sons are at this very moment with the insurgents”. “Indeed!” said Lady Margaret Bellenden; “and was a fanatic woman capable of such generosity? [...]”. (Scott 1879a: 250)

Pero en el capítulo XLII, transcurridos diez años de la revuelta, es la propia Elizabeth quien ofrece su versión de los hechos y la amplía, puesto que no sólo descubre el lector la identidad de la mujer que salvó la vida a Lord Evandale sino el modo brutal en que sus hijos fueron asesinados:

It’s a lang story, sir, [...] But ae night, sax weeks or thereby afore Bothwell Brigg, a young gentleman stopped at this puir cottage, [...] I fed him, and relieved him, and keepit him hidden till the pursuit was ower [...] And then they said I wanted natural affection, to relieve ane that belonged to the band that murdered my twa sons [...] But, alas! Betraying Lord Evandale’s young blood to his enemies’ sword wad ne’er hae brought my Ninian and Johnie alive again. (Scott 1879a: 350-51)

El testimonio de Elizabeth Maclure ejemplifica la grandeza humana de aquéllos que censuran la violencia como instrumento para solucionar los conflictos y que dan muestras de amor y generosidad aun en los momentos más duros. También evidencia el absurdo y la locura de la guerra, las secuelas que deja en un país y la irreversibilidad de los hechos.

## **4.2.Desarticulación del concepto ideal de la guerra**

Con la entrada en escena del asesinato del arzobispo, Scott nos avisa inconscientemente de que a partir de ese instante la narración va a ganar paulatinamente en complejidad, de que la clasificación maniqueísta de buenos y malos se evapora dando lugar no sólo a infinidad de contradicciones en todas las actuaciones de los personajes, sino también a una comprensión más profunda de un mismo acto desde diferentes perspectivas, rompiendo con una interpretación única y verdadera de los sucesos. Igualmente, los prejuicios como forma de conocimiento se desmoronan y asistimos a una cierta relativización de los principios y de las intenciones. La primera dificultad con la que choca el lector reside en la toma de decisión con respecto a los combatientes. La fractura del mundo histórico-literario escocés del siglo XVII evidencia que las dos tendencias religiosas involucradas se conciben desde la esfera política como identidades absolutas, y que en consecuencia, sólo pueden contemplarse como adversarios recíprocos cuyo único instrumento es la guerra. La absolutización de conceptos conducente al Uno frente al Otro se difumina obligando al lector en ciertos momentos a sentirse involucrado en una facción hasta el punto de justificar la contienda, de evitar cualquier tipo de posicionamiento o de condenarla.

La primera cuestión que hay que dejar clara es que el grueso de los implicados en la guerra no comparte el principio de defensa de la nación, valor que difundía el nacionalismo, sino que cada cual participa con unas miras específicas. Como afirma el predicador MacBriar: “We have already among us too many who hunger after lands, and silver and gold, rather than after the Word; it is not by such that our deliverance shall be wrought out” (Scott 1879a: 257-58). Y es que como Scott refleja y se examinará a continuación, en las rebeliones hay todo tipo de hombres: Burley movido

por ansias de poder, locos como Habbakuk, entusiastas como MacBriar, moderados como Poundtext, oportunistas movidos por la codicia como Basil Olifant... Además, estos hombres no sólo son elementos necesarios de toda revuelta sino también inevitables. El hecho de que el ideal nacionalista estalle sugiere que en *Old Mortality* no asistimos a una sola guerra sino a muchas guerras simultáneas puesto que cada individuo percibe la lucha diferentemente, generando la ausencia de una sola conciencia nacional a favor de múltiples conciencias nacionales. Y que esto acontezca no tiene nada de particular dado que la inversión de estructuras y la transmutación del orden establecido es uno de los rasgos definitorios de la guerra.

Como punto introductorio, sí parece existir cierto consenso en cuanto a las causas de la guerra así como en cuanto a su infinita duración temporal si la disposición a batallar no cambia. Según Lord Evandale, han sido los políticos y los prelados los instigadores de la violencia al alienar cruelmente a todas las clases sociales escocesas. Pero además reconoce que lo único que pondrá fin a la guerra civil será el filo de la espada debido al rencor y al fanatismo de ambas facciones. Ése es precisamente el caso de Burley, que actúa fanáticamente para satisfacer su motivo oculto, la ambición. Ajeno a la búsqueda de libertad de conciencia y a la reforma del *Covenant* que usa como argumentos falsos, Burley utiliza a Morton para cumplir su propósito: “Through Morton’s means, as being the son of his ancient comrade, Burley conceived he might exercise some influence over the more liberal part of the army, and ultimately, perhaps, ingratiate himself so far with them, as to be chosen commander-in-chief, which was the mark at which his ambition aimed” (Scott 1879a: 191).

Burley representa el arquetipo del individuo obsesionado por el poder, por el mantenimiento de la autoridad, aunque ello suponga asesinar y tratar a sus compañeros despóticamente. Su falta de escrúpulos responde a su afán por controlar las acciones y



las vidas de todos los hombres dispuestos a luchar junto a él. Geoffrey Blainey explica que el poder y las relaciones de poder están en el origen de las guerras ya que éstas “son simples variantes del poder. La vanidad del nacionalismo, la voluntad de extender una ideología [...] el deseo de ensanchar el territorio propio [...] todo ello representa poder bajo distintos ropajes” (Blainey 1973: 149).

Fanático como Burley pero plenamente convencido de que la guerra debe desembocar en la reforma e instauración del *Covenant*, Habbakuk Mucklewrath simboliza a los individuos que se creen tocados por la divinidad por su capacidad profética, y que deben cumplir una misión especial en la tierra, la de despertar las conciencias y aleccionar a los combatientes para infundirles ánimos: “It is Habbakuk Mucklewrath, answered Poundtext [...] whom the enemy have long detained in captivity in forts and castles, until his understanding hath departed from him, and, as I fear, an evil demon hath possessed him. Nevertheless, our violent brethren will have it, that he speaketh of the spirit, and that they fructify by his pouring forth” (Scott 1879a: 199). Por otra parte, nos encontramos con Cuddie, arquetipo de los individuos envueltos por las circunstancias bélicas sin ningún peso relevante en su desarrollo ni ninguna intención de proteger su religión, sino simplemente de salvar su vida porque sabe que la guerra es siempre fuente de destrucción. Representa a todas las víctimas de la opresión de las contiendas:

It is most infamous and intolerable oppression! said Morton, half speaking to himself; “here is a poor peaceable fellow, whose only motive for joining the conventicle was a sense of filial piety and he is chained up like a thief or murderer, and likely to die the death of one, but without the privilege of a formal trial, which our laws indulge to the worst malefactor! Even to witness such tyranny, and still more to suffer under it, is enough to make the blood of the tamest slave boil within him. (Scott 1879a: 139)

Por último, el personaje que cumpliría con las expectativas políticas del sistema si no luchara en el bando opuesto es sin lugar a dudas Morton. Su modo de actuación es el paradigma de los comportamientos, honrado, virtuoso, caballeroso, leal, humanitario, con sentido del honor y de la patria, etc. Si a estos rasgos añadimos la libertad como propósito fundamental de la guerra, obtenemos como resultado el ideal de hombre impulsado por la nación, con la diferencia de que en la novela no es el héroe sino el conspirador y es que todo ideal llevado a la práctica no siempre resulta convincente. Sin embargo, tampoco Morton se ve libre de vacilaciones y dudas ante una toma de posicionamiento determinada. Si en el capítulo XIII, Morton deja bien claro que no está de acuerdo con ninguna de las facciones religiosas,

He had formed few congenial ties with those who were the objects of persecution, and was disgusted alike by their narrow-minded and selfish party-spirit, their gloomy fanaticism, their abhorrent condemnation of all elegant studies or innocent exercises, and the envenomed rancour of their political hatred. But his mind was still more revolted by the tyrannical and oppressive conduct of the government, the misrule, licence, and brutality of the soldiery, the executions on the scaffold, the slaughters in the open field, the free quarters and exactions imposed by military law, which placed the lives and fortunes of a free people on a level with Asiatic slaves. (Scott 1879a: 127)

en el capítulo XVIII reconoce que siendo la independencia de su país su objetivo primordial, está dispuesto a unirse a los presbiterianos en una guerra siempre que ésta se rija “según las reglas de las naciones civilizadas”, aunque sin aprobar el asesinato que la provocó (Scott 1879a: 172).

La intención por la que Morton participa en la lucha queda patente en la carta que le envía a Major Bellenden para sincerarse con él y evitar ambigüedades en cuanto a la rectitud de su posicionamiento:

But I have taken my resolution in honour and good faith, and with the full approval of my own conscience. I can no longer submit to have my own rights and those of my fellow-subjects trampled upon, our freedom violated, our persons insulted, and our blood spilt without just cause or legal trial [...] My most earnest and anxious desire is, to see this unnatural war brought to a speedy end, by the union of the good, wise, and moderate of all parties, and a peace restored, which, without injury to the king's constitutional rights, may substitute the authority of equal laws to that of military violence, and, permitting to all men to worship God according to their own consciences, may subdue fanatical enthusiasm by reason and mildness, instead of driving it to frenzy by persecution and intolerance. (Scott 1879a: 219)

Y esta línea de pensamiento es la que Morton recoge en *una memoria de quejas* del partido presbiteriano en la que solicita la tolerancia religiosa sin opresión, el establecimiento de un Parlamento libre que decida en materia estatal y religiosa, y el perdón para los insurgentes.

## 5. La estructura de *Old Mortality*

La estructura circular de *Old Mortality* hace que la obra se abra y cierre en un mismo punto, la posada de Niel Blane y con un mismo personaje, Morton, pero en circunstancias totalmente opuestas; si el principio de la narración mostraba a un Morton vencedor en el *popinjay* (prueba de tiro con arco celebrada en el *wappenschaw*) en un momento histórico previo a la revolución de 1679, el final del relato asiste a su retorno desde Holanda. Sin embargo, el autor asocia a la circularidad otro componente sin el cual carecería de pleno sentido. Y es que el significado profundo de la novela no sólo radica en la confluencia de un mismo espacio y un mismo personaje sino también en la fractura temporal que divide el esqueleto de la novela en un antes y un después. En

efecto, el texto fija una separación entre 1679, año de la sublevación, y 1689, año en el que Morton tras una orden de destierro cumplida regresa a Escocia como *Major General Melville*. Esta fisura entre el presente (1679) y el futuro (1689) y entre el presente (1689) y el pasado (1679) aporta un conocimiento histórico extra sobre el destino religioso-político de Escocia:

Scotland had just begun to repose from the convulsion occasioned by a change of dynasty, and through the prudent tolerance of King William, had narrowly escaped the horrors of a protracted civil war. Agriculture began to revive; and men, whose minds had been disturbed by the violent political concussions, and the general change of government in church and state, had begun to recover their ordinary temper, and to give the usual attention to their own private affairs in lieu of discussing those of the public. The Highlanders alone resisted the newly-established order of things, and were in arms in a considerable body under the Viscount of Dundee, whom our readers have hitherto known by the name of Grahame of Claverhouse. But the usual state of the Highlands was so unruly, that their being more or less disturbed was not supposed greatly to affect the general tranquillity of the country, so long as their disorders were confined within their own frontiers. In the Lowlands, the Jacobites, now the undermost party, had ceased to expect any immediate advantage by open resistance, and were, in their turn, driven to hold private meetings, and form associations for mutual defence, which the government termed treason, while *they* cried out persecution.

The triumphant whigs, while they re-established presbytery as the national religion, and assigned to the General Assemblies of the Kirk their natural influence, were very far from going the lengths which the Cameronians and the more extravagant portion of the non-conformists under Charles and James loudly demanded. They would listen to no proposal for re-establishing the Solemn League and Covenant; and those who had expected to find in King William a zealous Covenanted Monarch were grievously disappointed when he intimated, [...], his intention to tolerate all forms of religion which were consistent with the safety of the state. (Scott 1879a: 307-08)

La doble cuestión de fondo que el autor plantea es si el cambio en la actitud ideológica del rey Guillermo se habría producido igualmente sin necesidad de una

guerra y si el cambio irrefutable que toda guerra ocasiona es sinónimo de progreso, de retroceso o de ambos. Lo que queda patente es que el descontento de los inductores de la guerra, la facción radical *Covenanter* ante la política religiosa de los monarcas, sigue vigente y que estarían dispuestos de nuevo a batallar si se iniciara otra persecución:

The principles of indulgence thus espoused and gloried in by the Government, gave great offence to the more violent party, who condemned them as diametrically contrary to Scripture; for which narrow-spirited doctrine they cited various texts, all, as it may well be supposed, detached from their context, [...] They censured and condemned as Erastian many of the measures by which Government after the Revolution showed an inclination to interfere with the management of the Church, and they positively refused to take the oath of allegiance to king William and Queen Mary until they should, on their part, have sworn to the Solemn League and Covenant, the Magna Charta, as they termed it, of the Presbyterian Church. (Scott 1879a: 308)

Desde este ángulo, esa inclinación perpetua hacia la guerra resulta absurda porque las pretensiones de los *Covenanters* no eran factibles. La actitud de los radicales es exactamente la misma antes y después del enfrentamiento armado por lo que la guerra no fue ninguna solución sino un medio de fortalecer el odio contra los enemigos. Del mismo modo que la guerra no modificó la situación de la facción más moderada dado que aceptaban el juramento de fidelidad antes y después de la revolución.

Ahora bien, si existe en la novela cierta ambigüedad sobre si la guerra alteró los acontecimientos históricos, sobre si fue un mecanismo de presión para que diez años más tarde la situación cambiara, no cabe ninguna duda de que supuso un resquebrajamiento para la existencia de los personajes al trastocar la normalidad de su entorno social. Morton, empujado por el remolino de acontecimientos, ve cómo su vida y por tanto, su identidad se ven radicalmente perturbadas:

His character, as well as his habits, thoughts, and occupations, had been entirely changed within the space of little more than a fortnight, and twenty days seemed to have done upon him the work of as many years. A mild, romantic, gentle-tempered youth, bred up in dependence, and stooping patiently to the control of a sordid and tyrannical relation, had suddenly, by the rod of oppression and the spur of injured feeling, been compelled to stand forth a leader of armed men, was earnestly engaged in affairs of a public nature, had friends to animate and enemies to contend with, and felt his individual fate bound up in that of a national insurrection and revolution. It seemed as if he had at once experienced a transition from the romantic dreams of youth, to the labours and cares of active manhood. (Scott 1879a: 234)

Ese paso de niño a hombre, de la inocencia al mundo de la experiencia se hace especialmente notorio cuando regresa de Holanda con una fisonomía completamente irreconocible, incluso para su amigo Cuddie: “But a few years of campaigns and wandering had so changed his appearance, that he had great confidence that in the grown man [...] none would recognise the raw and bashful stripling who won the game of the popinjay” (Scott 1879a: 344). La imposibilidad del reconocimiento de su identidad, el ocultamiento de la misma y el grito desesperado ante Edith Bellenden de “I yet live!” (Scott 1879a: 332) son un claro signo de que en el nuevo orden establecido no hay cabida para el mundo caballeresco del pasado que Morton representa.

En cuanto a la cuestión de si la guerra supone un progreso o un retroceso es algo que Scott deja en el aire para que sea el lector quien extraiga sus conclusiones. Charles Van Doren definía el progreso como un patrón de cambio manifestado en la historia humana cuya dirección a la larga era irreversible y apuntaba a un estado mejor, a un valor superior, mientras que la regresión era un patrón de cambio irreversible a la larga cuya dirección desembocaba en un estado peor (Van Doren 1967: 3, 23).

En 1750, Turgot (1727-1781) en *Discursos sobre el progreso humano* planteaba la cuestión del progreso y la asociaba al fenómeno de la guerra. Para Turgot, la guerra era un instrumento necesario para erradicar el mal de la tierra y favorecer el surgimiento del bien y la perfección de la humanidad, además de proporcionar el retorno al equilibrio entre fuerzas favorables y desfavorables, y fomentar una mayor tranquilidad y seguridad. La guerra se generaba por una situación de desequilibrio, porque un exceso de elementos adversos, entre ellos los odios que “multiplican las guerras y las destrucciones” (Turgot 1991: 39), desplazaban el peso de la balanza a su favor: “En medio de sus destrucciones, las costumbres se suavizan, el espíritu humano se ilustra, las naciones se acercan las unas a las otras [...] La masa total del género humano, con alternativas de calma y de agitación, de bienes y males, marcha siempre—aunque a paso lento—hacia una perfección mayor” (Turgot 1991: 36). Turgot estimaba que la guerra era un puente hacia el progreso y la perfección y por lo tanto un paso del filisteísmo y la barbarie a la ilustración y la civilización. La cultura obligatoriamente actúa como elemento catalogador, jerarquizador y diferenciador; Turgot reconoce que si la naturaleza no fija las diferencias, no ocurre lo mismo con la cultura de donde procede la desigualdad humana, dado que el saber divide a los individuos. En definitiva, la guerra no existiría si no hubiera divergencias culturales entre los seres humanos (Turgot 1991).

Estas ideas ilustradas secundadas por el nacionalismo aparecen reflejadas en la obra mediante las palabras de Claverhouse. En el capítulo XXXV asistimos a cómo la discrepancia cultural, de ahí la diferencia de sangre y de categoría, justifica para Claverhouse el asesinato de aquéllos que piensan y sienten de otro modo aun cuando sean escoceses. Veamos, pues, cómo dialoga con Morton:

[...] There is a difference, I trust, between the blood of learned and reverend prelates and scholars, of gallant soldiers and noble gentlemen, and the red puddle that stagnates in the veins of psalm-singing mechanics, crack-brained demagogues, and silly boors;—some distinction, in short, between spilling a flask of generous wine, and dashing down a can full of base muddy ale? (Scott 1879a: 291)

La guerra que atraviesa *Old Mortality* no es una simple guerra histórica enmarcada en el siglo XVII, sino una guerra abierta contra la sociedad decimonónica. En realidad el acontecimiento histórico relatado es una mera excusa que permite sacar a flote, aunque veladamente, las contradicciones, sinsentidos, manipulaciones y embustes del siglo XIX. La perfección de la estrategia trazada arrastra al lector coetáneo de Scott a poner los cinco sentidos en el desarrollo de la trama, a considerarla como un episodio relativo estrictamente al pasado, sin percatarse de que el universo en parte histórico, en parte imaginado, espeja la realidad circundante. Scott desvela la cara oculta del nacionalismo no mediante una crítica explícita sino mediante los huecos, los silencios, las percepciones subjetivas, las inferencias de las situaciones y comportamientos, en definitiva, mediante una lectura entre líneas sólo visible para ojos atentos. *Old Mortality* en su faceta histórico-literaria no hace sino reflejar la guerra aparente que el nacionalismo se dedicó a encubrir. La supuesta unidad, armonía, equilibrio, es decir, toda la galería de conceptos que el Estado difundió parecen desmontarse en esta novela. La religión, la historia, la nación, la política, la identidad, la guerra, en resumen toda la sociedad cae por su propio peso. Las cosas no son lo que parecen, el fondo revela contradicciones, luchas eternas, desequilibrios, y lo que es peor, imposibilidades de reconciliación. Las ideologías estallan en mil pedazos dando lugar a visiones dispares y encontradas; los conceptos se multiplican y el texto habla de religiones, historias, identidades... en minúscula y en plural, correspondientes a las percepciones particulares de los individuos que forman parte de la comunidad. Irremediabilmente, la explosión de



la unicidad en el pensamiento genera caos e incertidumbre, una anarquía que refuerza el desorden de la guerra y que convierte en relativa no sólo la verdad que se narra sino la verdad de las ideas establecidas. La ruptura con el todo provoca a su vez la ruptura con la verdad absoluta, abriendo la puerta a una red compleja de interpretaciones sociales y literarias, a un mundo-texto compuesto por representaciones y significados conflictivos, a una pluralidad de verdades.

El belicismo real del siglo XVII y el belicismo del siglo XIX irrumpen violentamente en el esqueleto narrativo desgarrando el propio texto de tal manera que la literatura se ve invadida por el conflicto. La unidad de la obra queda rasgada y en su lugar asoman la fragmentación y la multiplicidad; incluso la función autorial se ve afectada por esta guerra interna que subvierte la autoridad de la omnisciencia. A través de los diálogos los personajes expresan libremente sus pensamientos y ofrecen en ocasiones diferentes versiones de un mismo hecho, activando el multiperspectivismo así como la reconstrucción paulatina de la información. Se fractura la idea de la totalidad, se promueve la imposibilidad de conocer el todo, al tiempo que se desafía la Historia oficial y la historia literaria como estructuras con medidas perfectas. Y de hecho la contradicción como soporte del mismo refuerza la hipótesis de que Scott no se compromete tercamente con valores y principios sino que recoge la incoherencia como elemento integrante de la vida. Por eso resulta tan difícil hacer una lectura definitiva y concluyente; la novela, reproducción a pequeña escala de la vida, ampara un campo infinito de posibilidades, la riqueza de la diversidad que prevalece en la naturaleza. Los hechos y los personajes son a la vez lo uno y su contrario, y empujan al lector a empatizar con ellos, a ser solidario y comprensivo, a entender la peligrosidad y la barbarie de la guerra. Aunque ésta es condenada reiteradamente, a veces el lector tiene la impresión de que el autor la justifica como medida redentora ante los atropellos sin

límite. *Old Mortality* está cargada de luces y sombras, de polos opuestos, de evolución e involución, de advertencias contra los extremismos ideológicos y sus consecuencias nefastas plasmadas en el horror de la guerra. La guerra no se contempla en términos heroicos sino como una sinrazón, una bacanal de la locura y la violencia, a la que se pone fin temporalmente gracias a la moderación y la lucidez de aquéllos que luchan por la paz.



Tercera parte:

La fractura de la identidad femenina y de la nación en

*The Heart of Midlothian* (1818)



A la mujer le dijo: “Tantas haré tus fatigas cuantos sean tus embarazos: con dolor parirás los hijos. Hacia tu marido irá tu apetencia, y él te dominará”.

*Génesis*

The lineal descent of the people of the Five Nations shall run in the female line. Women shall be considered the progenitors of the Nation. They shall own the land and the soil. Men and women shall follow the status of the mother.

*The Constitution of the Five Nations*, siglo XVI

Et elle n'est rien d'autre que ce que l'homme en décide; ainsi on l'appelle *le sexe* voulant dire par là qu'elle apparaît essentiellement au male comme un être sexué [...] Elle se détermine et se différencie par rapport à l'homme et non celui par rapport à elle; elle est l'inessentiel en face de l'essentiel. Il est le Sujet, il est l'Absolu: elle est l'Autre.

Simone de Beauvoir, *Le Deuxième Sexe*, 1949

---

## ❧❧ 1. Introducción ❧❧

---

Toda sociedad recibe su solidez de un conjunto de rasgos simultáneamente definitorios, de carácter perenne y de rasgos fluctuantes en función de las circunstancias históricas. La mujer como miembro indisociable del marco social ha sido a lo largo de los siglos una y otra vez pensada, examinada, conceptualizada, inventada, en definitiva, creada y construida para ajustarse a los parámetros de funcionamiento de la política. Este proceso de construcción y al mismo tiempo de de-construcción de peculiaridades culmina en la propagación y en el ensalzamiento de un modelo ideal de mujer que debe ser emulado. Al mismo tiempo sugiere que las representaciones de los sistemas políticos no son estáticas, sino que se hallan sometidas a las diferentes interpretaciones de grupos e individuos, supeditados a su vez a las exigencias de la cultura imperante.

El nacionalismo, fruto de la cultura revolucionaria francesa, se desarrolló en el marco de un conjunto importante de cambios entre los que destacaron la moralidad personal y la vida familiar. Mientras la primera fue la condición *sine qua non* de la salud del Estado y de la sociedad, la segunda se asoció con la intimidad y los afectos. Tanto la familia como la virtud femenina, dentro de ella, jugaron un papel cardinal en esta nueva concepción de la vida pública y privada, siendo la virtud femenina particularmente la responsable de la división de las mujeres en aquellas que la

practicaban y que por tanto respetaban los dictados nacionales, y aquéllas que no contribuían a su permanencia.

Como consecuencia de la Revolución francesa, Gran Bretaña experimentó una conmoción y una turbulencia interior extraordinarias. Desde la economía hasta la política, pasando por la religión, la familia, las costumbres o las verdades que hasta entonces habían sido absolutas fueron sometidas a examen, la autoridad puesta en tela de juicio, hechos que llevaron a los participantes implicados en estos debates, tanto puritanos como parlamentarios y monárquicos, a recurrir a las metáforas de género para apoyar sus argumentos. Esto significa que la crisis de autoridad de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX se plasmó en el lenguaje de los géneros y de los sexos, y que las nuevas ideas sobre la familia y el género ayudaron a los individuos a repensar su lugar en el orden familiar, social y político.

Durante el nacionalismo, se forjó una línea de parentesco sin parangón entre la nación y la mujer que llegó a fusionarse con el concepto de la patria, etimológicamente “la tierra del padre”, hasta entonces reservado preferentemente para el hombre. Esto suponía que los siglos anteriores de aislamiento y marginación de la mujer eran ahora sustituidos por esta ideología nacionalista, procedente de la Ilustración, que necesitaba para implementar su proyecto político hacer partícipes a todos sus integrantes. La Revolución francesa con su lema de “Libertad, Igualdad y Fraternidad” tuvo que reservar un espacio para la mujer que reclamaba desde el siglo XVIII una mayor consideración, aunque en la práctica este espacio fuera ficticio. Si bien el Estado y la política eran el coto del género masculino, el nacionalismo otorgó aparentemente a la mujer el máximo galardón, ser el símbolo y la portavoz de la nación. La colaboración femenina no sólo fue esencial en la instauración del nacionalismo, sino también en el perfecto funcionamiento de la ideología de la nación hasta entonces desconocida. La

naturaleza abstracta e inaprehensible de la nación exigía para su perduración de componentes concretos y tangibles, enraizados en la cotidianeidad, con los que sentirse identificados ante la sensación de abismo propiciada por la Revolución francesa. En este horizonte de incertidumbre, la mujer se vio de pronto proyectada sobre la figura femenina de la esfera política, la nación, y ésta sobre la mujer, fraguándose entre ambas una relación directa no exenta sin embargo de responsabilidades mutuas. Así, el nacionalismo se alió con la sexualidad para cristalizar en una nueva identidad sexual, sólidamente enraizada en la construcción de la moralidad pública y de la familia en un momento histórico muy concreto. Si bien la nación moderna reside literal y simbólicamente en los cuerpos de los ciudadanos y estos cuerpos a su vez configuran el cuerpo nacional político, el cuerpo de la mujer ocupó el lugar de intersección entre estos dos tipos de cuerpos. Se exigía además a la mujer que fuera pura y casta porque de ese comportamiento derivaba la pureza de la nación.

De las diversas facetas inherentes a la mujer: hermana, hija, esposa, madre, etc. la nación se adueñó absolutamente de la función maternal, hizo de ella la médula de su estructura, y la enaltecó como el icono del espíritu colectivo. En calidad de madre, la nación se responsabilizó de cuidar a sus hijos, los recién bautizados ciudadanos, de protegerlos de las agresiones externas de las naciones enemigas, de darles un sustento mediante la adecuada gestión de la economía, y sobre todo, de proporcionarles un sentido vital mediante una identidad nacional tanto individual como grupal gracias a un territorio geográficamente delimitado, y a una singularidad religiosa, cultural, lingüística e histórica. Si la nación se encargaba de coordinar esta serie de compromisos a nivel público y abstracto, correspondía a la mujer hacer lo propio a nivel privado y concreto. El énfasis desmedido de la maternidad se encuentra ligado con la capacidad reproductora de la nación y con su poder de producción de ciudadanos plenamente

integrados en la doctrina nacional. Nira Yuval-Davis apunta que el nacimiento en una misma geografía es fundamental para la pertenencia dentro de una misma comunidad nacional y para la identificación con los mitos de orígenes comunes que separan a los nativos de los extranjeros. De ahí que la preocupación por la pureza de la raza sea indisociable de la preocupación por las relaciones sexuales entre miembros de diferentes naciones (Yuval-Davis 1998: 30). Rousseau destaca precisamente en *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia y su proyecto de reforma* (1770-1771) la influencia decisiva de la madre en la educación del hijo y por tanto en su amor y consagración a la patria, estableciendo una relación directa entre la vida pública y la vida privada:

Es la educación la que debe dar a las almas la fuerza nacional, así como dirigir de tal manera sus opiniones y sus gustos que lleguen a ser patriotas por inclinación, por pasión, por necesidad. Al abrir los ojos, un niño debe ver la patria, y hasta la muerte no debe ver otra cosa. Todo auténtico republicano ha mamado con la leche de su madre el amor a su patria, es decir: de las leyes y de la libertad. Este amor constituye su entera existencia; no ve más que la patria, no vive más que para ella. Apenas está solo no es nada; apenas deja de tener a su patria, ya no es: y si no está muerto está peor. (Rousseau 1988: 68)

La deuda de la mujer pasaba por contraer matrimonio y formar un nuevo hogar, esto es, una nueva estructura, la familia, que constituía una réplica de la función masculina del Estado como padre, de la función femenina de la nación como madre y de la función de los ciudadanos como hijos. Se exhortó a las mujeres al matrimonio y a la maternidad, ambas identificadas con la vocación más elevada y se consideró sospechosas a aquellas mujeres que permanecían solteras porque profanaban la orden divina del sometimiento de la mujer ante el hombre. Toda mujer, madre en potencia, se convertía gracias a su capacidad procreadora en el puntal de la familia y por ende, de la nación. La maternidad por ello fue crucial para la definición de la clase social, de la



nación, de la posterior diferencia colonial y de la regulación de la población. Y así un descenso de la fertilidad femenina fue sinónimo de la decadencia de la nación. En su libro *Romanticism, Maternity, and the Body Politic* (2003), Julie Kipp recurre a diferentes enfoques críticos para examinar cómo los escritores románticos utilizaron el concepto de la maternidad para validar o negar los comportamientos individuales y grupales, como metáfora de las relaciones entre los ciudadanos y la nación o el Estado, o como vehículo para configurar el vínculo entre el artista y su sucesor literario, entre el autor y su audiencia, etc. Todo ello para demostrar la mutabilidad de la maternidad durante el Romanticismo y su adecuación para servir una multiplicidad de fines (Kipp 2003: 20).

En paralelo se desarrolló una relación directa entre la domesticidad y el poder nacional, debido a que esta imbricación aseguraba directamente la subordinación de la mujer al hombre; recordemos al respecto que a partir de finales del siglo XVII era común comparar a las mujeres con los esclavos y que hasta finales del siglo XIX la posición civil y legal de una mujer y de un esclavo fue exactamente la misma. De igual modo que un esclavo no tenía existencia legal aparte de su dueño, una mujer pasaba a subsumir su identidad en la del marido. Al mismo tiempo, se interpretó ambiguamente a la mujer, no por su capacidad continuadora de la nación sino por su potencialidad en la ruptura del legado nacional.

Si la aparición del discurso médico durante el siglo XVIII prestó atención al cuerpo de la mujer y lo convirtió en su objeto de estudio, el nacionalismo concedió al cuerpo, a los órganos reproductores y al sexo una importancia sin precedentes. En consecuencia, la reproducción biológica entroncó con la nación a través de dos particularidades, una cuantitativa y otra cualitativa. Cuantitativamente hablando, la mujer como madre garantizaba en términos numéricos la supervivencia de la nación,

dado que ésta requería ciudadanos que la mantuvieran, que la defendieran y que desarrollaran con ella vínculos emocionales extremadamente poderosos y exclusivistas. Nira Yuval-Davis denomina a esta tendencia cuantitativa como el discurso de “people as power” por el cual la nación depende de un crecimiento continuo, de una necesidad de población que cumpla con la variedad de propósitos nacionales, tanto civiles como militares (Yuval-Davis 1997: 29). Ahora bien, desde un punto de vista cualitativo, la nación exigía la procreación no de cualquier tipo de seres humanos sino únicamente de aquéllos con “calidad”, es decir, de aquéllos que a través de la educación parental, pero especialmente maternal, habían interiorizado con éxito la ideología de la nación. En palabras de Carole Pateman, “the state has been interested in the *quality* and not merely the quantity of the population” (Pateman 1992: 25). Estos individuos debían ser sujetos normalizados, en consonancia con las normas de la nación, unas normas que en materia reproductiva respetaban un código moral. Sólo en estos casos, era cuando la mujer había cumplido con las expectativas de la nación al avalar su continuidad. Sin lugar a dudas, a finales del siglo XVIII, la pertenencia a la nación se convirtió en fuente de identidad individual y comunal en toda Europa, al tiempo que el triunfo nacional pasó a depender de la población y de la producción de ciudadanos sanos, capacitados para aportar ganancias a la nación. En el cumplimiento de este objetivo era determinante la labor educativa de la madre sobre los hijos. En *Woman-Nation-State* (1989), Nira Yuval-Davis y Floya Anthias identifican cinco maneras diferentes a través de las cuales las mujeres han sido implicadas en el nacionalismo: la reproducción biológica de los miembros de las colectividades nacionales; la reproducción de los límites de los grupos nacionales mediante las restricciones en las relaciones maritales; la transmisión y producción activa de la cultura nacional; su papel como significantes simbólicos de la

diferencia nacional y finalmente, la intervención en la lucha nacional (Yuval-Davis y Anthias, en McClintock 1993: 62-63).

El peor crimen que una mujer podía cometer contra la nación era disponer de su cuerpo, de su sexo, de su identidad y de su capacidad fecundadora, es decir, incumplir las marcadas pautas conductuales y rebelarse contra ellas; de ahí que la gestación de hijos ilegítimos, del aborto y del infanticidio supusieran una grave afrenta a la estabilidad de la nación y a la seguridad de los conciudadanos, dado que cualquier manifestación de ilegitimidad era un trauma para la comunidad y una desacreditación de las autoridades políticas. Con la finalidad de reglamentar los destinos femeninos, la nación utilizó como estrategia la creación de un doble modelo de comportamiento femenino: uno, la mujer perfecta, el prototipo de mujer y dos, la mujer subversiva.

Esto significa que el sistema depende para su buena marcha tanto de esas madres procreadoras como de aquéllas que no lo son y que cumplen una tarea igual de importante que la del alumbramiento, servir como aviso y amenaza, ejercer de muro de contención para que las madres de la nación no excedan los límites que les han sido asignados. Este proceder refleja claramente el doble poder productor y represor de la nación, así como el temor por parte de la nación de que el desorden femenino se transforme en desorden social.

Sin embargo, resta preguntarnos cómo puede darse la subversión en un orden político que diseña los caminos rectos y los caminos torcidos. Simplemente la subversión se produce cuando ciertas placas toman una dirección inesperada, cuando ciertos individuos libre, espontánea e inconscientemente deciden abandonar su espacio social para cruzar la línea entre la normalidad y la anormalidad o viceversa, y saltan del anonimato a la luz pública, dejando al descubierto el talón de Aquiles del sistema, su

inequidad, su corrupción, su debilidad y su incompetencia para reducir y controlar a determinados individuos. Aunque éste pretende ser fuerte y la ley aparenta detener tajantemente la subversión mediante la aplicación de penas y castigos, lo cierto es que el propio acto de desafío a la autoridad genera una oleada de ejemplos potenciales que son imparables.

Toda novela se caracteriza por su capacidad de plasmación de los valores y modelos masculinos y femeninos, los cuales pueden inscribirse en las definiciones de la cultura, o por el contrario pueden funcionar como fuerzas cuestionadoras de la ideología. *The Heart of Midlothian* (1818) es una de las novelas de Scott en la que los actos de subversión aparecen recurrentemente de modo explícito, sin pretextos. Para realizar nuestro objeto de estudio estableceremos dos categorías de actos subversivos: una ejecutada por hombres, considerada secundaria y otra ejecutada por mujeres, considerada primordial. Cabe matizar al hilo de esta aclaración que nuestro análisis irá dirigido eminentemente a la función de la mujer por su vinculación con la nación y que únicamente prestaremos atención a los comportamientos subversivos masculinos en tanto en cuanto éstos refuerzan la desviación femenina.

Dentro de la categoría masculina nos encontramos con los siguientes componentes: los *Porteous Riots* o disturbios producidos como consecuencia del comportamiento del capitán Porteous, el linchamiento popular de Porteous en contra del indulto de la reina, el papel intimidador de la muchedumbre, las prácticas de contrabando, la presencia de ladrones y gentes marginales, la corrupción de la policía, la imposibilidad de atrapar y castigar a Staunton, etc. Pero por encima de todos estos ingredientes, sobresale uno en particular, la transgresión femenina, concretada en un acto y en un personaje, el infanticidio de Effie Deans y sus terribles consecuencias. Este

es el suceso que convulsiona a nivel literario el andamiaje argumental y a nivel histórico, la imagen de la nación.

Paradójicamente, la desestabilización no se detiene con este acontecimiento sino que se multiplica mediante una galería de personajes satélites que vigorizan ese acto primigenio. Scott concede en *The Heart of Midlothian* un protagonismo innegable a las mujeres, es más, a diferentes clases de mujer que espejan los diversos estratos y jerarquías sociales, desde las más humildes hasta las más distinguidas: Meg Murdockson y su hija Madge Wildfire, personajes marginales; Effie Jeans, la mujer descarriada; Jeanie Deans, paradigma de mujer virtuosa; las mujeres de Edimburgo, pertenecientes fundamentalmente a la clase media, esposas de abogados, comerciantes, etc.; y finalmente la reina Carolina, símbolo máximo de la feminidad y del refinamiento al que una mujer puede aspirar.

Dado que la identidad personal es inextricable de la identidad de género, cualquier amenaza al sexo o al género se considera un ataque frontal a la identidad personal, al sentido más profundo del ser. De ahí que una agresión al sistema establecido de los géneros desestabilice gravemente las operaciones reguladoras de los mismos, así como las clasificaciones sociales, políticas o personales de una nación, produciendo gran inquietud. A pesar de que la nación participa en la institucionalización de la subordinación femenina mediante estrategias prescriptivas y elaboraciones discursivas que construyen y disciplinan a los ciudadanos, es a través de la práctica de la ciudadanía donde los personajes femeninos de esta novela fundan espacios sociales de resistencia. Como argumentan Norma Alarcón, Caren Kaplan y Mino Moallem, los procesos cotidianos que organizan a la mujer, a la nación y al Estado se pueden trastocar mediante las redes locales de la comunidad para contrarrestar la presión del patriarcado (Alarcón et al. 1999: 12), entendiendo por tal concepto, “the privileging of males and

elders (including elder women) and the mobilization of kinship idioms, structures, and moralities in service of a system of gender/age domination” (Joseph 1999: 170). Por ello, intentaremos demostrar cómo en el texto hay una zona entre la nación y la mujer en la que es posible desarmar los monolitos femeninos y ofrecer una interpretación histórica más equilibrada sobre las relaciones entre los hombres y las mujeres.

Es precisamente la concesión a las mujeres no de un espacio textual específico y tangencial, sino de todo el espacio textual, es decir, del núcleo del espacio novelístico, aunque no todas ellas tengan la misma relevancia, lo que determina verdaderamente el carácter provocador de *The Heart of Midlothian*. En efecto, el desafío de Scott radica en una estrategia bifronte: por un lado, da voz a la periferia del sistema, recrea y analiza sus comportamientos, profundiza en la dimensión humana para comprender los motivos de las acciones y darles justificación y credibilidad, mientras que por otro, destapa las fugas de la nación mediante la infracción femenina de las coordenadas sociales, y el pleno ejercicio del poder sobre el cuerpo, el sexo y la identidad, aunque ello suponga en primer lugar la marginación y en último caso, la muerte. Por ello, nos proponemos analizar el modo en el que nociones como la tierra, la región, la etnia o la nación se construyen y cómo se desarticulan mediante procesos de sexualización y de género prioritariamente a través de la corporeidad femenina.

## **I. ESTUDIO DEL CUERPO HISTÓRICO**

### **1. La Revolución francesa y la mujer**

La Revolución francesa provocó una convulsión de los antiguos valores y del sentido del orden arraigado en las instituciones de la monarquía y de la Iglesia. En este marco, se vio la urgencia de crear una ideología ajustada a la nueva era cuya supervivencia dependía del arraigo en conceptos previos. Si la incertidumbre revolucionaria despertó el fanatismo y el despotismo, ambos concebidos como una reparación de las dudas y divisiones internas, la nación sobresalió como fuente exclusiva en la implementación de esta autoridad desmedida, aliada a su vez con la potestad de la familia, para poner fin parcialmente al sentido de angustia y a la exigencia imperiosa de estabilidad. La Revolución francesa provocó el surgimiento del nacionalismo y con él, la construcción de la nación, un proyecto que requería para su materialización de la colaboración de todos sus integrantes, entre ellos obviamente, las mujeres. Desde este ángulo, la república burguesa se constituyó a través de las relaciones de género.

Todas las naciones han levantado sus cimientos sobre imágenes muy poderosas de los géneros debido a que la representación del poder masculino de la nación depende de la elaboración previa de la diferencia de género. Sin embargo, con la construcción de la nación emergieron dos tendencias paralelas pero opuestas, una proyectada desde arriba, desde el ámbito político, que otorgó aparentes atribuciones a las mujeres para conseguir su plena integración y conformidad con la teoría nacional, y otra, desde abajo, fomentada por las propias mujeres, que desmitificó tal ideología para mostrarla como una estrategia política bajo la cual se escondía la subordinación femenina ante el

patriarcado. En suma, una pugna entre una ideología oficial, la ficción de la soberanía universal y una ideología contraoficial. Lo que resulta innegable es que la formación de los estados nacionales superó las ambiciones políticas o económicas para convertirse en una misión sexuada cuyas identidades nacionales se levantaron sobre la masculinidad y la feminidad.

La nueva sensibilidad ideológica que surgió con la Revolución francesa estuvo acompañada de una cohorte de nuevas identidades relativas al ser, al cuerpo, o a la sexualidad entre otras muchas. A lo largo de la Revolución francesa se utilizó el cuerpo de la mujer como manifestación artística para transmitir mensajes políticos y sociales al servicio de los ideales de la República y del nuevo concepto de ciudadanía promovido por la nación. Como afirma Ludmilla Jordanova: “Personifications of women in art and sculpture contain a strong element of didacticism in the ways they make manifest virtues, vices, and a whole range of abstract qualities, the precise attributes of which the viewer is invited to consider. They are constructed to be carefully *read*, often for moral ends” (Jordanova 1989: 135-36).

Este nuevo proyecto trajo consigo una redefinición de la masculinidad y de la feminidad que se elaboró por oposición a la sociedad del Antiguo Régimen y a su concepción de la mujer fundada sobre la cultura aristocrática. Como consecuencia, se repudió la feminidad pre-revolucionaria asociada con la corrupción y la decadencia y se propuso un nuevo referente mediante una iconografía femenina de la nación que fomentaba los lazos políticos de los ciudadanos y su apego al hogar y a la madre patria. En palabras de Doris Sommer: “Unlike the competitive comparisons between nationalism and religion, the interchangeability between nation and sex [...] is mutually reinforcing. And it is possible, through their overlapping analogies to religion, to see



sex and nation helping each other to displace earlier attachments” (Sommer 1991: 40-41).

En relación a esta temática cabe mencionar la obra *Visualizing the Nation* de Joan B. Landes, un estudio fundamental sobre las representaciones visuales de la nación en Francia y América entre 1789 y 1795, cuya finalidad persigue constatar el poder de la imagería esencialmente femenina para destruir los símbolos del Antiguo Régimen, y fundar una nueva corporación de ciudadanos dentro de la nación republicana. Esta obra resulta extremadamente útil no sólo para ilustrar cómo la República francesa construyó un tipo ideal de ciudadanía a través del cuerpo de la mujer y de la atribución de una serie de rasgos que se convirtieron en una parcela determinante en la configuración de los sexos, sino también porque este modelo fue el que se exportó al resto de los países europeos para hacer efectivo el programa del nacionalismo (Landes 2001).

Este fenómeno fue el fruto de la Revolución francesa que puso fin a la monarquía absoluta con el nacimiento del Estado moderno, a los súbditos franceses con la ideología de la ciudadanía y al origen real de la sociedad con la autoridad del pueblo. A pesar de la proclamación de los derechos del hombre en 1789, la institución del sufragio universal masculino en 1792, la abolición de la esclavitud en 1794 y un gran número de reformas civiles que mejoraron la situación de la mujer, ésta siguió siendo dentro de la nación un colectivo de segunda clase, desprovisto de los derechos políticos básicos y etiquetado como ciudadanos pasivos, junto con la mayoría de los hombres, por la Constitución de 1791. En efecto, la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*, ratificada el 26 de agosto de 1789 por la Asamblea Constituyente de Francia, proclamó por primera vez que los derechos humanos eran derechos naturales cuya existencia era independiente de las leyes estatales. Y aunque esta Declaración

aludía al hombre como género neutro, inclusor de ambos sexos, y ofrecía a la mujer en el nombre de la igualdad dos posibilidades, la ciudadanía y la libertad, resultó que el ofrecimiento fue un compromiso teórico más que una realidad (Vegetti Finzi 1992: 126-28). La Constitución de 1793 que eliminó la distinción entre ciudadanos pasivos y activos tampoco concedió a la mujer el mismo estatus político que al hombre. Y es que como argumenta Jean Bethke, “women got construed as apolitical beings by definition” (Bethke 1992: 112). Esto produjo un doble juego por el cual las mujeres se encontraban simultáneamente dentro y fuera de la nación debido a que como afirma Anne McClintock “nations are contested systems of cultural representation that limit and legitimize peoples’ access to the resources of the nation-state” (McClintock 1993: 61).

Si bien es cierto que la mujer no fue totalmente incorporada en la práctica al proyecto de la Revolución francesa, no cabe duda de que su reconocimiento pasó por dos etapas muy diferenciadas: una primera, en la que las mujeres lucharon por alzar su voz en la esfera pública, consiguiendo logros relevantes y otra segunda, en la que se interpretó su incorporación a la vida política como un grave peligro para la estabilidad del orden y la seguridad masculina, motivo que relegó su presencia al ámbito de la domesticidad.

Uno de los pioneros en defender los derechos políticos de la mujer fue el Marqués de Condorcet (1743-1794) quien en su ensayo *Sur l’admission des femmes au droit de cité* (1790) denunció la exclusión de la mujer de los derechos de ciudadanía. Junto a él, la *Confédération des amis de la vérité*, fundada en 1790, se dedicó a mejorar la condición femenina en la esfera de la política y de la educación. En 1791, las mujeres estaban plenamente integradas en la vida política como miembros de los clubs y de las sociedades radicales, como espectadoras de las discusiones en las asambleas y en todo tipo de reuniones nacionales e incluso como colaboradoras en los periódicos. En este

año se enmarca la publicación de *Déclaration des droits de la femme et de la citoyenne* de Olympe de Gouges (1748-1793), aunque ya en octubre de 1789 había propuesto un programa de reformas ante la Asamblea nacional relativo a la igualdad legal para los sexos, admisión para las mujeres en todos los cargos, supresión del sistema de la dote, educación para las niñas o la igualdad en derechos políticos. En suma, con su *Declaración*, pedía para la mujer libertad civil, política, judicial y participación en la vida política.

Sin embargo, si la instauración de la primera República francesa en 1792 concedió el sufragio universal a todos los hombres, acentuando la exclusión política de las mujeres presente en la Constitución de 1791, éstas también se beneficiaron de ciertos cambios en su estatus legal bajo la República, tales como los estatutos civiles del matrimonio y del divorcio, o la abrogación de la costumbre aristocrática de la primogenitura que a partir de entonces aseguró el derecho de herencia a las mujeres y a los hijos ilegítimos.

El destierro político y legal de las mujeres fue la respuesta de los hombres republicanos y de algunas mujeres ante la participación desordenada y violenta de las clases populares durante la fase más radical de la revolución, como reacción ante el miedo de que las mujeres abandonaran su deber y desafiaran su función social. Los hombres interpretaron la exposición excesiva de las mujeres dentro de la vida pública como una violación de la virtud y de la conducta republicana, apreciación que despertó los debates sobre la dignidad de los géneros a través del uso apropiado del lenguaje, de los modales y de la vestimenta. Lo que debería haber sido un símbolo de patriotismo, es decir, las mujeres vestidas con la cucarda tricolor, los pantalones, la gorra roja y la espada, se convirtió en una declaración pública del interés femenino por alejarse del ámbito familiar y de la práctica masculina de la virtud republicana. Si la revolución

había reaccionado contra el patriarcado del rey, estos desajustes femeninos legitimaron la imposición de un patriarcado de hermanos y de maridos.

Las protestas femeninas se intensificaron a raíz de la caída de Luis XVI y su presencia se convirtió en un elemento incondicional en todas las decisiones políticas. De hecho, durante la revolución popular de los años de 1792 y 1793, la involucración de las mujeres en la política progresó rápidamente, alcanzando su punto culmen durante seis meses de 1793 en los que formaron un grupo radical exclusivamente de mujeres, *Société des femmes républicaines révolutionnaires*, que abogaba por un republicanismo militante en la defensa de la patria contra los enemigos de la República. Por otra parte, estas mujeres tipificaban los males asociados con la artificiosidad de la conducta, de la ropa o del discurso que los revolucionarios querían extirpar de la nación, puesto que según el simbolismo burgués, las mujeres públicas de la sociedad absolutista eran inseparables de la ornamentación y del disfraz. Aunque parezca paradójico, la lucha por los derechos de las mujeres no fue el objetivo primordial de esta sociedad, cuyo desplome vino provocado por los enfrentamientos con mujeres de otras creencias e inclinaciones, a las que trataban de imponer sus criterios. Y si en un primer momento habían mantenido buenas relaciones con los jacobinos, ahora esta sociedad acusó a las autoridades jacobinas de aliarse con los moderados, de fracasar en la aplicación de la Constitución o en el programa legislativo del Terror. Tras el ataque en octubre de 1793 a algunos Republicanos revolucionarios, la Convención decretó la prohibición de todas las asociaciones y sociedades populares femeninas, iniciándose como consecuencia una mayor centralización del poder jacobino. En 1794, se paralizaron todas las pretensiones femeninas de reforma social y legal; en 1795, la Convención prohibió la asistencia de mujeres a las reuniones nacionales, y finalmente el Código civil de Napoleón (1804)

reforzó la autoridad de los maridos y de los padres sobre las mujeres y los hijos (Landes 1988).

Pero aunque la mujer no disfrutó de los privilegios masculinos, vio impasible cómo la propaganda de la nación recurría a los cuerpos femeninos para contenerlos en el espacio del hogar y de la moralidad intachable. Y es que la configuración de las mujeres y de los hombres como sujetos políticos de la nueva nación se efectuó mediante una práctica doble: la maternidad republicana y la identificación visual con representaciones icónicas de la virtud y del nacionalismo. La nación necesitaba por tanto la participación y el apoyo de mujeres castas y virtuosas cuyo deber se ciñera a la esfera privada de la domesticidad. La capacidad de la mujer para quedarse embarazada, dar a luz y amamantar a sus hijos se consideró el distintivo de la diferencia por antonomasia y la justificación natural de la separación de la mujer con respecto al ámbito de la política y la ciudadanía. Desde este ángulo, los conceptos de maternidad y de ciudadanía se consideraron autoexcluyentes. Sin embargo, al mismo tiempo que la maternidad sirvió para desterrar a las mujeres de la médula del sistema, se constituyó como condición política y pasó a ser el principal mecanismo de incorporación femenino al orden político moderno. La maternidad fue por tanto la principal contribución política de las mujeres, un deber que derivó de la diferencia fundamental en relación al hombre, su faceta reproductora (Pateman 1992: 17-19).

Este fue el medio a través del cual la República consiguió fusionar la vida privada con la vida pública de la mujer. Si la República no concedió a la mujer beneficios políticos, la otorgó sin embargo el espacio de la responsabilidad pública en su faceta reproductora de madre como educadora y cuidadora de ciudadanos virtuosos, esperando de ella que se sacrificara por la causa nacional: “The good mother who loved

and nourished others became a symbol of the natural order of liberty, equality, and fraternity. Her powers derived from her place in the republican community; her citizenship was anchored in her familial role, and she was offered a central position in the national project of social regeneration” (Landes 2001: 91). La nación francesa premió la fecundidad de las madres con medallas y con subvenciones como evidenció el decreto del 28 de junio de 1793, por el cual la Convención hizo público que retiraría el apoyo económico a toda madre que desatendiera el cuidado de sus hijos. Simultáneamente, la iconografía femenina y su alusión directa a la nación permitió satisfacer de un solo trazo una doble obligación para los hombres, puesto que los afectos hacia la nación iban también dirigidos hacia la mujer y viceversa, creándose así una interdependencia entre la dedicación y protección absoluta de la mujer y de la nación. De nuevo ilustramos este punto con el pensamiento de Doris Sommer: “If there were no erotic or sentimental investment in the state, if our identities as modern sexually defined subjects did not take the state to be a primary object and therefore the partner on whom our identity depends, what could explain our passion for *la patria*?” (Sommer 1991: 32).

Uno de los iconos revolucionarios más recurrentes fue la pintura de mujeres castas junto a diosas antiguas que representaban la bondad natural femenina a través de la maternidad; con ello se pretendía glorificar la capacidad reproductora de la mujer constatando la continuidad con el pasado y con un futuro prometedor gracias a la regeneración de la nación. Estos cuerpos femeninos procedentes del Clasicismo portaban diversos nombres tales como Libertad, República, Victoria, Filosofía, Razón, Naturaleza y Verdad, y tenían como objetivo instruir a todos los ciudadanos en las virtudes primordiales de la Francia revolucionaria, es decir, en la unidad, fraternidad, igualdad, y en el caso de las mujeres, en la castidad y la modestia femenina. La

representación de la libertad mediante la mujer, por ejemplo, consolidó el mito de la igualdad universal propia del nuevo orden. Sin embargo, como señala Marina Warner en *Monuments and Maidens: The Allegory of the Female Form* donde constata la alianza entre la iconografía femenina y la política, el hecho de que la mujer representara en numerosas ocasiones a la Libertad no significa que existiera entre ambas una relación directa y que las mujeres fueran libres. Es más, durante el siglo XIX, época en la que las alegorías femeninas abundaron, se produjo sorprendentemente la situación contraria dado que la República francesa fue uno de los últimos países europeos en conceder el voto a la mujer. La utilización del cuerpo femenino para decorar edificios prestigiosos fue una costumbre que se remonta al Antiguo Régimen y que sobrevivió posteriormente, dado que la presencia de la iconografía femenina en lugares oficiales responde siempre a los dictados de aquéllos que detentan el poder. El cuerpo de la mujer ha resultado ser un foco de significados no sólo porque sobre él se han proyectado fantasías, anhelos y terrores, sino porque la vinculación entre el arte y la realidad social, con su representación de la virtud bajo forma femenina, propaga una idea concreta sobre la feminidad, afectando el modo en el que las mujeres piensan y actúan (Warner 1985: XIX-XX, 19, 37).

La apropiación por parte de la República francesa del cuerpo femenino para legitimar el nuevo orden democrático respondió a dos motivos: por un lado, la representación masculina de la nación habría sido incompatible con el ataque republicano a la monarquía del Antiguo Régimen, dado que la legitimación de éste había dependido del cuerpo masculino, y por otra parte, la elección del hombre como personificación de la nación habría desvelado la parcialidad del proyecto nacional, eminentemente universalista. Pero aunque la mujer se convirtió en el símbolo de la Revolución y ello pareció compensar su exclusión de las prácticas políticas masculinas,

lo cierto es que su inclusión se limitó a la representación iconográfica, por otra parte de gran significado y utilidad para la nación. Es por ello que esta República que concedió a la maternidad un lugar preeminente en la nación y que ensalzó la bondad y virtud femenina no puede entenderse plenamente sin contemplar la suspicacia de los revolucionarios sobre la naturaleza de la mujer, y la inquietud ante la posible emancipación femenina de la esfera privada. Para contener a la mujer dentro de los márgenes de la nación y recordar a los hombres los horrores asociados con una colaboración demasiado activa por parte de la mujer en la vida pública más allá de la domesticidad, se difundieron dos imágenes enfrentadas, una, las alegorías comentadas sobre la pureza, castidad y virtud femenina y otra, las caricaturas grotescas dirigidas contra las mujeres que no cumplían los requisitos de identidad estipulados y a las que la nación consideraba enemigas. Como reconoce Christine Ward, “state ideologies may demean women but, at the same time, exalt certain categories of females who serve state interests and whose destinies are controlled by the state” (Ward 1987: 58).

La Revolución francesa continuó y realizó el legado ilustrado de la igualdad humana y los derechos del hombre, concediendo en un principio a las mujeres la oportunidad de ser incluidas en la esfera política como pares del hombre. Si bien esta novedad se articuló en el lenguaje de los derechos y de la ciudadanía y entusiasmó a las mujeres radicales, la realidad de los discursos de los pensadores ilustrados desmintió la concesión de tales privilegios femeninos. La ciudadanía no se concedió a la mujer europea porque el lenguaje de la igualdad amenazaba la estabilidad tanto de la domesticidad como del cuerpo político. La historia de las mujeres europeas a partir de la Revolución francesa se concentró en la lucha por lograr la igualdad denegada por la Ilustración y por la ideología que recluía a la mujer a la domesticidad, teorización conocida como “la ideología de las esferas separadas” que defendía que mientras el



hombre debía abarcar la esfera del mundo, la mujer debía habitar la esfera del hogar. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de las mujeres radicales por subvertir la ideología doméstica y ejercer sus derechos, ésta gozó de una posición muy poderosa dentro del sistema dado que consideró a la mujer esencial en la consolidación de la nación y del Imperio, gracias a su labor de madre, educadora y preservadora de dicho hogar.

En el caso de Gran Bretaña, las reivindicaciones femeninas sobre su participación en la vida política y concesión de los mismos privilegios masculinos se localizaron en años anteriores al estallido de la Revolución francesa aunque se intensificaron con las secuelas de la misma. La posibilidad de la incorporación femenina en el mundo de la vida pública creó gran inquietud en un momento histórico en el que la clase media reclamaba un reconocimiento mayor en la nación política. Las peticiones de participación en 1760 y 1770 y de sufragio universal en 1780 y 1790 permitieron a las mujeres seguir el ejemplo masculino. Para frenar este impulso vigorizado por el caos de la Revolución francesa, la Industrialización y la guerra contra Francia entre 1793 y 1815, las elites organizaron campañas para contener la revolución interior y exterior; sincrónicamente, se implantó como solución la descalificación de las mujeres del contexto público aduciendo sus diferencias emocionales, físicas, e intelectuales y su reclusión en la privacidad, al tiempo que se incrementó la masculinización de la cultura política y con ello la ideología de las esferas separadas. Con la llegada de noticias sobre las masacres de septiembre de París en 1792, la decapitación de Luis XVI en enero de 1793 y la declaración de guerra en febrero de ese mismo año, la preocupación sobre la radicalidad de las exigencias femeninas, a raíz de proposiciones como la de Mary Wollstonecraft sobre la autonomía femenina con respecto a padres y maridos o el manejo de las armas, alcanzó una intensidad insospechada. Esta situación de emergencia se contrarrestó con la publicación masiva de manuales de conducta, novelas

o periódicos y la lectura de sermones que instaban a la conservación de la división de las esferas por el bien del orden social y político.

Hay que destacar que las mujeres se incorporaron en el proyecto político cuando fueron esenciales para el funcionamiento del mismo. En Reino Unido por ejemplo, durante el periodo posterior a la batalla de Waterloo, los radicales, incapaces de llevar a efecto sus campañas sin la participación femenina, incluyeron a las mujeres en sus reivindicaciones aun cuando desaprobaban el reparto de las ganancias reformistas con el colectivo femenino. Para ganar su respaldo diseñaron un programa que no sólo incluía reformas políticas sino sociales y económicas; en ciudades como Glasgow, Manchester, Blackburn y Stockton, las mujeres se organizaron en sociedades, escribieron discursos, convocaron reuniones, y participaron en protestas masivas. Y si durante las guerras contra Francia, la actividad política se consideró una actividad poco recomendable para las mujeres, ahora el comportamiento político por el beneficio familiar simbolizó la pureza y la virtud frente a la depravación aristocrática (Kingsley Kent 1999: 126-50).

## **2. Aproximación histórica a la mujer: Evolución de la ideología de las esferas**

Ninguna esfera privada como parcela demarcada conceptualmente y parte integrante de una estructura social mayor puede subsistir sin una esfera pública que la equilibre y viceversa. Tales dimensiones de la vida social se constituyeron como la base sobre la que se cimentó la teoría política de la tradición occidental. Jean Bethke en su obra *Public Man, Private Woman* (1981), todo un clásico del pensamiento antagónico occidental, explica que los orígenes de la organización conceptual fundada sobre

oposiciones se remontan a la época homérica durante la cual surgió un tipo de vocabulario prefilosófico que posteriormente, durante las eras pre-helénica y helénica, experimentó modificaciones en función de la realidad social. Si bien la primera escisión terminológica afectó a la naturaleza, *physis*, y a la cultura, *nomos*, sucesivamente se implantaron divisiones más sofisticadas en relación al vocablo cultura, dentro de la cual preponderó el del cuerpo político o *polis*, el ámbito de lo visible, enfrentado con el cuerpo privado u *oikos*, el ámbito de lo oculto. Esta clasificación conllevó a su vez la aparición de dos categorías de seres humanos, los seres públicos, ciudadanos, libres por naturaleza y los seres privados, sometidos al varón, entre los que se encontraban las mujeres, los esclavos y los niños. La pertenencia de estos últimos al mundo privado les encasillaba como seres subordinados dentro de Grecia, personas privadas o *idiot* de racionalidad y bondad inferiores con respecto a los ciudadanos públicos o *polites*, que participaban plenamente en la ciudad (Bethke 1981: 1-22).

El pensamiento político premoderno se condensó en torno a la obra de Aristóteles, *La política*, fuente de autoridad que fijó las categorías del modelo político hasta el siglo XVII. Los dos pilares de su teoría se resumen por un lado, en las diferencias históricas y naturales entre los individuos que desembocan en un orden político piramidal y por otro, en la distinción dentro de la *polis* entre la esfera de la política y la esfera de la domesticidad. Aristóteles considera que el término “hombre” representa a toda la humanidad, que denota un animal político y racional y que el hombre adulto y libre es el paradigma de la naturaleza humana. Ello le permite reservar la esfera política estrictamente a los hombres, aunque bajo la capa de aparente igualdad política emerjan diferencias de riqueza, de nobleza o de orígenes de tal manera que la equidad en algunos aspectos es desigualdad en otros. El resto de los seres humanos, como las mujeres sexualmente diferentes, los esclavos carentes de libertad y los

muchachos jóvenes que aún no han alcanzado la mayoría de edad y la categoría de adultos, se consideran en virtud de sus diferencias con respecto al hombre adulto y libre como seres inferiores. La inferioridad de éstos radica en la imposibilidad de sumergirse en la vida pública de la ciudad, único enclave en el que se puede lograr el desarrollo máximo tanto de la bondad como de la racionalidad. Además estas divergencias son naturales y estructurales, y cada tipo de inferioridad guarda consonancia con una deficiencia de racionalidad. Para justificar la potestad de ciertas clases de seres sobre otros, Aristóteles recurre a la división del alma en una parte racional y otra irracional y al modo natural y lógico en el que la primera dirige a la segunda. En paralelo, esta estructura jerárquica determina la entrada exclusiva de los hombres en el ámbito político o *politika*, entorno de realización suprema de la masculinidad, mientras que la inferioridad de la mujer en función de su divergencia sexual y natural, la confina al ámbito doméstico, *oikonomika*, y la cataloga como absolutamente dependiente del varón. Éste por tanto al ser dueño de la casa y ciudadano de la *polis* se convierte en un ser humano por excelencia mientras que la mujer es un ser humano inferior y por ello, deficiente, incompleto y sujeto a la obediencia de las normas (Lange 2003: 1-16; Spelman 2003: 17-30).

Las teorizaciones más influyentes sobre la familia y la posición de la mujer con respecto al hombre en su seno se remontan básicamente al siglo XVII. Se ha defendido la idea de que el patriarcado dentro de la familia es una peculiaridad propia de sociedades con un Estado autoritario, como el imperante en la Inglaterra de los siglos XVI y XVII, que dejó su huella en siglos posteriores. El Estado renacentista se encargó de afianzar la ideología patriarcal argumentando que la subordinación de los miembros al cabeza de familia era análoga a la subordinación de los sujetos ante el soberano. Así en 1609, James I (1566-1625) en uno de sus discursos ante el Parlamento comentó que

“the state of monarchy is the supremest thing upon earth” y que “kings are compared to fathers in families: for a king is truly *parens patriae*, the political father of his people” (Stone 1977: 152). La familia real se convirtió en la representante de todas las familias, proyectando un modelo visual de patriotismo y de patriarcado.

Esta misma lógica fue la que utilizaron Richard Mocket (1577-1618) en *God and the King* (1618) y Robert Filmer (1588-1653) en *Patriarcha* (1680). En términos prácticos, estas teorías se tradujeron en el ámbito social en un absolutismo paternal, en un refuerzo de la autoridad masculina en su figura de padre y de marido dentro de la familia, garantizado por la propaganda estatal y por el Estado despótico. En *Patriarcha*, Robert Filmer, uno de los partidarios más acérrimos de la teoría del derecho divino, proclama que todos los individuos, hombres y mujeres, son seres privados que deben guardar silencio a excepción del monarca dado que es el Padre Supremo, representante terrestre de la divinidad. La teoría de Filmer no fracciona la sociedad en las parcelas pública y privada y de hecho no contempla la existencia de una esfera privada nítidamente demarcada de la pública o al revés y en su patriarcado no hay ciudadanos sino sólo súbditos. Su doctrina se basa en la afirmación de que el gobierno de una familia por parte del padre constituye el verdadero origen y modelo de todo gobierno. Al principio de la creación, Dios autorizó a Adán a ejercer el control sobre sus descendientes y esta autoridad fue legada por Adán a Noé. A su vez, los monarcas recibieron la autoridad de los patriarcas, que es absoluta y procede del derecho divino; de ahí que el rey sea ajeno a cualquier examen humano. Por otra parte, Filmer localiza el poder y la autoridad absolutos en los principios de la humanidad, y los estima como naturales y patriarcales. Sin embargo, debe aclararse que esta ideología patriarcal fue el fruto de las circunstancias históricas. La restauración monárquica de Carlos II en 1660 puso fin a dos décadas de guerra civil y de revolución, durante las cuales los británicos

presenciaron todo un espectro de posibilidades históricas, sintomáticas del derrumbe del orden social y político: la decapitación de Carlos I, la instauración de la República, las transformaciones económicas y políticas del poder de las elites, una dictadura militar, y finalmente, el sectarismo de las mujeres cuáqueras que abogaban por la igualdad, por el derecho a predicar, por la desobediencia a sus maridos en materia de conciencia y por el establecimiento de un orden moral regido por principios puritanos muy estrictos. En este contexto, Carlos II restauró tanto el poder de las elites sobre las clases inferiores, como el de los padres sobre los hijos, y el de los esposos sobre sus mujeres, es decir, la organización familiar, bastión fundamental de la estabilidad patriarcal y jerárquica. Asimismo, la religión se encargó de someter a las mujeres bajo la doctrina de la piedad, la virtud, la pasividad y la obediencia (Kingsley Kent 1999: 27).

La necesidad de remodelar la teoría política del poder del Estado a finales del siglo XVII generó una modificación sustancial de las teorías sobre el poder patriarcal dentro de la familia, con claras influencias sobre los derechos individuales. El declive de la monarquía absoluta y del autoritarismo patriarcal se hizo patente en la controversia entre el entonces fallecido Robert Filmer y John Locke en la década de 1680, cuando se publicaron las obras de ambos políticos. Locke en *Two Treatises of Government* (1689) destruyó el razonamiento de Filmer de que la autoridad del rey y la del padre estaban ligadas por la potestad de las Escrituras y por las leyes jerárquicas de la naturaleza, para argumentar que la sociedad de los cónyuges emanaba de un contrato voluntario por ambas partes para engendrar y criar a los hijos y que la soberanía absoluta no era necesaria en el matrimonio sino simplemente el liderazgo del hombre, el más fuerte y sabio de los dos (Stone 1977: 239-40, 265). La epistemología de Locke fijó una categorización de seres racionales y seres pasionales cuya diferencia de personalidad

exigía una bifurcación entre la vida pública y la vida privada respectivamente, relacionadas internamente y mutuamente dependientes.

El pensamiento político moderno surgió en el siglo XVII con las teorías del derecho natural de Hobbes y Locke que afloraron en oposición con el modelo político de Aristóteles. Sin embargo, Hobbes y Locke rechazaron únicamente la doctrina política de su predecesor pero no cuestionaron la separación entre las dos esferas que ha permanecido intacta hasta nuestros días. La teoría moderna del Estado parte de la hipótesis de la equidad absoluta por la cual todos los individuos son iguales por naturaleza mereciendo en consecuencia los mismos derechos y privilegios. Esta aseveración borró radicalmente la organización jerárquica de la sociedad fundada sobre las diferencias entre los individuos por la que abogaba el sistema anterior del poder, pero desatendió las diferencias sexuales que en contra de lo esperado se reprimieron, generando en palabras de Adriana Cavarero, un “syndrome of *universalization of masculinity*” (Cavarero 1992: 36). Esta “represión innata” de la disimilitud sexual se manifiesta en dos niveles: uno elemental y otro más complejo. Mientras la represión elemental se expresa en la sobrevaloración del hombre y en la incapacidad para ver y valorar en el estado natural a la mujer, a la que se considera un apéndice del hombre como madre y esposa, la represión compleja afirma la concordancia entre el hombre y una valencia universal que le asegura la superación de la finitud y particularidad de su sexo transformándolo en paradigma de la humanidad. De este modo, el término “hombre” alude tanto al conjunto de los individuos de sexo específicamente masculino como a la especie humana de los hombres y de las mujeres, siendo en consecuencia un término neutro o universal, un paradigma abstracto masculino que es válido también para la mujer. Esta doble valencia ha tenido un impacto sin precedentes en el pensamiento político moderno dado que mediante la segunda acepción, la represión de

la diferencia sexual se ha convertido no en sinónimo de exclusión sino de inclusión, al fin y al cabo engañosa. Pues desde esta nueva perspectiva, las mujeres no son otro tipo de sujetos, independientes del hombre con una dignidad, origen y potestad exacto al de éstos, sino una especificación del sujeto masculino, una versión inferior de la masculinidad de tal manera que la identidad femenina está incluida dentro de la masculina. Si Aristóteles expresó las diferencias sexuales entre hombres y mujeres en el poder de los hombres sobre las mujeres, los teóricos modernos renovaron este poder sobre una nueva lógica más peligrosa que reprimía la diferencia sexual y que encubría bajo la homogeneización una manifestación más poderosa del poder. En suma, los dos niveles de la represión de la diferencia sexual en las teorías del derecho natural del Estado posicionan contradictoriamente a la mujer entre la exclusión y la inclusión respectivamente (Cavarero 1992: 33-47). La teoría y la práctica del liberalismo ha sido sometida a diversas críticas por la expulsión de la mujer de la plena ciudadanía mediante un doble proceso de negación de los derechos y privilegios otorgados a los hombres, y de aceptación de un concepto de ciudadanía excluyente de todo lo tradicionalmente femenino. Asimismo, se ha reprochado al liberalismo la edificación de su doctrina sobre una oposición primordial entre lo público y lo privado de la que derivan una hilera de dicotomías axiológicas, tales como igualdad-diferencia, razón-emoción, hombre-mujer, imparcialidad-parcialidad o independencia-dependencia (James 1992: 48). Esta ideología de la separación de roles sexuales en función de las capacidades morales, intelectuales y físicas, y la construcción discursiva sobre la mujer encontró su punto de apoyo en la Ilustración que configuró un tipo de mujer ideal, sustentado sobre la piedad, la maternidad y el hogar. Esta edificación de la mujer se fijó en el cuerpo y especialmente en su capacidad reproductora, una diferencia física que la



alejaba del hombre y que justificaba su divergencia tanto moral como social. A esto se unió la creencia médica de que el cuerpo y la mente de la mujer debían ser controlados.

Dentro de la literatura médica del siglo XVIII se prestó especial atención a una parte del cuerpo femenino, el pecho, relacionado con la ética y la filosofía moral. Éste simbolizaba el papel fundamental de la mujer dentro de la familia como amamantadora, definiendo simultáneamente la ocupación de la mujer dentro de la domesticidad en contraposición con la vida pública. El tema de la irracionalidad e irresponsabilidad de muchas mujeres ante su negativa y negligencia a atetar a sus hijos se elaboró en Gran Bretaña gracias a William Cadogan (1711-1797), y su panfleto *An Essay upon Nursing and the Management of Children* (1748). En él recomendaba una delegación de la autoridad femenina en la masculina sobre la atención infantil y argumentaba que debían ser los hombres de sentido común quienes se encargaran del cuidado de los niños porque “this Business has been too long fatally left to the Management of Women, who cannot be supposed to have proper knowledge to fit them for such a task, notwithstanding they look upon it to be their own Province”, entendiéndolo por “proper knowledge”, “a Philosophic Knowledge of Nature, to be acquir’d only by learned Observation and Experience, and which therefore the Unlearned must be incapable of” (Cadogan 1748: 2). Asimismo, insistía en que los padres debían vigilar el cuidado materno de sus hijos e involucrarse en ello: “I would earnestly recommend it to every Father to have his Child nursed under his own Eye, to make use of his own Reason and Sense in superintending and directing the Management of it” (Cadogan 1748: 24), todo esto para establecer una vinculación entre la mirada y el conocimiento, que condujera al poder y control masculino sobre un área hasta ese momento reservada a las mujeres.

Hasta los siglos XVII y XVIII prevaleció la teoría clásica del cuerpo de la mujer, formulada en el siglo II por Galeno que sostenía no sólo la exactitud entre el cuerpo femenino y masculino sino entre sus órganos reproductores, aunque los del hombre se encontraran fuera del cuerpo y se consideraran perfectos; sin embargo esta noción preilustrada de un único sexo enfatizaba la robustez masculina debido a su fuerza física por oposición a la debilidad femenina corporal y mental. A mediados del siglo XVIII, el modelo del sexo único fue sustituido por el modelo de los dos sexos que ahora hacía hincapié en las semejanzas entre los sexos, y que no catalogaba a los órganos reproductores femeninos como una manifestación imperfecta de los masculinos sino como formas totalmente particulares. A través de esta divergencia sexual se cimentó la diferencia corporal y física que sirvió para legitimar la desigualdad cultural y política entre hombres y mujeres. A partir de ese momento, el sexo pasó a ser la fuerza modeladora de la identidad y del destino, y el cuerpo femenino se convirtió en un espacio público y en un foco de estudio controvertido en el que los científicos y los médicos intentaban examinar detenidamente todos los procesos físicos. Se argumentó asimismo que la mayor parte de los desórdenes físicos y psicológicos femeninos tales como la histeria y como las palpitaciones, desmayos, el cansancio o incluso la locura estaban directamente relacionados con el útero. Esta debilidad provocada por los órganos reproductores femeninos fue aprovechada por el patriarcado para justificar su rol social como defensor del orden público en función de su vigor natural, y legitimar el sometimiento de la mujer, y en consecuencia, la ideología de las esferas separadas. Filósofos, políticos, educadores, escritores, científicos, etc. edificaron así una imagen de la mujer y de su función social íntimamente relacionada con la naturaleza que si bien se forjó a lo largo del siglo XVIII, alcanzó su apogeo durante el siglo XIX, con la solidificación de un estereotipo de mujer pía, casta, prudente y respetable, cuyo

comportamiento en el campo público debía ser una prolongación de la privacidad (Abrams 2002: 1-28).

El siglo XVIII fue un siglo determinante en la construcción de la identidad de género moderna; Rousseau fue el pensador ilustrado cuya teoría sobre la naturaleza de los sexos se convirtió en una de las fuentes con mayor autoridad. Fue en sus dos obras, *Julie ou la Nouvelle Héloïse* (1761) y en *Émile* (1762) donde popularizó la ideología de la domesticidad, romantizó la maternidad y propagó la teoría de la división de las esferas, aunque no fue hasta el siglo XIX cuando este discurso sobre los géneros se convirtió en la piedra de toque de la cultura europea. Rousseau abordó la temática de la separación de las esferas y de la instrucción de los sexos en el libro V del *Emilio* donde empieza por exponer que el medio para equilibrar la realidad pública y la realidad privada es la educación; ésta debe tomar un rumbo divergente para ambos sexos, puesto que si los niños deben convertirse en ciudadanos, las niñas deben hacerlo en madres nobles y virtuosas.

Dado que el deber de toda mujer consiste en ser una buena esposa y madre, su educación debe ir orientada al cumplimiento de ambos propósitos: “Ainsi toute l’éducation des femmes doit être relative aux homes. Leur plaire, leur être utiles, se faire aimer et honorer d’eux, les élever jeunes, les soigner grands, les conseiller, les consoler, leur rendre la vie agréable et douce: voilà les devoirs des femmes dans tous les temps, et ce qu’on doit leur apprendre dès leur enfance” (Rousseau 1966: 475), al tiempo que constata la desigualdad evidente entre los sexos puesto que mientras el hombre sólo es hombre en ciertos instantes de su vida, la mujer lo es continuamente porque todo la empuja sin cesar a tener en cuenta su sexo. Con esta idea, Rousseau señalaba que no puede ignorarse el sustrato biológico responsable de las divergencias de comportamiento y existencia de los sexos. Es la biología por lo tanto la que sustenta su

programa educativo, al que identifica como natural puesto que las distinciones sexuales son un *a priori* de la civilización. De ahí que la educación natural de Emilio y de Sofía esté enraizada en una tradición histórica y sea desde un punto de vista moral el mejor instrumento para preservar las dos esferas.

Por otra parte es esencial que la mujer sea modesta, dulce y reservada y que muestre a los demás y a sí misma el testimonio de su virtud mediante una atención constante sobre su conducta. Esto la sitúa en una relación de dependencia con respecto a la opinión masculina mientras que el hombre destaca por su autodependencia. De ahí que el sistema educativo deba ser diferente para ambos. Rousseau presenta a Sophie, la mujer ideal para Émile, como un ser complementario:

Dans l'union des sexes chacun concourt également à l'objet commun, mais non pas de la même manière. De cette diversité naît la première différence assignable entre les rapports moraux de l'un et de l'autre. L'un doit être actif et fort, l'autre passif et faible: il faut nécessairement que l'un veuille et puisse, il suffit que l'autre résiste peu. Ce principe établi, il s'ensuit que la femme est faite spécialement pour plaire à l'homme. (Rousseau 1966: 466)

Sophie como representante de la mujer, debe aprender a sufrir la injusticia, a soportar los errores del marido sin quejarse y a ser obediente y fiel no sólo a éste sino a sus hijos. Y así mientras el hombre razona, la mujer debe observar y permanecer recluida en su hogar del mismo modo que las monjas en los conventos, dejando el gobierno del mundo exterior al hombre.

El siguiente paso en esta controversia de los géneros vino marcado por la publicación en 1792, en plena turbulencia revolucionaria y reformista, de *Vindication of the Rights of Woman* de Mary Wollstonecraft (1759-1797), una declaración de la independencia femenina. Wollstonecraft concibió *Vindication* como una refutación de

las teorías de Rousseau sobre la mujer, ofendida por el *Emilio* y por los rasgos atribuidos al personaje femenino Sophie, a la que Rousseau concibe como un ser dependiente de las necesidades del marido, carente de un espíritu autónomo y de voluntad.

En esta obra Wollstonecraft abogaba por la plena admisión de la mujer en la dimensión política de la nación y por la concesión de derechos y responsabilidades análoga a la masculina; para ello partía de la idea de que la mujer poseía el mismo talento racional que los varones y contribuía en igual medida al desarrollo de la virtud pública a través de la educación y del cuidado de los hijos. Criticaba asimismo la reducción de la mujer como objeto de deseo y el modo en el que sacrificaba la fortaleza corporal y mental ante “libertine notions of beauty” y ante el deseo “of establishing themselves [...] by marriage” (Wollstonecraft 1975: 83). Según sus argumentos, las riquezas y la adulación han hecho “cyphers of women” (Wollstonecraft 1975: 106-07) y la indolencia ha dado lugar al despotismo masculino sobre las mujeres, a las que se tiraniza bajo el mandato de la obediencia ciega. Wollstonecraft se percató de que las características atribuidas a la mujer no eran naturales sino culturales y que eran el fruto de una educación muy limitada. Para desmontar las expectativas sociales de la mujer propuso que la independencia debía ser “the grand blessing of life, the basis of every virtue” (Wollstonecraft 1975: 85) y que la mujer debía alcanzar la madurez racional, desafiando así dos de los fundamentos de la ideología femenina reinantes, por un lado la vinculación entre la mujer y la esfera privada y por otro, la identificación de la mujer con la sensibilidad y el sentimiento en vez de con la razón. Todo ello para que la mujer fuera capaz de dirigir su propio futuro y de controlar sus emociones. La clave para lograr la emancipación reside como en Rousseau en la educación pero concebida desde una óptica radicalmente divergente. Si Rousseau apoyaba la separación de los sexos,

Wollstonecraft defiende la enseñanza análoga para los sexos, la concesión de la misma libertad para los niños y las niñas y la perfectibilidad de la razón.

Diversas obras que sugerían la reforma de la ideología femenina mediante la educación aparecieron antes de la publicación de la obra de Mary Wollstonecraft pero ninguna de ellas sobresalió por ser un ataque directo al sistema económico y social, responsable de crear una doble regulación para los sexos y una subordinación de la mujer ante el hombre. Entre las pioneras reformistas encontramos a Mary Astell (1666-1731) con su obra *A Serious Proposal to the Ladies for the Advancement of their True and Greatest Interest* (1694) y *Some Reflections upon Marriage* (1700) en las que ensalzó las habilidades intelectuales de la mujer. Después de la aparición de *Vindication*, emergieron otras autoras que continuaron su legado; entre ellas destacaron, Mary Hays (1760-1843), miembro del mismo círculo radical al que Wollstonecraft pertenecía, con *Appeal to the Men of Great Britain in behalf of the Women* (1798); Mary Robinson (1758-1800) con *A Letter to the Women of England, on the Injustice of Mental Subordination* (1799) y Priscilla Wakefield (1751-1832) con *Reflections on the Present Condition of the Female Sex* (1798). Dentro de la facción opuesta los libros más leídos fueron los de James Fordyce (1720-1796), *Sermons to Young Women* (1765) y los de John Gregory (1724-1773), *Legacy to his Daughters* (1774). En esta línea se situaron las denominadas *Bluestockings*, un grupo de escritoras reticentes a poner en entredicho las convenciones femeninas, las nociones tradicionales sobre la limitación de la capacidad racional de la mujer y su reclusión en la domesticidad. Las principales voces de esta agrupación fueron Elizabeth Carter (1717-1806), Fanny Burney (1752-1840), Mrs. Elizabeth Montagu (1718-1800), Mrs. Barbauld (1743-1825) o Hannah More (1745-1833). Ninguna de estas mujeres se comprometió con los principios de

Wollstonecraft, evitando cualquier contaminación con su pensamiento (Brody Kramnick 1975: 37).

Bajo el liderazgo de Hannah More (1745-1833), se inició una campaña evangélica para reforzar las jerarquías sociales y regenerar las costumbres y la moralidad de la nación a través de la fe individual en la gracia divina. Como representante del pensamiento tradicional, More enfatizó el orden jerárquico y el respeto por los privilegios dentro de la sociedad por ser instrumentos en el mantenimiento de la libertad. Para Hannah More el entorno ideal para el arraigo de esta fe era el hogar y la familia cuyo núcleo era la mujer, quien debía cultivar una serie de características como la sumisión, el sacrificio y la dependencia, tal y como expresó en *Cheap Repository of Moral and Religious Tracts* (1795-1797). Tanto los economistas políticos como los evangélicos consideraron que la separación de las esferas era la piedra angular de un orden social jerárquico y estable que podría aguantar el peso de las transformaciones revolucionarias tanto industriales como políticas. Además, esta división de esferas se robusteció durante los últimos años del siglo XVIII con la emergencia de un nuevo modelo de diferencia sexual completamente amenazador: las reivindicaciones femeninas con el telón de fondo de la guerra contra Francia y la disolución política interior de Gran Bretaña provocaron que toda actividad sexual femenina se descifrara como inseparable del radicalismo político, dado que para la mentalidad de la época, la revolución política constituía una revolución sexual y viceversa.

Uno de los medios más efectivos para detener el desafío de las mujeres que insistían sobre los derechos políticos femeninos en la esfera pública fue describirlas como asexuadas. En suma, los evangélicos impulsaron el establecimiento de estos modelos de feminidad y masculinidad que persistieron durante todo el siglo XIX y que durante el siglo XX se convirtieron en un referente de las relaciones de género.

A finales del siglo XVIII, tanto en Gran Bretaña como en el resto de los países de la Europa occidental, las definiciones de los géneros se agudizaron como consecuencia de las transformaciones sociales e industriales: nuevas formas de producción, nuevas relaciones entre las clases sociales y la emergencia de una economía internacional influyeron considerablemente en la experiencia de todas las mujeres que vieron cómo estos cambios establecían límites nuevos y más rígidos para los géneros. Al hombre le correspondió la autoridad, la racionalidad y la fuerza y a la mujer la domesticidad, la inocencia y la fragilidad. Por otra parte, este lenguaje del dualismo había fortalecido el pensamiento occidental desde la época de Descartes con su distinción entre la mente y la materia, ligada a una serie de dicotomías. El racionalismo científico no sólo implicó la separación del mundo entre la mente y la materia sino el reconocimiento de las posibilidades infinitas del hombre, la mente, sobre la naturaleza, la materia. A través de este dualismo, la racionalidad se convirtió en el valor supremo asociado exclusivamente con los hombres mientras que la materia se vinculó con la mujer, siendo su inmovilidad la base filosófica de la pasividad, la maleabilidad y la inocencia femenina (Mendus y Rendall 1989: 2-9). La dicotomía esfera pública/esfera privada fue la fuerza centrípeta sobre la que se construyeron los roles sexuales durante los siglos XVIII y XIX, al proporcionar un vehículo de estructuración de las funciones sociales de los dos sexos.

Un clásico sobre la formación de la identidad sexual y la subordinación femenina es la obra de Carole Pateman, *The Sexual Contract* (1988). Pateman examina las teorías clásicas del contrato social que han establecido los cimientos del orden socio-político occidental y que han dividido la esfera de la sociedad civil en un ámbito público y en otro privado. En ella Pateman afirma que la historia política más famosa y con mayor influencia de la modernidad es la teoría del contrato social, un pacto con carácter



originalmente social y sexual que sin embargo ha sobredimensionado el contrato social mientras que ha guardado silencio sobre el contrato sexual. De este modo, la nueva sociedad civil creada a través de ese contrato pudo constituirse como un orden social patriarcal, y la teoría del contrato social se presentó convencionalmente como una historia sobre la libertad. Según Pateman, han prevalecido dos interpretaciones sobre el contrato original: una sostiene que los hombres que vivían en contacto con la naturaleza abandonaron la inseguridad pero también la libertad natural por la libertad civil y universal del Estado, y otra, que sostiene que fueron los hijos quienes buscando la libertad del sometimiento paterno sustituyeron el poder paternal por un gobierno civil. De acuerdo con esta última interpretación, el nuevo orden social resulta ser antipatriarcal o postpatriarcal y en él, el contrato y el patriarcado son completamente antagónicos. Sin embargo, estas interpretaciones son meras manipulaciones por parte del sistema político; la realidad nos habla de que el contrato está caracterizado por la ambigüedad, por un lado su vertiente social es una historia de libertad y por otro, su vertiente sexual es un relato de dominación masculina sobre la mujer. En suma, ni la libertad civil es universal ni el contrato es antipatriarcal, sino el instrumento a través del cual el patriarcado se constituye; por otro lado, si la sociedad civil patriarcal se divide en dos esferas, sólo se ha prestado atención a una de ellas. Mientras la historia del contrato social ha dado supremacía a la esfera pública y a la libertad civil, la esfera privada ha sido reprimida y se ha catalogado a un componente crucial del contrato original, esto es, el contrato matrimonial, como políticamente irrelevante. En conclusión, Pateman desafía la validez de este modelo divisorio y sostiene que el ámbito público carece de sentido sin el ámbito privado y que el contrato social está sujeto a interpretaciones tergiversadas si no se tienen en cuenta las dos partes de la historia (Pateman 1988).

### **3. Diferencia entre el sexo y el género**

Un punto ineludible en el estudio de la mujer en cualquier momento de la historia de Europa es la diferencia entre el sexo y el género. Por ello, antes de examinar el prototipo de mujer ideal del siglo XVIII y principios del siglo XIX, necesitamos aclarar qué entiende el aparato político por sexo, qué por género, para constatar la definición del hombre y de la mujer y para entender cómo justificó la subordinación de la mujer ante el hombre. Según Nancy Armstrong y Leonard Tennenhouse, la regulación del deseo a través de las representaciones de género se convirtió en un instrumento de control social más eficaz que la policía, el ejército, la ley o la escuela (Armstrong y Tennenhouse 1987: 16).

La categoría del género está fuertemente vinculada a otras categorías sociales afectando y determinando aspectos como la reproducción, el cuidado y manutención de los hijos, la distribución del poder político, el estatus económico, las prácticas sexuales, los usos del lenguaje, las creencias, etc., e incluso el sentido de la identidad personal. La conciencia del ser se construye en base a la pertenencia a subgrupos sociales determinados dentro de la macrosociedad tales como la religión, los partidos políticos, la clase, la raza, la herencia cultural o familiar. En la mayor parte de las culturas la identidad es relacional y esto quiere decir que se forma en relación a o en relación con y por oposición a otros individuos. De ahí que el sistema de la identidad sea un sistema binario y que la posesión de un determinado rasgo dependa de la ausencia de otro rasgo de tal manera que la afirmación es simultáneamente negación y viceversa. En suma, estas identidades binarias exigen criterios diferenciadores (Hopkins 1998: 171).

El estudio del hombre y de la mujer ha pasado fundamentalmente por tres etapas: las diferencias sexuales, las funciones sexuales dentro de la sociedad, y el género. La perspectiva de las diferencias sexuales, la más tradicional de las tres, sostiene que la masculinidad y la feminidad son rasgos biológicamente dados a los individuos con implicaciones directas en su comportamiento social. Históricamente, estas diferencias biológicas se han utilizado para difundir una visión desequilibrada entre los sexos que ha justificado la supremacía masculina. El modelo de socialización sexual combina los condicionamientos biológicos con los condicionamientos sociales para explicar que las diferencias sexuales no son cuestiones intrínsecas sino sociales. Así, la divergencia de socialización entre los niños y las niñas es prueba evidente de sus diferencias sexuales en cuanto a la personalidad o la conducta adulta. En cuanto al género, se considera que es relacional y no esencial y que depende de los criterios de los sistemas culturales vigentes (Marx Ferree y B. Hess 1987: 14-17). El enfoque de socialización postula que el recién nacido tiene un sexo biológico pero no un género social y que a medida que el niño crece la sociedad le proporciona un conjunto de prescripciones o modelos de comportamiento adecuados a cada sexo. En este proceso colaboran ciertos agentes socializadores como la familia, los medios de comunicación, la escuela o las personas del entorno que favorecen la concreción y la puesta en práctica de estos modelos (Connell 1987: 191). Para Judith Butler en su obra *Gender Trouble*, la construcción del género no es siempre coherente con los periodos históricos, y dado que éste se solapa con nociones como la raza, la clase social, la etnia o el sexo, resulta prácticamente inviable separar el género de las intersecciones políticas y culturales en las que se inscribe. El sistema binario de los géneros alude a una relación mimética entre el género y el sexo por la cual el primero espeja al segundo o es restringido por él. Por esta razón, la distinción entre sexo y género sugiere una discontinuidad radical entre

los cuerpos sexuados y los géneros configurados culturalmente, que se hace especialmente manifiesta cuando se teoriza el constructo del género de modo radicalmente independiente al del sexo; es entonces cuando el género se convierte en un artificio inconexo de tal manera que el hombre y lo masculino podrían aplicarse tanto a un cuerpo femenino como a uno masculino, y la mujer y lo femenino tanto a un cuerpo masculino como a uno femenino (Butler 1990: 3-6; 2003: 201-11). Pero además, el funcionamiento de los géneros normalizados o “inteligibles”, como les denomina Butler, viene garantizado por la existencia de los géneros ininteligibles, creados a modo de barrera para contener a los individuos en el núcleo. En efecto, si los primeros instituyen las relaciones de coherencia y continuidad entre el sexo, el género, la práctica sexual y el deseo, los segundos, únicamente pensables en relación con las normas de continuidad y de coherencia, son los “spectres of discontinuity and incoherence”, que las leyes prohíben constantemente. La matriz cultural a través de la cual se forma la identidad de género inteligible exige la condena y la inoperatividad de ciertas identidades de género, incapaces de adaptarse a las reglas culturales. Su proliferación y persistencia permite la aparición de tendencias críticas que exponen los límites de la inteligibilidad y que descubren matrices subversivas y rivales (Butler 1990: 17).

Según Ludmilla Jordanova, que ha estudiado la construcción científica del cuerpo femenino en *Sexual Visions: Images of Gender in Science and Medicine between the Eighteenth and Twentieth Centuries* (1989) tanto el uso del género para denotar la identidad sexual social y cultural por oposición a la identidad sexual biológica, como los análisis de los roles sexuales y del funcionamiento de la sexualidad son relativamente recientes. Las mujeres y los hombres nacen con órganos reproductores diferentes pero la sociedad hace que la feminidad y la masculinidad coincida con las normas determinantes de quién encaja en los criterios del sexo femenino y del sexo

masculino en función del tiempo histórico, del lugar y del grupo social. Esta visión considera que el género y la sexualidad son constructos sociales, entendiendo por constructo social algo que no es natural sino creado por el hombre y que desemboca en una imagen de mujer que ajena a la clase social, a la raza, a la edad o a las creencias, comparte una serie de características esenciales. Los tres estudios clásicos que abogan por la postura construccionista social del género y de la sexualidad son *The Social Construction of Reality* (1966) de Peter L. Berger y Thomas Luckman, explicado en el prólogo de esta investigación, *The Problem of Medical Knowledge* (1982) de Peter Wright y Andrew Treacher y finalmente, *Sexuality and its Discontents* (1990) de Jeffrey Weeks (Jordanova 1989: 4-8). De hecho, ya desde el siglo XVII en Inglaterra las teorías científicas propagaron la defectuosidad femenina en relación a los hombres debido a su papel pasivo en la reproducción, y ofrecieron como justificación para las desventajas legales y políticas de las mujeres y su subordinación a los padres y posteriormente a los esposos, su inferioridad psicológica. El patriarcado tanto estatal como familiar se apoyó en la suposición de la antigüedad, la patria potestad, de que el cabeza de familia mantenía la hegemonía no sólo sobre sus propiedades y animales sino sobre sus hijos y esposa.

La distinción entre la mujer identificada con la naturaleza y el hombre identificado con la cultura fue el origen de los cimientos biológicos del sexo femenino que se remontan por otra parte a sociedades anteriores donde eran ampliamente reconocidos. El concepto de la naturaleza se utilizó no para teorizar la igualdad sino para fijar una escisión radical entre la mujer y el hombre y para legitimar la expulsión femenina de la política. Existe consenso en cuanto a que durante el siglo XVIII las polaridades de género se hicieron más firmes con respecto a siglos previos, replegándose sobre sí mismas. En palabras de Georg Simmel, esta oposición respondió

al “típico fenómeno de la absolutización de uno de los componentes de la pareja de elementos relativos” de la feminidad y la masculinidad simplemente debido a “la posición de dominio de los hombres” (Simmel 1999: 73-74). Una de las ideologías que contribuyó notablemente a una mayor separación de los géneros mediante la supremacía del hombre sobre la mujer durante la Ilustración fue la ideología del progreso. El desarrollo de la civilización y por lo tanto, de la cultura, sirvió para justificar la imposición de los valores masculinos sobre los femeninos, procedentes de la naturaleza, considerados como irracionales y primitivos por la carencia de la luz de la razón (Jordanova 1989: 20, 36-37).

Sin embargo, las diferencias sexuales no son diferencias de género; mientras las primeras son características fisiológicas relacionadas con la procreación o reproducción biológica, las segundas son constructos sociales o interpretaciones culturales de esas disimilitudes sexuales que varían en función de las culturas y que congelan una imagen ideal del hombre, de la mujer, del significado de cada uno y de las relaciones entre ambos (Nicholson 1998: 187). Dentro del género despunta el concepto de *gender belief system*, un término acuñado en la psicología, que se refiere al conjunto de creencias y opiniones descriptivas y prescriptivas sobre el hombre y la mujer, así como las cualidades atribuidas a la masculinidad y a la feminidad. Este sistema incorpora estereotipos sobre el hombre y la mujer, actitudes referentes tanto a los roles y comportamientos apropiados como a los individuos que difieren del patrón oficial (Deaux y Kite 1987: 97).

Existen dos razonamientos universales sobre el género: por un lado, que no es coincidente con las divergencias sexuales y por otro, que es la piedra angular sobre la que se sustenta la división del trabajo en todas las sociedades. Tanto las diferencias sexuales como el género fueron las armas que el patriarcado blandió para ejercer la

subordinación de la mujer entendiendo por subordinación, una privación considerable de poder y autoridad social que genera una dependencia sistemática y una imposibilidad de tomar decisiones. La controversia ha girado en torno a si la subordinación femenina ha sido atemporal y en este contexto, algunos eruditos arguyen que el dominio masculino se remonta a los orígenes de la humanidad, y está vinculado con la reproducción sexual, con la pasividad femenina y con su debilidad física (Ward Gailey 1987: 33-38).

El género desempeña un papel central en la construcción de la comprensión identitaria y comunitaria a través de la exaltación de la diferencia entre las interpretaciones masculinas y femeninas de la política. La codificación de la identidad está marcada por un proceso de exclusión que como todas las prácticas sociales y políticas es sexuado; esto quiere decir que la gente, las prácticas, los símbolos y las tendencias de pensamiento fijados como masculinos, ocupan el centro de la política mientras que los femeninos, son relegados a los márgenes (Sharoni 1996: 108, 121).

Peggy Reeves ha estudiado en su obra *Female Power and Male Dominance: On the Origins of Sexual Inequality* (1981) la construcción del poder femenino y del control masculino en 150 sociedades tribales. En relación a nuestro objeto de estudio nos interesa aislar un argumento: la simbiosis de la identidad sexual y de la cultura, de tal manera que una alteración en el patrón cultural acarrea una concepción diferente de los sexos y viceversa. Para esta autora, el comportamiento de los sexos está arraigado en la cultura y como tal presenta serias reticencias al cambio. Esto significa no sólo que la superioridad masculina no es universal sino que “as people transmit their culture from one generation to the next, they transmit sex-role principles. Human beings do not invent new paths for males and females to follow from one generation to the next” (Reeves 1981: 11) y que únicamente se produce semejante cambio cuando la

supervivencia de estas estructuras está gravemente amenazada. Es por ello que las conductas femenina y masculina enraízan en las circunstancias históricas y políticas y no en la genética o en la biología. La cultura, encargada de fijar los guiones para cada género abre la puerta a las diversas representaciones sexuales en función de las diversas culturas, y compartimenta las acciones de los sexos en dos categorías: la fusión o la segregación sexual, el poder conjunto para tomar decisiones o la dominación de un sexo sobre el otro. En esta atribución de funciones juegan un papel determinante las historias o mitos relativos a la creación: “Whether the creator is conceived in masculine or feminine terms has important consequences for the evolution of the authority relationship between the sexes” (Reeves 1981: 16).

## II. ESTUDIO DEL CUERPO LITERARIO

### 1. Introducción

El contexto histórico que circundó la producción de esta novela sigue siendo el Tratado de Unión de 1707 y los problemas a nivel interno entre Escocia e Inglaterra. Si desde un punto de vista político y público Scott se centra en las turbulencias socio-políticas y en la violencia que corroe la relación entre ambos países, desde un punto de vista privado y cotidiano, nos desvela la tragedia de la familia Deans y de Effie Deans, acusada de infanticidio. De este modo, Scott entreteje dos narrativas históricas, una de carácter masculino y otra de carácter femenino mediante el destino de dos de sus protagonistas, George Staunton y Effie Deans, para exponer, entre otros muchos temas, el dudoso funcionamiento de la justicia y los numerosos elementos subversivos



subyacentes. Con *The Heart of Midlothian*, Scott fusiona dos de los acontecimientos más escabrosos en la historia de Escocia, patentes en los famosos disturbios *Porteous* y en la ley escocesa de infanticidio de 1690.

El título de la obra remite a la prisión *Tolbooth* de Edimburgo, enclave en el que la historia se abre con el *Porteous Riot* de 1736. Porteous, encargado de la seguridad de la ciudad y del ajusticiamiento de Andrew Wilson, ordena disparar a sus guardias contra la muchedumbre ante el comportamiento amenazador de ésta, matando a varias personas e hiriendo a un número considerable. La reina Carolina indulta a Porteous pero esa misma noche una conspiración encabezada por Robertson, también llamado George Staunton, amigo de Wilson, prende fuego a la puerta de la prisión, saca a Porteous de su celda y acaba con su vida. Robertson aprovecha el asalto a la prisión para liberar a Effie Deans, a la que ha dejado embarazada y que ha sido acusada de infanticidio, pero Effie decide permanecer en la cárcel sabiéndose inocente y esperando que sea la justicia quien la salve. El día del juicio, su hermana Jeanie, habiendo prestado juramento ante Dios, es incapaz de mentir y por tanto, de asegurar la inocencia de Effie, quien es juzgada culpable y condenada a morir. Es entonces cuando Jeanie emprende un viaje a Londres para pedirle a la reina el indulto para su hermana, quien finalmente se lo concede. Jeanie se casa con Reuben Butler, mientras que Effie lo hace con Robertson, convirtiéndose en Lady Staunton. Pasado el tiempo, Jeanie descubre que el hijo de sus hermanas está vivo y que había sido robado y vendido por Madge Wildfire a una banda de ladrones. Es este hijo quien finalmente mata a Robertson, su padre.

En definitiva, la narrativa comienza con el retrato de la ciudad de Edimburgo en la que las autoridades gubernamentales sancionan el delito de Wilson pero no el de Porteous, de tal manera que no son los encargados del orden social quienes hacen justicia sino la masa del pueblo. Por otra parte, el caso de infanticidio ejemplifica que la

verdad no tiene cabida en el mundo político y legal dado que la verdad conduce a la muerte física a Effie y la mentira a la muerte moral de Jeanie. En consecuencia, la corrupción del sistema judicial no es más que un espejo de la corrupción del gobierno. Ahora bien, con el objetivo de entender plenamente el contenido de la trama y los hechos históricos sobre los que se funda, procederemos a desbrozar la historicidad de la literariedad. Asimismo la explicación de dos puntos cruciales como son los disturbios de 1736 y la ley de infanticidio permitirán profundizar en las dos narrativas comentadas, la narrativa masculina que entronca con los disturbios y con el personaje George Robertson y la narrativa femenina, que emparenta con Effie y el infanticidio.

## **2. La historicidad de los *Porteous Riots* de Edimburgo de 1736**

Mediante la reproducción de un patrón histórico semejante al de *Old Mortality*, en *The Heart of Midlothian* nos encontramos desde las primeras páginas con un suceso subversivo donde los haya, es decir, la revuelta armada de toda la ciudad de Edimburgo en contra de la autoridad judicial y monárquica para protestar violentamente contra las decisiones gubernamentales. En la novela los disturbios son provocados por el gobierno inglés debido a la concesión de un indulto al Capitán John Porteous (1695-1736), acusado de asesinar a varios habitantes de Edimburgo después de la ejecución del contrabandista y héroe popular, Andrew Wilson. La raíz de estos disturbios derivó del contrabando en Escocia. Como consecuencia de la violación de los *Acts of Trade*, dos contrabandistas, Alexander Wilson y Robertson, fueron condenados a muerte y mientras el segundo consiguió escapar, Wilson, considerado por el pueblo como un héroe, fue ejecutado en Grassmarket. Tras este hecho y ante el hostigamiento popular hacia el

Capitán John Porteous, encargado de llevar a efecto el castigo, y sus hombres, Porteous ordenó disparar contra la muchedumbre matando a seis personas e hiriendo a once. Porteous fue condenado a su vez a muerte, aunque la reina le concedió una espera de seis semanas hasta su ejecución. La muchedumbre, temerosa de que escapara o fuera indultado, le sacó de la cárcel y le linchó (Tager 2001: 69). Otros autores completan este cuadro histórico con información adicional: Adrian Randall afirma que la muchedumbre que apoyó el ahorcamiento de Porteous alcanzaba las cuatro mil personas, que el gobierno de Westminster intentó castigar a toda la ciudad pero que ante la unión de la opinión escocesa terminó por atenuar las medidas hasta reducirlas a una multa como pago a la viuda de Porteous (Randall 2006: 40-41); según Gerald Newman y Leslie Ellen Brown, el desencadenante de los disturbios de Edimburgo fue la muerte de Wilson pero también el resentimiento popular en contra de la recaudación del gobierno británico de impuestos indirectos. Se inculpó a las autoridades oficiales de Edimburgo por su cooperación en la conspiración y se adoptaron medidas severas como la destrucción del puerto de Nether Bow y el castigo de los magistrados de la ciudad. Por otra parte, *the Porteous Riots* trajo consigo una división entre los partidarios de Walpole y los defensores de la facción de Argyll (Newman y Brown 1997: 562). Finalmente, William Klempa y Colin Kidd coinciden en que estos disturbios fueron prolongados por una lucha civil y eclesiástica, dado que el gobierno civil obligó a leer todos los domingos de cada mes una proclamación desde las iglesias para intentar obtener información sobre los nombres y los paraderos de los asesinos. Esta decisión puso en una difícil situación a los ministros presbiterianos que consideraron que esta orden constituía un sacrilegio y una intromisión civil en el campo eclesiástico (William Klempa 1997: 12-13; Kidd 2003: 187).

En su autobiografía titulada *Autobiography of the Rev. Dr. Alexander Carlyle, Minister of Inveresk: Containing Memorials of the Men and Events of his Time*, publicada en 1860 pero compuesta a principios del siglo XIX, Alexander Carlyle (1722-1805) dedica una parte del segundo capítulo a explicar los disturbios *Porteous*. Según Carlyle, testigo presencial cuando joven de los hechos, los contrabandistas Robertson y Wilson fueron condenados a muerte por robar en una casa de aduanas. Robertson logró escapar de la *Toolboth Church of Edinburgh* y se refugió en Holanda, mientras que Wilson cumplió su pena. Un movimiento un tanto extraño y amenazador entre la gente hizo que Porteous ordenara a sus guardias disparar, y que éstos para dañar al menor número dirigieran sus armas hacia las ventanas con lo que hirieron a muchos y acabaron con la vida de ocho o nueve, aunque la cifra exacta nunca se llegó a saber con precisión. Porteous fue juzgado y condenado a la horca pero por la intercesión de varios jueces, obtuvo el indulto de la reina. Esa misma noche del 6 al 7 de septiembre, y desde las ocho de la tarde hasta las dos de la mañana, se organizó una conspiración que consiguió sacar a Porteous de su celda y lincharle a pesar de la presencia de cinco regimientos en Canongate. Este hecho no sólo fue una provocación a la reina sino que creó gran malestar en el gobierno quien inició una investigación sobre los cabecillas del crimen (Carlyle 1861: 29-34):

What seemed extraordinary, after all the anxiety of Government, and the violent means they took to make a discovery, not one of those murderers was ever found. Twenty years afterwards, two or three persons returned from different parts of the world, who were supposed to be of the number; but, so far as I heard, they never disclosed themselves. (Carlyle 1861: 36)

Las aportaciones de estos autores permiten apreciar que existen divergencias sobre la concesión o no de un indulto a Porteous, y así mientras Tagger, Maxwell

Brown, Kempla, Gerald Newman y Leslie Ellen Brown no lo mencionan, sí lo hacen Carlyle y Randall.

Para los habitantes de Edimburgo, este suceso estaba ligado en su memoria a otro muy similar que había acontecido sólo once años atrás, *The Bushell Riot*. En 1725, los ciudadanos de Glasgow se levantaron para protestar contra un nuevo impuesto sobre la malta, destrozando la casa de Daniel Campbell (1671/2-1753), miembro del Parlamento responsable del impuesto. Para reprimir la violencia, el gobierno envió al Capitán Bushell a Glasgow donde sus soldados dispararon bajo sus órdenes contra la muchedumbre y mataron a varias personas. Aunque Bushell fue juzgado y condenado, consiguió finalmente un indulto real. Glasgow por su parte fue multada por el Parlamento a pagar los destrozos cometidos contra el inmueble de Campbell (Maxwell Brown 1975: 47-48)<sup>1</sup>.

### 3. El infanticidio

Como se ha comentado, el punto de arranque de la acción histórico-literaria se localiza en Edimburgo en 1736 y en el incumplimiento por parte de Effie Deans del Estatuto de 1690 que establecía que cualquier mujer que silenciara su embarazo sería culpable de asesinato en caso de que no se encontrara a la criatura o de que ésta

---

<sup>1</sup> En el capítulo XLI de *The Heart of Mid-Lothian* hay una alusión a este hecho: “No,” replied Archibald; “there is some popular commotion, and as our Duke is in opposition to the court, perhaps we might be too well received; or they might take it in their heads to remember that the Captain of Carrick came down upon them with his Highlandmen in the time of Shawfield’s mob in 1725, and then we would be too ill received”. A pie de página, Scott nos aclara: “In 1725, there was a great riot in Glasgow on account of the malt-tax. Among the troops brought in to restore order, was one of the independent companies of Highlanders levied in Argyleshire, and distinguished, in a lampoon of the period, as “Campbell of Carrick and his Highland thieves.” It was called Shawfield’s Mob, because much of the popular violence was directed against Daniel Campbell, Esq. of Shawfield, M. P., Provost of the town” (Scott 1879b: 333).

falleciera al nacer. Las circunstancias de este personaje se agravan ante el ocultamiento de la situación a sus allegados y la imposibilidad de localizar al recién nacido. En la novela, Scott nos hace la siguiente aclaración sobre el infanticidio en la escena del juicio de Effie:

According to his information, the panel had communicated her pregnancy to no one, nor did she allege in her own declaration that she had done so. This secrecy was the first requisite in support of the indictment. The same declaration admitted, that she had borne a male child, in circumstances which gave but too much reason to believe it had died by the hands, or at least with the knowledge or consent, of the unhappy mother. It was not, however, necessary for him to bring positive proof that the panel was accessory to the murder, nay, nor even to prove, that the child was murdered at all. It was sufficient to support the indictment, that it could not be found. According to the stern, but necessary severity of this statute, she who should conceal her pregnancy, who should omit to call that assistance which is most necessary on such occasions, was held already to have meditated the death of her offspring, as an event most likely to be the consequence of her culpable and cruel concealment. And if, under such circumstances, she could not alternatively show by proof that the infant had died a natural death, or produce it still in life, she must, under the construction of the law, be held to have murdered it, and suffer death accordingly. (Scott 1879b: 182)

El infanticidio se remonta muy atrás en el tiempo; de hecho su historicidad se retrotrae hasta la cultura griega y romana en las que este tipo de práctica era un fenómeno muy común. Basta recordar en este sentido la tragedia griega *Medea* o la persistencia de argumentos bíblicos y mitológicos que han servido de inspiración para la imaginación desde la antigüedad. En el año 318, como consecuencia de la aprobación del Edicto de Milán en el 313 y la conversión del Imperio romano al Cristianismo, el emperador Constantino I el Grande puso fin a la *patria potens*, el derecho absoluto de los padres sobre sus hijos y el infanticidio fue declarado delito. Sin embargo, durante la Europa medieval, la extrema hostilidad cultural y religiosa de la Iglesia católica hacia

las relaciones extramaritales y los hijos ilegítimos provocaron numerosos casos de infanticidio y con ellos la estigmatización de sus agentes, las mujeres solteras (Oberman 2003: 4-6).

Los prolegómenos de la era moderna, es decir la llamada *early modern Europe*, periodo histórico que abarca aproximadamente desde 1500 hasta 1789, asistieron a la aprobación de dos estatutos fundamentales referentes al infanticidio en Gran Bretaña que motivaron que infinidad de mujeres solteras en Inglaterra y Escocia fueran acusadas y condenadas a la pena capital. En 1624, Inglaterra decretó el *Act to Prevent the Destroying and Murdering of Bastard Children* por el cual el encubrimiento de un hijo ilegítimo fallecido se entendía legalmente como un asesinato cuyo castigo era la muerte por ahorcamiento. La exculpación sólo procedía de aquellos casos en los que un testigo podía jurar que en el momento del parto el niño estaba todavía vivo o que la madre había deseado el nacimiento de la criatura mostrando como pruebas ropas del niño o la petición de ayuda para el parto. Si antes del Estatuto de 1624 el porcentaje de madres acusadas del asesinato tanto de hijos legítimos como de hijos ilegítimos era idéntico, después de dicha fecha, la mayoría de mujeres inculpadas eran solteras. En cuanto a Escocia, en 1690 el Parlamento escocés aprobó *The Act Anent Child Murder* que estaba basado en el Estatuto inglés de 1624 y que contemplaba tres condiciones: la ocultación del embarazo, el alumbramiento aislado y la desaparición del niño como pruebas irrefutables de que el asesinato había sido premeditado por la madre.

Dos rasgos caracterizaron estos dos Estatutos en Gran Bretaña durante los siglos XVIII y XIX; por un lado, las narrativas de infanticidio implicaron la delimitación de un grupo social específico como fue el colectivo de las mujeres solteras. Por ejemplo, la gran mayoría de las mujeres escocesas acusadas de infanticidio entre 1661 y 1798 e investigadas por esconder su embarazo entre 1809 y 1821, estaban solteras y actuaron

completamente solas. Los archivos judiciales muestran que el grueso de los infanticidios fue cometido por mujeres solteras procedentes de las clases trabajadoras, a menudo pertenecientes al servicio doméstico (Thorn 2003: 18-20, 27-28). Sin embargo se detectó una transformación en la interpretación del infanticidio antes y después de 1750; si bien durante la primera mitad del siglo, la mujer era considerada en la mayoría de los casos culpable y los jueces intentaban averiguar quién había sido el agente masculino, durante la segunda mitad del siglo XVIII, imperó entre los jueces una tendencia a absolver a la mujer. Esto se debió fundamentalmente a la consolidación del ideal de la vida familiar de la clase media que enfatizó por un lado, los sentimientos naturales maternos y por otro, rechazó el recelo tradicional hacia la depravación sexual de la mujer (Trumbach 1998: 295). Durante el siglo XIX, la mujer infanticida se convirtió por primera vez en el objeto del discurso legal y psiquiátrico al tiempo que su delito se concibió como el crimen más grave para una sociedad que exaltaba la maternidad. La Psiquiatría explicaba la insania puerperal como la debilidad anormalmente mental de la mujer después del parto y su incapacidad para controlar sus actos (Showalter 1987: 58).

Si bien es cierto que la mayor parte de los infanticidios cometidos en Escocia entre 1661 y 1821 fueron fruto de la desesperación, del hecho de que las mujeres se veían a sí mismas como individuos pertenecientes a una comunidad proclive a condenar y no a perdonar, hubo tres factores que condicionaron notablemente los actos del colectivo femenino rural y de sus familias a lo largo del siglo XVIII: la Revolución agrícola con el consiguiente aumento de pobreza, el crecimiento de la población, y un nuevo interés cultural en el sexo vinculado a nociones como la seducción, la elección y la libertad (Symonds 1997: 69-72, 127-28). En efecto, para las mujeres solteras: “the state of pregnancy was one in which other women [...] were not companions, but



threats; one from which male partners were largely absent; and one where pregnancy was an active problem for the household and the community, around which were built strategies of secrecy, exposure and confrontation” (Gowing 1997: 87). De ahí el constante cuestionamiento del cuerpo de la mujer por parte de la comunidad.

Por otro lado, destacó la reticencia por parte de los jueces para aplicar la pena, tendencia que se vio reforzada por varios componentes: en primer lugar, por la reforma legislativa de 1803 de Lord Ellenborough (1750-1818) que puso fin a los Estatutos con la aprobación de la ley *The Malicious Shooting or Stabbing Act*; en segundo lugar, por la fundación de instituciones como *The Infant Protection League* y en tercer lugar, por los cambios demográficos y económicos que marcaron una nueva dirección en la aproximación al infanticidio y a la situación de los niños. En esta línea se ubica la fundación en Londres del *Foundling Hospital* en 1739 por parte del capitán Thomas Coram (1668-1751), y la ulterior publicación, anteriormente mencionada, de *An Essay upon Nursing, and the Management of Children from their Birth to Three Years of Age* (1748) de William Cadogan (1675-1726) en la que detallaba exhaustivamente el adecuado cuidado de los niños en dicha institución como un medio “not only of preventing the murder of many, but of saving more, by introducing a more reasonable and more natural method of nursing” (Cadogan 1748: 3).

Debe señalarse la importancia del infanticidio durante el Romanticismo no sólo por su elevado porcentaje sino por el interés cultural que despertó. Según Josephine McDonagh, resulta sorprendente la cantidad de referencias al infanticidio a lo largo de la literatura del periodo, y la variedad de propósitos del mismo dentro de la sociedad de tal manera que el infanticidio acaparó el centro de los debates parlamentarios, filosóficos, económicos, demográficos, raciales, morales y literarios (McDonagh 1999: 215-16). A lo largo de los siglos XVIII y XIX, los lectores británicos se acostumbraron

a ver cómo las páginas de los periódicos se inundaban de historias de mujeres acusadas de infanticidio y de ilustraciones sobre los juicios. Como argumenta Jennifer Thorn, “local and national newspapers carried reports of the bodies of infants found in public parks and streets and of the progress and outcome of trials” (Thorn 2003: 13).

Asimismo, a finales del siglo XVIII la ley sancionadora del infanticidio se consideró anacrónica y en contradicción con las transformaciones sociales; si muchos vieron en ella una fuente de ineficacia por la renuencia de los jueces, otros enfatizaron su carácter inhumano. El orden ilustrado se subdividió así en dos polaridades opuestas: aquella que condenaba el infanticidio como un delito propio de gente salvaje y bárbara cometido por mujeres solteras sexualmente pervertidas, situadas en los márgenes de la civilización, y otra que volcaba la culpa sobre la corrupción, el exceso de racionalidad de la sociedad y la obsolescencia de la institución legal, cuyas injusticias eran la fuerza motora que conducía a la desesperación del infanticidio y que fomentaba la barbarie que con tanto ahínco se criticaba y se pretendía suprimir. La ambivalencia marcó el ritmo de las discusiones legales sobre el infanticidio a lo largo de los siglos XVIII y XIX que se vieron simultáneamente invadidas por la fascinación ante el horror de la violencia y por la empatía y la tolerancia hacia las mujeres involucradas (McDonagh 2003: 3-8; 2001). Tal controversia se enmarcó en un momento histórico en el que la elite inglesa se esforzaba por conceptualizar y articular el sentido de la diferencia con respecto a sociedades más primitivas; para ello recurrió al desarrollo de las ciencias naturales y a la preocupación por las costumbres, la domesticidad y la familia dentro del interés humanitario que se difundió durante la segunda mitad del siglo XVIII (McDonagh 1999: 216; Kipp 2003: 122-54).

Si hasta aproximadamente mediados del siglo XVIII fueron las mujeres quienes conservaron la autoridad sobre el relato de las experiencias de embarazos y

alumbramientos, a finales del siglo XVIII y como consecuencia de la aparición de la medicina, fueron los discursos médicos y legales los que se encargaron de actuar como árbitros en dichas cuestiones. La emergencia de la profesión médica no sólo sustituyó a las comadronas en su asistencia a los partos sino que eliminó la posibilidad de que éstas declararan como testigos en acusaciones de infanticidio, al tiempo que la voz masculina se priorizó como prueba en los juicios sobre las palabras de las mujeres y se convirtió en un componente más poderoso aún si cabe dentro del orden patriarcal. Tanto la medicina como la ley se dedicaron al estudio y a la comprensión del cuerpo femenino y construyeron no sólo sus límites sino también sus verdades (Epstein 1999: 112; Thorn 2003: 19).

Hablar del infanticidio supone hablar del tema de la diferencia y de la articulación de la identidad. Desde esta perspectiva, todas aquellas mujeres solteras que se vieron obligadas a sacrificar a sus hijos en cualquier siglo, pero fundamentalmente a partir de finales del siglo XVIII, momento histórico de la emergencia de la identidad nacional, fueron automáticamente desplazadas hacia las esquinas del circuito social. En la construcción de esta Diferencia por excelencia jugaron un papel destacado las imágenes visuales, en último caso mentales, así como el discurso lingüístico que se proyectó sobre estas madres potenciales. Por ejemplo, la literatura sensacionalista del siglo XVII presentó a las madres que mataban a sus hijos bajo diversos epítetos: *The Bloudy Mother* (1610), *A Pittillesse Mother* (1616), *No Naturall Mother, but a Monster* (1634), *Natures Cruell Step-Dames* (1637), *The Unnatural Grand Mother* (1659), *The Cruel Mother* (1670) o *The Unnatural Mother* (1697).

Partiendo del hecho natural y biológico de la procreación, el pensamiento del siglo XVI y de siglos posteriores estableció un paralelismo entre el infanticidio y la monstruosidad, entre la anormalidad y la mujer que no cumplía con las expectativas

sociales. La monstruosidad borraba así las líneas definitorias entre el hombre y la mujer, el ser humano y el animal. La elaboración de un modelo retórico y epistemológico sobre las madres desnaturalizadas se basó en los relatos de monstruos y prodigios, en las alegorías enmarcadas en el providencialismo calvinista, en la cultura animal, en la historia folclórica y en las figuras literarias y dramáticas. Referentes de esta imaginaria fueron Anthony Munday (1560-1633) con *A View of Sundry Examples* (1580), libro plagado de asesinatos, suicidios, nacimientos extraños junto con la descripción del último terremoto y T.I. con *A World of Wonders. A Masse of Murthers. A Covie of Cosonages* (1595) (Martin 2008: 157).

Durante el Romanticismo en Gran Bretaña apareció una normativa de corporeidad que fijaba la normalidad y la anormalidad entre los cuerpos al tiempo que establecía una gruesa línea entre el cuerpo correcto que emulaba los patrones sociales y el cuerpo incorrecto que se apartaba de ellos. Según Paul Youngquist, “The discourse of British national identity adds a valence of collective belonging to the cultural norm of the proper body. Proper embodiment becomes a matter of national inclusiveness that incorporates the Briton to the very bones” (Youngquist 2003: XXII).

## 4. La subversión en la novela

Como se ha señalado en la introducción, la subversión en *The Heart of Midlothian* se efectúa mediante dos categorías, una masculina y otra femenina. Dado que nuestro análisis prioriza la representación de la mujer en relación a la nación, nos detendremos brevemente en los elementos transgresores masculinos, primero porque servirán de antesala a la subversión femenina y segundo, porque alumbrarán la

naturaleza subversiva de la novela y reforzarán la idea de la desarticulación de la nación. Antes de estudiar la subversión masculina, expondremos la desviación que se lleva a cabo a través de los diferentes espacios que recorren la novela y que tienen un carácter híbrido por cuanto son tanto los hombres como las mujeres quienes concretan en ellos la subversión.

Uno de los mecanismos esenciales de subversión en la novela se fragua a través de lo que Sumathi Ramaswamy denomina “the somatics of nationalism”. Puesto que el cuerpo de la nación reside en los cuerpos de los ciudadanos y enfáticamente en los cuerpos femeninos, su artículo “Body Language: The Somatics of Nationalism in Tamil India” explora las imágenes uterinas, la sangre, la leche y las lágrimas de la representación femenina de la nación y su circulación por las narrativas nacionales para identificarlas como las piedras angulares de la construcción de la nación en el sur de la India. Como el autor señala, la nación no es únicamente una entidad política, económica o ideológica sino especialmente una formación somática en la que el cuerpo de la mujer cobra un significado profundo. Entrelazados con las exigencias nacionales de la fraternidad, la solidaridad y la unidad se encuentran los fluidos y órganos corporales que recuerdan al ciudadano sus vínculos de sangre y de nacimiento, y que sirven para unir a la comunidad nacional y para construir la abstracción de la nación mediante la incitación y las pasiones del patriotismo y el fortalecimiento de la lealtad a la nación. En suma, el nacionalismo como formación somática, exigió a sus ciudadanos una colaboración y una implicación exclusiva mediante sus cuerpos en la reproducción de la nación (Ramaswamy 1998: 78-109).

Este mismo proceso de somatización se desarrolla en *The Heart of Midlothian* pero con un propósito completamente opuesto dado que los fluidos y los cuerpos que transitan por la trama son elementos perturbadores de la nación y no unificadores de la

misma como cabría esperar. En la novela encontramos los siguientes fluidos: la sangre del corazón simbólico que es el Toolboth o prisión de Edimburgo, la sangre del corazón de todos los personajes y la interrelación de sangre entre diferentes personajes masculinos y femeninos; la leche materna; el alcohol de contrabando que transita libremente por la sociedad como la sangre por el cuerpo; el fluido corporal masculino de Staunton que fecunda a Madge y a Effie, y finalmente las lágrimas de la mayor parte de los personajes principales. Con respecto a la calidad de los fluidos hay que matizar que ésta es muy dudosa: la sangre que comparten indirectamente Madge y Effie con Robertson como personaje articulador es una sangre impura, compartida con otras mujeres; el fluido de la bebida es ilegal y por tanto, inmoral; la leche materna de Effie y de Madge es una leche estancada y en el caso de Meg Murdockson como madre nodriza de Staunton una leche cuya calidad es cuestionable dados los rasgos de Robertson; por último, las lágrimas que fluyen recurrentemente son las lágrimas del dolor y de la injusticia del código penal y de la opresión de la nación sobre sus integrantes. En cuanto a los cuerpos, son entidades improductivas que circulan impunemente por la nación, cuyos órganos reproductores anuncian potencialmente la paralización de las fuerzas productivas del orden social. En efecto, aunque los úteros de Madge y de Effie son úteros sanos y fértiles, el flujo de la vida se detiene bruscamente con la muerte de sus hijos respectivos, supuesta muerte en el caso de Effie, y con las consecuencias derivadas de este hecho: Madge enloquece mientras que Effie queda estéril. La paralización reproductora en ambos casos cercena además la fundación de una familia, el contacto materno entre madre e hijo, la posibilidad de transmisión de la leche materna, de la lengua materna y de los valores nacionales, interrumpiendo la constitución de la gran familia de la nación. Fue justamente la dimensión uterina y maternal la que se constituyó como el centro de la iconografía femenina para recordar los vínculos del

nacimiento, los lazos filiales capaces de transformar a los ciudadanos en hijos de la nación y los lazos fraternales, catalizadores de imaginarse a sí mismos como hermanos. El cuerpo femenino simbolizó así a la nación como familia y recordó que la principal función de la mujer dentro del cuerpo político, independientemente de la clase, etnia, o casta era la reproductora.

#### **4.1. Los espacios como enclave de subversión**

Fundamentalmente los espacios subversivos de la trama de la novela se ubican en exteriores tanto urbanos como rurales o naturales. La trascendencia de estos espacios radica en que escapan al control y al poder del sistema, en que en ellos la regulación de los comportamientos y cuerpos encuentran vía libre. En el caso de la ciudad de Edimburgo, la calle es uno de los lugares de los que arranca el hilo esencial de los disturbios y uno de los focos de atención mayores de la novela, dado que la calle no destaca precisamente por ser una prolongación de la vida privada y un ejemplo de conducta pública sino una advertencia de la violencia humana. En principio, durante el día, la calle es un entorno social en el que las relaciones sociales se entablan y en el que tienen lugar actividades cotidianas como los paseos o las compras; pero cuando llega la noche, la calle se convierte en un lugar amenazador, en el que aquellos huecos ocupados por las gentes respetables se ven invadidos por las gentes marginales. Desde este punto de vista, la calle se convierte en conflicto potencial entre la policía o la guardia real y los ciudadanos que transitan a deshora. En este marco, los disturbios *Porteous* desvelan tanto la cara como la cruz de la calle dado que convierten a ésta en un verdadero campo

de batalla diurno y nocturno; si el crimen pertenece a la nocturnidad, estos disturbios subvierten uno de los bastiones de la integridad física ciudadana y materializan el gran miedo de una población, el asesinato a plena luz del día de los habitantes de Edimburgo por parte de las autoridades. Irremediablemente, este asesinato desencadena otro mucho peor, el asalto a la prisión y la ejecución, injusta desde un punto de vista legal pero justa desde un punto de vista humano, de Porteous. Esto significa que la pavimentación de una calle o la construcción de inmuebles propios de una ciudad no son garantía de seguridad, que sus habitantes han roto con las expectativas del orden social y que en suma, la civilización se ha vuelto amenazadora. La ciudad durante la noche en que muere Porteous se transforma en una pesadilla, en una exaltación de la anarquía y la barbarie, en un espacio aterrador en el que las cosas conocidas y familiares se vuelven irreconocibles y monstruosas, y en el que la represión social aflora a la superficie. Nos encontramos por lo tanto, en el campo del *unheimlich*, de lo siniestro que causa espanto.

Durante la noche acontece también el encuentro entre Jeanie y Robertson, pero en este caso en plena naturaleza. Jeanie transgrede no sólo las reglas de comportamiento femeninas sino la autoridad paterna y patriarcal del sistema. En efecto, Jeanie se introduce a una alta hora de la noche en el espacio nocturno, que es en suma una zona ocupada por los hombres, para reunirse con un extraño<sup>2</sup>. En relación con Jeanie destaca

---

<sup>2</sup> "A sense of impropriety as well as of danger pressed upon her, as she lifted the latch of the paternal mansion to leave it on so wild an expedition, and at so late an hour, unprotected, and without the knowledge of her natural guardian.

When she found herself abroad and in the open fields, additional subjects of apprehension crowded upon her. The dim cliffs and scattered rocks, interspersed with green sward, through which she had to pass to the place of appointment, as they glimmered before her in a clear autumn night, recalled to her memory many a deed of violence, which, according to tradition, had been done and suffered among them. In earlier days, they had been the haunt of robbers and assassins, the memory of whose crimes are preserved in the various edicts which the council of the city, and even the Parliament of Scotland, had passed for dispersing their bands, and ensuring safety to the lieges, so near the precincts of the city. The names of these criminals, and of their atrocities, were still remembered in traditions of the scattered cottages and the neighbouring suburb. In latter times, [...], the sequestered and broken character of the ground rendered it a fit theater for duels and rencontres among the fiery youth of the period. Two or three of these incidents, all sanguinary, and one of them fatal in its termination, had



el granero donde permanece raptada por un grupo de ladrones, por Meg Murdockson y su hija Madge que constituye una exhibición de comportamientos agresivos y perversos, una completa exhibición de violencia física y verbal, en definitiva de contraconductas sociales.

En paralelo, la ciudad es la responsable de la caída de Effie. Al principio de *The Heart of Midlothian*, Scott nos presenta una sociedad rural y feudal, localizada en Knocktarlitie en la que la familia Butler y la familia Deans mantienen una relación feudal con “the Laird of Dumbiedikes”, pero a través de las dificultades de las familias, Scott describe la decadencia de la comunidad campesina y en consecuencia la disolución de los últimos lazos feudales. Asimismo, la decadencia de éstos está ligada a la decadencia moral de Effie y a un entorno muy concreto como es la ciudad. El traslado de la familia Deans a St. Leonard simboliza un acercamiento al medio urbano con sus consiguientes peligros, aunque la granja dista media milla de Edimburgo y los dos mundos, el natural y el civilizado, permanecen separados durante los comienzos de la novela. El acontecimiento que liga a la familia Deans con la ciudad de modo definitivo y permanente es primeramente su marcha a la casa de la señora Saddletree para trabajar y en segundo lugar, su seducción, hecho que marca el inicio del colapso de los Dean y la desmembración violenta de la estructura familiar.

Dentro del marco de la ciudad merece mención la vivienda en la que Effie da a luz a su hijo. A pesar de que el espacio en el que acontece el parto no es un lugar físico en la novela dado que no se describe como tal, sino que simplemente se alude a él, es uno de los espacios indirectos que mayor relevancia tienen dentro del texto.

---

happened since Deans came to live at Saint Leonard's. His daughter's recollections, therefore, were of blood and horror as she pursued the small scarce-tracked solitary path, every step of which conveyed her to a greater distance from help, and deeper into the ominous seclusion of these unhallowed precincts". (Scott 1879b: 125)

Consideramos que el lugar en el que Effie da a luz es el espacio por excelencia de la subversión, precisamente porque su concreción textual no se puede demostrar, resulta ser un lugar indeterminado, sin coordenadas físicas ni temporales, al que exclusivamente se puede acceder mediante la versión del único testigo de primera mano, Effie, un testigo por otra parte totalmente incapacitado para relatar la experiencia, porque sufre en el momento previo al parto un acceso de fiebre y se desmaya. Esto quiere decir que la única fuente fiable también falla y que la memoria de su vivencia se presenta como defectuosa e inexacta. Mediante un proceso de omisión narrativa, este espacio pasa a tener una presencia omnisciente y trascendental en el nudo del relato justamente porque el secreto que contiene no llega a ser desvelado por el propio autor, sino únicamente por Meg Murdockson al final de la novela sin que el lector tenga la confianza plena de que lo que se narra es lo que verdaderamente ocurrió. El contacto con el espacio de la comadrona se produce a través de la suposición y de la imaginación, de la construcción lingüística de los hechos por parte de los personajes. El fiscal por ejemplo, durante el juicio de Effie designa a este lugar como “one of those solitary and secret purlieus of villany, which, to the shame of our police, still are suffered to exist in the suburbs of this city” (Scott 1879b: 185) y como “abode of misery” (Scott 1879b: 186). En consecuencia, la trascendencia de este enclave no sólo reside en ser un espacio que acosa toda la trayectoria textual, sino en tener una naturaleza escurridiza que sorteas el control literario puesto que es inexistente para los personajes y para el lector, como punto histórico, al evadirse de la vigilancia estatal.

## 4.2. La subversión masculina

La subversión masculina se encauza en la novela a través de múltiples resortes, todos ellos unidos por un rasgo común: un modo de circulación al margen y en contra de los canales oficiales que propicia que todas estas subversiones funcionen como dobles del orden oficial. Scott nos enfrenta así con los famosos disturbios, con el linchamiento popular de Porteous, con el desacato a la autoridad real y judicial, con la indeterminación de la autoría del crimen, con el fracaso del proceso investigador iniciado a raíz del asesinato de Porteous y su imposibilidad de encarcelar y castigar al cabecilla (Staunton) y a sus colaboradores<sup>3</sup>, con las prácticas de contrabando, con la paternidad ilegítima, con la presencia de grupos marginales tales como contrabandistas, ladrones, asesinos, con la corrupción de la policía, con la marginalidad del hijo de Effie y Robertson que se convierte en una especie de salvaje que vive del robo y del saqueo, con la fluctuación de identidades no sólo por diferentes denominaciones para una misma persona como es el caso del “novio” de Effie que como contrabandista se llama Robertson y como persona “respetable”, George Staunton, sino por el empleo de disfraces. En suma, un auténtico despliegue de contrapoderes libres del control social y motores generadores de constantes réplicas en el espacio y en el tiempo.

Para empezar, el motín de Porteous se incardina dentro de la política de la Unión británica y es una protesta violenta en contra de la hegemonía inglesa. De ahí que la relación tensa entre el gobierno y el pueblo de Edimburgo se haga evidente en los primeros capítulos a través de la descripción detallada de los disturbios Porteous, del

---

<sup>3</sup> Dice Scott al respecto: “Nothing is more certain than that persons known to have had a share in that formidable riot, and to have fled from Scotland on that account, had made money abroad, returned to enjoy it in their native country, and lived and died undisturbed by the law” (Scott 1879b: 400).

arresto del contrabandista Wilson y del resentimiento de Edimburgo ante el brutal y para ellos injusto ajusticiamiento de Wilson. Con ello Scott pretende trazar la silueta de una Gran Bretaña decadente desde un punto de vista moral y político:

Yet still, though all expectation of the execution was over, the mob remained assembled, stationary, as it were, through very resentment, gazing on the preparations for death, which had now been made in vain, and stimulating their feelings, by recalling the various claims which Wilson might have had on royal mercy, from the mistaken motives on which he acted, as well as from the generosity he had displayed towards his accomplice. “This man,” they said,—“the brave, the resolute, the generous, was executed to death without mercy for stealing a purse of gold, which in some sense he might consider as a fair reprisal; while the profligate satellite, who took advantage of a trifling tumult, inseparable from such occasions, to shed the blood of twenty of his fellow-citizens, is deemed a fitting object for the exercise of the royal prerogative of mercy. Is this to be borne?—would our fathers have borne it? Are not we, like them, Scotsmen and burghers of Edinburgh?”. (Scott 1879b: 39)

En el artículo “Conciliation, Resistance and the Unspeakable in *The Heart of Mid-Lothian*”, Andrew Lincoln sostiene que a través de los *Covenanters*, Scott fusiona un modelo de resistencia con una postura política reconciliadora y que el proyecto soterrado de esta novela se podría describir como un equilibrio entre la resistencia consciente, evidente en la negativa a hablar y a eludir ciertas cuestiones y la complacencia. Este autor argumenta que si bien Scott se comprometió oficialmente con el Tratado de Unión, su decepción ante las consecuencias fue más que evidente; la Unión agravó la política intervencionista de Inglaterra dentro de Escocia a través de los intentos reformistas del sistema legal escocés en 1807, la transmutación económica o la abolición de los billetes escoceses en 1826, entre numerosas medidas (Lincoln 2000).

En *The Heart of Midlothian* una de las narrativas de resistencia más poderosa se lleva a cabo a través de la representación de la familia Deans, una familia de

*Covenanters* Cameronianos que entronca directamente con la trama principal de *Old Mortality* y de la tradición *Covenanter*, fundada sobre la resistencia a la autoridad del Estado. Esta doctrina todavía estaba presente en Escocia, especialmente en las *Lowlands* a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX. La novela, coherente con la actitud *Tory*, guarda silencio sobre las consecuencias de la batalla de *Bothwell Bridge*, singularizadas por la persecución extrema (torturas, destierro, esclavitud y ejecuciones) a la que se sometió a los *Covenanters*. Aunque el transcurso de los años desde *Bothwell Bridge* ha erosionado parte de esta problemática, la novela describe a una familia Cameroniana sumida de nuevo en una situación crítica de tal manera que la historia del hostigamiento a los *Covenanters*, parcialmente reprimida en *Old Mortality*, vuelve a perturbar *The Heart of Midlothian*. Es más, la incorporación del asunto de los *Covenanters* reactiva otra cuestión espinosa, la idea de que la identidad escocesa se constituye por oposición a la ideología religiosa y política imperante y a la identidad británica.

Scott comienza el relato de la familia Butler haciendo alusión al abuelo de éste, un soldado del ejército del General Monk (1608-1670) que participó en la toma de Dundee de 1651, episodio destacado dentro de la invasión escocesa por parte de Cromwell. Sin embargo, Scott omite la tragedia del acontecimiento histórico durante el cual Monk evidenció una brutalidad excesiva. Entre los descendientes de esas víctimas, se encuentra David Deans, quien defiende y secunda a ultranza la causa *Covenanter* frente a la amenaza de la corrupción del nuevo gobierno. Para este personaje, la conciliación es signo de traición, especialmente después de la negativa del gobierno a renovar *The Solemn League and Covenant*, hecho que reafirma la ilegitimidad del poder monárquico y la resistencia a su influencia. La descripción de David Deans bajo la luz del fanatismo permite a Scott distanciarse de esta postura extremista. Los retazos de la

persecución de los *Covenanters* que aparecen a lo largo de la novela representan la obsesión de la voz británica del narrador con su conciencia escocesa, una conciencia que le impide expresarse abiertamente porque Escocia está atrapada en la cultura inglesa dominante y porque el propio Scott está aprisionado dentro de un sistema que predetermina los discursos lícitos e ilícitos. Sin embargo, en las evasiones lingüísticas, en las omisiones, en las substituciones así como en la negativa a hablar es donde esta novela exterioriza su resistencia (Lincoln 2000: 69-82, 86).

Si sistematizamos los elementos subversivos mencionados nos encontramos con que la muchedumbre desempeña varias funciones: su mera presencia constituye un peligro importante para el sistema y su comportamiento desencadena hechos violentos y horrorosos. La muchedumbre cobra protagonismo en la novela en tres ocasiones: en el motín de Porteous, durante el cual la muchedumbre es la responsable de su ejecución en contra de la voluntad y del indulto de la reina; en el juicio de Effie en el que a pesar de no cometer ningún acto agresivo, destaca por su presencia imprudente y fría, y en último lugar, en el ajusticiamiento de Meg Murdockson y en la agresión física a su hija, Madge Wildfire, en este caso en Inglaterra. Scott nos hace reflexionar sobre la naturaleza doble de la muchedumbre; si en ocasiones, su actuación es necesaria para advertir al orden social de sus atropellos, en otras, su comportamiento responde a la fuerza bruta desproporcionada propia de la incultura y la brutalidad de las clases bajas, carente de sentido y catalizadora de grandes desgracias.

Para la mente ilustrada acostumbrada a medir, a observar los acontecimientos y a reducirlos a elementos cuantificables, la muchedumbre descontrolada, esa masa humana indeterminada donde los rostros y las identidades se diluían en una corporeidad amorfa, era motivo de inquietud por su condición desafiante e inesperada, por las consecuencias de sus actos y por la incapacidad para identificar los agentes de los mismos. En efecto,

estos disturbios liderados por hombres galvanizan un tipo de justicia extrajudicial, la justicia humana frente a la justicia legal, en otras palabras, la venganza popular. Para la mayor parte de los lectores de Scott los *Porteous Riots* estaban ligados en su memoria con las revueltas populares no sólo británicas del siglo XVIII sino, por así decirlo, con la gran revuelta popular de finales del siglo XVIII, la Revolución francesa. Todas ellas pero en particular la Revolución francesa por la magnitud de sus hechos, mostró que las revueltas populares podían convulsionar el aparato político de un país. Como sostiene Foucault lo que verdaderamente causa pavor al Capitalismo desde 1789 “es la sedición, la revuelta, los que salen a la calle con sus cuchillos y sus fusiles dispuestos a la acción directa y violenta. [...] Toda esta población móvil, constantemente dispuesta en efecto a provocar motines y asonadas, esa gente fue convertida hasta la exaltación en ejemplo negativo por el sistema penal” (Foucault 1999: 137). Veamos cómo representa Scott a esta muchedumbre ante el próximo ajusticiamiento de Porteous:

The mob of Edinburgh, when thoroughly excited, had been at all times one of the fiercest which could be found in Europe; and of late years they had risen repeatedly against the government and sometimes not with temporary success (1879b: 37), While these arguments were stated and replied to [...] the hitherto silent expectation of the people became changed into that deep and agitating murmur, which is sent forth by the ocean before the tempest begins to howl. The crowded populace, as if their motions had corresponded with the unsettled state of their minds, fluctuated to and fro without any visible cause of impulse, like the agitation of the waters, called by sailors the ground-swell. (Scott 1879b: 38)

Veamos asimismo cómo Scott presenta a la muchedumbre que termina con la vida de Meg Murdockson:

[...] towards that busy scene from the southward, that the cause of the concourse was, the laudable public desire “to see a doomed Scotch witch and thief get half of her due upo’ Haribeebroo’ yonder, for she was only to be hanged; she should hae been boorned aloive, an’ cheap on’t.” [...] “She has gone to ho master, with ho’s name in her mouth,” said another; “Shame the country should be harried wi’ Scotch witches and Scotch bitches this gate—but I say hang and drown.” [...] There came up, however, a parcel of savage-looking fellows, butchers and graziers chiefly, among whose cattle there had been of late a very general and fatal distemper, which their wisdom imputed to witchcraft. They laid violent hands on Madge, and tore her from the carriage, exclaiming—“What, doest stop folk o’ king’s high-way? Hast no done mischief enow already, wi’ thy murders and thy witcherings?” [...] It was clear nothing could be done to rescue Madge; and Archibald, who was a man of humanity, could only bid the postilions hurry on to Carlisle, that he might obtain some assistance to the unfortunate woman. As they drove off, they heard the hoarse roar with which the mob preface acts of riot or cruelty, yet even above that deep and dire note, they could discern the screams of the unfortunate victim. (Scott 1879b: 324-26)

En la novela hay un paralelismo entre el universo del comercio irregular del contrabando, la conducta desregulada y violenta de la muchedumbre y la paternidad ilegítima. Estos tres componentes amalgamados en el personaje de Robertson ejemplifican la circulación ilegal de diferentes fluidos. Robertson, como personaje masculino, tiene dentro de la novela un peso capital precisamente porque sirve de punto de articulación entre los diversos acontecimientos y personajes: está implicado en la trama de contrabando y en el asalto a la casa de aduanas, es el dirigente e instigador de los disturbios en contra de Porteous y el asesino de éste, y el responsable del embarazo de Effie. Además, los orígenes nobles de Robertson le permiten desplazarse libremente por las diversas esferas sociales, desde la más baja, la del contrabando, el robo y todo tipo de labores poco recomendables hasta la más alta, la aristocracia, en la que goza al final de la novela junto con Effie transformada en Lady Staunton, de gran renombre y reputación. Su pertenencia a la aristocracia constituye un elemento transgresor que pone



de relieve la degradación y corrupción de la misma, anunciando simultáneamente su decadencia.

Robertson es uno de los principales contrabandistas, cuyo modo de vida amenaza la existencia del Capitalismo, a pesar de que la práctica del contrabando era universal en tiempos de la monarquía de Jorge I (1717-1727) y Jorge II (1727-1760): “Contraband trade, though it strikes at the root of legitimate government, by encroaching on its revenues, --though it injures the fair trader, and debauches the minds of those engaged in it, --is not usually looked upon, either by the vulgar or by their betters, in a very heinous point of view” (Scott 1879b: 27). En la obra *Las redes del poder*, Foucault focaliza precisamente la atención sobre el peligro que suponía para el incipiente Capitalismo el contrabando; uno de los mayores obstáculos con los que se enfrentó el Capitalismo a finales de la Edad Media fue con el sistema de poder de la monarquía, caracterizado por un poder político totalmente discontinuo que hacía que un gran número de procesos escaparan a su control. En este sentido, el contrabando europeo imperante hasta finales del siglo XVIII supuso un flujo económico muy importante que evadía el poder, aparte de ser una condición existencial para muchas personas que vivían de ello. De este modo, “el ilegalismo era una de las condiciones de vida pero al mismo tiempo significaba que había ciertas cosas que escapaban al poder y sobre las cuales no tenía control” (Foucault 1993: 57). En otras palabras, la ilegalidad era una parte crucial del Antiguo Régimen y en consecuencia del poder, dado que todas las clases sociales tenían una forma particular de ilegalidad, desde las capas populares hasta las aristocráticas, que al mismo tiempo estaban en permanente conflicto unas contra otras. Incluso la burguesía estaba habituada a subvertir las reglas del sistema aduanero, de las corporaciones o de la moralidad, para satisfacer sus intereses económicos, y a su vez veía con buenos ojos la lucha popular en contra de los impuestos

puesto que esto le permitía a ella incumplirlos (Foucault 2001: 75). Precisamente el capítulo XLV ilustra la connivencia entre las autoridades y el pueblo sobre el contrabando:

Their host, [...], was not long in summoning them to a substantial breakfast, where there were at least a dozen of different preparations of milk, plenty of cold meat, scores boiled and roasted eggs, a huge cag of butter, half-a-firkin herrings boiled and broiled, fresh and salt, and tea and coffee [...] “Is the contraband trade permitted here so openly?” said Butler. “I should think it very unfavourable to the people’s morals.”, “The Duke, Mr. Putler, has gien nae orders concerning the putting of it down,” said the magistrate, and seemed to think that he had said all that was necessary to justify his connivance. (Scott 1879b: 356)

Los contrabandistas demuestran que el comercio ilegítimo desafía toda concepción de la soberanía nacional y con ella, de la delimitación de las fronteras. A su vez, el nomadismo de estos contrabandistas que circulan por el espacio nacional sin establecerse en él, pone en entredicho la posibilidad de una nación homogénea (Bardsley 2002: 402).

Robertson representa además un tipo de energía maligna que corrompe todo orden social y humano y que permanece incontrolado por el sistema: “Then should I have my own share therein”, said the stranger, “if you call it sinful to have been the destruction of the mother that bore me—of the friend that loved me—of the woman that trusted me—of the innocent child that was born to me. If to have done all this is to be a sinner, and survive it is to be miserable, then am I most guilty and most miserable indeed” (Scott 1879b: 128). Al igual que los héroes góticos, Staunton es un personaje atormentado que se lamenta de su autodestrucción y de la destrucción de las personas a las que quiere, moviéndose entre la autculpa y la culpa de la incomprensión del

mundo. De hecho Robertson se identifica con la fuente del mal: “I am the devil!”—answered the young man hastily” (Scott 1879b: 95), “You see before you a wretch, predestined to evil here and hereafter” (Scott 1879b: 128). Por otra parte, el conflicto entre el señor Staunton, padre de Robertson y su hijo, refleja una de las escisiones sociales de mayor relevancia de la novela: la discontinuidad familiar patente entre el padre, un clérigo, magistrado y símbolo de una familia aristocrática, y su hijo, un aristócrata corrupto y la flagrante decadencia de la nueva generación de aristócratas. Robertson actúa como una figura fronteriza entre un supramundo social y un submundo de marginalidad que pertenece a ambos universos, pero simultáneamente a ninguno y que conjuga los extremos de la jerarquía social, la gente respetable y los bajos fondos de la sociedad, evidenciando que en esencia ambos estratos no son muy distantes.

Subversiones menores se registran por ejemplo mediante el personaje de Ratcliffe. Ratcliffe es el único junto con Effie que no escapa de la prisión durante el motín de Porteous teniendo la posibilidad de hacerlo porque decide abandonar su vida de ladrón y “set up for an honest man” (Scott 1879b: 60). Sorprende así la conversión de un hombre marginal en hombre honrado y su incorporación a la sociedad mediante su puesto de carcelero segundo. Por su pasado, Ratcliffe es el tipo idóneo para ejercer labor semejante:

It is just sic as Ratcliffe that the town needs in my department; an’ if sae be that he’s disposed to turn his knowledge to the city service, yell no find a better man.—Ye’ll get nae saints to be searchers for uncustomed goods, or for thieves and sic like;—and your decent sort of men, religious professors, and broken tradesmen, that are put into the like o’ sic trust, can do nae gude ava. They are feared for this, and they are scrupulous about that, and they arena free to tell a lie, though it may be for the benefit of the city; and they dinna like to be out at irregular hours, and in a dark cauld night, and they like a clout ower the crown far waur; and sae between the fear o’ God, and the fear o’ man, and the fear o’ getting a sair throat, or sair banes, there’s a dozen o’ our city-folk, baith waiters,

and officers, and constables, that can find out naething but a wee bit skulduddery for the benefit of the Kirk treasurer. (Scott 1879b: 133)

A través de él se hacen evidentes los subterfugios de la ley, las medidas de coacción para averiguar cierta información y la idea de que quien mejor impone la justicia es quien mejor la ha infringido. Paradójicamente, Ratcliffe sorprende por su compasión y sus escrúpulos en relación a Effie en tres ocasiones, subvirtiendo así el papel que la sociedad espera que escenifique. Cuando Sharpitlaw le pide que le sonsaque a Effie información sobre el paradero de Robertson, Ratcliffe le responde:

“Craving your pardon, Mr. Sharpitlaw,” said the turnkey elect, “that’s what I am not free to do.”, “Free to do, man? what the deil ails ye now?—I thought we had settled a’ that?”, “I dinna ken, sir,” said Ratcliffe; [...] “That’s according to the stuff they are made o’ sir,” replied Ratcliffe—“But to make a lang tale short, I canna undertake the job. It gangs against my conscience.”, “*Your* conscience, Rat?” said Sharpitlaw, with a sneer, [...] “Ou ay, sir,” answered Ratcliffe, calmly, “just my conscience; a’body has a conscience, though it may be ill wunnin at it”. (Scott 1879b: 141)

Y durante la entrevista entre Effie y Jeanie, Ratcliffe rompe con su conducta todas las expectativas:

with the readiest remedies which circumstances afforded; and which, to do Ratcliffe justice, he showed himself anxious to suggest, and alert in procuring. He had even the delicacy to withdraw to the farthest corner of the room, so as to render his official attendance upon them as little intrusive as possible, when Effie was composed enough again to resume her conference with her sister. (Scott 1879b: 172-73)

Somewhat familiarised now even with her rude conductor, she offered him a small present in money, with a request he would do what he could for her sister’s accommodation. To her surprise, Ratcliffe declined the fee. “I wasna bloody when I was on the pad,” he said, “and I winna be greedy—that is, beyond what’s right and reasonable—now that I am in

the lock.—Keep the siller; and for civility, your sister sall hae sic as I can bestow. (Scott 1879b: 175)

Además Ratcliffe se encarga de recomendar a Jeanie que antes de hacer su viaje a Londres se proporcione como valedor al duque de Argyle, y de darle un papel con su letra como salvoconducto para que ningún ladrón la agreda por miedo a las represalias de Ratcliffe. Al final de la novela nos encontramos con que Ratcliffe se ha reinsertado completamente en la sociedad convirtiéndose en una autoridad social:

This man had exercised the office of turnkey with so much vigilance, acuteness, and fidelity, that he gradually rose to be governor, or captain of the Tolbooth. And it is yet to be remembered in tradition, that young men, who rather sought amusing than select society in their merry-meetings, used sometimes to request Ratcliffe's company, in order that he might regale them with legends of his extraordinary feats in the way of robbery and escape. (Scott 1879b: 404-05)

Su escalada social de delincuente a capitán de la prisión alude al acoplamiento perfecto entre la institucionalización de la seguridad y la delincuencia. Como afirma Foucault en *Vigilar y castigar*, “momento inquietante en que la criminalidad se convierte en uno de los engranajes del poder” (Foucault 1996: 289).

En este recorrido de subversión masculina queda pendiente el personaje llamado *The Whistler*, el hijo de Effie y Staunton, una figura que permanece invisible a lo largo de toda la novela pero que se hace visible al final, fundamentalmente para ejercer venganza y cometer parricidio sin saberlo. La peligrosidad de este personaje reside en la inviabilidad para controlarlo, amenazando uno de los pilares esenciales del Estado, el control de los individuos y su individualización identitaria mediante un nombre y unos apellidos que le registren socialmente. En efecto, la carencia de un nombre que le sitúe dentro del orden establecido determina una existencia marcada por la absoluta

corporeidad y por los instintos más primitivos que le convierten en salvaje y que le unen a la galería de personajes masculinos y femeninos clasificados como la Otredad. Todos los intentos por conocer su paradero, intentos al fin y al cabo de reducción social, se frustran, e incluso el dinero enviado por Butler para redimirle “from slavery, with instructions that measures should be taken for improving his mind, restraining his evil propensities, and encouraging whatever good might appear in his character” (Scott 1879b: 419) llega demasiado tarde. Finalmente, la corporeidad de *The Whistler*, patente en su esclavitud en América, le alinea con los cuerpos de los Otros, los indios americanos que viven fuera de los márgenes de la civilización: “The young man had headed a conspiracy in which his inhuman master was put to death, and had then fled to the next tribe of wild Indians. He was never more heard of; and it may therefore be presumed that he lived and died after the manner of that savage people, with whom his previous habits had well fitted him to associate” (Scott 1879b: 419). Pero además, la figura de *The Whistler* saca a la luz el comercio de esclavos con las colonias y el trato con seres humanos como si de mercancías se tratase, es decir, el lado más oscuro del colonialismo (Lincoln 2002a). En un artículo muy revelador, “The Emptiness at *The Heart of Midlothian*: Nation, narration, and Population”, Charlotte Sussman analiza la relevancia del personaje *The Whistler* y su vinculación con las colonias. Como ser excluido e incivilizado, el niño es cosificado por un sistema que necesita cuerpos para impulsar la producción colonial y que se fundamenta sobre cuerpos entendidos como bienes exportables dentro de un mercado apropiado. La integración de este personaje en las tribus indias cumple fundamentalmente dos funciones, relativas a la condición de Escocia como colonia dentro de Gran Bretaña por la subyugación del territorio, y por la dislocación de sus habitantes: por un lado, una aparente purificación del sistema mediante la traslación desde las *Highlands* a América tanto de la violencia de *The*

*Whistler* como de los debates sobre las condiciones inhumanas de la producción agrícola que se desataron en Escocia durante los siglos XVIII y XIX, y por otro, la constatación de la diáspora *Highlander* hacia otros puntos geográficos, entre ellos, las plantaciones de América y la deportación forzosa de los *Covenanters* al mismo destino. La problemática de los cuerpos desubicados y del tráfico con los mismos se enmarcó en el contexto del crecimiento demográfico desmesurado, con la consiguiente inquietud sobre este excedente de población y la imperiosidad de reubicarlo. Por ello, a través de *The Whistler*, Scott transfiere a la novela la distinción social, y al hacerlo la cuestiona, entre los supuestos miembros productivos, integrantes legítimos de la nación y los miembros redundantes de la población escocesa, víctimas de la explotación colonial y de la emigración. Los individuos productivos como la familia Butler son incorporados a la nación mientras que los inservibles en términos de riqueza son expulsados. Pero aunque el final de la novela parece describir a una nación británica unificada, la narrativa irresuelta de *The Whistler* deja al descubierto los límites indeterminados de la nación y la discontinuidad entre la novela y el proyecto nacional e imperialista (Sussman 2002: 103-26; Bardsley 2002: 399-400).

#### **4.3. La subversión femenina: la Otra por excelencia**

Toda subversión requiere, *grosso modo*, un agente, un objeto y un efecto, es decir, una constatación de quién incurre en ella, con respecto a qué y a quién y para qué. Aunque son tres personajes femeninos, Effie Deans, Margaret Murdockson y Madge Wildfire quienes encarnan la desviación, estableceremos una jerarquía de aproximación

al texto dando mayor relevancia al caso de Effie Deans, aunque sin desmerecer las acciones de los otros dos personajes. Por otra parte, examinaremos la función textual de Jeanie Deans como contrapunto a esta tríada de mujeres para evidenciar el equilibrio de la novela y el de la nación que Scott efectúa mediante este último personaje femenino. Una estrategia para explorar los conceptos de feminidad, masculinidad y sexualidad reside en la representación textual de un periodo histórico pretérito en el que se puede proyectar la diferencia y la ambivalencia sin contravenir los tabúes sociales.

En relación a la ideología de la división de las esferas, *The Heart of Midlothian* libera en la esfera pública a una serie de mujeres que pertenecen a la domesticidad, que son *idiotas* en el sentido griego del término, es decir, seres pasivos, sometidos a la autoridad de la sociedad, irracionales, irresponsables, sin voz pública, condenados a lo oculto, y al silencio de la invisibilidad social. Todas ellas se desplazan desde un subtexto social hasta el texto literario para invertir las coordenadas del sistema y generar caos.

La novela se encuentra fracturada en dos categorías femeninas que reproducen las dos tipologías atemporales de mujer: el ángel y el demonio. La sociedad advertía a la mujer que si no era capaz de comportarse como un ángel, debía entonces ser clasificada como un monstruo. Si bien los ángeles epitomizaban a las heroínas sumisas y dispuestas a acatar lo inevitable, los monstruos femeninos personificaban a los personajes independientes y pioneros en la destrucción de las estructuras patriarcales. La proyección de impulsos rebeldes en contraheroínas monstruosas como madres infanticidas, vagabundas, locas o brujas inaugura la entrada en el mundo de la transgresión, a pesar de que a lo largo de la novela estas figuras femeninas reciben diferentes castigos. Para Gloria Anzaldúa, la mujer es la extraña, la Otra, aquélla a la



que la cultura exige una aceptación plena y un compromiso con el sistema de valores fundado (Anzaldúa 1987: 17).

*The Heart of Midlothian* exhibe que hay una fuerte vinculación entre el cuerpo y la política, palmaria en las representaciones de cuerpos que están contenidos dentro de los límites marcados y otros que los transgreden. Argumentamos que en la novela se produce el mismo paso que se dio con la Revolución francesa en relación a la sociedad del Antiguo Régimen, dado que los personajes femeninos pasan de ser sujetos, sometidos a la autoridad incontestable del patriarcado a ser ciudadanas en el sentido de portadoras independientes de derechos naturales sobre su sexo y su cuerpo y a ser la fuente de toda soberanía con todas sus consecuencias. Todas estas mujeres rompen con las obligaciones psicológicas propias de su género, es decir, la interiorización de las normas establecidas o proceso de socialización, la disciplina y la regulación privada y pública del ser.

En *The Heart of Midlothian* la subversión femenina no se lleva a cabo mediante actos aislados sino estrechamente vinculados. Tanto Effie como Madge y Margaret están hermanadas por la sangre y por el pecado. Por la sangre, porque Effie y Madge han compartido al mismo hombre, y al tiempo porque Margaret y Madge son madre e hija, y por el pecado, porque mientras las dos primeras han transgredido las normas de la nación relativas al sexo y al espacio femenino, utilizando su cuerpo libremente, Meg juega a ser una diosa que regula los cuerpos de los recién nacidos, matando al niño de su propia hija. Esta recurrencia de figuras femeninas íntimamente relacionadas con el cuerpo y con su uso libre provoca que esta tríada de mujeres se convierta en la Otra del sistema cuya diferencia inunda el texto sin posibilidad de aplacarla. El peligro para el orden público y para el cuestionamiento de la nación depende del grado y de la cantidad de veces que estas mujeres exhiben sus cuerpos y por tanto, el poder de su Otredad. Si

según Lynn Abrams, la continuidad histórica es una experiencia femenina y el cambio histórico una experiencia masculina (Abrams 2002: 3), *The Heart of Mid-Lothian* transgrede esta idea mediante la presentación de mujeres que cambian el rumbo de la historia y del destino de la comunidad, y que por ello no son continuidad sino ruptura con la nación. Otro componente intrínsecamente subversivo procede del tejido narrativo sustentado sobre una estructura femenina. Beth Newman sostiene en “*The Heart of Midlothian and the Masculinization of Fiction*” que a pesar de los intentos de Scott por masculinizar la novela, ésta se caracteriza por incardinar focos de tensión femeninos. En efecto, a través del texto se entrecruzan dos discursos, el legal, claramente masculino, que privilegia e impone los testimonios lineales, directos, económicos y transparentes y el literario, sin duda femenino en el que prevalecen las digresiones y los circunloquios y que desde la perspectiva del discurso legal convierten al discurso literario en una narración poco creíble. Scott no sólo construye *The Heart of Midlothian* sobre una narración quebrada en la que la información se obtiene oblicuamente sino en la que su función consiste en menoscabar la autoridad de la ley y su negativa a aceptar que la representación de la verdad no es rectilínea. Por añadidura, el texto ataca directamente a los constructos culturales del sistema patriarcal dado que al cuestionar la autoridad judicial y su rectitud discursiva, está también socavando su connotación fálica y por ello, priorizando lo femenino y su carácter desviado (Newman 1994: 521-40).

Partiendo de la premisa de que la historia es una lucha abierta entre el poder, “a form of compulsion exerted by the already (relatively) powerful upon one another within official political institutions designed to promote the aims and interests of competing groups” (Bethke 1992: 112) y la privación de poder, sostenemos que *The Heart of Midlothian* es un pulso entre dos expresiones de poder, la masculina y la femenina, ésta última no reconocida en el tejido histórico y por ello reprimida. A lo

largo del texto literario, se da rienda suelta a esa expresión femenina del poder mediante la pugna entre dos términos latinos, *potestas* y *potentia*, ambos alusivos al poder pero desde diferentes perspectivas; mientras el primero denota el poder político oficial, caracterizado por el control y la supremacía, el segundo designa el poder como fuerza o eficacia extraoficial y siniestra. De esta manera podemos establecer un paralelismo entre el hombre y el término *potestas* y la mujer y *potentia*, dado que históricamente estos vocablos han demarcado las formas de poder masculinas y femeninas. Los hombres han sido los conductores del poder institucional y las mujeres del poder soterrado e ilegítimo cuya energía genuina reside en la imposibilidad de sojuzgarlo por su vinculación con “the sinister, threatening and deviant, occupying a boundary that teaches us on the polluted, the uncanny, the potentially disordered” (Bethke 1992: 117).

En cuanto al drama humano de Effie se enmarca en el acto de transgresión de la preceptiva moral de la época; la transgresión de la castidad, la sexualidad realizada en los márgenes sociales la desvían de la conducta recta propia de las jóvenes virtuosas y la estigmatizan en su feminidad. Effie rompe con la expectativa de dar a luz en un contexto que prioriza la atención sobre el niño, la función maternal y el acatamiento de la sucesión patriarcal, para atraer el interés sobre su propio cuerpo, y sobre la expresión libre de su deseo. Effie cruza el umbral del orden, característico de la socialización y la obediencia sumisa a las pautas culturales, para internarse en el caos, en el incumplimiento y desafío a las leyes establecidas. Sin embargo, ¿cuál es la preceptiva moral de su época? ¿Qué normas culturales infringe Effie? Fundamentalmente, la conducta rupturista de Effie concierne al patrón femenino, a la familia y a la nación. Para aclarar esta cuestión debemos por ello remontarnos en el tiempo y averiguar cuáles eran los códigos de conducta femeninos y los códigos familiares del siglo XVIII, siglo de Effie y de principios del siglo XIX, siglo de Scott.

#### **4.3.1. La construcción de la imagen ideal de la mujer**

Para empezar, la idealización de la madre como la persona dedicada en cuerpo y alma al ámbito doméstico fue una invención que se remonta aproximadamente a mediados del siglo XVII aunque para muchos la función social de la mujer como educadora y proveedora de las necesidades de la prole no surgió hasta el siglo XVIII. Independientemente del enfoque que se adopte, lo que resulta innegable es que el concepto de la fertilidad, del cuerpo materno y de la capacidad procreadora de la mujer en la sociedad, experimentaron transformaciones dependiendo del periodo histórico y que éstas se sustentaron sobre la continua invención y reinversión de la imagen de la mujer. Según Susan C. Greenfeld, “maternity was (and still is) a contested terrain. As one of the single most important cultural symbols, the mother constituted an open ground for political projections, responding with remarkable flexibility to various efforts to shape its image and ideological implications” (Greenfeld 1999: 8).

El discurso sobre la feminidad y la mujer ideal se convirtió en un componente omnipresente de los siglos XVIII y XIX y se articuló desde todos los rincones sociales: los sermones religiosos, los discursos políticos, los periódicos y revistas, las novelas, etc. En este conglomerado de presiones ideológicas no se puede obviar el lugar tan destacado de la religión y de los sermones religiosos en la configuración de la imagen de la mujer; como institución patriarcal, la Iglesia se encargó de excluir a las mujeres de las estructuras de poder y de legitimar la subyugación femenina mediante el culto a la mujer ideal confinada a la domesticidad. En todas aquellas circunstancias en las que la mujer no tenía acceso a la prensa, a los libros de conducta, a los tratados científicos o a las novelas debido a su analfabetismo, los sermones religiosos cumplieron exactamente la misma función ideológica de adoctrinamiento y en aquellos casos en los que las

mujeres poseían la cultura suficiente para decodificar los mensajes conductuales, los discursos religiosos reforzaron tal ideología.

En la construcción de la tarea social de la mujer tuvo una importancia capital la aparición de un discurso durante la Ilustración cuya recurrencia terminó por producir una fisura en el orden comunitario. Durante el siglo XVIII se reforzó la división de las esferas masculina y femenina que determinó rígidamente los límites correspondientes para cada género, de tal manera que se destinó el ámbito público para el hombre y el ámbito privado o doméstico para la mujer (De Groot 1989: 93). Según Nancy Armstrong en *Desire and Domestic Fiction*, la ficción doméstica buscó separar el lenguaje de la sexualidad del lenguaje de la política, introduciendo así un nuevo tipo de poder político. Este poder, que invadió la cultura británica, floreció con la emergencia de la mujer doméstica y con su dominio sobre las prácticas asociadas con la vida privada, como la autoridad sobre el hogar, el tiempo libre, las relaciones familiares o las estrategias de seducción. La emergencia de la domesticidad a principios del siglo XVIII marcó la aparición de una nueva forma de deseo y de una nueva clase de mujer. Al mismo tiempo, la ficción doméstica presentó el deseo humano como independiente de la historia política ayudando a crear la ilusión de que el deseo era subjetivo y por tanto, ajeno a los comportamientos políticos, totalmente codificados a los que este deseo daba lugar. Armstrong sostiene que el discurso de la sexualidad esculpió la novela, que ésta contribuyó a formular el orden del hogar, haciendo de él un espacio funcional, característico de las conductas normalizadas, y que las funciones culturales atribuidas a la mujer mediante la ficción, tales como madre, trabajadora, profesora o enfermera, fueron el instrumento que permitió la apropiación del poder y el control del mismo por parte de la clase media. Asimismo, la novela doméstica fue el productor y el receptor de la transformación cultural que conexió el género con determinados tipos de escritura;

mientras la escritura femenina se consideró como un espacio reservado para las mujeres, la escritura masculina sufrió el mismo proceso. El camino de la novela doméstica estuvo precedido por los manuales de conducta social que si bien a finales del siglo XVII iban exclusivamente dirigidos a los hombres, a mediados del siglo XVIII cambiaron su público, sustituyéndolo por la audiencia femenina. A lo largo de este periodo, se multiplicaron los libros de conducta femeninos, las revistas destinadas a las elites femeninas y los libros instructivos infantiles, todos ellos agentes divulgadores del ideal femenino y de la construcción de un hogar feliz (Armstrong 1987a: 1-94).

La definición de la mujer se articuló desde una serie de discursos tales como la literatura didáctica y los periódicos, ambos especie de manuales de conducta que tuvieron su origen a finales del siglo XVII. En la consolidación de los roles sexuales fue esencial la labor de teóricos y escritores didácticos así como la publicación de manuales de conducta junto con toda clase de materiales impresos como poemas, ensayos, novelas, artículos o relatos que experimentaron durante este periodo niveles de venta muy elevados y que sistemáticamente buscaron crear la mujer ideal (Jones 1990: 14-17; Armstrong 1987b). Los escritos religiosos, científicos y filosóficos de los eruditos sobre el hombre y la mujer se consideraron fuentes de autoridad incuestionables que se difundieron por toda la sociedad y que actuaron como la base de las leyes para regular los comportamientos. Antes de 1500, la mayor parte de los escritores religiosos y seculares catalogaron a la mujer como un ser claramente inferior al hombre, abasteciendo a las generaciones posteriores con ejemplos sobre las cualidades negativas de la mujer. Entre 1500 y 1750, sin embargo, con la llegada del Renacimiento, de la Reforma, y de la Revolución científica, empezaron a surgir voces disidentes que cuestionaban la autoridad y que expresaban una visión más positiva de la mujer, aunque la actitud negativa hacia ella siguió dominando (Wiesner 2000: 13-14). Por otra parte, el

floreCIMIENTO de la literatura didáctica fue una maniobra política para codificar los patrones de conducta del sexo femenino en relación a su homólogo masculino; como afirma Amanda Vickery existe una relación directa “in the way that political identities and political propaganda are entwined with ideas about sex and gender” y en el hecho de que “politics and manliness have seen to walk hand in hand” (Vickery 2001: 3).

La literatura didáctica se afanó por enseñar a las mujeres primero que los valores femeninos por antonomasia eran la castidad y la modestia, ambos defintorios del honor de la mujer en función de la pureza sexual, y segundo que el matrimonio era la institución más importante de la sociedad por lo que la felicidad de la mujer radicaba en el lenguaje constante del amor hacia el marido, a pesar de las posibles desavenencias y en la obediencia y sumisión a la figura masculina. Nancy Armstrong y Leonard Tennenhouse sostienen que “in determining what kind of woman a woman should desire to be, these books also determine what kind of woman men should find desirable” distinguiendo entre dos tipos de deseo, el objeto deseado y el sujeto que desea dicho objeto (Armstrong y Tennenhouse 1987: 59). Con la finalidad de que el matrimonio como institución funcionara, se persuadió a las mujeres de que el matrimonio fundado sobre el amor era una condición natural por oposición al matrimonio como contrato financiero que se interpretaba como una violación del orden natural. Para lograr la interiorización de estos principios básicos, el didactismo se vio plagado de consejos sobre el comportamiento femenino adecuado e inadecuado, así como de prescripciones que abarcaban desde la ropa que una mujer debía llevar, hasta los amigos que podía frecuentar, pasando por los libros que debía leer y los lugares que debía visitar. Respecto a este último aspecto, la mujer tenía terminantemente prohibido su acceso al mundo público, reservado exclusivamente para los hombres.

El motor de la literatura didáctica fue la creación de una sociedad más moral cuyo epicentro estaba representado por la mujer, quien debía estar constantemente atenta a su sexo y a su comportamiento en calidad de mujer, para contrastarlo con el ideal oficial femenino impuesto desde arriba. La atención prestada a todos estos factores iniciada en el siglo XVII con la publicación de libros de conducta como *English Gentlewoman* (1631) de Richard Brathwait (1588-1673), *Honnête Femme* (1639) de Jacques du Bosc (d. 1660), *Ladies Calling* (1673) de Richard Allestree (1619-1681) y *Lady's New Year's Gift* (1688) del Marqués de Halifax (1633-1695) provocaron que hacia 1740 esta ideología formara una parte inextricable del sistema.

Los libros de conducta del siglo XVII no estaban dirigidos sin embargo para enmendar el comportamiento de todas las mujeres sino sólo de las llamadas *gentlewomen* o *ladies*. Los escritores didácticos de principios del siglo XVIII respetaron el tono moralizante del siglo XVII enfatizando el valor de la modestia, pero modificaron algunos componentes para elaborar una nueva ideología femenina más poderosa, cuyo nacimiento tímido se localiza en *Ladies Calling* (1673) de Richard Allestree. En él se puede identificar la subordinación femenina con la insistencia sobre el origen natural de dicha subordinación, a lo que el siglo XVIII sumó la importancia de la pasividad femenina (Tague 2002: 1-48).

Tanto la literatura didáctica como los periódicos se singularizaron por su carácter ambiguo de inclusión y exclusión simultánea de la mujer, es decir, por ofrecer un espacio y un modelo de feminidad cada vez más restringido, especialmente en un momento histórico en el que ésta comenzaba a asentarse como lectora y escritora. El doble juego de los periódicos consistió primero en delimitar los caminos por los que las mujeres podían transitar y segundo, en amparar las exigencias femeninas, al tiempo que cimentaban la idea de la mujer como otro ser biológico, socialmente diferente al



hombre. En cuanto a la representación de las mujeres, los periódicos se constituyeron como reguladores de las relaciones de género y portadores de valores y de preceptos femeninos, al difundir que la mujer era naturalmente diferente al hombre y que en la casa poseía un campo separado pero igual al masculino que la otorgaba autoridad y capacidad de actuación. Como sostiene Kathryn Shevelow, “the early periodical was one of the principal linguistic sites for the production of a new ideology of femininity and the family” (Shevelow 1989: 3). El periódico se afanó por distinguir entre el vicio y la virtud, por proyectar una idealización de la mujer y por diseminar reglas sobre el comportamiento privado femenino, al tiempo que espejó una de las tendencias imperantes en el siglo XVIII: la irradiación de las categorías masculino/femenino, público/privado, domesticidad/mundo, convertidas en oposiciones binarias en las que el significado de cada categoría surgía en términos del otro. A través de la naturalización de este sistema de oposiciones se construyó el género y se hizo ver a la mujer que poseía naturalmente ciertas cualidades que la incapacitaban para instalarse en la esfera pública pero que sin embargo la convertían en la señora de la casa. Esta separación de roles significó que mientras la privacidad era la feminidad, la reproducción, la familia y lo apolítico, lo público era la masculinidad, la producción, el trabajo social y la política. Sin embargo, los periódicos también tuvieron que luchar contra fuerzas adversas que pretendían desplazar las representaciones domésticas dominantes por representaciones alternativas sobre la mujer que criticaban el patriarcado, patentes en las obras de Aphra Behn (1640-1689): *The Forced Marriage* (1670), *The Rover* (1677/1681), *The Feigned Courtesans* (1679), *The City Heiress* (1682); Mary Wortley Montagu (1689-1762): *The Best Letters of Mary Wortley Montagu* (1901); Mary Astell (1666-1731): *A Serious Proposal to the Ladies, for the Advancement of Their True and Greatest Interest* (1694)

and *A Serious Proposal, Part II* (1697), *Some Reflections upon Marriage* (1700) y Mary Collier (1688?-1762) con el poema “The Woman’s Labour” (1739).

Puntualicemos que el didactismo fue durante muchos siglos una de las piedras angulares de la sociedad y que estuvo dirigido no sólo a las mujeres sino también a los hombres; por ejemplo, *The Athenian Mercury* (1691-1697) el primer periódico de Inglaterra fundado por John Dunton (1659-1733), *The Tatler* (1709) y *The Spectator* (1711-1712) fueron creados con una finalidad instructiva aunque también amenizadora. Pero lo que es innegable es que a pesar de ir dirigidos a ambos sexos, estos periódicos crearon un discurso femenino que buscaba modelar a la mujer y fijarla en el contexto sentimental de la familia y de su sumisión al varón. Fue significativa también la proliferación masiva de materiales elaborados para el colectivo femenino desde mediados del siglo XVII que intentaban educar a las mujeres para la casa desde dentro de la casa. Este interés hacia el sexo femenino fue notorio con la aparición de *Free-Thinker or Essays on Ignorance* (1718-1719) de Ambrose Philips (1674-1749); de *The Visiter* (1723-1724), anónimo; de *The Female Spectator*, que funcionó desde abril de 1744 hasta mayo de 1746 y que era publicado mensualmente de modo anónimo por Eliza Haywood (1693-1756); *The Lady’s Magazine or, Polite Companion for the Fair Sex* (1759-1763) de Oliver Goldsmith (1728/1730-1774); o *The Lady’s Museum* (1760) de Charlotte Lennox (1730-1804).

Se puede decir en suma que la oposición iniciada y consolidada entre los dos sexos durante el siglo XVIII culminó en la imagen de la perfecta esposa y madre de familia victoriana plasmada por Coventry Patmore (1823-1896) en su poema “The Angel in the House” (1854) y que fue posteriormente usada por Virginia Woolf (1882-1941) como la imagen paradigmática de la opresión femenina. Aunque debe también matizarse que la asociación de la mujer con la domesticidad no fue específica del siglo

XVIII; la novedad radicó en la atribución de una autoridad y un poder inexistente hasta ese momento que la permitía considerarse en control de la esfera privada de igual modo que el hombre controlaba la esfera pública. Así, bajo el término de la igualdad, el patriarcado construyó el concepto de la privacidad femenina y en este proyecto político de reestructuración de las jerarquías tradicionales masculina y femenina, de la configuración de las identidades sexuales y de los géneros fue crucial la labor de los periódicos (Shevelow 1989).

#### **4.3.2. La familia y la nación**

Desde finales del siglo XVIII la familia fue esencial en la formulación histórica del sentimiento nacional y en la representación del orden social y moral. Según la lógica de la maternidad republicana, la función política más importante de la mujer era la enseñanza a sus hijos de los deberes patrióticos, siendo el hogar y la familia el baluarte del Estado y de la nación, dado que el amor hacia éstos se gestaba a través del amor dentro de la familia.

El uso de la familia como modelo de la nación enfatizó consideraciones tales como la unidad, la lealtad fundada sobre sentimientos naturales y la seguridad derivada de la misma. El nacionalismo impulsó la idea de que la identidad individual estaba unida a la identidad nacional y de que ésta era un factor natural, dado por sentado como consecuencia del nacimiento dentro de un grupo determinado, sostenido gracias a una descendencia común. Desde este punto de vista, la nación era una gran familia cohesionada por lazos de parentesco a través de la cual se llevaba a cabo tanto la

aculturación de los más jóvenes como la configuración de la identidad nacional (Gilbert 1999: 137-40).

En *La police des familles* (1977), obra fundamental sobre el estudio de la familia durante los siglos XVIII y XIX, Jacques Donzelot argumenta que los principales defensores de la familia fueron tanto los conservadores, defensores del restablecimiento del orden del Antiguo Régimen, como los liberales, que vieron en la familia la salvaguarda de la propiedad privada y del intervencionismo estatal. Durante el Antiguo Régimen, la familia se convirtió en la célula social por su doble función de sujeto y de objeto del gobierno; sujeto, por la distribución piramidal de los poderes a nivel interno, es decir, por el hecho de que la mujer, la prole, así como el conjunto de personas que vivían bajo el mismo techo tales como parientes, domésticos o aprendices permanecían subordinados al cabeza de familia. Recordemos que durante los siglos XVII y XVIII, la familia que prevaleció en Inglaterra fue la familia nuclear, aunque en ocasiones la unidad de esta supuesta familia nuclear no procedía estrictamente de la unión de un padre y una madre, sino además de todas aquellas personas que vivían bajo un mismo techo como criados o parientes (Tadmor 2001: 18-20). Y objeto porque el padre de familia se situaba a su vez en una relación de dependencia y sometimiento con respecto al poder político. La figura paterna era basilar en tanto en cuanto a través de él la familia se aseguraba un enclave de consideración social y se posicionaba en grupos de pertenencia sociales tales como las *redes de solidaridad* (comunidades aldeanas y corporaciones), y los *bloques de pertenencia* de carácter feudal o religioso. Según Donzelot “la familia constituía, pues, un *plexo* de relaciones de dependencia indisociablemente privadas y públicas, una red de hilos sociales que organizan a los individuos en torno a la conservación de una *condición* [...] otorgada y reconocida por grupos sociales más amplios. Es, pues, la mínima organización política posible”

(Donzelot 1979: 51). Efectivamente, la reacción paterna y familiar ante las órdenes políticas desencadenaba dos procesos antitéticos referentes a la práctica del poder social: el acatamiento con la consiguiente inclusión en la centralidad del sistema y la infracción con la ulterior exclusión del epicentro social. En el primer caso y ante la protección de los aparatos centrales, el jefe de familia debía responder recíprocamente con la normatividad pública de sus hijos. El segundo supuesto acontecía con la no pertenencia a una familia, con la inexistencia de un responsable socio-político, en suma con aquellos individuos que amenazaban al orden público: “es el registro de las gentes sin opinión, sin hogar ni lugar, mendigos y vagabundos que, no estando fijados al aparato social por ningún lado, cumplen el papel de perturbadores en ese sistema de protecciones y obligaciones” (Donzelot 1979: 52). El temor a caer en el descrédito y lo que ello implicaba, la incapacidad paterna para dominar a sus miembros, junto con la ausencia de fiabilidad de la familia fueron en múltiples ocasiones los mecanismos de opresión empleados por el Estado.

En uno de los estudios más completos de la familia que se han llevado a cabo, *The Family, Sex and Marriage in England 1500-1800* (1977), Lawrence Stone constata que la familia fue el principal agente de la socialización de los niños, de su orientación y adaptación a la religión, a la cultura y a la moralidad adecuada al país y a la clase social. Pero que además tenía otras funciones como la del control de los padres sobre los hijos para evitar la delincuencia y la infracción del orden por parte de éstos; la de ser un agente de ubicación social mediante la concesión de oportunidades laborales a través de contactos que desembocaban en un determinado *status*; la de ser un mecanismo de control también de los adultos, y en definitiva la de ser un factor de estabilización y cohesión social de suma relevancia (Stone 1977: 22). Asimismo destaca que el tipo de familia vigente durante el siglo XVIII fue “the Closed Domesticated Nuclear Family”,

organizada en torno al principio de la autonomía personal y fuertes lazos afectivos, por oposición a la “Open Lineage Family” del siglo XVI, caracterizada por su permeabilidad ante influencias exteriores, carencia de privacidad y el sentido de lealtad a los ancestros, y a la “Restricted Patriarchal Nuclear Family” de los siglos XVI y XVII que suplantó la fidelidad a la genealogía y a la comunidad local por la adhesión a la nación y a la Iglesia (Stone 1977: 4-7).

Dentro de la familia cobran especial relevancia las relaciones entre las madres y las hijas, fundamentalmente por dos razones: primero porque entre ellas se desarrolla una fuerte y estrecha identificación emocional, social y psíquica, y segundo porque en esencia ambas son la misma persona dado que todas las madres son hijas y casi todas las hijas son madres. Desde esta óptica, el conocimiento sobre el ser, sobre la feminidad, la infancia, y la ligazón entre la madre y la hija no son hechos accidentales sino que “they are produced and reproduced in specific relations of social and political power, and in response to specific social and political preoccupations. [...] these knowledges, while claiming to liberate us by revealing the *truth* about human nature, actually tie us in ever more closely with the workings of power” (Lawler 2000: 3).

La Revolución francesa fue un momento histórico en el que la nación incipiente estaba implicada en luchas locales, nacionales e internacionales y necesitaba de ciertas instituciones, entre ellas la familia, que simbolizaran valores absolutos y perennes para dar orden y estabilidad. Tanto la ausencia de maternidad como de paternidad se vio como un elemento deslegitimador y desestabilizador de la familia por lo que para evitar este tipo de situaciones, se concedió una nueva autoridad y poder al padre, una condición e identidad privilegiada dentro del patriarcado no sólo como cabeza de familia sino como patriarca, representante de la nación. La familia se contempló como el remedio a los males de la sociedad, simbolizados en las contrafamilias o familias

disfuncionales, por oposición a la familia ideal, la familia nuclear. En la obra *Representing the Family*, Deborah Chambers analiza la familia como constructo ideológico y su representación discursiva, entablando un diálogo con los debates sobre el género, la sexualidad, la raza y la etnicidad para constatar el papel que desempeña dentro de ellos la familia como tropo organizador de la cultura y la retórica política, de las prácticas sociales o de la organización del significado y del conocimiento. El libro se centra en dos argumentos clave sobre la familia en las naciones anglófonas: la supremacía de la etnicidad blanca y la regulación de la heterosexualidad y el patriarcado mediante los valores familiares. Según su razonamiento, el Estado en consonancia con las instituciones oficiales se encargó de implantar un modelo de familia blanca, patriarcal y de clase media, no sólo en Reino Unido sino también en las colonias, que conformó el núcleo del poder imperial británico y que transformó a la familia durante el siglo XIX en un símbolo de la colonización. De ahí que la familia, las metáforas y las prácticas familiares hayan jugado un papel crucial en las narrativas imperiales de las naciones europeas. Además, la instauración de una retórica política y moral sobre la familia se construyó sobre mitos muy poderosos a los que Deborah Chambers denomina *myths of familial origins*, que naturalizaron las relaciones sociales jerárquicas basadas en la ideología patriarcal, colonial, racista y heterosexual (Chambers 2001: 35). Estos mitos se enmarcaron en un conjunto de códigos naturales, atemporales y perennes que justificaban la autoridad masculina en el orden social y la inferioridad de ciertos grupos sociales como las mujeres y otras razas no blancas. Como consecuencia de todo esto, la familia nuclear blanca, la *functional family*, se constituyó como moralmente superior, mientras que factores como una tasa baja de matrimonios y un alto porcentaje de ilegitimidad se consideraron serias amenazas a la formación familiar, a la buena ciudadanía y al progreso social y moral de la nación (Chambers 2001: 49).

### 4.3.3. Agentes femeninos de subversión

- **Effie Deans**

Su delito no sólo reside en practicar una sexualidad ilegal e ilegítima sino además en que el fruto de esa sexualidad constituye una provocación a todo el orden comunitario y una amenaza al contrato social. El parto se convierte en la novela en un hecho equívoco dado que si por una parte, el nacimiento de un hijo dentro de una familia está ligado con la reproducción establecida, con los canales oficiales de circulación de las personas desde un punto de vista productivo y es beneficioso para la sociedad, por otro, los nacimientos extraoficiales simbolizan la circulación de seres y energías amenazadoras (Henderson 2006: 130-62). El embarazo ilegítimo de Effie emula el comercio ilegítimo que subyace a los disturbios de Porteous y registra a ambos como fuerzas perturbadoras; tanto el contrabando como el adulterio amenazan las leyes de la Unión legal entre hombre y mujer y entre Escocia e Inglaterra y abren una pequeña posibilidad a uniones entre individuos y países de carácter inestable.

Por lo tanto, el incumplimiento de las pautas sexuales por parte de Effie acarrea una auténtica reacción en cadena. En el plano privado, Effie desacata la autoridad paterna, fractura la estructura familiar no sólo la suya propia sino la que podría haber creado, su comportamiento afecta a la credibilidad y respetabilidad de su familia, mancilla el nombre de su padre y la educación recibida, pone en entredicho el honor de su hermana que a partir de entonces se siente distante de Reuben Butler, etc. En el plano personal, aniquila su identidad como mujer para convertirse en una asesina, es expulsada desde el centro a la periferia, pierde su reputación, su vida, su fertilidad, rompe con su papel de hija, de madre, de esposa, de hermana, de vecina, de ciudadana,



etc. En el plano social y nacional, afrenta a la reina, a la nación, a Dios, a su comunidad civil y religiosa, etc. La supuesta muerte del bebé de Effie epitomiza la muerte de la nación británica, y la desviación de la moral establecida amenaza la integridad moral de la nación. De ahí la necesidad de salvaguardar los vínculos entre la familia, la comunidad y la nación, y la urgencia de regular fronteras físicas e imaginarias que disciplinen los cuerpos sobre los cuales se proyecta la imagen de la nación. Effie por lo tanto violenta la disciplina, es decir la estrategia social para enderezar y fabricar individuos, enfocada a aumentar la fuerza y la productividad en términos económicos del cuerpo y a disminuir esa misma fuerza en términos políticos de obediencia. Su comportamiento no sólo produce una fisura entre lo permitido y lo prohibido socialmente sino que rompe la disciplina de la ley, de la tradición y especialmente de la norma, el código por excelencia de la sociedad moderna (Foucault 1996: 175, 142, 188).

La demonización de la mujer soltera que tenía hijos debe decodificarse en relación a la idealización de la mujer y madre casada; desde ese enfoque, la desviación de la mujer infanticida se consideraba particularmente grave dado que con su actuación invertía violentamente tanto la vida de su hijo como la institución de la maternidad que era definitoria de la sociedad burguesa. Por ello, la mujer infanticida que negaba la vida a su hijo era a su vez repudiada por la nación y etiquetada como la paria o la bárbara, un ser sin domesticar y de naturaleza antimaternal. Y si la maternidad era el máximo exponente de la civilización, el infanticidio lo era de los límites de la misma, señalando los grupos que debían ser expulsados de la sociedad como entidad moral (McDonagh 1999: 225).

La discriminación que sufre Effie a manos de la nación indica que la diferencia de trato para el hombre y para la mujer en el contexto histórico se refleja a su vez en la estructura literaria. En efecto como sostiene Carolyn F. Austin, ninguna heroína puede

hacer lo que los héroes de las novelas de Scott hacen, esto es, partir de la comunidad y volver sin obstáculos: “Waverley’s behavior [...] is errant, but Effie’s behavior is error, with irreversible effects” (Austin 2000: 624). El embarazo ilegal de Effie la estigmatiza en su expulsión de la comunidad, una expulsión que no es temporal como la de Waverley sino perpetua y que le impide regresar a su país salvo con un disfraz identitario.

La novela parte, con respecto a Effie, de una situación de orden en la que como sujeto pasa desapercibida para el sistema porque cumple con las normas y expectativas sociales y en consecuencia está socializada. El auténtico conflicto surge cuando Effie transgrede el orden, instalándose en el caos, pasa de la aceptación al incumplimiento y desafío de las pautas conductuales femeninas y aún peor, atraviesa la delgada línea entre el anonimato y la vida pública para convertirse en dominio popular y estar en boca de todos. En *Historia de la sexualidad*, Foucault aclara que mediante el uso del lenguaje de la transgresión, el individuo no sólo se sitúa fuera del poder sino que hace que la ley se tambalee (Foucault 1995: 13). Asimismo, en *La vida de los hombres infames: ensayos sobre desviación y dominación* sostiene que toda cultura está atravesada por una serie coherente de líneas divisorias, por un espacio que cada época histórica denomina como “sistema de la transgresión”, cuya función “es ambigua en el sentido estricto del término: desde el momento en el que señalan los límites, abren el espacio a una transgresión siempre posible” (Foucault 1990: 13). En consecuencia, la infracción de la ley hace de Effie un ser abyecto, “aquello que perturba una identidad, un sistema, un orden. Aquello que no respeta los límites, los lugares, las reglas” (Kristeva 1988: 11). La transición de la privacidad al mundo público la cataloga como la Otra, la Diferente que debe marginarse y castigarse para erradicar el crimen del infanticidio y servir como ejemplo del poder social ante los probables extravíos de la población. De hecho,

después de la lectura de la sentencia que la considera culpable de infanticidio y la condena a morir en la horca, Scott nos alerta sobre la nueva denominación que Effie recibe: “the unfortunate criminal, —for so she must now be termed [...]” (Scott 1879b: 199).

La transgresión de la ley y del orden establecido moviliza el tabú, patente en prohibiciones y restricciones, cuya realización es impulsada por una tendencia localizada en el inconsciente. Según Freud, en *Totem y tabú*, toda aquella persona que consuma este acto prohibido no sólo viola el tabú sino que se convierte a su vez en tabú, incitando a los demás a imitar su ejemplo. Desde esta perspectiva, la peligrosidad de Effie emana de su capacidad contagiosa y contaminadora en términos morales y legales. Esto explica por qué la transgresión del tabú es sinónimo de peligro social y por qué constituye un crimen que debe castigarse: “este peligro surge realmente en cuanto sustituimos los deseos inconscientes por impulsos conscientes, y consiste en la posibilidad de la imitación, que tendría por consecuencia la disolución de la sociedad. Dejando impune la violación, advertirían los demás su deseo de hacer lo mismo que el infractor” (Freud 2000: 45).

Scott nos presenta a Effie como una mujer de desbordante belleza que llama la atención de todos<sup>4</sup>:

---

<sup>4</sup> “But there was scarce another eye that could behold this living picture of health and beauty, without pausing on it with pleasure. The traveller stopped his weary horse on the eve of entering the city which was the end of his journey, to gaze at the sylph-like form that tripped by him, with her milk-pail poised on her head, bearing herself so erect, and stepping so light and free under her burden, that it seemed rather an ornament than an encumbrance. The lads of the neighbouring suburb, who held their evening rendezvous for putting the stone, casting the hammer, playing at long bowls, and other athletic exercises, watched the motions of Effie Deans, and contended with each other which should have the good fortune to attract her attention. Even the rigid Presbyterians of her father’s persuasion, who held each indulgence of the eye and sense to be a snare at least if not a crime, were surprised into a moment’s delight while gazing on a creature so exquisite,—instantly checked by a sigh, reproaching at once their own weakness, and mourning that a creature so fair should share in the common and

Effie Deans, [...], had now shot up into a beautiful and blooming girl. Her Grecian shaped head was profusely rich in waving ringlets of brown hair, which, confined by a blue snood of silk, and shading a laughing Hebe countenance, seemed the picture of health, pleasure, and contentment. Her brown russet short-gown set off a shape, which time, perhaps, might be expected to render too robust, the frequent objection to Scottish beauty, but which, in her present early age, was slender and taper, with that graceful and easy sweep of outline which at once indicates health and beautiful proportion of parts. (Scott 1879b: 83)

Esta descripción se ve modificada parcialmente cuando Scott informa al lector del carácter caprichoso, obstinado, irritable y orgulloso de Effie debido a la benignidad paterna (Scott 1879b: 83). Además, Scott puntualiza que esta complacencia paterna era propia de las clases rurales a diferencia de las urbanas: “In the higher classes, a damsel, however giddy, is still under the dominion of etiquette, and subject to the surveillance of mammas and chaperons; but the country girl, who snatches her moment of gaiety during the intervals of labour, is under no such guardianship or restraint, and her amusement becomes so much the more hazardous” (Scott 1879b: 87). Recordemos que el sexo y la moralidad fueron los pilares sobre los que se construyó el nacionalismo y que partiendo de esa idea, la nación esperaba que la mujer se comportara siempre de manera diferente al hombre. El buen comportamiento debía iniciarse en el hogar y continuarse en el ámbito público puesto que la moralidad privada estaba ligada a la virtud pública de la nación. Por ello, mientras la dignidad femenina nacional se definía en términos de fidelidad, castidad y monogamia, la sexualidad descontrolada era una amenaza para la nación y un peligro para el orden civil. La atención que una mujer pudiera atraer sobre sí misma era indicativo de inmoralidad y falta de modestia así como un síntoma de conmoción del orden social por la presencia en el ámbito público de un

---

hereditary guilt and imperfection of our nature, which she deserved as much by her guileless purity of thought, speech, and action, as by her uncommon loveliness of face and person”. (Scott 1879b: 83)

ser cuya existencia estaba reservada al ámbito doméstico. Cualquier manifestación llamativa por parte de la mujer en el ámbito público podía significar una merma de su honor, siendo éste una virtud difícilmente reemplazable; por eso, la mujer debía controlar todos y cada uno de sus gestos y examinar su cuerpo para detectar huellas impropias y corregirlas.

La nación se vio envuelta constantemente en una lucha contra la corrupción, siendo una parte vital de ésta los modales femeninos, esto es, el comportamiento y la apariencia externa, síntoma inequívoco de la pureza o degradación de la naturaleza femenina interior. Así pues, cuando Effie se desplaza a Edimburgo a la casa de la señora Saddletree a trabajar, Jeanie le pide a su hermana “the necessity of the utmost caution in her conduct while residing in Edinburgh” (Scott 1879b: 88). Es a partir del momento en que se traslada a Edimburgo, independiente de la autoridad paterna y fraternal, cuando los cambios físicos y psicológicos de Effie empiezan a ser perceptibles:

Her mistress sometimes observed her in tears, but they were signs of secret sorrow, which she concealed as often as she saw them attract notice. Time wore on, her cheek grew pale, and her step heavy. [...] This interval was marked by symptoms of anguish almost amounting to despair. The utmost efforts of the poor girl to command her fits of hysterical agony were, often totally unavailing, and the mistakes which she made in the shop the while, were so numerous and so provoking that Bartoline Saddletree, [...] lost all patience with the girl, [...] the disfigured shape, loose dress, and pale cheeks, of the once beautiful and still interesting girl. [...] It was afterwards found that a period of a week intervened betwixt her leaving her master's house and arriving at St. Leonard's. She made her appearance before her sister in a state rather resembling the spectre than the living substance of the gay and beautiful girl, who had left her father's cottage for the first time scarce seventeen months before. [...] These were the officers of justice, with a warrant of justiciary to search for and apprehend Euphemia, or Effie Deans, accused of the crime of child-murder. (Scott 1879b: 89-90)

La focalización sobre el drama humano de Effie, patente en sus ataques de histeria y en sucesivas actitudes, sitúa a *The Heart of Midlothian* en lo que Thomas W. Laqueur denomina una *narrativa humanitaria*, consistente en un tipo de narrativa que persigue que el sufrimiento de los otros genere compasión y que este sentimiento se entienda como un imperativo moral para emprender acciones meritorias. Según Laqueur, el siglo XVIII asistió a la producción de un conjunto de narrativas tales como la novela realista, la autopsia o los relatos clínicos que exponían detallada y minuciosamente los dolores y sufrimientos de la gente común que hasta entonces había permanecido en la sombra. La narrativa humanitaria, considerada como el objeto del discurso científico, tomaba como punto de partida el cuerpo no sólo como el foco del dolor, sino como el eslabón entre aquéllos que padecen y aquéllos que desean ayudar. Contextualizada en la política reformista, esta narrativa enfatizaba la capacidad de actuación humana como modelo de acción socio-moral y la causalidad entre las personas a través de un pensamiento muy claro: existe una relación de causa-efecto entre quien comete el mal y quien lo experimenta que puede eliminarse o mitigarse (Laqueur 1989: 176-204). En la novela, son numerosas las ocasiones en las que Scott busca despertar la compasión del lector; basten como muestra los ejemplos siguientes:

(Durante la entrevista en la prisión entre Jeanie y Effie): Even the hardhearted turnkey, who had spent his life in scenes calculated to stifle both conscience and feeling, could not witness this scene without a touch of human sympathy. It was shown in a trifling action, but which had more delicacy in it than seemed to belong to Ratcliffe's character and station. The unglazed window of the miserable chamber was open, and the beams of a bright sun fell right upon the bed where the sufferers were seated. With a gentleness that had something of reverence in it, Ratcliffe partly closed the shutter, and seemed thus to throw a veil over a scene so sorrowful. (Scott 1879b: 170)

"Put back your hair, Effie," said one of the macers. For her beautiful and abundant tresses of long fair hair, which, according to the costume of the country, unmarried women were not allowed to cover with any sort of

cap, and which, alas! Effie dared no longer confine with the snood or riband, which implied purity of maiden-fame, now hung unbound and dishevelled over her face, and almost concealed her features. On receiving this hint from the attendant, the unfortunate young woman, with a hasty, trembling, and apparently mechanical compliance, shaded back from her face her luxuriant locks, and showed to the whole court, excepting one individual, a countenance, which, though pale and emaciated, was so lovely amid its agony, that it called forth a universal murmur of compassion and sympathy. Apparently the expressive sound of human feeling recalled the poor girl from the stupor of fear, which predominated at first over every other sensation, and awakened her to the no less painful sense of shame and exposure attached to her present situation. Her eye, which had at first glanced wildly around, was turned on the ground; her cheek, at first so deadly pale, began gradually to be overspread with a faint blush, which increased so fast, that, when in agony of shame she strove to conceal her face, her temples, her brow, her neck, and all that her slender fingers and small palms could not cover, became of the deepest crimson. [...] All marked and were moved by these changes, excepting one. It was old Deans, who, motionless in his seat, and concealed, as we have said, by the corner of the bench, from seeing or being seen, did nevertheless keep his eyes firmly fixed on the ground, as if determined that, by no possibility whatever, would he be an ocular witness of the shame of his house. (Scott 1879b: 181)

El conocimiento del infanticidio marca un punto de inflexión dentro de la estructura de la familia Deans y dentro de la comunidad de Edimburgo. La actitud de su padre ante la noticia antecede la futura actuación de la justicia y la reacción popular como muestra de la asimilación perfecta de los patrones culturales. Al mismo tiempo refleja el miedo a la pérdida de la reputación y al qué dirán:

“Where,” he said, with a voice that made the roof ring, “where is the vile harlot, that has disgraced the blood of an honest man?—Where is she, that has no place among us, but has come foul with her sins, like the Evil One, among the children of God?—Where is she, Jeanie?—Bring her before me, that I may kill her with a word and a look!” [...] But to be the father of a castaway—a profligate—a bloody Zipporah—a mere murderess!—O, how will the wicked exult in the high places of their wickedness!—the prelatists, and the latitudinarians, and the hand-waled murderers, whose hands are hard as horn wi’ handing the slaughter-

weapons—they will push out the lip, and say that we are even such as themselves. Sair, sair I am grieved, neighbours, for the poor castaway—for the child of mine old age—but sairer for the stumbling-block and scandal it will be to all tender and honest souls! [...] But if a dollar, [...] wad save her open guilt and open shame frae open punishment, that purchase wad David Deans never make!—Na, na; an eye for an eye, a tooth for a tooth, life for life, blood for blood—it’s the law of man, and it’s the law of God. (Scott 1879b: 91)

En suma, la acción de Effie humilla a toda la familia:

It is well known, that much, both of what is good and bad in the Scottish national character, arises out of the intimacy of their family connections. “To be come of honest folk,” that is, of people who have borne a fair and unstained reputation, is an advantage as highly prized among the lower Scotch, as the emphatic counterpart, “to be of a good family,” is valued among their gentry. The worth and respectability of one member of a peasant’s family is always accounted by themselves and others, not only a matter of honest pride, but a guarantee for the good conduct of the whole. On the contrary, such a melancholy stain as was now flung on one of the children of Deans, extended its disgrace to all connected with him, and Jeanie felt herself lowered at once, in her own eyes, and in those of her lover. (Scott 1879b: 97-98)

Effie como mujer desleal es más que un miembro débil de la comunidad, dado que pone en serio peligro la existencia de la comunidad, haciendo realidad uno de los mayores temores de la nación: la independencia de la mujer con respecto al papel sumiso de madre y de esposa casta y virtuosa. Sobre la transgresión, Fichte afirmaba en *Fundamento del derecho natural según los principios de la doctrina de la ciencia* (1796) lo siguiente: “Pero apenas la ley es transgredida, el transgresor está por ello excluido de la ley, y su potencia excluida de la potencia de la ley. Su voluntad ya no es concordante con la voluntad común, sino que deviene una voluntad privada” (Fichte 1994: 226). Rousseau también coincidía con esta idea en *El contrato social* (1762) al



afirmar: “Tan pronto como esta multitud está así reunida en un cuerpo, no se puede ofender a uno de los miembros sin atacar al cuerpo; mucho menos atacar al cuerpo sin que con ello se resientan los miembros” (Rousseau 1999: 64). La ofensa de Effie no sólo va dirigida contra su propia familia sino contra toda su comunidad, la nación, y contra la figura visible de la misma, el monarca. La mujer descarriada que cometía el pecado del infanticidio seguía siendo una amenaza potencial para la comunidad hasta que la justicia la condenaba mediante la pena capital a su desintegración física. Hasta entonces, su conducta servía como advertencia para el resto de mujeres recordándoles la urgencia de salvaguardar su identidad política y moral como madres o futuras madres virtuosas. Este proceder femenino ilustra a la perfección el pensamiento de Hélène Cixous sobre el cumplimiento exitoso del objetivo masculino: “Ellos han cometido el peor crimen contra las mujeres: las han arrastrado, insidiosa, violentamente, a odiar a las mujeres, a ser sus propias enemigas, a movilizar su inmenso poder contra sí mismas [...]” (Cixous 1995: 21).

Sin embargo, si Scott parece cerrar la novela de modo moralizante y escarmentar el extravío de Effie, las páginas precedentes al fallecimiento de Staunton a manos de su hijo demuestran la solidez de la perturbación social de ambos a lo largo de la novela. A pesar del sacrificio de Jeanie para conseguir el indulto de la reina, Effie se escapa con Robertson sin avisar a su padre, ocasionando que David Deans la considere muerta en vida:

“You will never see her mair, my bairn,” answered Deans in a solemn tone [...] “The Lord protect us!” said Jeanie,—“Can the unhappy bairn hae left you for that villain?”, “It is ower truly spoken,” said Deans—“She has left her auld father, that has wept and prayed for her—She has left her sister, that travailed and toiled for her like a mother—She has left the bones of her mother, and the land of her people, and she is ower the march wi’ that son of Belial—She has made a moonlight flitting of it.”

He paused, for a feeling betwixt sorrow and strong resentment choked his utterance. [...] “She went out from us, my bairn, because she was not of us,” replied David. “She is a withered branch will never bear fruit of grace—a scapegoat gone forth into the wilderness of the world, to carry wi’ her, as I trust, the sins of our little congregation. [...] She hath passed from us like the brook which vanisheth when the summer waxeth warm, as patient Job saith—let her pass, and be forgotten”. (Scott 1879b: 338-39)

Y es que al regresar con su seductor, Effie se sitúa nuevamente fuera de la jurisdicción paterna, de la autoridad moral de su padre y de su hermana, siguiendo los dictados de sus propias pasiones. Pero además, se mantiene firme en su sentimiento hacia Staunton, contrayendo matrimonio con él y legalizando así de cara al Estado una unión subversiva, aunque sigue siendo consciente de su delito:

“Na, na, Jeanie,” replied her sister sorrowfully,—“ye hae forgotten what I am—a banished outlawed creature, scarce escaped the gallows by your being the bauldest and the best sister that ever lived—I’ll gae near nane o’ your grand friends, even if there was nae danger to me.”, [...] “It’s in vain speaking, Jeanie,—I maun drink as I hae brewed—I am married, and I maun follow my husband for better for worse”. (Scott 1879b: 367-68)

Por otra parte, Effie incumple otro de los requisitos legales, el del indulto. Si la condición del indulto concedido por la reina implicaba el destierro de Effie durante catorce años, Archibald le comenta a David Deans que dicha cláusula no tiene por qué cumplirse estrictamente y que Effie se puede reunir con su familia en Roseneath porque “living on the verge of the Highlands, she might indeed, be said to be out of Scotland, that is, beyond the bounds of ordinary law and civilization” (Scott 1879b: 340). Y aunque Effie no regresa a vivir a Roseneath lo hace a Lincolnshire después de cuatro años.

El tercer elemento transgresor de ambos es su integración en la alta sociedad, gracias al origen aristocrático de George Robertson, llamado en realidad George Staunton y al pacto de silencio sobre su pasado. Ese pacto de silencio se levanta sobre el gran secreto que une a Effie y a Staunton, la coincidencia de identidad entre George Robertson y George Staunton y la responsabilidad del mismo en el asesinato de Porteous. Sin embargo, el compromiso de Jeanie a guardar tal secreto para no perjudicar a Staunton y a su hermana, la convierte asimismo en cómplice y en un personaje igualmente transgresor de la justicia: “I thank you for your respect to my secret, when a word [...] would have cost me my life. People say, you should keep from the wife of your bosom the secret that concerns your neck—my wife and her sister both know mine, and I shall not sleep a wink the less sound” (Scott 1879b: 368). Aunque el matrimonio restituye la honra de Effie: “Effie was married—made, according to the common phrase, an honest woman—that was one main point” (Scott 1879b: 369), Staunton decide para evitar problemas “conceal my marriage for the present, and stay abroad for some years” (Scott 1879b: 368).

La carta que le envía Effie a Jeanie muestra cómo se han introducido en la alta sociedad londinense alcanzando riqueza, distinción y honorabilidad. La transmutación de Effie muestra la artificialidad de la sociedad *Hanoveriana*, una sociedad regida por las apariencias en la que los modales han suplantado la moralidad. Su escalada social hasta el núcleo del sistema es un claro indicativo del conflicto entre las apariencias y la realidad, y por tanto de la incoherencia entre el pensamiento y la conducta. A pesar de que la propia Effie se reconoce infeliz debido a que lleva “the life of a miserable impostor, indebted for the marks of regard I receive to a tissue of deceit and lies, which the slightest accident may unravel” (Scott 1879b: 376), y de que viven con la angustia de ser descubiertos: “It is E. whose life is once more in your hands—it is E. whom you

are to save from being plucked of her borrowed plumes, discovered, branded, and trodden down, first by him, perhaps, who has raised her to this dizzy pinnacle” (Scott 1879b: 377), su educación y el origen de su marido les han permitido introducirse en la médula de la nación y conducirse como supuesta gente respetable: “In this long letter there was much to surprise [...] That Effie [...] should be mingling freely in society, and apparently on not unequal terms, with the Duke of Argyle, sounded like something so extraordinary, that she even doubted if she read truly. Nor was it less marvelous, that, in the space of four years, her education should have made such progress” (Scott 1879b: 377).

En la novela hay un antes y un después para Effie y Staunton como consecuencia de la concesión del indulto que se corresponde con el lugar que ocupan ambos dentro de los márgenes sociales. Si bien el asesinato de Porteous y el infanticidio les sitúan en la periferia social, el paso del tiempo favorece su regreso no sólo a la sociedad sino a las capas más elevadas de la misma. El cambio radical en la consideración social se aprecia especialmente en Effie. La subversión de Effie contra el sistema patriarcal y la aserción de su voluntad individual la posicionan dentro del grupo de mujeres que no han interiorizado de modo satisfactorio la educación; las secuelas de esta mala educación resultan ser nefastas para Effie quien apartándose del papel tradicional reservado a la mujer fundado sobre la castidad y la docilidad, se ve abocada por su acto a la soledad, al abandono, y de no ser por el indulto de la reina, a la muerte. En la novela se aprecia perfectamente cómo el precio que paga Effie por desafiar las obligaciones femeninas y por desobedecer al patriarcado es la infecundidad:

“I have learned with great pleasure of your increasing family. We have not been worthy of such a blessing; two infants have been successively removed, and we are now childless—God’s will be done! But, if we had

a child, it would perhaps divert him from the gloomy thoughts which make him terrible to himself and others". (Scott 1879b: 375)

"Had he but a child," said the unfortunate wife, "or had that luckless infant survived, it would be some motive for living and for exertion. But Heaven has denied us a blessing which we have not deserved". (Scott 1879b: 382)

Sin embargo, si tenemos en cuenta que la infertilidad autoimpuesta fue en las colonias una forma de resistencia por parte de las mujeres esclavas, podemos interpretar la esterilidad de Effie como otra forma de subversión frente al sistema.

Con todo, la ideología femenina de sometimiento al varón y al *status quo* exigía que la mujer debía ser casta, sinónimo de honestidad y decencia, "de faltarle este elemento tan importante, se hacía ésta inmerecedora de participar en las recompensas otorgadas sólo a las mujeres virtuosas, entre las que se destacaban el matrimonio y la maternidad" (Andreu 1982: 144). Tanto Effie como Madge invierten el concepto de la maternidad dado que ambas son madres, han pasado por la experiencia del alumbramiento y sin embargo, carecen de hijos, fracturando así no sólo el género femenino y su función prioritaria, sino la lógica que da estabilidad a su cultura. El Estado se encargó no sólo de regular la institución del matrimonio y la maternidad sino de que fueran la médula de las categorías sociales del género y de la diferencia entre los sexos. En este sentido, la base esencial sobre la que se construyó la diferenciación y la subordinación femenina tomó fundamentalmente tres formas: la conformidad con la subordinación, orientada a acomodarse a los intereses y deseos del hombre, a la que R. W. Connell denomina *emphasized femininity*; la resistencia o actitud desafiante ante la subordinación, representada por Effie y finalmente, la combinación de la conformidad, la resistencia y la cooperación y que en la obra se corresponde con Jeanie (Connell 1987: 183).

Sin embargo, la educación recibida durante esos cuatro años y el trato con la buena sociedad, transforman a Effie en un personaje social desconocido, “Lady Staunton of Willingham, in Lincolnshire” (Scott 1879b: 380) para Jeanie, que ve asombrada cómo su hermana se codea incluso con la corte y cómo resulta físicamente irreconocible para ella cuando se la encuentra frente a frente pasados los años:

“She has been the ruling belle—the blazing star—the universal toast of the winter,” said the Duke; “and is really the most beautiful creature that was seen at court upon the birth-day.” [...] “Amidst her noble and elegant manners, there is now and then a little touch of bashfulness and conventual rusticity, if I may call it so, that makes her quite enchanting. You see at once the rose that had bloomed untouched amid the chaste precincts of the cloister, Mr. Butler”. (Scott 1879b: 380-81)

The lady was rather above the middle size, beautifully made, though something *embonpoint*, with a hand and arm exquisitely formed. Her manner was easy, dignified, and commanding, and seemed to evince high birth and the habits of elevated society. (Scott 1879b: 391)

La impostura de Effie y Staunton hace patente no sólo que el engaño es parte del núcleo del sistema, esa fracción social que debería estar sana para garantizar la pervivencia del orden, sino que cuestiona la credibilidad de muchos de esos matrimonios que pasan por ser distinguidos y con orígenes nobles: “On reperusing the letter, she could not help observing the staggering and unsatisfactory condition of those who have risen to distinction by undue paths, and the outworks and bulwarks of fiction and falsehood, by which they are under the necessity of surrounding and defending their precarious advantages” (Scott 1879b: 379). Incluso para los ciudadanos de Edimburgo, la figura de Staunton resulta irreconocible después de tantos años:

The nobleman who held this office chanced to be particularly connected with Sir George Staunton, and it was in his train that he ventured to tread the High Street of Edinburgh for the first time since the fatal night of Porteous’s execution. Walking at the right hand of the representative of Sovereignty, covered with lace and embroidery, and with all the

paraphernalia of wealth and rank, the handsome though wasted figure of the English stranger attracted all eyes. Who could have recognised in a form so aristocratic the plebeian convict, that, disguised in the rags of Madge Wildfire, had led the formidable rioters to their destined revenge? (Scott 1879b: 400)

Los elaborados recursos que Effie utiliza para encubrir su verdadera identidad y asegurar su identidad fingida, tales como el cuidado de los modales, la adquisición de idiomas extranjeros, el carácter refinado de su escritura o la artificiosidad de sus vestidos, sirven para ocultar su acto sexual y sus orígenes humildes. El corolario del castigo de Effie y de Staunton reside en dos factores: en el asesinato de éste por parte de su hijo, sin que ninguno de ellos sepa que el asesino es su propio hijo y en el posterior ingreso de Effie en un convento:

Sir George Staunton offered the bravest resistance till he fell, as there was too much reason to believe, by the hand of a son, so long sought, and now at length so unhappily met [...]. (Scott 1879b: 417)

[...] after declining repeated offers of the most respectable kind for a second matrimonial engagement, Lady Staunton betrayed the inward wound by retiring to the Continent, and taking up her abode in the convent where she had received her education. She never took the veil, but lived and died in severe seclusion, and in the practice of the Roman Catholic religion, in all its formal observances, vigils, and austerities. (Scott 1879b: 420)

Hechas estas aclaraciones históricas, ¿qué hubo de verdad en el relato de Scott en relación al caso de Effie? ¿Cometió realmente el infanticidio? En la obra *Sketches from Nature* (1803), John M' Diarmid (1779-1807) dedica un capítulo a Jeanie Deans titulado "The Real History of Jeanie Deans" en el que narra que Effie sí cometió infanticidio:

I regret that I am unable to fix the exact date of the principal incident in Helen Walker's life. [...] Isabella was courted by a youth of the name of

Waugh, who had the character of being rather wild, fell a victim to his snares, and became *enceinte*, though she obstinately denied the fact to the last. The neighbours, however, suspected that a child had been born, and repeatedly urged her to confess her fault. But she was deaf to their entreaties, and denied all knowledge of a dead infant, which was found shortly after in the Cairn, or Clouden. The circumstance was soon bruited abroad, and by the directions of the Rev. Mr Guthrie, of Irongray, the suspected person, and *corpus delicti*, were carried before the authorities for examination. The unnatural mother was committed to prison, and confined in what was called the “thief’s hole”, in the old jail of Dumfries [...] Her sister was tried, condemned, and sentenced to be executed at the termination of the usual period of six weeks [...] Immediately after the conviction, Helen Walker borrowed a sum of money, procured one or more letters of recommendation, and without any other guide than the public road, began to wend her way to the City of London [...] Walked barefooted the whole way, and completed the distance in 14 days. [...] A pardon was procured and dispatched to Scotland, and the pilgrim, after her purse had been replenished, returned home, [...] Tibby Walker, [...] retired to England, and afterwards became united to the man that had wronged her, and with whom as is believed, she lived happily for the greater part of half a century. Her sister resumed her quiet rural employments, and after a life of unsullied integrity, died in Nov. or Dec. 1791, at the age of nearly fourscore. (M’ Diarmid 1830: 384-87)

### • Margaret Murdockson

Este personaje representa el lado más terrible de la maternidad, una madre que en su labor de comadrona no sólo se dedica a arrancar la vida de los recién nacidos sino a arruinar la vida de su propia hija. Su naturaleza maternal se describe como violentamente incivilizada con el asesinato del hijo de Madge, y mediante este hecho con la muerte de su cordura. Meg Murdockson, se constituye así como el hilo desencadenante de la historia al ser la instigadora del infanticidio, aunque éste nos enteramos posteriormente de que no ha llegado a producirse porque Madge roba al niño y lo entrega a una mujer vagabunda, Annaple Bailzou.



Meg alumbra uno de los debates más controvertidos del siglo XVIII y de principios del siglo XIX: el de las comadronas; un discurso que hasta entonces había estado en manos mayoritariamente de las mujeres y en el que el hombre fue mostrando un interés paulatino hasta adueñarse prácticamente del mismo dentro del ámbito de la medicina. El afán masculino por supervisar la labor femenina de asistencia al parto se enmarcó en el contexto científico y médico ilustrado del control de la sexualidad, del cuerpo femenino y del nacimiento de ciudadanos sanos. Tanto la ciencia como la medicina fueron vitales en las investigaciones llevadas a cabo durante el siglo XVIII sobre la sexualidad, esencialmente por tres motivos: primero, por el estudio de fenómenos naturales como la reproducción, la sexualidad y las enfermedades relacionadas con el sexo; segundo, porque ambos discursos gozaron de una posición epistemológica privilegiada al recurrir a unos métodos apartados del dogma y la superstición que avanzaban hacia un conocimiento secular y empírico del mundo social y natural, y tercero, porque sus teorías se elaboraron en términos sexuales metafóricos, designando por ejemplo la naturaleza como una mujer descubierta, desnuda y penetrada por la ciencia masculina. Por otra parte, las comadronas no sólo habían sido hasta entonces las depositarias de secretos sino las preservadoras del conocimiento femenino, de ahí que fueran vistas como las guardianas de la memoria cultural gracias a las narraciones transmitidas oralmente de generación en generación.

El punto de partida de la controversia se originó con la idea de la irresponsabilidad de las comadronas que en realidad encubría una rivalidad masculina-femenina sobre el control de los pacientes y de las tarifas. En un intento por dominar la práctica médica, y con el pretexto del desarrollo de la medicina y de la ciencia, se hizo hincapié sobre la peligrosidad e ignorancia de las comadronas en comparación con la profesionalidad de los médicos y los cirujanos. Hasta la aparición del debate, la ayuda al

parto tanto por hombres como por mujeres, aunque por éstas en porcentaje superior, era simplemente una muestra de que los límites entre los sexos eran borrosos; la inquietud ilustrada de someter todo a la observación masculina condujo a una estricta clarificación de las divisiones entre los sexos. En Francia por ejemplo, fueron múltiples los empeños por regular a las comadronas, sobre las que se difundió una imagen de corrupción moral y sexual (Jordanova 1989: 24, 32; Sayers 1987). En Gran Bretaña, George Crabbe (1754-1832) ilustró a la perfección el conflicto entre las comadronas y los practicantes masculinos en su obra *The Parish Register* (1807) a través de la enemistad entre Leah, una comadrona reconocida del pueblo, y el nuevo doctor Glibb.

A la luz de esta polémica histórica se puede contemplar *The Heart of Midlothian* como un espacio textual en el que se da vía libre a la labor subversiva de la comadrona, precisamente porque rompe con el pacto más elemental con Effie, la futura madre, el de salvar la vida de su hijo, incumpliendo por extensión el pacto con el resto de posibles madres que pidan su ayuda. La desmesura del poder de Meg radica en su capacidad doble, por un lado para dar y quitar la vida y por otro, para obstruir la reproducción de la nación. Mediante su función de comadrona pasa a ser una controladora ilegal de cuerpos sobre los que despliega su autoridad, entrando así en plena competencia con la nación y su estructura patriarcal.

Físicamente Meg destaca por ser una persona de rasgos extremadamente desagradables que anticipan su personalidad corrupta y corruptora. Para Effie, Meg es “an hard-hearted bad woman” (Scott 1879b: 188) y para Jeanie la impresión que Madge le produce es aterradora: “She was at first terrified by the sight, for the features of the old woman had a hideous cast of hardened and inveterate malice and ill-humour [...]” (Scott 1879b: 242). Scott nos presenta a Meg como un ser ambiguo movido a veces entre la compasión y la venganza aunque ésta última predomina:

“I have nursed him at this withered breast,” answered the old woman, folding her hands on her bosom, as if pressing an infant to it, “and, though he has proved an adder to me—though he has been the destruction of me and mine—though he has made me company for the devil, if there be a devil, and food for hell, if there be such a place, yet I cannot take his life.—No, I cannot,” she continued, with an appearance of rage against herself; “I have thought of it—I have tried it [...] Na, na—he was the first bairn I ever nurst—ill I had been—and man can never ken what woman feels for the bairn she has held first to her bosom!”. (Scott 1879b: 244)

“Revenge!” continued the old woman; “why, it is the best reward the devil gives us for our time here and hereafter. I have wrought hard for it—I have suffered for it—and I have sinned for it—and I will have it,—or there is neither justice in heaven or in hell!”. (Scott 1879b: 244)

Meg destaca por ser un personaje móvil con múltiples identidades: ladrona, vagabunda, comadrona, asesina, bruja, etc. y forma parte del conjunto de personajes como su hija y Robertson que descienden en la escala social y moral de una posición respetable a una posición degradante y nociva para la sociedad. Sus incursiones en la brujería y su participación en un robo con asesinato provocan que muera de modo trágico: “A sture woife, and a dour,” said one Cumbrian peasant [...] “She has gone to ho master, with ho’s name in her mouth,” [...] “Shame the country should be harried wi’ Scotch witches and Scotch bitches this gate—but I say hand and drown”, “[...] take awa low—hang the witch, and there will be less scathe among us [...]” (Scott 1879b: 325-26). Como afirman Gilbert y Gubar en *The Madwoman in the Attic*, “to mention witches, [...], is to be reminded once again of the traditional (patriarchally defined) association between creative women and monsters. [...] From a male point of view, women who reject the submissive silences of domesticity have been seen as terrible objects [...]” (Gilbert y Gubar 1979: 79).

Pero la malignidad desafiante de Meg y su crueldad, patente en su sobrenombre “Mother Blood” (Scott 1879b: 237), no se detiene en este aspecto; a pesar de causar un

gran mal a Effie, escapa también a la ley y a la aplicación de un castigo por su delito. En este sentido, Meg como Robertson es otro de los personajes que circulan impunes por la trama, otro de los flecos sueltos que se muestran escurridizos al control del sistema, exhibiendo las fallas del mismo. Finalmente, su muerte en la horca, a manos del pueblo, como castigo por sus actos, subvierte la creencia de la reconciliación del hombre con la divinidad: “[...] they will afterwards remember them, Jeanie, I say, could discern that the present victim of the law had died game, as it is termed by those unfortunates; that is, sullen, reckless, and impenitent, neither fearing God nor regarding man” (Scott 1879b: 325).

### • Madge Wildfire

Madge descuella por ser un personaje polifacético, con diversas identidades, todas ellas entrelazadas por su pertenencia a un submundo social como es el espacio del robo, de la mendicidad, o de la locura desempeñando ésta última un papel estructural en el texto. Históricamente la locura se ha considerado una enfermedad típicamente femenina y en este punto, filósofos, teóricos y críticos literarios han observado la alianza entre la locura y la mujer. Dentro del sistema dualista del lenguaje y la representación, se ha situado a las mujeres en el lado de la irracionalidad, del silencio, de la naturaleza y del cuerpo, mientras que se han reservado al hombre cualidades como la razón, el discurso, la cultura y la mente. Fue durante el siglo XVIII cuando la dialéctica entre la razón y la sinrazón tomó un significado específicamente sexual y la simbolización del género de la persona demente se desplazó del hombre a la mujer. Si durante todo el siglo XVIII la imagen del lunático se correspondió con el hombre y con las famosas estatuas de Caius Gabriel Cibber (1630-1700), “Melancholy Madness” y

“Raving Madness” situadas en la entrada del *Bethlem Hospital*, hacia 1815 se sustituyó esta representación por la imagen de una mujer loca de rasgos atractivos y así, la mujer insana, víctima de la sociedad, se transformó en una figura de culto para los románticos. Éstos se sintieron especialmente atraídos por la naturaleza ambigua de la demencia femenina articulada a través de tres iconos femeninos: Ofelia, la suicida; Crazy Jane, la sentimental y Lucía, la violenta (Showalter 1987: 1-14). De esta tríada, Madge amalgama comportamientos y rasgos diversos de las dos primeras.

Al igual que Ofelia, Madge canta constantemente canciones y baladas, enlaza términos inconexos, hace referencias explícitas al sexo, habla “with her usual diffuseness of ideas” (Scott 1879b: 247) y es una persona movida por la vanidad y la coquetería. Como Crazy Jane, una balada de seducción y traición que Matthew Monk Lewis compuso en 1793, Madge ha sido abandonada por su seductor, Robertson y arrancada de su hijo, hechos que le han provocado la locura, convirtiéndola en un ser vulnerable, dependiente del afecto masculino. Sin embargo, Madge no encaja plenamente con el tercer icono, Lucy Ashton, quien encarna la agresividad sexual femenina contra los hombres. Este nombre corresponde a la protagonista de *The Bride of Lammermoor* (1819) de Walter Scott quien es forzada a casarse por conveniencia en contra de su voluntad y en la noche de bodas mata a su marido en un ataque de locura. Madge únicamente se asemeja a Lucy en los brotes de agresividad circunstancial. Sirvan como ejemplos:

“What have ye to do asking for folk’s names?—Have ye a mind I should scour my knife between your ribs, as my mother says?”. (Scott 1879b: 250)

Madge was a little before Jeanie when she turned aside; but, suddenly changing her course, she followed her with long strides, and, with every feature inflamed with passion, overtook and seized her by the arm. “Do ye think, ye ungratefu’ wretch, that I am gaun to let you sit down upon

my father's grave? The deil settle ye doun, if ye dinna rise and come into the Interpreter's house, that's the house of God, wi' me, but I'll rive every dud aft your back!". She adapted the action to the phrase; for with one clutch she stripped Jeanie of her straw bonnet and a handful of her hair to boot, and threw it up into an old yew-tree, where it stuck fast. (Scott 1879b: 255-56)

El peligro de la locura radica en que recuerda a cada uno su verdad. En *Historia de la locura en la época clásica*, Foucault afirma que "la locura tiene una doble razón de ser *ante* la razón; está, al mismo tiempo, del *otro lado y bajo su mirada*; del otro lado: la locura es diferencia inmediata, negatividad pura, aquello que se enuncia como no-ser, en una evidencia irrecusable; es una ausencia total de razón, que se percibe inmediatamente como tal, sobre el fondo de las *estructuras de lo razonable*" (Foucault 1967: 286). Una vez más recurrimos a Foucault quien en *El discurso del poder* argumenta que mientras la historia de lo Mismo, de la cordura y de la identidad se inscriben dentro de aquellos comportamientos regulados que reprimen adecuadamente los deseos, que aprueban las prescripciones culturales de tales instintos y que consensuan el pacto entre el individuo y el sistema,

la historia de la locura sería la historia de lo Otro- de lo que, para una cultura, es a la vez interior y extraño y debe, por ello, excluirse (para conjurar un peligro interior); la historia del orden de las cosas sería la historia de lo Mismo- de aquello que, para una cultura, es a la vez disperso y aparente y debe, por ello, distinguirse mediante señales y recogerse en identidades. (Foucault 1983: 62)

Aproximadamente a mitad de la novela, Jeanie nos explica la causa de la locura de Madge:

This speech gave Jeanie a dark insight into Madge's history. She had been courted by a wealthy suitor, whose addresses her mother had favoured, notwithstanding the objection of old age and deformity. She had been seduced by some profligate, and, to conceal her shame and

promote the advantageous match she had planned, her mother had not hesitated to destroy the offspring of their intrigue. That the consequence should be the total derangement of a mind which was constitutionally unsettled by giddiness and vanity, was extremely natural; and such was, in fact, the history of Madge Wildfire's insanity. (Scott 1879b: 251)

Además Madge es un personaje transgresor por la problemática que la locura conlleva. En “Scott's *The Heart of Mid-Lothian* and the Disordered Memory”, Catherine A. Jones estudia el papel que la memoria disfuncional de Madge juega en la narrativa. La provocación de esta memoria desorganizada radica en la preservación de la verdad del pasado, una verdad que en ocasiones se vislumbra pero que nunca se muestra diáfana. La imposibilidad de apresar esa verdad oculta pone en serias dificultades al resto de los personajes, afanados en interpretar la progresión inapropiada de la memoria perturbada de Madge. Sharptlaw por ejemplo junto con Ratcliffe, intentan extraer información de su memoria, convencidos de que sus recuerdos fragmentarios silencian información sobre el asalto a la prisión y el linchamiento de Porteous. Por otra parte, la naturaleza escurridiza de esta memoria la convierte en una memoria de resistencia y en un espacio que escapa al control masculino y social. Si el pensamiento depende de la memoria y la memoria depende de la asociación correcta de las ideas, en el texto nos encontramos con personajes cuya mente realiza asociaciones lógicas y otros como Madge, cuya mente realiza asociaciones parciales e inconexas. La alteración de su memoria se encuentra encadenada a su amor por Robertson, la causa de su caída y a la muerte de su hijo, ambos elementos motivo de dolor y sufrimiento (Jones 2000). Por otra parte, el comportamiento de Madge pone en funcionamiento otro proceso de omisión narrativa parcial; cuando Madge conduce al corazón del bosque a Jeanie y le muestra el lugar donde está enterrado su hijo, deja entrever una verdad del

pasado que sin embargo en el momento en que presiona por salir es de nuevo reprimida y condenada al misterio.

No es de extrañar que Scott introduzca en su novela un personaje incapacitado para recuperar datos del pasado, articular pensamientos lógicos y en el que la memoria y la percepción fragmentaria, junto con una imaginación desbordante, conformen su identidad. La sociedad de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX fue una sociedad eminentemente obsesionada con la decadencia, las ruinas y la fragmentación, corolario todo ello de un ambiente revolucionario y de su fuerza desintegradora y caótica. En este contexto, la falta de memoria de Madge es un emblema de la amnesia colectiva, del deseo por olvidar la cruda realidad y sustituirla por una más agradable, a pesar de los esfuerzos por recordar mediante la historia.

La ruina de Madge está hermanada con los problemas sociales de Edimburgo y en general de Escocia. Su nombre verdadero, Magdalena, la vincula con la prostitución, cuestión que alumbra la existencia de un número elevado de prostitutas en Edimburgo durante el siglo XVIII. Durante el tiempo en que Scott compuso *The Heart of Midlothian*, la prostitución y las enfermedades mentales se convirtieron en una prioridad reformista; como parte de este movimiento se fundó en 1812 en Glasgow el llamado *Magdalene Asylum* para evitar la prostitución, las enfermedades venéreas y la decadencia moral de la ciudad. Aunque las mujeres que ingresaban en esta institución eran llamadas prostitutas, este término incluía no sólo a aquellas mujeres que practicaban el sexo por dinero, sino a madres solteras, chicas que trabajaban en fábricas o hilanderías y mujeres que vestían inmoralmente (Lincoln 2000: 81-82).

En otro orden de cosas, Madge es quien guía a Jeanie hasta el corazón del secreto de la novela, la correspondencia entre la identidad del asesino de Porteous y



George Staunton, el causante no sólo de la caída de Madge sino de Effie. Para ello, conduce a Jeanie hasta la casa respetable del padre de Staunton cuyo hijo creció entre esclavos en las plantaciones que el aristócrata poseía en las Indias occidentales. Según Andrew Lincoln, aunque la novela revela la verdad escondida tras las apariencias, Scott levanta barreras que contienen y que neutralizan tales descubrimientos. Al igual que con el fanatismo de David Deans, Scott evita comprometerse con el cuestionamiento del patriarcado, volcando todo el peso de la responsabilidad sobre la mujer, de tal manera que la corrupción de Staunton procede de la negligencia materna y de la leche de su criadora, Margaret Murdockson. Pero Madge no expresa la injusticia del sistema ni acusa su degradación sino que se limita a cantar canciones y a morir en silencio. De este modo, la figura de Madge sugiere la prohibición taxativa de hablar abiertamente y la imposibilidad de llevar a efecto tal conato (Lincoln 2000: 84-85).

Madge actúa en la novela claramente como el doble de Effie, advirtiendo de las consecuencias funestas del dominio tanto masculino como femenino. Madge es por tanto una víctima más de Roberston pero también de su propia madre que controla su vida hasta las últimas consecuencias; en suma sufre la tiranía materna y la opresión masculina. Por otra parte, la reacción violenta de Madge hacia Jeanie ante la descortesía por preguntar el nombre verdadero de Staunton insinúa la agresividad implícita en el ámbito de lo civilizado y lo correcto en términos morales. Este espacio se presenta como un régimen de prácticas reguladoras en el que los personajes que las obedecen reciben recompensas mientras que los que se alejan de ellas, como Madge y “the Whistler” son castigados y excluidos (Gottlieb 2004: 201).

A lo largo de *The Heart of Midlothian*, hay fundamentalmente dos ocasiones en las que Scott atrae la atención del lector sobre la apariencia física de Madge, una al

principio del texto y otra hacia la mitad. Aparte de la locura, otra de las subversiones presentes en el personaje de Madge es su tendencia a travestirse, hecho que la convierte en una virago o mujer con características propias de un hombre. Para Jane Millgate, los cambios de ropa a lo largo de la novela son “dangerous signs of instability of character and failure of moral integrity” (Millgate 1984: 153), mientras que para Judith Wilt indican una confusión de género (Wilt 1985: 142), evidente en las palabras desesperadas de Madge: “God help me, I forget my very name in this confused waste!” (Scott 1879b: 259).

Scott describe a Madge como un ser híbrido vestido mitad mujer mitad hombre, con rasgos masculinos pero al mismo tiempo de gran belleza:

The officer retired, and introduced, upon his return, a tall, strapping wench of eighteen or twenty, dressed, fantastically, in a sort of blue riding-jacket, with tarnished lace, her hair clubbed like that of a man, a Highland bonnet, and a bunch of broken feathers, a riding-skirt (or petticoat) of scarlet camlet, embroidered with tarnished flowers. Her features were coarse and masculine, yet at a little distance, by dint of very bright wild-looking black eyes, an aquiline nose, and a commanding profile, appeared rather handsome. (Scott 1879b: 137)

La segunda descripción nos presenta a una mujer más femenina, aunque siga llevando una gorra de hombre, vestida de retazos de ropa algunos pertenecientes a la clase alta que la convierten en un ser igualmente mestizo y la catalogan como un ser fabuloso y cómico:

Across the man's cap or riding hat which she wore, Madge placed a broken and soiled white feather, intersected with one which had been shed from the train of a peacock. To her dress, which was a kind of riding-habit, she stitched, pinned, and otherwise secured, a large furbelow of artificial flowers, all crushed, wrinkled and dirty, which had at first bedecked a lady of quality, then descended to her Abigail, and dazzled the inmates of the servants' hall. A tawdry scarf of yellow silk,

trimmed with tinsel and spangles, which had seen as hard service, and boasted as honourable a transmission, was next flung over one shoulder, and fell across her person in the manner of a shoulder-belt, or baldrick. Madge then stripped off the coarse ordinary shoes, which she wore, and replaced them by a pair of dirty satin ones, spangled and embroidered to match the scarf, and furnished with very high heels. (Scott 1879b: 255)

Si tenemos en cuenta las características propias de una mujer de los siglos XVIII y principios del XIX, Madge quiebra completamente la imagen ideal tanto de la mujer como del hombre y ofrece una pintura borrosa de sí misma para transgredir la concepción cultural de los géneros imperantes. Madge se desvía de la norma cultural de su época para autorepresentarse como “la *virago*, la mujer varonil que ocupa el espacio de intersección entre lo masculino y lo femenino. La virago, [...], altera simbólicamente los planos del orden concebido como *natural* haciendo evidente que lo *natural* está culturalmente definido y no corresponde con la naturaleza, la cual escapa a las taxonomías” (Luna 1997: 248). Al hilo de esta cuestión debe recordarse que también George Robertson y sus cómplices se disfrazan de mujer para vengarse de Porteous, concretamente de Madge, subvirtiendo las fronteras de los géneros, dando lugar a un travestismo e impostura de identidades y amenazando el procedimiento de control de individuos del sistema: “and there were several who, judging from their dress, should have been called women, whose rough deep voices, uncommon size, and masculine deportment and mode of walking, forbade them being so interpreted” (Scott 1879b: 52).

Según Marjorie Garber, la mujer travestida es simultáneamente un signo de la indecibilidad del género y de la crisis en la que se encuentran las categorías de pensamiento. Esta crisis alude a un fracaso en la capacidad para definir y distinguir a los seres y a las entidades, al tiempo que desvela la permeabilidad de las fronteras y con ello, la facilidad para saltar de unas categorías a otras. La función de estos cruces de

líneas divisorias es deconstruir los binarismos entre los roles asociados al hombre y a la mujer para romper así no sólo las estructuras de género sino con ellas, las dicotomías de la nación y las relaciones de poder que éstas implican. Además, la presencia del travestismo dentro de un texto como un mecanismo de desplazamiento y de desorganización social es siempre un reflejo de la existencia de una crisis importante en la cultura y en la sociedad circundante (Garber 1992: 125, 130).

En el caso de Robertson, se disfraza de Madge Wildfire, a quien le pide prestada la ropa y Scott nos lo describe como “a stout Amazon” (Scott 1879b: 52). Cuando a Butler le interroga la policía sobre la identidad del cabecilla del motín de Porteous, Scott nos dice que “But Butler could say almost nothing of this person’s features, which were disguised apparently with red paint and soot, like an Indian going to battle, besides the projecting shade of a curch, or coif, which muffled the hair of the supposed female” (Scott 1879b: 118).

Tanto el atuendo híbrido de Madge como el travestismo de Robertson provocan el cuestionamiento de rasgos externos delimitadores de la diferencia entre los sexos, generando una desorientación sexual que invierte las categorías establecidas de lo masculino y de lo femenino. El autor utiliza esta movilización de las líneas del género para llamar la atención sobre la rigidez de los códigos conductuales masculinos y femeninos impuestos por la cultura, y al mismo tiempo la facilidad con la que individuos de determinados submundos como Robertson, un asesino y contrabandista y Madge, una demente, dislocan abiertamente las estructuras vigentes. Asimismo, debe puntualizarse que el travestismo de Robertson pone en tela de juicio su virilidad sacando a la luz su cobardía para responsabilizarse de sus actos y para perjudicar nuevamente a Madge a quien ya en el pasado dañó seriamente. Simultáneamente el travestismo de Robertson hace realidad uno de los temores mayores de la sociedad, la

plena incorporación de la mujer en la vida política y su transmutación de ser pasivo a ser activo con pleno uso de su poder y su agresividad soterrada. Por otra parte, mediante este cruce de géneros, Scott refleja la realidad histórica del travestismo masculino. Conscientes de que las mujeres eran dadas a comportamientos irracionales y de que la ley les permitía alguna licencia para liberar su hostilidad, muchos hombres recurrieron a estos disfraces cuando se trataba de desafiar a la autoridad o de formar revueltas. En este sentido, el motín de Porteous de 1736 estuvo liderado por hombres disfrazados de mujeres, uno de cuyos cabecillas respondía al nombre de Madge Wildfire. Dos hombres travestidos también dirigieron el disturbio de Stockport de 1812 en el que se quemó una fábrica y se destrozaron telares (Wolfson 1987: 585-608). Debe traerse a la memoria que la marcha a Versalles (1789) estuvo liderada principalmente por mujeres, pero que un grupo de hombres disfrazados de mujeres las acompañaron.

Las ambivalencias de Madge como personaje, es decir, su multiplicidad de identidades desviadas, ladrona, loca, vagabunda, virago, etc. fracturan el concepto de la frontera nacional, del género y de la clase social. Madge, al igual que Effie ha accedido a la seducción de Robertson y posterior usurpación de la frontera que marca en toda mujer su honor. Y en paralelo a la pérdida de su castidad y del alejamiento del estereotipo de mujer nacional, Madge pierde la cordura y la posición en el espacio de la clase social a la que pertenecía; y así de ser hija de un criado y gozar de una posición respetable en la sociedad, se convierte en la amante del aristócrata Robertson y finalmente en una figura incondicional del submundo de la criminalidad. Ella pone de manifiesto, junto con el resto de personajes que ejercen la subversión, la fluidez y flexibilidad de las fronteras entre los géneros y entre las clases, constituyéndose en una amenaza poderosa para aquéllos que se relacionan con ella, arrastrándolos al sentimiento de extranjería. Esto se produce por ejemplo cuando se introduce con

Jeanie en la iglesia en la que el clérigo, padre de Staunton, está oficiando misa. En ese momento, la apariencia externa de sus ropas, sucias y desarregladas, y de su aspecto físico, es un claro insulto al decoro de la época y una provocación a los cánones sociales femeninos. Se produce así una fusión de identidades con la consiguiente imposibilidad de distinguir entre la loca y la sensata, dado que Madge y Jeanie se han vuelto una, se han hermanado en la discriminación y en la exclusión social. Por eso, la locura de Madge provoca que las propias fronteras de Jeanie se tambaleen al atraer hacia ella toda la atención de los congregados y cuestionar su identidad femenina: “For God’s sake,” said Jeanie to a man who stood beside them, “keep her off!—she is mad”, “Ey, ey,” answered the boor; “I hae some guess of that, and I trow thou be’st a bird of the same feather.—Howsomever, Madge, I redd thee keep hand off her, or I’se lend thee a whisterpoop” (Scott 1879b: 259). Ambas a su vez intimidan los límites de la decencia y de la respetabilidad de esta comunidad religiosa, que por miedo a contaminarse se apartan de ellas, “Every person in their immediate vicinity drew back from this extraordinary couple as far as the limits of their pew permitted” (Scott 1879b: 257), considerándolas como una diversión pública: “Several of the lower class of the parishioners now gathered round the strangers, and the cry arose among the boys that “there was a-going to be a fite between mad Madge Murdockson and another Bess of Bedlam” (Scott 1879b: 259).

La muerte de Madge acusa directamente a la ideología de la feminidad así como a todas aquellas mujeres que se doblegan ante las constricciones culturales de la nación y muestra los efectos devastadores del Estado para las mujeres que no se circunscriben a sus mandatos (Austin 2000: 626-27). El fallecimiento de Madge como el de su madre y el de su doble, Effie, son el castigo de la nación ante la desviación de las normas como madres y esposas.

#### 4.3.4. Las últimas subversiones: La confesión de Meg Murdockson y la carta de Ratcliffe

Prácticamente al final del libro, en el capítulo L, Scott resuelve el enigma del infanticidio a través de dos documentos, uno la confesión de Meg Murdockson y otro, la carta enviada por Ratcliffe a George Staunton con las averiguaciones sobre su hijo, que constituyen la última subversión junto con la de Jeanie Deans, más abajo explicada, del texto.

“The Last Speech, Confession, and Dying Words of Margaret MacCraw, or Murdockson, executed on Harabee Hill, near Carlisle, the day of 1737” (Scott 1879b: 387), un artículo de periódico que Jeanie encuentra al cabo de los años, sobresale por su carácter transgresor precisamente porque a través de él los puntos oscuros de la novela referentes al supuesto hijo asesinado por Effie se desanudan poniendo de manifiesto que la visión que el lector tiene de los hechos, guiado por las explicaciones erróneas de ciertos personajes y por la sentencia judicial, está completamente distorsionada.

Al principio de la novela, en la entrevista que mantiene Jeanie con Robertson, éste le dice que su hermana es inocente pero que su hijo ha sido asesinado:

“No; it was murdered—the new-born infant was barbarously murdered,” he uttered in a low, yet stern and sustained voice.—“but,” he added hastily, “not by her knowledge or consent.” [...] “Be still and hearken!—The person who assisted her in her illness murdered the child; but it was without the mother’s knowledge or consent—She is therefore guiltless, as guiltless as the unhappy innocent, that but gasped a few minutes in this unhappy world—the better was its hap, to be so soon at rest. She is innocent as that infant, and yet she must die—it is impossible to clear her of the law!”. (Scott 1879b: 130)

Durante el juicio, Effie declara que suponía que el niño estaba vivo en el momento de nacer pero que tras recuperar la conciencia la comadrona le comunicó que el niño había muerto (Scott 1879b: 188-89). El fiscal resume la exposición de Effie del modo siguiente: “In this fever she appears to have been deceived by the person that waited on her, and, on recovering her senses, she found that she was childless in that abode of misery. Her infant had been carried off, perhaps for the worst purposes, by the wretch that waited on her. It may have been murdered, for what I can tell” (Scott 1879b: 186). Más adelante, en la escena del granero, Meg mantiene la siguiente conversación con los ladrones:

“To be sure,” said Levitt, “we have no experience; but, mother, they say you ha’n’t been so kind to other bairns, as you call them, that have come in your way [...] Bairns! ye are joking, lad—wha wad touch bairns? Madge, puir thing, had a misfortune wi’ ane—and the t’other” [...] So Madge, in her daffin’, threw it into the Nor’-lock, I trow.” [...] “Indeed, mother, that’s a great lie, for I did nae sic thing”. (Scott 1879b: 244)

Y cuando Madge está a punto de ser agredida por la muchedumbre y pide auxilio a Jeanie le dice: “[...] I will tell you what came of the [...]” (Scott 1879b: 327). En definitiva, este tipo de informaciones confusas y contradictorias evitan que el lector tenga una noción clara de los hechos y que cargue la culpa sobre la maldad de Meg o la locura de Madge.

En este marco, la última confesión de Meg antes de ser ejecutada por un robo con asesinato dos años atrás, desvela primeramente que el duque de Archibald “monopolizó la tirada del buhonero” (Scott 1879b: 387), hecho que demuestra la manipulación de la información por parte del orden público, y segundo que ella no había asesinado al niño:



When she was residing in the suburbs of Edinburgh during the preceding summer, a girl, who had been seduced by one of her confederates, was intrusted to her charge, and in her house delivered of a male infant. Her daughter, whose mind was in a state of derangement ever since she had lost her own child, according to the criminal's account, carried off the poor girl's infant, taking it for her own, of the reality of whose death she at times could not be persuaded. Margaret Murdockson stated that she, for some time, believed her daughter had actually destroyed the infant in her mad fits, and that she gave the father to understand so, but afterwards learned that a female stroller had got it from her. (Scott 1879b: 388-89)

La subversión de esta confesión no sólo radica en la proclamación de la inocencia pública de Effie sino en la inoperancia y la injusticia de la supuesta justicia, puesto que la revelación de la inocencia de Effie destapa la culpabilidad de la ley, que sin investigar profundamente, decretó la pena capital sin pruebas, estigmatizando a Effie en su feminidad y expulsándola junto con su familia del núcleo social. Si hasta la confesión de Meg, el lector ha interpretado la historia de modo equívoco, guiado por los hechos al igual que el sistema judicial, el relato de Meg permite introducirse en la parte humana y emocional de esos hechos, entendiendo las razones de los actos y las sutilezas que los incitan. En suma, este último documento femenino ilumina por medio del caso de Effie el deplorable funcionamiento del patriarcado desarmando uno de sus supuestos bastiones, la justicia. Paralelamente, si la confesión de Meg es determinante para la inocencia de Effie, la carta de Ratcliffe lo es para probar la existencia del niño y demostrar su responsabilidad en la muerte de Staunton.

Ratcliffe, [...], soon found himself in a condition to trace the infant of these unhappy parents. The woman to whom Meg Murdockson had sold that most unfortunate child, had made it the companion of her wanderings and her beggary, until he was about seven or eight years old, when, as Ratcliffe learned from a companion of hers, then in the Correction House of Edinburgh, she sold him in her turn to Donacha dhu na Dunaigh. This man, to whom no act of mischief was unknown, was

occasionally an agent in a horrible trade then carried on betwixt Scotland and America, for supplying the plantations with servants, by means of *kidnapping*, as it was termed, both men and women, but especially children under age. Here Ratcliffe lost sight of the boy, but had no doubt but Donacha Dhu could give an account of him. (Scott 1879b: 415)

## 5. El prototipo de la mujer virtuosa y sumisa: Jeanie Deans

Jeanie encarna la conducta normalizada por excelencia al aglutinar en su persona tres aspectos que emanan de la nación: la represión adecuada del deseo, la aprobación cultural del deseo y el consenso entre el individuo y el sistema sobre las pautas de comportamiento femenino. Su papel como madre y esposa perfecta la convierten en la personificación por excelencia de la sociedad civilizada. La civilización encontró por ello una representación metonímica en la figura de la buena madre y esposa como guardiana de los valores nacionales. En este sentido, fue esencial para la ideología doméstica el concepto de la incorporación social, puesto en práctica a través de la buena madre como agente de incorporación y de aculturación de nuevas generaciones dentro del entorno nacional.

Se puede decir que Jeanie es la mujer virtuosa que enuncia su amor a través del sufrimiento y la entrega a todos. Su capacidad para vivir resignadamente y su obediencia y respeto paternal y social la convierten en la candidata idónea de la institución del matrimonio y la familia. Su personaje se enmarca en un código moral fundado sobre un conjunto de virtudes y normativas tanto de carácter social como religioso, encaminadas hacia la sumisión y la resignación ante Dios y ante la nación (Andreu 1982: 69).

Sin embargo, la virtud de Jeanie es en la novela un arma de doble filo; si bien su comportamiento es riguroso en cuanto a las prescripciones sociales y al respeto de sus principios y esto la convierte en la embajadora del patriarcado, esta conducta íntegra e intachable moralmente es asimismo una amenaza potencial para el sistema cuando ésta se desmarque de sus propias normas. Por ello, su conducta extremadamente virtuosa y difícil de emular, resulta también subversiva porque demuestra que el sistema no está a la altura de las circunstancias sino plagado de vicios y de corrupción. En este horizonte, Jeanie es una figura transgresora porque su narrativa es una narrativa de la perseverancia y la supervivencia, de la determinación de seguir adelante a pesar de las tragedias en unas circunstancias en las que ni el propio juez anima a Effie para que conciba esperanzas sobre su salvación: “Notwithstanding the humane recommendations of the jury, I cannot afford to you, in the present circumstances of the country, the slightest hope that your life will be prolonged beyond the period assigned for the execution of your sentence” (Scott 1879b: 199). Scott atrae la atención sobre Jeanie para mostrar cómo la conducta femenina pasa muchas veces desapercibida para los anales de la historia convencional. Su intervención en el curso de la narrativa no sólo impulsa a comprender la historia femenina como un relato apartado de la historia masculina sino a entender el modo en el que la experiencia humana está también íntimamente relacionada con individuos al margen de la esfera política.

Frente a la opresión y la corrupción de la ley, el viaje de Jeanie a Londres constituye una contranarrativa que encarna la redención gracias a la solidez de sus principios religiosos y a su sentido de lo correcto, que a su vez le ayudan a superar todos los obstáculos morales y físicos que se encuentra a lo largo del camino entre Edimburgo y Londres. La contranarrativa de Jeanie resulta subversiva por la heroicidad de este personaje, capaz de salvar a su hermana y a su familia cuando tal función

debería recaer en la justicia. En paralelo, a través de ella, Scott rinde homenaje al incalculable valor de la mujer que pasa desapercibido ante los ojos de la sociedad. Una heroína que además procede de la clase social más baja como es la campesina y de cuyo seno parece improbable que surja una mujer que revolucione de tal manera la sociedad. El viaje a Londres es en sí mismo un acontecimiento revolucionario dado que a lo largo del éste, Jeanie subvierte una serie de protocolos como son: el papel femenino impuesto por la sociedad que no la impide emprender una misión impropia de su sexo; el desplazamiento desde la periferia cultural de Escocia hasta el centro de Inglaterra para solicitar un indulto que en última instancia es una prueba de la crueldad de las leyes imperantes y del orden político que salvan a Porteous y condenan a Effie; la naturaleza del viaje, un viaje que inicia completamente sola, expuesta a peligros y a abusos de todo tipo; su presentación ante la reina violando la conducta social propia de su *status*, etc. Y aunque irónicamente Jeanie viola las normas de la sociedad, al mismo tiempo refuerza la imagen del sistema al mostrar su cara más benévola y justa con el proceder de la reina.

Por añadidura, el viaje implica un recorrido por toda la geografía británica desde Edimburgo hasta Londres y por todas las jerarquías sociales por lo que no sorprende que a lo largo de su periplo Jeanie contacte con posaderos, comerciantes, campesinos, ladrones, es decir, que atravesase vertical y horizontalmente el país durante el siglo XVIII. Además Jeanie evidencia que la regeneración del país debe partir, aunque resulte paradójica, de las clases bajas, humildes pero aún con principios, y no de las clases altas personificadas en la corrupción de Robertson. Por eso mientras el viaje de Jeanie es un viaje ascendente, desde lo más bajo hasta lo más alto, encumbrada por su dignidad y valores, conducente a su vez al ensalzamiento del orden público gracias a la benevolencia monárquica, el viaje de Robertson es un viaje descendente desde lo más

alto hasta el submundo de la criminalidad, sin retorno. La consecuencia del viaje de Jeanie no es sólo la redención de su hermana sino el apaciguamiento de las desavenencias entre Escocia e Inglaterra, el restablecimiento del orden, y la posibilidad de un futuro mejor para la nueva Gran Bretaña.

El comportamiento de Jeanie reivindica el uso adecuado del lenguaje basado en la correspondencia entre el pensamiento y la palabra, entre la apariencia y la realidad aludiendo así a la hipocresía de la aristocracia, carente de tal coherencia, visible en la impostura de su hermana y de Staunton en la alta sociedad. El esplendor de la honradez de Jeanie se hace patente cuando no miente en el juicio de su hermana ante Dios para salvarla, sino que lleva la verdad hasta sus últimas consecuencias por oposición a la degeneración moral de Robertson que insiste en que falsifique su testimonio. Y así ante las palabras de éste para quien el lenguaje es un instrumento de tergiversación política y moral, “I tell you [...] you *must* remember that she told you all this, whether she ever said a syllable of it or no” (Scott 1879b: 131), Jeanie responde: “But I cannot remember [...] that which Effie never told me” (Scott 1879b: 131), “[...] I canna change right into wrang, or make that true that is false” (Scott 1879b: 131), “He has given us a law [...] for the lamp of our path; if we stray from it we err against knowledge—I may not do evil, even that good may come out of it” (Scott 1879b: 132).

Jeanie expone a Effie a la sentencia de la ley antes que incurrir en perjurio y formar parte de la Otredad y de la fraternidad de Effie. En este sentido, aunque Jeanie no dice prácticamente nada durante el juicio porque la información respecto al embarazo de su hermana es mínima, lo cierto es que su silencio habla demasiado, precisamente porque es un silencio acusatorio que desnuda la corrupción del sistema desde el arma sumamente poderosa de la verdad y de la integridad moral. Al mismo tiempo, Jeanie es la personificación de la piedad, un puntal de la sociedad europea

ilustrada y decimonónica, cuya referencia máxima derivaba de la Virgen María, el paradigma de la humildad, la castidad y de la maternidad.

En suma Jeanie epitomiza la autenticidad y la virtud que emana del corazón y que debe luchar en medio de una sociedad adulterada para sobrevivir pero que finalmente encuentra compensación. El viaje de Londres es por tanto una misión de reconciliación que pretende restituir la imagen de la familia Deans y de toda Gran Bretaña, una “a fable of political regeneration” como la denomina James Kerr (Kerr 1986b) dado que mediante la obtención de perdón real, Jeanie pone fin a las desavenencias históricas entre Escocia e Inglaterra. En palabras de David Deans, Jeanie es quien “Thou hast redeemed our captivity—brought back the honor of our house [...]” (Scott 1879b: 338). Scott nos presenta a una mujer de carácter firme, con una fuerte voluntad y responsabilidad sobre su situación social, con poco atractivo erótico pero idónea para representar la reproducción leal y legal del sistema:

But Douce Davie Deans know better things, and so schooled and trained the young minion, as he called her, that from the time she could walk, upwards, she was daily employed in some task or other, suitable to her age and capacity; a circumstance which, added to her father’s daily instructions and lectures, tended to give her mind, even when a child, a grave, serious, firm, and reflecting cast. An uncommonly strong and healthy temperament, free from all nervous affection and every other irregularity, which, attacking the body in its more noble functions, so often influences the mind, tended greatly to establish this fortitude, simplicity, and decision of character (Scott 1879b: 72).

[...] The more youthful part of my readers may naturally ask, whether Jeanie Deans was deserving of this mute attention of the Laird of Dumbiedikes; and the historian, with due regard to veracity, is compelled to answer, that her personal attractions were of no uncommon description. She was short, and rather too stoutly made for her size, had grey eyes, light coloured hair, a round good-humoured face, much tanned with the sun, and her only peculiar charm was an air of inexpressible serenity, which a good conscience, kind feelings, contented temper, and the regular discharge of all her duties, spread over her features. (Scott 1879b: 75)

El cumplimiento fiel de la normativa nacional por parte de Jeanie y de Reuben Butler permite que ambos se integren dentro de las recompensas que aguardan a aquéllos que respetan las lindes sociales de la familia y del orden y que no dan rienda suelta al deseo:

“You have had your reward. You live happy in the esteem and love of all who know you, and I drag on the life of a miserable impostor, indebted for the marks of regard I receive to a tissue of deceit and lies, which the slightest accident may unravel [...]”. (Scott 1879b: 376)

“*you* have nothing to betray—nothing to fear; you, the pure, the virtuous, the heroine of unstained faith, unblemished purity, what can you have to fear from the world or its proudest minions?”. (Scott 1879b: 377)

Los hijos de Jeanie revelan su papel como madre y no como la Otra que representa Effie, exponiendo a la vista todos los privilegios políticos que una mujer normalizada puede obtener: David es nombrado oficial del ejército, Reuben abogado y Femie se casa con un terrateniente de las Tierras Altas. Jeanie cumple en este sentido el papel de mujer ideal para la nación dado que su función prioritaria es producir hijos heroicos y valientes que colaboren en la defensa de la nación e hijas fértiles que emulen la labor de sus madres, sean leales e inculquen los principios nacionales a sus futuros hijos. Sin embargo, al final de la novela, el comportamiento de Jeanie sufre un cambio de dirección notable que la inscribe en una línea femenina tan comprometida como la de Effie, de tal manera que el inicio y el final de la obra están hermanados por las acciones subversivas de ambas hermanas; Jeanie libera a su sobrino, encarcelado por la muerte de su padre y condenado a morir, siguiendo el dictado de su conciencia y de su corazón, llena de lástima por la suerte de éste:

In the silence of the night, however, Mrs. Butler arose, resolved, if possible, to avert, at least to delay, the fate which hung over her nephew, especially if, upon conversing with him, she should see any hope of his being brought to better temper. She had a master-key that opened every lock in the house; and at midnight, [...] Yet how could she refuse compassion to a creature so young and so wretched,—so much more wretched than even he himself could be aware of, since the murder he had too probably committed with his own hand, but in which he had at any rate participated, was in fact a parricide? She placed food on a table near him, raised him, and slacked the cords on his arms, so as to permit him to feed himself. [...] She cut his bonds—he stood upright, looked round with a laugh of wild exultation, clapped his hands together, and sprung from the ground, as if in transport on finding himself at liberty. He looked so wild, that Jeanie trembled at what she had done. (Scott 1879b: 417-18)

No es casual que le libere por la noche, el momento culmen de la Otredad y de la negación de lo social y que este nuevo incumplimiento de la ley se efectúe desde Roseneath, la isla escocesa en la que viven, situada en la periferia. Y si en los primeros capítulos no tenemos constancia de que Effie haya dado verdaderamente la vida a su hijo, en los últimos es Jeanie quien le permite seguir viviendo y también ejerciendo sus fechorías. Jeanie liberta una energía inquietante y la autoriza para circular impunemente, sabiendo que constituye una amenaza para la sociedad. Desde este ángulo, Jeanie personifica los riesgos de la Otredad femenina pero con una diferencia fundamental: mientras Effie y Madge son castigadas por el uso indebido de su cuerpo, Jeanie escapa a la ley, ayudando a que el cuerpo de *The Whistler* huya también de la misma. Este comportamiento inesperado advierte de la peligrosidad femenina y de los efectos indeterminados de sus actos, ajenos a las consecuencias. Y además convierte a Jeanie en la segunda madre, en la que da al supuesto hijo asesinado un segundo nacimiento.



Si a lo largo de la novela, Jeanie ha guardado el secreto sobre la identidad de George Staunton, la misma persona que George Robertson y ha ocultado al duque de Argyle su parentesco con Lady Staunton, al final del texto vemos cómo debe guardar el secreto de su sobrino, “As Jeanie kept her own secret, the share she had in his escape was not discovered” (Scott 1879b: 418) sin ningún tipo de miedo dado que su respetabilidad la exime de sospechas y la protege de acusaciones. Al redimir a su sobrino, Jeanie tapa un delito de parricidio con otro nuevo, la liberación de un parricida forzando el esqueleto de la novela y sustituyendo la represión que hasta ahora ha ejercido sobre su conducta femenina por la expansión abrupta de su Diferencia. Jeanie al igual que su hermana, pero recurriendo a diferentes ropajes, se ve obligada a disfrazarse para no ser descubierta (McCracken-Flesher 2002: 304-09). Sin embargo, no es éste el único acto clandestino que Jeanie lleva a cabo dado que la comunicación postal que mantiene con su hermana Effie no se reduce a un simple hecho escriturario, sino a la circulación de un dinero prohibido que posteriormente sirve a la familia para comprar nuevos terrenos. Pero además la sospecha de Jeanie de que el dinero de Effie es un soborno por su silencio vincula la relación entre ambas hermanas con los negocios ilícitos que estructuran Knocktarlitie mediante el contrabando de mercancías y las amenazas de violencia (Gottlieb 2004: 199).

## 6. Mecanismos de control del Estado sobre la subversión femenina

En la novela las tácticas de control son dirigidas contra las cabezas de la subversión; por ello, focalizaremos la atención sobre dichas tácticas en función del objeto de la transgresión y del agente, es decir, los mecanismos represivos dirigidos contra el infanticidio y en consecuencia contra Effie, y los mecanismos respectivos dirigidos contra la locura y por tanto contra Meg Murdockson y Madge Wildfire, sin que ello implique una separación estricta entre tales mecanismos dado que a menudo suelen ser coincidentes.

El mecanismo clave que utilizó la nación para castigar los comportamientos indeseables o para evitar caer en ellos fue la represión, entendiendo por ésta mucho más que una simple condena o punición. Según Peter Spierenburg en *The Spectacle of Suffering* (1984), “it refers [...] also to matters such as prosecution policy, trial procedure and semi-judicial institutions of control. We may define repression as all means which the ruling groups employ to keep the population in line, whether these are effective or not” (Spierenburg 1984: VIII). En cuanto a la represión hay que señalar que como concepto está ligado al Estado y que como sistema de control surgió a su vez como consecuencia de la urbanización y de la centralización territorial. Por otra parte, la represión visible y violenta concretada en el castigo de los cuerpos se convirtió en el símbolo del monopolio de autoridad y de poder del Estado sobre sus miembros.

Louis Althusser (1918-1990) en *Ideología y aparatos ideológicos de Estado* también concibe al Estado como una máquina de represión que permite a las clases dominantes garantizar la sumisión del resto de las clases. La teoría de Althusser

subdivide el aparato de Estado en dos direcciones interconectadas: por un lado, el aparato ideológico de Estado ramificado en las instituciones religiosa, familiar, jurídica, política, cultural, etc. y estimulado mediante la ideología, y por otro, el aparato represivo de Estado instaurado en la policía, los tribunales, la prisión, el ejército y el gobierno e implementado mediante la violencia, bien física o psíquica (Althusser 1988: 25-26). Es necesario matizar que mientras el aparato ideológico de Estado actúa como elemento preventivo de la subversión de los parámetros socio-culturales y por tanto, es previo a la aparición del crimen, el aparato represivo de Estado despliega sus recursos cuando la infracción de la ley es evidente y las represalias se vuelven indispensables. El medio para ejercer la venganza a partir del momento en que Effie es acusada de infanticidio, se reduce primordialmente a la represión, al uso de la violencia más que al de la ideología, cuya presencia no desaparece pero sí disminuye.

En *Historia de la sexualidad* (1978), Michel Foucault localiza la aparición de la represión a partir de la Edad clásica y la identifica como “el modo fundamental de relación entre poder, saber y sexualidad” que funciona “como una condena de desaparición, pero también como orden de silencio, afirmación de inexistencia, y, por consiguiente, comprobación de que de todo eso nada hay que decir, ni ver, ni saber” (Foucault 1995: 11, 10). Sin embargo, la edad de la represión por antonomasia en Occidente fue el siglo XVII, idiosincrásica de las sociedades burguesas, cuyo nacimiento fue coincidente con el Capitalismo y con la imposición de la disciplina en el ejército, en los colegios, talleres y posteriormente en la familia. En esta obra, Foucault expone los dispositivos de control por parte del Estado nacional, entre los que se encuentra la institución de la maternidad; durante el siglo XVIII se emplazó a la madre en el centro de la familia burguesa mediante un doble juego de sumisión y de contribución al Estado y a su política sexual. La familia pasó así a ser un signo más de

la representación política y del ejercicio del poder por su capacidad productora de subjetividades y uno de los discursos reguladores de la identidad. La familia desempeñó también un papel crucial en el control de sus integrantes, emulando la directriz estatal, mediante la supervisión del cuerpo y de la sexualidad. Como sostiene Foucault en *La vida de los hombres infames*, el control social y capitalista sobre los individuos no se ejerció únicamente con la ideología, sino fundamentalmente con el cuerpo al que se reconoció social y políticamente como fuerza de trabajo a partir de los siglos XVII y XVIII (Foucault 1987: 125). A esto contribuyeron notablemente las prácticas médicas y psiquiátricas que mostraron el poder de los discursos sexuales sobre el cuerpo y que desplegaron una normalización continua dentro del circuito de la ideología estatal mediante la clasificación y categorización del cuerpo.

El poder sobre el sexo debía canalizarse de modo idéntico en todos los niveles sociales: “De arriba abajo, [...] actuaría de manera uniforme y masiva; funcionaría según los engranajes simples e indefinidamente reproducidos de la ley, la prohibición y la censura: del Estado a la familia, del príncipe al padre, [...] de las instancias de la dominación social a las estructuras constitutivas del sujeto mismo [...]” (Foucault 1995: 103). El trabajo de Foucault ayuda a entender cómo el conocimiento y el poder encuentran articulación en el discurso y cómo la naturaleza de los objetos discursivos es eminentemente lingüística y política. Tomando como punto de partida la teoría de Foucault, Judith Butler señala el poder regulador del discurso y su capacidad para producir los sujetos que controla, de tal manera que el discurso define y construye los cuerpos como objetos de conocimiento al tiempo que hace visibles aquellos cuerpos que respetan el sistema e invisibles a aquéllos que subvierten sus normas: “The domains of political and linguistic *representation* set out in advance the criterion by which subjects themselves are formed, with the result that representation is extended only to what can

be acknowledged as a subject” (Butler 1990: 1). En consecuencia, el cuerpo es otra elaboración discursiva a la que se concibe como un elemento pasivo sobre el que se inscriben los significados culturales. Al mismo tiempo, la producción de los sujetos está arraigada en la regulación del habla y del ámbito social del discurso enunciable que determina a su vez el ámbito de lo decible. Por esta razón, la existencia de un sujeto comporta el estar sujeto al conjunto de normas reguladoras de los enunciados: *“Colocarse fuera del campo de lo enunciable supone poner en peligro el estatuto de uno mismo como sujeto. Asumir en el propio habla las normas que regulan lo enunciable significa adquirir el estatuto de sujeto de discurso”* (Butler 1997a: 220).

Pero si el discurso es el vehículo y el corolario del poder, es también un “obstáculo, tope, punto de resistencia y de partida para una estrategia opuesta. El discurso transporta y produce poder; lo refuerza pero también lo mina, lo expone, lo torna frágil y permite detenerlo” (Foucault 1995: 123).

La familia se constituyó como campo discursivo productor del cuerpo mediante la asignación de significados tales como la legitimidad o ilegitimidad de sus miembros y de la atribución de una identidad formada por nombre y apellidos, de una herencia, de unas creencias religiosas o de una ciudadanía. En este sentido, la sexualidad se puede interpretar como una colonización del cuerpo para encauzar el sexo dentro del matrimonio y reforzar la subordinación de la mujer dentro de la familia. Para Foucault, la preocupación por el cuerpo y la sexualidad ha ido siempre dirigida hacia varios aspectos: la aseguración de la población, la reproducción de la fuerza de trabajo y la conservación de las relaciones sociales, en suma, la edificación de una sexualidad útil desde un punto de vista económico y conservadora desde un punto de vista político, dado que la eficiencia máxima del cuerpo reside en su producción y en su sujeción (Foucault 1995: 49; 1996: 33).

En *The Heart of Midlothian* se aprecia cómo ante la inoperatividad del aparato ideológico estatal sobre el individuo, se activa el resorte del aparato represivo del Estado. Si bien Effie desde su niñez ha estado sometida a la ideología religiosa Presbiteriana y a los valores de su familia que le ha inculcado una forma de conducirse por el mundo, el descubrimiento del infanticidio hace inevitable la sumisión total, tanto física como psíquica de Effie ante la nación. A partir de ese momento, es el Estado quien se atribuye el derecho y la obligación de disponer a su antojo de la insubordinada, cuya vida pierde sentido y dignidad, convirtiéndose en un ser alienado: “Isna that ower true a doctrine?” said the prisoner “Isna my crown, my honour, removed? And what am I but a poor, wasted, wan-thriven tree, dug up by the roots, and flung out to waste in the highway, that man and beast may tread it under foot?” (Scott 1879b: 171). La angustia a la que estaban sometidos los culpables y el remordimiento que les impedía seguir viviendo conducía a que sin excepción vieran la muerte como una retribución (Kord 1993: 459): “--O, what wad I gie to be ten times waur, Jeanie!” was the reply—“what wad I gie to be cauld dead afore the ten o’clock bell the morn! And our father—but I am his bairn nae langer now—O, I hae nae friend left in the warld!—O, that I were lying dead at my mother’s side, in Newbattle kirkyard!” (Scott 1879b: 170).

Consideramos que en la novela, los elementos que utiliza el Estado para castigar la desviación de Effie se pueden clasificar en espacios represivos: la prisión, el juzgado y el patíbulo, y en medidas de presión social: la mirada pública, la opinión pública, la culpa y la confesión, todos ellos componentes de la institucionalización del poder punitivo y de su empeño de evitar que cualquier otra muchacha imite su conducta:

“Young woman,” said the Judge, “it is my painful duty to tell you, that your life is forfeited under a law, which, if it may seem in some degree severe, is yet wisely so, to render those of your unhappy situation aware what risk they run, by concealing, out of pride or false shame, their lapse

from virtue, and making no preparation to save the lives of the unfortunate infants whom they are to bring into the world". (Scott 1879b: 198)

Tanto la prisión como la sala de juicios y el patíbulo son los espacios sobre los que se inscribe el poder, esto es, las relaciones de dominación que persiguen controlar a los ciudadanos. De este modo, la arquitectura sobresale en la novela como instrumento de sojuzgamiento político y enajenación mental como venganza ante la ofensa pública de Effie. Así, los límites reducidos y cuadrangulares de la celda, de la sala de juicios, "the small quadrangle" como lo llama Scott en la novela (Scott 1879b: 177), y del patíbulo simbolizan la incapacidad de movimiento y actuación de Effie pero también las líneas opresivas que no han sido respetadas y que ahora despliegan su ensañamiento. La celda, imagen del sepulcro, se guía básicamente por dos principios, el de la soledad "condición primera de la sumisión total" y el del aislamiento que "asegura el coloquio a solas entre el detenido y el poder que se ejerce sobre él" (Foucault 1996: 240). Además desde la entrada en la prisión, Effie es constantemente vigilada incluso en la entrevista con su hermana: "I ken that fa' weel, my bonny doo; mair by token, I have a special charge to stay in the ward with you a' the time ye are thegither" (Scott 1879b: 169).

El encierro en prisión no formó parte del sistema carcelario europeo hasta finales del siglo XVIII como consecuencia de las grandes reformas de los años 1780 a 1820. La prisión represiva o como castigo se estableció a finales del siglo XVIII, siendo anteriormente un lugar donde se aprisionaba a los individuos antes de procesarlos (Foucault 1993: 64). Aunque la prisión era un instrumento de presión y de control sobre las ilegalidades, entre 1815 y 1830, se acusó al círculo carcelario de alimentar la delincuencia, producir nuevos criminales y de desplegar un poder excesivo sobre los cuerpos (Foucault 1987: 48, 50-51, 68). Foucault nos dice que "la prisión es por tanto

un instrumento de reclutamiento para el ejército de los delincuentes” (Foucault 1983: 85).

En cuanto a la sala de juicios hay varios elementos interesantes que deben examinarse. Para empezar, el juicio recurre a la disciplina como piedra de toque del dominio sobre la mujer. La rigidez de la disciplina se canaliza mediante el interrogatorio, iniciado en la prisión para sonsacar a Effie el paradero de Robertson, y a través del cual se estudia, se jerarquiza y ante la imposibilidad de normalizar a Effie, se la termina por relegar. El examen que se lleva a cabo a través de este interrogatorio alude a la vigilancia constante del sistema que tiende a clasificar a los individuos, a distribuirlos y a comprimirlos al máximo. La severidad y la formalidad del juicio se manifiestan en la compostura de los implicados, Effie recibe por ejemplo una orden de retirarse el pelo de la cara antes de oír la sentencia (Scott 1879b: 181), y especialmente en la aparición de la figura siniestra del *Doomster*:

When the Doomster showed himself, a tall haggard figure, arrayed in a fantastic garment of black and grey, passmented with silver lace, all fell back with a sort of instinctive horror, and made wide way for him to approach the foot of the table. As this office was held by the common executioner, men shouldered each other backward to avoid even the touch of his garment, and some were seen to brush their own clothes, which had accidentally become subject to such contamination. A sound went through the Court, produced by each person drawing in their breath hard, as men do when they expect or witness what is frightful, and at the same time affecting. The caitiff villain yet seemed, amid his hardened brutality, to have some sense of his being the object of public detestation, which made him impatient of being in public, as birds of evil omen are anxious to escape from daylight, and from pure air. [...] He vanished when he had spoken the last emphatic word, like a foul fiend after the purpose of his visitation had been accomplished; but the impression of horror excited by his presence and his errand, remained upon the crowd of spectators. (Scott 1879b: 199)



El interrogatorio y la disciplina son característicos del rito y la rigidez del procedimiento judicial que por otra parte contrasta con el bullicio de los asistentes dando lugar a que el juicio degenere en espectáculo:

Admitted within the precincts of the Court-house, they found the usual number of busy office-bearers, and idle loiterers, who attend on these scenes by choice, or from duty. Burghers gaped and stared; young lawyers sauntered, sneered, and laughed, as in the pit of the theatre; while others apart sat on a bench retired, and reasoned highly, *inter apices juris*, on the doctrines of constructive crime, and the true import of the statute. (Scott 1879b: 178-79)

[...] The crowd rushed, bearing forward and shouldering each other, out of the Court, in the same tumultuary mode in which they had entered; and, in excitation of animal motion and animal spirits, soon forgot whatever they had felt as impressive in the scene which they had witnessed. (Scott 1879b: 200)

El patíbulo es un espacio de muerte potencial para Effie que no llega a materializarse en la novela pero cuya sombra acecha a los personajes hasta la obtención del indulto. En cualquier caso, es un pilar del sistema represivo nacional dado que a través de él el Estado oprime al cuerpo. Por ello, el cuerpo siempre va unido a un juicio de valor, hecho patente a través de los códigos conductuales determinados por la relación sexo-poder (Zavala 1993: 39). Es precisamente en el desafío a lo establecido cuando el Estado despliega contra el cuerpo sus armas más crueles mediante el rito del castigo y la ejecución pública. Si bien todo delito apunta a un desequilibrio entre dos fuerzas sociales minoritarias con la diferencia de que sólo una de ellas acapara una posición estratégica, el rito del castigo hace visible el enfrentamiento entre dos extremos encontrados de la jerarquía social: la monarquía y el transgresor. Por consiguiente, el cuerpo del rey, representante del máximo poder entabla una batalla brutal con el cuerpo de la condenada, figura invertida del mismo, cuyo poder mínimo sin embargo cuestiona

la autoridad monárquica (Foucault 1996: 35). Con la materialización de la condena a muerte, el duelo entre el rey y Effie, de no ser por el indulto concedido por la reina, finalizaría dado que la lucha y la afrenta se convierten en el patíbulo en la victoria absoluta del monarca sobre el cuerpo del reo. La naturaleza premeditada y organizada de las ejecuciones públicas a lo largo de la premodernidad contrastó con la naturaleza espontánea de los ajusticiamientos medievales; asimismo, el patíbulo se convirtió durante la premodernidad en una parte indisociable del panorama social al establecerse como elemento fijo en las ciudades, recordando la permanencia de la ley y la efectividad de las autoridades (Spierenburg 1984: 45, 57).

La muerte cumple así una función jurídico-política al restituir la soberanía ultrajada y restaurar su poder eclipsado. Mediante el espectáculo de la ejecución pública, el rey, poseedor del derecho de la vida y de la muerte, despliega tanto su potestad como su superioridad incontestable al tiempo que alumbra la política del terror al mostrar ostentosamente la desproporción e injusticia desmedida de su supuesta justicia. El castigo público debe ser expuesto y leído por todos los presentes puesto que es la propia culpable la que se encargará de pregonar con su cuerpo su condena. Según Philip Smith, las ejecuciones epitomizan tres principios: la justicia, la represalia y la ejemplaridad vigorizando el sistema político-legal mediante la marginación y prevención del mal (Smith 1996: 241). Para el personaje Saddletree, las ejecuciones son educativas porque apartan del mal: “Indeed, Mr. Butler, and that’s as true; and I promised to ask a half play-day to the schule, so that the bairns might gang and see the hanging, which canna but have a pleasing effect on their young minds, seeing there is no knowing what they may come to themselves” (Scott 1879b: 222).

En otra obra fundamental sobre el castigo de los individuos, *Vigilar y Castigar*, Michel Foucault señala la inmersión del cuerpo dentro del campo político y cómo estas

relaciones de poder “lo cercan, lo marcan, lo doman, lo someten a suplicio, lo fuerzan a unos trabajos, lo obligan a unas ceremonias” y en definitiva “exigen de él unos signos” (Foucault 1996: 33). Asimismo, el rito del castigo evidencia la pugna entre los dos extremos de la jerarquía social, la realeza y el transgresor, y el desequilibrio entre dos tipos de poder, uno privado y minoritario y otro público y mayoritario. Y así ambos polos y ambos poderes se ven envueltos en una batalla de cuerpos, el cuerpo del rey contra el cuerpo de la condenada, cuyo delito ha supuesto un ataque frontal al soberano mediante la infracción de la ley y que éste desea vengar por la afrenta hecha a su persona. Por lo tanto, la ejecución pública presentaba dos caras, la de la lucha y la de la victoria, visible en el ceremonial del castigo público y en la exhibición del cuerpo del transgresor (Foucault 1996).

Si la prisión, el juzgado y el patíbulo son símbolos de un sistema en el que impera la ley, ésta encuentra además un impulso considerable en la fuerza de la opinión y la mirada pública, mecanismos de la vigilancia permanente estatal. El delito de infanticidio sitúa a Effie en la esfera pública, sometiéndola desde ese instante a la mirada y a la palabra del pueblo, convirtiendo su existencia y la de su familia en motivo de habladurías. No olvidemos al respecto que durante el siglo XVIII y el siglo XIX, el cuerpo se consideró totalmente legible, aunque no existiera un consenso sobre el método más adecuado para leerlo.

El poder político, a través de la comunidad ejerce su control y vigilancia encargándose de que Effie sienta en su cuerpo y conciencia el peso de las mismas: “Apparently the expressive sound of human feeling recalled the poor girl from the stupor of fear, which predominated at first over every other sensation, and awakened her to the no less painful sense of shame and exposure attached to her present situation”

(Scott 1879b: 181). Tanto la opinión pública como la mirada pública albergan una función reformadora y actúan como la voz de una entidad social que persigue restaurar el equilibrio alterado y purificar los males cometidos. Según Foucault, uno de los modelos punitivos ha sido desde siempre la infamia, es decir, los efectos de la opinión pública. La infamia resulta ser una pena que se aplica sin necesidad de un tribunal ni del cumplimiento de la justicia: “la infamia es una pena perfecta ya que es la reacción inmediata y espontánea de la sociedad misma, varía en cada sociedad, está graduada según la nocividad del crimen, puede ser revocada mediante una rehabilitación pública, y, en fin, alcanza solamente al culpable” (Foucault 1990: 55). La opinión por tanto, es un vehículo de exclusión que tiende a aislar al individuo en “un espacio moral, psicológico, público” que hace visible el castigo mediante el escándalo, la vergüenza y la humillación del infractor (Foucault 1999: 224).

Ambos mecanismos de opresión desembocan con éxito en el sentimiento de culpa o remordimiento que no es sino la interiorización de la opinión y el ojo público: “Shame, fear, and grief, had contended for mastery in the poor prisoner’s bosom during the whole morning, while she had looked forward to this meeting [...]” (Scott 1879b: 170). Effie es perfectamente consciente de que la pérdida de la honra equivale a perder la vida tal y como le confiesa a su hermana: “But I said to them, let life gang when gude fame is gane before it” (Scott 1879b: 174). Pero además, si el ojo público, la mirada colectiva y la culpa no bastan al sistema para ejercer su pleno poder, éste se ampara en la confesión como medio para arrancar al reo la verdad y para conseguir su arrepentimiento:

I will not aggravate your distress by pressing on that topic, but I do most solemnly adjure you to employ the remaining space of your time in making your peace with God, for which purpose such reverend

clergymen, as you yourself may name, shall have access to you. [...] Forsaking, therefore, the thoughts of this world, let your mind be prepared by repentance for those of more awful moments—for death, judgment, and eternity. (Scott 1879b: 199)

Según Foucault, “la confesión es un ritual de discurso en el cual el sujeto que habla coincide con el sujeto del enunciado; también es un ritual que se despliega en una relación de poder, pues no se confiesa sin la presencia al menos virtual de otro [...]” (Foucault 1995: 78). Este otro es el que se encarga de intervenir durante la confesión para “juzgar, castigar, perdonar, consolar”, o “reconciliar” (Foucault 1995: 78) y con ello producir una modificación interna en la persona que se confiesa, favoreciendo su purificación y su inocencia. En Occidente, la confesión se ha convertido en una práctica inseparable de la producción de la verdad cuya finalidad ha sido “la sujeción de los hombres”, es decir, “su constitución como *sujetos*, en los dos sentidos de la palabra” (Foucault 1995: 77).

Lo que ponen de manifiesto todo este conjunto de mecanismos es el deseo de control absoluto y de legibilidad minuciosa sobre el individuo, tanto a nivel externo mediante su cuerpo, como a nivel interno mediante el sentimiento de culpa y la necesidad de confesión de los supuestos pecados. Esta política intervencionista se insertó dentro de la tentativa por calmar la inquietud experimentada durante toda la segunda mitad del siglo XVIII ante la oscuridad de los espacios, de las gentes y de los conceptos. Dentro de este proyecto ambicioso de clarificación y de visibilidad total de finales del siglo XVIII, la arquitectura desempeñó una posición central en relación a los problemas de población, de salud y de urbanismo, puesto que se concibió por primera vez la organización del espacio con un propósito económico y político. En esta línea se emplazó la publicación en 1787 de *Panopticon* y del Panóptico, un centro penitencial

ideal diseñado por el filósofo Jeremy Bentham (1748-1832) en 1791, cuya estructura incluía en la periferia un edificio circular y en el centro una torre con ventanas que daban a la cara interior del círculo. El edificio periférico se hallaba dividido a su vez en celdas, cada una de las cuales tenía dos ventanas, una interior y otra exterior de tal modo que el contenido de la celda era completamente visible al vigilante de la torre central, a través del efecto de contraluz. El concepto de este diseño permitía a un vigilante observar a todos los prisioneros sin que éstos se percataran de ello, invirtiendo así el principio de la mazmorra, la oscuridad suplantada por la luz y la mirada continua. Bentham proporcionó una tecnología de poder específica para solventar el inconveniente de la supervisión tan anhelado por los médicos, industriales, educadores y penalistas: “Esta casa de penitencia podría llamarse *Panóptico* para expresar con una sola palabra su utilidad esencial, que es *la facultad de ver con una mirada todo cuanto se hace en ella*” (Bentham 1979: 37). Para Foucault, el panoptismo, la disciplina y la normalización fueron la consecuencia del nuevo afianzamiento del poder sobre los cuerpos que se produjo a finales del siglo XIX (Foucault 1987: 67).

Si la arquitectura del Antiguo Régimen había sido levantada con fines estéticos, instructivos o defensivos, la nueva arquitectura de finales del siglo XVIII multiplicada en toda clase de espacios como la escuela, el taller, la fábrica, el hospital, la prisión o en los cuarteles o campamentos del ejército garantizó tanto el control interior de los individuos como su transformación dado que su objetivo prioritario fue influir en sus conductas, hacerles conscientes de los efectos del poder y modificarlos (Foucault 1996: 177). En esta nueva estructura todos los individuos sin remedio se encontraban exactamente aprisionados, tanto los que ejercían el poder como los sometidos a él; esto significaba que el poder no era identificable, que carecía de un punto de origen localizable y que el sistema de vigilancia en vez de generar confianza favorecía lo

contrario (Foucault 1979: 10-20). El Panóptico se convirtió en una máquina característica de las sociedades decimonónicas por dos razones interconectadas: como fruto de la preocupación burguesa por reubicar adecuadamente el excedente de la masa de población procedente del ámbito rural y como respuesta a la pretensión de cuantificar a los individuos.

Como medida contra el enemigo exterior, la retórica nacionalista promovió la distinción entre dentro y fuera legitimando a su vez a nivel interior la estigmatización de la mujer. Esta idea la plasma Partha Chaterjee cuando comenta lo siguiente:

Now apply the inner/outer distinction to the matter of concrete day-to-day living and you get a separation of the social space into *ghar* and *bahir*, the home and the world. The world is the external, the domain of the material; the home represents our inner spiritual self, our true identity. The world is [...] also typically the domain of the male. The home in its essence must remain unaffected by the profane activities of the material world—and woman is its representation. And so we get an identification of social roles by gender to correspond with the separation of the social space into *ghar* and *bahir* (Chaterjee, en Radhakrishnan 1992: 84).

En *The Heart of Midlothian* Scott muestra lo contrario dado que la mujer abandona su represión para inundar la trama narrativa y saltar al mundo público, ámbito exclusivo del hombre. Si es cierto que Scott incorpora mujeres como Jeanie Deans que son depositarias de la colectividad y del funcionamiento apropiado de la nación, también da cabida, a través de mujeres subversivas, a la ruptura con el mito de los orígenes comunes, tradicionalmente fundado por las mujeres mediante la procreación. La Otra, inmortalizada en la indecente, la malvada o la loca deja de ser mujer objeto para convertirse en mujer sujeto, dispuesta a pagar la agresión contra la nación a causa

de su libre circulación en una sociedad masculina, mediante la catalogación de su persona como un ser desnaturalizado e incluso monstruoso. Caroline McCracken-Flesher argumenta que las prescripciones sociales sobre las conductas femeninas no sólo generan una resistencia performativa, patente en la movilidad impredecible de las mujeres, sino que activan vacíos irremplazables a nivel del género (McCracken 2005: 52). Tanto el control de la reproducción como el de la sexualidad y sus medios respectivos de representación demuestran que la autoridad de la nación reside en el hombre. Hay un conjunto de categorías tales como nación-Estado, hombre-mujer, género-sexualidad que en calidad de artificios socio-culturales se encuentran en perpetua oposición e implican relaciones de poder. Conceptos como masculino, femenino, hombre y mujer, género y sexualidad son constructos culturales sujetos a interpretaciones temporales y espaciales divergentes, categorías flexibles y ambivalentes que recogen las fluctuaciones del poder.

Además estas mujeres echan por tierra otro de los bastiones de la nación, esto es, la perpetuidad de la familia, y con ella de la autoridad masculina, ambas fuerzas estabilizadoras de la nación. No asistimos a la estructura típica de las narrativas nacionales en las que el deseo juega un papel crucial como catalizador de la unión matrimonial y productiva entre los jóvenes y castos héroes. Por el contrario, la sexualidad femenina supone una amenaza al orden establecido dado que es una expresión de individualidad que potencialmente supone un desafío a la autoridad y a las normas sociales de conducta. Al sublevarse contra la maternidad y la familia, la mujer en *The Heart of Midlothian* atenta contra la jerarquía social y en consecuencia contra su subordinación ante el hombre, considerada a lo largo de la historia como un proceso natural. La jerarquía dentro de la unidad como un elemento orgánico del progreso histórico se convirtió en uno de los componentes legitimadores del nacionalismo y del



Imperialismo (McClintock 1993: 64). En suma, la grandeza de esta novela no sólo reside en su carácter transgresor, sino atemporal, con significado pleno para cualquier época y lugar, especialmente en lo concerniente a la formación de un nuevo Estado político como fue la Unión entre Escocia e Inglaterra, cuyo ejemplo se puede trasladar al mundo actual “of changing maps and new nations” (Mayhead 1973: 66).



## EPÍLOGO

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Existe una idea que lleva una vida difícil, pero que es limitada y, por lo tanto falsa. Es la idea según la cual, para mejor comprender una cultura extranjera, habría que trasplantarse a ella, y olvidando la propia cultura, ver el mundo por los ojos de esa cultura extranjera.

Se trata de una idea que, como ya he dicho, es limitada. Hay que implantarse en una cultura extranjera y contemplar el mundo por sus ojos, ¡muy bien! Es una fase indispensable en el proceso de comprender una cultura. Pero si la comprensión tuviera que reducirse a esta única fase, no ofrecería otra cosa que una duplicación de la cultura dada, y no aportaría nada de nuevo ni de enriquecedor. La *comprensión* activa no renuncia a sí misma, a su propio lugar en el tiempo, a su propia cultura, ni tampoco olvida nada. Lo importante en el acto de comprender consiste, para quien comprende, en su propia *exotopía* en el tiempo, en el espacio y en la cultura, con respecto a aquello que pretende comprender.

Bajtín, *Estética de la creación verbal*, 1982

La inminente finalización de este periplo investigador a través de la historia y la literatura decimonónica nos exige a estas alturas hacer un balance de los logros obtenidos. Por ello, intentaremos recoger en este apartado las conclusiones a las que hemos llegado a través de las múltiples lecturas y del análisis del objeto de estudio.

Como constatamos en el prólogo, el hilo conductor o hipótesis madre de esta investigación ha sido la subversión de la nación en tres novelas históricas de Walter Scott, aspecto que nos ha empujado a un examen minucioso del contenido textual de *Waverley*, *Old Mortality* y *The Heart of Midlothian* para determinar la presencia de una contradicción entre el orden ideológico histórico del siglo XIX y el orden de pensamiento de las narrativas de Walter Scott.

En este estadio podemos afirmar sin temor que la identidad decimonónica, tanto histórica como literaria, no responde al patrón de identidad mónada que se construyó y divulgó en la estela de la Revolución francesa sino que por el contrario fue una identidad heterogénea, diversa, abierta y dinámica. La indagación de las diferentes dimensiones identitarias ilustra que la identidad nacional no fue una entidad reductible a una única dimensión, cuya esencia transcendía las barreras históricas, sino una entidad escurridiza a todo tipo de categorización, dada la multitud de identidades sociales que la inundaron, tales como la identidad de género, sexual, de clase o religiosa. Esto verifica dos argumentos: por un lado, la pluralidad de posiciones subjetivas y de experiencias socio-culturales que integran la identidad y por otro, el reconocimiento de que la identidad es un constructo histórico, político y cultural (Hall 1992: 254). La identidad concebida en clave postmoderna, no extrae su vitalidad de la marginación y la

relegación del Otro, sino que se funde con él en un abrazo que predica la diversidad intercultural y que evidencia que la identidad incorpora diversos significados culturales y políticos en función de los contextos. Así, la identidad se constituye y representa dependiendo de las relaciones de poder que los individuos mantienen con el sistema, a través de una larga hilera de procesos económicos, políticos e ideológicos, que revelan que las categorías hombre-mujer no son unitarias sino invenciones sociales, cuyo sentido varía históricamente en relación con el predominio de uno u otro discurso (Brah 1992: 131-32).

Es indudable que estas tres novelas históricas no son, a pesar de la imagen que se ha difundido de ellas, un modelo de cohesión nacional y mucho menos, de una identidad nacional unitaria e indivisible. A diferencia de las narrativas nacionales de otros países que coadyuvaban en la construcción de una nación cultural sólida a partir de la historia, el lenguaje, la religión o la política, Scott expone públicamente las innumerables fisuras que rasgan todo el edificio nacionalista y que imposibilitan su sedimentación. Nos enfrentamos así con una Gran Bretaña dividida, plagada de memorias y de heridas dolorosas, incurables aun con el paso del tiempo, que afloran de modo natural en el texto. Uno de los primeros síntomas de la permanencia de esta lesión es la rememoración y reconstrucción parcialmente falsa del pasado, hecho que ilumina la incapacidad para encarar la realidad histórica y el carácter distorsionador, y hasta cierto punto mutilador, de la novela. Para Francis R. Hart, el sentido inconcluso de las conclusiones narrativas de Scott es una expresión de la complejidad ideológica y de la crisis de autoridad que sufrió la sociedad coetánea al autor, fracturada entre la decadencia de la autoridad tradicional y la imposición de un nuevo tipo de orden social, proclive a la corrupción y a la inestabilidad. De ahí, el doble movimiento que zigzaguea sus argumentos: por un lado, la recurrencia en sus novelas de figuras paternas y

monárquicas desacreditadas, débiles o simplemente ausentes, que certifican la discontinuidad de la tradición y el resquebrajamiento histórico de los vínculos sociales tradicionales, y por otro, la urgencia por recrear y legitimar ese vacío mediante la literatura (Hart 1978: 48-52; Dennis 1997: 136).

Simultáneamente, esa crisis hegemónica se traduce en una desconfianza y reticencia hacia la nueva ideología nacionalista. Esto genera la convulsión de uno de los soportes esenciales del nacionalismo como fue la irreconciliación entre la Mismidad y la Otredad y con ello, el desmoronamiento de la frontera como pieza clave en la composición rígida e inmutable de la realidad. Con Scott, la línea divisoria entre dentro y fuera, aquí y allá, se difumina, se emborrona y finalmente se desvanece, para dejar paso a un nuevo espacio de cooperación en el que las múltiples lealtades no son discriminatorias y en el que la frontera es un símbolo de reincorporación de mundos sucesivos, no excluyentes. Como Linda Colley nos recuerda, los individuos que habitan en zonas fronterizas se singularizan por sus lealtades dobles, triples o incluso cuádruples (Colley 1992b: 316).

El cuestionamiento de las barreras no sólo supone una amenaza al sistema sino que deja al descubierto uno de sus puntos flacos. Su desvinculación con el programa nacionalista patentiza que la delimitación taxativa entre las categorías es constitutiva de las prácticas y discursos autoritarios del Estado, que para orillar el miedo y la inseguridad imponen significados fijos sobre quién pertenece o no a la nación. Una era revolucionaria es un periodo marcado por la crisis y ésta por naturaleza nunca presenta un talante homogeneizador sino disruptivo y turbador; por eso, la solución que se busca tiende a camuflar siempre el caos que prevalece.

En el momento en el que el criterio diferenciador entre las dicotomías desaparece, los cimientos ideológicos del Estado y de su ideario nacionalista son abatidos y se vuelven problemáticos, mostrando la naturaleza ilusoria de sus principios y estructura, social, política y discursivamente construida. Como consecuencia lógica de este fenómeno, la identidad nacional se descubre como una entidad en construcción, constantemente definida y rediseñada, pero nunca como una identidad bloque, consumada de una vez por todas. Y esto surge precisamente gracias a dos componentes: en primer lugar, a la subversión que se efectúa desde la periferia, donde los esfuerzos por fijar los significados se duplican pero también son más vulnerables y segundo, a que la tensión entre las fuerzas disonantes salta por los aires para verse sustituida por una relación de complementariedad.

Aseveramos que la subversión que Scott lleva a cabo en *Waverley*, *Old Mortality* y *The Heart of Midlothian* se consuma mediante la ruptura entre el significante nación y sus significados, ilustrando la escisión interna de la nación y la inestabilidad constante de la misma. El reconocimiento de esta disfunción provoca asimismo el hundimiento de la correspondencia oficial entre ambas partes del signo lingüístico y la emergencia de otras correspondencias reprimidas y marginadas de la sociedad. De esta manera, el diseño de la estructura textual revela la abertura de huecos ingobernables en la novela y en la historia pedagógica de la nación. Scott da un vuelco a la idea establecida de la mujer y del ciudadano y de todas las obligaciones asociadas a los mismos que constituyen el funcionamiento de la nación. Para él, la desviación de las normas y de los comportamientos oficiales también tiene cabida en la sociedad, hasta tal grado, que sin ellos, ésta carecería de sentido. Si bien la nación parece prescindir de la Otredad, su peso en las tres novelas prueba que ésta no es una pieza de segunda fila, sino un motor en la conservación de los engranajes sociales. De ahí que estas energías subalternas

puedan “emerger en estrategias de significación desplazadas, e incluso descentradas” (Bhabha 2006: 78) y que aún así, tengan pleno significado. El discurso de la nación es por lo tanto un discurso interrumpido entre la significación del pueblo como “una presencia histórica *a priori*, un objeto pedagógico y los pueblos contruidos en la representación o *performancia* de la narrativa” (Bhabha 2006: 81). El desajuste entre ambos procesos elimina el carácter cohesionador de la frontera y da vía libre a la liminaridad de la nación, desde la cual lo minoritario y lo marginal alcanzan sus voces. Escocia, sus personajes y las situaciones históricas en las que se ven envueltos son las energías performativas que ejercen resistencia frente a Inglaterra y que evidencian la multiplicidad indomable y la discontinuidad de la identidad nacional. Desde la perspectiva de los Estudios subalternos, Scott problematiza y pluraliza los cambios, convirtiéndolos en una confrontación más que en una transición, hecho que permite interpretar sus novelas como historias de explotación y no como relatos insertos en las grandes narrativas nacionales. Asimismo, estas mutaciones se hacen patentes en la convulsión violenta del sistema del signo, cuyo significado deja de estar asociado con las elites y la normatividad para absorber la presencia de los sujetos subalternos, por naturaleza insumisos (Spivak 1988: 3-4).

Nuestro objetivo a lo largo de toda esta investigación ha sido promover una lectura alternativa del nacionalismo que desafiara y desenmascarara la galería de sofismas y de manipulaciones sobre la que éste se erigió, especialmente con respecto a la figura del Otro. Por eso, hemos querido indagar en aquellos aspectos dudosos que podían conducirnos hacia otra visión de la realidad más humana y fecunda, para así entroncarla con la realidad del siglo XXI en la que todavía la dolencia de los nacionalismos nos asalta. Desde estas líneas de exploración histórico-literaria reivindicamos, aunque suene a utopía, la oportunidad de un mayor conocimiento del



Otro, tan marginado y denostado por las imposiciones culturales, y de una conciencia que traspase las fronteras claustrofóbicas de los países para dejar de ver a otras culturas como categorías y apreciarlas en su humanidad. Concluimos esta investigación, cómo no, con una cita que invite al lector a la reflexión intercultural: “Frente a tales intentos quiero recordar la herencia de nuestra tradición: en griego *Xenos* significa tanto extranjero como hospitalidad. Con otras palabras: los extranjeros siempre eran bienvenidos. Ya que nos referimos a tradiciones europeas, refirámonos entonces a ésta, por favor” (Welsch 2008: 185).



## **BIBLIOGRAFÍA**

- Abel, Elizabeth, ed. *Writing and Sexual Difference*. Sussex: The Harvester Press, 1982.
- Abrams, Lynn. *The Making of Modern Woman: Europe, 1789-1918*. London: Longman, 2002.
- Abrams, M.H. & Stilling, eds. "Introduction". *The Norton Anthology of English Literature: The Romantic Period*. Vol. 2 A. New York: Norton, 2000. 1-21.
- Adams, Percy G. *Travel Literature and the Evolution of the Novel*. Lexington: The University Press of Kentucky, 1983.
- Aguirre, Angel, ed. *Cultura e identidad cultural: introducción a la Antropología*. Barcelona: Ediciones Bardenas, 1997.
- Alarcón, Norma, Caren Kaplan y Minoo Moallem. "Introduction: Between Woman and Nation". *Between Woman and Nation: Nationalisms, Transnational Feminisms and the State*. Ed. Caren Kaplan, Norma Alarcón y Minoo Moallem. Durham: Duke University Press, 1999. 1-16.
- Allan, David. "Protestantism, Presbyterianism and National Identity in Eighteenth Century Scottish History". *Protestantism and National Identity: Britain and Ireland c. 1650-c. 1850*. Ed. Tony Claydon e Ian McBride. Cambridge: Cambridge University Press, 1998. 182-205.
- Alonso del Real, Carlos. *Esperando a los bárbaros*. Madrid: Espasa Calpe, 1972.
- Alsina, Miquel Rodrigo. *La comunicación intercultural*. Barcelona: Anthropos, 1999.
- Alter, Robert. *The Pleasures of Reading in an Ideological Age*. New York: Simon and Schuster, 1989.
- Althusser, Louis. *Ideología y aparatos ideológicos de Estado: Freud y Lacan*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1988.

- Álvarez Rodríguez, Roman. "Introducción". *El corazón de Mid-Lothian*. Por Walter Scott. Madrid: Cátedra, 1988. 9-59.
- . *Origen y evolución de la novela histórica inglesa*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1983.
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- . "Introduction". *Mapping the Nation*. Ed. Gopal Balakrishnan. London: Verso, 1996. 1-16.
- Anderson, Perry. *Los orígenes de la posmodernidad*. Barcelona: Anagrama, 2000.
- Andreu, Alicia G. *Galdós y la literatura popular*. Madrid: Sociedad General Española de Librería, 1982.
- Ansari, Ghaus. "The Role of Anthropology in the World Crises". *War, Its Causes and Correlates*. Ed. Martin A. Nettleship, Dale Givens y Anderson Nettleship. The Hague: Mouton Publishers, 1975. 21-28.
- Anzaldúa, Gloria. *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza*. San Francisco: Aunt Lute Books, 1987.
- Apter, David, ed. *Ideology and Discontent*. Canada: MacMillan, 1964.
- Arenas, Luis. *Identidad y subjetividad: materiales para una historia de la filosofía moderna*. Madrid: Biblioteca nueva, 2002.
- Aristóteles. *Artes Poéticas*. Madrid: Visor, 2003.
- . *Metafísica*. Madrid: Espasa Calpe, 1990.
- . *The Works of Aristotle the Famous Philosopher*. Ed. William Salmon. Charleston: BiblioBazaar, LLC, 2008.
- Armstrong, John A. *Nations before Nationalism*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1982.

- Armstrong, Nancy. *Desire and Domestic Fiction: a Political History of the Novel*. London: Oxford University Press, 1987a.
- . "The Rise of the Domestic Woman". *The Ideology of Conduct: Essays in Literature and the History of Sexuality*. Ed. Nancy Armstrong y Leonard Tennenhouse. New York: Methuen, 1987b. 96-141.
- Armstrong, Nancy y Leonard Tennenhouse, eds. *The Ideology of Conduct: Essays in Literature and the History of Sexuality*. New York: Methuen, 1987.
- . "The Literature of Conduct, the Conduct of Literature, and the Politics of Desire: an Introduction". *The Ideology of Conduct: Essays in Literature and the History of Sexuality*. Ed. Nancy Armstrong y Leonard Tennenhouse. New York: Methuen, 1987. 1-24.
- Aron, Raymond. *The Opium of the Intellectuals*. New York: Doubleday and Company, 1957.
- Artaud, Antonin. *Mensajes revolucionarios*. Madrid: Fundamentos, 1973.
- Austin, Carolyn F. "Home and Nation in the Heart of Midlothian". *SEL: Studies in English Literature 1500-1900* 40. 4 (2000): 621-34.
- Bainbridge, Simon. *British Poetry and the Revolutionary and Napoleonic Wars: Visions of Conflict*. London: Oxford University Press, 2003. 1-30.
- . *Napoleon and English Romanticism*. Cambridge: Cambridge University Press, 1995. 153-82.
- Bajtin, Mijail. *The Dialogic Imagination: Four Essays*. Austin: University of Texas Press, 1981. 259-422.
- . *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus, 1989.
- Baker, Ernest Ä. *The History of the English Novel: Maria Edgeworth, Jane Austen, Walter Scott*. Vol. 9. New York: Barnes y Noble, 1964. 122-226.

- Baldick, Chris. *The Social Mission of English Criticism 1848-1932*. Oxford: Clarendon Press, 1983.
- Balfour, Major General. "On the Military Conscription of France". *Journal of the Statistical Society of London* 30. 2 (1867): 216-92. Publisher: Blackwell Publishing.
- Balzac, Honoré de. *Oeuvres complètes de M. de Balzac, La comédie humaine*. 1, L'avant-propos de la Comédie humaine. 1842. Paris: Académia, 1842-1848.
- Bardsley, Alison. "In and Around the Borders of the Nation in Scott's *Guy Mannering*". *Nineteenth-Century Contexts* 24. 4 (2002): 397-415.
- Barker, Ernest. *Britain and the British People*. London: Oxford University Press, 1955.
- . *Oliver Cromwell and the English People*. Cambridge: Cambridge University Press, 1937.
- Barker, Hannah y Elaine Chalus, eds. *Women's History: Britain, 1700-1850*. London: Routledge, 2005.
- Barth, Fredrik, ed. *Ethnic Groups and Boundaries: The Social Organization of Culture Difference*. Oslo: Universitatforlaget, 1969.
- . "Introduction". *Ethnic Groups and Boundaries: The Social Organization of Culture Difference*. Ed. Fredrik Barth. Oslo: Universitatforlaget, 1969. 9-38.
- Barthes, Roland. *S/Z*. 1970. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 1980.
- Brah, Avtar. "Difference, Diversity and Differentiation". Ed. "*Race, Culture, and Difference*". Ed. James Donald. London: Sage, 1992. 126-48.
- Bauman, Zygmunt. "De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad". *Cuestiones de identidad cultural*. Ed. Stuart Hall y Paul du Gay. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1996. 40-68.

- . "A Sociological Theory of Postmodernity". *The postmodernism reader: foundational texts*. Ed. Michael Drolet. London: Routledge, 2004. 238-49.
- Baumeister, Roy F. *Identity: Cultural Change and the Struggle for Self*. New York: Oxford University Press, 1986.
- Beaune, Colette. *Naissance de la nation France*. France: Gallimard, 1993.
- Beer, Janet y Bridget Bennett, eds. *Special Relationships: Anglo-American Affinities and Antagonisms, 1854-1936*. Manchester: Manchester University Press, 2002.
- Beer, Gillian. *The Romance*. Great Britain: Methuen and Co Ltd, 1970.
- Beers, Henry A. *A History of English Romanticism in the Eighteenth Century*. 1918. USA: Kessinger Publishing, 2004.
- Bell, Eleanor y Gavin Miller, eds. *Scotland in Theory: Reflections on Culture & Literature*. Amsterdam: Rodopi, 2004.
- Bell, Eleanor. "Postmodernism, Nationalism and the Question of Tradition". *Scotland in Theory: Reflections on Culture & Literature*. Ed. Eleanor Bell y Gavin Miller. Amsterdam: Rodopi, 2004. 83-96.
- Ben-David, Joseph y Terry Nichols Clark, eds. *Culture and its Creators: Essays in Honor of Edward Shils*. Chicago: the University of Chicago Press, 1977.
- Bentham, Jeremy. *El panóptico*. 1791. Madrid: Las ediciones de la Piqueta, 1979.
- Bennington, Geoffrey. "Postal Politics and the Institution of the Nation". *Nation and Narration*. Ed. Homi K. Bhabha. London: Routledge, 1990. 121-37.
- Berger, Peter L. y Thomas Luckmann. *La construcción social de la realidad*. 1966. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1995.

- Bethke Elshtain, Jean. "The Power and Powerlessness of Women". *Beyond Equality and Difference: Citizenship, Feminist Politics and Female Subjectivity*. Ed. Gisela Bock y Susan James. London: Routledge, 1992. 110-25.
- . *Public Man, Private Woman: Women in Social and Political Thought*. Princeton: Princeton University Press, 1981.
- Bhabha, Homi K. "Diseminación, el tiempo, el relato y los márgenes de la nación moderna". *Naciones literarias*. Ed. Dolores Romero López. Barcelona: Anthropos, 2006. 69-112.
- . "Introduction: Narrating the nation". *Nation and Narration*. Ed. Homi K. Bhabha. London: Routledge, 1990. 1-7.
- . *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial, 2002.
- , ed. *Nation and Narration*. London: Routledge, 1990.
- Biersack, Aletta y Lynn Hunt, eds. *The New Cultural History*. California: University of California Press, 1989.
- Biersteker, Thomas J. y Cynthia Weber, eds. *State Sovereignty as Social Construct*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996.
- . "The Social Construction of State Sovereignty". *State Sovereignty as Social Construct*. Ed. Thomas J. Biersteker y Cynthia Weber. Cambridge: Cambridge University Press, 1996. 1-21.
- Bhikhu, Parekh. "El etnocentrismo del discurso nacionalista". *La invención de la nación*. Comp. Álvaro Fernández Bravo. Buenos Aires: Manantial, 2000. 91-122.
- Black, Jeremy. "Confessional state or elect nation? Religion and identity in eighteenth-



- century England". *Protestantism and National Identity: Britain and Ireland c. 1650-c. 1850*. Ed. Tony Claydon e Ian McBride. Cambridge: CUP, 1998. 53-74.
- . "War and the World, 1450-2000". *The Journal of Military History* 63. 3 (1999): 669-81. Publisher: Society for Military History.
- Blainey, Geoffrey. *The Causes of War*. London: Macmillan, 1973.
- Bloom, Harold. *La angustia de las influencias*. Venezuela: Monte Avila Editores, 1973.
- . *The Ringers in the Tower: Studies in Romantic Tradition*. Chicago: The University of Chicago Press, 1971.
- . "Romantic Poetry". *The Oxford Anthology of English Literature: Romantic Poetry and Prose*. New York: Oxford University Press, 1981. 3-9.
- . *The Western Canon: The Book and School of the Ages*. London: Harcourt Bruce and Company. 1994.
- Bloom, Harold y Lionel Trilling. *Romantic Poetry and Prose*. New York: Oxford University Press, 1981.
- Bock, Gisela y Susan James, eds. *Beyond Equality and Difference: Citizenship, Feminist Politics and Female Subjectivity*. London: Routledge, 1992.
- Boivin, Mauricio F. et al., eds. *Constructores de Otredad: una introducción a la Antropología social y cultural*. Buenos Aires: Eudeba, 1999. 1-54.
- . "La construcción del otro por la diferencia". *Constructores de Otredad: una introducción a la Antropología social y cultural*. Ed. Mauricio F. Boivin et al. Buenos Aires: Eudeba, 1999. 23-32.

- . "Introducción". *Constructores de Otredad: una introducción a la Antropología social y cultural*. Ed. Mauricio F. Boivin et al. Buenos Aires: Eudeba, 1999. 9-22.
- Boixadós, Alberto. *Literatura y poder*. Buenos Aires: Ediciones Theoria, 1966.
- Boixareu, Mercedes. *Novela y subversión*. Madrid: UNED, 1987.
- Boswell, James y Samuel Johnson. *A Journey to the Western Islands of Scotland and The Journal of a Tour to the Hebrides*. 1785. London: Penguin Classics, 1984.
- Bourdieu, Pierre. *Campo del poder y campo intelectual*. Argentina: Folios Ediciones, 1983.
- . *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama, 1995.
- Bouthoul, Gastón. *La guerra*. España: Oikos-Tau, 1971.
- Bradshaw, Brendan y Peter Roberts, eds. *British Consciousness and Identity: the Making of Britain 1533-1707*. Cambridge: Cambridge University Press, 1998.
- Brennan, Gillian. *Patriotism, Power and Print: National Consciousness in Tudor England*. Cambridge: James Clarke, 2003.
- Brennan, Timothy. "The National Longing for Form". *Nation and Narration*. Ed. Homi K. Bhabha. London: Routledge, 1990. 44-70.
- Breuilly, John. *Nationalism and the State*. Manchester: Manchester University Press, 1985.
- Bridgman, Jon M. "Gunpowder and Governmental Power: War in Early Modern Europe (1494-1825)". *War: A Historical, Political and Social Study*. Ed. L.L. Farrar. California: American Bibliographical Center-Clio Press, 1978. 105-11.
- Briggs, Asa. *The Age of Improvement 1783-1867*. London: Longman, 1979. 1-216.

- Broadie, Alexander, ed. *The Cambridge Companion to the Scottish Enlightenment*. Glasgow: Cambridge University Press, 2003.
- . "Art and Aesthetic Theory". *The Cambridge Companion to the Scottish Enlightenment*. Ed. Alexander Broadie. Glasgow: Cambridge University Press, 2003. 280-97.
- Brody Kramnick, Myriam. "Introduction". *Vindication of the Rights of Woman*. Por Mary Wollstonecraft. London: Penguin Books, 1975. 7-72.
- Bromwich, David. "Edmund Burke, *Reflections on the Revolution in France*". *A Companion to Romanticism*. Ed. Duncan Wu. Australia: Blackwell, 1999. 113-21.
- Brooks, Peter. *Reading for the Plot: Design and Intention in Narrative*. Cambridge: Harvard University Press, 1984.
- Brown, David D. *Walter Scott and the Historical Imagination*. London: Routledge, 1979. 6-30.
- Brown, John. *An Estimate of the Manners and Principles of the Times*. London: Grays-Inn-Gate, 1757.
- Brown, Keith M. "Scottish Identity in the Seventeenth Century". *British Consciousness and Identity: the Making of Britain 1533-1707*. Ed. Brendan Bradshaw y Peter Roberts. Cambridge: Cambridge University Press, 1998. 236-58.
- Brubaker, Rogers. *Citizenship and Nationhood in France and Germany*. Cambridge: Harvard University Press, 1992.
- Buber, Martín. *Yo y tú*. Buenos Aires: Nueva visión, 1969.
- Buchenau, Barbara. "Wizards of the West? How Americans respond to Sir Walter Scott, the *Wizard of the North*". *James Fenimore Cooper: His Country and His Art*.

- Ed. Hugh C. MacDougall. New York: The State University of New York College, 1997. 14-26.
- Buckley-Fletcher, Carolyn. "Sir Walter Scott and the Beginnings of Ethnology". *Nonfictional Romantic Prose: Expanding Borders*. Ed. Steven P. Sondrup et al. Amsterdam: Benjamins, 2004. 107-13.
- Buendía, Felicidad. Estudio preliminar. *Antología de la novela histórica española 1830-1844*. Madrid: Aguilar, 1963. 1-25.
- Burgess, Miranda J. *British Fiction and the Production of Social Order, 1740-1830*. Cambridge: Cambridge University Press, 2000. 186-234.
- Burke, Edmund. *A Philosophical Enquiry Into the Origin of Our Ideas of the Sublime and Beautiful: With an Introductory Discourse Concerning Taste*. 1757. New York: Harper, 1844.
- . *Reflections on the Revolution in France*. 1790. New York: Gateway Editions, 1955.
- Burke, Peter, ed. *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza editorial, 1993.
- . *Hablar y callar: funciones sociales del lenguaje a través de la historia*. Barcelona: Gedisa, 2001.
- . *Popular Culture in Early Modern Europe*. New York: Harper Torchbooks, 1983.
- Butler, Judith. *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. New York: Routledge, 1990.
- . "Gender Trouble, Feminist Theory and Psychoanalytic Discourse". *Identities: Race, Class, Gender, and Nationality*. Ed. Linda Martín Alcoff y Eduardo Mendieta. USA: Blackwell, 2003. 201-11.
- . *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid: Editorial Síntesis, 1997a.

- . *The psychic life of power: theories in subjection*. Stanford: Stanford University Press, 1997b.
- Butler, Marilyn, ed. *Burke, Paine, Godwin, and the Revolution Controversy*. Cambridge: Cambridge University Press, 1984.
- Butterfield, Herbert. *The Historical Novel: an Essay*. Cambridge: Cambridge University Press, 1924.
- Buzard, James. "Translation and Tourism: Scott's *Waverley* and the Rendering of Culture". *Yale Journal of Criticism* 8. 2 (1995): 31-59.
- . *Disorienting Fiction: the Autoethnographic Work of Nineteenth-Century British Novels*. Princeton: Princeton University Press, 2005. 63-104.
- B. de Huszar, George, ed. *The Intellectuals*. USA: Free Press, 1960.
- . "Emergence of Modern Intellectuals". *The Intellectuals*. Ed. George B. de Huszar. USA: Free Press, 1960. 1-18.
- Cadogan, William. *An Essay upon Nursing, and the Management of Children from their Birth to Three Years of Age*. London: J. Roberts, 1748.
- Caine, Barbara. "Women". *An Oxford Companion to the Romantic Age: British Culture, 1776-1832*. Ed. Iain McCalman et al. London: Oxford University Press, 2001. 42-51.
- Campbell, Matthew, Jacqueline M. Labbé y Sally Shuttleworth, eds. *Memory and Memorials, 1789-1914: Literary and Cultural Perspectives*. London: Ashgate, 2000.
- Campbell, R. H. "The Anglo-Scottish Union of 1707. II. The Economic Consequences". *The Economic History Review* 16. 3 (1964): 468-77. Publisher: Blackwell Publishing.

- Cancro, Robert. "Some Psychiatric Considerations on the Etiology of War". *War, Its Causes and Correlates*. Ed. Martin A. Nettleship, Dale Givens y Anderson Nettleship. The Hague: Mouton Publishers, 1975. 163-72.
- Cardinal, Roger. "Romantic Travel". *Rewriting the Self: Histories from the Renaissance to the Present*. Ed. Roy Porter. London: Routledge, 1997. 135-55.
- Carlin, Deborah. *Cather, Canon and the Politics of Reading*. USA: the University of Massachusetts Press, 1992.
- Carlos Piñeiro, Juan. "La imposibilidad de una literatura no comprometida". *Literatura y compromiso*. Ed. Juan Wilhelmi e Inger Enkvist. Lund: Romanska Institutionen, 2003. 99-114.
- Carlyle, Alexander. *Autobiography of the Rev. Dr. Alexander Carlyle, Minister of Inveresk: Containing Memorials of the Men and Events of his Time*. Michigan: Ticknor y Fields, 1861. 29-36.
- Carnall, Geoffrey. "Historical Writing in the Later Eighteenth Century". *The History of Scottish Literature*. Vol. 2. Ed. Andrew Hook. Aberdeen: Aberdeen University Press, 1987. 207-18.
- Carr, E. H. *Nationalism and After*. London: Macmillan, 1967.
- Carrizo Rueda, Sofía. *Poética del relato de viajes*. Kassel: Edition Reichenberger, 1997.
- Carruthers, Gerard, David Goldie y Alastair Renfrew, eds. *Beyond Scotland: New Contexts for Twentieth Century Scottish Literature*. Amsterdam: Rodopi, 2004.
- Cassirer, Ernst. *El mito del Estado*. México: Fondo de Cultura Económica, 1946.
- . *La Philosophie des Lumières*. 1932. París: Floch à Mayenne, 1970.
- Castellet, J. M. *Literatura, ideología y política*. Barcelona: Anagrama, 1976.

Cavarero, Adriana. "Equality and Sexual Difference: Amnesia in Political Thought".

*Beyond Equality and Difference: Citizenship, Feminist Politics and Female Subjectivity*. Ed. Gisela Bock y Susan James. London: Routledge, 1992. 33-47.

Cixous, Hélène. *La risa de la medusa: ensayos sobre la escritura*. Barcelona: Anthropos, 1995.

Clark, J. C. D. *English Society 1660-1832*. Cambridge: Cambridge University Press, 2000a.

---. "Protestantism, Nationalism and National Identity, 1660-1832". *The Historical Journal* 43. 1 (2000b): 249-76.

Clausewitz, Carl von. *On War*. 1832. London: Penguin Classics, 1982.

Claydon, Tony e Ian McBride, eds. *Protestantism and National Identity: Britain and Ireland c. 1650-c. 1850*. Cambridge: Cambridge University Press, 1998.

---. "The Trials of the Chosen Peoples: Recent Interpretations of Protestantism and National Identity in Britain and Ireland". *Protestantism and National Identity: Britain and Ireland c. 1650-c. 1850*. Ed. Tony Claydon e Ian McBride. Cambridge: Cambridge University Press, 1998. 3-29.

Clymer, Lorna y Robert Mayer, eds. *Historical Boundaries, Narrative Forms: Essays on British Literature in the Long Eighteenth Century in Honor of Everett Zimmerman*. Newark, DE: University of Delaware Press, 2007.

Cobban, Alfred. "The Rise of the Nation-State System". *Nationalism*. Ed. Anthony D. Smith y John Hutchinson. London: Oxford University Press, 1994. 245-50.

Cobbett, William, John Wright y Thomas Curson. *The Parliamentary History of England, from the Earliest Period to the Year 1803*. London: Longman, Hurst, Rees, Orme & Brown, 1809.

- Cohen, Anthony P. *The Symbolic Construction of Community*. London: Routledge, 1989.
- Colin, Lucas, ed. *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*. Vol. 2. The Political Culture of the French Revolution. Oxford: Pergamon Press, 1988.
- Colley, Linda. *Britons: Forging the Nation 1707-1837*. New Haven: Yale University Press, 1992a.
- . "Britishness and Otherness: An Argument". *The Journal of British Studies* 31. 4 (1992b): 309-29. Publisher: The University of Chicago Press.
- . "Whose Nation? Class and National Consciousness in Britain 1750-1830". *Past and Present* 113 (1986): 97-117. Publisher: Oxford University Press.
- Comaroff, John L., ed. *Perspectives on Nationalism and War*. London: Routledge, 1995.
- Congrès International des Sciences Historiques. *Patriotisme et Nationalisme en Europe à l' poque de la Révolution française et de Napoléon*. Paris: Société des Etudes Robespierri stes, 1973.
- Connell, R. W. *Gender and Power*. Cambridge: Polity Press, 1987.
- Constant, Benjamin. *De l'esprit de conquête et de l'usurpation*. Paris: Le Normant, 1814.
- Conway, Stephen. "War and National Identity in the Mid-Eighteenth-Century British Isles". *The English Historical Review* 116. 468 (2001): 863-93. Publisher: Oxford University Press.
- Cookson, J. E. *The British Armed Nation, 1793-1815*. London: Oxford University Press, 1997.



- . "The English Volunteer Movement of the French Wars, 1793-1815: Some Contexts". *The Historical Journal* 32. 4 (1989): 867-91. Publisher: Cambridge University Press.
- . "War". *An Oxford Companion to the Romantic Age: British Culture, 1776-1832*. Ed. Iain McCalman et al. London: Oxford University Press, 2001. 26-34.
- Cooper, Joan Garden. "Scott's Critique of the English Treason Law in Waverley". *Scottish Studies Review* 4. 2 (2003): 17-36.
- Copeland, David A. "Newspapers in the Americas". *The Function of Newspapers in Society: A Global Perspective*. Ed. Shannon E. Martin y David A. Copeland. London: Praeger, 2003. 103-25.
- Cornwell, Neil. *The Literary Fantastic: from Gothic to Postmodernism*. New York: Harvester Wheatsheaf, 1990.
- Coupland, Sir Reginald. *Welsh and Scottish Nationalism: A Study*. London: Collins, 1954.
- Covo, Jacqueline, ed. *Las representaciones del tiempo histórico*. Paris: Presses Universitaires de Lille, 1994.
- Cowan, Ian B. *The Scottish Covenanters 1660-1688*. London: Victor Gollancz Ltd, 1976.
- Craig, Cairns. "Devolving the Scottish Novel". *A Concise Companion to Contemporary British Fiction: British Fiction and the Discipline of Postcolonialism*. Ed. James F. English. UK: Blackwell, 2006. 121-140.
- . *The Modern Scottish Novel: Narrative and the National Imagination*. Edinburgh: Edinburgh University Press, 1999. 9-36.

- . "Scotland and Hybridity". *Beyond Scotland: New Contexts for Twentieth Century Scottish Literature*. Ed. Gerard Carruthers, David Goldie, Alastair Renfrew. Amsterdam: Rodopi, 2004. 229-53.
- . "Scott's Staging of the Nation". *Studies in Romanticism* 40. 1 (2001): 13-29.
- Cranston, Maurice. "The Sovereignty of the Nation". *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*. Vol. 2. The Political Culture of the French Revolution. Ed. Lucas Colin. Oxford: Pergamon Press, 1988. 97-105.
- Crawford, Robert. *Devolving English Literature*. Oxford: Clarendon Press, 1992.
- . "Walter Scott and European Union". *Studies in Romanticism* 40. 1 (2001): 137-52.
- Cronin, Richard. "Walter Scott and Anti-Gallican Minstrelsy". *The Politics of Romantic Poetry: In Search of the Pure Commonwealth*. New York: Palgrave Macmillan, 2000. 92-109.
- Cross, Wilbur L. "An Earlier Waverley". *Modern Language Notes* 17. 2 (1902): 44-45.  
Publisher: The Johns Hopkins University Press.
- Curran, Stuart, ed. *The Cambridge Companion to British Romanticism*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996.
- . "Women readers, women writers". *The Cambridge Companion to British Romanticism*. Ed. Stuart Curran. Cambridge: Cambridge University Press, 1996. 177-95.
- Chambers, Deborah. *Representing the Family*. London: Sage Publications, 2001.
- Chandler, James. *England in 1819: The Politics of Literary Culture and the Case of Romantic Historicism*. Chicago: University of Chicago Press, 1999. 212-16, 303-19.

- Christensen, Jerome. *Romanticism at the End of History*. London: John Hopkins University Press, 2000. 1-8, 153-76.
- Christie, John R. R. "The Culture of Science in Eighteenth-Century Scotland". *The History of Scottish Literature*. Vol. 2. 1660-1800. Ed. Andrew Hook. Aberdeen: Aberdeen University Press, 1987. 291-305.
- Christie, Ian R. *Wars and Revolutions: Britain 1760-1815*. London: Edward Arnold, 1982.
- Daiches, David. "Scholarship, Literature and Nationalism in Eighteenth Century Scotland". *Literary Theory and Criticism*. Vol. 2. Ed. Joseph P. Strelka. New York: Peter Lang, 1984. 743-54.
- . "Scott's Achievement as a Novelist. Part One". *Nineteenth-Century Fiction* 6. 2 (1951a): 81-95. Publisher: University of California Press.
- . "Scott's Achievement as a Novelist. Part Two". *Nineteenth-Century Fiction* 6. 3 (1951b): 153-73. Publisher: University of California Press.
- Dan, Otto y John Rowland Dinwiddy, eds. *Nationalism in the age of the French Revolution*. Europe: Continuum International Publishing Group, 1988.
- Davidson, Neil. *Discovering the Scottish Revolution 1692-1746*. London: Pluto Press, 2003.
- Davis, Jana. "Sir Walter Scott and Enlightenment Theories of the Imagination: Waverley and Quentin Durward". *Nineteenth-Century Literature* 43. 4 (1989): 437-64. Publisher: University of California Press.
- Davis, Leith, Ian Duncan y Janet Sorensen, eds. *Scotland and the Borders of Romanticism*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004.
- Dawson, Jane. "The Gaidhealtachd and the Emergence of the Scottish Highlands".

- British Consciousness and Identity: the Making of Britain 1533-1707*. Ed. Brendan Bradshaw y Peter Roberts. Cambridge: Cambridge University Press, 1998. 259-300.
- Dawson, P.M.S. "Poetry in an Age of Revolution". *The Cambridge Companion to British Romanticism*. Ed. Stuart Curran. Cambridge: Cambridge University Press, 1996. 48-73.
- Deane, Seamus. *The French Revolution and the Enlightenment in England 1789-1832*. Cambridge: Harvard University Press, 1988.
- , ed. *Nationalism, Colonialism and Literature*. Minnesota: The University of Minnesota, 1990.
- Deaux, Kay y Mary E. Kite. "Thinking About Gender". *Analyzing Gender: a Handbook of Social Science Research*. Ed. Myra Marx Ferree y Beth B. Hess. London: Sage Publications, 1987. 92-117.
- Dekker, George. *The Fictions of Romantic Tourism: Radcliffe, Scott, and Mary Shelley*. Stanford: Stanford University Press, 2005. 1-24.
- Degérando, Joseph-Marie. *The Observation of Savage Peoples*. 1800. Berkeley: University of California Press, 1969.
- Dennis, Ian. *Nationalism and Desire in Early Historical Fiction*. Great Britain: MacMillan Press, 1997.
- Descartes, René. *Reglas para la dirección del espíritu*. 1625. México D. F.: Porrúa, 2001.
- De Groot, Joanna. "Sex and Race: The Construction of Language and Image in the Nineteenth Century". *Sexuality and Subordination: Interdisciplinary Studies of Gender in the Nineteenth Century*. Ed. Susan Mendus y Jane Rendall. London: Routledge, 1989. 89-128.

- Del Prado, Javier, coord. *Historia de la literatura francesa*. Madrid: Cátedra, 1994.
- De Maistre, Joseph. *Considérations sur la France*. Bruxelles: Editions Complexe, 1988.
- De Paepe, Christian et al., eds. *Literatura y poder: Actas del coloquio internacional*. Leuven: Leuven University Press, 1995.
- De Quincey, Thomas. *Confessions of an English Opium Eater*. USA: Kessinger Publishing, 2003.
- De Stäel, Madame. *De l'Allemagne*. Vol. 1. Paris: Garnier-Flammarion, 1968a.
- . *De l'Allemagne*. Vol. 2. Paris: Garnier-Flammarion, 1968b.
- Deutsch, Karl W. *Nationalism and Social Communication: An Inquiry into the Foundations of Nationality*. Cambridge: The M.I.T Press, 1962.
- . *El nacionalismo y sus alternativas*. Buenos Aires: Paidós, 1969.
- De Beauvoir, Simone. *Le Deuxième Sexe*. Vol 1. Les faits et les mythes. France: Gallimard, 1986.
- Díaz-Diocaretz, Myriam e Iris M. Zavala, coords. *Breve historia feminista de la literatura española*. Vol. 1. Teoría feminista: discursos y diferencia. Barcelona: Anthropos, 1993.
- Díaz Quiñones, Arcadio. *Cintio Vitier: La memoria integradora*. Puerto Rico: Editorial Sin Nombre, 1987.
- Dinwiddy, John. "England". *Nationalism in the age of the French Revolution*. Ed. Otton Dan y John Rowland Dinwiddy. Europe: Continuum International Publishing Group, 1988. 53-70.
- Donald, James, ed. "Race", *Culture, and Difference*. London: Sage, 1992.
- Donaldson, Gordon. *Scotland: James V-James VII. The Edinburgh History of Scotland*. Vol. 3. Edinburgh: Oliver and Boyd, 1971.
- Donzelot, Jacques. *La policía de las familias*. Valencia: Pre-textos, 1979.

- Doty, Roxanne Lynn. "Sovereignty and the Nation: Constructing the Boundaries of National Identity". *State Sovereignty as Social Construct*. Ed. Thomas J. Biersteker y Cynthia Weber. Cambridge: Cambridge University Press, 1996. 121-47.
- Doyle, Laura. *Bordering on the Body: The Racial Matrix of Modern Fiction and Culture*. London: Oxford University Press US, 1994. 35-53.
- Doyle, Michael W. *Empires*. Ithaca: Cornell University Press, 1986.
- Drolet, Michael, ed. *The postmodernism reader: foundational texts*. London: Routledge, 2004.
- Dryden, John. "Of Dramatic Poesy: An Essay". *John Dryden: Selected Criticism*. 1668. Ed. James Kingsley y George Parfitt. Oxford: Clarendon Press, 1970. 16-76.
- Duff, David. "From Revolution to Romanticism: The Historical Context to 1800". A *Companion to Romanticism*. Ed. Duncan Wu. Australia: Blackwell, 1999. 23-34.
- Duncan, Carol. "Fallen Fathers: Images of Authority in Pre-Revolutionary French Art". *Art History*, 4. 2 (1981): 186-202.
- Duncan, Douglas. "Scholarship and Politeness in the Early Eighteenth Century". *The History of Scottish Literature*. Vol. 2. Ed. Andrew Hook. Aberdeen: Aberdeen University Press, 1987. 51-64.
- Duncan, Ian. "Primitive Inventions: *Rob Roy*, Nation, and the World System". *Eighteenth-Century Fiction* 15. 1 (2002): 81-102.
- . *Scott's Shadow: The Novel in Romantic Edinburgh*. Princeton: Princeton University Press, 2007. 1-58, 96-104.
- Dunn, John. *Political Obligation in its Historical Context: Essays in Political Theory*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002. 243-99.
- Eagleton, Terry. *The English Novel: An Introduction*. Oxford: Blackwell, 2005. 94-122.

---. *Ideología: una introducción*. 1995. Barcelona: Paidós, 1997. 1-100.

---. *Marxism and Literary Criticism*. London: Methuen and Co, 1976.

Easton, Alison. "Nation Making and Fiction Making: Sarah Orne Jewett, *The Tory Lover*, and Walter Scott, *Waverley*". *Special Relationships: Anglo-American Affinities and Antagonisms, 1854-1936*. Ed. Janet Beer y Bridget Bennett. Manchester: Manchester University Press, 2002. 139-59.

Eco, Umberto. *Apostillas a El nombre de la rosa*. Barcelona: editorial Lumen, 1983.

Edwards, Simon. "The Geography of Violence: Historical Fiction and the National Question". *Novel* 34. 2 (2001): 293-308.

Eisenstein, Elizabeth L. *The Printing Press as an Agent of Change*. Vol. 1 y 2. Cambridge: Cambridge University Press, 1979.

Elliott, Grace. 1859. *Journal de ma vie durant la Révolution française*. Paris: les Éditions de Paris, 2001.

Emerson, Roger. "The contexts of the Scottish Enlightenment". *The Cambridge Companion to the Scottish Enlightenment*. Ed. Alexander Broadie. Glasgow: Cambridge University Press, 2003. 9-30.

Emsley, Clive. *British Society and the French Wars 1793-1815*. London: Macmillan, 1979.

---. "Repression, 'Terror' and the Rule of Law in England during the Decade of the French Revolution". *English Historical Review* 100. 39 (1985): 801-25.

---. "Revolution, War and the Nation State: the British and French Experiences 1789-1801". *The French Revolution and British Popular Politics*. Ed. Mark Philp. Cambridge: Cambridge University Press, 2004. 99-117.

- English, James F., ed. *A Concise Companion to Contemporary British Fiction: British Fiction and the Discipline of Postcolonialism*. UK: Blackwell, 2006.
- Enloe, Cynthia. *Bananas, Beaches and Bases: Making Feminist Sense of International Politics*. London: Pandora, 1989.
- Epstein, Julie. "The Pregnant Imagination, Women's Bodies, and Fetal Rights". *Inventing Maternity: Politics, Science, and Literature, 1650-1865*. Ed. Susan C. Greenfeld y Carol Barash. Kentucky: University Press of Kentucky, 1999. 111-37.
- Epstein, Julia y Kristina Straub, eds. *Body Guards: The Cultural Politics of Gender Ambiguity*. London: Routledge, 1991.
- . "Introduction: The Guarded Body". *Body Guards: The Cultural Politics of Gender Ambiguity*. Ed. Julia Epstein y Kristina Straub. London: Routledge, 1991. 1-28.
- Escarbajal Frutos, Andrés y Andrés Escarbajal de Haro. *Trabajando la Interculturalidad*. Murcia: Diego Martín, 2004.
- Esquirol, Josep M. *Uno mismo y los otros: De las experiencias existenciales a la interculturalidad*. Barcelona: Herder, 2005.
- Evans, Eric J. *The Forging of the Modern State: Early Industrial Britain 1783-1870*. London: Longman, 1983. 6-89, 181-89.
- Farrar, L.L., ed. *War: A Historical, Political and Social Study*. California: American Bibliographical Center-Clio Press, 1978.
- Fabian, Johannes. *Time and the Other: How Anthropology makes its Objects*. New York: Columbia University Press, 2002.
- Fanon, Frantz. "La cultura nacional". *Naciones literarias*. Ed. Dolores Romero López. Barcelona: Anthropos, 2006. 59-65.



- Favret, Mary A. "Coming Home: the Public Spaces of Romantic War". *Studies in Romanticism* 33. 4 (1994): 539-48.
- Feibel, Juliet. "Highland Histories: Jacobitism and Second Sight", *CLIO* 30. 1 (2000): 51-77.
- Ferguson, Adam. *An Essay on the History of Civil Society*. 1767. London: T. Cadell y W. Davies, London, 1814.
- Fernández, Antonio. *Historia del mundo contemporáneo*. Barcelona: Vicens Vives, 1994.
- Fernández Bravo, Álvaro, comp. *La invención de la nación: lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Manantial, 2000.
- . "Introducción". *La invención de la nación*. Comp. Álvaro Fernández Bravo. Buenos Aires: Manantial, 2000. 1-26.
- Fernández de la Rota, José A. *Nacionalismo, cultura y tradición*. Barcelona: Anthropos, 2005.
- Fernández Prieto, Celia. *Historia y novela: poética de la novela histórica*. Pamplona: EUNSA, 1998.
- Ferrater Mora, José. *Diccionario de Filosofía abreviado*. Barcelona: Edhasa, 1976.
- Ferreras, Juan Ignacio. *Benito Pérez Galdós y la invención de la novela histórica nacional*. Madrid: Endymion, 1997
- Ferris, Ina. "Narrating Cultural Encounter: Lady Morgan and the Irish National Tale". *Nineteenth-Century Literature* 51. 3 (1996): 287-303. Publisher: University of California Press.
- Feuer, Lewis S. *Ideology and the Ideologists*. Oxford: Blackwell, 1975.
- Feyerabend, Paul K. *Tratado contra el método: Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Madrid: Tecnos, 1981.

- Fichte, Johann. *Discursos a la nación alemana*. 1807-1808. Madrid: Tecnos, 1988.
- . *Fundamento del derecho natural. Según los principios de la doctrina de la ciencia*. 1796. Madrid: Centro de estudios constitucionales, 1994.
- Fiedler, Leslie A. *Love and Death in the American Novel*. Illinois: Dalkey Archive Press, 1997.
- Fish, Stanley. *Is there a text in this class?: The Authority of Interpretative Communities*. Cambridge: Harvard College, 1980.
- Fleishman, Avrom. *The English Historical Novel: Walter Scott to Virginia Woolf*. London: The Johns Hopkins Press, 1971.
- Ford, Alan. "James Ussher and the Creation of an Irish Protestant Identity". *British Consciousness and Identity: the Making of Britain 1533-1707*. Ed. Brendan Bradshaw y Peter Roberts. Cambridge: Cambridge University Press, 1998. 185-212.
- Forrest, Alan. "The Nation in Arms I: The French Wars". *The Oxford Illustrated History of Modern War*. Ed. Charles Townshend. London: Oxford University Press, 1997. 48-63.
- . "La Patrie en Danger: the French Revolution and the First Levée en Masse". *The People in Arms: Military Myth and National Mobilization Since the French Revolution*. Ed. Daniel Moran y Arthur Waldron. Cambridge: Cambridge University Press, 2002. 8-32.
- Foster, Hal, ed. *La posmodernidad*. Barcelona: Editorial Kairós, 1985.
- . "Introducción al posmodernismo". *La posmodernidad*. Ed. Hal Foster. Barcelona: Editorial Kairós, 1985. 7-17.
- Foucault, Michel. *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza, 2001.

- . *El discurso del poder*. México: Serie Construcciones, 1983.
- . *Estrategias de poder*. Vol. 2. Barcelona: Paidós, 1999.
- . *Historia de la locura en la época clásica*. Vol I. México: Fondo de la Cultura Económica, 1967.
- . *Historia de la sexualidad*. Vol. 1. La voluntad de saber. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores, 1995.
- . "Ojo del poder, entrevista a Michel Foucault". *El panóptico*. Por Jeremy Bentham. Madrid: Las ediciones de la Piqueta, 1979. 9-26.
- . "¿Qué es la Ilustración?" *Saber y Verdad*. Madrid: La piqueta, 1985.
- . *Las redes del poder*. Buenos Aires: Editorial Almagesto, 1993.
- . *La vida de los hombres infames: ensayos sobre la desviación y la dominación*. Madrid: Ediciones de La Piqueta, 1990.
- . *Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 1996.
- Fowler, Alastair. *Kinds of Literature: an Introduction to the Theory of Genres and Modes*. Oxford: Clarendon Press, 1982.
- Fowler, Roger. *Language in the News: Discourse and Ideology in the Press*. London: Routledge, 1991.
- Frasca, Ralph. "Newspapers in Europe before 1500". *The Function of Newspapers in Society: A Global Perspective*. Ed. Shannon E. Martin y David A. Copeland. London: Praeger, 2003. 79-87.
- Freeman, F. W. "Robert Fergusson: Pastoral and Politics at Mid Century". *The History of Scottish Literature*. Vol. 2, 1660-1800. Ed. Andrew Hook. Aberdeen: Aberdeen University Press, 1987. 141-56.

- French, David. "The nation in arms II: The nineteenth century". *The Oxford History of Modern War*. Ed. Charles Townshend. London: Oxford University Press, 2005. 74-93.
- Freud, Sigmund. *Lo siniestro*. México: Ediciones Letracierta, 1978.
- . *Totem y tabú*. 1913. Madrid: Alianza editorial, 2000.
- Frevert, Ute. *Nation in Barracks: Modern Germany, Military Conscription and Civil Society*. Alemania: Berg Publishers, 2004.
- Friedrich, Carl J. *Tradition and Authority*. London: The Pall Mall Press, 1972.
- Furbank, P. N. "On the Historical Novel". *Raritan* 23. 3 (2004): 94-114.
- Furet, François. *Penser la Révolution française*. París: Gallimard, 1988.
- Gabilondo, Angel. *La vuelta del otro: Diferencia, Identidad y Alteridad*. Madrid: Editorial Trotta, 2001.
- Galdós, Benito. *Trafalgar*. 1873. Madrid: Cátedra, 1992.
- Garber, Marjorie. "The Occidental Tourists: M. Butterfly and The Scandal of Transvestism". *Nationalisms and Sexualities*. Ed. Andrew Parker, Mary Russo, Doris Sommer y Patricia Yaeger. London: Routledge, 1992. 121-46.
- García Canclini, Néstor. *Hybrid Cultures: Strategies for Entering and Leaving Modernity*. Minnesota: U of Minnesota Press, 2005. XXXIII-XLVI.
- García Caneiro, José y Francisco Javier Vidarte. *Guerra y filosofía: Concepciones de la guerra en la historia del pensamiento*. Valencia: Tirant lo Blanch, 2002.
- García de Oteyza, Mercedes. *La identidad personal en Hume*. México: Instituto de Investigaciones Filosóficas, 1984.

- García Gual, Carlos. *La antigüedad novelada: las novelas históricas sobre el mundo griego y romano*. Barcelona: Anagrama, 1995.
- . *Apología de la novela histórica y otros ensayos*. Barcelona: Ediciones Península, 2002.
- Garside, Peter. "Popular Fiction and National Tale: Hidden Origins of Scott's Waverley". *Nineteenth-Century Literature* 46. 1 (1991): 30-53. Publisher: University of California Press.
- Gay, Peter. *The Enlightenment: An Interpretation*. Vol. I, The Rise of Modern Paganism. London: Weidenfeld y Nicolson, 1967.
- . *The Enlightenment: An Interpretation*. Vol. II, The Science of Freedom. London: Weidenfeld y Nicolson, 1970.
- Geertz, Clifford. *The Interpretation of Cultures*. 1973. London: Fontana Press, 1993.
- , ed. *Old Societies and New States: The Quest for Modernity in Asia and Africa*. New York: The Free Press, 1963.
- Gellner, Ernest. *Cultura, identidad y política: el nacionalismo y los nuevos cambios sociales*. Barcelona: Gedisa, 2003.
- . *Encuentros con el nacionalismo*. Madrid: Alianza Editorial, 1995.
- . "Nationalism and High Cultures". *Nationalism*. Ed. A. D. Smith y John Hutchinson. London: Oxford University Press, 1994. 63-70.
- . *Nations and Nationalism*. England: Blackwell, 1983.
- . *Thought and Change*. Bristol: Great Britain, 1964.
- G. Harding, Sandra y Merrill B. Hintikka, eds. *Discovering Reality: Feminist Perspectives on Epistemology, Metaphysics, Methodology, and Philosophy of Science*. Netherlands: Springer, 2003.

- Gilbert, Paul. "Family Values and the Nation-State". *Changing Family Values: Feminist Perspectives*. Ed. Gill Jagger y Caroline Wright. London: Routledge, 1999. 136-49.
- Gilbert, Sandra M. y Susan Gubar. *The Madwoman in the Attic: The Woman Writer and the Nineteenth-Century Literary Imagination*. London: Yale University Press, 1979.
- Gilbert, Sandra M. "Costumes of the Mind: Transvestism as Metaphor in Modern Literature". *Writing and Sexual Difference*. Ed. Elizabeth Abel. Sussex: The Harvester Press, 1982. 193-220.
- Glucksman, André. *El discurso de la guerra*. Barcelona: editorial anagrama, 1968.
- Godechot, Jacques. *Europa y América en la época napoleónica (1800-1815)*. Barcelona: Editorial Labor, 1976.
- . "Nation, patrie, nationalisme et patriotisme en France au XVIIIe siècle". Congrès International des Sciences Historiques. *Patriotisme et Nationalisme en Europe à l'époque de la Révolution française et de Napoléon*. Paris: Société des Etudes Robespierriéristes, 1973. 7-28.
- . *Los orígenes de la Revolución francesa: la Toma de la Bastilla*. Barcelona: Ediciones Península, 1974.
- . *La pensée révolutionnaire en France et en Europe 1780-1799*. París: Armand Colin, 1964.
- Godwin, William. *Enquiry Concerning Political Justice*. 1793. Canada: Batoche Books, 2001. 362-68.
- González Beltrán, Pedro, coord. *Historia del mundo contemporáneo*. Madrid: Bruño, 1991.

- González-Stephan, Beatriz. *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional*. Madrid: Iberoamericana, 2002.
- González R. Arnaiz, Graciano, coord. *El discurso intercultural: prolegómenos a una filosofía intercultural*. Madrid: Biblioteca nueva, 2002.
- Gorak, Jan. *The Making of the Modern Canon*. London: Athlone, 1991.
- Gordon Brown, Ian. "Modern Rome and Ancient Caledonia: the Union and the Politics of Scottish Culture". *The History of Scottish Literature*. Vol. 2, 1660-1800. Ed. Andrew Hook. Aberdeen: Aberdeen University Press, 1987. 33-49.
- Gordon, S. Stewart. "Waverley and the Unified Design". *ELH: English Literary History* 18. 2 (1951): 107-22. Publisher: The Johns Hopkins University Press.
- Gossman, Lionel. *Between History and Literature*. Cambridge: Harvard University Press, 1990.
- Gottlieb, Evan. "To be at once Another and the Same: Walter Scott and the End (s) of Sympathetic Britishness". *Studies in Romanticism* 43. 2 (2004): 187-207.
- Gough, Hugh. *The Newspaper Press in the French Revolution*. London: Routledge, 1988.
- Gowing, Laura. "Secret Births and Infanticide in Seventeenth-Century England". *Past and Present* 156 (1997): 87-115. Publisher: Oxford University Press.
- Gramsci, Antonio. *La formación de los intelectuales*. México: Grijalbo, 1967.
- . *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1972.
- Greenblatt, Stephen. "Racial Memory and Literary History". *Rethinking Literary History: A Dialogue on Theory*. Ed. Linda Hutcheon y Mario J. Valdés. London: Oxford University Press, 2002. 50-62.

- Greenfeld, Liah. *Nationalism: Five Roads to Modernity*. Cambridge: Harvard University Press, 1992.
- . "Types of European Nationalism". *Nationalism*. Ed. A.D Smith y John Hutchinson. London: Oxford University Press, 1994. 165-71.
- Greenfeld, Susan C. y Carol Barash, eds. *Inventing Maternity: Politics, Science, and Literature, 1650-1865*. Kentucky: University Press of Kentucky, 1999.
- Greenfeld, Susan C. "Introduction". *Inventing Maternity: Politics, Science, and Literature, 1650-1865*. Ed. Susan C. Greenfeld y Carol Barash. Kentucky: University Press of Kentucky, 1999. 1-33.
- Gribben, Crawford. "James Hogg, Scottish Calvinism and Literary Theory". *Scottish Studies Review* 5. 2 (2004): 9-26.
- Grierson, H. J. C., ed. *Sir Walter Scott To-Day*. London: Constable & Co Ltd, 1932.
- Grossberg, Lawrence. "Identidades y estudios culturales: ¿no hay nada más que eso?". *Cuestiones de identidad cultural*. Ed. Stuart Hall y Paul du Gay. Madrid: Amorrortu editores, 1996. 148-80.
- G. Spinelli, Margaret, ed. *Infanticide: Psychosocial and Legal Perspectives on Mothers who Kill*. Washington D. C.: American Psychiatric Publishing, 2003.
- Guillory, John. *Cultural Capital: the Problem of Literary Canon Formation*. Chicago: The University of Chicago Press, 1993.
- Gurevitch, Z. D. "The Other Side of Dialogue: On Making the Other Strange and the Experience of Otherness". *The American Journal of Sociology* 93. 5 (1988): 1179-199. Publisher: The University Chicago Press.
- Habermas, Jürgen. *Identidades nacionales y postnacionales*. Madrid: Tecnos, 1989.



- Halimi, Suzy. "The Sublime". *A Handbook to English Romanticism*. Ed. Jean Raimond y J. R. Watson. New York: St. Martin's Press, 1992. 269-71.
- Hall, Stefan Thomas. "Awkward Silences in Scott's *Waverley*". *Scottish Studies Review* 4.1 (2003): 82-97.
- Hall, Stuart y Paul du Gay, eds. *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Madrid: Amorrortu editores, 1996.
- Hall, Stuart. "Introducción: ¿quién necesita identidad?". *Cuestiones de identidad cultural*. Ed. Stuart Hall y Paul du Gay. Madrid: Amorrortu editores, 1996. 13-39.
- . "New Ethnicities". *"Race", Culture, and Difference*. Ed. James Donald. London: Sage, 1992. 252-59.
- . "Whose Heritage? Un-Settling 'The Heritage', Re-Imagining the Post-Nation". *The Politics of Heritage: The Legacies of 'race'*. Ed. Jo Littler y Roshi Naidoo. London: Routledge, 2005. 23-35.
- Hamilton, Paul. *Metaromanticism: Aesthetics, Literature, Theory*. Chicago: Chicago University Press, 2003. 115-38.
- Hampson, Norman. "La Patrie". *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*. Vol. 2. The Political Culture of the French Revolution. Ed. Lucas Colin. Oxford: Pergamon Press, 1988. 125-37.
- Hannerz, Ulf. *Transnational Connections: Culture, People, Places*. London: Routledge, 1996. 1-55, 102-11.
- Harpham, Geoffrey Galt. *On the Grotesque: Strategies of Contradiction in Art and Literature*. Colorado: The Davies Group, Publishers, 2006. 1-26.
- Harris, Tim. "The British dimension, religion, and the shaping of political identities during the reign of Charles II in England". *Protestantism and National Identity:*

- Britain and Ireland c. 1650-c. 1850*. Ed. Tony Claydon e Ian McBride. Cambridge: Cambridge University Press, 1998a. 131-56.
- Harris, Wendell V. "La canonicidad". *El canon literario*. Ed. Enric Sullá. Madrid: Arco, 1998b. 37-60.
- Hart, Francis R. "Scott's Endings: The Fictions of Authority". *Nineteenth-Century Fiction* 33. 1 (1978): 48-68.
- Haskell, Francis. *Pasado y presente en el arte y en el gusto*. Madrid: Alianza Editorial, 1990.
- Hauser, Arnold. *Historia social de la literatura y el arte*. Vol. 1. Barcelona : Editorial Labor, 1988a.
- . *Historia social de la literatura y del arte*. Vol. 2. Barcelona: Editorial Labor, 1988b.
- Haydon, Colin. "I love my king and my country, but a Roman Catholic I hate: Anti-Catholicism, xenophobia and national identity in eighteenth-century England". *Protestantism and National Identity: Britain and Ireland c. 1650-c. 1850*. Ed. Tony Claydon e Ian McBride. Cambridge: Cambridge University Press, 1998. 33-52.
- Hayes, Carlton J. H. *El nacionalismo: una religión*. México: Editorial Hispano Americana, 1966. 1-76.
- Hazard, Paul. *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*. Madrid: Alianza editorial, 1985.
- Hazlitt, William. *Lectures on the English Poets; The Spirit of the Age: or Contemporary Portraits*. London: Everyman's Library, 1964.
- Hearn, Jonathan. *Claiming Scotland: National Identity and Liberal Culture*. Edinburgh: Edinburgh University Press, 2000.

- Hegel, Georg W. 1821. *Fundamentos de la Filosofía del Derecho*. Buenos Aires: Ediciones siglo veinte, 1987.
- Henderson, Andrea K. *Romantic Identities: Varieties of Subjectivity, 1774-1830*. Cambridge: Cambridge University Press, 2006. 130-62.
- Hennelly, Mark M. "Waverley and Romanticism". *Nineteenth-Century Fiction* 28. 2 (1973): 194-209. Publisher: University of California Press.
- Herbert, Robert L. *David, Voltaire, Brutus and the French Revolution: an Essay in Art and Politics*. London: Penguin, 1972.
- Herder. "Ideas for a Philosophy of History of Mankind". *Nations and Identities*. 1784-1791. Ed. Vincent P. Pecora. UK: Blackwell, 2001. 86-92.
- Heródoto. Proemio de *Historia*. Libros I-II. Madrid: Editorial Gredos, 1999. 85-89.
- Hill, Christopher. "History and Patriotism". *Patriotism: The Making and Unmaking of British National Identity*. Ed. Raphael Samuel. London: Routledge, 1989. 3-8.
- Hylland Eriksen, Thomas. *Ethnicity and Nationalism: Anthropological Perspectives*. London: Pluto Press, 1993.
- Hobbes, Thomas. *Del ciudadano y Leviatán*. Madrid: Tecnos, 1982.
- . *Leviatán*. 1651. Madrid: Alianza, 1989.
- Hobsbawm, Eric. *La era de la revolución (1789-1848)*. Barcelona: Labor Universitaria, 1991.
- . "Introduction: Inventing Traditions". *The Invention of Tradition*. Ed. Eric Hobsbawm y Terence Ranger. Cambridge: Cambridge University Press, 1983. 1-14.
- . *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.

- Hobsbawm, Eric y Terence Ranger, eds. *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press, 1983.
- Hoenselaars, A. J., ed. *English Literature and the Other Languages*. Amsterdam: Rodopi, 1999.
- Hole, Robert. "English Sermons and Tracts as Media of Debate on the French Revolution 1789-1799". *The French Revolution and British Popular Politics*. Ed. Mark Philp. Cambridge: Cambridge University Press, 2004. 18-37.
- Hölz, Karl. "Institución literaria y despertar nacional en México". *La literatura en la formación de los Estados hispanoamericanos (1800-1860)*. Ed. Dieter Janik. Vervuert: Iberoamericana, 1998. 35-52.
- Hook, Andrew, ed. *The History of Scottish Literature*. Vol. 2, 1660-1800. Aberdeen: Aberdeen University Press, 1987.
- . "Scotland and Romanticism: The International Scene". *The History of Scottish Literature*. Vol. 2, 1660-1800. Ed. Andrew Hook. Aberdeen: Aberdeen University Press, 1987. 307-22.
- Hopkins, Patrick D. "Gender Treachery: Homophobia, Masculinity, and Threatened Identities". *Race, Class, Gender and Sexuality: The Big Questions*. Ed. Naomi Zack et al. UK: Blackwell, 1998. 168-86.
- Horkheimer, Marx y Theodor W. Adorno. *Dialéctica de la Ilustración: Fragmentos filosóficos*. Valladolid: Editorial Trotta, 1994.
- Hottois, Gilbert, ed. *Lumières et Romantisme*. Paris: Librairie Philosophique J. Vrin, 1989.
- Hroch, Miroslav. *Social Preconditions of National Revival in Europe*. Cambridge: Cambridge University Press, 1985.
- H. Sewell, William. "Le citoyen/la citoyenne: Activity, Passivity, and the Revolutionary

- Concept of Citizenship". *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*. Vol. 2. The Political Culture of the French Revolution. Ed. Lucas Colin. Oxford: Pergamon Press, 1988. 105-23.
- Hugo, Víctor. *Oeuvres complètes*. Vol. 5. *Critique*. Paris: R. Laffont, 1985. 63-71, 146-51.
- Hume, David. *Compendio de un tratado de la naturaleza humana*. 1738-1740. Valencia: Revista Teorema, 1977.
- . *Del conocimiento*. 1748. Buenos Aires: Aguilar, 1973.
- Humma, John B. "The Narrative Framing Apparatus of Scott's *Old Mortality*". *Studies in the Novel* 12. 4 (1980): 301-15.
- Humphrey, Richard. *Walter Scott: Waverley*. Cambridge: Cambridge University Press, 1993.
- Hunt, Leigh. *Men, Women, and Books. A Selection of Sketches, Essays, and Critical Memoirs, from His Uncollected Prose Writings*. Vol. 2. London: Elder Smith, 1847.
- Hunt, Lynn. "Engraving the Republic: Prints and Propaganda in the French Revolution". *History Today* 30. 10 (1980): 11-17.
- . "Hercules and the Radical Image in the French Revolution". *Representation* 2 (1983): 95-117. Publisher: University of California Press.
- Hurd, Richard. "Letters on chivalry and romance". *The Works of Richard Hurd, D. D., Lord Bishop of Worcester*, Vol IV. 1762. London: Cadell, T. y Strand W. Davies, 1811.
- Hutcheon, Linda y Mario J. Valdés, eds. *Rethinking Literary History: A Dialogue on Theory*. London: Oxford University Press, 2002.

- . "Repensar el modelo nacional". *Naciones literarias*. Ed. Dolores Romero López. Barcelona: Anthropos, 2006. 231-304.
- Ichijo, Atsuko. *Scottish Nationalism and the Idea of Europe: Concepts of Europe and the Nation*. London: Routledge, 2004. 15-42.
- Israel, Nico. "Tropicalizing London: British Fiction and the Discipline of Postcolonialism". *A Concise Companion to Contemporary British Fiction: British fiction and the discipline of postcolonialism*. Ed. James F. English. UK: Blackwell, 2006. 83-100.
- Jack, Ian. *Sir Walter Scott*. Great Britain: Longman, 1958.
- Jagger, Gill y Caroline Wright, eds. *Changing Family Values: Feminist Perspectives*. London: Routledge, 1999.
- James, Paul. *Nation Formation: Towards a Theory of Abstract Community*. London: Sage Publications, 1996.
- James, Susan. "The good-enough citizen: female citizenship and independence". *Beyond Equality and Difference: Citizenship, Feminist Politics and Female Subjectivity*. Ed. Gisela Bock y Susan James. London: Routledge, 1992. 48-65.
- Jameson, Fredric. *Teoría de la Postmodernidad*. Madrid: Trotta, 1998.
- Janik, Dieter, ed. *La literatura en la formación de los Estados hispanoamericanos (1800-1860)*. Vervuert: Iberoamericana, 1998.
- Jarrells, Anthony. "Bloodless Revolution and the Form of the Novel" *Novel* 37 (2003): 24-44.
- Jitrik, Noé. *Historia e imaginación literaria: las posibilidades de un género*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 1995.

- Johnson, Samuel. *Journey to the Western Isles of Scotland*. 1775. USA: Kessinger Publishing, 2004.
- . *Samuel Johnson: The Major Works*. London: Oxford University Press, 2000.
- . *The Works of Samuel Johnson, LL. D.: With an Essay on His Life and Genius*. New York: A. V. Blake, 1846. 395-401.
- Jones, Catherine A. "Scott's *The Heart of Midlothian* and the Disordered Memory". *Memory and Memorials, 1789-1914: Literary and Cultural Perspectives*. Ed. Matthew Campbell, Jacqueline M. Labbé y Sally Shuttleworth. London: Ashgate, 2000. 30-45.
- Jones, Vivien, ed. *Women in the Eighteenth Century: Constructions of Femininity*. London: Routledge, 1990.
- Jonson, Barbara. "The Critical Difference: Balzac's *Sarrasine* and Barthes *S/Z*". *Untying the Text: a Post-Structuralist Reader*. Ed. Robert Young. London: Routledge, 1981. 162-74.
- Jonson, Ben. *Volpone*. 1606. Nápoles: Guida Editori, 2002.
- Jordanova, Ludmilla. *Sexual Visions: Images of Gender in Science and Medicine between the Eighteenth and Twentieth Centuries*. Exeter: BPCC Wheatons Ltd, 1989.
- Joseph, Suad. "Women between Nation and State in Lebanon". *Between Woman and Nation: Nationalisms, Transnational Feminisms and the State*. Ed. Caren Kaplan et al. Durham: Duke University Press, 1999. 162-81.
- Juliá, Mercedes. *Las ruinas del pasado: aproximaciones a la novela histórica posmoderna*. Madrid: ediciones de la Torre, 2006.
- Jung, Carl. *El hombre y sus símbolos*. Barcelona: Tensa, 1976.

- Jurado Morales, José, ed. *Reflexiones sobre la novela histórica*. Cádiz: UCA, 2006.
- Kandiyoti, Deniz, ed. *Gendering the Middle East: Emerging Perspectives*. London: I.B. Tauris, 1996.
- Kant, Immanuel. *Crítica de la razón pura*. 1781. Buenos Aires: editorial Losada, 1960. 195-225.
- . *Hacia la paz perpetua*. 1795. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 1999.
- . *¿Qué es la Ilustracion? Y otros escritos de ética, política y filosofía de la historia*. 1784. Madrid: Alianza Editorial, 2004.
- Kantorowicz, Ernst H. "Pro Patria Mori in Medieval Political Thought". *The American Historical Review* 56. 3 (1951): 472-92.
- Kaplan, Caren et al., eds. *Between Woman and Nation: Nationalisms, Transnational Feminisms, and the State*. Durham: Duke University Press, 1999.
- Kearney, Richard. *Strangers, Gods and Monsters: Interpreting Otherness*. London: Routledge, 2003.
- Kedourie, Elie. *Nacionalismo*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1985.
- Kelly, Gary. *English Fiction of the Romantic Period 1789-1830*. London: Longman, 1989.
- . "Romantic fiction". *The Cambridge Companion to British Romanticism*. Ed. Stuart Curran. Cambridge: Cambridge University Press, 1996. 196-215.
- Kerkering, Jack. "We are Forty-and-Five: Meter and National Identity in Sir Walter Scott". *Studies in Romanticism* 40. 1 (2001): 85-98.
- Kermode, Frank. *The Art of Telling: Essays on Fiction*. Cambridge: Harvard University Press, 1972. 168-84.



- . "El control institucional de la interpretación". *El canon literario*. Ed. Enric Sullá. Madrid: Arco, 1998. 91-112.
- . *Formas de atención*. Barcelona: Gedisa. 1988a.
- . *History and Value*. Oxford: Clarendon Press, 1988b.
- Kerr, James. "Scott's Dreams of the Past: *The Bride of Lammermoor* as Political Fantasy". *Studies in the Novel* 18. 2 (1986a): 125-42.
- . "Scott's Fable of Regeneration: the Heart of Mid-Lothian". *ELH: English Literary History* 53. 4 (1986b): 801-20. Publisher: The Johns Hopkins University Press.
- Kidd, Colin. "Gaelic Antiquity and National Identity in Enlightenment Ireland and Scotland". *The English Historical Review* 109. 434 (1994): 1197-214. Publisher: Oxford University Press.
- . "North Britishness and the Nature of Eighteenth-Century British Patriotisms". *The Historical Journal* 39. 2 (1996): 361-82. Publisher: Cambridge University Press.
- . "Protestantism, Constitutionalism and British Identity under the Later Stuarts". *British Consciousness and Identity: the Making of Britain 1533-1707*. Ed. Brendan Bradshaw y Peter Roberts. Cambridge: Cambridge University Press, 1998. 321-42.
- . *Subverting Scotland's Past: Scottish Whig Historians and the Creation of an Anglo-British Identity 1689-1830*. Cambridge: Cambridge University Press, 2003. 1-50.
- Kinghorn, Alexander M. y Alexander Law. "Allan Ramsay and Literary Life in the First Half of the Eighteenth Century". *The History of Scottish Literature*. Vol. 2, 1660-1800. Ed. Andrew. Hook. Aberdeen: Aberdeen University Press, 1987. 65-79.
- Kingsley Kent, Susan. *Gender and Power in Britain, 1640-1990*. London: Routledge, 1999.

- Kipp, Julie. *Romanticism, Maternity, and the Body Politic*. Cambridge: Cambridge University Press, 2003.
- Kirk, Russell. Introducción a la obra de Edmund Burke. *Reflections on the Revolution in France*. New York: Gateway Editions, 1955. 1-10.
- Klempa, William. "Scottish Presbyterianism Transplanted to the Canadian Wilderness". *The Contribution of Presbyterianism to the Maritime Provinces of Canada*. Ed. Scobie, Charles H.H. y George A. Rawlyk. Canada: McGill-Queen's Press, 1997. 3-18.
- Knox, Robert. *The Races of Man: A Fragment*. Philadelphia: Lea y Blanchard, 1850.
- Knox, Vicessimus. "On Novel Reading". *Novel and Romance 1700-1800: a Documentary Record*. Ed. Ioan Williams. London: Routledge and Kegan Paul, 1970. 304-07.
- Kohn, Hans. *The Idea of Nationalism: a Study in its Origins and Background*. New York: Collier Books, 1967.
- . *Prophets and Peoples: Studies in Nineteenth Century Nationalism*. New York: Collier Books, 1946.
- König, Hans-Joachim. "Los movimientos de independencia hispanoamericanos". *La literatura en la formación de los Estados hispanoamericanos (1800-1860)*. Ed. Dieter Janik. Vervuert: Iberoamericana, 1998. 9-33.
- Kord, Susanne. "Women as Children, Women as Childkillers: Poetic Images of Infanticide in Eighteenth Century Germany". *Eighteenth-Century Studies* 26. 3 (1993): 449-66. Publisher: The Johns Hopkins University Press.
- Kramer, Lloyd S. "Historical Narratives and the Meaning of Nationalism". *Journal of the History of Ideas* 58. 3 (1997): 525-45.

- Krebs, Ronald. "A School for the Nation?: How Military Service does not build Nations, and how it might". *International Security* 28.4 (2004): 85-124.
- Kristeva, Julia. *Poderes de la perversión: Ensayo sobre Louis F. Céline*. Buenos Aires: Catálogos Editora, 1988.
- Krull, Andrew D. "Spectacles of Disaffection: Politics, Ethics, and Sentiment in Walter Scott's Old Mortality". *ELH: English Literary History* 73. 3 (2006): 695-727.
- Krupat, Arnold. *The Voice in the Margin: Native American Literature and the Canon*. Berkeley: University of California Press, 1989.
- K. Dwyer, Leslie. "Spectacular Sexuality: Nationalism, Development and the Politics of Family Planning in Indonesia". *Gender Ironies of Nationalism: Sexing the Nation*. Ed. Tamar Mayer. London: Routledge, 1999. 25-64.
- K. Tefft, Stanton. "Warfare Regulation: A Cross-Cultural Test of Hypotheses". *War, Its Causes and Correlates*. Ed. Martin A. Nettleship et al. The Hague: Mouton Publishers, 1975. 693-712.
- Kuhn, Thomas S. *La estructura de las revoluciones científicas*. 1962. México: Fondo de Cultura Económico, 1995.
- Landes, Joan B. *Visualizing the nation: Gender, Representation, and Revolution in Eighteenth-Century France*. London: Cornell University Press, 2001.
- . *Women and the Public Sphere in the Age of the French Revolution*. London: Cornell University Press, 1988.
- Lange, Lyndia. "Woman is not a Rational Animal: On Aristotle's Biology of Reproduction". *Discovering Reality: Feminist Perspectives on Epistemology, Metaphysics, Methodology, and Philosophy of Science*. Ed. Sandra G. Harding y Merrill B. Hintikka. Netherlands: Springer, 2003. 1-16.

- Laqueur, Thomas W. "Bodies, Details, and the Humanitarian Narrative". *The New Cultural History*. Ed. Aletta Biersack y Lynn Hunt. California: University of California Press, 1989. 176-204.
- Laqueur, Thomas W. *La construcción del sexo: cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Cátedra, 1990.
- Lauter, Paul. *Canons and Contexts*. New York: Oxford University Press, 1991.
- Lawler, Steph. *Mothering the Self: Mothers, Daughters, Subjects*. UK: Routledge, 2000.
- Lee, Yoon Sun. *Nationalism and Irony: Burke, Scott, Carlyle*. London: Oxford University Press, 2004. 74-104.
- Lefebvre, Georges. *1789: Revolución francesa*. Barcelona: Editorial Laia.
- Lefevere, André. *Traducción, Reescritura y la Manipulación del Canon literario*. Salamanca: Ediciones Colegio de España, 1997.
- Lewis, Linden. "Nationalism and Caribbean Masculinity". *Gender Ironies of Nationalism: Sexing the Nation*. Ed. Tamar Mayer. London: Routledge, 1999. 261-81.
- Lincoln, Andrew. "Conciliation, Resistance and the Unspeakable in *The Heart of Mid-Lothian*". *Philological Quarterly* 79. 1 (2000): 69-90.
- . "The Mercenary, the Savage and the Civilized War : Scott and *A Legend of the Wars of Montrose*". *Scottish Studies Review* 4. 2 (2003): 37-47.
- . "Scott and Empire: The Case of *Rob Roy*". *Studies in the Novel* 34. 1 (2002a): 43-59.
- . "Walter Scott and the Birth of the Nation". *Romanticism* 8. 1 (2002b): 1-17.

- Lisón Tolosana, Carmelo. *Las máscaras de la identidad: Claves antropológicas*. Barcelona: Ariel, 1997.
- Littler, Jo y Roshi Naidoo, eds. *The Politics of Heritage: The Legacies of 'race'*. London: Routledge, 2005.
- Littler, Jo. "Introduction: British Heritage and the Legacies of Race". *The Politics of Heritage: The Legacies of 'race'*. Ed. Littler, Jo y Roshi Naidoo. London: Routledge, 2005. 1-20.
- Llobera, Josep R. *The God of Modernity: The Development of Nationalism in Western Europe*. United Kingdom: British Library, 1996.
- Llorens, Irma. *Nacionalismo y literatura: constitución e institucionalización de la "República de las letras cubanas"*. Lleida: Serie América, 1969.
- Lloyd, T. O. *The British Empire 1558-1983*. London: Oxford University Press, 1984. 1-137.
- Locke, John. *An Essay Concerning Human Understanding*. 1690. New York: Dover Publications, Inc., 1959.
- Lougy, Robert E. *Charles Robert Maturin*. USA: Bucknell University Press, 1975.
- Lozano, Jorge. *El discurso histórico*. Madrid: Alianza universal, 1994.
- Lukács, Georg. *La novela histórica*. México: Ediciones Era, 1966.
- Lukacs, John. *Historical Consciousness or the Remembered Past*. New York: Schocken Books, 1985.
- Luna, Lola. "Dos escritoras para la historia: Valentina Pinelo y Ana Caro". *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana)*. Vol. IV. Ed. Iris M. Zavala. Barcelona: Anthropos, 1997. 243-79.
- Lyotard, Jean-François. *La condition postmoderne: Rapport sur le savoir*. Paris: Les Éditions de Minuit, 1979.

- Macaulay, Thomas Babington. *The Lays of Ancient Rome*. London: Longmans, Green, Reader, y Dyer, 1867.
- MacCannell, Dean. *The Tourist: A New Theory of the Leisure Class*. California: University of California Press, 1999.
- MacDonald, Norman. "The Biological Factor in the Etiology of War: A Medical View". *War, Its Causes and Correlates*. Ed. Martin A. Nettleship et al. The Hague: Mouton Publishers, 1975. 209-34.
- MacDougall, Hugh C., ed. *James Fenimore Cooper: His Country and His Art*. New York: The State University of New York College, 1997.
- Mack, Douglas S. *Scottish Fiction and the British Empire*. Edinburgh: Edinburgh University Press, 2006. 1-87.
- Macpherson, James. *Fragments of Ancient Poetry*. 1760. USA: Kessinger Publishing, 2004.
- . *The Poems of Ossian: To which are Prefixed a Preliminary Discourse and Dissertation on the æra and Poems of Ossian*. 1773. Boston: Phillips, Sampson, 1851.
- Madame Tussaud. *Mémoires et souvenirs sur la Révolution française recueillis par Francis Hervé*. 1838. París: Arléa, 2005.
- Mainer, José-Carlos. "Sobre el canon de la literatura española del siglo XX". *El canon literario*. Ed. Enric Sullá. Madrid: Arco, 1998. 271-99.
- Makdisi, Saree. "Colonial Space and the Colonization of Time in Scott's *Waverley*". *Studies in Romanticism* 34 (1995): 155-87.
- . *Romantic Imperialism: Universal Empire and the Culture of Modernity*. Cambridge: Cambridge University Press, 1998. 70-100.

- Maigron, Louis. *Le roman historique à l'époque romantique : essai sur l'influence de Walter Scott*. 1898. Paris: H. Champion, 1912.
- Maitzen, Rohan. "By No Means an Improbable Fiction: *Redgauntlet's* Novel Historicism". *Studies in the Novel* 25. 2 (1993): 170-83.
- Malczuzynski, Marie-Pierrette. "Poder canónico/Secularización del discurso: Elementos para una teoría sociocrítica feminista". *Literatura y poder*. Ed. Christian De Paepe et al. Leuven: Leuven University Press, 1995. 121-41.
- Mandelbrote, Scott. "The Bible and national identity in the British Isles, c. 1650-c. 1750". *Protestantism and National Identity: Britain and Ireland c. 1650-c. 1850*. Ed. Tony Claydon e Ian McBride. Cambridge: Cambridge University Press, 1998. 157-81.
- Mannheim, Karl. "The Sociological Problem of the *Intelligentsia*". *The Intellectuals*. Ed. George B. de Huszar. USA: Free Press, 1960. 62-68.
- Manzoni, Alessandro. *On the Historical Novel. 1828-1850*. Lincoln: University of Nebraska Press, 1984.
- Mariátegui, José Carlos. "El florecimiento de las literaturas nacionales". *La invención de la nación*. Comp. Álvaro Fernández Bravo. Buenos Aires: Manantial, 2000. 67-73.
- Marrou, Henri Irénée. *El conocimiento histórico*. Barcelona: Editorial Labor, 1968.
- Martín Alcoff, Linda y Eduardo Mendieta, eds. *Identities: Race, Class, Gender, and Nationality*. USA: Blackwell, 2003.
- Martín Higarza, Pilar Cristina. "Maria Edgeworth". *Guía literaria de autoras británicas del siglo XIX*. Ed. José Luis Caramés Lage et al. Madrid: Nassa N.T. Siglo XXI, D.L. 2002. 89-120.

- Martin, Randall. *Women, Murder, and Equity in Early Modern England*. USA: Routledge, 2008. 155-201.
- Martin, Shannon E. y David A. Copeland, eds. *The Function of Newspapers in Society: A Global Perspective*. London: Praeger, 2003.
- Martínez, José Luis. *La expresión nacional*. México: Cien de México, 1993.
- Marx Ferree, Myra y Beth B. Hess, eds. *Analyzing Gender: a Handbook of Social Science Research*. London: Sage Publications, 1987.
- . "Introduction". *Analyzing Gender: a Handbook of Social Science Research*. Ed. Myra Marx Ferree y Beth B. Hess. London: Sage Publications, 1987. 9-30.
- Marwick, Arthur. *War and Social Change in the Twentieth Century*. Great Britain: MacMillan, 1974.
- Massé, Michelle A. *In the Name of Love: Women, Masochism, and the Gothic*. Ithaca: Cornell University Press, 1992.
- Mata Induráin, Carlos. "Retrospectiva sobre la evolución de la novela histórica". *La novela histórica: teoría y comentarios*. Ed. Kurt Spang et al. Navarra: EUNSA, 1995. 13-63.
- Maxwell Brown, Richard. *Strain of Violence: Historical Studies of American Violence and Vigilantism*. London: Oxford University Press, 1975.
- Maxwell, Richard. "Pretenders in Sanctuary". *Modern Language Quarterly* 61. 2 (2000): 287-358.
- Mayer, Robert. "Authors and Readers in Scott's Magnum Edition". *Historical Boundaries, Narrative Forms: Essays on British Literature in the Long Eighteenth Century in Honor of Everett Zimmerman*. Ed. Lorna Clymer y Robert Mayer. Newark, DE: University of Delaware Press, 2007. 114-37.



- Mayer, Tamar, ed. *Gender Ironies of Nationalism: Sexing the Nation*. London: Routledge, 1999.
- . "Gender ironies of nationalism: Setting the Stage". *Gender Ironies of Nationalism: Sexing the Nation*. Ed. Tamar Mayer. London: Routledge, 1999a. 1-24.
- . "From zero to hero: Masculinity in Jewish nationalism". *Gender Ironies of Nationalism: Sexing the Nation*. Ed. Tamar Mayer. London: Routledge, 1999b. 283-307.
- Mayhead, Robin. *Walter Scott*. Cambridge: Cambridge University Press, 1973. 10-66.
- McCalman, Iain et al. *An Oxford Companion to the Romantic Age: British Culture, 1776-1832*. London: Oxford University Press, 2001. 1-51.
- McClintock, Anne. "Family Feuds: Gender, Nationalism and the Family". *Nationalisms and National Identities*. Ed. Nahid Yeganeh. London: Routledge, 1993. 61-80.
- McCracken-Flesher, Caroline, ed. *Culture, Nation, and the New Scottish Parliament*. Lewisburg, PA: Bucknell University Press, 2007.
- . "Narrating the (gendered) Nation in Walter Scott's *The Heart of Midlothian*". *Nineteenth Century Contexts* 24. 3 (2002): 291-316.
- . *Possible Scotlands: Walter Scott and the Story of Tomorrow*. London: Oxford University Press, 2005. 1-60.
- McCrone, David. *The Sociology of Nationalism: Tomorrow's Ancestors*. London: Routledge, 1998.
- . *Understanding Scotland: The Sociology of a Nation*. London: Routledge, 2001. 149-95.

- McDonagh, Josephine. *Child Murder and British Culture, 1720-1900*. Cambridge: Cambridge University Press, 2003.
- . "Child-Murder Narratives in George Eliot's *Adam Bede*: Embedded Histories and Fictional Representation". *Nineteenth-Century Literature* 56. 2 (2001): 228-59. Publisher: University of California Press.
- . "Infanticide and the Boundaries of Culture from Hume to Arnold". *Inventing Maternity: Politics, Science, and Literature, 1650-1865*. Ed. Susan C. Greenfield y Carol Barash. Kentucky: University Press of Kentucky, 1999. 215-37.
- McGann, Jerome. "Walter Scott's Romantic Postmodernity". *Scotland and the Borders of Romanticism*. Ed. Leith Davis et al. Cambridge: Cambridge University Press, 2004. 113-29.
- McGrane, Bernard. *Beyond Anthropology: Society and the other*. New York: Columbia University Press, 1989.
- McGuirk, Carol. "Scottish hero, Scottish Victim: Myths of Robert Burns". *The History of Scottish Literature*. Vol. 2, 1660-1800. Ed. Andrew Hook. Aberdeen: Aberdeen University Press, 1987. 219-38.
- M' Diarmid, John. *Sketches from Nature*. London: Oxford University Press, 1830. 381-88.
- Meinecke, Friedrich. *El historicismo y su génesis*. México: Fondo de Cultura económica, 1943.
- Melman, Billie. "Claiming the Nation's Past: The Invention of an Anglo-Saxon Tradition". *Journal of Contemporary History* 26. 3/4 (1991): 575-95. Publisher: Sage Publications, Ltd.

- Mendus, Susan y Jane Rendall, eds. *Sexuality and Subordination: Interdisciplinary Studies of Gender in the Nineteenth Century*. London: Routledge, 1989.
- . "Introduction". *Sexuality and Subordination: Interdisciplinary Studies of Gender in the Nineteenth Century*. Ed. Susan Mendus y Jane Rendall. London: Routledge, 1989. 1-17.
- Mendieta, Eduardo. "Afterword. Identities: Postcolonial and Global". *Identities: Race, Class, Gender, and Nationality*. Ed. Linda Martín Alcoff y Eduardo Mendieta. USA: Blackwell, 2003. 407-16.
- Mérimée, Prosper. *Chronique du règne de Charles IX*. 1829. Paris: Calmann Lévy, 1890. 109-113.
- Miall, David S. "Gothic Fiction". *A Companion to Romanticism*. Ed. Duncan Wu. Australia: Blackwell, 1999. 345-54.
- Michel, Pierre. *Un mythe Romantique: les barbares 1789-1848*. Lyon: Presses Universitaires de Lyon, 1981.
- Miles, Robert. "What is a Romantic Novel?". *Novel: a Forum on Fiction* (2001): 180-201.
- Miller, Robert L. y Rick Wilford, eds. *Women, Ethnicity and Nationalism: the Politics of Transition*. London: Routledge, 1998.
- Millgate, Jane. *Walter Scott: the Making of the Novelist*. Canada: University of Toronto Press, 1984.
- Millington, Mark I. "La ubicación crítica en la lectura intercultural". *Interculturals/Transliteraturas*. Ed. Amelia Sanz Cabrerizo. Madrid: Arco, 2008. 133-62.
- Mitteis, Heinrich. *The State in the Middle Ages: A Comparative Constitutional History*

- of Feudal Europe*. Vol. 1. Amsterdam: North-Holland Publishing Company, 1975.
- Moallem, Minoo e Iain A. Boal. "Multicultural Nationalism and the Poetics of Inauguration". *Between Woman and Nation: Nationalisms, Transnational Feminisms and the State*. Ed. Caren Kaplan et al. Durham: Duke University Press, 1999. 243-63.
- Mohanty, Satya P. "The Epistemic Status of Cultural Identity". *Identities: Race, Class, Gender, and Nationality*. Ed. Linda Martín Alcoff y Eduardo Mendieta. USA: Blackwell, 2003. 392-405.
- Mombert, Sarah. "Le public, le romanesque et L'Histoire. Vigny et Mérimée explorateurs du roman historique". *Le Roman Historique*. Ed. Dominique Peyrache-Leborgne y Daniel Couégnas. Nantes: Pleins Feux, 2000. 118-33.
- Montesquieu. *Esprit des lois*. Paris: Firmin Didot, 1864.
- Moran, Daniel y Arthur Waldron, eds. *The People in Arms: Military Myth and National Mobilization Since the French Revolution*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002.
- Moran, Daniel. "The Legend of the *Levée en masse*". *The People in Arms: Military Myth and National Mobilization Since the French Revolution*. Ed. Daniel Moran y Arthur Waldron. Cambridge: Cambridge University Press, 2002. 1-7.
- Moraña, Mabel. *Literatura y cultura nacional en Hispanoamérica (1910-1940)*. Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literatures, 1984.
- Moreno, Luis. *Escocia, nación y razón*. Madrid: CSIC, 1995. 1-93.
- . Instituto de Estudios Sociales avanzados. "Concurrencia múltiple etnoterritorial: el

- caso de España”. 1992. 1 octubre 2008. <http://www.iesam.csic.es/doctrab1/dt-9208.pdf>. 1-40.
- Moretti, Franco. *Atlas of the European Novel, 1800-1900*. UK: Verso, 1999.
- Morgan, Kenneth O. *The Oxford History of Britain*. London: Oxford University Press, 2001. 470-517.
- Morgan, Prys. “From a Death to a View: the Hunt for the Welsh Past in the Romantic Period”. *The Invention of Tradition*. Ed. Eric Hobsbawm y Terence Ranger. Cambridge: Cambridge University Press, 1983. 43-100.
- Morgan, Susan. *Sisters in Time: Imagining Gender in Nineteenth-century British Fiction*. London: Oxford University Press, 1989.
- Mori, Jennifer. *William Pitt and the French Revolution, 1785-1795*. Edinburgh: Edinburgh University Press, 1997. 108-68.
- Morris, Mary. *The River Queen: A Memoir*. Oxford: Macmillan, 2007.
- Morton, Patricia A. “Document of Civilisation and Document of Barbarism”. *Terror, Culture, Politics: Rethinking 9/11*. Ed. Daniel J. Sherman y Terry Nardin. Indiana: Indiana University Press, 2006. 15-32.
- Mostow, Julie. “Sexing the Nation/Desexing the Body: Politics of National Identity in the Former Yugoslavia”. *Gender Ironies of Nationalism: Sexing the Nation*. Ed. Tamar Mayer. London: Routledge, 1999. 89-110.
- Moura, Jean-Marc. *La littérature des lointains: histoire de l'exotisme européen au XXe siècle*. Paris: Honoré Champion Éditeur, 1998.
- Mullan, John. “The Language of Sentiment: Hume, Smith and Henry Mackenzie”. *The History of Scottish Literature*. Vol. 2, 1660-1800. Ed. Andrew Hook. Aberdeen: Aberdeen University Press, 1987. 273-89.

- Munroe y Francis, eds. *Spirit of the English Magazines*. Cambridge: Harvard University Press, 1821. 299-310.
- Murphy, Alexander B. "The Sovereign State System as political-territorial ideal: historical and contemporary considerations". *State Sovereignty as Social Construct*. Ed. Thomas J. Biersteker y Cynthia Weber. Cambridge: Cambridge University Press, 1996. 81-120.
- Nairn, Tom. "The Maladies of Development". *Nationalism*. Ed. A. D. Smith y John Hutchinson. London: Oxford University Press, 1994. 70-76.
- . *Nuevos nacionalismos en Europa: la desintegración de Gran Bretaña*. Barcelona: Península, 1979. 81-176.
- Navarro Cordón, J. M. y T. Calvo Martínez. *Historia de la filosofía*. Madrid: Anaya, 1991. 24-33, 238-43, 440-44.
- Nettleship, Martin A. et al., eds. *War, Its Causes and Correlates*. The Hague: Mouton Publishers, 1975.
- Newman, Gerald. *The Rise of English Nationalism: A Cultural History 1740-1830*. New York: St. Martin's Press, 1987.
- Newman, Gerald y Leslie Ellen Brown. *Britain in the Hanoverian Age, 1714-1837: An Encyclopedia*. London: Taylor y Francis, 1997.
- Newman, Beth. "The Heart of Midlothian and the Masculinization of Fiction". *Criticism* 36. 4 (1994): 521-40.
- Nicholson, Linda J. "Interpreting Gender". *Race, Class, Gender and Sexuality: The Big Questions*. Ed. Naomi Zack et al. UK: Blackwell, 1998. 187-211.
- Norton, Rictor, ed. *Gothic Readings: The First Wave, 1764-1840*. London: Leicester University Press, 2000.

- Novak, Maximilian E. *Eighteenth-Century English Literature*. Wessex: Macmillan, 1983.
- Oberman, Michelle. "A Brief History of infanticide and the law". *Infanticide: Psychosocial and Legal Perspectives on Mothers who Kill*. Ed. Margaret G. Spinelli. Washington D. C.: American Psychiatric Publishing, 2003. 3-18.
- O Hayden, John, ed. *Scott: The Critical Heritage*. London: Routledge and Kegan Paul, 1970.
- Otterbein, Keith F. "Internal War: A Cross-Cultural Study". *American Anthropologist* 70. 2 (1968): 277-89. Publisher: Blackwell Publishing.
- Outram, Dorinda. *The Body and the French Revolution: Sex, Class and Political Culture*. New Haven: Yale University Press, 1989.
- Owens, Craig. "El discurso de los otros: las feministas y el posmodernismo". *La posmodernidad*. Ed. Hal Foster. Barcelona: Editorial Kairós, 1985. 93-124.
- Paine, Thomas. *Rights of Man*. 1791. USA: BiblioBazaar, LLC, 2008.
- Panikkar, Ramón. "La interpelación intercultural". *El discurso intercultural: prolegómenos a una filosofía intercultural*. Coord. Graciano González R. Arnaiz. Madrid: Biblioteca nueva, 2002. 24-76.
- . *Sobre el diálogo intercultural*. Salamanca: Editorial San Esteban, 1990.
- Parker, Andrew, Mary Russo, Doris Sommer y Patricia Yaeger, eds. *Nationalisms and Sexuality*. London: Routledge, 1992.
- Pateman, Carole. "Equality, Difference, Subordination: the Politics of Motherhood and Women's Citizenship". *Beyond Equality and Difference: Citizenship, Feminist Politics and Female Subjectivity*. Ed. Gisela Bock y Susan James. London: Routledge, 1992. 17-31.

- . *The Sexual Contract*. Stanford: Stanford University Press, 1988.
- Pearson, Hesketh. *Walter Scott: His Life and Personality*. London: Hamish Hamilton Ltd, 1987.
- Pecora, Vincent P., ed. *Nations and Identities*. United Kingdom: Blackwell, 2001.
- Perkin, Harold. *The Origins of Modern English Society 1780-1880*. London: Routledge and Kegan Paul, 1969. 17-79.
- Perry, Seamus. "Romanticism: The Brief History of a Concept". *A Companion to Romanticism*. Ed. Duncan Wu. Australia: Blackwell, 1999. 3-11.
- Peyrache-Leborgne, Dominique y Daniel Couégnas, eds. *Le Roman Historique*. Nantes: Pleins Feux, 2000.
- Philp, Mark, ed. *The French Revolution and British Popular Politics*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004. 1-117.
- . "Introduction". *The French Revolution and British Popular Politics*. Ed. Mark Philp. Cambridge: Cambridge University Press, 2004. 1-17.
- . "Revolution". *An Oxford Companion to the Romantic Age: British Culture, 1776-1832*. Ed. Iain McCalman et al. London: Oxford University Press, 2001. 17-26.
- Pieterse, Jan P. Neverdeen. *Globalization and Culture: Global Mélange*. New York: Rowman and Littlefield Publishers, INC., 2004.
- . "La hibridación ¿Y qué? La reacción de la antihibridación y los enigmas del reconocimiento". *Interculturas/Transliteraturas*. Ed. Amelia Sanz Cabrerizo. Madrid: Arco, 2008. 67-105.
- Pim, Anthony. *Negotiating the Frontier: Translators and Intercultures in Hispanic History*. UK: St. Jerome Publishing, 2000.
- Pincus, Steven. "To protect English liberties: The English nationalist revolution of 1688-1689". *Protestantism and National Identity: Britain and Ireland c. 1650-c.*



1850. Ed. Tony Claydon e Ian McBride. Cambridge: Cambridge University Press, 1998. 75-104.
- Pittock, Murray. "Historiography". *The Cambridge Companion to the Scottish Enlightenment*. Ed. Alexander Broadie. Glasgow: Cambridge University Press, 2003. 258-79.
- . *The Invention of Scotland: The Stuart Myth and the Scottish Identity, 1638 to the Present*. London: Taylor & Francis, 1991.
- . *Scottish and Irish Romanticism*. London: Oxford University Press US, 2008. 1-31.
- Plamenatz, John. *Ideology*. London: Pall Mall, 1970.
- Platón. *La república*. Madrid: Edimat, 2000.
- Plotino. *Enéadas*. III-IV. Madrid: Gredos, 1985.
- Polakovic, Esteban. *Pensando la Nación*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano (GEL), 1986.
- . *¿Qué es una nación?* Buenos Aires: Asociación Cultural Eslovaca, 1976.
- . *Teoría de la nación: Nacionología de J. Ortega y Gasset, E. Renan y L. Stur*. Madrid: G. Lanzol, 1983.
- Popeanga, Eugenia. "Lectura e investigación de los libros de viajes medievales". *Revista de Filología Románica. Los libros de viajes en el mundo románico*. Madrid: Editorial Complutense, 1986. 9-26.
- Porter, Elisabeth. "Identity, location, plurality: Women, nationalism and Northern Ireland". *Women, Ethnicity and Nationalism: the Politics of Transition*. Ed. Robert L. Miller y Rick Wilford. London: Routledge, 1998. 36-61.
- Porter, Roy, ed. *Rewriting the Self: Histories from the Renaissance to the Present*. London: Routledge, 1997.

- . "Introduction". *Rewriting the Self: Histories from the Renaissance to the Present*. Ed. Roy Porter. London: Routledge, 1997. 1-16.
- Potts, Alexander. "Beautiful Bodies and Dying Heroes: Images of Ideal Manhood in the French Revolution". *History Workshop* 30 (1990): 1-21.
- Powell, J. W. "From Barbarism to Civilization". *American Anthropologist* 1. 2 (1888), 97-123. Publisher: Blackwell Publishing.
- Pozuelo Yvancos, José María y Rosa María Aradra Sánchez. *Teoría del canon y literatura española*. Madrid: Cátedra, 2000.
- Pratt, Mary Louise. *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. USA: Routledge, 1992.
- Price, Richard. "A Discourse on the Love of Our Country". *Burke, Paine, Godwin, and the Revolution Controversy*. Ed. Marilyn Butler. Cambridge: Cambridge University Press, 1984. 23-32.
- Prieto, Fernando. *Historia de las ideas y de las formas políticas*. Vol. IV Edad contemporánea (1. El Romanticismo). Madrid: Unión Editorial, 2001.
- Prince, Gerald. *Narratology: the Form and Function of Narrative*. New York: Mouton Publishers, 1982.
- P. Mohanty, Satya. "The Epistemic Status of Cultural Identity". *Identities: Race, Class, Gender, and Nationality*. Ed. Linda Martín Alcoff y Eduardo Mendieta. USA: Blackwell, 2003. 392-405.
- Radcliffe, Ann. *The Mysteries of Udolpho*. 1794. London: Penguin Books, 2001.
- Radhakrishnan, R. "Nationalism, Gender, and the Narrative of Identity". *Nationalisms and Sexualities*. Ed. Andrew Parker, Mary Russo, Doris Sommer, y Patricia Yaeger. London: Routledge, 1992. 77-95.

- . "Postcoloniality and the Boundaries of Identity". *Identities: Race, Class, Gender, and Nationality*. Ed. Linda Martín Alcoff y Eduardo Mendieta. USA: Blackwell, 2003. 312-29.
- RAE. *Diccionario de la lengua española*. España: Espasa. 2001.
- Raimond, Jean y J.R. Watson, eds. *A Handbook to English Romanticism*. New York: St. Martin's Press, 1992. 143-46.
- . "The French Revolution". *Handbook to English Romanticism*. Ed. Jean Raimond y J. R. Watson. New York: St. Martin's Press, 1992. 105-12.
- Rama, Angel. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984.
- Rama, Carlos M. *La historia y la novela*. Buenos Aires: Nova, 1970.
- Ramaswamy, Sumathi. "Body Language: The Somatics of Nationalism in Tamil India". *Gender and History* 10. 1 (1998): 78-109.
- Randall, Adrian. *Riotous Assemblies: Popular Protest in Hanoverian England*. London: Oxford University Press, 2006.
- Ranger, Terence. "The Invention of Tradition in Colonial Africa". *The Invention of Tradition*. Ed. Eric Hobsbawm y Terence Ranger. Cambridge: Cambridge University Press, 1983. 211-62.
- Ranum, Orest, ed. *National Consciousness, History and Political Culture in Early Modern Europe*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1975.
- Rapaport, Anatol. "Approaches to Peace Research". *War, Its Causes and Correlates*. Ed. Martin A. Nettleship et al. The Hague: Mouton Publishers, 1975. 43-53.
- Ray, William. *The Logic of Culture: Authority and Identity in the Modern Era*. USA: Blackwell, 2001.

- Reeves Sanday, Peggy. *Female Power and Male Dominance: On the Origins of Sexual Inequality*. Cambridge: Cambridge University Press, 1981.
- Reinhard, Wolfgang, coord. *Las élites del poder y la construcción del Estado*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Renan, Ernest. "What is a nation?". *Nation and narration*. 1882. Ed. Homi Bhabha. London: Routledge, 1990. 8-22.
- R. R. Christie, John. "The Culture of Science in Eighteenth-Century Scotland". *The History of Scottish Literature*. Vol. 2, 1660-1800. Ed. Andrew Hook. Aberdeen: Aberdeen University Press, 1987. 291-305.
- Rendall, Jane. *The Origins of the Scottish Enlightenment*. London: Macmillan Press, 1978. 1-80.
- . "Women and the Enlightenment in Britain c- 1690-1800". *Women's History: Britain, 1700-1850*. Ed. Hannah Barker y Elaine Chalus. London: Routledge, 2005. 9-32.
- Renner, Tanja y Mirjana Ule. "Back to the future: Nationalism and gender in post-socialist societies". *Women, Ethnicity and Nationalism: the Politics of Transition*. Ed. Robert L. Miller y Rick Wilford. London: Routledge, 1998. 120-32.
- Richmond, Anthony H. "Ethnic Nationalism and Post-Industrialism". *Nationalism*. Ed. A. D Smith y John Hutchinson. London: Oxford University Press, 1994. 289-300.
- Rigney, Ann. *Imperfect Histories: The Elusive Past and the Legacy of Romantic Historicism*. Ithaca: Cornell University Press, 2001. 13-58.
- . "Portable Monuments: Literature, Cultural Memory, and the Case of Jeanie Deans". *Poetics Today* 25. 2 (2004): 361-396.

- Riley, P. W. J. "The Union of 1707 as an Episode in English Politics". *The English Historical Review* 84. 332 (1969): 498-527. Publisher: Oxford University Press.
- Robbins, Keith. *Nineteenth-Century Britain: England, Scotland and Wales. The Making of a Nation*. London: Oxford University Press, 1989.
- Robertson, Fiona. "Romance and the Romantic Novel: Sir Walter Scott". *A Companion to Romance: From Classical to Contemporary*. Ed. Corinne Saunders. Malden, MA: Blackwell, 2004. 287-304.
- Robinson, Lillian S. "Traicionando nuestro texto. Desafíos feministas al canon literario". *El canon literario*. Ed. Enric Sullá. Madrid: Arco, 1998. 115-37.
- Romera Castillo, José, Francisco Gutiérrez Carbajo y Mario García-Page, eds. *La novela histórica a finales del siglo XX*. Madrid: Visor Libros, 1996.
- Romero López, Dolores, ed. *Naciones literarias*. Barcelona: Anthropos, 2006.
- . "Introducción". *Naciones literarias*. Ed. Dolores Romero López. Barcelona: Anthropos, 2006. 9-24.
- Rosenblum, Nancy L. "Romantic Militarism". *Journal of the History of Ideas* 43. 2 (1982): 249-68. Publisher: University of Pennsylvania Press.
- Rousseau, Jean-Jacques. *El contrato social*. 1762. Madrid: Edimat, 1999.
- . *Émile ou de l'éducation*. 1762. Paris: Garnier-Flammarion, 1966.
- . *Escritos políticos*. Madrid: Editorial Trotta, 2006.
- . *Œuvres complètes*. Paris: Didier, 1834.
- . *Proyecto de Constitución para Córcega/Consideraciones sobre el gobierno de Polonia y su proyecto de reforma*. 1770-1771. Madrid: Tecnos, 1988.
- Rubio Carracedo, José. Introducción. *Escritos políticos*. Por Rousseau. Madrid: Editorial Trotta, 2006. 79-89.

- Saglia, Diego. "The Nation as Progress Text in Scott's *The Vision of Don Roderick*". *Poetic Castles in Spain: British Romanticism and Figurations of Iberia*. Amsterdam: Rodopi, 2000. 106-15.
- Said, Edward. "The Clash of Definitions". *Identities: Race, Class, Gender, and Nationality*. Ed. Linda Martín Alcoff y Eduardo Mendieta. USA: Blackwell, 2003. 333-35.
- . *Culture and Imperialism*. London: Vintage, 1994.
- Saint-Just. *L'Esprit de la Révolution*. 1789. Paris: Union Générale d'Éditions, 1963.
- Sambanis, Nicholas. "What is Civil War? Conceptual and Empirical Complexities of an Operational Definition". *The Journal of Conflict Resolution* 48. 6 (2004): 814-58. Publisher: Sage Publications, Inc.
- Samonà, Leonardo. *Diferencia y Alteridad. Después del Estructuralismo: Derrida y Lévinas*. Madrid: Akal, 2005.
- Samuel, Raphael, ed. *Patriotism: The Making and Unmaking of British National Identity*. London: Routledge, 1989.
- . "Continuous National History". *Patriotism: The Making and Unmaking of British National Identity*. Ed. Raphael Samuel. London: Routledge, 1989. 9-17.
- Sanz Cabrerizo, Amelia, ed. *Interculturas/Transliteraturas*. Ed. Amelia Sanz Cabrerizo. Madrid: Arco, 2008.
- Sanz Cabrerizo, Amelia. "Introducción: Interculturas, Transliteraturas". *Interculturas/Transliteraturas*. Ed. Amelia Sanz Cabrerizo. Madrid: Arco, 2008. 11-64.
- Saunders, Corinne, ed. *A Companion to Romance: From Classical to Contemporary*. Malden, MA: Blackwell, 2004.
- Savery, Barnett. "Identity and Difference". *The Philosophical Review* 51. 2 (1942): 205-

12. Publisher: Duke University Press.
- Sayers, Janet. "Science, Sexual Difference and Feminism". *Analyzing Gender: a Handbook of Social Science Research*. Ed. Myra Marx Ferree y Beth B. Hess. London: Sage Publications, 1987. 68-91.
- Scarry, Elaine. *The Body in Pain: The Making and Unmaking of the World*. London: Oxford University Press, 1985. 60-100.
- Schama, Simon. *Auge y caída del imperio británico 1776-2000*. Barcelona: Crítica, 2002. 1-131.
- Schmidgen, Wolfram. *Eighteenth-century Fiction and the Law of Property*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002. 186-213.
- Schmidt, Peter. "Walter Scott, Postcolonial Theory, and New South Literature". *The Mississippi Quarterly* 56. 4 (2003): 545-54.
- Scholes, Robert y Robert Kellogg. *The Nature of Narrative*. London: Oxford University Press, 1966.
- Schutz, Alfred. *Collected Papers: The Problem of Social Reality*. Netherlands: Martinus Nijhoff, 1971.
- . *On Phenomenology and Social Relations*. Chicago: University of Chicago Press, 1970.
- . "The Stranger: An Essay in Social Psychology". *The American Journal of Sociology* 49. 6 (1944): 499-507. Publisher: The University of Chicago Press.
- Schulze, Hagen. *Estado y nación*. Barcelona: Grijalbo, 1997.
- Schumpeter, Joseph A. "The Sociology of the Intellectuals". *The Intellectuals*. Ed. George B. de Huszar. USA: Free Press, 1960. 69-79.
- Scobie, Charles H.H. y George A. Rawlyk, eds. *The Contribution of Presbyterianism to the Maritime Provinces of Canada*. Canada: McGill-Queen's Press, 1997.

- Scott, Paul Henderson. "An English invasion would have been worse : why the Scottish Parliament accepted the Union". *Scottish Studies Review* 4. 2 (2003): 9-16.  
Publisher: Association for Scottish Literary Studies.
- Scott, Walter. *El corazón de Mid-Lothian*. Madrid: Cátedra, 1988.
- . *Defensa de la nación escocesa (Las cartas de Malachi Malagrowther)*. 1826.  
Málaga: Universidad de Málaga, 2004.
- . *Old Mortality*. London: Routledge, 1879a.
- . *The Heart of Mid-Lothian*. London: Routledge, 1879b.
- . Walter Scott Digital Archive. *The Letters of Malachi Malagrowther*. Vol. 1, part. 8.  
11 diciembre 2008. <http://arthurwendover.com/arthurs/scott/prose10.html>
- . The Walter Scott Digital Archive. *The Letters of Sir Walter Scott*. Vol. IV, 1815-1817. 183. 15 septiembre 2008. <http://www.Walterscott.lib.ed.ac.uk/home.html>
- . The Project Gutenberg. Scott, Walter. *Minstrelsy of the Scottish Border*. 25 agosto 2008. [http://www.gutenberg.org/wiki/Main\\_Page](http://www.gutenberg.org/wiki/Main_Page)
- . *Waverley*. Edinburgh: A. & C. Black, n.d.
- . *The Waverley Novels*. Michigan: Grambo Lippincot, 1855.
- Seboul, Albert. "La Revolución francesa en la historia del mundo contemporáneo".  
*1789: Revolución francesa*. Georges Lefebvre. Barcelona: Editorial Laia, 1982.  
281-341.
- Semmel, Stuart. "Reading the Tangible Past: British Tourism, Collecting, and Memory after Waterloo". *Representations* 69. Special Issue: Grounds for Remembering (2000): 9-37. Publisher: University of California Press.
- Seton-Watson, Hugh. *Nations and States: An Enquiry into the Origins of Nations and the Politics of Nationalism*. London: Methuen, 1977.
- . "The Russian Intellectuals". *The Intellectuals*. Ed. George B. de Huszar. USA: Free



- Press, 1960. 41-50.
- Sharoni, Simona. "Gender and the Israeli-Palestinian Accord: Feminist Approaches to International Politics". *Gendering the Middle East: Emerging Perspectives*. Ed. Deniz Kandiyoti. London: I.B. Tauris, 1996. 107-26.
- Shaw, Philip. "Britain at War: The Historical Context". *A Companion to Romanticism*. Ed. Duncan Wu. Australia: Blackwell, 1999. 48-58.
- Shelley, Percy Bysshe. *A Defence of Poetry: an Essay*. 1819. USA: ReadHowYouWant.com, 2006.
- Sherman, Daniel J. y Terry Nardin, eds. *Terror, Culture, Politics: Rethinking 9/11*. Indiana: Indiana University Press, 2006.
- Shevelov, Kathryn. *Women and Print Culture: the Construction of Femininity in the early Periodical*. Great Britain: Routledge, 1989.
- Schiller, Friedrich. *Aesthetic and Philosophical Essays*. 1795-1796. Charleston: Bibliobazar, LLC, 2008. 300-22.
- Schlegel, August Wilhelm. *Lectures On Dramatic Art And Literature*. USA: Kessinger Publishing, 2004.
- Shils, Edward. *Los intelectuales y el poder*. Buenos Aires: Ediciones Tres Tiempos, 1976.
- . "Personal, Primordial, Sacred and Civil Ties". *British Journal of Sociology* 8. 2 (1957): 130-145. Publisher: Blackwell Publishing.
- . *Tradition*. London: Faber and Faber, 1981.
- Sièyes, Emmanuel. *¿Qué es el Tercer Estado?* 1789. Madrid: Aguilar, 1973.
- Showalter, Elaine. *The Female Malady: Women, Madness and English Culture, 1830-1980*. London: Virago Press, 1987.

- Sim, Stuart, ed. *The Routledge Companion to Postmodernism*. London: Routledge, 2001.
- . "Postmodernism and Philosophy". *The Routledge Companion to Postmodernism*. Ed. Stuart Sim. London: Routledge, 2001. 3-14.
- Simmel, Georg. *Cultura femenina y otros ensayos*. Barcelona: Alba Editorial, 1999.
- . *Sobre la individualidad y las formas sociales*. Buenos Aires: Universidad nacional de Quilmes, 2002.
- Simpson, Kenneth. "The Importance of Tobias Smollett". *The History of Scottish Literature*. Vol. 2, 1660-1800. Ed. Andrew Hook. Aberdeen: Aberdeen University Press, 1987. 101-21.
- Simpson, Michael. "Wavering on Europe: Walter Scott and the Equilibrium of the Empires". *Romanticism* 11. 2 (2005): 127-42.
- Simpson, Patricia A. *The Erotics of War in German Romanticism*. USA: Bucknell University Press, 2006.
- Slotkin, James Sydney. *Readings in Early Anthropology*. London: Routledge, 2004. 443-46.
- Smith, Adam. *An Inquiry Into the Nature and Causes of the Wealth of Nations: A Selected Edition*. London: Oxford University Press, 1998.
- Smith, Anthony D. *The Ethnic Origin of Nations*. Oxford: Blackwell, 1986.
- . *The Ethnic Revival in the Modern World*. Cambridge: Cambridge University Press, 1981.
- . "¿Gastronomía o Geología? El rol del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones". *La invención de la nación*. Comp. Álvaro Fernández Bravo. Buenos Aires: Manantial, 2000. 185-209.

- . "Nationalism and the Historians". *Mapping the Nation*. Ed. Gopal Balakrishnan. London: Verso, 1996. 175-97.
- Smith, A. D. y John Hutchinson, eds. *Nationalism*. London: Oxford University Press, 1994.
- Smith, Charlotte. *Desmond*. 1792. USA: Broadview Press, 2001.
- Smith, Philip. "Executing Executions: Aesthetics, Identity, and the Problematic Narratives of Capital Punishment Ritual". *Theory and Society* 25. 2 (1996): 235-61. Publisher: Springer.
- Smollett, Tobias. *The Adventures of Roderick Random*. 1748. London: Oxford University Press, 1999.
- . *The Expedition of Humphry Clinker*. 1771. USA: Penguin Classics, 1967.
- Smout, T. C. "The Anglo-Scottish Union of 1707. The Economic Background". *The Economic History Review* 16. 3 (1964): 455-67. Publisher: Blackwell Publishing.
- Snead, James. "European Pedigrees/African Contagions: Nationality, Narrative, and Communalism in Tutuola, Achebe, y Reed". *Nation and Narration*. Ed. Homi K. Bhabha. London: Routledge, 1990. 231-49.
- Sommer, Doris. *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*. California: University of California Press, 1991. 1-52.
- . "Irresistible romance: the foundational fictions of Latin America". *Nation and Narration*. Ed. Homi K. Bhabha. London: Routledge, 1990. 71-98.
- Sondrup, Steven P., ed. *Nonfictional Romantic Prose: Expanding Borders*. Amsterdam: Benjamins, 2004.

- Snodgrass, Charles. "Staging Scottish National Identity: The Dramatization of Scotland in Scott's *Rob Roy* and the New Scottish Parliament". *Culture, Nation, and the New Scottish Parliament*. Ed. Caroline McCracken-Flesher. Lewisburg, PA: Bucknell University Press, 2007. 175-95.
- Sorensen, Janet. "'Strange Orthography and Singular Diction': Scott's Use of Scots in *The Heart of Midlothian*". *English Literature and the Other Languages*. Ed. A. J. Hoenselaars. Amsterdam: Rodopi, 1999. 63-74.
- Sosnowski, Saúl. "La construcción de historias literarias desde el ejercicio del poder". *Literatura y poder*. Ed. Christian De Paepe et al. Leuven: Leuven University Press, 1995. 101-06.
- Sosoe, Lukas K., ed. *Diversité humaine: démocratie, multiculturalisme et citoyenneté*. France: Presses Université Laval, 2002.
- Soublin, Jean. *La segunda mirada: viajeros y bárbaros en la literatura*. Barcelona: Tusquets, 2003.
- Spang, Kurt et al., eds. *La novela histórica: teoría y comentarios*. Navarra: EUNSA, 1995.
- . "Apuntes para una definición de la novela histórica". *La novela histórica: teoría y comentarios*. Ed. Kurt Spang, Ignacio Arellano y Carlos Mata. Navarra: EUNSA, 1995. 65-114.
- Spelman, Elizabeth V. "Aristotle and the Politicization of the Soul". *Discovering Reality: Feminist Perspectives on Epistemology, Metaphysics, Methodology, and Philosophy of Science*. Ed. Sandra G. Harding y Merrill B. Hintikka. Netherlands: Springer, 2003. 17-30.

- Spierenburg, Peter. *The Spectacle of Suffering. Executions and the Evolution of Repression: from a Preindustrial Metropolis to the European Experience*. Cambridge: Cambridge University Press, 1984.
- Spivak, Gayatri Chakravorty, ed. *Selected Subaltern Studies*. London: Oxford University Press, 1988.
- . "Subaltern Studies: Deconstructing Historiography". *Selected Subaltern Studies*. Ed. Gayatri Chakravorty Spivak. London: Oxford University Press, 1988. 3-32.
- Steinberg, S. H. *Five Hundreds Years of Printing*. England: Penguin Books, 1974.
- Stendhal. *Mélanges de littérature*. Vol. 3. *Mélanges critiques. Le style et les écrivains*. Paris: Le Divan, 1933. 301-12.
- Stern, Paul C. "Why do people sacrifice for their nations?". *Perspectives on Nationalism and War*. Ed. John L. Comaroff. London: Routledge, 1995. 99-122.
- Stone, Lawrence. *The Family, Sex and Marriage in England 1500-1800*. London: Weidenfeld and Nicolson, 1977.
- Street, Brian. "Reading Faces: Physiognomy Then and Now". *Anthropology today* 6. 6 (1990): 11-12. Publisher: Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland.
- Sullá, Enric. "El debate sobre el canon literario". *El canon literario*. Ed. Enric Sullá. Madrid: Arco, 1998. 11-34.
- Summer, William Graham. *Social Darwinism*. New Jersey: Prentice-Hall, INC, 1963.
- Sussman, Charlotte. "The Emptiness at *The Heart of MidLothian*: Nation, Narration, and Population". *Eighteenth-Century Fiction* 15. 1 (2002): 103-26.
- Sutherland, John. "The Novel". *A Companion to Romanticism*. Ed. Duncan Wu. Australia: Blackwell, 1999. 332-43.

- Symonds, Deborah A. *Weep not for me: Women, Ballads, and Infanticide in Early Modern Scotland*. Pensilvania: Penn State University Press, 1997.
- Tadmor, Naomi. *Family and Friends in Eighteenth-Century England: Household, Kinship and Patronage*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001.
- Tager, Jack. *Boston Riots: Three Centuries of Social Violence*. New England: University Press of New England, 2001.
- Tague, Ingrid H. *Women of Quality: Accepting and Contesting Ideals of Femininity in England 1690-1760*. United Kingdom: Boydell Press, 2002. 1-48.
- Teyssandier, Hubert. "Scott, Walter (1771-1832)". *A Handbook to English Romanticism*. Ed. Jean Raimond y J. R. Watson. New York: St. Martin's Press, 1992. 143-46.
- Therborn, Göran. *La ideología del poder y el poder de la ideología*. 1980. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 1987.
- The Project Gutenberg. Introducción de Andrew Lang a *Old Mortality*. 18 septiembre 2008. [http://www.gutenberg.org/wiki/Main\\_Page](http://www.gutenberg.org/wiki/Main_Page)
- The Project Gutenberg. Burton, Richard. *Masters of the English Novel: a Study of Principles and Personalities*. 8 julio 2008. [http://www.gutenberg.org/wiki/Main\\_Page](http://www.gutenberg.org/wiki/Main_Page)
- The Project Gutenberg. Ker, W. P. *Epic and Romance: Essays on Medieval Literature*. 8 julio 2008. [http://www.gutenberg.org/wiki/Main\\_Page](http://www.gutenberg.org/wiki/Main_Page)
- The Project Gutenberg. Arbuthnot, John. *The History of John Bull*. 2 junio 2008. [http://www.gutenberg.org/wiki/Main\\_Page](http://www.gutenberg.org/wiki/Main_Page)
- The Project Gutenberg. Schiller, Frederick. "On Simple and Sentimental Poetry"

- (*Aesthetical and Philosophical Essays*) en *The Works of Frederick Schiller*. 17 septiembre 2008. [http://www.gutenberg.org/wiki/Main\\_Page](http://www.gutenberg.org/wiki/Main_Page)
- Thomson, A. J. P. "Phrasing Scotland and the Postmodern". *Scotland in Theory: Reflections on Culture & Literature*. Ed. Eleanor Bell y Gavin Miller. Amsterdam: Rodopi, 2004. 69-82.
- Thorn, Jennifer, ed. "Introduction: Stories of Child-Murder, Stories of Print". *Writing British Infanticide: Child-Murder, Gender and Print, 1722-1859*. Ed. Jennifer Thorn. Delaware: University of Delaware Press, 2003. 13-44.
- . *Writing British Infanticide: Child-Murder, Gender and Print, 1722-1859*. Delaware: University of Delaware Press, 2003.
- Tocqueville, Alexis de. *L'Ancien Régime et la Révolution*. 1858. París: Flammarion, 1988.
- Toda Iglesia, María Ángeles. *Héroes y amigos: masculinidad, imperialismo y didactismo en la novela de aventuras británica 1880-1914*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2002.
- Toda, Fernando. "Multilingualism, language contact and translation in Walter Scott's Scottish novels". *Linguistica Antverpiensia* 4 (2005): 123-38.
- Todorov, Tzvetan. *La conquista de América: la cuestión del otro*. México: Siglo veintiuno editores, 1987.
- . *Cruce de culturas y mestizaje cultural*. Madrid: Ediciones Júcar, 1988.
- . *L'esprit des Lumières*. París: Robert Lffont, 2006.
- . *Nosotros y los Otros: Reflexión sobre la diversidad humana*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores, 1991.
- Touchard, Jean. *Historia de las ideas políticas*. Madrid: Tecnos, 1990.

- Townshend, Charles, ed. *The Oxford Illustrated History of Modern War*. London: Oxford University Press, 1997.
- , ed. *The Oxford History of Modern War*. London: Oxford University Press, 2005.
- Townshend, Jules. *The Politics of Marxism: The Critical Debates* UK: Continuum International Publishing Group, 1996.
- Trevor-Roper, Hugh. "The Invention of Tradition: the Highland Tradition of Scotland". *The Invention of Tradition*. Ed. Eric Hobsbawm y Terence Ranger. Cambridge: Cambridge University Press, 1983. 15-41.
- Trillo-Figueroa, Federico. *El poder político en los dramas de Shakespeare*. Madrid: Espasa Calpe, 1999.
- Troeltsch, Ernst. *The Absoluteness of Christianity and the History of Religions*. 1902. Ginebra: Westminster John Knox Press, 2006.
- Trumbach, Randolph. "London's Sapphists: From Three Sexes to Four Genders in the Making of the Modern Culture". *Body Guards: The Cultural Politics of Gender Ambiguity*. Ed. Julia Epstein y Kristina Straub. London: Routledge, 1991. 112-41.
- . *Sex and the Gender Revolution*. Vol. 1: Heterosexuality and the Third Gender in Enlightenment London. Chicago: The University of Chicago Press, 1998.
- Trumpener, Katie. *Bardic Nationalism: The Romantic Novel and the British Empire*. New Jersey: Princeton University Press, 1997.
- . "National Character, Nationalist Plots: National Tale and Historical Novel in the Age of Waverley, 1806-1830". *ELH: English Literary History* 60. 3 (1993): 685-731. Publisher: The Johns Hopkins University Press.
- Tudor, Henry. *Political Myth*. London: University of Durham, 1972.



- Tulloch, Graham. *The Language of Walter Scott: A Study of his Scottish and Period Language*. Great Britain: André Deutsch, 1980.
- Turgot, Anne-Robert-Jacques. *Discursos sobre el progreso humano*. 1750. Madrid: Tecnos, 1991.
- Unzueta, Fernando. *La imaginación histórica y el romance nacional en Hispanoamérica*. Lima, Berkeley: Latinoamericana Editores, 1996.
- Utley, T. E. *Edmund Burke*. London: Longman, Green y Co Ltd, 1957.
- Valdés, Mario J. "Rethinking the History of Literary History". *Rethinking Literary History: A Dialogue on Theory*. Ed. Linda Hutcheon y Mario J. Valdés. London: Oxford University Press, 2002. 63-115.
- Valente, Joseph. "Upon the Braes: History and Hermeneutics in *Waverley*". *Studies in Romanticism* 25. 2 (1986): 251-76.
- Van Den Berghe, Pierre L. "Dimensions for Comparing Military Organizations". *War: A Historical, Political and Social Study*. Ed. L.L. Farrar. California: American Bibliographical Center-Clio Press, 1978. 37-41.
- . *The Ethnic Phenomenon*. New York: Elsevier, 1981.
- Van Doren, Charles. *The Idea of Progress*. New York: Frederick A. Praeger, 1967.
- Van Kley, Dale K. *Les origines religieuses de la Révolution française 1560-1791*. New Haven: Yale University Press, 2002.
- Vegetti Finzi, Silvia. "Female Identity between Sexuality and Maternity". *Beyond Equality and Difference: Citizenship, Feminist Politics and Female Subjectivity*. Ed. Gisela Bock y Susan James. London: Routledge, 1992. 126-45.

- Vélez-Sáinz, Julio. *El Parnaso español: canon, mecenazgo y propaganda en la poesía del siglo de oro*. Madrid: Visor Libros, 2006.
- Venturino, Diego. "La naissance de l'Ancien Régime". *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*. Vol. 2. The Political Culture of the French Revolution. Ed. Lucas Colin. Oxford: Pergamon Press, 1988. 11-40.
- Vickery, Amanda, ed. *Women, Privilege, and Power: British Politics, 1750 to the Present*. Stanford: Stanford University Press, 2001.
- . "Introduction". *Women, Privilege, and Power: British Politics, 1750 to the Present*. Ed. Amanda Vickery. Stanford: Stanford University Press, 2001. 1-55.
- Vigny, Alfred de. *Cinq Mars, ou Une conjuration sous Louis XIII*. 1826. Paris: A. Lemerre, 1887. 3-10.
- Villegas, Juan. *La estructura mítica del héroe en la novela del siglo XX*. Barcelona: Editorial Planeta. 1978.
- Viroli, Maurizio. *Por amor a la patria: ensayo sobre el patriotismo y el nacionalismo*. Madrid: Acento Editorial, 1997.
- Voltaire. *Dictionnaire philosophique*. 1764. Paris: Garnier, 1967.
- Ward Gailey, Christine. "Evolutionary Perspectives on Gender Hierarchy". *Analyzing Gender: a Handbook of Social Science Research*. Ed. Myra Marx Ferree y Beth B. Hess. London: Sage Publications, 1987. 32-67.
- Warner, Marina. *Monuments and Maidens: The Allegory of the Female Form*. Great Britain: Picador, 1985.
- Watson, J.R. "The Industrial Revolution". *A Handbook to English Romanticism*. Ed. Jean Raimond y J. R. Watson. New York: St. Martin's Press, 1992. 143-46.
- Watson, Roderick. *The Literature of Scotland*. London: Macmillan, 1984.

- Watt, Ian. *The Rise of the Novel: Studies in Defoe, Richardson, and Fielding*. Great Britain: Penguin Books, 1966.
- Weber, Max. *Economía y Sociedad: Esbozo de Sociología comprensiva*. 1922. México: Fondo de Cultura Económica, 1944.
- Weber, Samuel. *Institution and Interpretation*. Vol. 31. Theory and History of Literature. Minnesota: University of Minnesota Press, 1987.
- Weil, Georges. *El periódico: Orígenes, evolución y función de la prensa periódica*. México: Dante, 1962.
- Wellek, René. *Concepts of Criticism*. New Haven: Yale University Press, 1963. 128-221.
- . *Historia de la crítica moderna (1750-1950). El Romanticismo*. Madrid: Editorial Gredos, 1962.
- Welsh, Alexander. *The Hero of the Waverley Novels: With New Essays on Scott*. New Jersey: Princeton University Press, 1992.
- Welsch, Wolfgang. “El camino hacia la sociedad transcultural”. *Interculturas/Transliteraturas*. Ed. Amelia Sanz Cabrerizo. Madrid: Arco, 2008. 107-131.
- Wiesner, Merry E. *Women and Gender in Early Modern Europe*. Cambridge: Cambridge University Press, 2000.
- Wilford, Rick. “Women, Ethnicity and Nationalism: Surveing the Ground”. *Women, Ethnicity and Nationalism: The Politics of Transition*. Ed. Robert L. Miller y Rick Wilford. London: Routledge, 1998. 1-22.
- Williams, Ioan, ed. *Novel and Romance 1700-1800: a Documentary Record*. London: Routledge and Kegan Paul, 1970.
- Williams, Raymond. *The Year 2000*. New York: Pantheon Books, 1983. 177-99.

- Wilson, Kathleen. "The island race: Captain Cook, protestant evangelicalism and the construction of English national identity, 1760-1800". *Protestantism and National Identity: Britain and Ireland c. 1650-c. 1850*. Ed. Tony Claydon e Ian McBride. Cambridge: Cambridge University Press, 1998a. 265-90.
- . *The Sense of the People: Politics, Culture and Imperialism in England, 1715-1785*. Cambridge: Cambridge University Press, 1998b.
- Wilt, Judith. *Secret Leaves: The Novels of Walter Scott*. Chicago: The University of Chicago Press, 1985.
- Wingfield-Stratford, Esmé. *The History of English Patriotism*. Vol. 1. London: John Lane Company, 1913a.
- . *The History of English Patriotism*. Vol. 2. London: John Lane Company, 1913b.
- Witherbee, Amy. "Habeas Corpus: British Imaginations of Power in Walter Scott's *Old Mortality*". *New Literary History* 39. 2 (2008): 355-67.
- Wolfson, Susan J. "Their She Condition: Cross-Dressing and the Politics of Gender in Don Juan". *ELH: English Literary History* 54. 3 (1987): 585-617. Publisher: The Johns Hopkins University Press.
- Wollstonecraft, Mary. *Vindication of the Rights of Woman*. 1792. London: Penguin Books, 1975.
- Woloch, Isser. "Napoleonic Conscription: State Power and Civil Society". *Past and Present* 111 (1986): 101-29. Publisher: Oxford University Press.
- Wordsworth, William. *Poems of Wordsworth*. Great Britain: Read Books, 2008.
- . *The Prelude. Romantic Poetry and Prose*. Ed Harold Bloom y Lionel Trilling. New York: Oxford University Press, 1981. 188-229.
- Wu, Duncan, ed. *A Companion to Romanticism*. Australia: Blackwell, 1999.

- , ed. *Romanticism: An Anthology*. London: Blackwell Publishing, 2006.
- Yeganeh, Nahid, ed. *Nationalisms and National Identities*. London: Routledge, 1993.
- Young, Robert. *Colonial Desire: Hybridity in Theory, Culture, and Race*. London: Routledge, 1995.
- , ed. *Untying the Text: a Post-Structuralist Reader*. London: Routledge, 1981.
- Youngquist, Paul. *Monstrosities: Bodies and British Romanticism*. Minnesota: University of Minnesota Press, 2003. xi-xxxii.
- Yuval-Davis, Nira. "Gender and Nation". *Women, Ethnicity and Nationalism: the Politics of Transition*. Ed. Robert L. Miller y Rick Wilford. London: Routledge, 1998. 23-35.
- . *Gender and Nation*. London: Sage Publications, 1997.
- Zack, Naomi et al., eds. *Race, Class, Gender and Sexuality: The Big Questions*. UK: Blackwell, 1998.
- Zavala, Iris M., ed. *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana)*. Vol. IV. Barcelona: Anthropos, 1997.
- . "Las formas y funciones de una teoría crítica feminista. Feminismo dialógico". *Breve historia feminista de la literatura española*. Vol. 1. Teoría feminista: discursos y diferencia. Ed. Myriam Díaz-Diocaretz e Iris M. Zavala. Barcelona: Anthropos, 1993. 27-76.
- Znaniecki, Florian. *Las sociedades de cultura nacional y sus relaciones*. México: centro de estudios sociales, 1944.
- Zumthor, Paul. *La medida del mundo: representación del espacio en la Edad Media*. Madrid: Cátedra, 1994.

## ÍNDICE DE NOMBRES

## **A**

Absolutización, 24, 25, 441, 522, 551, 552, 560, 613.

Acta de Unión, 121, 338.

Adam Ferguson, 371, 518.

Adam Smith, 370, 372, 523.

África, 118, 156, 168, 270, 319, 446.

Alejandro Magno, 38.

Alemania, 62, 68, 116, 136, 139, 140, 144, 161, 170, 232, 234, 355, 494, 503.

Alessandro Manzoni, 266.

Alexander Carlyle, 619.

Alfred de Vigny, 260, 546.

Alfred de Musset, 547.

Algernon Sydney, 110.

Allan Ramsay, 226, 227, 240, 302, 380, 381, 455.

Alteridad, 325, 407, 419, 420, 453.

Amalgama, 9, 296, 321, 332, 390, 437, 453, 454, 684.

Ambrose Philips, 227, 657.

Amelia Opie, 258.

América, 1, 68, 69, 73, 86, 99, 110, 113, 114, 118, 121, 168, 206, 234, 235, 345, 353,  
372, 381, 401, 446, 584, 645, 646.

América del Norte, 1, 69, 118, 309, 353, 357, 371.

América del Sur, 1, 118, 122.

Ana I, 193, 360.

Anne Grant, 385.

Anna Porter, 257.

Ann Radcliffe, 385, 229.

Antiguo Régimen, 1, 51, 65, 66, 67, 70, 91, 92, 126, 143, 191, 217, 474, 475, 480, 583, 584, 590, 640, 648, 659, 717.

Antropología, 9, 27, 273, 331, 376, 403, 404, 405, 406, 407, 409.

Aphra Behn, 656.

Aristocracia, 51, 52, 53, 60, 71, 73, 76, 77, 97, 108, 111, 114, 190, 196, 244, 245, 248, 252, 320, 472, 474, 639, 700.

Aristóteles, 410, 420, 426, 594, 595, 598, 599.

Artefacto, 11, 166, 172, 281, 462.

Asamblea Constituyente, 584.

Asamblea Nacional, 66, 78, 81, 98, 100, 103, 107, 110, 111, 113, 135, 485, 586.

Asia, 118, 156, 166, 446.

Augusto Comte, 186.

*Auld Alliance*, 54.

Australia, 118, 376.

Austria, 68, 83, 84, 139, 140, 356, 485, 503.

Autoridad, 8, 15, 22, 25, 34, 35, 39, 40, 48, 63, 71, 76, 81, 84, 87, 90, 103, 108, 114, 117, 120, 122, 169, 180, 183, 190, 193, 196, 198, 201, 202, 209, 210, 211, 213, 215, 216, 219, 237, 241, 248, 256, 277, 281, 298, 320, 324, 347, 375, 394, 455, 472, 476, 478, 479, 480, 481, 486, 489, 490, 495, 497, 499, 501, 510, 524, 526, 534, 561, 570, 573, 578, 579, 581, 584, 586, 587, 594, 596, 597, 600, 602, 607, 614, 616, 617, 618, 625, 631, 634, 636, 641, 644, 647, 648, 649, 652, 653, 656, 658, 661, 662, 663, 668, 673, 681, 691, 705, 713, 719, 722.



## **B**

Balzac, 265, 266.

Bannockburn, 55, 525.

Bara, 483, 542.

Barbarie, 9, 100, 116, 123, 289, 310, 368, 370, 377, 400, 403, 407, 411, 414, 419, 489, 511, 538, 541, 568, 570, 625, 631.

Barruel, 93.

Baudelaire, 201.

Bélgica, 69, 492, 494.

Benjamin Constant, 489, 516.

Ben Jonson, 133.

Bergson, 186.

Berlín, 143.

*Bill of Rights*, 78, 101.

*Borders*, 368, 393.

Bossuet, 102.

*Bothwell Bridge*, 500, 524, 536, 538, 547, 548, 549, 550, 636.

Britanidad, 119, 120, 293, 314, 316, 321, 351, 363, 409, 442, 464, 501, 502, 504.

Burguesía, 50, 51, 60, 61, 68, 71, 72, 89, 97, 139, 176, 180, 184, 193, 201, 244, 245, 255, 281, 640.

## **C**

Calvinismo, 50.

Cameroniano/a, 539, 551, 636.

Canon, 4, 27, 31, 200, 205, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 220, 223.

Capitalismo, 49, 50, 64, 65, 72, 74, 158, 164, 173, 174, 180, 191, 207, 308, 406, 455, 638, 640, 706.

Carlos I, 56, 238, 500, 505, 506, 525, 597.

Carlos II, 56, 492, 500, 501, 504, 507, 508, 550, 596, 597.

Carlos VII, 132.

Castigar, 105, 579, 618, 634, 705, 709, 716.

Castigo, 347, 432, 475, 510, 579, 618, 622, 647, 678, 683, 693, 705, 710, 712, 713, 714, 715.

Categoría, 19, 22, 25, 44, 148, 159, 160, 166, 174, 190, 192, 199, 272, 283, 304, 325, 326, 327, 367, 416, 418, 441, 452, 455, 568, 579, 594, 595, 609, 615, 647, 656, 676, 690, 691, 719, 722, 723, 726.

Centro, 29, 32, 38, 71, 81, 172, 199, 206, 213, 217, 275, 284, 293, 310, 313, 324, 366, 378, 385, 394, 446, 464, 479, 542, 548, 614, 624, 629, 663, 699, 706, 716, 717.

Ciudadanía, 10, 12, 126, 139, 147, 165, 180, 208, 342, 355, 482, 485, 486, 487, 488, 580, 583, 584, 585, 588, 591, 599, 662, 708.

Ciudadano, 10, 12, 25, 43, 44, 53, 65, 66, 74, 87, 109, 120, 130, 134, 138, 146, 148, 180, 181, 218, 221, 259, 315, 354, 393, 432, 439, 470, 472, 473, 480, 481, 482, 483, 484, 485, 486, 488, 514, 533, 534, 545, 574, 575, 576, 577, 580, 583, 584, 585, 588, 589, 594, 595, 596, 602, 620, 628, 630, 677, 680, 710, 724.

Civilización, 9, 37, 38, 41, 56, 141, 177, 236, 303, 308, 311, 314, 326, 332, 366, 368, 372, 373, 374, 376, 377, 379, 384, 385, 400, 402, 405, 406, 407, 408, 410, 419, 432, 435, 518, 541, 568, 603, 613, 625, 631, 645, 664, 697.

Charles James Fox, 85, 98, 115.

Charles Lamb, 520.

Charles Maturin, 259.

Charlotte Lennox, 657.

Charlotte Smith, 389, 390, 391.

Chateaubriand, 235.

Clase media, 49, 53, 59, 60, 172, 191, 197, 215, 247, 248, 252, 253, 255, 256, 258, 320, 472, 473, 474, 479, 484, 580, 592, 623, 652, 662.

Clasicismo, 39, 228, 229, 300, 589.

*Clearances*, 311, 324.

Clerk of Penicuik, 365.

Colatino, 476.

Colectividad, 7, 20, 43, 44, 183, 241, 255, 278, 325, 468, 484, 530, 577, 718.

Coleridge, 92, 96, 239, 240, 520.

Colonización, 317, 318, 324, 329, 351, 394, 451, 662, 708.

Colonizado, 27, 29, 254, 297, 317, 325, 326, 367, 394, 410.

Comadróna, 626, 633, 679, 680, 681, 682, 695.

Comunidad, 3, 4, 5, 11, 16, 17, 19, 31, 36, 37, 38, 45, 46, 49, 56, 60, 61, 65, 81, 124, 125, 126, 127, 131, 137, 138, 144, 147, 149, 150, 152, 154, 155, 156, 163, 165, 166, 170, 172, 173, 174, 179, 180, 183, 184, 189, 191, 192, 198, 199, 209, 211, 212, 213, 216, 220, 224, 233, 236, 242, 244, 252, 256, 258, 275, 278, 284, 306, 318, 324, 332, 355, 359, 366, 367, 368, 369, 373, 381, 384, 391, 392, 402, 413, 414, 419, 423, 429, 431, 439, 443, 444, 448, 453, 460, 467, 468, 469, 484, 501, 502, 503, 518, 525, 526, 530, 531, 535, 546, 550, 557, 569, 575, 578, 580, 623, 624, 628, 632, 649, 659, 661, 664, 665, 670, 671, 672, 693, 714.

Concepto, 3, 5, 6, 9, 10, 14, 16, 22, 23, 24, 28, 31, 43, 46, 50, 53, 58, 123, 124, 125, 126, 128, 129, 131, 133, 136, 137, 138, 140, 142, 145, 148, 149, 151, 152, 155, 158, 166, 169, 173, 180, 184, 189, 205, 208, 210, 224, 241, 274, 277, 296, 297, 305, 308, 321, 323, 325, 326, 327, 355, 371, 378, 395, 396, 403, 405, 413, 418, 420, 434, 435, 438, 439, 440, 446, 467, 472, 485, 487, 522, 529, 534, 535, 537,

551, 560, 569, 573, 576, 580, 583, 588, 599, 612, 613, 647, 651, 658, 676, 692, 697, 705, 716, 717, 719.

Conciencia nacional, 17, 31, 38, 39, 46, 48, 50, 51, 65, 95, 116, 123, 128, 168, 140, 169, 173, 174, 181, 182, 191, 198, 207, 484, 561.

Conde de Volney, 185.

Condorcet, 97, 185, 585.

Conducta, 10, 15, 101, 150, 176, 208, 218, 479, 543, 586, 587, 592, 603, 610, 615, 630, 632, 639, 643, 650, 651, 652, 653, 654, 655, 672, 674, 697, 698, 699, 704, 709, 717, 719.

Conflicto, 4, 22, 32, 38, 45, 50, 56, 71, 73, 83, 95, 117, 164, 168, 183, 253, 281, 282, 283, 292, 300, 302, 303, 304, 306, 310, 321, 325, 383, 387, 394, 401, 402, 409, 411, 417, 433, 434, 467, 478, 498, 504, 506, 509, 513, 518, 521, 522, 523, 525, 527, 528, 529, 530, 539, 544, 556, 559, 670, 630, 640, 642, 665, 674, 681.

Conocimiento, 3, 14, 15, 16, 17, 18, 22, 24, 37, 51, 63, 78, 99, 102, 187, 225, 251, 283, 284, 286, 294, 334, 358, 376, 378, 379, 381, 385, 388, 395, 404, 406, 410, 416, 417, 418, 423, 425, 458, 467, 491, 557, 560, 565, 585, 592, 600, 607, 661, 662, 670, 680, 707, 725.

Conservadurismo, 2, 26.

Constitución, 1, 38, 43, 67, 79, 80, 81, 83, 87, 91, 92, 97, 101, 102, 103, 108, 109, 110, 112, 113, 115, 135, 163, 474, 485, 507, 584, 585, 586, 587.

Construcción, 2, 3, 8, 10, 11, 12, 13, 14, 16, 20, 27, 31, 36, 47, 60, 95, 125, 139, 143, 155, 160, 166, 167, 168, 171, 176, 177, 184, 187, 190, 205, 224, 241, 248, 256, 276, 279, 285, 293, 296, 298, 299, 313, 315, 317, 318, 322, 324, 325, 326, 357, 377, 436, 437, 443, 464, 468, 472, 473, 475, 481, 484, 487, 488, 489, 495, 497, 499, 524, 572, 574, 582, 599, 602, 610, 611, 614, 626, 628, 631, 633, 651, 652, 653, 722, 724.

Constructo, 13, 22, 31, 35, 185, 189, 205, 211, 213, 295, 297, 535, 611, 612, 613, 649, 662, 719, 721.

Contacto, 10, 14, 51, 88, 129, 143, 144, 180, 235, 296, 313, 328, 332, 368, 371, 376, 379, 380, 385, 398, 399, 401, 413, 416, 419, 420, 427, 444, 445, 446, 447, 449, 451, 452, 457, 458, 521, 608, 629, 633, 660.

Contingencia, 15.

Contrabando, 579, 617, 629, 634, 639, 640, 641, 663, 704.

Contradicción, 19, 20, 29, 33, 36, 68, 156, 188, 254, 276, 277, 292, 296, 300, 303, 304, 327, 373, 391, 394, 395, 406, 437, 459, 470, 483, 498, 503, 553, 554, 555, 556, 560, 569, 570, 625, 721.

Contradictorio/a, 22, 24, 45, 48, 184, 262, 267, 295, 302, 322, 379, 392, 442, 464, 474, 503, 518, 695.

Contranarrativa, 5, 33, 698.

*Contrapuntal reading*, 8.

Contrarreforma, 37, 173, 344.

Controlar, 11, 15, 30, 81, 100, 108, 309, 319, 464, 561, 579, 604, 623, 644, 668, 710.

Control, 14, 20, 24, 45, 64, 71, 81, 84, 108, 109, 110, 112, 131, 149, 167, 168, 171, 176, 180, 187, 189, 192, 195, 200, 211, 213, 221, 281, 296, 298, 342, 344, 352, 464, 497, 499, 506, 525, 549, 550, 596, 600, 609, 614, 630, 633, 634, 640, 644, 650, 652, 658, 660, 680, 683, 686, 688, 690, 705, 706, 707, 710, 714, 716, 717, 719.

Convención, 81, 83, 109, 477, 478, 480, 483, 587, 589.

Cooperación, 10, 122, 156, 307, 442, 466, 618, 676, 723.

Correcto, 16, 462, 627, 688, 698.

Corrupción, 52, 203, 344, 351, 371, 383, 475, 496, 579, 583, 617, 625, 634, 636, 640, 668, 681, 688, 698, 699, 700, 722.

Cosmopolita, 16, 50, 51, 52, 53, 134, 140, 143, 248, 307, 374, 439, 449.

Cosmopolitismo, 26, 40, 43, 50, 51, 63, 133, 143, 375, 438, 440, 445, 480.

*Covenant*, 312, 505, 506, 508, 522, 525, 554, 561, 562, 636.

*Covenanter*, 18, 309, 312, 328, 491, 498, 500, 501, 506, 508, 521, 524, 525, 535, 536, 537, 547, 548, 549, 553, 555, 556, 566, 635, 636, 637, 646.

Coventry Patmore, 657.

Crisis, 1, 2, 3, 25, 36, 52, 53, 64, 65, 73, 74, 77, 88, 89, 105, 106, 116, 119, 203, 242, 251, 253, 271, 272, 289, 290, 293, 319, 356, 362, 365, 433, 491, 495, 497, 498, 521, 526, 556, 573, 690, 691, 722, 723.

Cristiandad, 40.

Cristianismo, 37, 38, 40, 50, 92, 97, 128, 131, 162, 169, 174, 345, 403, 502, 621.

Crítica, 9, 24, 26, 63, 66, 80, 117, 192, 194, 205, 213, 214, 220, 229, 251, 266, 286, 308, 313, 317, 322, 323, 373, 378, 390, 406, 451, 466, 481, 554, 569, 599.

Crítica literaria, 27, 31, 207, 220, 242, 291,

Cromwell, 49, 55, 312, 501, 505, 506, 636.

Cruzadas, 131, 132, 163, 450.

Cruzado/a, 26, 31, 157, 296, 446.

Cuerpo, 12, 15, 60, 87, 131, 135, 142, 144, 146, 200, 201, 290, 294, 296, 299, 329, 340, 472, 473, 474, 475, 478, 480, 483, 486, 503, 513, 527, 541, 542, 545, 574, 576, 578, 581, 583, 584, 588, 589, 590, 594, 599, 600, 601, 611, 624, 626, 627, 628, 629, 630, 645, 646, 648, 650, 651, 664, 668, 669, 680, 681, 683, 703, 705, 707, 708, 710, 712, 713, 714, 716, 717.

Culloden, 309, 312, 324, 331, 355, 369, 386, 433.

Cultura, 2, 6, 7, 8, 9, 10, 13, 16, 17, 25, 29, 30, 31, 32, 37, 42, 45, 50, 52, 56, 60, 61, 63, 67, 97, 133, 140, 141, 143, 145, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 165, 167, 169, 171, 172, 180, 184, 190, 197, 198, 199, 200, 201, 204, 205, 207, 209, 213, 215, 217, 221, 222, 227, 230, 231, 234, 247, 248, 249, 250, 253, 254, 257, 259, 273, 277, 281, 282, 283, 284, 294, 296, 301, 302, 310, 313, 314, 316, 317, 319, 320, 321, 323, 328, 331, 332, 333, 336, 337, 351, 355, 357, 365, 366, 367, 369, 371, 372, 373, 374, 376, 378, 389, 392, 393, 394, 402, 405, 407, 408, 409, 410, 411, 412, 418, 419, 420, 422, 423, 426, 427, 429, 430, 432, 436, 438, 439, 440,

441, 443, 444, 445, 446, 447, 448, 449, 450, 451, 452, 453, 454, 455, 458, 465, 468, 470, 472, 474, 483, 507, 523, 528, 535, 544, 568, 572, 577, 579, 583, 592, 594, 602, 609, 612, 613, 614, 615, 621, 627, 637, 648, 652, 660, 662, 665, 676, 683, 691.

Cultural, 3, 6, 9, 10, 11, 12, 14, 16, 21, 22, 23, 25, 26, 29, 32, 38, 39, 45, 47, 48, 50, 51, 52, 53, 57, 58, 59, 60, 63, 74, 116, 128, 129, 140, 141, 142, 145, 147, 148, 152, 158, 159, 160, 161, 162, 164, 166, 168, 173, 174, 179, 180, 183, 190, 192, 193, 195, 197, 198, 199, 202, 203, 205, 206, 207, 211, 213, 218, 219, 221, 222, 225, 236, 240, 241, 242, 244, 245, 247, 249, 251, 253, 254, 256, 258, 281, 289, 293, 304, 306, 311, 312, 313, 315, 316, 318, 322, 323, 324, 326, 329, 332, 337, 342, 343, 344, 356, 359, 365, 366, 367, 368, 373, 376, 378, 379, 384, 386, 394, 397, 402, 403, 405, 406, 409, 414, 417, 418, 420, 423, 428, 429, 432, 434, 435, 436, 438, 439, 441, 443, 444, 445, 446, 447, 449, 451, 453, 457, 458, 460, 464, 465, 466, 472, 477, 479, 480, 484, 497, 504, 520, 522, 528, 535, 568, 574, 601, 604, 609, 610, 611, 613, 614, 621, 623, 624, 649, 650, 652, 670, 680, 685, 690, 693, 697, 699, 706, 719, 721, 722, 726.

## **D**

D'Alembert, 63, 97.

Daniel Defoe, 193, 362.

David Garrick, 106.

David Herd, 226, 228, 239.

David Hume, 233, 370.

Debate revolucionario, 93, 94, 95, 253.

Declaración de Arbroath, 57, 525, 526.

*Declaración de Derechos*, 78, 79, 113, 136, 355.

Deísmo, 50.

Delito, 87, 88, 94, 391, 432, 508, 616, 621, 623, 625, 663, 673, 683, 704, 712, 714.

Democracia, 1, 43, 44, 64, 104, 113.

Descartes, 63, 404, 607.

Destutt de Tracy, 185.

Desviación, 15, 579, 628, 646, 664, 693, 709, 724.

Dialéctico/a, 15, 19, 249, 255, 409, 444, 683.

Dialógico/a, 10, 16, 26, 448, 464.

Dicotomía, 28, 160, 307, 327, 410, 411, 419, 522, 599, 607, 691, 724.

Diderot, 63, 97.

Diferencia, 8, 22, 27, 28, 29, 44, 98, 117, 145, 161, 164, 165, 169, 177, 206, 242, 253, 268, 285, 314, 320, 325, 354, 360, 365, 368, 376, 384, 401, 405, 407, 409, 410, 416, 420, 443, 444, 452, 453, 454, 462, 465, 469, 501, 509, 516, 537, 549, 557, 568, 576, 578, 582, 588, 592, 594, 595, 597, 598, 599, 601, 606, 609, 610, 613, 614, 625, 626, 647, 648, 664, 676, 685, 691, 704.

Directorio, 184, 479.

Disciplina, 1, 9, 104, 342, 432, 484, 536, 537, 546, 648, 664, 706, 711, 712, 717.

Discurso, 5, 10, 11, 12, 20, 22, 25, 26, 28, 29, 31, 67, 93, 95, 98, 99, 115, 160, 176, 183, 184, 187, 195, 198, 220, 225, 241, 247, 254, 275, 281, 290, 298, 299, 312, 319, 325, 326, 340, 375, 382, 402, 405, 406, 407, 432, 446, 447, 456, 459, 462, 467, 468, 472, 473, 474, 477, 483, 488, 501, 511, 523, 525, 547, 576, 577, 587, 591, 593, 595, 602, 623, 626, 637, 649, 651, 652, 653, 657, 669, 680, 683, 707, 708, 716, 722, 723, 725.

Disyuntiva, 29, 478.

Diversidad, 10, 37, 299, 316, 332, 374, 403, 411, 444, 452, 454, 459, 466, 570, 722.

Domesticidad, 12, 90, 254, 258, 259, 279, 455, 545, 576, 585, 588, 591, 594, 600, 602, 605, 607, 625, 647, 651, 652, 656, 657.

Dugald Stewart, 308.



Dunbar, 55.

## **E**

Edad Media, 35, 38, 39, 40, 58, 72, 127, 130, 192, 216, 225, 237, 238, 367, 385, 403, 640.

Edad Moderna, 126, 127.

Edimburgo, 55, 81, 231, 319, 359, 360, 378, 384, 391, 397, 403, 448, 454, 505, 538, 580, 616, 617, 618, 620, 629, 630, 631, 632, 634, 635, 668, 670, 677, 687, 698, 699.

Edmond Dubois-Crancé, 485.

Edmund Burke, 93, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 229, 230.

Eduardo I, 54.

Eduardo VI, 346, 347.

Edward Burnett Tylor, 404.

Elite/s, 31, 44, 45, 47, 52, 60, 81, 85, 113, 117, 118, 122, 128, 144, 149, 151, 166, 169, 171, 183, 185, 186, 189, 191, 192, 199, 200, 201, 203, 210, 218, 249, 276, 284, 293, 319, 322, 328, 342, 358, 464, 495, 496, 506, 507, 530, 532, 592, 597, 625, 653, 725.

Elizabeth Carter, 605.

Elizabeth Hamilton, 258, 386.

Elizabeth I, 47, 48.

Elizabeth Le Noir, 258.

Elizabeth Montagu, 605.

El Terror, 67, 78, 86, 136, 140, 587.

Emerson, 186.

Encuentro, 9, 10, 14, 254, 371, 374, 375, 377, 383, 399, 412, 413, 414, 416, 418, 419, 420, 423, 425, 444, 483, 524, 631.

Enrique VIII, 47, 48, 55, 347, 353.

Episcopaliano, 312, 328, 378, 498, 499, 500, 501, 524, 528.

Escocia, 4, 5, 6, 9, 18, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 80, 81, 90, 117, 120, 121, 168, 225, 230, 231, 232, 233, 235, 236, 237, 239, 240, 258, 271, 279, 281, 282, 289, 293, 294, 301, 302, 303, 306, 307, 308, 309, 310, 311, 313, 315, 316, 317, 318, 319, 321, 322, 323, 324, 325, 326, 327, 328, 329, 331, 332, 334, 335, 336, 337, 338, 343, 344, 348, 353, 358, 359, 360, 361, 362, 363, 364, 365, 366, 367, 368, 369, 370, 371, 373, 374, 377, 378, 379, 380, 381, 382, 383, 384, 385, 386, 391, 392, 393, 394, 398, 400, 402, 409, 411, 414, 419, 422, 432, 433, 434, 435, 442, 443, 448, 450, 451, 454, 458, 464, 470, 491, 497, 499, 500, 501, 502, 503, 504, 505, 506, 507, 520, 528, 533, 539, 540, 541, 542, 565, 615, 616, 617, 622, 623, 635, 636, 637, 645, 646, 663, 687, 699, 700, 701, 720, 725.

Esencialidad, 15.

Esencialista, 2, 5, 10, 20, 21, 22, 296, 446, 447, 448.

Espacio, 6, 10, 21, 27, 124, 130, 157, 165, 196, 241, 249, 256, 259, 273, 278, 279, 280, 298, 299, 307, 310, 314, 317, 321, 324, 325, 326, 333, 377, 396, 397, 399, 401, 402, 409, 411, 416, 441, 443, 445, 448, 449, 472, 473, 483, 524, 547, 548, 549, 550, 564, 573, 578, 580, 581, 588, 601, 628, 630, 631, 632, 633, 634, 641, 648, 652, 653, 655, 681, 683, 686, 688, 690, 692, 709, 710, 712, 716, 717, 723.

Espacio privado, 481, 549.

Espacio público, 472, 473, 601.

España, 77, 84, 89, 122, 170, 234, 334, 352, 355, 356, 505, 510.

Estadialismo, 9, 373, 408.

Estado, 2, 13, 20, 21, 26, 31, 35, 36, 38, 39, 40, 41, 42, 53, 54, 57, 59, 61, 64, 68, 72, 76, 81, 97, 102, 104, 105, 107, 117, 118, 128, 130, 131, 135, 140, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 152, 155, 156, 157, 161, 162, 163, 165, 166,

167, 168, 169, 170, 178, 180, 181, 189, 191, 195, 201, 202, 205, 206, 208, 221, 272, 277, 279, 280, 281, 294, 299, 309, 312, 313, 214, 328, 329, 333, 343, 351, 352, 353, 357, 364, 432, 433, 439, 470, 472, 473, 475, 476, 477, 478, 481, 482, 486, 487, 488, 489, 495, 497, 499, 500, 503, 504, 510, 514, 515, 525, 527, 531, 534, 546, 569, 572, 573, 575, 576, 580, 584, 595, 596, 597, 598, 599, 608, 636, 644, 658, 660, 662, 673, 676, 693, 705, 706, 707, 709, 712, 720, 723, 724.

Estados Generales, 66, 71, 73, 135, 136.

Estatismo, 40, 41, 139, 181.

Estereotipo, 106, 204, 310, 336, 423, 522, 530, 552, 601, 613, 692.

Esterilidad, 448, 676.

Estigmatización, 29, 622, 718.

Estuardo, 50, 55, 56, 89, 121, 293, 311, 312, 328, 344, 355, 360, 368, 369, 387, 400, 430, 433, 434, 453, 491, 501, 502, 503, 520, 540.

Etnia, 133, 138, 147, 150, 153, 156, 157, 158, 159, 179, 180, 181, 184, 446, 581, 610, 630.

Etnocentrismo, 156, 179, 308, 441.

Europa, 1, 37, 45, 50, 57, 60, 64, 68, 70, 72, 84, 92, 97, 100, 110, 118, 121, 122, 123, 127, 129, 138, 139, 140, 144, 160, 168, 169, 170, 175, 180, 192, 194, 205, 206, 215, 216, 217, 226, 234, 235, 256, 273, 288, 319, 336, 342, 344, 350, 355, 361, 368, 372, 374, 378, 379, 382, 446, 450, 451, 484, 485, 492, 493, 494, 510, 512, 514, 531, 542, 545, 577, 607, 609, 621.

Evolucionismo, 405, 406.

Exclusión, 8, 11, 23, 51, 157, 176, 180, 189, 209, 214, 219, 280, 336, 393, 474, 475, 585, 586, 590, 599, 614, 655, 660, 693, 715.

Exotismo, 400, 402, 403.

Extranjería, 399, 407, 415, 416, 418, 692.

Extraño, 27, 254, 301, 326, 393, 401, 409, 413, 414, 416, 418, 449, 627, 631.

## **F**

Familia, 10, 11, 13, 14, 16, 26, 73, 75, 109, 114, 125, 129, 134, 146, 154, 156, 157, 176, 200, 244, 248, 250, 251, 258, 294, 297, 366, 384, 389, 398, 419, 420, 434, 468, 470, 476, 478, 481, 542, 547, 555, 556, 572, 573, 574, 575, 582, 595, 596, 597, 600, 606, 610, 612, 615, 623, 625, 629, 630, 632, 635, 636, 642, 646, 650, 656, 657, 658, 659, 660, 661, 662, 663, 664, 670, 671, 672, 673, 696, 697, 698, 701, 702, 704, 706, 707, 708, 709, 714, 719.

Fanny Burney, 605.

Federico II el Grande, 133.

Feminidad, 12, 299, 469, 580, 583, 590, 606, 610, 611, 613, 647, 650, 651, 655, 656, 661, 693, 696.

Feudalismo, 64, 69, 107, 131, 139, 180, 461.

Fichte, 138, 139, 142, 143, 144, 145, 148, 175, 534, 671.

Flaubert, 201.

Flodden, 55.

Fractura, 6, 13, 136, 300, 304, 320, 322, 560, 564.

Francia, 1, 2, 30, 34, 35, 36, 41, 45, 46, 50, 51, 52, 54, 55, 58, 62, 63, 64, 65, 67, 69, 70, 71, 74, 77, 79, 80, 82, 83, 84, 85, 86, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 95, 99, 102, 104, 105, 106, 109, 110, 111, 113, 114, 116, 117, 118, 119, 121, 122, 123, 128, 132, 133, 136, 139, 144, 161, 168, 169, 170, 184, 192, 194, 195, 202, 217, 234, 235, 243, 252, 261, 266, 268, 272, 289, 293, 320, 334, 335, 336, 339, 340, 341, 342, 343, 344, 350, 351, 353, 354, 355, 356, 360, 361, 362, 382, 383, 449, 450, 451, 458, 470, 473, 477, 483, 485, 486, 488, 489, 492, 493, 494, 495, 502, 503, 505, 510, 511, 543, 544, 584, 589, 592, 593, 606, 681.

Francisco I, 128.

Ficción, 11, 29, 157, 205, 206, 238, 244, 245, 246, 247, 249, 251, 254, 260, 266, 268, 269, 270, 271, 279, 280, 283, 284, 289, 290, 382, 389, 409, 413, 436, 442, 450, 455, 479, 497, 541, 545, 583, 652.

Filosofía, 27, 63, 64, 72, 105, 140, 143, 144, 186, 190, 194, 198, 203, 204, 308, 374, 378, 380, 505, 589, 600.

Frontera, 5, 16, 22, 25, 26, 27, 57, 84, 124, 125, 131, 156, 159, 166, 173, 215, 218, 280, 282, 304, 307, 321, 323, 325, 326, 327, 329, 331, 340, 354, 364, 392, 393, 394, 395, 397, 410, 437, 444, 446, 447, 452, 489, 502, 503, 556, 641, 664, 690, 692, 693, 723, 725, 726.

## **G**

Galeno, 601.

Gales, 53, 90, 119, 120, 121, 315, 338, 343, 353, 384, 392, 501.

Gavin Douglas, 225.

General Monk, 636.

Género, 11, 12, 13, 26, 32, 90, 134, 160, 175, 177, 184, 219, 243, 253, 254, 259, 260, 263, 267, 271, 280, 282, 283, 285, 286, 298, 308, 315, 322, 329, 438, 446, 447, 459, 468, 469, 471, 472, 475, 476, 481, 513, 541, 573, 580, 581, 582, 585, 586, 602, 603, 606, 607, 609, 610, 611, 612, 613, 614, 615, 648, 652, 656, 658, 662, 676, 683, 689, 690, 691, 692, 719.

Género femenino, 475.

Género literario, 3, 223, 246, 247, 283.

Género masculino, 10, 296, 298, 472, 475, 573.

Geografía, 2, 10, 13, 27, 66, 137, 147, 149, 184, 221, 236, 237, 271, 275, 280, 281, 318, 339, 354, 366, 386, 387, 393, 398, 424, 575, 699.

George Canning, 115.

Gran Bretaña, 2, 3, 30, 37, 42, 43, 45, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 83, 84, 85, 86, 88, 89, 90, 93, 94, 95, 98, 100, 105, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 161, 183, 195, 234, 237, 245, 246, 247, 248, 249, 252, 253, 256, 257, 289, 290, 291, 293, 311, 312, 313, 314, 318, 319, 321, 327, 329, 330, 332, 334, 335, 336, 337, 338, 339, 341, 342, 343, 344, 349, 351, 352, 353, 354, 355, 356, 359, 360, 363, 364, 365,

369, 373, 377, 381, 383, 384, 392, 409, 430, 436, 438, 442, 443, 445, 449, 450, 458, 469, 470, 492, 494, 495, 497, 499, 503, 520, 542, 543, 544, 573, 592, 600, 606, 607, 622, 627, 635, 645, 681, 700, 701, 722.

Grecia, 37, 38, 130, 533, 594.

Grocio, 161.

Guerra, 9, 10, 13, 40, 45, 54, 68, 74, 77, 79, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 93, 108, 113, 115, 119, 120, 121, 122, 124, 135, 136, 140, 163, 252, 289, 290, 292, 294, 296, 299, 310, 312, 319, 328, 334, 337, 339, 340, 341, 342, 350, 351, 352, 353, 354, 357, 360, 361, 364, 376, 438, 441, 458, 463, 467, 468, 469, 470, 471, 472, 481, 482, 484, 485, 486, 488, 489, 493, 494, 498, 501, 508, 509, 510, 511, 512, 513, 514, 515, 516, 517, 518, 519, 520, 521, 522, 523, 524, 525, 526, 527, 528, 529, 530, 531, 533, 534, 535, 537, 538, 539, 540, 541, 542, 543, 544, 545, 546, 547, 548, 549, 550, 551, 556, 557, 558, 559, 560, 561, 562, 563, 566, 567, 568, 569, 570, 571, 592, 593, 596, 606.

Guerra civil inglesa, 42, 49, 50, 55, 390, 505, 506.

Guerra de los Cien Años, 132.

Guerra de las harinas, 70.

Guerras de Independencia, 54, 57, 58.

Guerra de la Independencia americana, 74, 77, 117, 132.

Guerra de los Nueve Años, 341.

Guerra de los Siete Años, 45, 105, 341, 352, 354, 356.

Guerra de Sucesión española, 341.

Guerras napoleónicas, 43, 91, 122, 123, 139, 140, 183, 273, 315, 432, 451, 494, 545.

Guerras revolucionarias, 43, 91, 118, 258, 288, 343, 485, 494, 495.

Guillermo III, 55, 193, 350, 360.

## **H**

*Habeas Corpus*, 85, 86, 116, 497, 539.

Hannah More, 109, 605, 606.

Hanoveriano, 305, 400, 409, 431, 674.

Hegel, 138, 139, 143, 145, 146.

Helen Maria Williams, 96.

Helvétius, 97, 184.

Henry Addington, 90.

Henry Bolingbroke, 132.

Henry Fielding, 132, 243, 245, 246.

Herder, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 148, 175, 219, 230, 232, 234, 274.

Heroicidad, 11, 138, 357, 381, 467, 477, 482, 483, 553, 698.

Heroísmo, 301, 471, 482.

Heterogeneidad, 20, 22, 129, 189, 256, 399, 419, 420.

Hibridación, 9, 10, 325, 327, 366, 436, 437, 442, 446, 447, 448, 449, 452, 458, 459, 460, 464, 550.

Hibridismo, 313, 332.

Híbrido/a, 10, 19, 25, 133, 270, 296, 325, 388, 411, 436, 452, 456, 459, 464, 628, 689, 691.

*Highlander*, 18, 55, 56, 235, 236, 257, 302, 310, 312, 313, 314, 315, 317, 318, 324, 328, 336, 361, 366, 368, 369, 373, 377, 382, 385, 386, 391, 397, 398, 407, 410, 419, 420, 421, 422, 423, 424, 425, 427, 428, 429, 430, 431, 432, 433, 449, 454, 456, 457, 458, 461, 469, 554, 646.

*Highlands*, 56, 57, 230, 231, 236, 237, 308, 309, 313, 318, 328, 331, 335, 336, 358, 366, 367, 368, 369, 371, 373, 381, 382, 383, 384, 385, 386, 392, 394, 397, 408, 409, 421, 422, 423, 424, 431, 432, 435, 453, 456, 458, 462, 645, 673.

*Historia*, 2, 3, 4, 9, 11, 13, 16, 17, 18, 24, 25, 27, 29, 30, 38, 42, 49, 52, 53, 54, 57, 63, 64, 65, 66, 72, 74, 76, 101, 102, 103, 108, 114, 120, 123, 129, 140, 141, 143, 144, 145, 146, 147, 151, 152, 155, 158, 159, 161, 164, 165, 170, 179, 186, 192, 195, 197, 198, 203, 204, 208, 209, 210, 211, 212, 214, 215, 221, 222, 223, 229, 230, 235, 236, 237, 242, 243, 247, 248, 250, 253, 257, 259, 260, 261, 262, 263, 264, 265, 266, 267, 268, 269, 270, 271, 272, 273, 275, 276, 279, 280, 282, 283, 284, 286, 287, 289, 292, 293, 294, 297, 301, 310, 312, 315, 317, 318, 320, 321, 322, 328, 333, 334, 336, 337, 338, 345, 346, 347, 349, 356, 357, 358, 359, 363, 366, 367, 370, 373, 374, 375, 378, 382, 383, 392, 393, 395, 402, 405, 409, 422, 434, 436, 445, 446, 453, 476, 477, 494, 500, 501, 506, 520, 530, 549, 552, 557, 558, 567, 569, 570, 591, 607, 608, 609, 615, 616, 625, 627, 636, 649, 652, 679, 685, 687, 696, 698, 719, 721, 722, 724, 725.

*Historia literaria*, 203, 207, 212, 219, 242, 291, 315, 570.

*Historiografía*, 19, 207, 241, 261, 272, 283, 286, 370, 409.

*Holanda*, 69, 73, 84, 168, 355, 485, 492, 503, 564, 567, 619.

*Hombre*, 10, 11, 12, 14, 15, 19, 63, 64, 67, 72, 74, 80, 86, 90, 97, 101, 108, 110, 111, 113, 114, 130, 134, 138, 175, 177, 194, 195, 196, 197, 205, 233, 261, 262, 276, 285, 298, 300, 370, 378, 380, 398, 400, 405, 408, 468, 470, 472, 473, 474, 481, 485, 488, 490, 509, 510, 511, 513, 515, 516, 517, 519, 531, 532, 545, 552, 560, 561, 562, 563, 567, 573, 575, 576, 579, 581, 584, 585, 586, 588, 589, 590, 591, 592, 594, 595, 596, 597, 598, 599, 600, 601, 602, 603, 605, 607, 608, 609, 610, 611, 612, 613, 618, 627, 621, 628, 638, 642, 648, 650, 652, 653, 654, 656, 657, 658, 663, 664, 667, 676, 680, 681, 683, 684, 689, 690, 691, 692, 718, 719, 722.

*Homogeneidad*, 57, 61, 129, 180, 447, 499, 535.

*Homogéneo/a*, 4 7, 19, 20, 22, 42, 51, 72, 189, 227, 294, 312, 323, 326, 333, 392, 437, 516, 641.

*Hugh Blair*, 231, 232, 233.



Humanismo, 46, 63, 375.

## **I**

Ideario, 1, 3, 30, 31, 283, 293, 448, 475, 724.

Identidad, 3, 5, 8, 10, 13, 14, 15, 16, 20, 21, 22, 25, 26, 27, 28, 32, 36, 41, 45, 46, 54, 56, 57, 59, 66, 95, 105, 121, 123, 124, 128, 153, 169, 170, 175, 176, 189, 198, 199, 203, 206, 208, 209, 213, 240, 241, 242, 248, 251, 252, 275, 278, 280, 282, 289, 290, 291, 293, 294, 295, 296, 297, 298, 304, 307, 308, 309, 310, 312, 315, 318, 319, 325, 333, 337, 338, 340, 343, 350, 354, 362, 364, 365, 366, 367, 368, 370, 371, 373, 375, 381, 389, 395, 399, 401, 404, 409, 411, 420, 421, 423, 430, 432, 435, 436, 437, 441, 442, 444, 445, 446, 447, 448, 449, 450, 451, 452, 453, 454, 455, 456, 457, 458, 464, 468, 469, 471, 481, 488, 499, 500, 502, 503, 504, 525, 535, 542, 545, 556, 559, 560, 566, 567, 569, 574, 576, 577, 578, 580, 581, 583, 591, 601, 602, 607, 609, 611, 614, 626, 634, 636, 637, 658, 661, 663, 672, 674, 678, 682, 683, 685, 687, 690, 691, 692, 693, 704, 707, 708, 721, 722, 724.

Identidad británica, 43, 45, 54, 122, 307, 312, 319, 329, 339, 340, 342, 358, 359, 365, 370, 437, 445, 520, 636.

Identidad femenina, 10, 11, 13, 599, 693.

Identidad histórica, 25.

Identidad masculina, 11, 13, 468, 471.

Identidad nacional, 3, 4, 5, 9, 13, 16, 30, 32, 35, 43, 53, 56, 57, 58, 88, 128, 151, 152, 160, 168, 171, 199, 203, 204, 205, 207, 211, 221, 242, 248, 249, 274, 275, 276, 277, 281, 284, 294, 296, 297, 299, 309, 311, 316, 317, 318, 319, 332, 333, 335, 339, 340, 347, 350, 354, 355, 358, 375, 377, 434, 436, 437, 454, 467, 468, 469, 475, 484, 488, 499, 503, 531, 533, 543, 544, 574, 626, 658, 659, 721, 722, 724, 725.

Identidad social, 16, 22, 469.

Identitario, 3, 13, 21, 56, 155, 203, 299, 303, 313, 325, 326, 328, 329, 332, 338, 339, 340, 349, 362, 375, 378, 402, 409, 436, 437, 441, 442, 449, 452, 504, 614, 644, 665, 721.

Ideología, 2, 4, 5, 8, 11, 20, 21, 23, 25, 27, 30, 31, 32, 36, 41, 45, 48, 50, 52, 60, 64, 81, 82, 117, 129, 133, 139, 143, 145, 156, 164, 168, 170, 172, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 205, 207, 208, 212, 219, 224, 237, 241, 248, 251, 252, 273, 281, 290, 291, 297, 305, 307, 318, 320, 325, 336, 350, 356, 377, 397, 403, 428, 437, 441, 448, 452, 458, 473, 478, 483, 484, 486, 488, 490, 497, 501, 503, 520, 522, 523, 533, 535, 542, 544, 549, 550, 556, 557, 558, 562, 569, 573, 577, 579, 582, 583, 584, 591, 592, 593, 595, 596, 599, 601, 602, 604, 605, 613, 636, 647, 652, 655, 662, 676, 693, 697, 706, 707, 709, 723.

Ideólogo, 184, 185, 460, 504, 511.

Iglesia, 39, 40, 47, 48, 49, 54, 60, 65, 72, 82, 91, 97, 102, 104, 105, 107, 109, 111, 128, 130, 131, 148, 162, 167, 169, 170, 209, 221, 231, 309, 343, 345, 346, 347, 348, 473, 475, 499, 500, 501, 502, 503, 504, 505, 506, 508, 525, 528, 582, 621, 651, 661, 693.

Ilegalidad, 510, 640, 710.

Ilustración, 1, 25, 26, 41, 43, 50, 59, 62, 63, 72, 80, 93, 95, 104, 111, 116, 162, 185, 194, 195, 199, 207, 224, 305, 308, 370, 372, 373, 374, 378, 379, 403, 404, 406, 408, 412, 499, 510, 518, 543, 573, 591, 599, 613, 652.

Imaginario nacional, 32, 278, 352, 470.

Imperialismo, 8, 249, 281, 307, 308, 317, 318, 319, 323, 328, 374, 376, 406, 429, 448, 451, 720.

Imperio, 12, 38, 39, 40, 46, 48, 127, 130, 131, 139, 140, 200, 216, 249, 254, 281, 316, 318, 319, 320, 339, 340, 350, 351, 352, 353, 357, 361, 364, 376, 383, 445, 451, 453, 464, 469, 486, 502, 592, 621.

Impostura, 400, 489, 517, 677, 690, 700.

Imprenta, 31, 81, 152, 173, 174, 207, 214, 215, 216, 217, 339, 354, 355.

Inclusión, 8, 176, 180, 184, 189, 209, 220, 247, 292, 307, 393, 436, 439, 458, 463, 591, 599, 655, 660.

Indias, 89, 383, 688.

Individualismo, 39, 40, 46, 49, 102, 154, 161, 165, 205.

Individuo, 2, 15, 16, 17, 32, 44, 46, 48, 87, 95, 97, 103, 107, 108, 114, 117, 126, 127, 134, 138, 144, 145, 146, 150, 151, 152, 153, 162, 165, 172, 183, 187, 197, 212, 224, 244, 248, 251, 252, 259, 261, 269, 272, 278, 282, 294, 297, 415, 416, 417, 418, 422, 424, 427, 452, 464, 468, 469, 472, 474, 477, 481, 482, 487, 490, 497, 502, 514, 517, 521, 524, 529, 531, 532, 534, 552, 554, 556, 561, 562, 568, 569, 572, 573, 577, 578, 579, 594, 598, 609, 610, 611, 613, 623, 644, 646, 659, 660, 663, 664, 665, 685, 690, 691, 697, 698, 707, 709, 710, 711, 713, 715, 716, 717, 718, 722, 723.

Industrialización, 58, 90, 164, 165, 221, 284, 308, 406, 455, 473, 592.

Infanticidio, 578, 579, 615, 616, 617, 620, 621, 622, 623, 624, 625, 626, 664, 665, 666, 670, 672, 675, 678, 679, 694, 705, 706, 709, 714.

Inglaterra, 1, 2, 4, 5, 6, 9, 18, 34, 35, 36, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 54, 55, 56, 58, 62, 69, 73, 74, 75, 78, 80, 84, 90, 95, 98, 105, 106, 107, 110, 111, 117, 121, 128, 168, 169, 170, 192, 202, 203, 217, 230, 271, 272, 281, 282, 293, 301, 302, 306, 307, 308, 310, 311, 312, 315, 316, 318, 319, 320, 322, 325, 326, 332, 334, 335, 336, 337, 338, 342, 343, 345, 346, 347, 348, 350, 353, 354, 356, 358, 359, 360, 361, 362, 363, 364, 365, 367, 370, 373, 377, 378, 382, 383, 391, 392, 393, 394, 395, 397, 400, 402, 409, 411, 414, 420, 432, 442, 443, 453, 454, 458, 464, 470, 485, 497, 499, 500, 501, 502, 503, 504, 505, 506, 507, 510, 520, 528, 533, 539, 595, 612, 615, 622, 635, 637, 657, 659, 663, 699, 701, 720, 725.

Inmutable, 22, 158, 181, 242, 273, 723.

Institución, 14, 15, 16, 20, 25, 32, 50, 52, 53, 59, 60, 74, 78, 86, 94, 102, 104, 129, 141, 170, 171, 180, 194, 196, 200, 202, 210, 211, 213, 215, 221, 222, 223, 237, 241, 242, 252, 273, 279, 280, 282, 291, 316, 343, 349, 351, 377, 378, 476, 484, 488, 494, 501, 503, 509, 546, 582, 584, 624, 625, 651, 654, 661, 662, 676, 687, 697, 706.

Insurrección, 18, 70, 81, 86, 89, 104, 311, 324, 329, 335, 383, 391, 433, 489, 498, 521, 524, 527, 529, 541.

Intelectual, 12, 31, 35, 36, 41, 52, 59, 60, 76, 94, 95, 96, 106, 108, 117, 150, 171, 183, 185, 186, 189, 190, 191, 192, 194, 195, 197, 198, 199, 200, 202, 203, 204, 205, 230, 252, 592.

Intelectualidad, 32, 60, 190, 199, 214, 378.

*Intelligentsia*, 59, 60, 191, 192, 205.

Intercultural, 10, 254, 296, 333, 411, 436, 443, 446, 449, 452, 454, 465, 721, 726.

Interculturalidad, 325, 332, 436, 442, 443, 444, 445, 446, 466.

Invención, 10, 75, 77, 125, 166, 174, 198, 215, 246, 253, 266, 277, 278, 279, 284, 317, 339, 341, 342, 487, 545, 651, 722.

Irlanda, 1, 53, 69, 80, 88, 90, 117, 119, 121, 254, 256, 257, 258, 281, 289, 291, 309, 315, 338, 345, 353, 360, 367, 394, 411, 501, 506, 539.

Israel, 37, 38, 47, 209, 349.

Italia, 84, 161, 170, 234.

## **J**

Jacobino/a, 33, 67, 117, 135, 250, 251, 252, 477, 479, 482, 587.

Jacobita, 86, 118, 302, 305, 309, 311, 313, 324, 328, 333, 336, 340, 341, 344, 358, 364, 366, 378, 386, 387, 391, 398, 400, 409, 428, 432, 433, 434, 451.

Jacobitismo, 56, 114, 356, 434, 451.

Jacques-Louis David, 476, 477.

Jaime II, 56, 349, 350, 554.

Jaime IV, 55.

Jaime V, 55.

Jaime VI, 55, 505.

Jaime VII, 55.

James Beattie, 226, 308.

James Cook, 374, 400.

James Fordyce, 605.

James Mackintosh, 96.

James Macpherson, 225, 226, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 237, 313, 380, 381, 382.

Jane Austen, 253, 258.

Jane Porter, 246, 254, 257, 386.

Jane West, 389, 390, 391.

Jerarquía, 5, 11, 38, 46, 71, 90, 117, 190, 223, 248, 256, 285, 308, 320, 445, 455, 465, 499, 522, 546, 580, 606, 642, 646, 658, 699, 712, 714, 719.

Jeremy Bentham, 186, 717.

J. F. Lafitau, 372.

J. J. Winckelman, 482, 483.

Joel Barlow, 117.

John Arbuthnot, 348.

John Bowles, 109.

John Brown, 105, 106.

John Bull, 106, 348, 385, 430.

John Bunyan, 348.

John Dryden, 220, 223.

John Foxe, 346, 347, 502.

John Grahame de Claverhouse, 500.

John Gregory, 605.

John Home, 230, 231, 380, 381.

John Horne Tooke, 115.

John M' Diarmid, 678.

John Millar, 370, 372.

John Milton, 110, 204, 223, 237.

John Pinkerton, 373.

John Porteous, 617, 618.

John Reeves, 82.

John Wilkes, 117.

John Wilson Croker, 96.

Jonas Hanway, 356, 357.

Jonathan Swift, 193.

Jorge I, 640.

Jorge II, 311, 432, 640.

Jorge III, 87.

Joseph Addison, 217.

Joseph Gales, 115.

Joseph Gerrald, 116.

Joseph-Marie Degérando, 376.

Joseph Priestley, 82, 115.

Joseph Warton, 226, 228.

Juana de Arco, 132.

Justicia, 69, 95, 170, 190, 248, 308, 326, 391, 431, 489, 510, 545, 615, 616, 638, 643, 670, 672, 674, 696, 699, 713, 715.

Juzgado, 709, 714.

## **K**

Kant, 143, 175, 186, 230, 396, 501, 514, 515, 518.

*Killing Years*, 521.

## **L**

Lacretelle, 93.

Lamartine, 235.

Las Luces, 1, 62, 64, 80.

Lealtad, 11, 38, 40, 41, 48, 50, 65, 78, 87, 104, 134, 154, 156, 162, 164, 270, 306, 325, 341, 366, 369, 381, 386, 387, 429, 430, 431, 432, 434, 438, 448, 452, 477, 479, 488, 516, 523, 529, 628, 658, 661, 728, 723.

Legitimación, 15, 57, 66, 128, 163, 170, 200, 210, 221, 222, 277, 474, 590.

Leigh Hunt, 115, 390.

Lengua, 2, 9, 13, 40, 51, 65, 123, 127, 133, 137, 141, 144, 147, 149, 163, 164, 169, 173, 174, 194, 199, 203, 211, 215, 219, 220, 221, 225, 228, 236, 248, 249, 256, 285, 294, 296, 301, 332, 333, 337, 347, 355, 367, 376, 381, 397, 407, 424, 436, 437, 439, 447, 453, 454, 455, 457, 458, 462, 463, 464, 465, 501, 535, 629.

Letourneur, 235.

*Levée en masse*, 85, 484, 485, 486, 487, 488, 489.

Lewis Henry Morgan, 404.

Lingüístico/a, 9, 22, 31, 57, 125, 129, 137, 147, 150, 159, 160, 161, 171, 174, 203, 204, 208, 215, 219, 243, 248, 256, 257, 274, 278, 285, 289, 327, 329, 332, 366, 367,

368, 397, 447, 451, 454, 455, 457, 458, 459, 460, 464, 554, 574, 626, 633, 637, 707, 724.

Literario/a, 3, 4, 5, 8, 9, 13, 18, 25, 26, 27, 28, 29, 47, 160, 161, 171, 183, 184, 198, 201, 202, 203, 204, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 217, 219, 220, 221, 222, 223, 225, 226, 228, 230, 233, 234, 238, 239, 241, 242, 245, 246, 247, 250, 251, 253, 254, 259, 261, 263, 264, 268, 270, 274, 278, 280, 282, 283, 290, 291, 292, 296, 300, 306, 313, 319, 320, 321, 328, 330, 344, 366, 374, 377, 380, 383, 386, 387, 392, 402, 403, 407, 436, 437, 451, 458, 462, 474, 500, 524, 525, 531, 543, 544, 545, 547, 551, 553, 560, 569, 570, 576, 580, 620, 624, 627, 633, 647, 649, 650, 664, 683, 721, 725.

Literatura, 3, 5, 13, 24, 27, 30, 31, 32, 33, 37, 40, 52, 57, 64, 88, 93, 142, 159, 177, 183, 187, 189, 192, 193, 194, 198, 199, 200, 201, 202, 203, 205, 207, 208, 210, 211, 213, 214, 217, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 228, 230, 232, 237, 240, 241, 242, 244, 245, 246, 247, 248, 253, 268, 273, 279, 280, 282, 283, 290, 291, 302, 314, 318, 330, 335, 337, 348, 365, 368, 374, 378, 382, 386, 396, 413, 458, 467, 543, 570, 600, 624, 626, 653, 654, 655, 721, 723.

Literatura nacional, 31, 32, 151, 183, 207, 208, 209, 228.

Localismo, 37, 40, 52, 155, 268, 271.

Locke, 161, 184, 511, 597, 598.

Locura, 28, 100, 511, 554, 559, 571, 601, 683, 684, 685, 686, 689, 693, 695, 705.

Londres, 51, 60, 69, 75, 81, 91, 215, 233, 344, 345, 349, 356, 357, 360, 376, 383, 391, 398, 400, 408, 423, 454, 507, 616, 624, 644, 698, 699, 701.

Lord Ellenborough, 624.

Lord Kames, 370.

Lord Monboddo, 370.

Lord North, 77.

Louis-Lazare Hoche, 88.



*Lowlands*, 227, 236, 335, 358, 366, 367, 368, 371, 373, 383, 384, 391, 394, 397, 420, 423, 424, 431, 453, 455, 457, 636.

Lucio Junio Bruto, 476, 477, 478, 479, 480, 481, 482.

Lucio Tarquinio el Soberbio, 476.

Lucrecia, 476, 477.

Luis Vives, 511.

Luis XIV, 51, 222, 344, 360, 361, 511.

Luis XVI, 66, 70, 73, 74, 78, 84, 103, 139, 197, 587, 592.

## **M**

Madre patria, 10, 299, 351, 472, 583.

Mme. De Staël, 93, 136, 235, 379.

Malcolm Laing, 232.

Marat, 136, 197.

Marginación, 12, 82, 178, 219, 394, 433, 469, 504, 573, 581, 713, 721.

Marginado, 29, 210, 301, 521, 726.

María Antonieta, 84, 475.

Maria Edgeworth, 246, 247, 254, 255, 256, 258, 291, 335.

María de Guisa, 55.

María Tudor, 47, 55, 346.

Marianne, 476.

Mary Astell, 605, 656.

Mary Collier, 657.

Mary Hays, 605.

Mary Leadbeater, 258.

Mary Robinson, 605.

Mary Shelley, 382.

Mary Wollstonecraft, 96, 592, 603, 604, 605, 606.

Mary Wortley Montagu, 656.

Masas, 33, 37, 47, 56, 60, 61, 64, 73, 94, 95, 97, 144, 197, 199, 217, 248, 252, 284, 292, 293, 474, 531, 538.

Masculinidad, 10, 299, 308, 342, 351, 468, 469, 471, 472, 475, 482, 495, 583, 595, 599, 606, 610, 611, 613, 647, 656.

Maternidad, 10, 11, 13, 328, 488, 574, 575, 576, 588, 589, 591, 599, 602, 623, 658, 661, 664, 676, 679, 701, 706, 719.

Matrimonio, 109, 157, 165, 176, 216, 279, 332, 391, 446, 450, 575, 586, 597, 654, 662, 673, 674, 676, 677, 697, 708.

Maurice Margarot, 116.

Mecenazgo, 31, 75, 76, 193, 194, 221.

Medievo, 54, 72, 126, 128, 367, 373.

Memoria, 17, 38, 57, 93, 171, 179, 180, 197, 212, 227, 241, 262, 263, 299, 315, 343, 344, 359, 365, 376, 389, 393, 405, 429, 439, 497, 549, 620, 633, 638, 680, 686, 687, 692, 722.

Metodología, 9, 17, 18, 19, 20, 21, 23, 26, 27, 221.

Miembro, 7, 11, 22, 37, 44, 53, 82, 87, 98, 103, 104, 115, 124, 125, 129, 138, 146, 148, 154, 156, 157, 172, 173, 179, 192, 198, 276, 278, 294, 319, 361, 369, 384, 398, 417, 419, 477, 528, 530, 533, 534, 535, 557, 572, 575, 577, 585, 595, 605, 620, 646, 660, 671, 672, 705, 708.

Militarización, 471, 484.

Militarismo, 11, 471, 545, 546.

Mirabeau, 185.

Mismidad, 8, 28, 325, 404, 415, 417, 423, 522, 723.

Modernidad, 58, 131, 152, 159, 309, 314, 318, 332, 434.

Modernista, 12, 18, 151, 152, 153, 158, 159, 160, 177, 178.

Monarquía, 39, 46, 47, 48, 49, 55, 64, 65, 66, 67, 73, 74, 76, 79, 80, 84, 87, 98, 99, 102,  
105, 108, 111, 112, 114, 115, 128, 190, 193, 217, 312, 321, 344, 364,  
369, 373, 433, 472, 474, 475, 476, 477, 478, 480, 486, 501, 503, 505,  
582, 584, 590, 597, 640, 712.

Monoculturalismo, 242.

Monolingüismo, 242.

Montesquieu, 97, 102, 117, 127, 133, 134.

Mujer, 10, 11, 12, 27, 29, 90, 105, 122, 173, 177, 215, 244, 246, 276, 296, 297, 298,  
299, 328, 348, 398, 463, 472, 474, 475, 476, 477, 478, 481, 488, 490, 530, 559,  
572, 573, 574, 575, 576, 577, 578, 579, 580, 581, 582, 583, 584, 585, 586, 587,  
588, 589, 590, 591, 592, 593, 594, 595, 596, 597, 598, 599, 600, 601, 602, 603,  
604, 605, 606, 607, 608, 609, 611, 612, 613, 614, 620, 622, 623, 624, 625, 626,  
627, 628, 629, 630, 647, 648, 649, 650, 651, 652, 653, 654, 655, 656, 657, 658,  
659, 662, 663, 664, 666, 667, 668, 671, 672, 675, 676, 679, 680, 681, 683, 684,  
687, 688, 689, 690, 691, 692, 693, 697, 699, 701, 702, 708, 711, 718, 719, 722,  
724.

Multiculturalidad, 443, 444.

Multiculturalismo, 444.

Multilingüe, 13, 454.

## **N**

Nación, 2, 3, 4, 5, 6, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 16, 20, 23, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 34, 35, 36,  
40, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 52, 56, 57, 58, 65, 66, 67, 73, 74, 83, 88, 92,  
104, 107, 110, 111, 116, 117, 119, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129,

130, 131, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 140, 141, 142, 143, 144, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 155, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 164, 166, 167, 168, 169, 171, 172, 174, 175, 176, 177, 178, 180, 181, 183, 189, 192, 194, 195, 196, 198, 204, 205, 206, 207, 208, 210, 214, 215, 218, 219, 221, 225, 230, 235, 236, 241, 242, 247, 248, 250, 251, 256, 272, 273, 275, 276, 277, 278, 279, 280, 284, 289, 290, 291, 292, 293, 294, 295, 296, 297, 299, 306, 307, 308, 310, 312, 314, 315, 316, 317, 318, 319, 320, 321, 322, 323, 325, 326, 327, 333, 336, 337, 342, 343, 349, 351, 352, 356, 358, 359, 364, 365, 373, 375, 376, 377, 394, 431, 433, 436, 438, 439, 443, 446, 448, 451, 453, 468, 469, 471, 472, 473, 477, 479, 481, 482, 483, 484, 486, 488, 489, 490, 499, 500, 502, 503, 517, 531, 535, 541, 542, 545, 550, 560, 563, 568, 573, 574, 575, 576, 577, 578, 580, 581, 582, 583, 584, 587, 588, 589, 590, 591, 592, 604, 606, 627, 628, 629, 630, 641, 646, 647, 648, 649, 650, 658, 661, 662, 664, 667, 668, 671, 675, 681, 691, 693, 697, 702, 705, 709, 718, 719, 721, 722, 723, 724, 725.

Nacionalidad, 11, 12, 38, 40, 53, 137, 142, 152, 161, 163, 172, 199, 206, 220, 313, 365, 504.

Nacionalismo, 1, 2, 3, 4, 8, 11, 12, 17, 22, 23, 28, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 50, 52, 53, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 64, 87, 116, 122, 123, 125, 129, 133, 138, 139, 140, 142, 143, 147, 148, 150, 151, 152, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 168, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 183, 184, 191, 192, 195, 197, 199, 204, 205, 206, 207, 209, 221, 235, 241, 248, 249, 254, 256, 272, 273, 275, 276, 281, 282, 283, 284, 291, 292, 295, 304, 307, 308, 312, 315, 317, 318, 320, 322, 324, 326, 327, 337, 348, 356, 365, 409, 437, 438, 440, 443, 444, 446, 451, 453, 465, 467, 468, 470, 471, 480, 487, 495, 520, 522, 535, 560, 562, 568, 569, 572, 573, 574, 576, 577, 584, 588, 628, 667, 719, 723, 725.

Nacionalismo cultural, 39, 45, 53, 58, 142, 148, 160, 164, 221, 356, 365, 438, 439.

Nacionalismo exaltado, 43, 44, 45, 52.

Nacionalismo moderado, 26, 42, 43, 44, 45.

Nacionalismo político, 38, 45, 54, 58, 142, 160, 164, 221, 322, 323, 439.

Napoleón, 41, 78, 91, 93, 99, 119, 120, 121, 123, 140, 144, 235, 257, 290, 319, 334, 335, 337, 341, 343, 450, 451, 458, 485, 491, 492, 493, 494, 518, 544, 587.

Narrativas históricas, 3, 615.

Necker, 70, 74.

Nicolás de Cusa, 404.

Nietzsche, 22, 186.

Novela, 3, 4, 5, 6, 8, 9, 13, 16, 18, 27, 28, 29, 32, 33, 184, 193, 198, 205, 206, 229, 242, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 253, 254, 255, 256, 257, 259, 260, 262, 264, 265, 266, 268, 269, 271, 272, 279, 280, 281, 282, 283, 284, 285, 290, 291, 292, 293, 294, 295, 296, 298, 300, 301, 303, 304, 305, 306, 307, 308, 311, 313, 315, 317, 318, 321, 322, 323, 324, 326, 327, 328, 329, 334, 336, 340, 358, 374, 377, 382, 383, 385, 386, 387, 389, 390, 391, 392, 395, 396, 397, 398, 402, 407, 409, 411, 412, 415, 419, 420, 432, 434, 436, 437, 441, 443, 446, 450, 451, 453, 454, 455, 458, 459, 460, 462, 497, 521, 523, 524, 526, 527, 529, 532, 535, 539, 541, 542, 547, 548, 550, 551, 552, 553, 554, 555, 563, 564, 566, 569, 570, 579, 580, 592, 615, 617, 621, 628, 629, 630, 632, 633, 634, 635, 636, 637, 639, 642, 644, 646, 647, 648, 649, 651, 652, 653, 663, 665, 669, 672, 675, 685, 687, 688, 689, 694, 698, 702, 704, 705, 709, 710, 712, 720, 722, 724, 725.

Novela anti-jacobina, 250, 251, 252, 253.

Novela histórica, 2, 3, 5, 26, 30, 32, 33, 241, 242, 243, 249, 250, 255, 257, 259, 260, 261, 263, 264, 266, 267, 268, 269, 270, 271, 272, 278, 280, 282, 283, 284, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 305, 306, 308, 321, 334, 337, 374, 403, 436, 438, 460, 497, 524, 541.

Novela jacobina, 250, 251, 252.

## **O**

Occidente, 25, 30, 69, 72, 160, 180, 206, 382, 706, 716.

*Old Mortality*, 3, 6, 8, 10, 13, 21, 288, 293, 295, 296, 298, 300, 308, 312, 328, 329, 340, 491, 492, 497, 498, 508, 520, 521, 522, 523, 524, 525, 527, 528, 529, 535, 539, 542, 547, 549, 551, 558, 561, 564, 569, 571, 617, 636, 721, 724.

*Old Pretender*, 360, 432.

Oliver Goldsmith, 226, 657.

Olympe de Gouges, 586.

Oposición, 8, 11, 20, 37, 66, 81, 90, 107, 115, 124, 135, 172, 173, 175, 189, 276, 317, 321, 322, 325, 339, 365, 368, 373, 377, 435, 448, 464, 465, 507, 509, 594, 598, 599, 612, 656, 657, 719.

Opresión, 59, 114, 129, 177, 203, 204, 252, 309, 311, 321, 329, 401, 525, 562, 564, 629, 657, 660, 688, 698, 715.

Orden social, 1, 14, 15, 36, 64, 75, 88, 90, 107, 143, 187, 192, 197, 213, 241, 253, 290, 311, 472, 495, 542, 593, 597, 606, 608, 616, 629, 631, 637, 658, 662, 667, 722.

Otredad, 9, 27, 28, 325, 329, 339, 375, 399, 403, 404, 405, 410, 415, 423, 424, 425, 437, 502, 522, 645, 648, 700, 703, 723, 724.

## **P**

Países Bajos, 1, 83, 84, 88, 360, 492.

Papa Juan XXII, 54.

Paradigma, 3, 6, 19, 20, 67, 242, 308, 332, 379, 406, 465, 563, 580, 594, 598, 701.

París, 51, 78, 84, 127, 194, 334, 451, 480, 481, 485, 489, 493, 592.

Parlamento, 47, 49, 50, 75, 78, 80, 81, 86, 87, 105, 111, 119, 174, 309, 316, 339, 354, 355, 359, 360, 361, 378, 432, 539, 564, 595, 620, 622.

Particularismo, 16, 44, 45, 133, 259, 307, 354, 362, 438, 440.

Patíbulo, 709, 710, 712, 713, 714.

Patria, 10, 12, 16, 47, 48, 63, 65, 107, 125, 126, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 144, 147, 189, 206, 221, 259, 299, 351, 357, 440, 472, 482, 488, 514, 521, 533, 535, 545, 563, 573, 575, 583, 587, 589, 612, 621.

Patriarcado, 12, 177, 422, 478, 479, 580, 583, 587, 595, 596, 601, 608, 612, 648, 656, 658, 661, 662, 675, 688, 696, 698.

Patrimonio, 59, 102, 103, 185.

Patriota, 10, 78, 89, 122, 132, 133, 135, 136, 143, 342, 352, 357, 440, 469, 479, 575.

Patriotismo, 16, 37, 41, 42, 43, 47, 48, 53, 66, 81, 115, 116, 118, 119, 120, 125, 129, 130, 132, 135, 142, 146, 150, 161, 162, 163, 181, 218, 224, 240, 268, 271, 282, 341, 342, 351, 354, 355, 365, 439, 440, 467, 477, 486, 495, 529, 544, 586, 596, 628.

Paz de Utrecht, 348.

Paul-Henri Mallet, 226.

Periferia, 29, 32, 36, 56, 71, 206, 249, 254, 281, 318, 324, 327, 394, 446, 464, 581, 663, 675, 699, 703, 717, 724.

Periodo, 18, 19, 25, 41, 43, 55, 63, 68, 69, 75, 77, 88, 91, 93, 94, 108, 116, 152, 179, 202, 213, 225, 243, 249, 251, 254, 277, 280, 288, 300, 304, 319, 321, 322, 333, 336, 338, 346, 355, 358, 367, 380, 407, 434, 460, 477, 493, 495, 496, 543, 549, 593, 610, 622, 624, 647, 651, 653, 723.

Pierre Bayle, 511.

Plotino, 508, 509.

Plural, 10, 271, 328, 444, 456, 569.

Pluralidad, 443, 449, 553, 570, 721.

Plurilingüe, 333.

Pluralismo, 39, 210, 242, 363, 444, 504.

Poder, 2, 3, 6, 8, 15, 21, 24, 30, 32, 36, 39, 40, 41, 45, 47, 48, 49, 51, 52, 53, 63, 64, 66, 67, 68, 71, 72, 73, 75, 76, 84, 97, 98, 103, 104, 111, 112, 113, 117, 127, 128, 135, 141, 142, 149, 150, 154, 161, 162, 167, 171, 173, 174, 178, 183, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 193, 198, 199, 200, 202, 209, 211, 213, 218, 219, 222, 242, 248, 252, 275, 276, 281, 286, 290, 291, 293, 297, 298, 299, 310, 315, 318, 320, 321, 329, 331, 342, 351, 353, 355, 360, 377, 394, 406, 423, 446, 464, 471, 472, 475, 476, 477, 478, 487, 495, 510, 521, 524, 525, 534, 539, 543, 544, 545, 561, 562, 574, 576, 578, 581, 582, 584, 587, 590, 596, 597, 598, 599, 600, 608, 609, 614, 615, 630, 636, 640, 644, 648, 649, 650, 651, 652, 658, 659, 660, 661, 662, 665, 672, 681, 691, 692, 705, 706, 707, 708, 709, 710, 712, 713, 714, 715, 716, 717, 719, 722.

Política, 2, 3, 4, 9, 10, 11, 12, 13, 22, 29, 30, 31, 32, 35, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 55, 56, 57, 60, 61, 62, 64, 65, 66, 67, 72, 73, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 85, 88, 90, 94, 95, 99, 100, 101, 103, 108, 109, 114, 115, 117, 118, 121, 123, 126, 127, 129, 133, 134, 135, 139, 140, 141, 142, 143, 145, 147, 148, 149, 150, 152, 154, 155, 156, 159, 160, 161, 162, 163, 165, 166, 167, 168, 169, 170, 171, 176, 178, 180, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 203, 205, 206, 207, 217, 218, 219, 222, 224, 230, 242, 251, 252, 253, 255, 256, 259, 272, 273, 279, 283, 285, 286, 291, 293, 294, 296, 297, 299, 302, 307, 309, 310, 312, 313, 316, 318, 319, 322, 324, 326, 329, 332, 335, 336, 340, 342, 350, 351, 352, 353, 354, 356, 359, 361, 362, 363, 365, 369, 373, 376, 378, 387, 390, 392, 393, 399, 407, 432, 439, 452, 467, 470, 472, 473, 474, 475, 477, 478, 479, 480, 481, 482, 483, 486, 487, 488, 489, 490, 491, 494, 495, 496, 497, 498, 499, 501, 503, 504, 506, 507, 517, 530, 535, 539, 542, 550, 556, 558, 560, 563, 566, 569, 572, 573, 574, 578, 580, 582, 583, 585, 586, 587, 588, 590, 591, 592, 593, 594, 597, 598, 601, 604, 606, 607, 610, 612, 614, 615, 628, 634, 635, 663, 648, 651, 652, 654, 656, 658, 660, 662, 669, 672, 692, 698, 700, 706, 707, 713, 716, 722, 724.

*Porteous Riots*, 579, 617, 618, 638.

Postmodernidad, 18, 24, 25.

Postmodernismo, 18, 22, 23, 25.



Prejuicio, 50, 63, 67, 104, 108, 111, 184, 305, 307, 332, 336, 366, 371, 376, 383, 386, 398, 400, 402, 408, 411, 414, 419, 420, 423, 424, 429, 430, 435, 443, 445, 513, 522, 523, 552, 557, 560.

Prensa, 31, 85, 87, 94, 96, 108, 114, 115, 117, 200, 205, 207, 214, 215, 217, 244, 247, 248, 352, 355, 497, 520, 651.

Prerromanticismo, 204, 230.

Presbiterianismo, 55, 328, 504, 505, 506, 507.

Preston, 391, 506.

Primordialista, 12, 151, 153, 155, 158, 177, 178, 179.

Priscilla Wakefield, 605.

Prisión, 431, 479, 539, 616, 629, 631, 642, 644, 686, 706, 709, 710, 711, 714, 717.

Progreso, 24, 49, 59, 62, 63, 71, 72, 74, 84, 110, 117, 140, 197, 236, 286, 301, 308, 313, 322, 324, 332, 337, 370, 371, 372, 374, 376, 378, 405, 408, 409, 431, 435, 468, 518, 566, 567, 568, 613, 662, 719.

Propaganda, 4, 31, 48, 80, 82, 87, 119, 190, 193, 194, 286, 291, 311, 312, 335, 342, 347, 352, 473, 488, 493, 530, 531, 542, 588, 596.

Prosper Mérimée, 263.

Protestantismo, 40, 47, 48, 55, 128, 173, 311, 339, 340, 341, 342, 343, 344, 345, 347, 349, 350, 499, 502, 503, 504.

Provincialismo, 51.

Prusia, 84, 139, 140, 143, 494.

Pueblo, 17, 29, 31, 35, 38, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 49, 50, 54, 55, 60, 66, 69, 73, 75, 76, 77, 78, 81, 88, 91, 94, 97, 98, 99, 101, 104, 105, 106, 108, 109, 110, 112, 119, 120, 122, 123, 124, 125, 126, 129, 130, 134, 136, 139, 141, 142, 144, 145, 147, 149, 152, 162, 164, 166, 169, 172, 175, 185, 191, 196, 197, 198, 199, 202, 204, 206, 207, 208, 209, 216, 218, 227, 232, 235, 236, 242, 255, 262, 275, 277, 278, 282, 283, 286, 293, 294, 296, 310, 312, 317, 320, 332, 344, 347, 348, 349,

354, 355, 357, 358, 359, 367, 371, 374, 376, 382, 394, 403, 408, 413, 440, 447, 453, 461, 468, 469, 470, 473, 474, 480, 481, 484, 486, 489, 498, 501, 502, 503, 505, 516, 518, 519, 524, 525, 526, 530, 531, 534, 535, 539, 546, 547, 557, 584, 616, 617, 634, 641, 681, 683, 714, 725.

Pureza, 2, 25, 137, 141, 144, 219, 235, 236, 237, 255, 258, 274, 276, 291, 308, 323, 332, 345, 436, 441, 442, 445, 446, 447, 448, 454, 574, 575, 591, 593, 654, 668.

## **R**

Radicalismo, 2, 22, 81, 88, 94, 98, 114, 118, 195, 240, 470, 496, 554, 606.

Raza, 2, 13, 38, 137, 147, 150, 155, 168, 219, 230, 235, 236, 320, 367, 369, 371, 374, 375, 376, 384, 389, 441, 446, 447, 448, 455, 575, 609, 610, 612, 662.

Razón, 1, 41, 62, 63, 67, 73, 95, 101, 102, 111, 112, 114, 198, 266, 277, 365, 402, 405, 419, 434, 473, 508, 509, 514, 535, 589, 599, 604, 605, 613, 683, 685.

Realidad, 2, 6, 9, 14, 15, 17, 25, 29, 46, 57, 73, 77, 136, 139, 140, 145, 157, 159, 160, 163, 181, 184, 185, 188, 196, 212, 218, 241, 243, 266, 272, 273, 277, 300, 301, 304, 305, 307, 309, 317, 318, 330, 363, 389, 395, 396, 401, 405, 407, 410, 411, 416, 419, 420, 436, 441, 442, 455, 462, 467, 492, 495, 503, 520, 522, 535, 543, 546, 549, 551, 552, 553, 556, 557, 569, 585, 590, 591, 594, 602, 608, 671, 674, 687, 691, 692, 700, 722, 723, 725.

Reforma, 35, 37, 39, 42, 47, 49, 55, 139, 153, 165, 169, 192, 206, 215, 344, 346, 347, 355, 499, 500, 502, 653.

Región, 16, 55, 118, 120, 121, 127, 227, 248, 249, 255, 306, 318, 331, 354, 364, 366, 368, 379, 382, 386, 395, 408, 413, 420, 423, 424, 442, 443, 450, 453, 501, 548, 581.

Reino Unido, 53, 90, 91, 93, 116, 119, 121, 122, 281, 296, 319, 338, 353, 450, 454, 491, 494, 495, 498, 593, 662.

Relectura, 3, 18, 20, 21, 24, 27, 28, 305.

Religión, 2, 9, 13, 30, 38, 39, 40, 41, 50, 64, 104, 105, 108, 109, 129, 130, 137, 139, 140, 141, 144, 148, 149, 151, 155, 161, 162, 163, 164, 167, 169, 186, 208, 231,

237, 252, 273, 292, 294, 311, 328, 329, 339, 340, 342, 343, 349, 350, 354, 393, 446, 470, 473, 495, 499, 500, 501, 502, 503, 504, 505, 508, 510, 511, 550, 562, 569, 573, 597, 609, 651, 660, 722.

Renacimiento, 1, 35, 37, 39, 71, 139, 153, 206, 215, 367, 403, 407, 653.

Represión, 29, 81, 120, 296, 312, 346, 550, 598, 599, 631, 697, 704, 705, 706, 718.

Reproducción, 11, 12, 30, 290, 298, 317, 327, 490, 538, 570, 576, 577, 609, 612, 613, 614, 617, 628, 656, 663, 680, 681, 701, 708, 719.

República, 67, 88, 91, 109, 111, 129, 130, 133, 134, 140, 185, 220, 338, 475, 476, 477, 478, 480, 482, 483, 485, 486, 488, 489, 533, 582, 583, 584, 586, 587, 588, 589, 590, 591, 597.

*Requisitionnaires*, 486.

Resistencia, 8, 21, 29, 33, 59, 92, 98, 99, 102, 114, 116, 121, 125, 182, 187, 203, 315, 321, 342, 365, 429, 448, 529, 530, 635, 636, 637, 676, 686, 708, 719, 725.

Revolucionario/a, 1, 43, 61, 64, 66, 67, 69, 70, 75, 79, 80, 83, 84, 91, 92, 93, 99, 105, 107, 108, 112, 116, 117, 118, 119, 123, 135, 136, 139, 143, 166, 175, 184, 203, 217, 224, 243, 251, 253, 254, 258, 261, 288, 312, 331, 341, 350, 380, 474, 475, 477, 479, 480, 482, 483, 484, 485, 486, 487, 488, 489, 494, 500, 533, 543, 546, 557, 572, 582, 583, 587, 589, 590, 591, 603, 606, 687, 699, 723.

Revoluciones atlánticas, 1.

Revolución burguesa, 65, 182.

Revolución industrial, 1, 72, 75, 76, 86, 182, 205, 278, 289, 301.

Revolución francesa, 1, 2, 3, 10, 16, 30, 31, 34, 41, 42, 43, 45, 58, 62, 64, 65, 66, 69, 70, 73, 74, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 86, 87, 92, 93, 95, 96, 98, 99, 106, 107, 110, 113, 116, 117, 118, 120, 123, 124, 125, 127, 133, 139, 140, 143, 149, 152, 160, 162, 168, 175, 183, 195, 196, 197, 199, 217, 224, 253, 272, 273, 274, 288, 289, 290, 300, 308, 330, 472, 475, 476, 477, 478, 479, 480, 482, 484, 485, 487, 488, 490, 497, 533, 538, 545, 546, 573, 574, 582, 583, 584, 585, 591, 592, 638, 648, 661, 721.

Revolución Gloriosa, 42, 78, 79, 98, 99, 101, 118, 192, 193, 341, 342, 345, 524.

Revolución política, 1, 606.

Revueltas Gordon, 69.

Richard Carlile, 115.

Richard Hurd, 204, 226.

Richard Mocket, 596.

Richard Price, 93, 98, 100, 115.

Richard Steele, 217.

Richelieu, 128.

Rigidez, 23, 76, 326, 407, 437, 447, 691, 711, 712.

Roberto Bruce, 54.

Robert Burns, 226, 239, 240, 380, 381, 455.

Robert Fergusson, 226, 239, 240, 455.

Robert Filmer, 596, 597.

Robert Henryson, 225.

Robert Southey, 96, 494, 520.

Robert Watson, 54.

Robespierre, 135, 483.

Rockingham, 99.

Romance filosófico, 250, 320.

Romanticismo, 25, 26, 54, 58, 140, 148, 202, 224, 225, 228, 229, 230, 232, 235, 237,  
243, 246, 247, 250, 268, 273, 274, 282, 300, 301, 305, 314, 319, 369, 378, 379,  
380, 382, 388, 394, 411, 424, 430, 493, 546, 576, 624, 627.

Rousseau, 64, 102, 133, 134, 138, 148, 332, 512, 513, 514, 515, 533, 575, 602, 603, 604, 671.

Rusia, 64, 140, 168, 192, 234, 355, 356.

## **S**

Saber, 24, 25, 32, 200, 209, 299, 522, 568, 706.

Saint Pierre, 512, 515.

Samuel Boswell, 302, 384, 385.

Samuel Johnson, 132, 203, 220, 232, 384, 385, 386, 430.

Samuel Richardson, 245, 246.

*Sans-culottes*, 85, 136.

Schiller, 234, 380.

*Scotch Novels*, 293, 301, 303.

Secularización, 37, 41, 63, 161, 224, 333.

Sexto Tarquinio, 476.

Sexualidad, 11, 13, 26, 90, 160, 175, 176, 177, 279, 297, 299, 574, 583, 611, 612, 647, 650, 652, 662, 663, 667, 680, 706, 707, 708, 719.

Shakespeare, 119, 204, 223, 232, 237, 250, 437, 530.

Shelley, 96, 196, 240.

Sièyes, 129, 135, 185.

Símbolo, 13, 47, 108, 125, 151, 163, 179, 180, 198, 241, 279, 364, 375, 399, 424, 432, 471, 473, 476, 478, 479, 573, 580, 584, 586, 590, 614, 642, 662, 705, 714, 723.

Sir Anthony Weldon, 367.

Sir David Dalrymple, 370.

Sir Edward Seton, 367.

Sir John Dalrymple, 370.

Soberanía, 21, 26, 35, 44, 50, 55, 64, 67, 78, 101, 108, 114, 134, 135, 147, 149, 161, 167, 168, 175, 198, 320, 321, 373, 449, 472, 488, 541, 583, 597, 641, 648, 713.

Socialización, 15, 61, 277, 531, 610, 648, 650, 660.

Spenser, 204, 223, 228, 237.

Stendhal, 264, 265, 546.

Sterne, 246.

Subtexto, 4, 328, 542, 647.

Subtextualidad, 292.

Subversión, 6, 9, 10, 12, 13, 107, 117, 203, 290, 292, 294, 295, 306, 325, 327, 330, 436, 578, 579, 627, 328, 628, 630, 633, 634, 642, 644, 646, 648, 663, 675, 676, 689, 692, 694, 696, 705, 706, 721, 724.

Sujeto, 8, 198, 210, 287, 313, 401, 402, 407, 413, 432, 469, 556, 588, 596, 599, 648, 654, 659, 665, 707, 708, 716, 718, 725.

Superstición, 63, 67, 111, 184, 372, 680.

Sydney Owenson, 246, 254.

## **T**

Tercer Estado, 71, 73, 135, 136, 161, 181.

Territorialidad, 9, 147, 156, 183, 280, 329.

Texto, 8, 21, 28, 29, 31, 94, 135, 163, 198, 202, 207, 208, 209, 211, 213, 220, 226, 230, 269, 276, 287, 293, 371, 372, 385, 391, 399, 402, 440, 460, 497, 513, 523, 534, 542, 543, 565, 569, 570, 581, 632, 647, 648, 649, 650, 683, 686, 689, 691, 694, 704, 722.

*The Heart of Midlothian*, 3, 6, 8, 10, 13, 21, 28, 177, 288, 293, 295, 297, 298, 300, 308, 311, 312, 328, 329, 340, 579, 580, 581, 616, 617, 627, 628, 632, 635, 636, 645, 647, 648, 649, 669, 681, 687, 688, 709, 718, 719, 721, 724.

Theobald Wolfe Tone, 88.

Thomas Bartholin, 226.

Thomas Carlyle, 96.

Thomas D' Urfey, 226, 227.

Thomas Fyshe Palmer, 116.

Thomas Gray, 226, 382, 392.

Thomas Hobbes, 509, 510, 512, 515, 518, 527, 550, 598.

Thomas Innes, 373.

Thomas Leland, 253.

Thomas Lieber, 504.

Thomas Macaulay, 238.

Thomas Moore, 258.

Thomas Muir, 54, 116.

Thomas Paine, 94, 96, 102, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 117.

Thomas Parnell, 226.

Thomas Pelham, 105.

Thomas Pennant, 331.

Thomas Percy, 225, 226, 238, 239.

Thomas Reid, 308.

Thomas Spence, 117.

Thomas Warton, 226, 228.

Tiberio, 476.

Tierras Altas, 231, 308, 315, 324, 331, 359, 366, 367, 368, 369, 381, 383, 384, 385, 393, 395, 397, 400, 407, 419, 422, 423, 436, 453, 454, 464, 702.

Tierras Bajas, 225, 318, 359, 368, 369, 381, 383, 391, 393, 397, 419, 420, 436, 454, 464.

Tito, 476.

Tobias Smollett, 246, 302, 383.

Toma de la Bastilla, 69, 70, 82, 107, 139, 493.

Topografía, 16, 259, 298, 408, 424.

*Tory/ies*, 193, 302, 305, 341, 348, 387, 388, 389, 636.

Tradición, 3, 15, 18, 20, 23, 27, 37, 49, 54, 56, 59, 63, 66, 67, 71, 78, 79, 100, 101, 105, 107, 108, 109, 116, 122, 141, 142, 147, 148, 153, 155, 156, 163, 164, 175, 179, 180, 198, 199, 201, 206, 210, 217, 221, 222, 224, 225, 227, 228, 231, 235, 236, 237, 238, 240, 241, 242, 249, 256, 257, 262, 269, 271, 275, 277, 278, 282, 300, 302, 308, 315, 321, 331, 366, 368, 379, 389, 429, 343, 448, 478, 486, 490, 501, 546, 550, 593, 603, 636, 664, 724, 726.

Trafalgar, 334, 529.

Transgresión, 27, 444, 579, 647, 650, 665, 666, 671, 705.

Tratado de Amiens, 91, 334.

Tratado de Northampton, 54.

Tratado de Unión, 4, 5, 56, 57, 60, 236, 293, 306, 334, 338, 358, 359, 362, 370, 371, 382, 430, 433, 443, 454, 465, 499, 520, 615, 635.

Tratado de Westphalia, 178.

Travestismo, 690, 691, 692.

Tudor, 47, 48, 55, 453, 502, 503.

Tulio Hostilio, 481.



Turgot, 568.

## U

Unicidad, 11, 18, 44, 128, 179, 198, 276, 409, 447, 466, 522, 570.

Unidad, 2, 19, 29, 38, 48, 50, 65, 73, 87, 88, 132, 137, 140, 141, 148, 168, 180, 195, 207, 218, 219, 221, 252, 256, 261, 266, 267, 274, 275, 280, 289, 310, 312, 313, 320, 327, 328, 329, 332, 334, 336, 337, 343, 359, 377, 442, 443, 448, 450, 452, 454, 455, 459, 498, 502, 504, 508, 509, 520, 522, 528, 532, 535, 569, 589, 628, 658, 659, 719.

Universalidad, 16.

## V

Viaje, 9, 230, 233, 254, 279, 296, 331, 332, 337, 371, 374, 375, 376, 377, 382, 384, 386, 392, 393, 394, 395, 397, 398, 399, 400, 401, 402, 412, 413, 419, 422, 423, 424, 425, 426, 434, 435, 436, 451, 453, 492, 616, 644, 698, 699, 700, 701.

Viala, 483.

Víctor Hugo, 262.

Virtud, 10, 20, 41, 106, 130, 131, 134, 141, 193, 212, 253, 266, 293, 332, 351, 367, 386, 410, 472, 474, 475, 476, 477, 482, 483, 487, 488, 510, 512, 555, 572, 586, 588, 589, 590, 591, 593, 595, 597, 603, 604, 656, 667, 668, 697, 698, 701.

Voltaire, 50, 97, 102, 133, 134, 407, 476, 477, 479, 480, 481, 511, 512.

## W

Walpole, 106, 193, 618.

Walter Scott, 3, 4, 5, 8, 9, 13, 16, 18, 20, 21, 26, 28, 29, 30, 33, 239, 243, 246, 247, 253, 254, 255, 256, 257, 259, 262, 263, 264, 265, 266, 268, 269, 270, 271, 272, 281, 282, 283, 284, 285, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 294, 295, 296, 298, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 307, 308, 309, 310, 311, 312, 313, 314, 315, 316, 317, 318, 319, 320, 321, 322, 323, 324, 326, 327, 331, 332, 333, 334, 335, 336, 337, 340,

358, 359, 369, 374, 377, 379, 380, 381, 382, 386, 387, 388, 389, 390, 391, 395, 403, 404, 408, 409, 410, 411, 415, 425, 430, 431, 432, 433, 434, 435, 436, 437, 438, 439, 442, 443, 445, 446, 449, 450, 451, 452, 453, 454, 455, 458, 460, 461, 464, 492, 494, 497, 498, 508, 520, 521, 523, 525, 527, 532, 534, 536, 538, 541, 542, 543, 544, 548, 549, 551, 552, 554, 560, 569, 570, 579, 580, 581, 615, 616, 621, 632, 634, 635, 636, 637, 638, 646, 647, 649, 650, 665, 666, 667, 672, 678, 681, 684, 687, 688, 689, 691, 692, 694, 698, 699, 701, 710, 718, 721, 722, 723, 724, 725.

Waterloo, 121, 122, 319, 491, 492, 493, 494, 495, 498, 524, 543, 593.

*Waverley*/Waverley, 3, 6, 8, 9, 13, 21, 255, 257, 259, 284, 288, 293, 295, 296, 300, 305, 308, 310, 311, 312, 315, 317, 318, 328, 329, 331, 332, 333, 334, 335, 336, 337, 340, 358, 374, 377, 380, 382, 383, 386, 387, 388, 389, 390, 391, 392, 393, 394, 395, 396, 397, 398, 399, 400, 401, 402, 407, 408, 409, 411, 412, 413, 414, 415, 419, 420, 421, 422, 423, 424, 425, 426, 427, 428, 429, 431, 432, 433, 434, 435, 436, 437, 440, 441, 443, 449, 450, 451, 452, 453, 454, 455, 456, 457, 458, 460, 462, 463, 464, 556, 665, 721, 724.

*Whigs*, 53, 193, 305, 378, 387, 500.

Wilhelm von Humboldt, 142, 546.

William Cadogan, 600, 324.

William Caxton, 215.

William Cobbett, 115, 117.

William Collins, 225.

William Dunbar, 225.

William Gilpin, 392.

William Godwin, 96, 115, 544.

William Hazlitt, 96,

William Hogarth, 203.

William Hone, 115.

William James, 186.

William Motherwell, 239.

William Pitt, 53, 79, 83, 94, 106, 497.

William Robertson, 370, 371, 373.

William Shenstone, 225.

William Skirving, 116.

William Thomson, 226, 228.

William Wallace, 257.

William Warburton, 106.

William Wordsworth, 91, 92, 96, 240, 400, 494, 520, 546.

Wycliffe, 174, 347.

## **X**

Xenófobo/a, 16, 43, 106, 340.